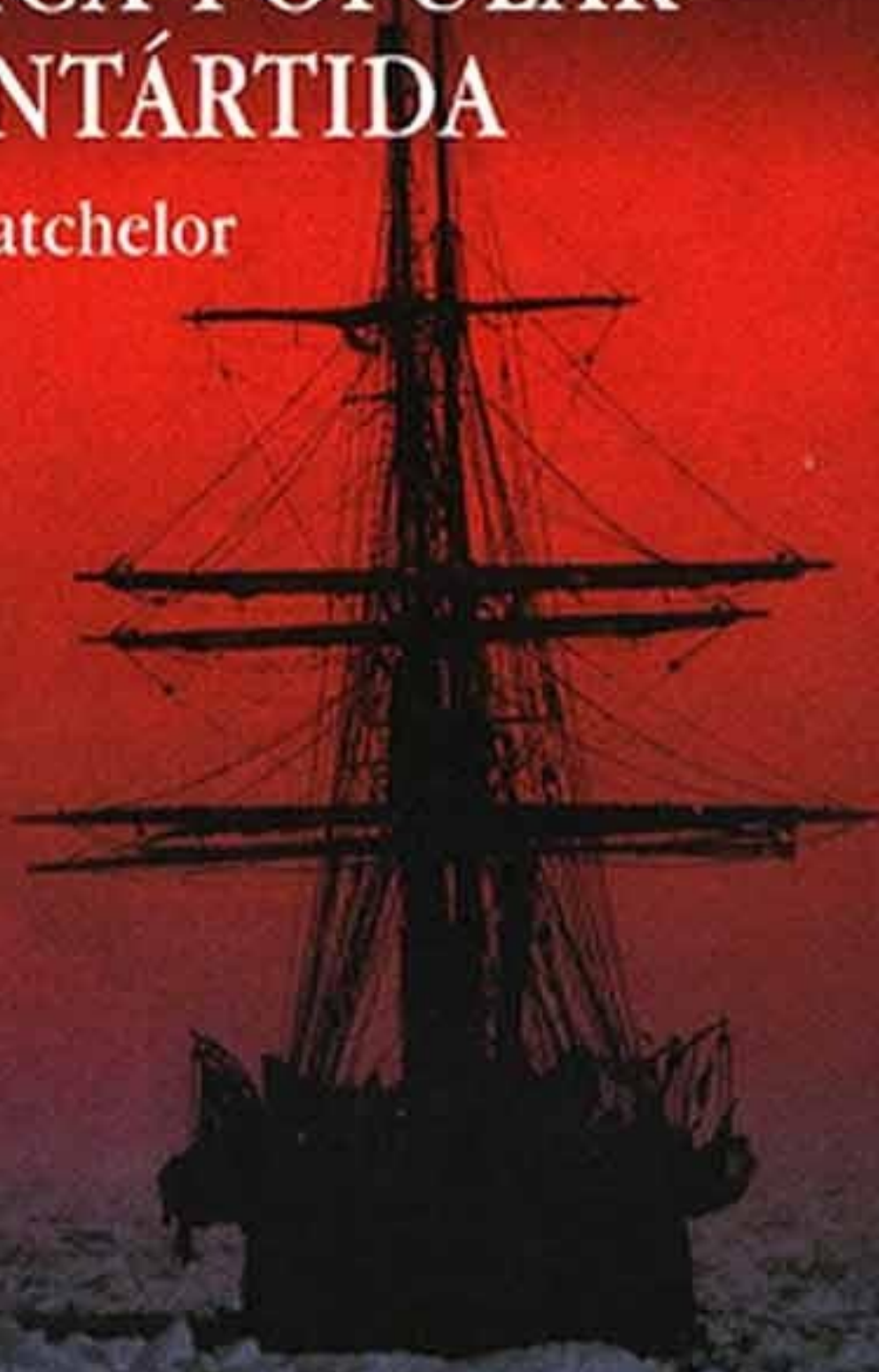


# EL NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA POPULAR DE LA ANTÁRTIDA

John Calvin Batchelor



Lectulandia

Una vasta y poderosa novela de nuestro futuro inminente. Un salto cuántico a una era apocalíptica, la edad del Exilio, en la que uno de los héroes más memorables de la ficción moderna conduce a un grupo de desposeídos a través de los océanos hacia un encuentro devastador con un destino de hielo y tierra desnuda en los confines del mundo.

«Una asombrosa novela..., de una apasionante invención, brío de largo alcance y furia. Batchelor ha dado nacimiento a la época que se avecina».

MICHAEL MALONE

**Lectulandia**

John Calvin Batchelor

# **El nacimiento de la República Popular de la Antártida**

ePub r1.0

Titivillus 22.11.16

Título original: *The Birth of the People's Republic of Antarctica*

John Calvin Batchelor, 1983

Traducción: Elías Sarhan y Marcial Souto

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi madre y a mi padre

Una mente que aspira a entender esto es, por ende, superior. Tanto lo bueno como lo malo, y mucho de ambos, debe sufrirse en una vida pasada en esta tierra en estos días inquietos.

BEOWULF

## El reino del fuego

Mi madre • Mi padre • La gala de los premios Nobel • El crimen de mi padre • El Nuevo Benthamismo •  
Mord el Pescador Duro • Lamba Ladrona de Tiempo • El fuego

## MI MADRE

Soy Grim Fiddle. Mi madre, Lamba, me observó por primera vez en su espejo mágico de mano la noche del equinoccio de primavera de 1973. En ese momento ella bailaba sola en la parte trasera de una miserable cervecería llamada CLUB DEL RATÓN MICKEY, situada en el barrio extranjero de Estocolmo, capital del Reino de Suecia. Se encontraba a mitad de camino entre el tocadiscos automático y la fila de cabinas telefónicas. No estaba bajo los efectos de ninguna droga, aunque mi abuelo materno era un predicador luterano. No hay otra explicación para la inminente visión que tuvo Lamba. Mi madre era una sibila escandinava.

Mi concepción se produjo inmediatamente después. Existe una cierta confusión en cuanto a la secuencia precisa. Mi padre, Peregrine Ide, un desertor del servicio militar norteamericano, estaba incómodamente sentado en la última de las cabinas telefónicas. Hablaba con Estados Unidos. Cerca, de pie, estaba uno de mis padrinos, Israel Elfers, también desertor del servicio militar, enfrascado en un juego de *pinball* llamado Rey de los Piratas. Más tarde, Israel aseguró que a mi padre se lo veía llorón y muy borracho. No parece que Peregrine se haya percatado de la presencia de Lamba hasta que ella se le tiró encima. Las demandas de ella, una belleza de diecisiete años de cabello hermoso y piernas largas, y una desdichada intensidad en las facciones, fueron tan directas como ella misma. También me dijeron que exudaba un fuerte olor. Actuó de un modo brutal y endemoniado. Lamba se impuso por la fuerza a Peregrine. Se trabaron en un torpe abrazo. Es evidente que conectaron. Y Lamba dejó en Peregrine sangre suficiente, y del tipo correcto, para que después él pensara que ella era virgen, redoblándole de ese modo el fugaz pesar por ese pecado de la carne.

Israel dijo que al principio no captó la escena. Cuando lo hizo, llevó hasta la cabina a otro de mis padrinos, Earle Littlejohn, la leyenda del *hockey* de la Ivy League, proporcionando así intimidación a mi primer momento biológico con la enorme espalda de Earle. Se dice que Lamba gimió. Con el fin de ocultar más el asunto, Israel alistó a mi último padrino, Guy Labyrinthe, otra leyenda del *hockey* de la Ivy League, para que lo acompañara en una vigorosa interpretación de «América la Hermosa». Finalmente, Timothy, un conocido que cantaba *folk*, los acompañó con la armónica.

Por último, mientras los allí reunidos estaban cada vez más preocupados por la batalla que se libraba en el interior de la cabina, Lamba puso fin a la aventura gritando el nombre escandinavo «¡Skallagrim Strider!».

El primer comentario inteligente que le hizo más tarde Peregrine a Israel fue, sencillamente, el modificante norteamericano «Grim».

Yo también nací en Estocolmo, a principios de diciembre de aquel mismo año, en el reducido dormitorio de Lamba en el primer piso de la pequeña casa que mi abuelo, el reverendo Mord Fiddle, tenía junto al muelle. Mi madre fue atendida por el



compañero de ajedrez del abuelo, el doctor Anders Horshead, y por una comadrona, Astra, que era regordeta y astuta, y también una de las hermanas sibilas secretas de Lamba. Así, con poco más de tres diminutos kilos (que quizá no sea más que el peso de la mano que escribe esto), saludable, de cara roja y feo, con un cordón umbilical de color verde marino pegado donde debería haber estado (menciono el detalle para rechazar la idea de que no he nacido de mujer), disfruté del bienestar místico proporcionado por el positivismo lógico, el luteranismo y el paganismo. Mi lugar de nacimiento estaba tan atestado de escuelas de pensamiento contradictorias que me maravillo de mi habilidad para imponerme. Fue una repentina lección sobre las contradicciones que por entonces oscurecían el hermoso y frío Reino de Suecia. Mi pueblo materno es una tribu hermosa y limpia, pero a menudo he pensado que quizá esto sea una compensación celestial por la melancolía que enturbia sus vidas.

El abuelo no fue testigo de mi zambullida en los contratiempos. Estaba abajo en su estudio, rezando en voz alta y bebiendo calladamente. No había dormido bien los últimos tres meses del embarazo de Lamba, acosado por imágenes que él asociaba con el abandono de Zoe, su mujer, y ahora con la infamia de Lamba. Parecía un pescador robusto pero súbitamente ahogado: los ojos azules eran como piedras pulidas; la barba, espesa como sogas deshilachada. Al oír mi primer grito juntó fuerzas para comunicarse conmigo devolviéndome el rugido, como si entonara la voz grave del dúo de los Fiddle; y lo que me devolvió no fue algo insustancial, sino un mensaje portentoso que había encontrado en su estilo luterano de «venga lo que venga», abriendo la gigantesca Biblia Fiddle y, con los ojos cerrados, apoyando el dedo en la página una vez por suerte y dos por rectitud. Con esa voz del Día del Juicio Final, tronó:

—¡Hijo mío, teme al Señor y enriquece tu espíritu, pero no tengas nada que ver con los hombres de posición! ¡Traerán la catástrofe sin avisar! ¿Quién sabe qué ruina pueden provocar esos hombres?

Eso pertenece al Libro de Proverbios. Estuvo asombrosamente bien elegido; y durante mucho tiempo he sospechado que el abuelo lo encontró con un ojo abierto, tal como habría hecho ese magnífico bribón nórdico, el tuerto Odín. Jamás he mejorado su sabiduría, ni la mejoraré por el momento. En verdad, abuelo, ¿qué ruina?

Pues sucedió que a Mord Fiddle, un hombre de muy alto rango en el ala tiránica de la Iglesia Luterana Sueca, lo humilló mi nacimiento. Que su estúpida hija mayor hubiera concebido a un bastardo era suficiente vergüenza. Veía la desgracia de Lamba como su propia flagelación. Pero el asunto era para él peor que eso. Lamba había concebido tan lejos del matrimonio, que aseguraba no tener la más remota idea de quién era el padre, qué era el padre, o de qué color o religión era el padre. El abuelo se quedó paralizado ante el destino. No sólo sería yo su maldición viviente; también podía ser una maldición de cualquier miserable forma y color. Y siendo un verdadero hijo del pesimismo nórdico —su propio padre, Gunther, un triste capitán de un barco pesquero, había previsto todos los días de su vida la tormenta del mar del Norte que

lo ahogó—, el abuelo esperaba lo peor. Temía que yo fuera judío. Y si no ese horror, temía que fuera de piel oscura. Y si no ese horror, temía que fuera norteamericano. Éstos podían parecer demonios fortuitos, pero hay que pensar que durante muchos años el abuelo se había visto en el aprieto de tener que encontrarle sentido a la civilización occidental. Era un ardiente predicador del inminente Reino de los Cielos, gobernado por Aquel a quien el abuelo llamaba «Dios Nuestro Señor». Antes de su relativamente cómodo nombramiento en el puesto de predicador de una de las iglesias más conservadoras de Estocolmo, el abuelo había trabajado veintiún años yendo en barco, trineo y esquíes por los distritos más remotos del reino sueco en el golfo de Botnia, predicando la Palabra a convictos, misántropos y locos. Sus colegas lo llamaban «Mord el Pescador Duro». Había bautizado su propio barco como *Ángel de la Muerte*. Después de todo ese tiempo en el yermo, se había convencido de que el Reino venidero tenía cierto aspecto, dando a entender que era de piel blanca, limpio y bien abastecido de leña y pescado. Durante sus pocos años en Estocolmo, había tenido motivos para reconsiderar su visión, y no lo hizo. Uno podía intentar justificar el apego irracional del abuelo por sus primeras percepciones del Cielo arguyendo que se había quedado anclado en el golfo de Botnia, y en el golfo del tiempo, antes de que el abandono de su amada Zoe le partiese el corazón. El abuelo sería el primero en rechazar esa defensa. El orgullo, su peor pecado, lo había convencido de que si los judíos, o las razas de piel oscura, o los norteamericanos, o una combinación de éstos, obtenían alguna vez el control de Occidente, o por lo menos del Norte, entonces Estocolmo sufriría y merecería (quizá hasta le darían la bienvenida, como ermitaños suicidas) la misma conflagración que consumió a tantas de las infieles ciudades bíblicas.

Confieso en detalle la vergonzosa ilusión del abuelo porque se convirtió en una profecía que por su propia naturaleza contribuyó a cumplirse, y el fanático recogió lo que había sembrado. Señalo también que el fruto fue para el abuelo el más amargo posible, porque no provenía del odio, que requiere cierto conocimiento pasajero del adversario, sino que fue engendrado por su absoluta ignorancia, su miedo insondable por lo desconocido. El abuelo no odiaba a los judíos, ni a los negros, ni a los árabes, ni a los orientales, ni a los indios, ni a los norteamericanos. Que yo sepa, jamás había hablado con uno de ellos. Por consiguiente, lo aterrorizaban. Y deduzco que, por razones que tienen que ver con su miedo innato al hedonismo, al lujo, al erotismo y al libertinaje carnal, el abuelo no temía a los judíos ni a las razas oscuras con nada equivalente a la dureza de corazón que mostraba cuando se enfrentaba con el espectro de los norteamericanos que por entonces llegaban a raudales a Estocolmo, huyendo del tirano norteamericano, el presidente Richard M. Nixon. El abuelo temía tanto a los norteamericanos que estaba dispuesto a suspender su sentido común acerca de la blasfemia —como seminarista había predicado la resistencia a toda costa ante los blasfemos alemanes y rusos— y proclamar desde el púlpito que Nixon era un castigo apropiado para los pecadores norteamericanos. Decía que lamentaba que tantos

bribones hubieran escapado de su cornudo primer mandatario.

Mi abuelo era un hombre devoto. Yo lo quería a pesar de su manera de ser. También era cruel, intolerante, vengativo y demasiado a menudo históricamente vano. Predicaba el Dios del Amor, el Sermón de la Montaña y las parábolas de Jesús con la misma intensidad con la que se manifestaba a favor de las políticas injustas y despiadadas. Podía ser un estruendoso matón; podía ser un intrépido aliado. Su fuerza residía en su determinación; su debilidad, en su falta del sentido de la proporción, que se podía convertir en una falta de sentido de la decencia. Pasó por la vida como un huracán de vergüenza y de triunfo. El abuelo era tan implacable como despiadado, tan vigilante como transgresor siempre peligroso. Era astuto, imprevisible, claro y de buena memoria. El abuelo era la furia personificada. Recibía lo que daba, y mucho más. En última instancia no me corresponde a mí juzgarlo. A lo largo de mi vida he tenido que discutir casi todo lo que él dijo sobre mi madre, mi padre y la paz mental; y, sin embargo, sé que soy afortunado por haberme visto obligado a recorrer un curso tan largo. Por el camino he encontrado tesoros.

El doctor Anders Horshead fue el primero en declarar que yo era un niño corriente. Eso significaba que no tenía la nariz ganchuda, no era del color del chocolate ni radicalmente no escandinavo. Radar, mi tío materno, por entonces de doce años pero ya dado al entusiasmo angelical que lo llevaría a los escenarios como el tipo de escandinavo que los dramaturgos celebran como héroe trágico, fue el siguiente en bajar y decir que iba a la capilla a dar gracias por la salud de Lamba. Por entonces a Radar no se le permitía olvidar la mentira de que su nacimiento y juventud enfermizos habían provocado la muerte de su madre (un engaño del abuelo que no embaucaba a nadie salvo a los tontos que se interesan por semejantes chismes). El abuelo y Anders Horshead vaciaron entonces una botella nueva de vodka para brindar —y eso era muy escandinavo por parte de ellos— por lo que hasta ahora se había evitado.

Al llegar el día, y la primera nevada fuerte, el abuelo había agotado su peculiar júbilo y regresado a su estoica inquietud.

—¿Qué habría que hacer con el pequeño bastardo? —preguntó el abuelo. (No sé si en verdad dijo eso; me gusta pensar que haya podido decirlo. Lo más probable es que me llamara «eso»).

—No hables así —dijo Anders Horshead. Deja que la naturaleza siga su curso.

—Prefiero arder en el Infierno antes que dejarlo en manos de ella.

—Tienes un nieto hermoso. Te envidio —dijo Anders Horshead.

—¡No está bien! ¡Algo hay que hacer! ¡Algo se hará!

Lamba no era una deficiente mental. Era una niña precoz y sin madre, que se burlaba de la voluntad de su padre y disfrutaba haciéndole saber el placer que eso le producía. No tenía intenciones de abandonar su compromiso de rebelarse sólo porque el acto de dar a luz hubiera aplastado momentáneamente su capacidad de desafío. Necesitaba dos semanas para recuperarse, ocupada en amamantarme hasta que el

abuelo, a su manera cruel, le recordó a Lamba cuál era su situación. Una vez que se eligió a la pareja, y el proceso de mi adopción estaba tan avanzado que lo único que quedaba era poner uno o dos sellos, el abuelo entró en el cuarto de Lamba y le dijo lo que se iba a hacer. Lamba siguió acostada, sin moverse. Lloró, sin hacer ruido y sin secarse los ojos. Metió la mano debajo de la almohada para sacar el espejo mágico de mano como si fuera un arma. El abuelo salió repentinamente de la habitación, consternado ante el recordatorio de que su única hija podía ser una bruja. Dejó a Radar a cargo de todo mientras él atravesaba con dificultad una nieve recién caída hacia su despacho en la rectoría de la Iglesia Luterana de la Estatua de Sal. Llamó a su consejero espiritual, Thorbrand del Supremo Concilio Luterano, para contarle que se había realizado la acción, que el futuro estaba resuelto. Tenía razón. Se equivocaba. Cuando el abuelo regresó a casa, después del anochecer, yo no estaba, y no se me volvería a ver en muchos nefastos años. Lamba jamás volvió a cruzarse en el camino del abuelo. Radar lloró desconsoladamente. El abuelo llamó a la policía, a Anders Horshead, y luego regresó a su estudio para llamar a su Dios Nuestro Señor y, en piadoso reposo, a su muy añorada Zoe.

Lamba me había envuelto en los habituales pañales y se encaminó al barrio extranjero situado en el otro extremo de la ciudad. Era la semana de Navidad (aunque no Nochebuena). Estocolmo estaba engalanada con todos sus adornos, tanto naturales como comerciales, y sus catorce islas espolvoreadas con nieve fresca sobre una densa capa de hielo, las calles ocupadas por tantos trineos como coches, los siempreverdes azotados por los vientos árticos que gemían entre las pequeñas hendiduras de piedra de las zonas más viejas de una ciudad en parte pintoresca, en parte deliberadamente futurista. Por ese entonces, Estocolmo estaba siempre dinámicamente organizada. En invierno, también parecía fabulosa y no del todo creíble. Con sólo unas pocas horas de sol, el crepúsculo que predominaba era mucho más espectacular para las intermitentes actividades. Y la noche profunda era filosófica. Lamba abrió un surco a través de una ciudad de hielo y acero inoxidable, cantando canciones absurdas para ella y para mí. Estaba decidida, pero no libre de miedo. No estaba tan lejos de las pesadillas de la infancia, y en esos sueños (y también en el zoológico) había visto los delatores ojos amarillos del lobo escandinavo, listo para atacar desde la oscuridad.

Uno podría preguntarse por qué no había tomado un autobús. No lo hizo, y no sólo porque fuera una muchacha operística. Las recientes guerras fronterizas en los reinos del Medio Oriente habían precipitado un embargo que condenaba al Norte a un oscuro pánico. El transporte público era irregular. Las tiendas cerraban temprano. Mi primera Navidad no estaba bien iluminada ni tenía buena calefacción. Pensando en los otros problemas que soporté, tales como la maternidad, la paternidad y la supervivencia, el hecho de que hubiera más velas que bombillas eléctricas en los árboles navideños podría ser superfluo. Era, en cambio, un anuncio del caos fratricida que vendría.

Lamba avanzó a empujones entre la muchedumbre que había a la entrada de la

misma cervecería miserable, el CLUB DEL RATÓN MICKEY, donde yo había sido concebido. Algunos se desconcertaron al ver a una muchacha de cabellos dorados y salpicada de nieve que aferraba un bulto que difícilmente podía haber sido un pan. Algunas de las mujeres sugirieron lo peor en voz alta: «Está muerto». Lamba no parecía tan desesperada. Las extrañas profundidades de sus rasgos intimidaron a los curiosos en el último momento, antes de la interferencia. Ella era una belleza pero, a la luz artificial, podía parecer exagerada y fantasmagórica. Su misión reforzaba su conducta intrínsecamente rara. Después de todo, mamá era mágica.

El CLUB DEL RATÓN MICKEY era una serie de óvalos concéntricos, donde el más interior era el bar, el siguiente las mesas reservadas y el exterior la línea de cafetería y artículos auxiliares, como las máquinas de música, los *pinballs* y las cabinas telefónicas. Lamba se acercó al bar para preguntarle en sueco a Felix, el camarero más bien enano, sobre el paradero de un norteamericano alto, peludo y de barba rojiza que vestía vaqueros, camisa a cuadros, chaleco y gorra irlandesa, y hacía llamadas telefónicas en la parte trasera del local. Felix le dijo que la mitad de Norteamérica era alta y la otra mitad vivía en el teléfono. ¿Sabía ella cómo se llamaba? Las miradas hicieron retroceder a Lamba. Se abrió paso volviendo junto al árbol de Navidad que había junto a la máquina de música. Algunas mujeres se interpusieron en su paso por miedo a que pudiera depositarme entre los regalos. Lamba siguió hasta la misma cabina del acto. Hizo varias llamadas a sus hermanas sibilas, la última de las cuales, a Astra, nos garantizó una habitación para pasar la noche. Lamba era una pagana práctica. Estaba dispuesta a volver a la cervecería todas las veces que hiciera falta. Dadas las circunstancias, me buscaba el mejor hogar disponible. Mi madre jamás, jamás, planeó abandonarme.

Peregrine llegó tarde, ya que era la primera semana de su primer trabajo después de más de un año en Estocolmo. Él e Israel habían encontrado un trabajo a tiempo parcial vendiendo bocadillos durante los partidos, y limpiando después, la pista de un equipo semiprofesional de *hockey* sobre hielo, los Slothbaden Berserkers. Era un trabajo asqueroso, por el que recibían sueldos de esclavos, pero Peregrine e Israel se alegraban de haberlo conseguido. Como la mayoría de los norteamericanos en Estocolmo —prófugos del servicio militar, desertores, ladrones y tipos raros—. Peregrine e Israel no tenían permiso de trabajo. El gobierno real quizá les permitiría quedarse, pues Suecia se enorgullecía de su así llamada neutralidad, pero el gobierno real no los dejaría trabajar fácilmente. Soplaban vientos burocráticos sobre las acreditaciones, las listas de espera, las fuentes de trabajo. Al final, había medio millón de trabajadores extranjeros en Suecia; muy pocos de ellos eran exiliados norteamericanos. No importa mucho, lo sé, salvo para señalar que Peregrine e Israel eran tan prisioneros políticos en Estocolmo como lo hubieran sido de haber ido a la cárcel en Estados Unidos por resistencia a hacer el servicio militar. Les quedaba muy poco dinero de su impetuosa huida el año anterior. Eran hombres desesperados. Algunos como ellos, corrompidos por la locura de la guerra de Vietnam, ya habían

caído en las drogas, el crimen o cosas peores. La suerte y la rápida mente de Guy Labyrinthe les habían evitado un final semejante, Guy y Earle Littlejohn eran, según la jerga del *hockey*, «bienes de dinero». A Eystein, el astuto dueño de los Slothbaden Berserkers, le interesaba más el talento para la danza de Guy y el talento pugilístico de Earle que lo que le preocupaba obedecer las leyes laborales del Partido Social Demócrata que gobernaba por orden del Rey. Así, Peregrine e Israel tenían trabajos por los que les pagaban un dólar norteamericano la hora, tres noches por semana, ocho horas por noche; era una miseria, pero mejor que la larga caída en las drogas y en el autodesprecio. Sin embargo, era necesario un rápido alivio para soportar la ironía de haberse matriculado en la Universidad de Yale como preparación para limpiar vómitos debajo de gradas provisionales. Peregrine e Israel iban directamente desde la pista a lavar esa sensación con buena cerveza escandinava.

Después de la medianoche, el CLUB DEL RATÓN MICKEY se llenaba de desconsolados chicos norteamericanos, la mayoría demasiado autocompasivos como para preocuparse por algo que no fuera el grupo de chicas suecas que ofrecían sexo y comprensión con ciertas condiciones, Israel fue rápido en conseguir una mesa cerca del árbol de Navidad, del otro lado de la sala donde estaban los chulos y los gangsters. Israel le hizo una seña con la mano a Earle, quien cuidaba un brazo izquierdo vendado a causa del partido de la noche, para que metiera su corpachón y mostrara su herida con el fin de abrir espacio suficiente para que entraran Peregrine y Guy, que lo seguían de cerca. Luego se ofreció a atravesar la multitud hasta el bar en busca de cerveza, principalmente porque esperaba captar la atención de su amada, la poetisa Molly Rogers. Eso planteó el tema de las finanzas. Peregrine gruñó, sacando del anorak unas pocas y miserables coronas y una carta de amor cuidadosamente envuelta, Earle dijo que en alguna parte tenía cincuenta coronas, y movió el brazo malo con intención de sacarlas, Guy lo detuvo, y luego, con delicadeza, hurgó hasta sacar la cartera de Earle, quien sólo tenía treinta coronas, ya que había olvidado que aquella tarde había pagado la multa por el retraso en el alquiler. Peregrine se hundió un poco más en el asiento para releer la carta.

Israel regresó sin Molly Rogers. Guy notó el anhelo de Israel, que cambió de tema y se puso a hablar del partido de esa noche y de la herida de Earle, resultado de un excelente pero inoportuno bloqueo defensivo. Entonces Israel sacó un ejemplar del *New York Times* de hacía cuatro días que había cambiado por cigarrillos americanos en la pista, y los cuatro pasaron a discutir sobre juegos más sombríos. En aquellos tiempos jamás hablaban de *hockey* sobre hielo, estando los tótems de Richard M. Nixon y Henry Kissinger para maldecir. Además, los Slothbaden Berserkers no jugaban al *hockey* sobre hielo; jugaban al «ataque personal» sobre hielo. Era la influencia norteamericana, La Liga Nacional Americana y Canadiense de *Hockey* era una broma pero también una moda en Suecia, Guy y Earle, que habían asistido a un campamento de entrenamiento de la Liga Nacional de *Hockey* antes de ser reclutados, enviados a Vietnam como fusileros, inducidos a cometer crímenes y a

desertar, eran celebridades debido a sus supuestos talentos para jugar al tiempo que golpeaban, Guy golpeaba y marcaba, Earle simplemente golpeaba y golpeaba. Sin embargo, violentos como parecían los Berserkers, en especial el rudo Earle en la defensa dándole pases a Guy, quien volaba por el ala derecha, aún practicaban un juego de chicos. Fuera del hielo, las magulladuras eran insignias de teatralidad, no recordatorios de brutalidad. Esa noche a finales de 1973, la cervecería estaba llena de jóvenes que llevaban de manera permanente las cicatrices de la verdadera brutalidad, Israel me dijo en una ocasión que la única vez, de joven, en la que no se había preocupado por lo que les sucedía a los New York Rangers, había sido el año anterior, cuando el presidente Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, habían ordenado bombardeos sobre Hanoi durante la Navidad.

Las noticias de Nueva York eran prometedoras, Kissinger, un hombre fuerte y mentiroso, había aceptado el premio Nobel de la Paz en Oslo dos semanas antes (el día de mi cumpleaños). El que lo compartió con él, Le Duc Tho, un vietnamita fuerte y mentiroso, había esquivado por completo el asunto, Israel le anunció a Earle que recibir el premio Nobel de la Paz daba tan mala suerte como aparecer en la tapa del *Sports Illustrated*. Earle, que alentaba a los demás a pensar que era estúpido, lo cual no era verdad, dijo que le gustaba la idea de Israel, Guy refunfuñó algo porque Israel se mostraba condescendiente con Earle, y luego opinó que Israel no tomaba en serio a un hombre peligroso sólo porque era judío. Los judíos, insistió Guy, eran menos absurdos y más eficaces que lo que Israel estaba dispuesto a admitir, Guy era de origen franco-canadiense, de la zona más pobre del alto Vermont. Tenía un cuerpo compacto, rápido y fuerte y un carácter similar. También tenía un amargo sentido de la historia y era un auténtico libertario radical, criado en las mismas montañas que le dieron a Norteamérica los anarquistas románticos que seguían al santo personal de Guy, Ethan Allen. Guy era partidario del derrocamiento violento de todos los gobiernos. Opinaba que había que colgarlos a todos antes de que ellos te colgaran a ti, Israel miró a Guy y se encogió de hombros. Éste era su tema de discusión más antiguo y más cómodo, Israel sabía que él se tomaba a los judíos en serio, en especial a los judíos alemanes como su propio padre y Henry Kissinger. Israel cambió el curso del diálogo, pasando de la lectura entrecortada de un titular y su primer párrafo a la tragedia de Richard M. Nixon, presidente de los Estados Unidos de América durante los últimos cincuenta y nueve meses.

—Jamás lo atraparán, mientras él tenga las cintas y nosotros al Senado —dijo Peregrine. Papá se refería a la asombrosa historia de que Nixon se había grabado a sí mismo en sus propias oficinas secretas mientras conspiraba para subvertir la Constitución de la República que sobre una Biblia había jurado defender hasta la muerte. La historia es mucho más larga, y casi todo lo demás es propaganda para insignificantes tiranos posteriores. Reconozco mi impaciencia. Fue hace mucho tiempo, y aunque el reinado de Nixon significó todo para el destino de mi familia, ahora lo veo más como una locura que como una tragedia. No, eso es injusto con mi

padre: Nixon fue la ruina de él y de sus amigos, la causa principal de su agonía en el exilio.

—Ya no estoy seguro —le dijo Israel a Peregrine, olisqueando la primera página del periódico en busca de lo que él llamaba «el olor de la corrupción». Añadió—: Nixon ya no es de fiar.

—¿Como si se hubiera pegado un tiro en la cabeza? —comentó Earle.

—Sí, un golpe de disco en la mandíbula —dijo Israel—. Ojalá.

—Yo no veo ninguna esperanza —aseguró Peregrine—. Las cosas son lo que son...

—... Cuando son —remató Israel, frunciendo el ceño. Estaba molesto con Peregrine. Papá se había amargado con ellos. Se le partía el corazón, porque su corazón pertenecía a una norteamericana que no le era concedida: «una pesadilla de estómago lleno», según Israel; es decir, a la señorita Charity Bentham.

De repente Timothy, el cantante *folk*, se abrió pasó hasta la mesa y se sentó como un duende en la enorme rodilla de Earle.

—Me debes diez coronas —dijo Israel con la palma de la mano hacia arriba.

—Tengo algunas noticias que pensé que podría cambiar por mi deuda —comentó Timothy—, quizá no os gusten. ¿Trato hecho?

—Aquí todos hablamos el mismo idioma —respondió Israel—. Adelante.

—Trato hecho entonces —dijo Timothy—. A eso de las nueve vino una pequeña Ingrid con un bebé de verdad en edad de mamar. Le preguntó a Felix por un yanqui alto, de barba roja, que lleva gorra irlandesa y hace llamadas telefónicas.

—¡Dios mío! —dijo Israel.

—¿Qué es esto? —preguntó Peregrine.

—Quizá la haya visto —dijo Timothy—. Quizá hace nueve meses, saliendo de una cabina telefónica contigo.

—¿Es verdad lo que dices? —dijo Peregrine.

—¿Acaso me sentaría sobre el animal y me burlaría de vosotros? —dijo Timothy.

—¿Qué le pasó a ella? —preguntó Peregrine.

—Fue a la parte de atrás. La vi sentarse en una cabina telefónica, la cabina telefónica, ya sabes. Fue hace un buen rato —contestó Timothy.

—Espacio, espacio, espacio —le dijo Israel a Peregrine.

—Iré a verla —aseguró Peregrine con pesadez, resignado.

—Iremos todos —dijo Israel. Los cuatro abrieron una cuña en el remolineante alboroto. Me encontraron dormido debajo del asiento sobre el cual había sido concebido. Estaba empapado y hambriento, pero dormía sin ser molestado por el bullicio de la revolución que había a mi alrededor. Dormía tan profundamente como puede hacerlo un ser humano tan próximo a la inocencia. Dormía a la espera de lo fabuloso, que llegó en la forma de cuatro cansados norteamericanos, exiliados de todo menos de la verdad del corazón.

A menudo me he preguntado si, de haber gritado antes de que mi padre me



encontrara —porque yo era obstinado y nada inocente—, alguien se podría haber molestado lo suficiente como para llamar a las autoridades, que entonces me habrían devuelto al abuelo y, de allí, sello, sello, a extraños. Ahora podría ser un funcionario, o un pescador, o un cantante de coro... cualquier cosa. Fue una temprana dosis de suerte incomprensible.

Siempre me he preguntado, también, adónde había ido Lamba. Una posibilidad es que me dejó allí, a salvo y dormido, para recorrer la cervecería en busca de Peregrine, misión nada sencilla para una belleza sin hogar entre fracasados borrachos. Otra posibilidad es que estaba de pie al lado de la cabina telefónica vigilándome a través del cristal y buscando entre la multitud la barba roja y la gorra irlandesa de papá. En cualquiera de los casos, la verdad es que se quedó cerca. Quizá al ver a Peregrine y sus amigos horrorizados junto a la cabina, se dio cuenta de que no había necesidad de intervenir. Y está la vital reflexión de que Lamba pudiera haber sabido lo que iba a pasarme. Me refiero a todo, desde la cabina telefónica hasta la cabina telefónica hasta el final, algo que incluso yo todavía he de descubrir. Mamá aseguraba que podía ver en el futuro, que podía, como dicen los escandinavos, robar tiempo. De eso nunca tuve dudas. Como tampoco tuve dudas de que mamá vio a papá abrir esa cabina telefónica antes de dejarme.

Mis salvadores, atontados, entraron en un incómodo estado de gracia. Peregrine fue el que más se quejó. Israel hizo un ademán hacia el cielo y consoló a Peregrine. Earle me recogió y me acunó en el cabestrillo. Guy hurgó para determinar mi sexo. Obtuvo como recompensa un pequeño pedazo de papel metido dentro de mi pañal, en el cual estaba escrita, en inglés, la siguiente información: «Soy Grim Fiddle».

Uno se siente fácilmente tentado a reconstruir la propia concepción, nacimiento e infancia. He cedido a las dos primeras cosas; no lo haré con la tercera. Mi infancia fue decente, no del todo lógica, y tan cariñosa como se podría desear. Después de prolongadas lamentaciones, Peregrine se quedó conmigo, su hijo bastardo y rubio. Al hacerlo, reconoció luego, también conservó su cordura, y a sus tres camaradas. Yo proporcioné a esos cuatro peregrinos algo que les faltaba más que el dinero o la seguridad. Les di un objetivo. Peregrine, Guy, Israel y Earle se unieron para convertirse en mi familia. Y con ayudas generosas de tipo más maternal, como la de Molly Rogers, sobrevivimos a los torrentes de la guerra del Vietnam y a la apatía de lo que sobrevino luego, que no fue precisamente la paz.

El último día de abril de 1975, vigésimo séptimo cumpleaños de Peregrine, el último helicóptero se elevó desde el techo de la asediada embajada norteamericana en Vietnam del Sur, terminando así con más de veinte años de guerra estadounidense en Indochina. Después, la trapacería política obligó a los sucesores de Nixon a ofrecer una engañosa amnistía a los miles de norteamericanos que habían elegido la cárcel o el exilio en lugar de la complicidad en la guerra ilegal (Israel dijo «inconstitucional») de Estados Unidos en Vietnam. No tengo necesidad de ser más específico, salvo para informar que mi padre y sus amigos habían escupido una vez en el ojo del águila calva y no temieron hacerlo de nuevo cuando esa águila calva ofreció, en sus garras, un trato despiadado. Mi familia no reconocería que había justicia en la engañosa postura de la República que los había empujado al exilio. Juró sobre Biblias, en los titulares de los periódicos, y en una petición de desagravio que enviamos a la Casa Blanca, firmada con nuestra sangre (también la mía, a pesar de que yo sólo tenía tres años), que no volveríamos a nuestros hogares hasta que el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica reconociera sus crímenes, arrestara y juzgara a sus verdaderos traidores, sabotadores y asesinos, y nos repatriara con el respeto que merecíamos. Esto puede parecer jactancioso e ingenuo. Lo era. Mi familia estaba comprometida y atrapada en sus más elevados ideales. Teníamos razón. Norteamérica estaba equivocada. Mi familia no era la primera que había tenido que soportar el exilio mucho después de que las causas de la alienación hubieran sido borradas por el revisionismo histórico. Me refiero a la mayoría del público norteamericano. Me refiero a los judíos.

También admito que la decisión de mi familia de permanecer en Estocolmo no fue del todo ideológica. A Guy y a Earle los buscaba el alguacil de una división de infantería del ejército norteamericano en relación con las muertes sospechosas de un PM estadounidense y un policía vietnamita en Saigón en 1972. Los detalles eran ambiguos y trágicos. Y a Peregrine y a Israel los buscaba el FBI para interrogarlos en relación con un robo de servicios de las líneas aéreas Pan American y con la puesta en peligro temeraria de varios empleados —se utilizó un cuchillo de caza— de un

vuelo que salía del Aeropuerto Internacional Kennedy en 1972. Estos detalles también eran ambiguos y trágicos. Mi familia necesitaba refugio mientras éste estuviera disponible. Algunos podrían haber dicho que eran delincuentes. Ellos se consideraban fugitivos. Eran mi familia, y yo los quería profundamente.

Vivíamos de manera reservada en un destartalado apartamento de alquiler (nadie les pidió explicaciones por mí, pero ellos se preocupaban constantemente... yo era su santuario) en el barrio extranjero de Estocolmo, hasta que Guy y Earle obtuvieron el suficiente dinero —a cuenta de partidos futuros que jugarían para Eystein— como para alquilar una ruinoso casa de dos plantas cerca de la pista de hielo. Más adelante, gracias a un poeta amigo de Molly Rogers llamado Orri Fljotson, Peregrine e Israel fueron presentados a un rico y misterioso comerciante de arte, Thord Horshead. Thord tenía muchos secretos, de los que el más pequeño era que se trataba de uno de los cabecillas de una sociedad contrabandista del Báltico, que pasaba alcohol, armas pequeñas y drogas a una Escandinavia de aranceles muy elevados y con frecuencia también detrás del Telón de Acero. Nunca hubo nada encubierto en la actitud de Thord hacia mí, pues me colmó de generosidad y de paciencia. Él venció las objeciones de Peregrine y nos trasladó a todos al ala trasera de una gran casa que mantenía en las afueras de Estocolmo como galería de arte y, en secreto, como oficina de envíos y recepciones. Durante muchos años, la benevolencia de Thord no fue analizada pero sí apreciada. Quizá no hubiéramos sobrevivido sin él. Thord fue nuestro protector. También fue nuestro eslabón con la cultura sueca, ya que nos presentó a los elementos más exóticos de una sociedad que defensivamente nosotros evitábamos.

Thord fue quien adelantó a Peregrine e Israel el capital para establecer su primero y último intento de libre empresa norteamericana, un campamento de verano para niños llamado *¡Hagámonos Vikingos!* He olvidado de quién fue la idea, y exactamente por qué fracasó. Basta decir que Peregrine e Israel administraron, durante diez años, un campamento de verano para niños norteamericanos en su mayor parte de origen nórdico cuyos padres deseaban sumergir a sus descendientes en las leyendas de los vikingos, Israel me explicó que los padres norteamericanos no daban a sus hijos una infancia verdadera si les podían pagar una falsa. En Estados Unidos, dijo Israel, a eso se lo llamaba «preparación», y cuanto más extravagante era más deseable resultaba. Debía de tener razón, pues con unos pocos anuncios en revistas norteamericanas, reunimos un montón de solicitudes. Usando la persona legal de Thord como prestigioso tratante de arte y su aparato extralegal como contrabandista, Peregrine e Israel compraron un ruinoso desembarcadero y edificios abandonados en Vexbeggår, un pueblo pesquero sueco situado unas leguas al sur de Estocolmo. Vexbeggår era idóneo para montar una imitación de un campamento vikingo, porque los especuladores ya lo habían convertido de un antiguo racimo de cabañas en un refugio de verano para los capitanes de la industria. Mi pueblo por parte materna había perdido su famoso sentido de la austeridad en los acuerdos políticos de fines

del siglo veinte entre la izquierda, la derecha y lo que Israel llamaba los vagos, y se había convertido —durante varias décadas fugaces de lujo— en poco más que timadores y tramposos. Los mayores de Vexbeggjar veían a *¡Hagámonos Vikingos!* como un grosero negocio norteamericano. Creo que también hubo envidia, por lo menos al principio, porque uno de los motivos por los que fracasamos fueron los aumentos anuales en la contribución impositiva.

Peregrine e Israel, a través de Thord, compraron disfraces, una forja, un pequeño barco rastreador con aparejos de yol, una imitación de un barco vikingo de seis metros de largo llamado *karfí* que Thord había encontrado en una feria noruega, y todos los demás artículos necesarios para simular el campamento de un capitán vikingo —lo llamamos Bronco el Tosco— de alrededor del siglo IX d. de C. Era histórico cuando tenía que serlo, pero ante todo era un campamento vikingo del estilo, me dijeron, de un famoso parque de atracciones norteamericano que había recreado otros escenarios históricos llamados Fronteralandia y Junglalandia, y mi favorito, aunque sospecho que era invento de Israel, Guetolandia.

Yo no me burlo de nuestra Vikingolandia, pues me dio una infancia repleta de fantasía y diversión. Cuando llegaba el verano, con sus noches blancas y su cálida brisa báltica, me convertía en el estudiante más precoz de *¡Hagámonos Vikingos!* Más aún, trabajaba duro para ayudar a Peregrine e Israel a mantener la atención de los niños tediosos y vacuos que atraíamos. Pronto me hice más experto que mis mentores, y terminé siendo un esnob en todas las cuestiones nórdicas. Con la mente libre de la educación moderna (yo no existía legalmente, de modo que no se atrevieron a inscribirme en la escuela), fue para mí una gran felicidad llenarla con el arcano saber de lo que se llama la Edad de la Migración. Yo viví lo que Peregrine sólo podía mostrarme, lo que Israel sólo podía darme a través de los libros. Me convertí en un guerrero tirador de lanzas, constructor de barcos, portador de espadas, tallador de runas, armador de escándalos. La verdad era que en mi interior albergaba a un mutador de forma de pura sangre. Por aquel entonces, no obstante, todo era júbilo y espontaneidad, nada era oscuro.

Durante los largos inviernos en Estocolmo, mi autoeducación se vio complementada por las rarezas de los componentes de mi familia, que, aunque eran amables, norteamericanos y estaban inmovilizados en la juventud por un accidente de la historia, mitigaron mis impulsos infieles de hacerme vikingo de verdad. En mis fantasías, saqueaba a los mercaderes de las islas Feroe, arrasaba las granjas sajonas desde John O’Groat hasta Land’s End. Pero durante el día me veía obligado a soportar los discos de ópera de Earle, las historias de Guy de elegantes éxitos franceses, el filosofar socrático de Israel sobre las cosas en general, y la lectura en voz alta de Peregrine de las grandes y, como decía, «correctas» novelas del mundo. A veces sonaba como si D’Artagnan jugara a las Veinte Preguntas con Huck Finn<sup>[1]</sup> (el más nórdico de los héroes norteamericanos), pero adquirí una visión más amplia de la vida que lo que permitían las sagas islandesas. En general, mi familia trató de

cultivarme. Ahora creo que quizá me empujó más a mis fantasías. Me consideraban demasiado divertido como para controlarme con moderados azotes. Y una vez que los hube puesto al corriente de mis grandiosas ideas, cooperaron sin dificultad, ayudando a transformarme en una miniatura mofletuda, de cara rubicunda y pelo rizado del mismo Beowulf, el que mató a Grendel y a su madre, héroe entre los héroes vikingos. Si no parezco tanto un hombre del siglo veintiuno como debería ser el caso, si parezco alguien cuyo pensamiento es extraño, anacrónico, desinformado, que no está a tono, contesto que aprendí a trabajar para hablar por teléfono, que rastree las hazañas de los nórdicos desde Escandinavia a Islandia, Groenlandia, Marklandia, Hellulandia y Vinlandia antes de descubrir que Cristóbal Colón era judío (según Israel). Y ahora que lo pienso, hubo un resultado muy fortuito producto de esa educación: durante mis estudios escandinavos resolví provisionalmente el enigma planteado por mi madre —a quien entonces ninguno de nosotros conocía ni sabía dónde estaba— cuando exclamó, durante mi concepción, el nombre nórdico «¡Skallagrim Strider!».

El campamento de chicos cerró. Más triste aún, Earle, muy herido en una pelea a puñetazos con los Trondheim Trolls, tuvo que perderse tres temporadas. Eystein no creía en las bajas por enfermedad. En casa, Earle tenía molestias de espalda y se mostraba desconsolado cuando Guy se ausentaba, a veces durante semanas; se calmaba enseñándome todo lo que sabía sobre el *hockey* sobre hielo. Mi pasión por la Era Vikinga se vio desplazada por la excitación de aprender a manejar un ataque de dos contra uno, en el que yo era el defensor y los dos atacantes eran canadienses veloces, las únicas personas aparte de los nórdicos que viven para el *hockey* sobre hielo. Yo crecía rápidamente, desarrollándome, para júbilo de Earle, como un baluarte de la defensa: piernas como troncos de árboles, caderas anchas, brazos largos, flexible y muy sólido en el hielo. Earle me entrenó de forma exhaustiva. Dijo que creía haber descubierto la respuesta para las alas izquierda y derecha de los Canadienses de Montreal de la Liga Nacional de *Hockey*, lo cual era un máximo cumplido. Entonces lo frustró mucho que yo no pudiera vivir para el hielo. Estábamos apremiados de fondos, a pesar de la munificencia de Thord, y tenía que trabajar a tiempo parcial con Peregrine e Israel. Guy era nuestro único proveedor de confianza, y eso nunca era del todo suficiente, en especial con los gastos de la terapia física de Earle, Guy era desinteresado; su dinero no podía quitarle el abatimiento. Aunque no podía viajar al extranjero con los Berserkers, raro era el mes en que podía pasar quince días con nosotros y con Earle. Era verdad que Guy amaba a Earle por encima de todas las cosas temporales, y que Earle amaba a Guy por encima de todas las cosas temporales. Digo esto porque pasaron muchos años hasta que descubrí que su amor era considerado por la sociedad educada (no nosotros, por supuesto) como algo antinatural. Cuando me enteré —por otros chicos durante un partido de *hockey*— de que el amor entre hombres, el amor homosexual, se consideraba enfermizo, me vi enfrentado con uno de mis primeros misterios de adulto. La naturaleza es creación,

sostuve ante Peregrine e Israel, y la creación es todo lo que es; entonces, ¿cómo algo que es puede ser antinatural? Peregrine sacudía la cabeza e Israel se reía.

Debo hablar de Peregrine antes de proseguir. Papá fue otro de mis misterios cuando yo era niño. Israel me dijo que ningún hombre ve a su padre con claridad, porque él mismo se interpone en el camino. En otras palabras, debería mirarme a mí mismo para ver a Peregrine. Puede que esto sea todo. Unos pocos hechos ayudarán. Peregrine fue el hijo mayor de un soldado profesional, Leslie Ide, quien a su vez era hijo de un empleado de oficina del ferrocarril. La madre de Peregrine, Jane Peregrine, era una irlandesa protestante, la hija más joven de un camisero de Londonderry, quien conoció a Leslie y con quien se casó durante la Segunda Guerra Mundial, poco después de la invasión aliada a Francia. Peregrine y sus varios hermanos pasaron sus primeros años mudándose de una base del ejército a otra base del ejército desde el norte de Europa hasta Norteamérica. Los chicos estaban excesivamente apegados a su madre, ya que Leslie casi siempre se hallaba lejos, en la guerra, o algo así, y porque la familia se cambiaba a una nueva casa cada dos años. La primera lealtad de Peregrine fue hacia lo que él llamaba un «poquitito de Eire» y la imaginación de Jane, que era vigorosa. Jane escribía novelas románticas para un editor estadounidense. La que mejor recuerdo trataba de una bruja irlandesa de trescientos años de edad que intentaba matar a todo inglés opresor de los irlandeses, desde Oliver Cromwell hasta Winston Churchill, fracasaba cada vez, era horriblemente ejecutada por su osadía, y luego se reencarnaba en otra hermosa y siniestra patriota irlandesa. Era brutal para una novela romántica, Israel me dijo que los doctores de la mente de la ciudad de Nueva York habrían sacado gran provecho de la influencia de Jane sobre su hijo mayor, mi padre. Apunto que Peregrine podía charlar con adorable zalamería, y que de verdad creía que si no fuera por el infortunio, no tendría nada de fortuna.

Peregrine se desconcertó cuando Leslie lo matriculó en una escuela militar, la Washington Crossing Military Academy, situada en el alto río Delaware entre la ciudad de Nueva York y el estado de Pennsylvania. Dudo que la Cross, como la llamaba, fuera tan draconiana como él la recordaba. Su problema era que, en Estados Unidos, las academias militares se consideraban lugares de último depósito para los hijos delincuentes de las familias acomodadas. Cualquier chico, como Peregrine, que se encontrara en una academia no porque hubiera sido un truhán sino porque su padre pensara que valía la pena aprender la ciencia militar y la disciplina espartana, se veía reducido a una cólera inútil. El resultado del encarcelamiento de Peregrine fue que él, y su eventual compinche del alma, Israel Elfers (quien, como me dijo Israel, siendo judío de la ciudad de Nueva York estaba tan fuera de lugar en la Cross como la poesía), se convirtieron en genios del desafío y las valientes travesuras en las tierras de cultivo de los alrededores. El director de la Cross, uno de los camaradas de armas de Leslie en la Segunda Guerra Mundial, Fritz «Sin Cuello» Fitzgore, consideraba que la conducta de Peregrine e Israel hacía pensar en perros salvajes. Peregrine e Israel llegaron a ser llamados los Rufianes del Condado de Bucks. Al cumplir los

diecisiete años, esos dos sabían todo lo que hay que saber sobre las fugas.

La Universidad de Yale no los cambió. En 1966 cuando Peregrine e Israel entraron en Yale (para alivio de sus padres, para consternación de Fitzgore, quien les había escrito buenas cartas de recomendación sólo porque daba buena imagen a la Cross), la guerra de Vietnam había convertido a todo Estados Unidos a la dinámica de una academia militar. Un chico o estaba en su cuarto estudiando, o estaba camino de Vietnam, o era un prófugo, Israel me contó que él y papá conocían la situación, y que no bastaban notables para entrar en la Facultad de Derecho. Dijo que era correr por tu vida antes de que te dieran caza. Al final, Peregrine no se graduó en Yale, como lo hizo Israel. Papá cometió un salvaje acto de desafiante vanidad. Creo que atacó a otro estudiante por una mujer de la que pronto hablaré; puede que haya atacado a la mujer; o puede que haya atacado a la policía que intentaba refrenarlo; o puede que le haya dicho al decano lo que podía hacer con su presunción de interferir entre un hombre y su mujer.

Pero esto no nos acerca al corazón de Peregrine. Peregrine era más, y más contradictorio, que la suma de sus episodios iconoclastas. Era irascible, generoso, pendenciero, triste hasta entrar en la más negra desesperanza, entregado a sus seres queridos con una constancia apasionada, y tan racional en la interpretación como irracional en el conflicto. Era lo que Israel llamaba un adulto candoroso. La verdad puede ser que se detuvo, inmovilizado en el tiempo, en alguna parte entre la adolescencia y el estado adulto debido a anhelos no satisfechos.

Los paganos nórdicos habrían llamado a Peregrine un mutador de forma inexperto. Perdonaba con facilidad. Se disculpaba rápidamente, demasiado rápidamente. Cometía muchos errores, no comprendía que podía repararlos, a menudo sufría de manera tonta con el fin de hacer gala de sus remordimientos. Lloraba más que lo que uno podría sospechar; se reía, pero no con facilidad. Jamás olvidaba un favor; no podía olvidar o superar una traición. Siempre sospechaba de lo que él entendía como sino, y a veces escupía al oír la palabra *destino*. Su derrotismo, como Israel lo llamaba (que estaba encapsulado con mucha habilidad en su epigrama favorito: «Es lo que es cuando es»), a menudo parecía superficial, reflexivo, cosmético, más un disfraz para sus momentos de pánico y frustración.

Políticamente, Peregrine era ingenuo. Tenía opiniones crueles. Tenía un temperamento muy irritable. Tenía soluciones descabelladas. Peregrine decía que odiaba a todo aquel que alegara el derecho a darle órdenes. Creo que lo que sucedía era que confundía la autoridad con la tiranía. Sin embargo, era lo que los nórdicos habrían llamado Uno Que Se Preocupa De Dragones, que era como nosotros lo llamábamos... influencia mía. Papá jamás estaba más animado que cuando me narraba las biografías de los que él llamaba los más famosos ladrones, mentirosos y asesinos en masa de Estados Unidos, quienes también eran muchos de los más famosos estadistas del país. A menudo pensé, incluso entonces, que él e Israel disfrutaban difamando a su monstruo favorito, Nixon, más de lo que parecía creíble.

A lo largo de los años, esas sombrías sesiones de odio preocuparon a Guy hasta el punto que dejó de participar en ellas. La respuesta de Peregrine fue la de redoblar sus maldiciones contra Norteamérica y lo que le había hecho a él, la de inflarse aún más, convirtiéndose en un hombre sereno y colérico, colérico, colérico.

Papá también era un hombre solitario y desdichado. Peregrine vivía día y noche, verano e invierno, con el corazón triste y una añoranza que transformó en enfermedad. En verdad, para mí el dolor sobrecargado forma tanto parte de Peregrine, que todavía tengo dificultad para imaginar lo que debe de haber sido antes del exilio en Suecia, cuando se pavoneaba por los largos y espléndidos días norteamericanos. Había sido un granuja y un amante. Entonces, Charity Bentham, el anhelo de su corazón, se había ido para siempre, y con ella la voluntad de Peregrine de buscar la felicidad. Hubo mujeres en su vida en Estocolmo. Los oí por casualidad hablando de esta o aquella chica, y hubo muchas noches en las que Peregrine o Israel o ambos pasaban toda la noche fuera. Pero Peregrine jamás trajo a alguien a casa, así como Israel dejaba que Molly Rogers se quedara con nosotros, Molly a veces se burlaba de Peregrine por la actitud que mostraba hacia sus hermanas, y no recibía una respuesta festiva. Siempre que Peregrine tenía una relación sexual, si es que la tenía, esa relación no debía pasar del erotismo, no debía llegar a la intimidad o el amor. Era como si creyera que no había ninguna mujer en Suecia para él, porque sentía que su corazón estaba irreparablemente destrozado, y no podía volver a amar. Sé que por lo general se cree que el tiempo cura esas heridas. Para mi padre, o bien éste no era el caso, o de lo contrario no sólo se negaba a rechazar la cura pretendiendo detener el tiempo en 1973, el año de mi nacimiento, sino también agravando su incapacidad al recordarse a sí mismo, como con un canto, que había sido agraviado, engañado, usado... en resumen, traicionado por el destino.

Yo, desde luego, en ese momento comprendí mal toda esa discriminación entre sexo y amor y congoja, pero percibí los síntomas del amor extraviado. Peregrine tenía la costumbre de lanzar de repente un suspiro profundo, como si fuera el último aliento, o de quedarse allí sentado contemplando la puesta del sol y, luego, soltar un gemido. También podía sumirse en terribles silencios. A menudo se iba del cine, en especial durante las películas que Israel describía como explotadoras de las trivialidades del romance. Recuerdo que en una ocasión, mientras Peregrine me leía en voz alta a uno de los sentimentistas más consumados del siglo diecinueve, quizá Tackeray o tal vez James, soltó el libro y cayó delante de mí, como si sufriera un gran dolor, pero sin emitir un sonido. Se quedó tumbado allí, las lágrimas corriéndole por la cara, empapándole la barba. Fue el peor ataque que tuvo jamás en mi presencia. Me asustó mucho. Corrí a la cocina en busca de Israel, que convenció a Peregrine para que se pusiera de pie y luego lo llevó a dar un paseo por los canales. A mí no me invitaron y los observé desde la ventana: el larguirucho Israel sostenía al fornido Peregrine como una enfermera que lleva a un inválido. Más tarde Israel me dijo: «Olvídalo, chico».



No lo olvidé, ni debería haberlo hecho. Peregrine pareció mejorar con el paso de los años, como si hubiera hecho las paces con su condición. No fue una tregua. Fue una ruina. Dejó de intentarlo, se convirtió en un hombre que prefería la enfermedad a la salud. Olvidó el humor, el respeto a sí mismo, la esperanza, un día mejor, el don que era su vida. Sólo quería recordar, y atormentarse con el recuerdo de aquella mujer norteamericana que había perdido hacía tanto tiempo llamada Charity Bentham.

Aunque eso fue hace más de cuarenta años, y a medio mundo de distancia, el nombre de aquella mujer aún me conmueve y me entristece, Charity Bentham. Si resulta creíble, ella fue el corazón de mi padre. Para mí, representa la encrucijada donde mi propia historia se separa de la de Peregrine. Es de Charity Bentham, y de su violenta entrada en mi vida, que ahora debo hablar detenidamente.

Era la víspera de mi decimoséptimo cumpleaños, con un frío y una quietud tan intensos como la creación nórdica, cuando mi vida, lo mismo que las vidas de todos aquellos a los que quería, cambió irreparablemente y para siempre. También fue la noche en la que se me reveló por primera vez de manera clara que mi familia estaba maldecida con el exilio, y que para esas personas, proscritas y desterradas, no puede existir el regreso, sino la amargura y más derrota.

Di por sentado que Peregrine, Israel y yo éramos afortunados por haber conseguido trabajo temporal como criados de los criados para la gala de los premios Nobel que se iba a celebrar aquella noche en el castillo del Rey. Se esperaba a dos mil quinientos invitados muy importantes a las diez de la noche en el Gran Salón. El nuestro era un trabajo pesado y sucio. Creí que la máscara de espanto de Peregrine se debía a nuestro trabajo. En verdad, su mente era su rostro, como dicen los nórdicos. Nadie me había dicho que Charity Bentham iba a estar presente. Yo pensé, a mi manera infantil, que Peregrine podría haberse mostrado más alegre; pero no es mi estilo tomar a mal los estados de ánimo de mi padre, ya que los cambiaba tan a menudo como las gorras. Yo me sentía feliz, Earle, que había regresado a mitad de temporada con su espalda mala, me había prometido un regalo sorpresa de cumpleaños. Además, Israel compensaba el malhumor de Peregrine superándose con anécdotas de «los buenos y viejos días de la contracultura», cuando los «payasos eran reyes», y con bromas acerca del nuevo castillo del Rey, por entonces aún en construcción en el emplazamiento exacto donde se había levantado el Palacio Real que había sido consumido por el fuego, Israel se mofaba de él diciendo que era un «barroco de secado rápido».

El jefe de nuestro grupo nos mantenía ocupados subiendo muebles y alfombras desde los almacenes hasta el Gran Salón, de modo que no había tiempo para mimar a Peregrine. Nos habían contratado por nuestros músculos, Israel, quien sabía qué era lo que hería profundamente a Peregrine, estaba preocupado por el peso adicional que había puesto en su estómago a lo largo de los años. Mantuvimos el ánimo mejor que la mayoría. De verdad necesitábamos el dinero.

Cuando paramos para ponernos las libreas para el baile, estábamos mareados por las agujetas y el sudor, Israel y yo compartimos una botella de cerveza noruega y examinamos nuestras estúpidas ropas de fiesta, levitas y chalecos negros con camisas blancas muy usadas y corbatas ridículas. Israel y yo parecíamos sobrios en comparación con Peregrine. A papá los pantalones le quedaban cortos varios centímetros, y con la barba roja tupida, el pelo que le llegaba hasta los hombros y el eterno ceño fruncido, se veía ridículo. Empecé a burlarme de Peregrine. Israel me hizo callar.

Uno de los criados del Rey, un hombre gordo llamado Rinse, se mofó de Peregrine mientras marchábamos en fila hacia el cuarto de reunión del servicio.

Peregrine reaccionó de manera desproporcionada a la ofensa. Puso una expresión lúgubre, se estremeció y farfulló. Se agarró el estómago tal como lo hacía cuando se veía dominado por el malhumor. Rinse retrocedió. Peregrine parecía un hombre dominado por una ira demente. Israel alargó el brazo para calmarlo. Peregrine se lo quitó de encima de un golpe con el dorso de la mano, como si no lo conociera, como si no supiera en qué se había convertido con esa furia. Vi asesinato en los ojos de mi padre. Para mí no tenía sentido. Me acerqué para ofrecer amor. Israel me apartó. Nos mantuvimos alejados de Peregrine, quien, solo entre varios patanes regordetes de la población simplona de Estocolmo, parecía hablar consigo mismo. Vi cómo sacaba de un tirón un folleto azul de la levita, lo enrollaba en un tubo y se golpeaba el pecho con él.

No pude pedirle a Israel una explicación, pues la gente del Nobel entró para alinearnos y darnos las instrucciones para la noche. Eran entrometidos y arrogantes, Israel los miró con una sonrisa falsa y recibió una mirada fulminante de una supervisora pequeña y fea, la señora Bad-Dober, quien nos persiguió el resto de la noche. Desde entonces estuvimos separados de Peregrine, pues a papá lo destinaron al guardarropa en el salón de entrada, mientras que a Israel y mí nos enviaron al Gran Salón. Teníamos que transportar bandejas de comida y bebida desde los montacargas hasta los criados del Rey, que eran los únicos que debían circular entre los invitados.

No obstante, más tarde, en el extremo del Gran Salón, nuestro grupo consiguió un descanso porque las líneas de los montacargas se atascaron. El baile marchaba armoniosamente, y nos apretujamos en un rincón para escuchar. Yo estaba cansado y contento, y despreocupadamente insté a Israel para que me hablara de Peregrine. Él me miró con tristeza, respiró hondo, se mesó la barba gris y me contó parte de la verdad.

Cuando vivían en Estados Unidos, antes de que yo naciera, dijo Israel, Peregrine había estado muy enamorado de Charity Bentham. Se habían conocido en la Universidad de Yale y continuaron su romance mientras Peregrine e Israel eludían el reclutamiento durante dos años. Fue buena con ellos, jóvenes viajeros, y les permitió quedarse con ella, alimentándolos, queriéndolos. Cuando tomaron la decisión de huir para no ser arrestados por eludir el reclutamiento, Peregrine tuvo que dejarla. Ella los llevó hasta el aeropuerto. Era la Navidad de 1972, y Nixon y Kissinger habían lanzado la destrucción total de los bombarderos norteamericanos sobre los vietnamitas. Fue la época de desamparo colosal, Charity quería huir con ellos, pero no sabían adónde iban. Israel dijo:

—Fue duro para ella, ya que estaba muy, muy unida a tu padre.

Cuando Peregrine se estableció en Estocolmo, él y Charity se escribían una carta diaria. Se llamaban una vez a la semana. La familia de Peregrine, por orden de su encolerizado padre, lo había aislado por completo, como si no existiera, y Charity era el único asidero que Peregrine tenía a su propia historia. No obstante, insistió en que Charity continuara con su vida. Ella regresó a Chicago y se inscribió en un curso de

posgrado. Hicieron planes para que se reuniera con ellos en cuanto hubiera obtenido el título.

—Entonces vine yo y estropeé todo —dije.

—¡No! —dijo Israel—. Peregrine te ama más que a sí mismo, más que lo que jamás amó a Charity. Le dolería si te oyera decir eso. Ésa es la causa por la que nunca te lo contó. Tú cambiaste los planes. Ésa es la verdad. Sin ti, nos habríamos hundido. Recuérдалo siempre. Lo de Peregrine y Charity fue duro, pero jamás habría funcionado después de nuestra huida. No me importa lo que diga Guy. No en este planeta. Era una buena mujer, pero la gente cambia. Ella no habría podido adaptarse aquí. Ya conoces a tu padre, el peregrino original. Él lo soportó. Es un héroe de verdad. Él nunca trataría con esa gente, aunque sí lo deseó por ella. Oh, sí, la amaba, y ella lo amaba a él. Eran jóvenes. Se vieron atrapados en una guerra.

Le pregunté a Israel si era por eso que Peregrine lloraba tanto, Israel contestó que Peregrine aún no había resuelto su tristeza, que la tenía congelada en el corazón, Israel dijo que Peregrine no había hecho nada malo, y sin embargo había perdido a una mujer a la que amaba mucho.

—Esperaba que ya lo hubiera pasado —dijo—, pero no, supongo que no lo ha hecho. Todavía sigue luchando. No sé si yo hubiera podido soportar lo que tuvo que soportar él.

Le pregunté a Israel qué le había pasado a Charity Bentham. De nuevo me contó parte de la verdad, y no la suficiente para que yo viera el peligro que nos esperaba. Dijo que Charity Bentham había merecido una vida feliz. Se casó con un hombre que era compañero de estudios de Israel y Peregrine en Yale. Ese hombre se llamaba Cesare Furore, y se convirtió en un arquitecto y constructor rico y poderoso, Charity se graduó con un título de prestigio en ciencias económicas y se convirtió en una profesora famosa en Chicago.

—Escribe megalibros —dijo—, aparece en televisión, cena en la Casa Blanca, que es tan blanca como siempre. La vieja Charity está en la cresta de la ola. Si es inteligente habrá olvidado a Peregrine. Creo que no ha pensado en él en una década. Oh, quizá de vez en cuando, cuando habla de Yale o vuela desde el Aeropuerto Kennedy. Toda la gente que conocíamos, no sólo Charity, lo aceptó y se quedó en casa. Ése es su lugar. Nosotros nos perdimos... nosotros, Peregrine, Guy, Earle, todos nosotros.

Titubeando, le dije a Israel que no entendía. Parecía algo muy lejano. Explicaba algunas cosas acerca de mi padre, sus depresiones, por qué nunca hablaba de mujeres como lo hacía Israel, pero no parecía indicar nada sobre la ira de Peregrine aquella noche. Me sentía frustrado. Aventuré:

—¿Está ella aquí, en la gala?

Israel suspiró.

—¿Quieres que la vida tenga sentido? ¿Quieres que sea justa? Sí, imagino que sí. Yo también. Es así. —Israel apartó los ojos y continuó, como si hablara para sí

mismo—. La vieja Charity jugó a lo grande. Consiguió ser elegida invitada de honor esta noche. Por último realizó el viaje a Estocolmo. Peregrine y ella debían tener una especie de reunión. Espero que él lo lleve bien en el guardarropa. Quizá no suceda nada. Sin embargo, será toda una escena; ella le dará su abrigo de piel y él le dará una ficha. Peregrine me dijo que jamás haría algo que la hiriera. ¡Qué vida! —Se volvió de nuevo hacia mí, me tocó el hombro y dijo—: Verás, Grim, Charity una vez hizo algo que no estuvo bien, hace mucho tiempo, pero algo que se clava en las entrañas. Fue cruel, considerando lo mal que lo pasamos. Creo que entiendo por qué lo hizo. Lo podría haber manejado mejor. Tampoco Peregrine actuó muy bien. ¿Cómo puedo decirlo? ¿Cómo puedo contártelo? ¡Es tu padre!

Yo intenté ser adulto. Pregunté qué podíamos hacer por Peregrine, aunque aún no entendía el problema. Israel emitió un sonido raro con la garganta, se apartó. Hubo una pausa. Con un susurro tenso continuó:

—No vas a comprenderlo. Hay muchas cosas que he pasado por alto. Y necesitas todavía unos pocos años más viendo esta comedia en la que estamos, en la que, si sacas una sola vez los pies del plato, ya no puedes volver a ponerlos. Como el pobre Peregrine. Ya es inelegible, para siempre. Pero quiero que primero lo oigas de mis labios. Oh, Dios, Grim, no tenemos lo que Peregrine necesita. Quizá nadie lo tenga.

Israel se desplomó contra la pared. Yo estaba asustado. Había algo que iba muy mal. Creo que entonces sentí que estaba tratando de protegerme de la desesperación; sin embargo, no me di cuenta de que se trataba de la desesperanza del exilio completo e irremisible. Tampoco me di cuenta de que estaba ocultando la totalidad de los detalles de la historia de Peregrine y Charity. Quizá la lección sea: nunca protejas de la verdad a aquellos a los que amas. He aprendido mucho. Siempre he sabido que papá tuvo una vida desdichada; he aprendido lo suficiente de Israel como para empezar a ver que papá tenía, y se había procurado, una vida mutilada.

El montacargas volvió a funcionar. Nos descubrieron holgazaneando. Regresamos a toda velocidad a la trivialidad de transportar confituras. El torrente de invitados nos arrastró a un ritmo que no descendió en horas. Sólo podía sonreírle a Israel al pasar uno junto al otro con bandejas. Tuve la oportunidad de volver a pensar cuando Rinse me ordenó ir a la bodega a entregar una llave especial. Me abrí paso por el Gran Salón hacia la escalera de atrás, y así disfruté de mi primer buen vistazo de la gala.

La multitud me encandiló, los hombres con sus fracs negros de gala y sus brillantes camisas blancas y las mujeres con vestidos de todos los colores y todos los cortes. Bailaban majestuosos valeses a mi alrededor. Parecían bien amados, bien complacidos. Había un grupo en particular —más alto, más sano, más arrogante— que, adiviné, se trataba de norteamericanos. Ésta era mi primera exposición a lo que Israel llamaba la clase gobernante de mi pueblo paterno, así que di un largo rodeo para pasar a su lado. Las mujeres eran variadas, algunas rubias como la mayoría de las suecas, otras morenas y para mí más seductoras. Es verdad que una mujer joven me fascinó hasta el punto que me detuve para estudiarla mientras la multitud se

separaba entre nosotros. Era elegante, de huesos largos, alta, de piel aceitunada, y tenía cabello negro y espeso que le llegaba hasta la cintura y que había llenado de peines. Tenía cara de muñeca enfurruñada, ojos negros almendrados y boca grande y cuello largo y suave, como el de un cisne. Pensé que era la belleza personificada. Es una imagen que he atesorado toda mi vida, y aunque no sustituye mi última imagen de Cleopatra, permanece suprema.

Los bailarines se cerraron a mi alrededor, y me vi obligado a seguir andando. El olor desbordante de los allí reunidos me desorientó. Tropecé con una mesa. Tiré varias copas, un centro floral y un montón de papeles. En el desorden había un programa azul como el que le había visto aferrar a Peregrine. Llevaba el título «Conozca a los Laureados». Me escapé con él. Por fin me había dado cuenta, joven de mente lerda, de que Israel había identificado a Charity Bentham como una invitada de honor de la gala.

Era una ganadora del premio Nobel. Encontré su biografía en el programa, que no tuve tiempo de leer hasta después de haberle entregado la llave al criado del Rey en la bodega y recibir la orden de volver rápidamente a mi puesto. Me sentí intimidado, corrí por los pasillos de servicio, sin ver varias curvas. Me consideraba torpe. En realidad, estaba muy excitado por el descubrimiento. Fue la suerte —buena o mala suerte, no estoy seguro— la que me llevó hasta los ascensores, y mientras esperaba, leí.

Charity Bentham nació y se crió en Chicago, en el Medio Oeste de Estados Unidos. Su padre, Increase, era un ministro presbiteriano; su madre, Dorothea, cantante de coro profesional. Sus tres hermanas menores, Constance, Chastity, Hope, estaban casadas y eran o abogadas o ejecutivas. Su hermano más pequeño, Trinity, estaba muerto, Charity Bentham se graduó en la escuela de abogacía de la Universidad de Yale y tenía un doctorado en ciencias económicas de la Universidad de Chicago, de cuya facultad era miembro. Su lista de obras publicadas era muy larga. Sus libros incluían *Los Nuevos Benthamitas*, que ganó una distinción que no puedo recordar, y *El principio del placer y del dolor en los mercados mundiales*. Su trabajo más famoso era *El bien mayor*, que parecía haber ganado todos los premios importantes y haber sido traducido a los principales idiomas.

Charity Bentham era una celebridad, la presentadora de una serie de televisión llamada *El siglo veintiuno*; y había un párrafo sobre los comités del gobierno de Estados Unidos en los que había participado o que había presidido. El comité que recuerdo con más ironía era la Comisión Especial Presidencial para las Crisis de Reasentamiento de Refugiados.

Y la relación de Charity Bentham con el gobierno norteamericano no era sencilla. Estaba casada con un arquitecto y constructor llamado Cesare Furore, hermano de un antiguo senador del Medio Oeste que había sido nominado como el candidato de su partido para la presidencia de la República. Se describía a Cesare Furore como el constructor de las comunidades urbanas futuristas que había en todo el mundo; la más

famosa estaba en México... Se llamaba Cleopatrium.

Se mencionaba que Charity Bentham descendía, por su madre germano-americana, de la Familia Real de Gran Bretaña. Desde luego, también se mencionaba, de manera destacada, que por parte de su padre descendía de la familia de Jeremy Bentham, el filósofo inglés del siglo dieciocho.

Además, Charity Bentham era madre de una hija, Cleopatra, y madre adoptiva de varios hijos hispanoamericanos.

Se contaba que Charity Bentham era la primera o segunda mujer en recibir el premio Nobel de manera exclusiva, y era de lejos la mujer más joven, con cuarenta y cuatro años, en ser distinguida con tal honor. La mención del comité de selección del premio Nobel decía:

«Al concederle a la profesora Bentham el Premio Memorial Alfred Nobel en Ciencias Económicas, el comité pone como ejemplo su incansable labor ayudando a las naciones desarrolladas a tratar humanamente con las naciones menos afortunadas, y su profunda y trascendente contribución a la armonía internacional».

Si mi memoria es correcta, esta cita lleva la ironía hasta un extremo pasmoso, Charity Bentham, como iba a descubrir, era la filósofa de finales del siglo veinte que más se preocupaba por la desesperanza de los derrotados, los proscritos y los exiliados. Y, sin embargo, lo hacía como miembro de privilegio de la comunidad que echaba a los indeseados. No explicaré más aquí. Hay una historia que contar que hace que mi opinión reviva en infamia e inversión. Pero siento que debo recalcar que nada de lo que hizo y dijo esa mujer para conseguir su premio Nobel carece de importancia en mi vida, y en mi confesión. El destino hizo que su mente fuera mi enemiga. La suerte hizo que su pasión y sus hijos fueran mis aliados, y mis víctimas, y mis traidores.

El ascensor llegó para interrumpir mi estudio de la carta de agradecimiento de Charity Bentham al comité de selección del premio Nobel. Parecía, en la carta, muy inteligente y muy feliz. Ésta era la mujer que Israel dijo que estaba en la «cresta de la ola». Me imaginé a una diosa, dura como el granito y omnisciente, como Friga, la esposa de Odín y primera entre las diosas nórdicas, pero esta distorsión se debía a que entendí poco de su biografía. Me felicité por lo que suponía era una comprensión adulta de la angustia de Peregrine. Aquí estaba el primer y, por lo que creía, único amor de papá, que se había elevado a alturas incomparables en Norteamérica mientras él seguía siendo un habitante del abismo. A mi manera sentimental, imaginé que podía sentir lo que Peregrine debía de sentir... herido, avergonzado, temeroso, robado. No se me ocurrió que tales emociones en un hombre inmaduro como Peregrine, que se creía perseguido por fantasmas, podían conducir a cosas mucho peores que la autocompasión.

Mientras el ascensor me llevaba a lo que yo creía que era el primer piso del castillo, pensé qué raro era que se dijera que Charity Bentham descendía de la realeza. Me pregunté si Peregrine había conocido esa presunción cuando la cortejaba.

Imaginé que le habría desagradado, descendiente él de porquerizos alemanes e irlandeses. No pensé que semejante rareza pudiera haberlo obligado a poseerla, ni tampoco pensé que esa posesión pudiera haber seguido su curso hasta el matrimonio. Jamás me pregunté qué era lo que Israel había «pasado por alto» en su versión del romance de ellos. Sí me pregunté si su sangre real sería verdadera, ya que Israel me había dicho que el peor esnob de América podía como mucho decir que tenía antepasados que o bien habían sido demasiado incorregibles o bien demasiado viles para haber permanecido en Europa. La América que Israel me describía era una tierra enorme, fértil, ruidosa y codiciosa de proscritos procedentes del colapso de la decencia europea, asiática y africana, que se habían lanzado como lunáticos para construir una nueva y más grande amalgama de indecencia. Ahí era donde había florecido Charity Bentham. Ahí era a donde jamás podría volver Peregrine. Me pregunté qué pensaría una mujer así de mi padre, después de todas las victorias de ella y todas las derrotas de él.

Estúpidamente, salí del ascensor en la primera planta, en el corredor de los sirvientes que hay debajo de la gran escalera. Tuve pánico de que pudiera perder mi sueldo por haraganería. Atravesé a toda velocidad la pequeña puerta y fui a parar al remolino de invitados. Me sonrojé por las miradas de las mujeres del grupo del conde de Gotland. No podía correr hacia la escalera. Probé el avance furtivo, agachando la cabeza, pegado a la pared, sin ocurrírseme que un metro noventa y cinco de melena dorada, prodigio del *hockey* sobre hielo, en una librea que le sentaba mal, no hacía nada que pudiera pasar inadvertido. Las miradas se volvieron más intensas. Me encogí más contra la pared.

De nuevo fue suerte, y quizá mala suerte, el que una de las pocas personas del salón que no notaron mi embarazoso sofoco fuera Peregrine. Estaba hundido sobre el extremo del mostrador del guardarropa, las manos unidas piadosamente delante, la cabeza ladeada en una pose muy tierna, la atención clavada en la dama esbelta y canosa, de gran encanto y autoridad, resplandecientemente vestida, que tenía delante. Charlaban y sonreían. Peregrine Ide, indigente, criado de criados, coqueteaba con su Charity tanto tiempo perdida; y Charity Bentham, heredera, mujer de Estado e invitada de honor del Reino, coqueteaba con su Peregrine tanto tiempo perdido.

Israel no se mostró complacido cuando le conté lo que había visto. No tuvimos tiempo de discutirlo, Rinse vino corriendo y amenazó con el despido. Vi a la señora Bad-Dober mirándonos ceñuda desde lejos. Imitamos a los simplones y fingimos no darnos cuenta. Resoplamos hasta la medianoche, cuando nuestro grupo tuvo media hora de descanso, pues el discurso del Rey iba a interrumpir todo. Yo quería acercarme lo más posible al estrado, con la esperanza de que Charity Bentham pudiese estar allí, Israel me agarró del brazo y me arrastró con el resto de los trabajadores hasta las escaleras de servicio traseras, donde, en el frío rellano, todo el mundo se relajó fumando y descansando.



—¡Sorpresa, mon guerrier! —gritó Guy, cargando con una tarta de cumpleaños sostenida en alto. Detrás de él venían Molly Rogers y Thord Horshead, seguidos por el amante de Thord, Orri Fljotson, y el hermano menor de Orri, Gizur, llamado Constructor de Velas, los dos cargados de bebidas y utensilios. Última en la parte superior de la escalera estaba la inmensa sombra de Earle Littlejohn, con los brazos cruzados de forma extraña. Me cantaron una quintilla jocosa al son del «Cumpleaños Feliz», en inglés, sueco y francés. Me sentí avergonzado, pues muchos de los simplones se unieron al griterío, Israel me aporreó en la espalda; Molly y Guy, haciéndome bajar hasta su altura, me besaron húmedamente, y Orri —un hombre famélico de un metro y medio de altura— exigió que cortáramos la tarta.

—¿Cómo entrasteis aquí? —pregunté.

—Muy fácil, chico del cumpleaños —dijo Thord. El inglés de Thord era peculiar, aprendido en su mayor parte de novelas inglesas del siglo dieciocho. Era alto, espectral, brillante y gentil, y podría haber sido hermoso si sus facciones y su persona fueran menos alargadas. Su gran talento era el mecenazgo. Como tratante de arte, la mayoría de los miembros bien situados de la comunidad homosexual de Estocolmo le debían favores. Como «comerciante extraordinario» —su eufemismo para «contrabandista»—, sencillamente era dueño de uno de cada dos funcionarios de tercera clase del gobierno. Podía conseguir lo que quería cuando lo quería. Había límites, pero no para las funciones sociales. Sin embargo, le gustaban las sombras, así que aunque tenía carta blanca en el por entonces indiferentemente carnal y corrupto Reino de Suecia, ejercitaba su poder de manera excéntrica. El único hombre que yo conocía que desaprobaba el estilo de Thord era Guy, pero Israel me aseguró que sólo se trataba de una de las peculiaridades de la personalidad de Guy, y no implicaba mezquindad.

Una vez que nos acomodamos en el rellano como un grupo de picnic, Molly me hizo soplar las velas, Orri y Gizur se encargaron de distribuir los gorros, la tarta y el vino. Yo me apoyé contra la galería junto a Molly, el gran amor de Israel, cuyo afecto él se había asegurado por fin en exclusiva, aunque aún tenían que casarse, Molly era una pelirroja pechugona, indomable y siempre apacible, aunque escribía versos oscuros; me mantenía inclinado hacia adelante para no dejar de besarme en la cabeza y revolverme la melena, que por ese entonces era mi vanagloria. Se me ocurrió decirle que los diecisiete años me convertían en un hombre. No lo hice, aceptando sus pellizcos en silencio, comiendo la tarta con los dedos.

—¿Cuál ha sido tu deseo? —preguntó Israel.

—No lo diré —repuse.

—¿Una chica con la que divertirse durante muchas temporadas? —preguntó Thord.

—*La femme! L'amour! La vie!* —exclamó Guy.

—Por supuesto que no —dije.

—¿No somos nosotros los serios? —dijo Molly.

—¿Y qué te parecen dos? —preguntó Earle, saliendo del costado y sacando de la chaqueta dos animales que no paraban de retorcerse, entregándomelos.

Yo me agaché para sostenerlos; eran dos cachorros de perro esquimal, hembras los dos, parte Chinook y parte lobo, con grandes orejas colgantes, rabos feroces y lenguas suaves que atacaron el azúcar de mis manos.

—La rubia es *Goldberg* —dijo Earle— y la blanca, *Iceberg*. La madre es una perra de trineos. Se desconoce al padre.

—¿Cuándo les pusiste esos nombres? —preguntó Israel—. ¿Quién ha oído hablar de un perro esquimal llamado *Goldberg*? *Iceberg* me gusta.

—Me gustan mucho las dos, gracias a todos —dije, forcejeando con ellas. Habían olido la tarta; Molly atrapó a *Iceberg* cuando se lanzaba hacia ella, *Goldberg* aulló cuando la sostuve de las patas traseras. Nos hartamos de comer, y Earle dio a los cachorros tanta tarta que recibieron una sobredosis de azúcar y se desmayaron en mi regazo.

Para entonces, Israel había hablado con Guy y Thord de Peregrine y Charity. Sus caras mostraban preocupación. Si hubiera sido más osado, quizá me habría acercado a ellos, y les habría preguntado qué podíamos hacer para que Peregrine se sintiera amado. Pero no los presioné, y decidí actuar. Me levanté de un salto con *Goldberg* e *Iceberg* metidos en el chaleco y anuncié:

—Voy a mostrárselos a papá.

—Ahora no —dijo Israel. Quizá habría explicado su intuición si no hubiera aparecido entonces Rinse en el rellano.

—¿Quiénes son estas personas? —gritó Rinse—. ¡Guardias! —llamó, gesticulando como si todos fuéramos asesinos. Los simplones, a quienes nos habíamos ganado con la tarta, intentaron acallar a Rinse. Eso lo enloqueció más.

El hábil Guy, cuyo oficio era pensar en movimiento, aconsejó una retirada general, Thord no le hizo caso a Guy e intentó llegar a un trato, sacándole algunos billetes grandes a Orri (como serio conocedor del arte y pirata cauto, Thord jamás llevaba dinero encima) con el fin de sobornar a Rinse, lo cual podría haber funcionado si entonces no hubieran llegado varios hombres de seguridad del castillo para imponerse de manera oficiosa.

En la confusión, todos los hombres contratados para aquella noche, vestidos de negro, se escabulleron sin ser detenidos por los hombres de seguridad, Israel me hizo una señal con la cabeza, dando a entender que debía hacer lo mismo. Empecé la marcha a toda velocidad, con la intención de llegar hasta Peregrine en el guardarropa. No pensé qué haría entonces. Mi comportamiento era imprudente y torpe. También fue decisivo, pues Earle me había enseñado a seguir primero el instinto, jamás a quedarme quieto y arriesgarme a ser dejado atrás. El *hockey* sobre hielo no es sabiduría, por supuesto; con diecisiete años representaba la mitad de todo lo que yo sabía (el resto era Beowulf y las tradiciones nórdicas). Con los cachorros contra mi pecho y el estómago lleno de tarta y preocupación, me abrí paso de vuelta al Gran

Salón, yendo tan directamente como podía hacia la escalera. Llegué hasta la mitad del salón antes de que la voz potente de una mujer, desde el estrado, me distrajera.

—Esta noche maravillosa no habría sido posible sin el amor incondicional y la ayuda generosa de mi familia.

Charity Bentham estaba ante el micrófono. Se la veía rodeada por unos hombres y mujeres radiantes y orgullosos, obviamente su familia, y por otros dos con tales adornos que debían de ser el Rey y la Reina de Suecia. En el estrado detrás de ellos había otros opulentos dignatarios. Todos parecían extremadamente felices (es decir, Buenos). En ese momento, mientras me estrujaba todo lo posible hasta el rincón del estrado, mirando a los miles de ricos, bien informados y bien satisfechos ciudadanos de las naciones más prósperas del mundo, me di cuenta de lo intimidatorio que pueden parecer la propiedad, la clase, la sangre y el conocimiento para aquellos cuyas vidas no los han tenido, o que han sido excluidos de ellos por la casualidad o la crueldad. Yo era un hombre del siglo veinte, muy joven, muy mal informado, y no llegué a entender lo verdaderamente poderosos que eran aquellos presentes en el salón. Sin embargo, hasta en mi ignorancia, me sentí abrumado. Ese olor, esos murmullos, esos ojos brillantes y esa vitalidad parecían empujarme contra la pared, metiéndome en la piedra, expulsándome del castillo. Sentí lo que era ser un hombre maduro y, no obstante, insignificante... inlegible, como había dicho Israel. Quizá me sentía invisible, aunque no en el sentido científico. Quiero decir invisible tal como me lo había explicado Israel, como los negros americanos, o los judíos europeos, o cualquier otro pueblo desechado, indigente, olvidado se había sentido insignificante, inlegible, invisible en la historia. Sentía como si yo no importara, como si no existiera, como si no fuesen jamás a preocuparse por mí, como si no fuesen a amarme, a respetarme, a echarme de menos, a llorarme. Es un pensamiento aterrador, y más aún si la primera vez que lo tienes es en el borde de una caverna llena de tanta visibilidad. Creo que lo que me protegió de ser aplastado por la comprensión de mi insignificancia fue mi juventud. A los diecisiete años, robusto y curioso, uno está, o debería estar, lleno de esperanza. Que yo fuera un bastardo indigente, sin madre, país, educación, estado legal, ni perspectivas razonables de ningún tipo, no me puso a prueba. Hubo algo que sí lo hizo, y también me confundió. Fue su —me refiero a los allí congregados— aparente amabilidad, benevolencia, dulzura. Esa gente se contaba entre los hombres y mujeres de los que se puede decir son los amos de la tierra y de la humanidad. Eran el poder y la autoridad. Sin embargo, se los veía relajados, amigables, educados, alegres. Sus sonrisas eran adorables, y sin ninguna duda, caritativas. Ostentaban el poder de la riqueza y el conocimiento, y repartían algo de sus propiedades. Sí, era un grupo caritativo. Yo entonces no entendía qué significaba eso de verdad. Su benevolencia puede que me engañara. Yo era un joven tonto, y quizá sea tonto todavía, pero ahora comprendo la caridad.

Añado que a pesar de todos esos pensamientos sombríos, jamás perdí de vista la profunda diferencia entre aquellos hombres de rango y mi familia. Ellos estaban en el

castillo del Rey como invitados, Israel, Peregrine y yo como ayuda contratada. Teníamos derechos, y posibilidades; en comparación con los de los herederos, éramos criados de cocina.

—Y por último, mi amor, mi compañero, mi fuerza, mi amigo, el padre de mi hija, y el hombre sin el cual nada de esto habría sido la mitad de divertido, mi esposo, Cesare Furore —concluyó Charity Bentham, cogiendo la mano de un hombre oscuramente atractivo, sólo un poco más alto que ella, ancho y poderoso. Hubo un aplauso final. El Rey habló de nuevo para presentar al siguiente laureado.

Los Bentham y los Furore se prepararon para bajar del estrado por la rampa que estaba a menos de tres metros delante de mí. Los estudié: primero, una dama pequeña a quien tomé por mamá Bentham, ayudada a bajar por una mujer muy encinta a quien tomé por una de las hermanas. Luego, un asistente llevando una silla de ruedas en la que iba un hombre de aspecto enfermo que se sostenía como si hubiera tenido una apoplejía: el reverendo Increase Bentham. Dos mujeres atractivas lo seguían de cerca, del brazo de unos escoltas. Noté que la característica de la familia Bentham era la expresión autoritaria de sus facciones, que podía ser muy fácilmente interpretada como arrogancia o extraordinaria piedad. Cada hermana tenía una nariz prominente que no era la de su madre.

Los Furore bajaron por la rampa. Observé a Cesare Furore. Era muy atractivo, Thord podría haber opinado que era exagerado, un perfil teatral, estudiado, hermoso. En contraste, su porte parecía informal, cualquier cosa menos melodramático. Se mostraba especialmente afectuoso con Charity Bentham, manteniendo la mano de ella cerca de su corazón, besándola una vez... todo muy mediterráneo en él, como me había enseñado mi lectura de novelas. Cesare Furore sostuvo a su esposa con familiaridad mientras alargaba el brazo hacia atrás para tomar el de la mujer joven, alta, morena, de cara de muñeca y cuello de cisne que me había cautivado antes. Esa mujer tentadora era Cleopatra Furore. Por entonces yo no estaba lo suficientemente informado sobre el volcanismo del destino como para comentar: de tal padre tonto, tal hijo tonto. También están las palabras de la Biblia acerca de los pecados del padre que recaen en los hijos, y mi conocimiento fugaz de los griegos me recuerda su advertencia: Conócete a ti mismo, si te atreves. Para mi caso los nórdicos lo expresan mejor: Un hombre con apetito para la añoranza tendrá un estómago lleno de problemas.

De un salto, Peregrine subió a la rampa. Golpeó con fuerza a Cesare Furore. Asió a Charity Bentham por el hombro, apartándola del marido y de la hija. La sacudió. Le gritó. Veía a Peregrine allí arriba con toda la nitidez con que se puede ver algo. Tenía la cara contraída, como si estuviera sumido en un gran dolor. Parecía encendido. Era pasión. Me quedé clavado en mi sitio, como todos los demás, a causa de la intensidad del ataque de Peregrine, Charity Bentham lo miraba incrédula. Debió de pasarle por la cabeza que ése era el hombre que acabaría con su vida. Peregrine la sacudió con más fuerza. Se le cayeron los broches, y el pelo trenzado voló frenéticamente. Abrió

la boca, no pudo hablar, mientras Peregrine gritaba más: cosas ininteligibles, palabras dementes, sonidos que salían de la oscuridad. El primero en recobrase fue Cesare Furore, que alargó el brazo para proteger a su esposa. Peregrine lo derribó de una patada.

Los funcionarios del estrado fueron lentos en comprender la amenaza. La voz amplificada de un viejo laureado alemán en un principio ahogó el desvarío de Peregrine. Eso no duró. Yo tengo los pulmones de papá. Sé lo que se puede hacer cuando perdemos el control. Aferrando a Charity Bentham como si fuera su botín, gritó una oleada de dolor y amargura, para que todos lo oyeran, lo juzgaran:

—¡Eres mi esposa! ¡Mentiste! ¡Eres mía! ¡Yo nunca te entregué! ¡Eso fue cosa tuya! ¡Yo nunca lo acepté! ¡Ellos lo quisieron! ¡Ellos me engañaron! ¡Cuéntaselo! ¡Cuenta la verdad!

Charity Bentham estaba indefensa. Soltó lágrimas tan grandes que agotaron toda la dignidad de su ser. Parecía sumida en un terror silencioso, como si no estuviera sorprendida sino atrapada en su propia pesadilla.

—¡Dile a tu amante quién soy yo! —aulló Peregrine—. ¡Díselo a todos! ¡Yo soy tu marido! ¡Ese papel no significa nada! ¡Él no existe! ¡Díselo o te juro que te mataré! ¡Como tú me has matado! ¡Estoy muerto! ¿Lo entiendes? ¡Me dejaste para que muriera solo!

Para entonces, los funcionarios habían llamado a las fuerzas de seguridad. Desde todas las direcciones convergieron sobre Peregrine. Dos se deslizaron desde el estrado y trataron de inmovilizarlo sin hacerle daño a Charity Bentham, Peregrine se los quitó de encima usando el cuerpo de ella como un garrote. Parecía cada vez más desesperado mientras retrocedía rampa abajo, sosteniendo a Charity Bentham por encima de la cabeza, gritando:

—¿No ves lo que ha sido para mí? ¿Cómo crees que sobreviví? ¡Sólo tenía una cosa por la que vivir! ¡Viví para ti! ¡Pensé que volverías a mí! ¡Cuando estuvieras libre de ellos! ¡Creí que te habían atrapado! ¡Habría luchado por ti! ¡He estado aquí! ¿Adónde puedo ir? ¿Por qué no viniste a buscarme? ¡Todo lo que he querido siempre es que dijeras que me amabas! ¡Tú no tenías que dejar nada por mí! ¡Podrías haberte quedado con tus cosas! ¡Lo único que tenías que decir era que me amabas! ¡Pero no él! ¡No puedo soportar eso! ¿Cómo algún hombre podría aguantar algo así? ¡Por favor, Charity, por favor, querido Dios, por favor! ¡Ayúdame!

Peregrine dejó de sacudirla. La depositó en la rampa. La abrazó contra el pecho. Ella permaneció allí flojamente. Despacio, se recuperó, volviendo a la vida. Pasó los brazos alrededor de Peregrine lo mejor que pudo —él la empujaba, aunque ella no era pequeña— y le devolvió el abrazo. Se quedaron así juntos, llorando, temblando.

Los guardias de seguridad se cerraron en torno a ellos desde arriba y abajo, Charity Bentham se aferró a Peregrine con tanta fuerza como él a ella. Los guardias los separaron. Peregrine no reaccionó hasta que la hubieron apartado un paso.

Entonces, explotó, agitó los brazos con ira, lanzándose hacia ella. Dos guardias saltaron sobre Peregrine por detrás, lo sacaron de la rampa y lo derribaron al suelo. Los músicos se dispersaron, alejándose del remolino de gente. Peregrine se mantuvo firme —parecía tener una fuerza sobrehumana— hasta que dos guardias más se unieron a la refriega. Eso era sin duda injusto. Me olvidé de mí mismo.

—Padre, soy yo —dije, saltando en su defensa, aferrando a un guardia por el chaleco y arrojándolo hacia atrás, frenando a otro con una zancadilla.

—No le hagan daño —gritó Charity Bentham desde encima de nosotros.

—Lárgate —me gritó Peregrine desde el suelo. Se retorció tratando de desasirse. Yo me apresté, atento a lo que pasaba a mis espaldas, a echarlos a patadas. Podría haber ganado el día. Era quince centímetros más alto que mi enemigo más grande, tan diestro en el combate como cualquiera. A menudo he soñado después sobre lo que podría haber hecho para salvar a Peregrine de su destino. Creo que entonces sentí, por primera vez en mi vida, la oscuridad en mi interior... el comienzo del cambio de forma. No iba a ser. Me había olvidado de mis cachorros, *Goldberg* e *Iceberg* salieron de mi chaleco, uno saltando hacia arriba, el otro hacia abajo, los dos aullando. Me quedé atontado, llamándolos para que volvieran.

Los guardias se aprovecharon de mi sorpresa para derribarme. Mis perros, para su eterna fama, permanecieron junto a su amo. Si incluso hubieran estado a medio crecer, esos dos, habiendo convivido conmigo sólo un cuarto de hora, habrían matado para defenderme. Pero, únicamente con ocho semanas de vida y aletargados por el azúcar, hostigaron a mis enemigos con ferocidad, lanzando unos aullidos que no habría superado una manada entera. Durante un glorioso momento, fuimos cuatro contra cuatro; yo, Peregrine, *Goldberg* e *Iceberg* contra ellos. Luego ellos recibieron refuerzos, y nos rendimos.

Me arrastraron entre la gente, me bajaron por corredores y escaleras a las entrañas del castillo. Era vagamente consciente de las caras iracundas que me miraban. Se oyeron juramentos y gritos en el salón, seguidos de un penetrante silencio, el tipo de conmoción que sigue a un escándalo público.

Me doy cuenta de que parece que temo a los hechos. Incluso después de más de cuatro décadas, en otro siglo, otro milenio, no es posible recordar aquella noche sin remordimientos tan profundos que bajo la cabeza y ruego por el perdón para los dañados, que fuimos todos nosotros, y para el culpable, si es que hubo alguno. La ignorancia de la propia contribución a un delito no nos justifica, ni tampoco justifica el delito, ni nada. Debería haberme dado cuenta. Debería haberlo adivinado. Yo estaba allí, en el centro, y podría haberlo intentado. ¿Qué? Algo rápido, algo apropiado. Soy yo quien debería disculparse ante Peregrine. Él necesitaba ayuda, suplicaba ayuda, y no la mía tan infantil, tipo Robert Louis Stevenson con un salto desde el cordaje. Necesitaba respeto, comprensión constante, paciencia, amor sosegado. Yo le proporcioné sólo el sustituto de una camaradería indomable. Fue un engaño. No puedo apartar de mí el pensamiento de que mi interferencia en los asuntos de Peregrine de algún modo prolongó su sufrimiento y lo llevó a mezclar su mal con algo mucho peor.

Nos bajaron tres plantas. Como he dicho, el castillo del Rey aún estaba en construcción. Todavía no había un complejo de seguridad. Los trabajadores primero habían terminado las partes formales del castillo, y habían dejado los aspectos auxiliares incompletos. Había pilas de madera, de ladrillos y de piedra. Por último entramos a una sala larga, estrecha, bien iluminada, que yo tomé por un paseo. Habían construido tres de los muros; el cuarto sólo estaba delineado.

Al entrar, un grupo que ya se encontraba allí se volvió para mirar. Vislumbré a Rinse, y detrás de él a Israel, Thord, Earle, y varios guardias, Rinse no me vio; yo no vi a Guy, Molly, Orri o Gizur, quienes, supuse correctamente, habían evitado la detención, Israel me vio, no me hizo ninguna seña. Yo no podía hacer nada, pues tenía las manos atadas a la espalda. Los guardias estaban furiosos conmigo y con Peregrine, y nos empujaron con violencia por el cuarto hacia una antecámara que había a la derecha. Dispusieron un banco de respaldo recto y nos hicieron sentar de golpe, pasando la cadena corta de las esposas por unas anillas sujetas al banco. Estábamos pegados el uno al otro, doblados y retorcidos de costado. Nos rodearon unos guardias de seguridad con uniformes deslumbrantes y adornos de cuero. Su jefe, un hombre musculoso que más que hablar, susurraba, se presentó a sí mismo como Skaldur y nos dijo que estábamos metidos en un serio problema, Skaldur se marchó con furia contenida. Peregrine y yo permanecimos sentados en silencio un rato; una risa desde el exterior (la de Thord mientras persuadía a alguien para que le explicara la situación) sobresaltó a Peregrine.

—Lo siento, lo siento tanto... —me dijo.

—No debería haber recibido yo el castigo, ¿eh? —comenté con tanta jovialidad como me fue posible, refiriéndome de manera insensata a un concepto del *hockey* sobre hielo.

—Esto no puede arruinar también tu vida. ¿Por qué tuvo que suceder? ¿Qué es lo que me funciona mal? ¿Y ahora qué voy a hacer?

Skaldur regresó, trayendo a Charity Bentham y a Cesare Furore, Peregrine se echó atrás al verlos, intentó levantarse y fue empujado con brutalidad contra el banco por un guardia.

—Basta con eso —dijo Cesare Furore en inglés. Mostró un porte tan autoritario que los guardias se pusieron firmes. Vi que esa complexión fuerte y esas facciones angulosas lo convertían en centro de una crisis. Era imperioso, excesivo, a menos que uno sintiera simpatía hacia él. Ése debía de ser el caso de Skaldur, pues repitió la orden de Cesare Furore en sueco, y luego despidió a todos sus hombres menos a dos. Los demás salieron en fila y cerraron la puerta, pero debido a que la pared no estaba terminada, los veía a través de la superestructura.

—¿Te hirieron, Peregrine? —preguntó Charity Bentham.

—Deja que el muchacho se vaya, por favor —pidió Peregrine.

—Deben responder algunas preguntas —dijo Skaldur.

—No vamos a presentar cargos, Peregrine —dijo Cesare Furore con voz cálida, paternal.

—Entonces, dejad que se vaya —insistió Peregrine.

—¿Dónde están mis cachorros? —pregunté.

—Es culpa mía, todo lo que pasó —dijo Charity Bentham. Había recuperado la compostura, y se mantenía apartada del marido. Aún tenía el pelo revuelto, el maquillaje estropeado, lo cual la hacía parecer más vulnerable que lo que era el caso. Su compasión parecía genuina. Esa altanera expresión Bentham podía engañar. Continuó—: Debería habértelo explicado antes, Peregrine. No somos quienes fuimos. Encontrarte esta noche así, fue maravilloso, excitante. Pero no pretendía trastornarte. Lo que dije ahí arriba, sobre Cesare, sólo fue un discurso. No lo preparé contigo en mente. ¿Cómo iba a saber que estarías aquí? Ahora somos lo suficientemente mayores como para perdonarnos el uno al otro. ¿Me perdonarás?

—¡No escucharé tus mentiras! ¡Adulterio! —gritó Peregrine. Entonces sentí que no conocía a mi padre. Todo el mundo se sobresaltó con su exabrupto, y los guardias del exterior abrieron la puerta, Skaldur alargó el brazo para agarrar a Peregrine del hombro. Detrás de los guardias, por la puerta, vi a Israel. Fue sólo un destello, pero los vi a todos siendo escoltados fuera de la sala, con muchas risas y buen humor entre Thord y uno de los guardias. Entonces supuse, correctamente, que los habían llevado allí abajo para interrogarlos como a nosotros, y como no habían cometido ningún delito, y como Rinse era un mentiroso, los habían puesto en libertad. Quise llamar a Israel y a Thord y pedirles ayuda para Peregrine, pero lo pensé mejor, intuyendo que



lo más adecuado era mantener separadas nuestras transgresiones y secreta nuestra relación. Tuve razón, aunque ahora me gustaría haberme arriesgado, gritado, saltado, haber hecho algo estúpido.

Cesare Furore colocó dos sillas delante de nosotros. Le indicó a su esposa que se sentara y, al ver que ella titubeaba, él mismo se sentó con elegancia y comenzó con voz serena:

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Peregrine. ¿Veinte años? Más. Lo que ha sucedido no es culpa de nadie. La gente se distancia. Intervienen cosas que nos separan de nuestros sueños. No es nada inusual. No tiene por qué continuar. Hace mucho tiempo, cuando nos conocimos en la universidad, tú me dijiste (estábamos de celebración después de un partido de Harvard), tú dijiste: «Es lo que es cuando es». ¿Lo recuerdas? Habíamos apostado sobre seguro y perdimos. El partido terminó en empate. En aquel momento no me gustó lo que dijiste. Lo he reconsiderado desde entonces. —Cesare Furore siguió en el mismo tono hablando de otros incidentes universitarios, todos inteligentemente nostálgicos, hasta que por fin volvió a su tema.

—Si todavía crees lo que me dijiste, entonces lo que nos ha sucedido debe tener sentido para ti. Somos viejos y queridos amigos. Tú y yo tenemos mucho en común. Al menos lo hemos tenido. No ha pasado nada que ahora nos pueda mantener separados. No somos enemigos. Lo que sucedió esta noche es lamentable pero del todo comprensible. Te viste agobiado. Podemos aprender del pasado. Es posible. Tus preocupaciones son naturales. Creo que todo esto es muy triste.

—¿Éste es tu hijo, Peregrine? —preguntó Charity Bentham, sentándose frente a mí. Tomó la mano de Cesare Furore. ¿Por qué tuvo que hacer algo así? No la excuso. Fue estúpido, pudo haber sido cruel. Seguí el ejemplo de mi padre, no les contesté.

—Deja que el chico se vaya, Cesare —dijo Peregrine, aparentemente bajo control—. Puedes hacer lo que quieras conmigo.

—No queremos hacerte nada —repuso Cesare Furore—. Tú y tu hijo, si este muchacho es tu hijo, tenéis libertad para iros. ¿No es cierto, señor Skaldur?

—¿Cómo te llamas? —me preguntó Charity Bentham.

Peregrine agitó las cadenas. No quería que diera mi nombre. ¿Es ésa la prueba de que sabía lo que iba a hacer? No lo creo. Estaba asustado, se mostraba cauto. Cesare Furore pensó que protestábamos por las esposas, y ordenó a Skaldur que nos las quitara, Skaldur titubeó, luego se conformó con ser prudente a medias y me soltó a mí, dejándole las esposas puestas a Peregrine, de modo que quedaba libre del banco pero no para irse.

—Quiero que me devuelvan mis perros —dije.

—Adelante. Ve a buscarlos. Lárgate —dijo Peregrine—. Dile a Izzie que no espere, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien, al final.

Caminé con paso vacilante hacia la puerta, Charity Bentham se reclinó en la silla y me estudió, Skaldur abrió la puerta, me miró con dureza y después ordenó a los guardias que me devolvieran los cachorros y que me escoltaran hasta la salida de

servicio. Me los metí de nuevo en el chaleco. Habían evacuado en el suelo cerca — todo ese azúcar— y el cuarto apestaba. Habría sido gracioso de no ser por la postura de Peregrine. Me volví para ver la cara de papá justo cuando la puerta se cerraba. Parecía exhausto, rígido, herido, y tenía una cualidad que no pude identificar. Era resignación. Lo último que oí, Cesare Furore había empezado a hablar de nuevo.

Avancé por la arcada, presionado por un guardia que iba detrás de mí, Israel se había rezagado del resto y se demoraba en la salida, discutiendo con Rinse. Se trataba de un ardid, pues tan pronto me vio se calló y con un gesto me indicó que lo siguiera a cierta distancia. Una vez que nos hubimos alejado, me agarró del brazo y giramos a toda velocidad por una esquina, bajamos por una calle de acceso, y nos metimos en el trineo de Thord, que nos esperaba, Earle me abrazó, los cachorros chillaron, todos nos reímos de nuestra huida, Orri nos llevó directamente a casa, donde Guy, Molly y Thord nos dieron la bienvenida con té y preguntas. Les conté lo que había presenciado en el Gran Salón y lo que sabía de Charity Bentham y su marido, Thord hizo llamadas telefónicas toda la noche. Así es como se enteró de las noticias. Estábamos desayunando. No recuerdo mi primera reacción. No quiero intentarlo.

Peregrine Ide asesinó a Cesare Furore. Lo ahorcó. Le aplastó la tráquea. Lo colgó, sosteniéndolo en alto con las manos, usando la cadena corta de las esposas para estrangularlo, Thord presionó todo lo que pudo aquella mañana a sus informadores del gobierno para que le dieran detalles. Las noticias periodísticas tardaron en salir y fueron tan sensacionalistas que carecían de valor. La radio también hizo correr rumores macabros; hubo calumnias desenfundadas en la calle. Y durante las semanas siguientes se produjeron maquinaciones políticas bizantinas alimentadas por el crimen, el juicio y la sentencia a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Breve pero devastadoramente para todos, Suecia se puso histérica por el asesinato en el castillo del Rey cometido por un así llamado extranjero indigente. Baste decir aquí que el resto de la comunidad estadounidense de exiliados que se había quedado en Estocolmo en la década de los 80 (bien sea detenidos, encarcelados o, como mi familia, buscados en otra parte) pronto iba a sufrir por el crimen de Peregrine.

Yo oí poco de la infamia de manera directa, ya que dejé Estocolmo la tarde de mi decimoséptimo cumpleaños, escoltado por Orri hasta el campamento de chicos cerrado de Vexbeggår. Israel dijo que se trataba de una medida preventiva. En realidad, fue crucial, pues las autoridades no tardaron en ponerse a registrar Estocolmo en busca del «cómplice de Peregrine Ide». De repente, yo pasé a ser tan fugitivo como lo había sido alguna vez Peregrine.

Como ahora me parece revelador en sí mismo, informo lo siguiente acerca de lo que aconteció en aquella antesala, esa noche, después de que yo dejara a mi padre. Es fragmentario, reunido de diversas fuentes, de las cuales sólo una fue la de un testigo presencial (Skaldur, cuya declaración en el tribunal fue sorprendentemente compasiva con Peregrine). Mi padre nunca más habló de aquella noche, Charity Bentham no

quiso, o no pudo, hablar de eso conmigo.

Cesare Furore había seguido haciendo ruegos a Peregrine. Peregrine no le respondió. Imagino que se habrá puesto ceñudo, como era su costumbre cuando adoptaba una actitud infantil, Charity Bentham le pidió a Cesare Furore que dejara tranquilo a Peregrine, diciendo que si él quería solucionar sus problemas, él era el hombre indicado para hacerlo, y que probablemente quería enfrentarse a su pasado solo. Si eso es lo que dijo, fue perspicaz. Cesare Furore pasó por alto su consejo y agobió a Peregrine con hechos.

Israel sólo me había contado parte de la verdad. Peregrine y Charity Bentham se habían casado el mismo día que Peregrine e Israel huyeron de Estados Unidos; habían consumado su matrimonio en el viejo Volvo de Charity, aparcado con discreción en el aeropuerto, Israel montó guardia. El padre de Charity, Increase Bentham (quien, me contó Israel, siempre detestó a Peregrine; lo consideraba un fraude y un holgazán) hizo que anularan el matrimonio. Cesare Furore dijo que Increase Bentham había obrado con torpeza con la anulación, que se la había impuesto a Charity mientras ella se estaba recuperando de la noticia, comunicada por Peregrine en una carta, de que éste tenía un hijo bastardo. Cesare Furore explicó que él había comprobado los papeles de la anulación y obrado con cuidado. Le dio instrucciones a su abogado — después de su propia boda con Charity— para que citara a Peregrine ante el tribunal por abandonar a su esposa. Cuando se celebró la demanda, fue posible, aunque chapuceramente, declarar que Peregrine, como fugitivo de la justicia, ya no era el marido de Charity Bentham. Quizá aquí esté mezclando legalismos, confundiendo el estatuto de un estado con el codicilo de otro estado. No importa. Peregrine jamás impugnó la anulación; de hecho, se había negado a comunicarse con Charity después de su única carta de confesión... por vergüenza, supongo, de ser mi padre. Al final, Cesare Furore pensó, como seguridad definitiva, en volver a casarse con Charity Bentham algunos años más tarde.

Cesare Furore llegó a la conclusión de que, no importaba cómo se lo mirase, bien por anulación o bien por abandono, Peregrine y Charity Bentham ya no estaban casados, llevaban sin estar casados muchos años, y tal vez nunca lo habían estado, legalmente hablando, más que como «cónyuges de un matrimonio no consumado» (el episodio del Volvo era legalmente dudoso, pues no había ocurrido en un lugar de residencia). Cesare Furore le juró a mi padre que no había habido ninguna acritud en sus acciones legales contra Peregrine, que había estado actuando de manera correcta para proteger a su esposa, su hija y el futuro de todos.

—Yo no tengo futuro —interrumpió Peregrine.

—Estoy seguro de que podemos arreglarlo —contestó Cesare Furore—. Mi hermano, como quizá sepas, ha servido en el Senado. Mi familia no carece, ni yo tampoco, de influencia en Washington.

Se dice que ésas fueron las últimas palabras de Cesare Furore; puede que sea apócrifo, la idea que tenía del drama el editor de algún periódico. Peregrine lo atacó.

Lo agarró del cuello y no lo soltó. Los dos se debatieron de un lado a otro de la habitación, atravesando la delgada superestructura y saliendo al paseo, Skaldur ordenó a sus hombres que los separaran; o eran idiotas o se vieron entorpecidos por la carpintería. No puedo relatar la pelea golpe por golpe. No puedo creer que los informes de los periódicos fueran otra cosa que mentiras. Es justo suponer que Cesare Furore se defendió. No resulta claro si supo de inmediato que estaba en las garras mortales de un hombre enloquecido por la pasión, la añoranza, la injusticia, la venganza, la desesperación y el odio hacia sí mismo. Habiendo visto sólo un poco antes a Cesare Furore, dudo que entendiera lo enfermo que estaba mi padre. Quizá creyera que trataba con un chico fugado. En realidad estaba atormentando y luchando con un hombre que vivía en un delirio de desesperanza y remordimiento, que se sentía un animal atrapado, mortalmente herido. Más aún, ahora sostengo que era probable que Peregrine se sintiera tan avergonzado de lo que le había hecho a Charity Bentham en la rampa, de lo poco que tenía para mostrarle a su esposa perdida por esos dieciocho años desesperados, que había querido autodestruirse, y que su autodesprecio se vio desviado hacia el perseguidor que tenía a mano, Cesare Furore, quien estúpidamente había invocado la idea de «Washington», el más negro y fantástico enemigo de Peregrine. Peregrine ahorcó a un hombre, sí; también debió de haber pensado que estaba ahorcando el año 1972, a Nixon, el servicio militar obligatorio, el Congreso, a los hombres que poseían algo, todo lo que él creía que lo había condenado de manera injusta y total, que lo había convertido, como decía, en un hombre sin futuro.

Esto no es para disculpar a mi padre, que hizo una cosa desagradable y equivocada, un acto criminal. Sufrió por ello el resto de su vida. También sufrió por ello de inmediato. Los guardias —con Skaldur gritando órdenes, con Charity Bentham suplicándole a Peregrine que parara— apalearon a Peregrine desde todos los costados. Peregrine se aferró a su crimen. ¿Doy la impresión de favorecer la fuerza sobrenatural de Peregrine al asesinar a Cesare Furore? No es ésa mi intención. Era mi padre. Lo golpearon sin piedad. Lo aporrearon con ladrillos y tablas de madera. Le fracturaron el cráneo, le rompieron las costillas, le destrozaron la rodilla, tratando de reducirlo. Cesare Furore desgarró la cara de Peregrine, y le hirió el ojo izquierdo con tal gravedad que luego requirió dos operaciones tortuosas antes de que se lo tuvieran que quitar en la prisión del Rey.

Skaldur, desesperado, desenfundó la pistola y le disparó a Peregrine dos veces en la espalda. Que las balas no lo mataran en el acto no sólo fue un milagro, sino también un acto del destino que preservó a Peregrine para un castigo ulterior. Las balas lo hicieron tambalearse, y soltó a Cesare Furore, Peregrine cayó de rodillas. Los guardias tiraron del cuerpo de Cesare Furore para alejarlo de mi padre. Peregrine no terminaba de caer y, lanzándose hacia adelante, se arrastró hacia Cesare Furore sobre la rodilla destrozada, aullando juramentos tan enloquecidos y lúgubres que no los repetiré. Los guardias rodearon a Peregrine, momentáneamente desorientado por su

perseverancia macabra. Se dice que su cara sanguinolenta irradiaba un aura de ansia demoníaca. Eso es una tontería.

Charity Bentham cayó sobre Cesare Furore, Peregrine le gritó:

—¡Eres mía! —Entonces, temiendo que atacara a la mujer, los guardias lo golpearon hasta dejarlo sin sentido. Peregrine quedó tendido, roto y vivo, a menos de un brazo de distancia pero a una vida de derrota de su amada Charity Bentham. Y Charity Bentham quedó tendida, insensata, sobre el cadáver de su segundo marido. También estaba viva, pero —y digo esto porque lo creo ciegamente— destruida para siempre por su propio corazón orgulloso, ambicioso y tramposo, que había amado a dos hombres, y traicionado a dos hombres, y maldecido a dos hombres.

Al ocultarme en Vexbeggar durante casi cinco años, dispuse de tiempo abundante, y persuasión más abundante, para estudiar a Charity Bentham. Me avergonzaba no haber entendido su prodigioso saber. Sentía que si podía comprenderla del todo, quizá también pudiera comprender por qué Peregrine estaba encerrado solo en la isla-prisión del Rey cerca de Estocolmo. Por ese entonces, no estoy seguro de que hiciera algo que no fuera confundirme más en cuanto al funcionamiento del mundo moderno, donde, según había dicho Israel, «si sacas los pies una sola vez del plato, ya no puedes volver a ponerlos». Ahora puedo decir esto sobre la mente de esa mujer, porque de verdad creo que ha significado todo para lo que me ha sucedido a mí y a los míos, para donde me encuentro hoy, aquí, solo, menos colérico que argumentador acerca de lo que he aprendido.

Charity Bentham era una utilitarista. Defendía el principio de utilidad, o bondad. Sostenía que sólo el Bien es Bueno, que sólo el Bien es deseable, que la acción correcta entre muchas posibilidades es la que produce la mayor cantidad de Bien, y que uno puede reconocer lo que es Bueno por el hecho de que lo Bueno causa felicidad, mientras que lo que no es Bueno produce infelicidad. Además, sostenía que la moralidad común, la decencia común y el sentido común son intrínsecamente conceptos utilitaristas. Se dice que los hombres y las mujeres racionales saben que sólo haciendo el Bien puede uno ser feliz y hacer feliz a otros.

Prevengo a aquellos que a primera vista encuentran que el utilitarismo parece trivial. No lo es. A mí me pareció, al principio, muy inteligente y, por encima de todo, un modo de vida práctico. Un ejemplo crucial: la ética es una especie de filosofía profundamente importante; la cuestión de la ética es la de reconocer el bien y hacer el bien, una empresa de lo más deseable. Según los utilitaristas, sólo el utilitarismo proporciona a la ética un método riguroso tanto para reconocer el Bien como para hacer el Bien. Los utilitaristas opinan que el utilitarismo conforta mientras que, al mismo tiempo, guía, aconseja, valora... suministrando una rica tradición con la que poder resistir y vencer a los enemigos de la razón y de los hombres razonables. Se dice que estos enemigos son el hábito, el prejuicio, la costumbre, el ritual, el instinto, los sentimientos, o cualquier otra caracterización de la ética no intelectual, que colectivamente recibe el nombre de «ética deontológica». (La deontología es el estudio de la obligación moral, y los utilitaristas, que son personas muy sensatas, la consideran una tontería).

En suma, se afirma que el utilitarismo confirma al hombre iluminado como el hombre superior y, lo que es más importante, como el hombre adecuado.

¿Cómo funciona? Con una aritmética sencilla, y también con lo que Jeremy Bentham (el fundador del utilitarismo del siglo dieciocho, y antepasado de Charity Bentham) llamó el «cálculo hedónico», Jeremy Bentham propuso que la experiencia del Bien se podía medir en unidades de placer, asignándole a cada una un 1 positivo,

y que la experiencia de lo que no era bueno se podía medir en unidades de dolor, asignándole a cada una un 1 negativo, Jeremy Bentham declaró que ninguna unidad de placer o de dolor se puede analizar, pero que ambas son fácilmente reconocibles.

Cuando uno se enfrenta a una decisión, ha de considerar cuántas unidades de placer (positivas) y de dolor (negativas) va a engendrar cada alternativa posible; entonces, uno sólo tiene que comparar las sumas de los dos actos, y elegir la que produce la suma más alta, el mayor o más grande Bien.

Puede parecer que asignar unidades de placer y de dolor a la conducta de uno es algo arbitrario y tonto; sin embargo, debido precisamente a que el cálculo hedónico requiere discreción, conciencia de los límites y un espíritu mundano templado, afirman los utilitaristas, el utilitarismo atrae a hombres y mujeres que no tienen nada en común entre sí salvo su utilitarismo. El utilitarismo puede parecer chapucero, poco sistemático, incluso tímido; sin embargo, se afirma que es más útil que cualquier otro tipo de ética para hacer frente a la experiencia moderna. Más aún, se dice que el utilitarismo en sus muchos aspectos —acción, regla, universal, ideal, y un largo etcétera— es mejor no como una ética descriptiva (lo que debe hacerse, lo que debió hacerse) sino como ética normativa (lo que hay que hacer, lo que habría que haber hecho). Sugiere antes del hecho. Reina después del hecho. Lo alimentan la cautela, el desapasionamiento, las interminables reconsideraciones, la objetividad verbosa. Los utilitaristas cambian sus posiciones, opiniones, juicios, proscripciones, según las circunstancias percibidas y dependiendo de ellas. La abrumadora característica que emergió de los escrupulosos debates —Jeremy Bentham contra J. S. Mill contra Henry Sidgwick contra E. G. Moore contra Charity Bentham—, fue que éstas eran personas extraordinariamente pragmáticas. No querían un ejemplo ético que estuviera al margen de la historia, como afirmaban que sucedía con el judaísmo, el catolicismo, el marxismo. Querían un sistema que se adaptara a la historia... pasara lo que pasase.

Con el utilitarismo, todo sirve de ejemplo. Yo ofrezco éste: Charity Bentham se casó con Peregrine Ide, a lo que le asigno dos unidades de placer; Peregrine abandonó a Charity, a lo que le asigno dos unidades de dolor. La suma es cero. Luego, Charity Bentham se casó con Cesare Furore y dio a luz a Cleopatra, a lo que le asigno tres unidades de placer; con el fin de hacerlo, Charity tuvo que descasarse de Peregrine, a lo que le asigno dos unidades de dolor. La suma es un 1 positivo.

Un utilitarista, comparando la acción histórica de Charity con sus opciones, diría que actuó correctamente, con utilidad.

Aquí hay dos objeciones. La primera podría proceder de los éticos deontológicos. Esas personas, que sostienen que un acto es bueno o malo en sí mismo, sin importar las consecuencias (es decir, el divorcio siempre es malo), dirían que el matrimonio de Charity con Peregrine estuvo bien y que su felicidad posterior no era significativa, que el descasarse de Peregrine estuvo mal (o fue «cruel», como dijo Israel), y que su posterior matrimonio con Cesare agravó su mal, igual que todo lo resultante de su segundo matrimonio: amor, nacimiento, fama.

Los utilitaristas responderían de esta forma a la crítica deontológica: el matrimonio de Charity con Peregrine carecía de sentido, ya que no produjo ningún Bien. Al corregir su error, Charity produjo Bien, y produjo más Bien que el no corregirlo habría producido. Por lo tanto, Charity tuvo razón, dadas las circunstancias, aunque no fue tan loable como podría haberlo sido de haberse casado desde el principio con Cesare. Sin embargo, el elogio y la culpa carecen de importancia.

La segunda objeción podría proceder de lo que yo llamo los sentimentalistas, aquellos que consideran el corazón antes que el intelecto. Podrían decir que Charity fue una buena tonta al casarse con Peregrine el mismo día de su huida, que estuvo más acertada que equivocada al descasarse de Peregrine después (en especial dado que, probablemente, estaba muy herida por la noticia de que Peregrine tenía un hijo), que quedaba bendecida al contraer tan buen matrimonio con Cesare, y que tendría que haber previsto que, aunque su comportamiento era adecuado y comprensible, había aspectos del asunto que la hacían aparecer menos que amable y virtuosa.

Los utilitaristas contestarían así a los sentimentalistas: tonterías. La insensatez, el orgullo, la suerte, la amabilidad y la virtud carecen de importancia.

Charity Bentham no ganó su premio Nobel por haberse casado con Peregrine, o por haber dado a luz a Cleopatra. Era famosa porque aplicó su utilitarismo y su inteligencia a lo que ella llamaba «El Nuevo Benthamismo».

«El Nuevo Benthamismo sostiene», escribió Charity Bentham en el prefacio de su obra *El Libro del Nuevo Benthamismo*, «que el Estado desea el Bien. El Estado se comporta correctamente cuando se entrega a una actividad que produce el Bien, y produce más Bien que si no se hubiera entregado a dicha actividad, y produce el mayor Bien que se puede obtener de dicha actividad».

Charity Bentham llevó eso a su conclusión lógica, e innovadoramente más allá, tomando como guía la tesis de Jeremy Bentham de que la base del Estado era el principio de la utilidad, Jeremy Bentham había opinado que el Estado era una estructura que resultaba del hecho de que su ciudadanía buscaba, con el cálculo hedónico, la felicidad para sí y sus conciudadanos.

De manera significativa, Jeremy Bentham sostenía que el Estado no era un superser, un Leviatán, con mente y motivos propios. Más bien, escribió, el Estado era la suma total de la búsqueda del Bien de sus ciudadanos, lo que un posterior seguidor de la filosofía de Jeremy Bentham, o benthamita, describiría poéticamente como «del pueblo, por el pueblo, para el pueblo». Los hombres y las mujeres cedían autoridad al Estado, concluía Jeremy Bentham, no porque temieran al Estado, sino porque al hacerlo aumentaban el Bien que resultaba del ejercicio de la autoridad del Estado. Y la suma del Bien siempre iba en proporción al número de ciudadanos que apoyaban al Estado: la democracia produce más bien para los ciudadanos que un despotismo benevolente; la tiranía produce más bien para los ciudadanos que la anarquía.

Entendí con claridad por qué Jeremy Bentham había ejercido una profunda



influencia política en el siglo dieciocho, tanto en la temprana República americana como en la novata República francesa. Más aún, entendí por qué Jeremy Bentham y los benthamitas (en especial el filósofo inglés John Stuart Mill, quien rebautizó el movimiento como utilitarismo) se convirtieron en los héroes filosóficos de las democracias liberales del siglo diecinueve, en particular de los Estados Unidos de Norteamérica y del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, que exportaron sus formas utilitarias de gobierno a sus imperios coloniales. El desarrollo histórico (bien por evolución o por revolución) de los estados capitalistas sofisticados y de los estados comunistas, lejos de desviarse del principio de la utilidad, tendieron a institucionalizarlo de maneras sugestivamente prosaicas, de ahí la abundancia de repúblicas populares, repúblicas democráticas, uniones de repúblicas socialistas y monarquías parlamentarias. El utilitarismo parece la base del Estado del siglo veinte.

Charity Bentham adoptó este resultado y, con erudición y lo que podría considerarse cierta prestidigitación filosófica, lo desarrolló para sus propios fines, es decir, el Nuevo Benthamismo.

Ella reconoció que el Estado no era un Leviatán. Pero entonces propuso que era inteligente preguntarse por qué los ciudadanos del Estado preferían antropomorfizar su gobierno, como el Tío Sam de los estadounidenses, el John Bull de los británicos, el Oso de los rusos (el Partido). Ésta era una fantasía romántica, reconoció Charity Bentham; sin embargo, era un aspecto tan persistente de la política internacional desde el siglo de las luces, que debía considerarse como una expresión popular de deseo de un modo de pensar sobre del mundo. Dada la propensión (quizá absoluta necesidad) de la humanidad por la analogía, Charity Bentham sostenía que los ciudadanos del Estado pensaban en su Estado en referencia a otros Estados como una persona extraordinariamente grande entre otras personas extraordinariamente grandes. Obviamente, el Estado no era un Leviatán, añadía, pero como los hombres pensaban en él como un Leviatán en relación con otros Estados, ¿no resultaba adecuado emplear ese idioma? Parecía voluntad del pueblo, y una lección de la historia moderna, decía Charity Bentham, que los hombres y mujeres consideraran la diplomacia internacional como si estuviera conducida por superagentes (Estados) que operaban con el principio de la utilidad.

Así pues, un Estado era un utilitarista. Un Estado sólo deseaba el Bien. Un Estado, operando con la misma dinámica que el más humilde de sus ciudadanos, actuaba para aumentar su felicidad, su placer. Un Estado debía ser valorado en términos de la eficacia de su conducta utilitarista: si su conducta era apropiada en términos del Bien producido en comparación con otras acciones posibles. Por lo tanto, carecía de sentido hablar del Estado como moral o inmoral, legal o ilegal, decente o indecente, virtuoso o vicioso, humano o inhumano, devoto o blasfemo.

En una primera lectura, todo eso me pareció ajeno a mí. Igual que con el utilitarismo tradicional, todo lo que hay sobre el Nuevo Benthamismo entra dentro del ejemplo. De modo que no fue hasta que Charity Bentham trató la conducta de los

Estados Unidos de Norteamérica con respecto a la guerra de Vietnam, 1955-1975, que comprendí la importancia y, sí, el siniestro significado del Nuevo Benthamismo.

Después de que la República francesa (París) abandonara sus colonias de Indochina en 1954, los Estados Unidos de Norteamérica (Washington) se vieron enfrentados a tres elecciones en el sudeste asiático. Washington podría haber apoyado a la República de Vietnam del Sur (Saigón), por dos unidades de placer, para Washington y Saigón, al tiempo que se oponía a la República Democrática de Vietnam (Hanoi), por una unidad de dolor, para Hanoi: un saldo de 1 positivo. O Washington podría haber permanecido neutral con Saigón y Hanoi, sin placer ni dolor: un saldo de cero. O Washington podría haber apoyado a Saigón y Hanoi, por tres unidades de placer, aunque esto habría llevado a unas contradicciones tan serias para Saigón y Hanoi que también habría dado como resultado dos unidades de dolor: un saldo de 1 positivo.

Con este modelo, la decisión histórica de Washington apoyando a Saigón y oponiéndose a Hanoi resultaba viable. Aunque no produjo el Bien mayor, no había Bien más grande.

Una vez que Hanoi reveló su deseo de destruir Saigón, el apoyo de Washington a Saigón, 2 positivos, se compensó por la oposición militar de Washington a Hanoi (guerra), 2 negativos: saldo de cero. No había ningún Bien que obtener siguiendo comprometidos en Vietnam. Según Charity Bentham, la decisión histórica de Washington de seguir apoyando a Saigón y continuar en guerra con Hanoi no fue ni inmoral, ilegal, indecente, pecadora, inhumana, ni blasfema. Carecía de utilidad.

Los líderes estadounidenses explicaron la decisión de Washington de permanecer en Vietnam como Buena porque, aseveraron, retirarse como lo hizo París no sólo permitiría el triunfo de Hanoi, una unidad de placer, sino también la destrucción de Saigón, una unidad de dolor, la probable destrucción de la República khmer (Phnom Penh) y del Reino de Laos (Vientiane), dos unidades más de dolor, y el debilitamiento de las fuerzas armadas de Washington, otra unidad de dolor: un saldo de por lo menos 3 negativos. Tal como habían exhortado los líderes estadounidenses durante dos décadas, la decisión de Washington de permanecer en Vietnam consiguió el Bien mayor.

Con el tiempo, cuando fue evidente que Saigón, Phnom Penh, Vientiane y las fuerzas armadas norteamericanas desplegadas no podrían resistir a Hanoi sin un apoyo excesivo de Washington, hubo que volver a calcular la utilidad de las relaciones internacionales. Fue un proceso gradual, contradictorio, concedía Charity Bentham, que involucró a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Moscú) y a la República Popular de China (Pekín) y a muchos otros. Sería justo resumir, afirmaba Charity Bentham, que Washington eventualmente se vio colocada en una posición tal que su apoyo a Saigón y la beligerancia hacia Hanoi dio como resultado varias unidades de dolor. Permanecer en Vietnam era malo. Retirarse de Vietnam era malo. Los sabios estadistas veían que retirarse como lo había hecho París era menos

malo que quedarse, o más Bueno. El principio de la utilidad indicaba que Washington debería abandonar Saigón, Phnom Penh, Vientiane y sus fuerzas armadas, cuatro unidades de dolor, que Washington tenía que hacer la paz con Hanoi, dos unidades de placer, y que Washington debería buscar otros medios para equilibrar más el dolor de la situación. En el utilitarismo, esto a menudo significa que uno debe agrandar su modelo.

Que Washington históricamente lo hiciera, con el acercamiento a Moscú, dos unidades de placer, suplicándole a Pekín, dos unidades de placer, fue una gran evidencia, escribió Charity Bentham, de que el Nuevo Benthamismo dominaba la diplomacia moderna, que era la ética política moderna.

A aquellos que exclaman que la guerra es una atrocidad; que la conducta de Washington en Vietnam fue una vergüenza; que Saigón era una tiranía corrupta que gobernaba con la tortura; que Hanoi era el líder espiritual de Vietnam, aunque también gobernaba con la tortura; que los líderes estadounidenses que persistieron en apoyar a Saigón a pesar del levantamiento popular entre los norteamericanos que estaban en edad de ser reclutados tuvieron que hacerlo pisoteando la razón e imponiendo una dictadura legislativa, violando así los derechos humanos, los naturales y en especial los civiles, apartando así a la ciudadanía de sus propios funcionarios elegidos hasta el punto de que el proceso democrático fue desmantelado y sólo el descubrimiento fortuito de los delitos de Nixon salvaron a la República; y más cosas; Charity Bentham respondió: tonterías.

El utilitarismo negaba conceptos tales como los contratos sociales, los derechos naturales, los derechos humanos, los derechos civiles, los derechos inalienables. Estas ideas dependían de sistemas deontológicos —esos que afirman que el robo, la tortura, el asesinato y la guerra siempre son malos— y, por consiguiente, están sujetos a las contradicciones —las tonterías— del hábito, el prejuicio, la costumbre, el ritual, el instinto y los sentimientos. Se dice que los contratos sociales son ficciones legales. Los derechos inalienables son contradicciones lógicas. Y los derechos civiles deben permanecer continuamente reformables con el fin de ajustarse a la progresiva búsqueda del Bien... jamás son inviolables.

En este punto de mi estudio, me pareció claro que el Nuevo Benthamismo era lo que Peregrine e Israel llamarían «los malos». El Nuevo Benthamismo había creado un sistema desapasionado de todo aquello contra lo que mi padre y sus amigos habían luchado y por lo que habían sido aplastados. Era la filosofía práctica de una elite pragmática. Su genio consistía en que se trataba de algo prosaico. Su fuerza consistía en que explicaba el *statu quo* internacional con lo que venía a ser una defensa de ese *statu quo*. Como le gustaba decir a Israel de la clase gobernante, el Nuevo Benthamismo tenía su tarta y también las migas que se habían caído al suelo.

Descubrí que era algo mucho más insidioso. Parecía que había cierto problema acerca del principio de la utilidad que una vez había preocupado a los pensadores. ¿Cómo, se preguntaban los críticos, evita uno que el utilitarismo se convierta,

sencillamente, en egoísmo? Los utilitaristas propusieron como defensa lo que ellos llamaban «benevolencia generalizada», que es un modo de pensar que tiende a mantener el placer de una persona en proporción con el placer de otra. Los utilitaristas añadieron que si el egoísmo de una persona entraba en conflicto con el de otra, entonces cuanto mayor fuera el modelo —cuantos más agentes hubiera involucrados en un conflicto— más probable sería que cada persona modelara su necesidad para que se ajustara a la del grupo. Esto no era altruismo. Era una astuta autopromoción. Proporcionate placer pero no te excedas o, como decían los griegos, moderación en todas las cosas. Cuanto más felices sean todos, más feliz será cada uno.

Charity Bentham adaptó e incorporó la benevolencia generalizada a su teoría del Nuevo Benthamismo. En aquella época yo pensé que esa adaptación era un suplemento del sistema. Desde entonces he descubierto que, de hecho, era una pieza clave, el centro absoluto, del Nuevo Benthamismo. Llamaba a su versión el Factor de Caridad. Un Estado primero debía identificar su mejor interés en un conflicto, dijo. Pero luego ese Estado debería considerar los intereses de otros Estados. Era el Estado sabio, el Estado poderoso, el que buscaba sus metas con caridad hacia otros Estados.

Charity Bentham escribió que el Factor de Caridad tiene muchos nombres: los países comunistas lo llamaban «regalos de amistad», los países capitalistas lo llamaban «ayuda exterior», los países no alineados lo llamaban «asistencia mutua»; las organizaciones de tratados internacionales, como las Naciones Unidas, lo llamaban «ayuda de emergencia». Lo que yo no entendí entonces, y lo que hace que el Factor de Caridad sea tan crucial para el conjunto, es que, con el paso del tiempo, por lo general es más aplicable al conflicto internacional que a la guerra militar, la guerra comercial, el desarme y los tratados de paz. El Factor de Caridad es lo que los Estados sabios y poderosos hacen a los Estados tontos y débiles. Es la política exterior durante el estado de cosas llamado tiempo de paz, cuando las guerras pequeñas, las guerras civiles y las enemistades de los clanes proliferan, afirmando que las guerras más grandes son un suicidio mutuo. Lo que ahora entiendo es que el Factor de Caridad es tan militante como un acorazado; es tan útil para el engrandecimiento nacional como la conquista y la ocupación. Para los vencidos, los perdidos, los enfermos, los exiliados, los destruidos, el Factor de Caridad es la única esperanza y el único enemigo. Quiero recalcar la paradoja. Tengo mucho más que decir al respecto, a su tiempo.

En la guerra de Vietnam, explicaba Charity Bentham, el egoísmo de Washington consistía en sostener a Saigón y derrotar a Hanoi. Cuando se abandonó esa postura, Washington actuó con caridad. Sobornó a Hanoi, envió a diplomáticos conciliadores a Pekín y Moscú, desmembró a sus fuerzas armadas, y ofreció refugio —de cierta clase— a la derrotada Saigón. La verdadera fuerza de Washington, dijo Charity Bentham, radicó en su habilidad para actuar con caridad y fomentar la misma caridad por parte de Hanoi (que no la ofreció con rigor, degradando a Saigón, Phnom Penh,

Vientiane, y alejando a toda Indochina, cometiendo el error de enfrentarse con Pekín y subordinándose a Moscú), y Pekín y Moscú. Los críticos deontológicos de Washington condenaron luego esa caridad llamándola concesiones. No eran eso, sostenía Charity Bentham, sino eficaces juegos de poder. El Estado sabio entendía que cuanto más felices fueran otros Estados, más feliz sería él.

De modo poco sorprendente, Charity Bentham criticaba las tradicionales camarillas a escala mundial, como el Mundo Libre, el Bloque Comunista, el Tercer Mundo, la Liga Árabe y las numerosas organizaciones de defensa subordinadas, como versiones distorsionadas de los sistemas deontológicos ya desacreditados como lesivos porque dependían del hábito, la costumbre, la religión, los sentimientos. Más aún, decía que la política de confrontación (a veces llamada «carrera armamentista») siempre fracasaría en alcanzar su objetivo debido a que no actuaba ni bajo el principio de la utilidad ni bajo el Factor de Caridad. Era mejor, decía ella, que un Estado se mantuviera solo, siguiera su propio consejo, y dependiera del equivalente a escala mundial del sentido común, llamado «equilibrio de poder», Charity Bentham concluía que si cada Estado se conducía a sí mismo con el principio de la utilidad, entonces el toma y daca de la diplomacia obligaría a todos los grupos metidos en un conflicto a cooperar. No había aliados o enemigos verdaderos. Sólo había Estados con necesidades que, simplemente, tenían que promover el Bien, creyendo a *priori* en la caridad, con el fin de lograr «el Bien mayor».

Reconozco que he mezclado la obra de Charity Bentham, evitando sus ensayos biográficos sobre el viejo Epicuro; sobre Locke, Voltaire, Hobbes y Hume, del siglo de las luces; sobre Hegel, Comte y Marx, del siglo diecinueve. También he pasado por alto su análisis del Nuevo Benthamismo inherente a la política exterior de Theodore Roosevelt, Lenin, Novillo Chamberlain, Mao y el estadista favorito de Charity Bentham, Henry Kissinger (quien escribió la introducción a su libro *El Bien Mayor*), del siglo veinte. No he hecho caso de los modelos económicos que utiliza para sus argumentos, y los artículos en los que discute la legitimidad de las enormes corporaciones que funcionan como cuasiestados, y la necesidad de someter repetidamente lo que al principio parecen situaciones injustas (dolorosas) a modelos cada vez más grandes de utilidad (es decir, las guerras territoriales del Medio Oriente eran regionalmente armonizadoras). Sin embargo, hay que reconocerle cualidades: su prosa siempre fue discreta, cauta y moderada.

No obstante, con respecto a su ciencia económica, por la que ganó el premio Nobel, reconozco que entonces no comprendí su valía y no puedo afirmar ahora que alguna vez hubiera, o haya, en tal palabrerío más que maneras más suaves de racionalizar históricamente una posesión de propiedad desproporcionada... por qué algunos trabajan duro y comen muy poco, y por qué otros son dueños de niños y de su futuro.

Para esta aversión, apelo a mi deficiente educación y a mi impaciencia. Después de lo que he visto y hecho, para mí es una cuestión de mérito que no divague al

respecto. Factor de Caridad. Qué arrogancia. Qué crueldad. Sólo me recuerda el cuento del ogro nórdico que vivía en la frontera de Jotunheim, la tierra de los gigantes, y cuya esposa era famosa por dar cobijo, alimento y ayuda a los huérfanos que huían de las guerras entre los dioses. Cuando este ogro llegaba por la noche a casa, borracho y lujurioso, devoraba la carne tierna de los niños a quienes su esposa había brindado refugio hasta perder casi el conocimiento. Entonces se tambaleaba hasta la cama de su mujer, empapado en sangre y complaciente, y le gruñía al tiempo que se montaba encima de ella: «Ahora que he hecho lo que he querido, puedes darle a los que quedan toda la caridad que desees».

Digo esto aquí y por ahora sobre el Nuevo Benthamismo. Lo que piensa Grim Fiddle no importa. Lo que Grim Fiddle ha hecho sobre lo que piensa..., ahí está el tema adecuado para su pasión.

En mi tercer año en Vexbeeggar, las noticias de Estocolmo se volvieron amenazadoras. Aquel verano había sido consolado por Molly Rogers durante sus vacaciones, pero al llegar el otoño ella se apresuró a volver junto a Israel para mantenerlo alejado de actos peligrosos, irracionales. Se casaron poco después, quizá porque Israel estuvo a punto de sufrir un colapso. Nunca estuve seguro y jamás pregunté, ya que me perdí la ceremonia, y después me pareció inoportuno, Molly me envió un verso sobre la experiencia, «Tranquilo, Israel, tranquilo», y en él vi que el matrimonio había sido la culminación apropiada de veintiún años de cortejo, con Earle entregando a la novia, Guy cantando viejas canciones *folk*, y la casa engalanada por los elegantes amigos de Thord.

La luna de miel interrumpió sólo momentáneamente la tristeza de las cartas de Israel. Llevaba muy mal que Peregrine sufriera solo en la prisión del Rey, ya que nadie se había atrevido jamás a visitarlo por miedo a las represalias. Los Espías del Rey abundaban por entonces en las carreteras, reprimiendo a los llamados alborotadores sediciosos que se identificaban más adecuadamente como extranjeros, es decir, forasteros de ojos marrones.

Esta vergüenza requiere una breve explicación. Al igual que otros países del Norte, Suecia nunca se recuperó de las conmociones de las guerras del Medio Oriente. A medida que el extendido decoro igualitario decrecía, el chauvinismo y el concomitante fanatismo florecían. No tengo deseos de explicar esta fórmula. Estoy seguro de que los Nuevos Benthamitas la justificaron con gran detalle. Baste decir que el pueblo de mi madre llegó a poner un mal informado énfasis en su propia herencia, en especial en su folklore y su así llamada aristocracia, un grupo corrupto que respondió a esta milagrosa resurrección con pomposidad y obstinación. Se impuso un feudalismo espástico a un pueblo que había estado libre de semejante estupidez durante tres siglos. La moda dictó las reuniones, las procesiones, los bailes, la etiqueta barroca y el empeño jactancioso por remodelar lo que había sido un esforzado estado industrial, convertido en algo ligeramente inerte con el socialismo, en una corte pintada en el centro de una muy reducida economía de subsistencia y hambre real. No había nada lógico en la transformación. El conde de Gotland podía compartir un carruaje tirado por caballos (la afición por los automóviles desapareció junto con las provisiones de petróleo, y fue reemplazada por una afición ecuestre por parte de la elite) con un ingeniero jefe de las minas de hierro de Kiruna. Eran los ridículos conduciendo a los ridiculizados. En su codicia, la única cosa en la que podían estar de acuerdo todos los segmentos de la ciudadanía era en el fanatismo. Se montó una caza de brujas como no se había visto desde la Edad Media. El Reino de Suecia se convirtió en un extraño a la razón.

Sé que Suecia no estaba sola en esa política degenerada. Eso no representaba ningún consuelo para los trabajadores y los parásitos venidos de los reinos del Medio

Oriente y de África (y algunos de las repúblicas europeas que iban a la deriva hacia la anarquía) que fueron sacados de sus hogares a las calles, y de las calles llevados a lo que se llamaba campos intermedios, desde donde se les proporcionaba pasaje fuera del país en barcos mercantes contratados por el gobierno del Rey. Los pogromos limpiaron Suecia primero de las razas oscuras, luego de las menos oscuras, los amarillos, los cetrinos, y por último de esos pocos judíos que de nuevo se vieron atrapados en los espasmos de la historia.

El triunfo de los sucesivos pogromos no satisfizo a los chauvinistas más extremistas, un partido político llamado la Liga de los Leales por la Vida Familiar Sueca, o los Leales. Parecía haber una creciente necesidad de tomar medidas cada vez más crueles contra las diferencias. En Estados Unidos, me contó Israel, esta batalla se habría entendido como los norteamericanos puros contra Ellos; en Suecia, eran los nórdicos de ojos azules contra Ellos. No me importa si era comparable a las guerras raciales históricas. Fue infernal. Se arrestaba y separaba a las familias a menos que acataran los programas *ad hoc* de recolocación organizados por los grupos vigilantes y permitidos por el silencio del Rey. Los pocos hombres desesperados que se atrevían a resistirse a los cazadores de brujas eran mutilados o asesinados. Y siempre estaba el fuego con el que solían quemar al intransigente.

Las ejecuciones al azar y la aparente suspensión del *habeas corpus* asustó a los pocos grupos libertarios, uno de los cuales, la Liga Cartesiana por la Razón y la Decencia, organizó pequeños mítines populares en Estocolmo. Esto fue a finales de los años 80. Lamentablemente, los Cartesianos fueron incapaces de ponerse de acuerdo en una sola estrategia. Denunciar el racismo y el asesinato es admirable, pero no deja de ser una abstracción, pues no nombra al culpable. En el último mitin, los Cartesianos presentaron a muchos y distintos oradores, que confundieron a la multitud con poesía e ideales nobles. La multitud cantó «¡Aplastad la Infamia!», refiriéndose al gobierno del Rey. El acto terminó en una batalla a cadenas con la turba que enviaron los Leales para provocar a los Cartesianos. Los disturbios que siguieron bloquearon las calles y destrozaron los escaparates de las tiendas. Fue un pandemónium fácil de predecir. Esa noche incendiaron el viejo Palacio Real, junto con otras cuatro manzanas del barrio extranjero... incluido el CLUB DEL RATÓN MICKEY.

Al día siguiente, la Liga Cartesiana fue suprimida por los Espías del Rey, milenaria tradición policial nórdica revivida por el gobierno del Rey para aplacar las fantasías de persecución de los suecos y complementar las fantasías de poder de la aristocracia. A todos los que contribuían financieramente a la Liga Cartesiana (Thord Horshead entre ellos) se les notificó que se hallaban bajo investigación por conspirar para fomentar la traición. Le costó mucho a Thord escapar de esa red. Hubo muchos giros desagradables en todo esto, como una corriente oculta de prejuicio de los Leales contra la homosexualidad y, posiblemente, contra la sexualidad en general. Lo importante aquí es que la Liga Cartesiana incluía a más que unos pocos de los



radicales suecos y norteamericanos de la Liga de Opositores a la Guerra de los años 60.

Con el tiempo, los Leales dirigieron su repugnante retórica contra la pequeña comunidad de exiliados norteamericanos. En breve, todos los norteamericanos de Estocolmo, sin importar sus tendencias políticas, fueron atacados. Los suecos decidieron olvidar la oposición del en otro tiempo gobierno socialdemócrata del Rey a la guerra de Vietnam, Peregrine, Israel, Guy y Earle eran anacronismos. Corrió la voz de que ellos y los de su clase se encontraban bajo sospecha, junto con todos los demás que no fueran decididamente nórdicos. Esa calumnia general fue ayudada por el hecho de que muchos de los norteamericanos tenían fichas policiales que se remontaban a los años 60, y porque muchos de ellos eran verdaderos gangsters, que aún se dedicaban al contrabando y a la estafa. No paso por alto el hecho de que mi familia disfrutaba de la ayuda de un contrabandista sueco.

Los Leales denunciaban a toda la comunidad de exiliados norteamericanos como parte de esa mafia; era un truco viejo, me aseguró Israel. Siempre que los Espías del Rey arrestaban a un delincuente que por casualidad era norteamericano, los políticos usaban las barras y estrellas para limpiarse las sucias bocas. Esto dio como resultado una existencia precaria para los norteamericanos, parte de cuyo impulso se remontaba al embargo estadounidense a la tecnología europea de principios de la década de los 80. No obstante, la situación se podría haber calmado de no ser por el horrible crimen en los salones de esplendor artificial del Rey: Peregrine Ide asesinó a Cesare Furore en la gala de los premios Nobel.

El juicio de Peregrine deleitó a los Leales. Incitaron a sus fieles recalando la aparente falta de remordimiento de Peregrine. El fiscal del Rey, un simpatizante Leal, insistió en que Peregrine le explicara al tribunal por qué había matado. El abogado defensor, proporcionado por el tribunal, trató de impedir ese testimonio; pero Peregrine habló de todas formas, en un susurro, ya que se había dañado la laringe irreversiblemente mientras cometía el asesinato:

—Yo... porque quise.

Cuando el tribunal del Rey sentenció a Peregrine a cadena perpetua, los Leales explotaron de odio. Exigieron que se le quitara la vida. Querían que le arrancaran el corazón. Querían que su cabeza sirviera de alimento a los peces. Querían que muriera aullando. No exagero. Pidieron esas cosas, repetidamente. Oí cosas peores en la radio. Y como no había habido pena de muerte en el Reino desde la derrota de los blasfemos alemanes, los Leales consiguieron con un buen ardid aumentar su poder exigiendo del gobierno del Rey lo que éste no podía sancionar. Aún había una decencia inherente en Suecia que ninguna cantidad de hipocresía había sido capaz de derrotar. El Rey, que no era tan estúpido como parecía, incluso fue tan lejos en el discurso de la celebración de su onomástica como para declarar: «No me lavaré las manos ante el destino de este hombre».

Fueron palabras desatinadas. Las turbas Leales gritaron «¡Demonio! ¡Demonio!»

en respuesta a la bravata del Rey; no estaba del todo claro si se referían a Peregrine o al Rey o a los dos. Los Leales manipularon el dilema del Rey, Peregrine se convirtió en el chivo expiatorio que uno podía golpear sin restricción, sabiendo todo el tiempo que en realidad se estaba castigando al gobierno del Rey. Cada vez que los Leales eran denunciados por los buenos hombres que quedaban en el gobierno a raíz de otro de sus disturbios racistas, los Leales chillaban sobre la corrupción moral de los «protectores del demonio norteamericano». Esta falta de lógica era intencionada. Fue una política eficaz. Los Leales se involucraron a sí mismos en un manto de devoción, y desafiaban a quien los acusara de que tenían sangre en las manos. La contienda se volvió tan religiosa como política. Se hablaba mucho de la necesidad de una república evangélica para restaurar el orden y lo que se llamaba santidad en la tierra.

Había un líder Leal cuyo don para la demagogia pronto lo elevó a la posición de estratega sagrado del movimiento. Eso fue acertado, si bien oportunista, pues era el pastor jefe de la Iglesia luterana más rica y más llena de aristócratas de Estocolmo. Su poder crecía a medida que el gobierno del Rey se debilitaba, ya que se presentaba a sí mismo como el portavoz y la encarnación de las ideas tradicionales nórdicas de pureza y venganza, que afirmaba devolverían la armonía al país. Era el caudillo de aquellos que pedían un juramento nacional de fidelidad cristiana y un referéndum sobre la cuestión de convertir a Suecia en una República Evangélica. Era un traficante de miedos de primer orden, un genio para provocar la histeria de masas y para denunciar a sus detractores como demonios. También podía lanzarse de lleno a llamamientos locos pidiendo la muerte de Peregrine. Se llamaba Mord Fiddle.

«Moll y yo íbamos de compras anoche por los muelles», me escribió Israel la primavera de mi cuarto año en Vexbeigar, «cuando un vigilante Leal nos convocó para un mitin. Fue una especie de halago. Fuimos, ya que no queríamos problemas con los matones. Tenían la plaza decorada como una tarta de cumpleaños, con un coro de un millón de niños cantando “Jesús me ama”. Eso los inflamó; son decididamente una multitud silvestre. Tuve que decirme una y otra vez que era el mismo pueblo aficionado a los incendios. Al viejo Adolfo le gustaba la luz de las antorchas y el sonido de los timbales. Esta gente prefiere las arpas y los fuegos artificiales».

»Entonces, un par de ángeles menores subieron a la plataforma para recordarnos lo maravillosos que somos. Hogares sublimes. Hijos sublimes. Deber sublime. ¿Quién creería en esa estupidez? ¿Dónde está el sentido común? ¿Qué le pasó? Estaba aquí. La semana pasada incendiaron cuatro casas. A plena luz del día. No les gusta la noche, dicen que es para los lobos. ¿Estará tan mal en casa? No puedo creer que vivo en el mismo planeta. Moll me dice que no puedo dejar que esto me deprima como antes. No tengo la rabia que solía tener, algo se ha roto en mi interior. Juro que lo estoy intentando. He abandonado definitivamente la bebida. Sólo quiero correr y seguir corriendo. ¿Por qué me costará tanto llevar el paso de ganso?

»Una vez que los ángeles finalizaron su acto, la multitud se volvió opresiva y

masculina, y las mamis y los chicos se marcharon a casa a preparar galletas con sabor a jengibre. La atención pasó de la plataforma a ese podio preparado en la proa de un barco atracado en el muelle. En alguna parte vibró un órgano y el hechicero jefe salió inesperadamente de abajo y caminó hasta el podio. Lo llaman “Mord el Pescador Duro”. Mide seis o siete metros, tiene barba blanca y pelo trenzado a la espalda. Llevaba ropas de predicador. Es lo que en Estados Unidos llaman timbre presidencial. Un orador que hechiza. Hechizos malignos, hechizos malvados, pero ahí está. Tiene magia. No puedo repetirte la mayor parte de lo que dijo; su sueco era demasiado rápido y coloquial. ¿Sabes?, fue un ruido espantoso y salvaje. Guardó su verdadera locura para el final. Entonces se ensañó con el pobre Peregrine».

No registraré lo que Israel me escribió sobre Mord el Pescador Duro maldiciendo a mi padre. Fue espantoso. Fue Mord Fiddle quien primero dijo que si el Rey se llegaba a lavar las manos, sería para limpiárselas de sangre inocente, no de la de Peregrine, a quien el abuelo llamó «ese asesino». Fue Mord Fiddle quien primero agitó la toalla blanca —dijo que para secar las manos del Rey—, que se convirtió en el gesto favorito de las turbas Leales, agitar esas toallas por encima de las cabezas, pidiendo ejecuciones, deportaciones, crímenes contra los indefensos y, en especial, la cabeza de Peregrine. Y fue Mord Fiddle quien derribó el gobierno del Rey... más de eso dentro de poco. De acuerdo con lo que me escribió Israel sobre aquel día en los muelles, el asunto se hallaba en el punto en que los Leales creían que podían forzar una elección. En su oratoria, Mord Fiddle aludió a la creación de una fuerza ciudadana de vigilantes —«La Brigada Evangélica»— para asaltar la prisión del Rey y aliviar al Rey de la carga de Peregrine Ide.

Que Mord el Pescador Duro fuera mi abuelo, que fuera él quien en contra de la naturaleza y la conciencia había echado por la fuerza a su hija y a su nieto del cuarto, jamás se nos ocurrió. El apellido Fiddle no era raro en Suecia, ni en el Norte. En realidad, Peregrine e Israel siempre habían creído que mi nombre en aquel trozo de papel era una triste broma.

Ahora parece como si hubiéramos estado ciegos, pero de verdad, con tantos problemas como teníamos, ¿por qué una coincidencia tan improbable de apellidos iba a parecer importante? Más aún, por entonces yo no estaba del todo informado de los detalles de mi concepción y nacimiento, e Israel casi siempre era tan ignorante como yo al respecto. Había sólo una persona en el Reino que poseía la suficiente información como para actuar, y se hallaba tan alejada de una disposición filosófica hacia la política como mis perros, nobles lobos, hacia el yugo de la correa. Sin embargo, mamá no era alguien que dejara pasar una oportunidad para el melodrama. A menudo he pensado que su reingreso en mi vida tuvo menos de suerte que de teatralidad premeditada.

Vexbeggar había sido un modesto pueblo de pescadores concentrado alrededor de su iglesia luterana hasta que los especuladores lo habían transformado en un lugar de recreo y juego junto al mar para los ricos ociosos. Tenía la forma de un anzuelo alrededor de una cala natural: el grueso de los salones y los casinos se amontonaban contra la parte inferior de la J, y los complejos de viviendas se extendían hacia atrás. Nuestro ruinoso campamento —dos barracones y un comedor— se levantaba en el extremo superior de la J, en la punta de la barriada pobre que se hallaba detrás del puerto. Los sirvientes más pobres y más molestos del lugar de recreo vivían allí, amontonados como madera a la deriva en las mareas del destino.

Como el banco no nos lo quería volver a comprar, teníamos nuestro propio muelle, que se internaba unos cuarenta metros en el Báltico. A los asiáticos y a los africanos les encantaba pescar desde allí, de modo que jamás parecía tan triste como el resto del campamento. Después de que Molly regresó al lado de Israel, cerré las casas interiores y me mudé a la cabaña de depósito en el extremo del muelle, donde habíamos amarrado nuestro sustituto de barco vikingo y nuestro viejo queche. Mi cuarto, en la primera planta (en realidad un ático, con las paredes formadas por el techo de pino), daba a viejos cascos de barcos a la deriva, depósitos abandonados, a nuestros dos navíos tristes, y a las pocas embarcaciones amarradas tan lejos del club náutico. Había humedad allí arriba, pero con aislamiento y algunos arreglos resultaba tolerable en invierno y celestial en verano. Yo me preparaba mis comidas en un hornillo que Guy había instalado en la planta baja, y usaba la mayor parte de la cabaña como perrera para *Goldberg* e *Iceberg* y los invitados que con frecuencia las seguían a casa. La mayoría de sus amigos eran caninos y machos, y en consecuencia las dos parieron una camada al cumplir los tres años; sin embargo, ese cuarto año las amigas humanas y femeninas vinieron con regularidad a mi puerta.

Yo era tímido, reservado por necesidad. Al principio, las hijas de los sirvientes que vivían allí todo el año se metían en mis asuntos. Aprendí a decir «chico» y «chica», etcétera, en turco, coreano, urdu y brasileño. En el verano, también estaban las fascinantes ninfas del lugar de recreo con quienes me encontraba por casualidad en los paseos por el puerto. Tuve mi buena cuota de diversión, me puse en ridículo en muchos idiomas, descubrí algunas cosas increíbles sobre las mujeres, pasé noches primaverales deseando no estar solo y noches otoñales deseando estarlo, y por lo general avancé a tropezones por mi primer amor, mi segundo amor, la simple diversión, y lo que Molly llamaba «amores serios». Las chicas del verano conocían cosas que yo no podía aceptar y jamás entendí. Yo disfrazaba mi candor contando fantásticas historias nórdicas e inventándome historias incluso más absurdas sobre mi padre, Perceval, y su camarada, Moisés, ambos muertos en acción en Vietnam.

Resumiendo, avancé de novato torpe a rompecorazones indiferente. Las chicas del invierno tenían nombres: Lilli, una mestiza norteamericana de la bahía de Cam

Ranh, que corregía mis errores sobre la guerra del Vietnam; Ananda, de Bangladesh, quien me introdujo en el erotismo oriental, y Ethel-Bethel, la cristiana más sinceramente devota que conocí jamás, que venía de lo que antiguamente se llamaba Mozambique (desconozco cuál es su nombre ahora). Las chicas del verano también tenían nombres: Gunnhild, a quien llamaban «Puño de Encaje»; Liva, a quien llamaban «Cabello Hermoso», y Unn, la de los ojos azul ultramarino, a quien yo llamaba «Ojos Astutos».

Ojos Astutos era la única hija de un noble, un conde menor de las tierras lecheras occidentales. Ella fue una influencia importante en mi libido, tres años mayor que yo cuando nos conocimos, y que me dejó sintiéndome demasiado viejo cuando nos separamos. El último verano en Vexbeggjar, pensé en Ojos Astutos como en mi Charity Bentham, pues era más inteligente, más sexy y más sigilosa que todas las demás. Ésa era una fantasía juvenil. Yo todavía no había conocido lo verdadero. Pero mientras estuvo allí, Ojos Astutos me retorció alrededor de su vanidad. Todo acerca de ella me parecía esmerado, femenino, espléndido. Me encantaba cómo olía. Conseguía que yo hiciera cualquier cosa, incluyendo que me vistiera de manera adecuada para asistir a las disolutas fiestas en la casa de la playa de su padre. Y cuanto más temía a sus tontos amigos, más me aferraba a ella, Lilli, en un inusual aparte, dijo que Ojos Astutos era una serpiente pálida en mi árbol de la vida. Eso era exagerado, aunque Ojos Astutos me tentaba mucho. Me enseñó la envidia, los celos, la mezquindad. Andaba con malas compañías; sus otros pretendientes me llamaban, en la cara, pescadero. Y yo lo soportaba, porque pensaba que si los desafiaba podían llegar a cuestionar mi identidad. Mi seguridad seguía estando en mi aparente estupidez. Me mantenía en el borde de aquel grupo brillante, aguardando a que Ojos Astutos se aburriera de los chicos bonitos. Fantaseaba con que yo era su nórdico proscrito, como en las historias que yo le contaba. Yo era su «Grim Lobo Nocturno», y me escondía de los parientes de mis víctimas. Lo decía inocentemente, sin conocer la ardiente media verdad de sus palabras.

Un fin de semana bajo la luna llena, Ojos Astutos y yo discutimos sobre cuánto vino podía beber ella sin perder sus buenos modales. Rompí una botella contra el coche de uno de sus pretendientes más sombríos. Rechazó mis súplicas de reconciliación el resto del mes. Eso no me molestó, porque estaba muy ocupado fregando platos en tres restaurantes distintos para ganar fondos que necesitaba. Al llegar la luna nueva, perdí la paciencia y me retiré a mi cabaña a planear cómo recuperarla. Mi objetivo era que lamentara haber jugado con Beowulf Renacido, Rey de los Weather-Geats, matador de Grendel y su madre, vencido finalmente por el dragón sin nombre que guardaba un antiguo tesoro.

Recogí mi equipo de entre los restos destartalados de Vikingolandia. También adorné a mis perros, y decidí no llevar a los tres cachorros que había conservado de su camada. Íbamos ataviados con tanto hierro y piel de lobo como podíamos soportar. Me solté el pelo, me peiné la barba roja y me di una capa de grasa y aceite de

pescado. Parecía y olía terrible. No me había vestido de guerrero desde el cierre del campamento diez años atrás, y mi tamaño totalmente desarrollado no le daba apariencia de disfraz. Supuse que esto asustaría a Ojos Astutos y haría que se rindiera. Bastante me asustó a mí —al examinarme en el yelmo lustroso— que menciono que no llevé ninguna arma aquella noche. Entonces era sólo toscamente sensible a mi poder, pero intuía lo suficiente sobre la extraña oscuridad de mi interior que evitaba las provocaciones.

Sabía por mi amigo Dede Gone, un turco iracundo y compañero lavaplatos, que también llevaba las compras a los ricos, incluyendo la casa de la playa de Ojos Astutos, que ese sábado ella iba a dar una fiesta. Mis perros y yo nos acercamos a su casa —una estructura parecida a una tarta levantada sobre pilotes en la ladera de un pequeño precipicio entre otras casas igualmente pretenciosas— desde la meseta boscosa que había detrás. Apostado al salir la luna, trepé a un pino desde el que había pasado muchas avergonzadas y deliciosas veladas espionando a la gente en los baños y cosas así. Había visto por primera vez a Ojos Astutos desde aquel puesto, ya que se hallaba directamente en línea con la terraza para tomar el sol, alejada del salón desordenado de su madre. Planeaba realizar nuestra aullante entrada a medianoche. Sin saberlo, Ojos Astutos me había preparado una sorpresa.

Justo antes de la medianoche, Ojos Astutos y su mejor amiga, Asgerd, la hija de un canalla que se hacía llamar el Duque de Vexbeggar (el Rey había hecho de la concesión de títulos un juego lucrativo), salieron corriendo a la terraza y con ademanes pidieron la atención de los asistentes a la fiesta. Hubo aplausos. A cincuenta metros no podía oír lo que decían. Pronto apagaron las luces eléctricas y distribuyeron velas alrededor de la barandilla. También dispusieron cojines grandes en una especie de trono al borde de la terraza.

Desde fuera de la juerga y la luz de las velas, dos figuras con capas aparecieron a través de los biombos que había a un costado. La figura más grande soltó un gemido prolongado y agudo que aturdió a los presentes, y sobresaltó a *Goldberg e Iceberg*, que empezaron a gemir en respuesta. Con una señal los hice callar, y observé al grupo para ver si se había dado cuenta. Pero la gente estaba paralizada por la figura gimoteante, que se echó hacia atrás la capucha y mostró una cara hinchada, embadurnada con una capa de polvo blanco, distorsionada con habilidad. Se había engrasado el cabello hacia atrás, de modo que le colgaba sobre los hombros como si fueran serpientes. Llevaba un báculo de madera treinta centímetros más alto que ella, y se trataba de una mujer grande; lo usó para despejar un círculo alrededor del trono de cojines. Detuvo el movimiento y pareció clavar los ojos directamente en mí. No resulta verosímil que su visión haya podido penetrar en un bosque oscuro, no como se emplea por lo general la palabra ver. Me agaché. Cuando volví a mirar, la figura más pequeña había clavado la vista en mí. Sus ojos eran brillantes a la luz de las velas. Entonces, con un giro histriónico, la figura más pequeña dejó caer la capa y comenzó una danza alrededor del trono de cojines.

La mujer pequeña era una profetisa. Por entonces, esa clase de actores o actrices abundaban en el Reino, pues cuadraban con la necesidad chauvinista de folklore nórdico. Ojos Astutos y Asgerd habían contratado a una sibila para estimular a los invitados. Por el aspecto que tenía, supe que habían pagado un precio alto. La sibila estaba vestida de manera espléndida: una túnica oscura adornada con piedras pulidas, un collar de gemas, un cinturón de yesca del que colgaban varias bolsas de piel de cordero, botas negras de piel de ternero, y una capucha de piel de cordero. Tenía la cabeza afeitada, como era popular entre ellos. Yo estaba hechizado, igual que los asistentes a la fiesta. Y mientras danzaba, cada vez más rápido y más ligera, batiendo las manos mientras la vieja aporreaba el báculo contra el suelo de la terraza, la sibila dio la impresión de descender dentro de sí misma. Observarla era como ser arrastrado a una cueva, o a un abismo, o a algo nebuloso, pálido, agorero. Era tan estimulante como aterrador. Bailaba con tanta pasión que aquello no parecía un espectáculo de feria; era más como si estuviera complaciéndose a sí misma y a nosotros se nos permitiera contemplarlo. Era erótica y feroz. Era mágica. Después de todo este tiempo, recordando aquella danza, confieso sinceramente que lo dejaba a uno estupefacto. Si me oyes ahora, madre, fuiste muy, muy buena.

Poco tiempo después, mis perros y yo nos escabullimos a hurtadillas hasta la casa y luego entramos por la puerta de servicio. Debido a que los criados también estaban fascinados por el espectáculo de la terraza, la cocina se hallaba vacía. No tuvimos problemas en situarnos junto a la puerta de la despensa. Oía a la sibila cantando canciones de hechiceros para encantar a los espíritus de los muertos. Tenía una voz sorprendente, frágil, autoritaria, herida, dolorida. Me concentré en interpretar sus palabras lo mejor que podía con lo que conocía del noruego antiguo. Supuse que formaba parte de su acto. Cantó sobre «mares negros» y «mares rojos», cantó sobre «islas que llegan hasta el sol» hechas de «viento y sangre», cantó sobre «semihombres negros y heridos». Cuando paró, tras el silencio hubo gemidos.

—Acércate y declama —dijo una voz ronca: la vieja.

Ojos Astutos y Asgerd hicieron preguntas triviales sobre el amor. La sibila contestó una de cada tres con voz monótona, no desagradable, no vital. Varios de los chicos elegantes hicieron peticiones vulgares. La vieja les advirtió que no ofendieran a los espíritus de los muertos ahora reunidos allí para revelar el futuro. La vieja también advirtió que era una insensatez preguntar sobre el propio final de uno, ya que la verdad podía ser fatal. Eso trastornó la fiesta. Por último, un hombre se atrevió con la política:

—¿Quién mató a la pareja en el sótano restaurante? —Se refería a un crimen reciente en Vexbeggjar que había sido distorsionado hasta convertirlo en fanatismo racial por la prensa.

—Los miserables y los virtuosos —dijo la sibila.

—¿Fueron los turcos?

—Los espíritus dicen que los hombres de la Gran Ciudad cometen violencia

contra sí mismos —dijo la sibila.

—¿Qué habría que hacer con los turcos?

La sibila se negó a responder. La gente, instigada por su misterio, se atrevió con preguntas cada vez más sombrías. La sibila contestó unas pocas, siempre con palabras agoreras. Yo sabía que nadie entendía su saber. No habían captado su referencia a la «Gran Ciudad», que era como los antiguos rus (pueblo nórdico que dio origen al nombre de Rusia) llamaban a la moderna Estambul. Conjeturé que la sibila era algo más que una embustera. No empecé a creer que los espíritus le contaban lo que tenía que decir. La consideré rápida e inteligente. Que mantuviera a la multitud hechizada lo justifiqué tomando en consideración el negro fatalismo de los nórdicos. Estaba equivocado, pues en ese momento mi madre me llamó, con tanta indiferencia como si siempre me hubiera tenido allí para llamarme.

—Skallagrim Destructor del Hielo, hijo de Forastero, Hombre Lobo y Tallador de Runas, busca tu destino.

Salí de mi escondite. Me sentí obligado. Mis perros pensaron que estaba asustado y reaccionaron con gemidos fraternales. Fue demasiado para los asustadizos, que creyeron que el chillido de *Goldberg* era un espíritu colérico de los muertos. Hubo gritos. Eso perturbó a los perros, que, como no los calmé rápidamente, comenzaron con los aullidos salvajes de una manada de lobos. Tiré de los arneses. Varios invitados escaparon corriendo a nuestro lado. Los perros se asustaron. No era la entrada que yo había imaginado, creando una estampida por encima de las mesas, los cojines, los biombos. Pisoteamos igual que fuimos pisoteados. Provocamos estragos, y la gente tropezaba desordenadamente para huir de ese espíritu nórdico que había venido para castigar a su degenerada posteridad. Fue una travesura perversa. Me gustó. Había habido tan pocas tonterías en mis últimos años, que me pareció justo. Bramé mientras los perros aullaban. Por último, me vi arrastrado al suelo cuando *Goldberg* e *Iceberg* se lanzaron a un lago de crema viscosa derramada sobre la terraza. En la tranquilidad que imperó, medí el campo. Habíamos ganado la noche, y con ella habíamos derribado dos muros. Ojos Astutos estaba tendida en un cojín, llorando.

—No eres lo que podrías ser, Skallagrim Destructor del Hielo —dijo la sibila (mi madre) sentada por encima de mí. Ciertamente, yo no sabía que era mi madre; pero me parece artificial referirme a ella de otro modo.

—Espero no haberte arruinado los honorarios —dije.

—Tú eres mis honorarios. Di lo que tienes en mente.

—¿Sabes de verdad quién soy?

—Conozco tu futuro. Éste no es tu futuro —dijo, indicando con la mano la destrucción—. Tu padre es tu futuro. Tus lobos son tu futuro. Hablame de Skallagrim Strider.

—Sí, sí —dije, obligado, controlado. Estaba bajo el poder de mi madre, una experiencia tan novedosa para mí que la confundí con su magia. Quizá sea verdad



que la maternidad tiene poderes más que naturales, y quizá sea verdad que aquel que recibe el alimento de su propia madre descubre lo extraordinario. Apunto aquí que mi estado de ánimo aquella noche era visionario. Eso pasó, y luego caería de nuevo en el cenagoso curso de la razón; pero en ese instante le conté lo que sabía, y muchas cosas que no sabía que sabía, sobre un proscrito nórdico cuyo nombre se pronunció portentosamente, con pasión y esperanza, en el momento de mi concepción.

—Skallagrim Strider era un caudillo, natural de Irlanda —comencé—. Fue desterrado de Islandia por la matanza de la familia de su esposa. La leyenda cuenta que navegó hasta el sol con cuarenta proscritos. La leyenda cuenta que se convirtió en Rey del Sur, donde todavía reinan sus hijos.

—¡No! —exclamó mi madre, saltando desde su trono de cojines.

Estaba lívida, como si yo hubiera estropeado mi educación. Yo conocía la leyenda de Skallagrim Strider tan bien como el mejor. Había estudiado religiosamente los textos islandeses para reconstruir esa historia triste y asombrosa. Supuse que ella quería algo más que una deducción libresca.

Nacido Grim, hijo de Thrain Otterson de Falconess, cerca del Fuerte de Hurdles (la moderna Dublín: como me había dicho en broma Peregrine una vez cuando le hablé de Skallagrim Strider, ésta era otra historia de lisonjas y oportunidades perdidas, de hombres que construyen un triunfo con el fin de construir un gran fracaso), se lo llamó «Skalla», que significa calvo, debido a su prematura pérdida de pelo, y «Strider» debido a su suerte (el concepto crucial para los escandinavos) como navegante en las tormentas del mar de Irlanda y el canal de la Mancha.

Skallagrim Strider era el nieto del notorio Otter Nariz Negra, cuyo asesinato fue vengado por su hermano, Eyvind Navegante Veloz, quien entonces se vio obligado a huir de Irlanda a Islandia para escapar de las facciones vengativas. Con el tiempo, la buena suerte de Skallagrim Strider atrajo la codiciosa atención del Rey de Irlanda y, al recibir la mala suerte que va aparejada con la buena, Skallagrim Strider se vio obligado a huir de Irlanda. Él también encontró refugio en Islandia, que por ese entonces era todavía una colonia joven llena de refugiados políticos y fraticidas procedentes de Noruega, Suecia, Dinamarca, Laponia, Normandía y otros reinos escandinavos bañados por el mar del Norte.

Skallagrim Strider se estableció con los ricos descendientes de Eyvind Navegante Veloz, por entonces llamados los Hombres del Río Rojo, en la Islandia septentrional, Skallagrim Strider fue adoptado por el hijo mayor de Eyvind Navegante Veloz, Alfstan el Pavo Real, cuyo propio hijo había sido muerto en un duelo a la edad de doce años. Siguiendo las instrucciones de Alfstan el Pavo Real, Skallagrim Strider se casó con una viuda rica, Dotta Manos Largas, de Laxriverdale, en el noroeste de Islandia. Pronto se convirtió en un granjero próspero y en un poeta serio, mientras seguía aumentando su reputación como proscrito salvaje, partiendo una vez al año («haciéndose vikingo») en el verano, después de que se celebraba la asamblea común de la ley, el Althing, para ir a saquear a sus viejos enemigos de Irlanda.

Después de varios años, se reveló que Dotta Manos Largas amaba a otro hombre (en realidad había dos fragmentos contradictorios en la saga, uno que decía que ella amaba a su propio hermano, y otro que afirmaba que rechazó a su esposo porque no podía recibirlo físicamente en el acto sexual), Skallagrim Strider actuó de manera despiadada. Abandonó la cama de ella, y la hizo prisionera de la granja. Permaneció lejos durante las aventuras veraniegas por períodos cada vez más largos. Difundió la infamia de ella, se jactó de que no tomaría a otra esposa hasta que Dotta Manos Largas le suplicara su piedad. Ella era una mujer inteligente y vengativa. Convenció a su familia para que la llevara de vuelta a Laxriverdale, lo cual hicieron, en secreto y conociendo por completo el riesgo.

Para vengar esta humillación, Skallagrim Strider obró con fría lógica. Primero, en el Althing, exigió compensaciones exorbitantes en oro a la familia de Dotta Manos Largas, sabiendo que no querrían ni podrían complacerlo. Luego, con la falsa excusa de que no era capaz de obtener justicia por medios pacíficos, Skallagrim Strider condujo una primavera a sus cuarenta mejores hombres a Laxriverdale y mató a Dotta Manos Largas y a toda su familia, compuesta por más de ochenta personas. También liquidó el ganado, quemó los campos, envenenó las fuentes. Hasta para un ataque vikingo fue un acto de venganza atroz.

Los legisladores en el Althing, presionados por una facción cristiana indignada, decretaron que Skallagrim Strider y sus hombres fueran desterrados para siempre, confiscándoles todas las tierras y títulos.

Una narración, otro fragmento de la saga, indica que Skallagrim Strider y sus mejores hombres embarcaron en su mejor nave larga, un «cortaolas», y navegaron con rumbo a una pequeña colonia en el este de Groenlandia, que pronto se vieron obligados a abandonar debido a otra travesura con la esposa de un importante colono. Entonces navegaron hacia el sudoeste rumbo a la nueva colonia de Vinlandia (en alguna parte del continente norteamericano), donde vivieron durante muchos años, en paz aunque desconsolados, entre los *Skraelings*, o desgraciados, que en realidad eran los indios norteamericanos. Al volverse débiles y melancólicos, Skallagrim Strider y los hombres que le quedaban embarcaron en el «cortaolas» por última vez y navegaron hacia el sur, hacia el sol, donde las leyendas *Skraeling* les habían contado que había mares tranquilos y tierras ricas y calor para sus viejos cuerpos, Skallagrim Strider desapareció así de las sagas.

Sin embargo, hay un fragmento de un mapa de la biblioteca de un sultán de Estambul, que data de Bizancio y la Gran Ciudad. Fue firmado por «Hombres del Río Rojo». No se puede saber con certeza cómo llegó a Estambul; no obstante, es posible que comerciantes islámicos procedentes de sitios tan lejanos hacia el este como las islas Filipinas y hacia el sur como Madagascar pudieran haberlo llevado hasta la Gran Ciudad para vendérselo a los ricos eruditos de la corte. El fragmento del mapa muestra un curso de navegación desde «Vinlandia» hasta el «Mar del Sol». El curso roza la «Tierra de la Arena» y la «Tierra de los Huesos» y la «Tierra de las

Serpientes». Termina en la llamada «Tierra de la Noche», también llamada, en un poema rúnico en un borde del fragmento del mapa, «el muro de las ventiscas y los monstruos». Por supuesto, sin marcas de longitud o latitud (ya que los nórdicos navegaban a estima, quizá ayudados por el sol del mediodía y la estrella polar), la geografía del mapa no resulta verdaderamente descifrable.

No obstante, el poema que hay en el borde del fragmento introduce un concepto del todo nuevo en la saga: la insinuación de una apoteosis. El poema parece decir que la leyenda de Skallagrim Strider y los Hombres del Río Rojo terminó en el sur, donde Skallagrim fue coronado Rey del Sur por los animales que vivían allí. Se decía que sus hijos eran mitad hombres y mitad bestias.

Le recité lentamente la historia a mi madre. Concluí:

—Y sus hijos todavía reinan allí.

—¡No! ¡No! —exclamó de nuevo mi madre. Le arrebató el báculo a la vieja (que era Astra, la mentora de mi madre) y lo levantó por encima de mi cabeza. Con un gruñido, lo dejó caer sobre mí. Me derribó de lado. Rodé, me incorporé, mientras la habitación daba vueltas. Madre me golpeó de nuevo. La tercera vez esquivé el báculo, se lo quité de las manos y lo arrojé fuera de la terraza.

—¡Sus hijos no gobiernan allí! ¡Tú eres su único heredero! —gritó mi madre. Mis perros le gruñeron. Ella les silbó. Mi madre era la única cosa viva que alguna vez intimidó a mis perros. Se escondieron detrás de mí. Recuerdo que en ese momento me asusté de los poderes de ella, por primera y no por última vez.

—Ésta es mi profecía —continuó—. Tú gobernarás el Sur como rey. Huye del fuego. Busca el hielo. Tú eres el Destructor del Hielo. Sigue el consejo de Skallagrim Strider. Él te guiará. Escúchalo. Sigue tu corazón. Escúchalo. Te protegerá. Los medio hombres negros y heridos del muro de las tormentas y los monstruos aguardan tu llegada, Hombre Lobo y Tallador de Runas. ¡Y apresúrate, apresúrate, apresúrate!

Le supliqué más claridad. Sentía sus palabras, pero no podía aceptarlas.

—Soy Lamba, llamada Ladrona de Tiempo. Los espíritus de los desterrados y de los no vengados me han contado tu futuro. Escucha al corazón más duro. Confía en el pescador de hombres. Tu destino está con los fríos y los crueles.

En ese momento estaba incómodo, probablemente enojado. Me empujaba demasiado lejos y demasiado deprisa. Me puse rígido. Fruncí el ceño. Adopté una actitud desafiante. Ahora creo que quizá estuviera tratando de protegerme de la verdad, que ella veía y que entonces era demasiado inaceptable como para decirla en voz alta. Se equivocó al tratar de protegerme de la verdad, aunque fuera la peor verdad imaginable. Se lo perdono; tal vez fuera amor de madre, un mal negocio, un negocio triste, parte de su destino por haber dado a luz a un heredero de la magia, de la maravilla, del crimen. Supongo que entonces ella se dio cuenta de que yo estaba a punto de rechazarla por completo, pues se detuvo. Retrocedió. Astra tapó a mi madre con la capa. Las dos se apartaron a un lado, conversando en noruego antiguo, en voz demasiado baja para que yo pudiese oír. Madre se volvió hacia mí y susurró:

—Esto es lo que puedo decirte. Aún no eres lo que podrías ser, Skallagrim Destructor del Hielo. Recuerda que si fracasas, estaba predestinado y no es culpa tuya. Recuerda que no todas las cosas están fijadas. Eres amado. Mientras seas amado, estás a salvo de la vergüenza. También eres afortunado.

Mi madre se alejó danzando. Yo estaba atónito. Quería más. Y, sin embargo, no quería más. No resulta fácil exigir conocer el futuro, el destino de uno. Sacudí la cabeza... era demasiado para mí. Me puse de pie. Mi madre y Astra desaparecieron en las sombras. No las seguí. Aparté basura con el pie y maldije la noche, el cielo sobre mi cabeza, negro y atestado de estrellas. Ladré a mis perros que me siguieran. Gimieron, y entonces se les unió otra mujer a quien yo había olvidado a causa del enfado.

—Oh, Grim, cariño —dijo Ojos Astutos, cruzando la terraza, llorando, actuando, manipulando—. ¿Qué le voy a decir a mamá?

—Yo no sé nada de madres —repuse, voleando mi pasión en ella, forzando mi ventaja, el guerrero que reclama a su novia de travesuras. Ojos Astutos respondió con la misma moneda, y fue fácil rechazar por el resto de aquella noche, y durante muchas inmoderadas noches posteriores, que se me había dicho que mi futuro no estaba allí, entre la seda y el calor de una mujer, sino que estaba lejos, más allá de las constelaciones del cielo septentrional, en la senda de un proscrito que llevaba muerto mil años, al final de la cual yo llegaría a gobernar a los fríos y a los crueles.

## EL FUEGO

No hice nada acerca de lo que predijo mi madre. Tuve sueños descabellados, de manadas de animales, de estanques inmensos y azules cubiertos de rayos de sol. También había sentimientos de pérdida, de daño irreparable y, contradictoriamente, una sensación de vertiginosa aventura. Yo no era protagonista en estas fantasías, era más un observador o, para ser más precisos, un oyente de descripciones de acontecimientos vívidos. Este papel pasivo —el de oyente— se basaba en lo que yo conocía de la cultura escandinava, donde se dice que los espíritus inquietos y no vengados de los muertos susurran a los vivos en sueños. Ciertamente, hubo aspectos de las imágenes que me hicieron pensar que las escenas eran de un pasado lejano. Las imaginé como retratos que había visto de Islandia, esas crestas volcánicas cortadas por glaciares y bañadas por nubes cenicientas. Pero no era Islandia. En aquel entonces hice todo eso a un lado. No era tan distinto de la rica e infantil vida de fantasía que llevaba en mis ensoñaciones. Yo era muy joven y se me convencía con mucha facilidad. Me dije que la profecía de la sibila había alentado mi anhelo por tales experiencias. En verdad jamás vi fuego en esos sueños, lo que quizá significa que el único hijo nacido de una sibila no hereda nada práctico de su don. La primera vez que consideré el fuego como un enemigo fue al leer la carta que recibí de Israel al finalizar el verano.

«Anoche se superaron», escribía, refiriéndose a la Liga de los Leales por la Vida Familiar Sueca, «Guy, Earle y yo caminábamos junto al canal después del toque de queda, justo frente al barrio asiático. No podíamos creer que esas criaturas pequeñas y tristes del otro lado fueran seres humanos. A lo largo de la orilla del canal había apiñadas familias enteras, Guy considera que son las que no paran de moverse en todo el día para evitar las batidas policiales. Subíamos hacia el humo cuando oímos esos aullidos dementes. Algunos de esos pobres diablos agarran a sus propios perros, los cuelgan y les prenden fuego, Guy dice que es porque creen que los aullidos ahuyentarán a los espíritus malignos. Detrás de los perros ardía una manzana entera, un fuego monstruoso. A la media hora, las chispas incendiaron las barracas que hay a lo largo del canal. Era uno de los llamados fuegos seguros, ya que no podía atravesar el canal. Pero había bomberos de nuestro lado para el caso de que una ráfaga de viento arrastrara algunas cenizas. También había lacayos Leales repartiendo octavillas que decían que los fuegos eran una “bendición” porque “limpian la ciudad de la suciedad y la plaga”. Guy me la leyó, y cuando vio mi cara se enfadó tanto que intentó lanzarse sobre el Leal. Earle lo mantuvo bajo control, pero por poco. No puedo dejar que esto vuelva a perturbarme. Has de saber que eso de la “suciedad y la plaga” es lo que los nazis decían de nosotros, el pueblo elegido».

»Llegamos a casa cuando amanecía. Calculamos que habíamos visto arder cuarenta viviendas en tres horas. Yo estaba demasiado trastornado para dormir, así que bajé a comprar el periódico. En la tienda se hablaba de que iba a haber una

reunión de Leales más tarde aquella mañana. No me quisieron contar detalles, pero me enteré de que algunos de los chicos planeaban secuestrar la furgoneta que transportaría a los presuntos incendiarios, todos amarillos, del norte de la ciudad a la isla-prisión. No dejaban de hablar de la “justicia escandinava”. Al marcharme, hice lo que podría haber sido una estupidez. Les pregunté en qué siglo vivíamos, ya que había perdido mi reloj en el pantano. No lo entendieron».

Israel seguía en el mismo tono cansado. Yo estaba tan agotado que tuve que leer el último párrafo tres veces antes de entender que me estaba contando un secreto, en una especie de código coloquial, por si los Espías del Rey leían las cartas que enviaba Thord. «Y ten especial cuidado con la rehabilitación de ella. Las olas son altas en esa época del año. No queremos que ningún pasajero mareado se muera. Duerme mucho tú también. Sé bueno con los extraños de piernas largas. Paz y amor, yo».

Entendí que eso sólo se podía referir al rescate de Peregrine de la isla-prisión del Rey, que planeábamos hacer con nuestro queche. Corrí desde la oficina de correos, bajé por el puerto y salté las vallas entrando en la barriada pobre. Subí de inmediato a la embarcación, y me puse a medir, a inspeccionar, a calcular. Se hallaba en mal estado, con motores inservibles, con el casco pudriéndose y el palo mayor con los cabos y las velas hechos jirones. Podría haberme rendido si sólo hubiera sido un soñador. Aún estaba a flote, me dije, y con trabajo duro, buen viento, abundancia de suerte, podría llegar hasta el puerto de Estocolmo y, desde allí, quizá cruzar el Báltico hasta Polonia. En aquel país había una nueva rebelión, y todo era posible para los proscritos sin hogar en una tierra que había pasado del extremismo a la anarquía.

Durante las siguientes semanas las cartas de Israel siguieron animándome, con digresiones crípticas y un vigoroso doble lenguaje. Invertí el dinero que me envió en velas poco adecuadas, en cabos usados, en una nueva botavara para el palo mayor. También gasté mis ahorros, abandonando mi vieja fantasía de entrar a escondidas en Estocolmo, abrirme paso a base de sobornos hasta mi padre y, si él aceptaba, salvarlo de su dolor matándolo.

No titubeo en confesarlo, ya que la cuestión sigue siendo si no podría haberle ahorrado a Peregrine y a muchos más de mis seres queridos —a todos ellos— algo mucho peor que lo que yo tendría que haber soportado como parricida. Yo era demasiado joven, demasiado iracundo, demasiado romántico, y en ese estado la vida parece fácil porque parece bien definida. ¿Podría haber clavado un cuchillo en el corazón de mi padre? ¿Podría Peregrine haber encontrado la fuerza para resistirse al suicidio así ofrecido? No existe fin para estas especulaciones. Sí, imaginé la muerte de Peregrine; sí, imaginé mi liberación de su crimen.

La posibilidad del rescate de Peregrine me brindó mucha alegría. Parecía un regalo. Trabajé incansablemente. Sin embargo, jamás alcanzaba el tiempo para lo que había que hacer. El destino no era paciente. Septiembre en Vexbeggår terminó con problemas laborales en los casinos y los hoteles. Pronto hubo piquetes, esquirols, bandidaje y comités de huelga. Las noticias que llegaban del resto de la costa

relataban tumultos similares. El gobierno reaccionó con exceso y apostó tropas cerca de Vexbeggar. Crucificaron a un huelguista en uno de los pueblos interiores. Los huelguistas, que en su mayoría eran trabajadores extranjeros, formaron una milicia secreta. Hubo alardes y crueldad por ambas partes. Yo miré todo eso desde lejos, oyendo historias de mis vecinos del barrio pobre. Todos sentíamos que iba a ocurrir algo malo. La víspera del Día de Todos los Santos, que los luteranos escandinavos pasaban por alto pero que la población extranjera, en su mayoría católica romana, celebraba con procesiones, Vexbeggar estaba preparada para lo peor.

Yo volvía de hacer una prueba con el queche. Tenía una tripulación voluntaria compuesta por Dede Gone, un lavaplatos ahora desempleado y huelguista militante, y por sus tres hermanos menores: Wild Drumrul, Little Dede Gone y Kazur Gone, llamado Ojo Saltón por el ojo izquierdo extraviado. Eran turcos valientes procedentes de Chipre vía un campamento de trabajo griego y una intervención norteamericana en una masacre en Rodas. Habían crecido en pueblos pesqueros ajenos a la era industrial. Eso significaba que eran espléndidos marineros de mar interior. Me enseñaron cómo hacer navegar un queche lento y resquebrajado, con velas malas y un motor inútil. Cuán patética parece ahora mi ambición de entonces. Sin embargo, lleno de esperanza juvenil, me lancé a la gloria.

Dede Gone divisó humo mientras virábamos alrededor de las aguas poco profundas. Oímos las alarmas al atracar al pie de mi cabaña. Gino, el pescador de una sola pierna que sobrevivía en una tienda al final del muelle, nos dijo que había disturbios en el pueblo. Dede Gone partió de inmediato para unirse a su comité de huelga. Le grité que no nos serviría como otro soldado mártir del Islam. Se detuvo a saludar con la mano, Wild Drumrul, que entonces tenía quince años, comprendió el riesgo de su hermano y le pidió que no fuera. Dede Gone le ordenó que se quedara conmigo. Me gritó en inglés:

—Ama a mis hermanos como si fueran tus hermanos.

El fuego se inició cerca de la escuela. Pronto las llamas se extendieron a lo largo de la barriada pobre hacia la parte rica. El humo se hizo denso al caer la noche. Los chicos y yo, con *Goldberg*, *Iceberg* y los tres cachorros machos que me había quedado, subimos al techo de mi cabaña para mirar. Vimos cómo huían los afectados. Me satisfizo descubrir cómo se incendiaba uno de los hoteles más grandes, Wild Drumrul rezó:

—Fuego, sé frío con mi hermano y mantenlo a salvo.

Poco después oímos sirenas, rugidos y disparos de armas, que indicaron la declaración de la ley marcial y la afirmación del orden. La primera columna de refugiados emprendió la marcha hacia el sur. Hablamos de Dede Gone con voces tristes: ellos no hablaban el sueco ni el inglés, yo apenas algo de turco, así que nos comunicamos en un mal alemán. Los tres hermanos tenían un aspecto tan desolado allí, flacos y temblando de pena, que pensé hacer algo imprudente. Quizá lo hubiera hecho de no ser por una gran sorpresa. Justo en ese momento un carruaje cubierto

salió del barrio pobre. Se detuvo a la entrada del campamento, luego dio la vuelta, tirado por seis caballos agotados y con tres hombres y un conductor encima, e inició la marcha hacia la cabaña.

Un hombre bajó de un salto antes de que el coche se detuviera. Era de estatura mediana, de tirante piel cobriza y cabello pelirrojo que parecía hecho de alambres; iba vestido con ropas corrientes, pero las gafas de montura de acero lo hacían parecer sumamente intelectual. Aporreó mi puerta, gritando en inglés de Norteamérica:

—¡Grim Fiddle! ¡Traemos mensajes de amigos!

—¡Váyanse! —exclamé.

Hice gruñir a los perros. El hombre bajó las manos y retrocedió a la defensiva hasta la ventana del carruaje. Noté que la puerta del coche estaba decorada con un escudo de armas: era el carruaje de un aristócrata. Descubriría que había sido robado por algunos de los colegas de Thord y que les había sido entregado en la barricada al norte de Vexbegg. Había servido para convencer a los soldados de que sus pasajeros vivían en la zona.

Otro hombre bajó para consultar con el primero. Éste era grande, totalmente negro, con el pelo trenzado y barba tupida. Entonces salió del coche una figura femenina envuelta en una capa, alta, ágil y de porte agresivo. Cerró con fuerza la puerta del carruaje, alzó la mirada hacia mí, se protegió los ojos del humo flotante y gritó en un inglés de marcado acento norteamericano:

—Baja, Grim Fiddle, Venimos de parte de Israel Elfers y Thord Horshead.

Hice que los turcos siguieran escondidos en el ático con los cachorros. Bajé con *Goldberg* e *Iceberg*. Encendí la lámpara y los dejé pasar; entró primero el cobrizo, luego el negro y por último la mujer. El conductor permaneció encima del coche, vigilado por un tercer hombre, robusto y de aspecto sudamericano que acunaba un arma automática en los brazos. La mujer se me acercó dando zancadas y se detuvo con curiosidad ostentosa. De inmediato reconocí el cuello de cisne, aunque ahora era mayor, adulta y plenamente desarrollada: hombros anchos, cintura estrecha, piernas muy largas y abundante pelo negro.

—Lo que hay ahí fuera es una guerra —dijo Cleopatra Furore.

—¿Te refieres a los incendios? —aventuré.

—¿Estás preparado? ¿Dónde tienes el barco?

—No entiendo.

—No hay tiempo para esto. El Rey ha cedido a sus demandas. Marcharán sobre la prisión por la mañana.

—¿Mi padre?

—Tenemos que movernos. ¿Dónde está nuestra tripulación? Necesitaremos provisiones para treinta días para una docena de personas.

—¿Qué? Tengo algo de comida. Pero mi tripulación... —Me detuve, y llamé a los turcos.

Los turcos bajaron, agachándose como campesinos mientras los cachorros les



lamían las caras, Cleopatra suspiró. No tenía que reprenderme. Yo sentí mi fracaso y traté de explicarme.

Cleopatra me escuchó con paciencia, asintió, luego se inclinó para acariciar a *Iceberg*, diciendo:

—Es lo que tenemos. A todos nos han sorprendido. Thord Horshead es nuestra última esperanza. Debemos estar allí por la mañana.

Por cierto no invitaba a la discusión. El tipo robusto dio un golpe en el quicio de la puerta y señaló hacia el muelle. Utilizó la mano derecha para decir algo en un lenguaje de signos. El negro desenfundó una pistola. Los cuatro se pusieron en movimiento con fluidez, y yo reconsideré mi suposición de que se trataba de un ama y sus mercenarios. Descubriría que los tres hombres eran los hermanastros de Cleopatra: el delgado y fuerte, de tez cobriza, Lazarus; el gigantesco, Orlando el Negro; el sordomudo, Babe: los tres bastardos mestizos como yo, y que compartían el patronímico Furore y el hecho de que en algún punto en su linaje tenían progenitores cubanos.

Fui a la puerta para mirar el muelle. Una masa oscura de gente avanzaba por la calle principal hacia el campamento. Era otra columna de refugiados. Supuse que las tropas habían cortado la carretera del sur y habían empezado a cerrarse en pinza tanto sobre los alborotadores como sobre los refugiados. Esto era una redada. Los refugiados estaban dominados por el pánico y querían huir. Y yo contaba con uno de los últimos medios para salir de Vexbeggar: el queche.

Cleopatra me tocó el brazo.

—Tenemos que irnos.

Ordené a los turcos que subieran al queche y lo prepararan. Subí a buscar mi mejor ropa de faena, a tirar las cartas de Israel al mar y a recoger a los cachorros. Uno salió como una flecha y desapareció. Dejé a *Goldberg* a cargo de los otros dos y lo perseguí con su madre, *Iceberg*. Orlando el Negro me detuvo en la puerta.

—¿Dispones de armas?

—Tengo que buscar a mi perro.

—Olvídalo. Necesitamos luchar.

—Tengo esto —dije, arrancando de la pared el hacha de guerra de doble filo para empuñar con las dos manos que me había regalado Thord.

—Es un maldito vikingo —comentó Lazarus.

—Voy a buscar a mi perro —le dije a Cleopatra—. Lleva a tu gente y esas cosas al queche. —Salí y corrí por el muelle, con *Iceberg* a mi lado, Babe estaba apostado detrás de un caballo muerto, con el arma automática preparada. Había soltado la yunta para frenar a la muchedumbre, y aunque eso había servido de algo, la muchedumbre había matado a tres. El conductor había huido o quizá lo habían matado. Me preparé para saltar por encima del cadáver para buscar al cachorro cuando Babe me derribó con una zancadilla. Lo maldije justo cuando abría fuego: ráfaga corta, ráfaga larga, ráfaga corta.

—¡Son familias! —grité. Orlando el Negro se arrojó sobre mí, inmovilizándome en el suelo.

—Te necesitamos —chilló él—. Ya han dejado de ser personas.

—¡No! ¡Levántate! —Orlando me golpeó la cabeza.

—Escúchame. Tenemos que largamos de aquí —dijo. El aire era acre. Me hundí. La multitud se disponía a atacar. Mi cachorro había desaparecido. Pensé en mi padre. No dejé de pensar en mi padre mientras aceptaba la retirada, con Babe en la retaguardia mientras Orlando el Negro y yo recogíamos a Lazarus y a Cleopatra en la cabaña. Empuñé el hacha de guerra y destrocé la ventana trasera. Salté a la cubierta flotante. *Iceberg* y *Goldberg* y los dos cachorros me siguieron. Orlando el Negro ayudó a Cleopatra, luego bajaron él y Lazarus, Cleopatra fue hacia el queche.

—¡No hay tiempo! —grité.

—¡Tenemos que intentarlo! —repuso ella.

—Yo estoy al mando —dije, volviéndome hacia Orlando el Negro—. Mételes en ese barco de ahí. —Señalé la imitación de un *karfí* vikingo de seis metros de largo, el *Grulla Negra*, que no había navegado en seis años. Ordené a gritos a los turcos que cortaran los cabos del queche y subieran al *Grulla Negra*. Regresé a gatas a la cabaña en busca de la tienda y del timón, y encontré a Babe luchando cuerpo a cuerpo en la puerta con dos asiáticos enloquecidos. Maté a uno (ahora supongo que lo maté) y Babe demolió al otro de un golpe. ¿Cómo fue mi primer asesinato? Oscuridad, primero y último, oscuridad completa. Golpeé con el hacha de guerra y tengo todavía la sensación que bajó por el mango hasta mi brazo, hasta mi corazón. Fue una sensación que no se parecía a nada. No hay una metáfora adecuada.

Empujé a Babe a través de la ventana, le tiré la tienda y el timón y empapé el suelo con parafina. Al momento siguiente estaba en la popa del *Grulla Negra* dando órdenes. Los turcos desmontaron los remos. Equilibré la embarcación con la gente y los perros. Coloqué el timón y alejé la embarcación del muelle. La muchedumbre rugía encima de nosotros, Babe disparó dos ráfagas cortas hacia la cabaña de las carnadas. Aferré el cañón y arrojé el arma al mar. Orlando el Negro me observó con atención pero no se movió. La cabaña estalló en llamas. Una vez en la cala empleamos los remos para esquivar los cascos parcialmente sumergidos. Nos movíamos con descuido, y yo tuve que rodar y sacar la mitad del cuerpo por la borda para mantenernos verticales. Veía el muelle por encima del hombro, la muchedumbre que corría en estampida alejándose del fuego y saltando al queche a la deriva. El queche se escoró con el peso súbito y chocó contra el muelle, soltando un pilote, mientras la cabaña caía encima extendiendo las llamas sobre los aparejos. Lo último que quería mirar, madres y padres que alzaban a los hijos hacia el queche que se hundía. Nadie puede nadar en el Báltico en noviembre.

A la mañana siguiente, encontré el puerto de Estocolmo atestado de embarcaciones y malos presagios. Estocolmo está construida sobre islas y penínsulas arracimadas entre un lago interior y una lengua del Báltico. Los canales están

atravesados por una red de puentes y diques; el tráfico pesado era corriente allí en primavera y verano. Con la llegada del primer tiempo malo, sólo los canales principales eran navegables hasta los mercados. Sin embargo, aquella mañana las rutas de navegación estaban tan atestadas que parecía que no había ninguna dirección segura. Había balsas, botes, barcas, barcos, todo tipo de buques a vapor y navíos abandonados, algunos anclados, otros a la deriva, otros encallados en los bancos de lodo. Era el caos, nadie obedecía las reglas del puerto. Vi banderas extrañas, nombres de barcos aún más extraños. En las cubiertas, niños mal vestidos se arracimaban en torno a las ollas puestas al fuego. En sus caras se veía sueño, preocupación y también curiosidad.

Supe mientras salíamos de la luz del puerto que la congestión que había delante añadiría dos horas a mi cálculo de llegada a la isla-prisión del Rey situada en el lago interior. Se lo dije a gritos a Cleopatra cuando salió de la tienda donde había pasado la noche. La travesía había sido dura. El *Grulla Negra* era una embarcación abierta y de poco calado; se inclinaba al navegar, no respondía al timón con rapidez ni siquiera en mares moderadamente pesados. Pasamos malos momentos. Habíamos llegado a Estocolmo, pero mucho más tarde que lo que ella me había exigido, que era a media mañana. Le saqué el timón a Wild Drumrul para esquivar una barca que empezó a flotar en nuestra dirección. Cuando terminé de salvar el obstáculo, Cleopatra se había sentado a conferenciar con Lazarus.

—Ve por allí —ordenó, señalando con debilidad el grueso del canal principal. Estaba mareada, inquieta.

—Yo sé bien por dónde ir —dije.

—Obedécele —dijo Lazarus. Le había visto hacer una mueca cuando le dije a Cleopatra, en el muelle de Vexbeggår, que yo estaba al mando. Mientras él miraba esperando mi reacción, me di cuenta de que Lazarus tomaba a mal cualquier forma de autoridad que viniese de mi parte. A la luz del día tenía cara inexpresiva, y el cabello rojo y la piel cetrina le daban un aspecto oxidado. Parecía reservado, calculador, con un aire de complicidad. En ese momento Cleopatra sufrió unas arcadas; Lazarus la consoló. Con un movimiento de cabeza transmitió una especie de mensaje fraternal a Orlando el Negro y a Babe. Había pensado lo suficiente acerca de ellos durante la noche como para saber que era de Lazarus de quien había que sospechar; a Cleopatra había que aplacarla; a los otros dos había que evitarlos. El despotismo de ellos me molestaba. Yo los había rescatado; sin embargo, me trataban como si fuera su sirviente. Ordené a los turcos que arriaran la vela y desarmaran los remos. Nuestra ruta era difícil; constantemente teníamos que esquivar pequeñas embarcaciones mientras nos adentrábamos en el corazón de la ciudad. Descubrí que los que iban en los barcos de vela no eran suecos, sino finlandeses, polacos, letones. No le encontraba sentido. Los grandes buques a vapor llevaban asiáticos y africanos colgando de las barandillas. Nos arrojaban desperdicios, Cleopatra seguía señalando hacia los muelles interiores, debajo de la ópera, junto a los mercados de pescado. Yo navegaba

guiándome por el campanario de una iglesia. Una vez que salimos del canal principal, vi que el camino del muelle estaba bordeado de soldados. En diversos puntos del embarcadero, los Espías del Rey, con sus chaquetas carmesíes, gritaban a pandillas de hombres taciturnos que iban en lanchas. Había etiquetas multicolores (probablemente tarjetas de identificación) en las chaquetas de los hombres de las lanchas.

Nadie nos prestó atención desde la orilla mientras yo empujaba la embarcación con una pértiga hacia una abertura entre dos goletas lustrosas y muy vigiladas en las que ondeaban banderas suecas. Le pregunté a Cleopatra si era ése el sitio; Cleopatra me miró ceñuda, Lazarus dijo que sí con la cabeza. Orlando el Negro y Babe quitaron los seguros a las pistolas, Wild Drumrul me miró buscando apoyo. Me hice cargo del timón y envié a Little Dede Gone adelante con la cuerda. Tres hombres vestidos de negro, con ropas sacerdotales, nos llamaron desde el muelle y señalaron un pilón, Little Dede Gone arrojó la cuerda mientras Wild Drumrul hacía fuerza con un remo contra el malecón. Se acercó un soldado a la barandilla y miró hacia abajo, mientras gritaba algo a uno de los escandinavos, que agitó una insignia que pareció satisfacerlo.

Los tres hombres ayudaron a desembarcar a Cleopatra, y ella subió corriendo los escalones de piedra, seguida por sus hermanos. Nosotros esperamos incómodos en el *Grulla Negra*: los perros estaban hambrientos; los turcos estaban tristes; yo estaba exhausto y arrepentido, y miraba la sangre reseca que tenía en la manga. Traté de no pensar en Vexbeggar. Pensé en mi padre y en lo que Cleopatra había dicho de «su plan».

—¡Grim! —gritó Thord desde arriba.

—¡Deprisa, Grim! —gritó Earle.

—Quédate con ellos —le dije a *Goldberg*, refiriéndome a los cachorros y a los turcos, mientras *Iceberg* y yo salimos disparados del *Grulla Negra* y subimos al encuentro de mi familia, Earle me alzó como si fuera un niño. Parecía más lento, más pesado, aunque aún era el mismo oso pardo.

Me volví para recibir un beso largo y húmedo de Thord, que me abrazó y dijo:

—Perdóname, si puedes, por favor. No me di cuenta.

Pasé por alto la expresión de culpabilidad de Thord —como un penitente que espera su juicio— y traté de interrogarlos mientras me hacían cruzar el camino del muelle, por delante de los centinelas y de dos carruajes que esperaban allí, y entrar en una pequeña casa de piedra. —¿Hemos llegado demasiado tarde? ¿Qué es este sitio? ¿Dónde está papá?

—Está vivo —dijo Charity Bentham. Se hallaba sentada en un sofá en el recibidor, entre una muy grávida Molly Rogers y Cleopatra Furore, Babe se erguía como un mastodonte bulboso detrás de su madre. Entendí su actitud protectora, Charity Bentham parecía haber envejecido veinte años en cinco. Se la veía arruinada. Empezó a decirme algo, pero en vez de hacerlo se alisó la falda y alargó el brazo para agarrar la mano de Cleopatra, Cleopatra se acercó a su madre de un modo raro, más

condescendiente que consoladora, como si fuera ella la mayor. Cuando me acerqué a Molly, los ojos de Cleopatra me miraron con ferocidad.

—Bien sincronizado, ¿eh? —dijo Molly, despeinándose la melena y palmeándose el estómago. Era el segundo embarazo de Molly; el primero había terminado en aborto a los veinticuatro años (y de él había hablado mucho en su poesía). Le dije que nunca había habido un momento mejor; Molly torció la cara y me acercó tanto a ella que tuve que esforzarme para no caer.

—Vamos, Grim —dijo Thord, separándose de ella.

Fuimos hacia la derecha por un pasillo corto, donde había un joven pequeño y hermoso sonriendo, indicándome por señas que me acercara; me agarró de la mano y dijo:

—Querido Grim, eres muy bienvenido. Te he echado de menos. Tú no puedes recordarme. Soy Radar Fiddle. Tu tío. El hermano de Lamba. Tu madre. —Me besó la mano.

Fue la primera vez que oí el nombre de mi madre. No dispuse ni de un momento para reaccionar, ya que Thord me llevó por unas puertas corredizas a un estudio de paredes cubiertas de libros. Allí, dominando el cuarto, había un escandinavo gigantesco, de barba blanca, intenso, abrumador, la cara inmovilizada en una expresión de sorpresa.

—¡Es verdad! ¡Dios mío, es verdad! —atronó el abuelo. *Iceberg* se puso rígida; se le erizó el pelaje del lomo; gruñó, preparada para atacar.

—¡Ahora mantén tu palabra! —gritó Israel, poniéndose a la derecha del abuelo. Estaba enfurecido, desesperado.

—Israel, soy yo —dije.

Israel se acercó y, dándome una palmada, dijo:

—Te presento a tu abuelo, el reverendo Mord Fiddle, primer candidato a déspota de la nueva Suecia.

—Tranquilo, Izzie —dijo Guy.

—Trajo el *karfi*, no el queche —dijo Thord.

—Hubo disturbios —expliqué—. Soldados. Y cargaron contra nosotros. Tiraron a sus hijos, tuve que luchar. Hubo un incendio.

—Está bien, Grim —dijo Guy.

—Sí, está bien, vamos a salir —dijo Israel.

—Esta noche —dijo Guy.

—Necesitamos un barco. Prometisteis que tendríamos un barco —dijo Lazarus. Él y Orlando el Negro estaban sentados junto a la ventana.

—¿Hay algo? —preguntó Israel a Thord.

—Quizá, con tiempo —dijo Thord—. Puedo pedir favores, pero son tantos los que se han marchado...

—No disponemos de tiempo —dijo Guy.

—Oh, Israel, por favor, por favor, perdóname —sollozó Thord—. Esto es culpa

mía. He sido un idiota.

Mientras mi familia discutía entre sí, uno de los hombres vestidos de negro (eran seminaristas) se situó cerca del abuelo y le tradujo la broma inglesa. Es probable que el enfrentamiento fuera más inconexo que lo que yo recuerdo —el sueco de Israel era pobre y coloquial, el abuelo desconocía el inglés—, pero como yo hablaba los dos idiomas con fluidez, la retengo en la mente como algo de una sola pieza.

El abuelo levantó el brazo y señaló a Israel.

—Tendréis vuestro barco. —Habló con tal poder y seguridad que todos se volvieron hacia él, pasmados. El abuelo era demasiado grande para aquel cuarto, tan alto como yo y tan ancho como Orlando el Negro, pero enorme más que en una dimensión física: monumental, una visión pagana de un dios inexplicable. Prosiguió —: Dejadme a solas con mi nieto. Tendréis lo que pedís.

—¿Qué barco, asesino mentiroso? ¿Dónde? ¿Cuándo? —exigió Israel, las venas de las sienes de un azul oscuro, las mejillas enrojecidas y llenas de manchas.

—No, Izzie, vamos —dijo Guy, alargando el brazo.

—Maldito seas, judío, ¿sabes quién soy? —dijo el abuelo.

—Viejo —dijo Israel, con voz firme y despectiva—, te olvidas de quiénes somos. Nosotros lo criamos. Es nuestro. Lo que tú hiciste hace veintiuno, veintidós años es imperdonable, por mi Dios, su Dios o cualquier Dios. Degradas toda fe al afirmar que eres un hombre de Dios. Echaste a tu propia hija y abandonaste a tu propio nieto. Me das asco. No tendré piedad de ti. Nadie la tendrá.

—Izzie, lo necesitamos —dijo Guy, esta vez agarrando a Israel.

—Vine aquí a liberar a mi padre. Eso es lo que quiero. Si necesitamos a esta gente, qué importa. —Me interrumpí, pues me di cuenta de que no sabía lo que decía —. Israel, dime qué debería hacer.

—Lo que ha de hacerse ahora mismo es establecer el orden —dijo Lazarus, caminando hasta el centro de la habitación. Parecía un hombre peculiar, reservado, frío. Cambiamos de postura mientras él, con esa voz medida, condescendiente, proseguía—: Ahora bien, ¿qué barco, caballeros, y dónde está?

—No podemos confiar en ese loco —dijo Israel.

—Ahora tenemos que confiar en todos —replicó Lazarus.

—Y en nadie —dijo con amargura Israel, empezando a reír, Lazarus sonrió, no como si eso lo alegrara sino más bien como si lo divertiera la actitud sombría de Israel.

—¡Mi barco, maldita sea, ahí afuera! —exclamó el abuelo—. Yo lo llevaré a donde queráis ir. Haré lo que deseáis. Lo que quiero es al muchacho. Y ahora salid y dejadme con él un momento. No pido piedad, ni nada que podáis darme. Sólo al muchacho. Di mi palabra. La mantendré, como que Dios Nuestro Señor es mi juez. ¡Marchaos!

Cuando nos quedamos solos, el abuelo apoyó la mano derecha en la Biblia Fiddle y se arrodilló con una pierna. Sin explicaciones, empezó a contar una versión de mi

nacimiento y abandono, que ya he relatado siguiendo diversas fuentes. No recuerdo que pronunciara el nombre de mi madre. Lo más notable de la historia de mi abuelo fue que se mostró despiadado en su crítica al papel que él había desempeñado en el asunto. Habló como en trance, exhortando, susurrando, atronando. Yo me sentía hechizado, y asustado, y cautivado. Mi abuelo tenía una lengua mágica. Y la usó para apilar metáforas sombrías y extravagantes sobre el nombre de Mord Fiddle. Sin embargo, a lo largo de su confesión mantuvo esa arrogancia demagógica suya en primer plano. El abuelo era un hombre que podía maldecirse de un modo atrevido, heroico, de manera que su humildad parecía ilusoria, inverosímil; por cierto, no resultaba del todo creíble. En verdad, estaba orgulloso de su furia y de lo que esa furia había logrado.

Cuando la confesión del abuelo llegó a su fin, se me ocurrió que en realidad no lamentaba lo que había hecho. Éste es todo el discernimiento que yo podía aportar a la actuación del abuelo con veintiún años, un muchacho ante una fuerza de la naturaleza. Ahora sé que no tenía pena de nadie, en especial de sí mismo. Su autoabnegación era más ritual que revelación. Arrodillado allí, con una mano sobre la Biblia y la otra alternativamente tocándome o alzándose para dar énfasis, el abuelo blandía el arma en que convertía la retórica teológica. Negociaba bajo los ojos del cielo o, para ser directo, hacía proyectos para lo que tenía ante sus propios ojos.

—¡Ésta es la verdad! —dijo después de media hora, o más: fue un discurso eterno—. ¡Me he equivocado contigo! ¡No me disculparé! ¡No, no me disculparé! Me arrepiento, sí, y le pido a Dios Nuestro Señor que me perdone. Expiaré esto. Sé lo que he hecho. —Entonces calló y me estudió. Yo intenté pensar, intenté no apartar la vista. Rompió el silencio con un tono resuelto—. Eres un magnífico muchacho, Grim Fiddle. Todo lo que yo he conseguido no es nada comparado contigo. Eres mi nieto. Mío. Entregaré todo esto si puedo recuperarte. ¡Lo haré! Me lo he ganado. ¡Debo tener a mi nieto!

—¿Eres mi abuelo? —Logré soltar.

—Dime, muchacho, dime, Grim Fiddle, que te quedarás conmigo.

—¿Puedes ayudar a mi padre?

—¡Tu padre pecó! —exclamó el abuelo, y resulta difícil imaginar a algún otro hombre con una rodilla en el suelo lanzando semejante condena—. Pecó contra Dios Nuestro Señor.

—Sí, lo sé. Ha sufrido por eso. —Me controlé. No iba a llorar—. No tiene nada, sólo me tiene a mí. Yo no tengo mucho. Mi padre...

—¿Sabes quién soy? —interrumpió—. ¿Sabes qué he hecho hoy?

—Eres el hombre al que Israel llama el Ministro del Fuego.

—¿Ah, sí? Eso lo que diría ese judío. ¡Escúchame con atención! Esta mañana tu padre fue condenado a muerte por lo que hizo. Yo no puedo anular esa decisión. Su ejecución es inminente.

—¡Por favor! —Recuerdo que en ese momento lo toqué, una de las pocas veces

que lo hice—. Si eres mi abuelo, ayúdame. Ayuda a mi padre. Debe haber algo que tú puedas hacer. ¿Lo harás?

—Yo soy el único que puede salvarlo —dijo el abuelo.

—¿Lo harás?

Se preparó. La negociación que se había impuesto con Israel no era nada comparada con el profundo acuerdo al que luchaba por llegar conmigo y para mí. Entonces se cerró el trato supremo. Mi recuerdo es que dijo «Sí».

—Gracias —repose ante ese asentimiento.

—¡No hables así! Recuerda esto, Grim Fiddle. Haz el bien haciendo lo correcto. Lo que los hombres digan de ti no importa. Serás juzgado rápida y definitivamente por Dios Nuestro Señor.

El abuelo hizo que me apoyara sobre una rodilla junto a él. Rezó por nosotros, un salmo largo, profundo, militante, que comenzaba: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién he de temer? El Señor es el refugio de mi vida, ¿de quién he de temblar...?». Entonces hizo que nos pusiéramos los dos de pie, me dio la Biblia Fiddle (que está aquí junto a mi mano mientras escribo, y en la cual he descubierto que el abuelo eligió el Salmo 27 aquel día, que termina con un buen consejo: «Espera en el Señor, corazón denodado y valeroso, espera en el Señor»), y luego me llevó a la ventana. Señaló una goleta de dos mástiles cubierta por un encerado y amarrada detrás del *Grulla Negra*, que tenía un solo mástil; era un barco grande, hermoso, de aspecto feroz, lo que los antiguos escandinavos habrían llamado un «cortaolas». Me preguntó si podía manejarlo. Le contesté que jamás me había hecho cargo de una embarcación tan grande en mar abierto. Me dijo que se refería a ir desde allí a la isla-prisión del Rey, esa noche, alrededor de las doce. Asentí con gesto jactancioso. Entonces el abuelo me dio una fuerte palmada en la espalda y me dijo que había esperado todos los días y todas las noches de su vida tener un hijo que pudiera capitanear el *Ángel de la Muerte*. No me gustó el nombre. Él no lo notó, pues ya estaba poniéndose el abrigo, abriendo las puertas corredizas para anunciar a los allí reunidos su plan para el rescate de Peregrine Ide, que había sido condenado aquella misma mañana a morir esa misma noche por un tribunal extraordinario del Gobierno Revolucionario Provisional de la República Evangélica de Suecia, un tribunal de vigilantes revolucionarios que había recibido su mandato dos días antes de uno de los hombres fuertes —en lenguaje claro, déspotas— de la revolución, el reverendo Mord Fiddle, mi abuelo, el Ministro del Fuego.

Los detalles del resto del Día de Todos los Santos no me conciernen ahora. Fue una carrera para huir de un reino escandinavo de terror. Me enteré mientras trabajaba. No sólo Suecia, sino todo el Báltico estaba en llamas. En Finlandia había habido un bombardeo devastador sobre un mitin convocado por la oposición al gobierno. Y en Estonia, Letonia, Lituania, Königsberg, la revolución anarquista de Polonia (millones muriéndose de hambre a medida que se acercaba el invierno, las crucifixiones cosa de



todos los días, los tanques de batalla destrozados por adolescentes con cócteles molotov) había despertado el adormecido chauvinismo eslavo. Había luchas callejeras en Riga, saqueos de alimentos en Tallin, y una interminable huelga en los muelles de Leningrado. El pánico era omnipresente y despiadado allí. Se dispersaban poblaciones enteras buscando refugio, asilo, ante todo comida. El puerto de Estocolmo estaba lleno de aquellos que eran lo bastante inteligentes y lo bastante brutales como para procurarse transporte transatlántico. La radio crepitaba con mentiras en veinte idiomas. Las noticias en Estocolmo eran casi exclusivamente rumores, rumores terribles. Se decía que el Rey se había retirado a Uppsala, que estaba muy enfermo. Corría la firme noticia de que el gobierno había caído; otras informaciones eran que el Rey había abdicado para sustituir la monarquía parlamentaria por una República Evangélica. Pero también se comentaba que el Rey había denunciado la Liga de los Leales y a su así llamado Gobierno Revolucionario Provisional, que los había llamado a todos traidores e insurrectos, y que la enfermedad del Rey era en realidad heridas de bala, o quizá envenenamiento. Se creía que el Príncipe, con dieciséis años, era simpatizante de los Leales, y también se suponía que estaba implicado en una larga lucha por arrebatar los derechos de sucesión a su hermana mayor, la Princesa Heredera, que había sido enviada al extranjero por cuestión de seguridad. En conjunto, el clima en Suecia era revolucionario.

En Estocolmo parecía existir la certeza de que el Gobierno Revolucionario Provisional había tomado el control de la red de seguridad, especialmente de los Espías del Rey, llamados ahora la Brigada Evangélica. Una nación de ley se había convertido en una nación de hombres, algunos de ellos muy malos. Una de las primeras declaraciones del GRP había salido del castillo del Rey aquella mañana: decía que Peregrine Ide sería ejecutado en la isla-prisión del Rey antes del siguiente amanecer, junto con más de mil pirómanos, violadores, asesinos, saboteadores y otros «impíos». Otra certeza en Estocolmo parecía ser que, una vez que el nuevo gobierno asumiera el poder, se pondría fin a la así llamada tolerancia a los así llamados elementos indeseables; eso significaba que los extranjeros, los mestizos y los desviados sociosexuales estaban marcados para el terror.

Todo esto debería explicar por qué, mientras mandaba a mi familia y a nuestros nuevos aliados, los Furore, a cargar y preparar el *Ángel de la Muerte*, lo más acertado fue enviar a Babe, Wild Drumrul y a uno de los lugartenientes más leales de Thord, Otter Ransom, a montar guardia en el muelle. La ciudad estaba destrozada. Había linchamientos y crucifixiones. Había inmoluciones. A Estocolmo la perseguía el demonio llamado Pureza. Ya no había refugio allí para los justos y los agraviados. Había sirenas, fuegos, aullidos lejanos... una versión más grande y obscena de lo que yo había dejado al huir la noche anterior de Vexbeggar. Columnas de refugiados marchaban desde el barrio extranjero hacia los muelles. Columnas de humo salían del barrio extranjero y desparramaban un hedor sobre las dársenas; el aire era a veces tan

denso que teníamos que ponernos trapos humedecidos sobre la cara mientras trabajábamos. El puerto empeoró a medida que transcurría el día; los barcos a vapor se desplazaban a amarraderos más seguros, lejos de los depósitos humeantes; las embarcaciones pequeñas embestían a las todavía más pequeñas; traperas en embarcaciones abiertas cambiaban cosas por comida; balsas de matones armados protegían sus navíos de posibles ataques. Nadie vacilaba en disparar, y todo el día se escucharon ráfagas de armas; unos pocos bultos grises, que probablemente eran cadáveres, llegaron flotando con la marea vespertina. Pensé que había visto lo peor de la humanidad aquel día... bien lejos de eso, como ahora sé. Sin embargo, fue duro para nosotros, más desorientador que lo que cualquiera de nosotros reconocía. Nuestro mundo conocido se desintegraba de manera irreparable, y ninguna de nuestras grandes suposiciones acerca de la decencia intrínseca de la naturaleza humana podía protegernos. Nos sentíamos más allá de toda ayuda mortal. De no haber sido por nuestra obsesión de liberar a Peregrine, no descarto la posibilidad de que nos hubiéramos derrumbado con el Norte. Estuvimos cerca, Molly y Thord sufrieron una histeria muda, Israel empezó a beber de nuevo, perdió el sentido por lo menos una vez, y no por el alcohol sino por la desesperación. Tuvimos que obligar a Earle a comer para que no se debilitase, e incluso el tenaz Guy perdió los estribos conmigo por algo relacionado con el almacenamiento de una caja. Yo miraba a los Furore con más suspicacia que la debida, y pensaba muy mal de Lazarus sin motivo.

Thord fue el que peor tomó la partida. Veía que era lo correcto, y no se lamentaba por el almacén perdido. Se había cansado de aquello en lo que se había convertido en su propia tierra: un pervertido acosado, un hombre marcado. Pero él y los hermanos Fljotson, Orri y Gizur Constructor de Velas eran los únicos suecos puros entre nosotros, sin lazos con ninguna otra cultura (Otter Ransom era en parte ucraniano). Más triste aún, la joven esposa de Gizur Constructor de Velas había muerto el año anterior de meningitis, una enfermedad que él insensatamente atribuía a la irreligión de Suecia. Desde entonces había perdido la razón. Quería que lleváramos con nosotros su lápida; Orri tuvo que mentirle. Como protector de Orri, Thord sufría mucho el dilema de los Fljotson. Además, no podía perdonarse su impotencia para salvarnos. Creía, con sombría convicción, que él había causado nuestro peligro al guardar silencio sobre la verdad de mi nacimiento.

Debo incluir aquí que aquel día también me enteré de que si no fuera por Charity Bentham no habría existido ninguna huida. Ella era la heroína, y el misterio; lo había sido desde el principio. Sus motivos para desechar su viudez y recuperar a su primer marido escapan a mi comprensión. Declaro aquí que Charity Bentham hizo su propio pacto misterioso con su propia conciencia misteriosa, y los detalles que contribuyeron a ese pacto me parecen ahora perdidos en su amor por Peregrine Ide y Cesare Furore. Supongo que anhelaba orden, decencia, bondad, un poco de felicidad; anhelaba el fin de su autotortura; quiso la paz mental y encontró a Peregrine y unos pocos años

más de amor y remordimiento. Podría continuar, pero ¿de qué serviría?

Lo que sí sé con alguna certeza es cómo Charity Bentham se dedicó a recuperar para sí a su Peregrine. No asistió al juicio de Peregrine, Israel la odió por eso, un prejuicio que crearía dificultades. Luego, Charity Bentham averiguó, mediante sobornos a desertores norteamericanos que habían regresado a Estados Unidos, el paradero de Israel (Peregrine mencionó el nombre de Israel la noche en que nos interrogaron a los dos, la pista crucial que llevó a Charity a emprender la búsqueda de Israel). Se puso en contacto con Israel por medio de agentes durante el primer año de encarcelamiento de Peregrine, Israel la desdeñó. Ella insistió por carta. El primer plan que propuso para ayudar a Peregrine —que lo trasladaran a una prisión norteamericana para cumplir su sentencia— no sólo fue rechazado por Israel como algo egoísta, sino que también fue descartado por Charity Bentham debido a la campaña de los Leales contra Peregrine.

Ella entonces costeó dos apelaciones legales en favor de Peregrine, una en su propio nombre enviada al Rey, pidiéndole clemencia, otra con tecnicismos legales ante el tribunal. Las dos fueron aplastadas por la política. Lo siguiente que hizo Charity Bentham fue viajar a Estocolmo a ver al Rey, a la Reina y al Primer Ministro, para suplicarles por Peregrine. Incluso hizo una petición al presidente de Estados Unidos; por eso sufrió la ira de la familia Furore en Norteamérica. Antes que discutir con la familia Furore, Charity renunció a la herencia que le había legado Cesare Furore, abandonó sus cargos de profesora y conferenciante y se dedicó a viajar entre Norteamérica y Suecia en busca de una solución. Cuando todo parecía inútil, se puso en contacto, de nuevo a través de sus agentes, con la Liga de los Leales por la Vida Familiar Sueca y concertó una entrevista con el principal perseguidor de Peregrine, mi abuelo, Mord Fiddle. Ese encuentro jamás se produjo, pues en el último instante Mord Fiddle se negó, aduciendo que tenía asuntos más urgentes que la clemencia.

Después de casi cinco años de incansable actividad que le había costado la fama, la fortuna, la familia, el respeto de los colegas y los frutos del premio Nobel, Charity Bentham estaba desesperada. Se desprendió de más que la viudez: se desprendió de la paciencia, el orgullo, la ley. Al enterarse de la jugada de los Leales para derribar al gobierno, y previendo el peligro final de Peregrine, regresó a Estocolmo a principios del verano. Estaba al borde del colapso. Sus hijos, Cleopatra y los hermanos, eran conscientes del estado de su madre y la siguieron, bien para ayudarla o para sacarla de allí sana y salva.

Charity Bentham suplicó en una carta la ayuda de Israel. Él siguió sin hacerle caso, por la misma razón injusta: la culpaba de la ruina de Peregrine. Empezó a visitar la casa de Thord a horas extrañas, con la esperanza de encontrar a Israel. Fingía ser una mendiga, y se quedaba fuera, llorando, esperando.

Finalmente, Thord Horshead se apiadó al ver que ninguno de los demás retaría a Israel y se reunió con ella, dejándola que hablara, confesara, divagara, rogara. Ése era el estilo de Thord: oír y no confesar. Es un mérito de Charity Bentham que, de algún

modo, en su desesperación, fuese capaz de intuir que Thord sabía más de Peregrine, de mí, de todos nosotros, que lo que demostraba o contaba. Le sonsacó el secreto. Usó esa mente brillante y por entonces sobreexcitada para abrir el corazón grande pero cauteloso de Thord. Sus papeles se invirtieron: ella la confesara, él el penitente.

Thord Horshead había ocultado mi verdadera identidad a mi familia por muchos motivos —miedo a la sinceridad, miedo al rechazo, miedo a la pérdida, miedo a sus propios motivos—, por lo menos en parte debido a su profundo dolor por haber decepcionado a su padre, Anders Horshead, el médico que atendió mi nacimiento. La homosexualidad de Thord parecía excluir una familia natural; ese peso había separado a padre e hijo, más por culpa de Thord que del doctor Horshead, Thord me adoptó a mí y a los demás (y él nos había buscado, dejando que nuestro encuentro pareciera una convergencia casual) con el fin de equilibrar su destino sin descendencia. En realidad había descubierto mi abandono por parte de mi abuelo de boca de su padre, y había actuado para corregir el daño. Al hacerlo del modo en que lo hizo —sin contárnoslo—, había causado más daño. Ésta es una percepción en retrospectiva. Una percepción injusta con él. Se apiadó de nosotros, como se apiadó de Charity Bentham cuando esperaba delante de su casa. Yo nunca fui su hijo, pero fui su niño tanto como lo fui de los demás en la casa, y a su estilo luchó por mantenerme y protegerme. Una vez que Charity Bentham descubrió la verdad, le brindó a Thord la fuerza para enfrentarse a su engaño; le mostró cómo podía reparar el daño que había hecho. Los dos encontraron, en su compasión y arrepentimiento, un camino para actuar en favor del bien. Me pregunto si ella lo habrá llamado el bien mayor. En cualquier caso, acompañó a Thord aquella misma tarde (era agosto, justo antes de que Israel me escribiera para que preparara el queche) a la iglesia de Mord Fiddle, la Estatua de Sal. Les cerró el paso la camarilla de seminaristas del abuelo. Entonces, Thord ejerció su poder para llegar a donde quería, un poder lo suficientemente grande como para atravesar incluso la pantalla protectora de los Leales. Se enfrentaron al abuelo en su propia cancillería, con el pretexto de llevarle una petición de la viuda de Cesare Furore. Le contaron lo que sabían que era la verdad. El abuelo se levantó detrás de su escritorio, puso la Biblia Fiddle delante de Charity Bentham y le dijo que jurara sobre ella, Charity lo hizo. Entonces, el abuelo le preguntó si tenía alguna prueba. Ella dijo que podía presentar la prueba viviente. El abuelo les ordenó que se retiraran.

Fue un mes antes de que Cleopatra llegara para sacarme de Vexbeggar. En ese tiempo, Charity Bentham había tomado el control de mi familia, había ordenado que se prepararan todos para el rescate de Peregrine y para su propia huida, Israel, convencido al final de la sinceridad de Charity, furioso por tantos giros y contento por la esperanza, sostuvo que debía hacerse algo arriesgado, que Mord Fiddle jamás reconocería lo que había hecho. Aconsejó que deberían revelar la relación que había entre Mord Fiddle y Peregrine. Ide. Charity Bentham aconsejó fe y decisión. Su opinión era que a Mord Fiddle había que darle tiempo para analizar la revelación y

que, cuando lo hiciera, los ayudaría.

El abuelo casi confundió la sabiduría de Charity Bentham. Siguió adelante, despiadado, decidido, inflexible en su trama por establecer el Gobierno Revolucionario Provisional y por reunir al tribunal para juzgar y sentenciar a los enemigos de su República Evangélica. Sólo entonces, cuando ya era seguro que Peregrine sería sentenciado a muerte, había hecho llamar a Charity Bentham. Fue la Víspera del Día de Todos los Santos, y ella, previendo ese momento, había despachado a Cleopatra y a sus hijos (con la ayuda de Thord) para proporcionar pruebas al abuelo de que debía cooperar por completo, de manera incondicional.

¿Por qué el abuelo esperó hasta el último minuto? La respuesta radica en el hombre. Él se veía ante todo y en primer lugar como servidor de su Señor. Supongo que sentía que su deber estaba en su República Evangélica, que sólo después de que hubo ejecutado sus tareas de manera tal que ni siquiera él hubiera podido alterar su destino creyó que podía apartarse de su vocación como Ministro del Fuego para atender su propio deseo. Veo el conflicto —máscara o corazón— y lo entiendo, aunque no lo apruebe. Yo he hecho elecciones similares, con fines igualmente oscuros.

Más importante, ¿por qué el abuelo se derrumbó ante la verdad de lo que me había hecho? No era una persona simple ni sensible ni moderada, y creo que si existe algún hombre que hubiera podido permanecer erguido e incommovible ante semejante crimen, ése era el abuelo. Aceptó rescatar a Peregrine, y luego aceptó ayudar a mi familia, por una razón profundamente sencilla e igualmente atractiva. Todavía me gusta. Él quería a su nieto, Grim Fiddle.

Y, sin embargo, titubeo ante esta explicación ahora que la he escrito. En este momento me puede parecer que no es lo suficientemente compleja o, mejor dicho, que es demasiado simple. Convierte al abuelo en alguien tan egoísta como autoelegido. Quiero que sea algo más. Quiero que mi recuerdo sea más satisfactorio. Quiero creer que no sólo era una gran furia, un egoísta edificio de palabras que invocaba el nombre de Dios y una llama de venganza al servicio de su propia exaltación. Quiero creer que tenía un motivo secreto, que no se ha analizado, para rescatar a Peregrine, un motivo que lo haga humano, incluso cariñoso. En alguna parte de él había un marido que había perdido a una esposa, que había echado a una esposa, porque él había sido Mord Fiddle y ella lo había rechazado por eso. No puedo hablar del fracaso de aquel matrimonio, aunque si se puede juzgar por la antipatía entre Lamba y el abuelo, debe de haber sido un sombrío conflicto de voluntades. Me gustaría creer que el abuelo había amado mucho a Zoe. La verdad pertinente aquí es que Zoe abandonó a Mord. Y después de que ella se fue, quiero suponer, el abuelo inmovilizó parte de su corazón en el tiempo... como hizo Peregrine cuando perdió a Charity.

Sostengo que el abuelo, al considerar lo que Charity Bentham le reveló de mí, de Peregrine, de sí misma, fue capaz de percibir la desgracia de Peregrine Ide de manera

más completa que el resto de mi familia, incluso que Charity. Sostengo que el abuelo entendió a mi padre, por lo menos el aspecto de mi padre que lo había empujado al asesinato. Sostengo que el abuelo, sentado allí en su cancillería, envuelto en túnicas negras y en un estado de ánimo todavía más negro, puede haberse preguntado cómo habría sido asesinar por celos y añoranza y soledad. Si eso sucedió, habrá sido una breve iluminación. El abuelo no era el tipo de persona que ofrecía compasión o que se ponía en el lugar de otro hombre.

No tengo prueba de eso, a menos que la prueba sea yo, prueba viviente de que mi abuelo y mi padre eran del mismo rollo de tela, proscritos románticos, soñadores desesperados, amantes orgullosos y desconsolados que no se permitían a sí mismos reformarse. Y su recompensa por vidas de dolor fue la confusión oscura, hasta que la casualidad, o la suerte, o esta mujer, Charity Bentham, se sacrificó para brindarle a Peregrine la posibilidad del amor recuperado, y al abuelo la posibilidad de un curso nuevo, esperanzado y peligroso, saliendo al mundo con el nieto a su lado.

Entonces fue Charity Bentham quien tuvo la responsabilidad de este asunto, heroína y proveedora, mujer de intelecto y teoría convertida en conspiradora de acción y corazón: pues ella y Cleopatra iban a acompañar al abuelo, supuestamente como testigos de la programada ejecución de Peregrine Ide en la prisión del Rey aquella noche; pues ella y Cleopatra iban a ser las enmascaradoras centrales del plan de rescate y fuga propuesto por el abuelo.

Solté amarras bastante antes de las diez de la noche bajo una llovizna fría y con aguas picadas, Otter Ransom había conseguido diez litros de combustible del destacamento de la policía, de modo que pudimos meternos en el puerto haciendo funcionar el motor. El *Ángel de la Muerte* del abuelo respondía rápidamente al timón: era una goleta elegante, bien construida, de setenta y seis pies, con una vela triangular, trinquete, vela mayor, con mástiles de abeto, quilla de roble, camarote de caoba, y sesenta toneladas de registro. Llevaba una tripulación agotada y sin experiencia: tres norteamericanos, tres Furore, tres turcos, tres suecos, un ucraniano y cuatro perros... y un precioso sobrecargo: Molly, su bebé, el destino de mi padre. Puse a Babe y a Otter Ransom en la proa para manejar una de las armas automáticas fijas de Thord y nuestro foco. Puse a Wild Drumrul y a Orlando el Negro en el *Grulla Negra*, al que remolcábamos detrás. Puse mi mano en la Biblia Fiddle.

Anclamos a media milla de la isla. El abuelo quería que yo y cuatro más —elegí a Guy y a Earle; Lazarus se eligió a sí mismo y a Babe— nos acercáramos con el *Grulla Negra*. Para las apariencias, éramos parientes que íbamos a reclamar un cadáver. No estábamos solos; había multitud de pequeñas embarcaciones justo delante del muelle iluminado por reflectores, retenidas por unos focos que barrían la zona y por la presencia de una compañía de la Brigada Evangélica. El procedimiento comenzó con la llamada de un nombre por un megáfono. Entonces, un bote se acercó balanceándose a la balsa flotante que había delante del muelle, mientras varios

convictos encadenados salían del portal situado en la base de la torre de la prisión contigua al embarcadero. Bajaron una bolsa con un cadáver a la balsa. Por último, los parientes del bote alargaron los brazos para verse reunidos con su muerto. Nosotros esperamos horas en aquella humedad, mirando mientras docenas de cuerpos eran procesados, aunque de vez en cuando la tarea se frenaba debido a cuestiones sobre la identidad del cadáver. Es que estaban decapitados, y probablemente tan famélicos que no había parecido alguno con el hombre que había sido arrestado. Los integrantes de la Brigada Evangélica eran rigurosos. Se inspeccionaba con atención anillos y cicatrices. Las ejecuciones en masa parecían hacer aflorar al tendero en los militares, al cliente en los supervivientes, Guy nos distrajo contándonos historias de Vietnam. Luego Lazarus nos habló de una horripilante masacre que había presenciado en Sudamérica, adonde había viajado como periodista o como observador, o quizá como estudiante, Guy charlaba abiertamente con Lazarus; Lazarus parecía simpatizar con el desagrado de Guy hacia los militares norteamericanos, Earle preguntó a Lazarus sobre algunas de las señales de mano que usaba para comunicarse con Babe. El mes que pasaron juntos parecía haber infundido a los cuatro respeto por sus respectivos asuntos individuales. Menciono aquí —de paso, porque resultó ser menos importante que lo que uno podría pensar— que Lazarus era graduado de Yale, igual que Guy y Earle, Orlando el Negro había asistido a la universidad católica norteamericana llamada Notre Dame; había pensado seguir una carrera de atleta profesional antes de abandonar la idea para viajar con Lazarus, Babe y Cleopatra por Sudamérica.

La espera nos agotó, Earle se sentó a mi lado, las manos blancas de apretar los remos. Pasamos comida a una familia próxima que casi había sucumbido al frío y al miedo. Pobre gente, hijos aterrados, que lloraban y temblaban por padres y maridos y hermanos. Deberíamos haberlos ayudado. No hicimos nada.

Nuestro momento llegó cuando el megáfono anunció: «¡Peregrine Ide!».

Guy manejaba el timón. Remamos con fuerza y en silencio. Fuimos a toda velocidad hacia la balsa flotante. El reflector nos localizó. En la orilla, divisé a un grupo de convictos que se acercaba cargando la bolsa de un cadáver en los hombros. Justo detrás vi el pelo blanco del abuelo. Se alzaba gigantesco sobre las figuras de Charity Bentham y Cleopatra Furore que marchaban detrás.

Me esforcé con el remo. Nos detuvimos al golpear contra la balsa. El oficial de guardia, un hombre bajo con las manos manchadas de sangre por las inspecciones, nos dijo, desafiante:

—¿A quién venís a buscar?

—A Peregrine Ide —dijo Guy.

Oí un clamor a mis espaldas. Oí al abuelo que terminaba un salmo ceremoniosamente:

—¡Hosanna! —Oí los pies encadenados de los convictos. Me volví lo suficiente como para ver al oficial que se agachaba para abrir la bolsa.

—¡No hace falta! —atronó el abuelo.

—¡Apártese! —gritó Charity Bentham. Parecía histérica. Aunque sabía que era un ardid para distraer a los guardias, Babe hizo una mueca al ver la cara contorsionada de su madre.

—Sí, teniente, no pierda su tiempo —dijo el abuelo—. No habrá ningún entierro cristiano para este demonio.

—Tenemos derecho a llevárnoslo —intervino Guy.

—¡Deshágase de ellos! —ordenó el abuelo.

—No puedo hacerlo, señor —repuso el teniente—. Mis órdenes dicen que debo entregar el cuerpo a aquellos que lo reclaman.

—¡Yo firmé esas órdenes!

—Entiendo, reverendo, señor, pero... —dudó el teniente.

—Está muerto, con eso basta —gritó Guy.

—¿Lo queréis? ¿Queréis a esta cosa? —gritó Charity Bentham al *Grulla Negra*, acercándose a la bolsa—. ¡Él asesinó a mi marido! ¡Destrozó mi corazón! Decidme cómo, entregándooslo, recuperaré a mi marido. Decidme qué es lo que importa. ¡Murió sólo una vez, y yo tengo que vivir con nada! ¿Me oís? ¡No quiero nada para él! ¡Nada! —Pateó la bolsa mientras gritaba, Cleopatra intentó apartar a la madre, Babe temblaba del esfuerzo que hacía para dominarse. Earle agarró a Babe de los hombros para consolarlo.

—¿Ellos quieren algo? —prosiguió Charity Bentham. Movié los brazos debajo de la capa—. ¡Aquí tenéis! ¡Tomadlo, aquí tenéis! —Con esas palabras, arrojó un objeto oscuro con tanta fuerza contra la balsa que rebotó hasta el *Grulla Negra*. El sonido fue horrible, Lazarus se inclinó hacia adelante, recogió la cosa sangrienta con ambas manos y la arrojó al agua.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó Cleopatra. Di media vuelta y vi que levantaba a la madre desmayada de encima de la bolsa. ¿Cuánto de la actuación de Charity era una mascarada? Peregrine había realmente asesinado a Cesare. Nunca estuve seguro, Cleopatra había vuelto a sorprenderme: era tan fuerte como fuerte era su voluntad, y como fuerte y autoritaria era su voz—: ¡No me importa lo que hagáis! ¡Dejad de atormentar a mi madre! ¿Es que no tenéis decencia?

—Por favor, compréndalo —empezó a decir el teniente.

—¿Dicen esas órdenes que ha de recibir un entierro cristiano? —preguntó el abuelo—. Estoy seguro de que entiende que esta mujer tiene derecho a vengarse. ¡No condené a este hombre para que se le mostrara respeto!

El teniente miró a su sargento. La sangre, las personas que guardaban luto, la noche... no les quedaba suficiente voluntad para esto. El teniente sugirió ir a buscar a su capitán. El abuelo comenzó a sermonearlo acerca de la venganza del Señor. El teniente interrumpió al abuelo para pedirle una solución.

—Deme a uno de sus hombres y a estos canallas de aquí... —El abuelo señaló a dos convictos—... y lo arrojaremos a los peces. Merece algo peor.

—No puedo hacer eso —dijo el teniente.



En ese momento Cleopatra golpeó al teniente en la espalda, luego lo empujó con el hombro haciéndolo caer de la balsa al *Grulla Negra*. Aterrizó duramente y rodó hacia Earle, pero sólo estaba atontado, e intentó sentarse, Earle reaccionó con un movimiento tan veloz y ajustado que nadie de la Brigada lo vio. Lanzó un golpe mortal.

Inmediatamente, el abuelo comenzó con su tono atronador:

—¡Sacad a ese hombre de ahí! ¡Retiraos! ¡Sargento, usted nos proporcionará a un soldado, ese de ahí, acércate, tú me ayudarás! ¡Subid ese cadáver a bordo! ¡Yo tomo el mando aquí! ¡Soldado, baja! ¡Señoras, ahora ustedes! ¡Abran paso!

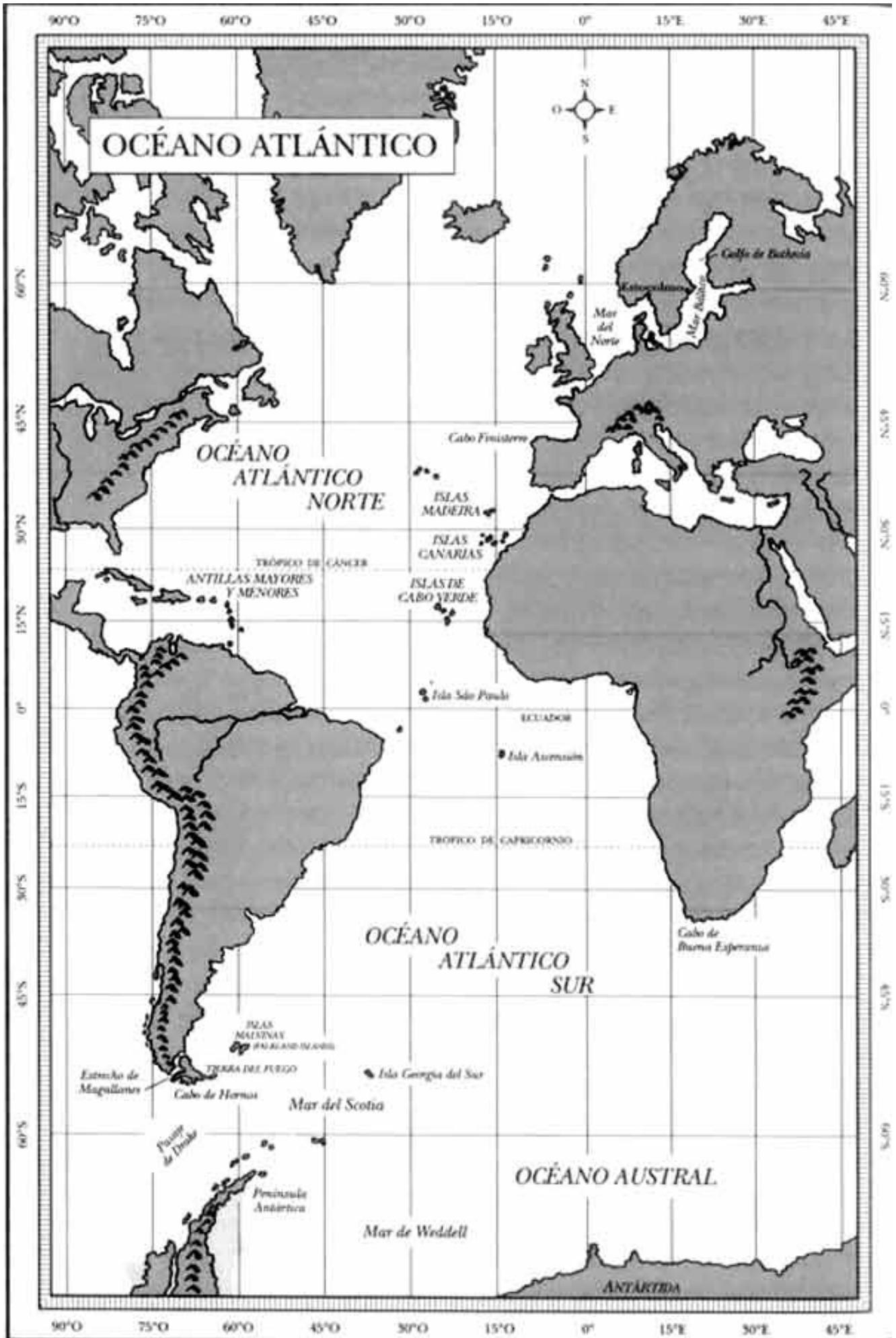
El abuelo fue a la popa del *Grulla Negra* y le quitó el timón a Guy, Earle, Lazarus y yo apoyamos las manos sobre la balsa para enderezar la embarcación mientras equilibrábamos a los nuevos pasajeros. El abuelo rugía, todo ira y justicia. Qué magnífico mentiroso; a pesar de todo lo que había oído hablar y visto de él, estaba lleno de admiración hacia mi abuelo, e igual de asombrado que por un giro de las cosas se hallara del lado de mi familia, más aún, que fuera mi familia. Asumió el mando absoluto, haciendo subir a bordo a los convictos y las mujeres, reprendiendo a un soldado que se movió con indolencia, suspicazmente, y ordenándole montar guardia en la proa, advirtiendo a los soldados del embarcadero que se ocuparan de sus asuntos, de sus deberes, pues él era «¡el Reverendo Mord Fiddle, realizando el trabajo de Dios Nuestro Señor!». Esa lengua mágica los venció. Uno deseaba creerle para escapar de su ira. Ahora pienso que nos permitieron largarnos para asegurarse su propia liberación. Además, está el hecho de que el abuelo era en realidad el aspirante a déspota de la República Evangélica de Suecia; y que en la revolución no es el prudente el que prevalece, sino el fanático, el tiránico, el despiadado.

Esto es hablar prematuramente del fenómeno de un príncipe negro. He estudiado este asunto lo mejor que he podido. El abuelo jamás estuvo a la altura de gente como Savonarola, Cromwell, Robespierre. Y puedo hablar con la autoridad de alguien que ha visto lo que es fingir una omnipotencia autoelegida. El sentido que el abuelo tenía de la llegada del Reino del Señor siempre estuvo guiado, aunque tardíamente, por una fe en la posibilidad de la reconciliación. Lo que él ayudó a causar en Suecia no debería olvidarse, aunque es probable que ahora ya esté olvidado, otra desgracia pasajera. No puedo decir qué pasó allí, en el Norte, después de nuestra huida. Supongo que todo mejoró una vez que la pasión del prejuicio demente siguió su curso. La llamada de los Leales a la pureza no fue una obra maestra, fue una rendición cobarde. Por su vergüenza, por la vergüenza del abuelo, ruego a Dios perdón. Digo esto con el conocimiento íntimo de algo mucho peor, con la responsabilidad de algo mucho peor que cualquier cosa que el abuelo y sus matones hicieran allí. No debo avanzar demasiado con mi historia, llevándola al futuro. Hay mucho que debo registrar por cuestión de claridad. Resulta apropiado decir aquí que a bordo del *Ángel de la Muerte* mi familia y yo escapamos de un reino maldecido por el fuego, y que a bordo del *Ángel de la Muerte* caímos en una era maldecida por el

hielo, y que fue en esa caída donde Grim Fiddle habría de descubrir el más profundo de los tesoros humanos: su propio destino.

## La flota de los malditos

El abandono de la esperanza • *La Gracia de Dios* • El Fin de la Tierra



El castigo había transformado a Peregrine. Y tuerto, demacrado, vencido, regresó a nosotros aún más cambiado que lo que sus distorsiones físicas sugerían. Se había librado de la ira. Era pacífico; no, no sólo eso, pues también estaba su fascinación por el mar, por los alimentos que comía, por cualquier cosa que le dijéramos. No se había relajado —como podría hacerlo un hombre que ha sido quebrado por cinco años de encarcelamiento—, se había intensificado su interés por lo trivial. Me hablaba de manera peculiar, con esa nueva personalidad, diciendo cosas como: «Nadie tiene un hijo más puro». Yo no tenía ninguna respuesta preparada para eso, y por lo general sonreía; eso lo tranquilizaba, como si yo fuera el señor y anfitrión y él el viajero invitado. ¿Se sentía impermanente? Hacía que estar vivo y a bordo del *Ángel de la Muerte* pareciera una recompensa.

La metamorfosis me perturbó, pero no me produjo tristeza. Antes, Peregrine y yo nos entregábamos a conversaciones que daban vueltas en torno al amor que sentíamos el uno por el otro, que se basaba en acontecimientos, objetos, historia. Después, de lo único que hablábamos era de nuestra relación. Peregrine se había aferrado a la fidelidad, la lealtad, la devoción, a lo que supongo que quería dar a entender con la palabra puro. Antes, Peregrine sólo en raras ocasiones había hablado con franqueza de la familia, de Norteamérica, de Suecia. Había evitado contar la verdad más profunda. Y su engaño había resultado más dañino cuando iba dirigido contra sí mismo. Había hecho creer más de lo que había creído. Después, pareció aferrarse a ese concepto griego intangible, la Verdad, como si fuera su próximo aliento.

—Consiguió salir —dijo Guy refiriéndose a la metamorfosis de Peregrine.

—Consiguió tenerla a ella —dijo Israel.

En realidad, no era posible determinar hasta dónde la nueva identidad de Peregrine era autogenerada y hasta dónde provocada por su intimidad con Charity Bentham. Ella estaba con él como si fuera un miembro nuevo. Lo sostenía, le cantaba, lo alimentaba, lo ayudaba en cubierta a hacer los ejercicios, dormía con él en esa litera estrecha. Parecía animar su cuerpo desgastado. Él era mi padre, y amigo de Israel. Él era la devoción de ella.

Charity Bentham también cambió después del rescate. Por lo que supe de su comportamiento previo, había conocido la desesperanza pero en conjunto había sido agresiva, efectiva, autogeneradora. La actuación en el embarcadero con los soldados fue típica de su poder. A bordo del *Ángel de la Muerte* todo eso desapareció. Daba la impresión de que si Peregrine se apartaba de su vista, ella misma desaparecería. Si Peregrine después era más afectuoso, Charity era todo sentimiento, una criatura tan frágil y vulnerable que uno se preocupaba de que el mar pudiera llevársela mientras se acurrucaba con Peregrine en la pasarela. Dejó de hablar con frases completas. Debe de haber charlado largamente con Peregrine, pues los veía siempre

conversando. Jamás alcanzaba a oírla. Y a medida que él se fortalecía, Peregrine desarrolló la costumbre de hablar por Charity, como si hubiera dos cuerpos, una voz, un corazón. ¿Dónde estaba la ganadora del premio Nobel? La respuesta es que estaba en el lugar apropiado. Se había vuelto hacia adentro, Charity Bentham era un ser humano extraordinario. Antes, había perseguido la fortuna y el poder. Después, persiguió a Peregrine. Aplicó esa voluntad suya para volver a despertar al hombre que debería haber muerto poco después de su rescate. Fue como si le devolviera la vida con un beso, como si lo adorara para impedir que nos abandonara. Obró un milagro de amor y esperanza.

Y a medida que la esperanza de Charity llenaba a Peregrine, su mutuo amor nos afectó a todos a bordo. No nos convertimos en hombres nuevos, como Peregrine, pero hubo cambios, Israel bromeaba menos conmigo y me hablaba seriamente, quizá profundamente. Explicaba lo equivocado que había estado al desdeñar la ayuda de Charity, diciendo: «Jamás debí haberme dado por vencido con esos dos». Me advertía que jamás esperara al amor, como él había hecho con Molly. Guy era más paciente, no sólo con Earle, sino también con Molly y conmigo e incluso con mis perros, que nunca le habían gustado mucho, Thord hablaba menos y cavilaba más, pero aun él actuaba como si estuviera complacido de estar vivo cuando no se veía trastornado por el sufrimiento de Orri con las alucinaciones de Gizur, Earle continuaba siendo estable, tan taciturno como siempre, con el cambio de que hablaba con más facilidad en nuestros consejos a bordo; se mostraba paternal hacia los turcos y conciliador con los hermanos Furore, sin esperar la iniciativa de Guy.

Entonces todos habíamos cambiado un poco, no totalmente para mejor, pero sí de acuerdo con nuestras expectativas. Nos felicitábamos por haber sobrevivido al fuego. Nos sentíamos templados. Habíamos perdido todo lo que poseíamos y, no obstante, nos aferrábamos a nuestra comunidad. Aquellos primeros días después de la salida del puerto de Estocolmo pudimos admirar el cariño de Charity hacia Peregrine, y la metamorfosis de Peregrine, y todas nuestras reconciliaciones, y teníamos motivos para creer que estábamos libres del asesinato de Suecia.

Sin embargo, no estábamos tan libres como para que uno de los nuestros no pudiera recordarnos con facilidad nuestros problemas, Cleopatra Furore patrullaba nuestras conciencias. Era injusto y cruel por su parte, pero ahora sé que era típico de ella, y por lo tanto sólo es condenable en el sentido de que teníamos tantos obstáculos inmediatos que nos podría haber ahorrado sus desacuerdos hasta después. Sus hermanos parecían contener sus estados de ánimo y cooperaban en la tarea de seguir adelante. Sólo Cleopatra se mantenía al margen, y de manera imperial. Trataba a Lazarus como si fuera su primer ministro, a los otros dos como a sus cortesanos. A nosotros nos trataba como a la gente común. Siempre que reinaba alegría en la cubierta, aparecía ella de repente, con una expresión solapada y acusadora, y trataba de intimidarnos para que recuperásemos la sobriedad, lo cual por lo general funcionaba, incluso con la más dulce y menos culpable de nosotros, Molly.

¿Y por qué? Habría bastado con la culpa. En realidad, habíamos rescatado al hombre que había asesinado a su padre. Y nos mostrábamos abiertamente orgullosos de nuestro acto. Sin embargo, ésa fue nuestra reacción inicial, nuestro asunto por digerir, y creo que con el tiempo nos hubiéramos quedado con una historia manejable. Quizá Cleopatra sentía que el paso del tiempo haría que su comportamiento estuviera fuera de lugar. Y por eso hacía algo más que acusarnos en silencio. Se mostraba agresiva. Yo era su blanco. Conmigo era cínica, manipuladora, venenosa. Yo la dejaba pequeña físicamente, y ella era una persona nada pequeña. En respuesta, me hacía sentir un mosquito intelectual. Conversando, entre nosotros o en grupo, me interrumpía, me rechazaba, me abrumaba. Estaba tan ansiosa por mofarse de mí como yo por evitarla. Quería humillarme, y una de las primeras noches a bordo del *Ángel de la Muerte* fue más lejos todavía: me maldijo.

—La mujer que pueda amar a ese hombre no es mi madre —dijo. Eso era típico de su manera de hablar, la hipérbole premeditada—. Y si tú vieras como yo, Grim Fiddle, sabrías lo odioso que me resulta todo lo que ese hombre ama. Tú eres peor que él.

¿Qué significaba eso? Era algo insensible, tan lleno de repugnancia que resultaba lastimoso. En ese momento, sin embargo, yo lo consideraba imposiblemente profundo e indescifrable. No pude contestar. Me alejé, asustado de su malhumor. No había donde esconderse en setenta y seis pies de madera escandinava. Y ella me persiguió, insistiendo en que me consideraba responsable del amor de Charity por Peregrine, y de la huida de Peregrine de la muerte, y de todo lo que había sucedido. Parecía que para Cleopatra yo era el primero y más desdeñable crimen de Peregrine, el que había producido el divorcio, el nuevo matrimonio y la concepción de Cleopatra. Por lo tanto, para ella yo era el germen de todo lo que les había ocurrido a los Furore.

Varias veces Israel intentó explicarme cómo veía él la actitud de Cleopatra hacia mí. Decía que Peregrine había asesinado injustamente a Cesare Furore y había sido justamente condenado por eso, Charity había liberado a Peregrine de la ruina, por sus propios y contradictorios motivos. Todo eso confundía a Cleopatra y, poco a poco, fue dándole asco, Cleopatra se quedó con un padre asesinado a quien quería vengar, y una madre acongojada a quien quería ayudar. Luego, Charity había involucrado a Cleopatra en una conspiración para rescatar al hombre al que ella de manera natural vilipendiaba, Cleopatra había cooperado, con renuencia pero con eficacia. Después reconsideró sus acciones y, avergonzada de lo que consideraba una traición a su padre, se volvió en contra de todos los que le recordaban la tristeza. Con las mejores y más loables razones, el amor hacia el padre y la madre, Cleopatra sentía que había algo que no le estaba permitido llevar a cabo —venganza— y había hecho algo que no podía aceptar en retrospectiva, la ayuda para liberar a Peregrine. Podía separarse de Charity, y podía seguir condenando a Peregrine, y podía lamentar su destino. Pero eso no bastaba o, por lo menos, no la satisfacía. La frustración la desequilibraba.

Recuerdo haberle oído decir a Israel que ella se sentía manchada con la sangre de su padre. La misma Cleopatra se volvió violenta. Y apuñalaba lo que para ella representaba el lado oscuro de Peregrine —el lado que había asesinado— y éste era su bastardo, Grim Fiddle.

Tengo mis reservas acerca de toda esa explicación. Ahora me parece demasiado ordenada, ciertamente demasiado griega, Israel apreciaría las sospechas que tengo sobre su teoría. Si la gente fuera tan lógica, no habría diferencia entre la humanidad y las estrellas. Sí, Cleopatra puede haberme odiado desde el principio, sin necesidad de tener una causa específica, con un desagrado general a causa de su condición. Sin embargo, también parecía necesitarme. Y ahora sostengo que lo que ella necesitaba era mi presencia, el hecho de mi ser, la ansiedad y la torpeza mías tratando de comprenderla, compadecerla, ayudarla. Para ella yo no sólo representaba el destino acosador, como dijo Israel, sino también su éxito al enfrentarse a sus atormentadores, los asesinos de su padre. Yo era el motivo de orgullo de su conquista en el sentido de que podía sentirse muy justa e indómita cuando conseguía golpearme. Yo le proporcionaba cierto sentido de identidad en su confusión de papeles, pues injuriarme era demostrar que ella seguía sin reconciliarse con su destino. Verme la hería, herirme la hería, saber que yo estaba herido la hería. Todo este dolor, toda esta crueldad y dureza la harían sentirse justificada. Parece contradictorio que alguien pueda aferrarse al dolor, y a causar dolor, con tanta firmeza como se puede aferrar a la alegría y a dar alegría. Eso era lo que Cleopatra parecía hacer, y de manera apasionada. De esta forma peculiar, desde el principio, yo fui la pasión de Cleopatra. Me abrumó con una desnudez de alma que por lo general sólo se reservaría para un amante. Eso me confundía pero también me resultaba irresistible. Me arriesgo a sostener aquí que me convertí en la pasión de Cleopatra del mismo modo en que Peregrine se había convertido en la pasión de Charity. Así como nosotros éramos padre e hijo, ellas eran madre e hija, y por sangre, por estilo y por convicción su sino era el de amar y odiar y no terminar de decidirse.

Esta investigación tendrá que concluir por ahora, quizá para siempre a menos que me sienta tentado a reanudarla. La verdad podría ser que entonces yo no comprendía a Cleopatra más que ahora. Reconozco mi fracaso en representarla. Me gustaría tener a Israel para recurrir a él, o quizá un libro de esas cosas... crímenes del corazón. Tal es la profundidad del tema, Cleopatra me atacaba. Ella era cautivadora, peligrosa, rápida. Quizá la amara por defensa propia. Luchábamos en el campo de batalla de nuestros corazones por la satisfacción de conquistar la misma razón de ser del otro. Fuimos concebidos en una confusión del destino: ella podría haber sido mi hermana, yo podría haber sido ella. ¿Cómo habría de llegar alguna vez a su fin nuestra contienda? Ambos perdíamos y ambos ganábamos. ¿Cómo siento todavía el miedo hacia ella, lo mismo que mi amor por ella! Me pregunto si ella sentirá lo mismo por mí. La única conclusión que me ofrezco a mí mismo, después de todo este tiempo, es que nuestro amor fue, desde el primer intercambio brusco en Vexbeggar, tan



desafortunado como imposible.

El abuelo fue el primero en percatarse de la nueva vergüenza en el mundo de los hombres. Se había mantenido apartado de nosotros los primeros días después que salimos del puerto de Estocolmo, ocupado en dirigir una tripulación improvisada mientras el *Ángel de la Muerte* salía del Báltico hacia el Kattegat y el Skaggerak y luego entraba en el mar del Norte. Iba indiferente a nuestras recapitulaciones y reconciliaciones. Se ocupaba de su barco y del mar. Tuvo una visión clara de ciertas irregularidades misteriosas en el tráfico comercial, la línea de la costa, el mar.

La noche que se confió a mí brillaban humillantemente las estrellas, con Castor y Pollux casi encima de nuestras cabezas, como ojos del cielo, Wild Drumrul y Lazarus tenían la guardia al timón; Orlando el Negro, Babe y Earle la guardia en cubierta. Bromeaban festivamente cuando llegamos. El abuelo, sombrío y ceñudo, me invitó a proa, dejando claro que desaprobaba la conducta de la guardia. Me sentó junto al palo de trinquete. Pronto nos vimos empapados en una neblina fría mientras el *Ángel de la Muerte*, las velas orientadas para una travesía lenta en un mar ondulante, surcaba las aguas con rumbo fijo hacia el oeste. El abuelo señaló la Vía Láctea. Dijo algo extraño acerca de los signos, en escandinavo antiguo. Me impresionó y regocijó descubrir que conocía los cielos tan bien como conocía la Biblia, y de la misma manera: como celebrante, no como crítico. Empezó con voz sonora:

—¡Eres un premio! Lo veo. Ningún hombre podría haberte criado mejor.

—Te gustará mi padre. No siempre fue así —dije.

—Ahora no importa. ¿Sabes lo que tienen pensado?

—¿Israel y Guy?

—Todo ese grupo pagano. Quieren que te lleve alrededor de media tierra. A esa Baja California. No saben. No les contaré. Te lo diré a ti.

—Eres un buen maestro. Cada día que pasa somos un barco mejor —empecé a decir. Creí que se refería a que los tripulantes de su barco eran unos aficionados. Al principio eso me había preocupado, pero veía que el *Ángel de la Muerte*, aun con *Grulla Negra* atado entre los mástiles, era una belleza robusta; originalmente había sido construido para resistir el brutal golfo de Botnia. El abuelo en una ocasión se había jactado de que tres hombres y una Biblia podían llevar el *Ángel de la Muerte* hasta la luna. Pero dejé de defender a la tripulación cuando noté la impaciencia de mi abuelo. Le pregunté—: ¿Qué es lo que sabes?

—Yo no suelo abandonar una empresa difícil —dijo, gesticulando hacia el oeste—, pero no tenemos ninguna posibilidad de llegar a ese México.

—Es donde viven los Furore —comenté. De nuevo me equivoqué. Se volvió despacio hacia mí, el pelo y la barba enmarañados y como de piedra por el rocío de las olas, la cara inundada de una certidumbre terrible. Se secó los ojos. Me estudió. Por entonces yo no podía imaginar algo que el abuelo no fuera capaz de hacer, o algo que fuera demasiado duro para que él lo intentara.

—Piensas que soy un monstruo. ¿Es eso lo que te dicen ellos? ¿Por lo que hice? ¿Por mi trabajo con la Liga? ¿Un monstruo?

Me esforcé por decirle que no entendía.

—Di lo que tienes en mente —ordenó.

—Fue feo lo que hiciste. Sí, te equivocaste —repuse.

—Lo que hice, lo que tuve que hacer, lo que hicimos... fuimos santos en comparación con lo que hay ahí —dijo el abuelo, apuntando al oeste—. He servido al Señor toda mi vida. Antes te clavaría este cuchillo en el corazón que desobedecer al Señor. Entiende esto, nieto. Cuando el Señor le dijo a su servidor Noé que se construyera un arca, y cuando el Señor le dijo a Noé: «He determinado acabar con todos, ya que por causa de ellos la tierra está llena de violencia, y voy a exterminarlos a ellos con la tierra», y cuando el Señor cumplió ese terrible plan, y cuando el Señor salvó a Noé y al resto después de un mes y veintisiete días, y cuando el Señor le dijo a Noé y a los suyos que volvieran a pisar esta tierra santificada y que crecieran y se multiplicaran en ella, yo pregunto: ¿fue el Señor un monstruo? ¿Te resulta feo? ¿Estaba equivocado? Háblame con claridad. ¿Consideras al Señor un monstruo?

—No, abuelo —contesté.

—Entonces empiezas a entender el poder y la sabiduría del Señor, todopoderoso y terrible y justo. Nosotros, los de la Liga, hicimos su trabajo. Intentamos construirnos un arca. Intentamos salvar a unos pocos de la cólera del Señor ante la vileza de los hombres. Lo intentamos y valió la pena hacerlo. La perversidad de los hombres está viva, cada día más fuerte. Podríamos haberlo conseguido. Es un fracaso mío haberme ido, no tener fuerzas suficientes como para llevar nuestra obra hasta el final. También es un fracaso mío por el mal que te hice a ti, lo que me ha rebajado. Acepto mi camino. Te tengo a ti. No desafié la sabiduría del Señor. La sirvo.

—Por favor, abuelo, no conozco la Biblia tan bien como tú —dije, respirando profundamente, pues si alguna vez hubo un primer momento para mí de aprender valor moral, fue ése—, pero ¿no le prometió el Señor a Noé, después del diluvio, que jamás enviaría de nuevo las aguas, por malo que se volviese el hombre?

El abuelo rugió; fue el ruido de una montaña al moverse. Y creo que esbozó una sonrisa que le borró el viento.

—No puedo creer que fuera como tú dices —continué—. Y no puedo creer que el Señor le hiciese eso a la gente. En Vexbeggar quemaron escuelas e iglesias. Dispararon a niños. Y esa pobre gente ahogaba a sus propios hijos. Creo que tuve que matar a un hombre por lo que hizo vuestra Liga.

—Tú luchaste por lo tuyo. Eso no está mal. Nosotros luchamos por lo nuestro. Eso no está mal. La perversidad del hombre, Grim, está en todas partes. Satán se apodera del alma de cualquier hombre que no ama por completo al Señor. ¡Lo que he visto! ¡Lo que he hecho! ¿Qué puede saber un muchacho de lo que los paganos hacen a los creyentes en nombre de su clase de justicia? Su justicia. No la mía. Yo estoy dispuesto a reconocer mi error. Muéstrame dónde me equivoqué al luchar por mi

pueblo. Muéstramelo, dímelo. ¡No me equivoqué! Golpeé contra la oscuridad, igual que tú en Vexbeggan. Me llamas monstruo y dices que estoy equivocado. La oscuridad es peor que cualquier cosa que tú hayas visto. Tú no conoces la oscuridad. No es ese cielo. No es ese mar. No es lo que yo he hecho. ¡Está allí, y allí, y allí! —El abuelo agitó los brazos hacia el sur, el este, el oeste.

Me planté a su lado, miré hacia donde señalaba. Entonces dije:

—Veo el mundo, abuelo. Me asusta. No me odia. ¿Por qué debería odiarlo yo?

—¿Quieres ver la oscuridad? —preguntó, irritado, feroz—. Entonces usa tus ojos y tu inteligencia. Si lo hubieras hecho, hoy habrías visto por estribor a ese lobo alemán.

—¿Qué lobo? —dije.

—¿Quieres conocer el lugar de ellos, esa tierra pagana, América? ¿Te lo cuenta tu padre? ¿Te lo cuenta esa mujer? ¿Has oído hablar de su infamia?

—¿Te refieres a Vietnam?

—¡Eso es cosa pasada! Peor que lo que ve un muchacho. ¡Míralo!

Sentí que me perdía una batalla fantástica. Quería ver algo. Me esforcé. Lo único que aún estaba era el mundo. Me rodeó los hombros con un brazo, no un gesto amistoso, sino mortal.

—¡Tú! —atronó el abuelo—. ¡Quiero salvarte de su oscuridad! Ven conmigo. Podemos sacar ese *karfí* tuyo y poner rumbo al noroeste. Conozco a algunos hombres buenos. Groenlandia nos acogería. Podemos pescar, mantenernos al margen un poco más.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué es lo que no me has contado?

—No hay refugio. No hay santuario. No hay paz. Esa Baja, esa California... ¡mentiras! No podemos luchar contra ellos allí. Debemos huir, y luchar sólo cuando ya no podamos huir. ¡Date cuenta!

Me ordenó que me fuese y no volviese a molestarlo hasta que hubiera tomado mi decisión sobre Groenlandia. Yo no tenía respuesta, no podía imaginar qué era lo que debía decir. ¿Estaba loco el abuelo tal como repetía siempre Israel? ¿O intentaba decirme algo importante en un lenguaje que yo no sabía interpretar? Yo quería establecer una relación firme con él a pesar de sus truenos. El abuelo era un hombre con el que uno podía intimar, si él lo permitía, sin disfrutar jamás de un momento de intimidad. Su devoción hacia mí era directa, cautivadora. No quería hablar de eso, ni siquiera mostrarlo de una manera normal. Yo me preguntaba por qué parecía creer en mí de una manera tan absoluta. Decía que me lo debía por el mal que me había causado, por abandonarme al nacer. Quizá su fidelidad a Grim Fiddle era un modo de expresar su dedicación a la idea de su propio destino, quizá su fe en mí era parte de su propio discipulado. Pero quizá creyera en mí simplemente porque me amaba como un abuelo ama a su nieto.

Si eso era todo —amor—, entonces puedo descifrar más que nuestro lazo familiar. Puedo hablar a lo que yo soy. Pues con ese amor, el abuelo me traspasó

enormes partes de sí mismo. Ahora entiendo que toda la energía, fortaleza, perseverancia, arrojo y visión que poseo, al igual que la arrogancia, hipocresía, crueldad y clara deshonestidad, surgen de la furia del abuelo; también están mezclados con lo que aprendí de mi padre sobre las ironías de la pérdida, la entrega, la impotencia. Así como una vez aprendí a respetar la melancolía de mi padre, a bordo del *Ángel de la Muerte* aprendí a respetar la resolución del abuelo. Mi situación a bordo del *Ángel de la Muerte* era tal que no habría podido denunciar al abuelo y apartarme de él, como no habría podido denunciar y apartarme de uno de esos agotadores, hipnotizadores e infatigablemente brutales profetas de Judá que atormentaban, maldecían, condenaban y finalmente salvaban a sus hermanos de otro período del mismo tipo de «oscuridad» que el abuelo me anunciaba. El abuelo estaba loco, en el sentido racional al que se refería Israel. Pero esto debe quedar claro: el abuelo carecía de raciocinio. Sin embargo, había en él grandeza y astucia. No debemos olvidar ahora, cuando el calor y el ímpetu de aquella época pueden parecer tan remotos como el diluvio de Noé, que aquellos tiempos inspiraban lo extraordinario en la creación, como un Leviatán. A bordo del *Ángel de la Muerte*, teníamos a mi abuelo. Recuerdo una ocasión en la que Israel bromeó conmigo diciendo que si el mundo era de verdad un escenario, entonces tenía que haber grandes papeles. El abuelo representaba un gran papel. A pesar de toda su mezquindad de espíritu, era nuestro salvador. Aprendí a creer en él intrínsecamente. Aprendí a confiar en él como un pilar de mi fe. Aprendí a adorarlo.

Pensé mucho en su advertencia, por irracional que pareciese. ¿Qué era Groenlandia para el abuelo? Para los antiguos escandinavos había sido un refugio desesperado, temporal, triste, del que habitualmente habían planeado regresar a la acción y a la venganza. ¿Y qué pasaba con la conversación del abuelo sobre las arcas? Si Suecia era un arca, ¿había otras arcas? ¿Y qué era eso del «lobo alemán»?

Aquella tarde había aparecido un cúter a estribor. Quizá fuera alemán. Yo no había visto ninguna amenaza. Al recordarlo, sí había dado la impresión de que podía estar inspeccionándonos mientras nos deslizábamos hacia el mar del Norte. Más tarde, esa noche, después de mi charla con el abuelo, oímos truenos hacia el este. Pueden haber sido disparos de cañón. A la noche siguiente divisamos hacia el norte un grupo de grandes pesqueros de arrastre, con los motores funcionando, actuando de manera coordinada, sugestivamente agresivos. A la tarde siguiente avistamos restos de naufragio a través de un ancho frente, y mientras lo bordeábamos por el sur creímos ver cadáveres de animales hinchados: perros y ganado. El abuelo vino hasta la barandilla. Le pregunté qué veía. Levantó la voz para que Israel y Molly lo oyeran:

—Aquí hubo una batalla.

Esa noche, durante nuestro rutinario concilio, el abuelo trató de meterse por primera vez en nuestra toma de decisiones. Nos incitó a cambiar de curso, poniendo rumbo al Atlántico por el norte de Escocia, algo que en esa época del año habría representado una dura travesía, con mares vastos y témpanos flotantes, Israel se

opuso instantáneamente a la recomendación del abuelo y lo expresó de manera brusca, haciendo que yo tradujera su inglés en vez de dirigirse él mismo al abuelo en sueco. Fue una excesiva muestra de indiferencia. Es en ese enfrentamiento donde marco el comienzo de la batalla espiritual por el control del *Ángel de la Muerte*, una contienda en la que yo me vería como peón, traidor y premio: sí, el abuelo estuvo siempre al mando del barco, siempre fue propietario y capitán; pero durante aquellas primeras semanas después de la salida de Estocolmo no era el supremo señor de sus pasajeros. Y eso le dolía. Escuchó mi versión abreviada de los comentarios de Israel, y luego abandonó la galera. Me parecía que estaba frustrado; en realidad, estaba intrigando, tomándose su tiempo. La decisión del concilio —aprobada por nuestro triunvirato gobernante, compuesto por Israel, Guy y Thord— fue proseguir hacia el canal de la Mancha.

Una patrulla británica —dos cúters bien armados— nos interceptó al amanecer. La nave principal nos ametralló la proa con un arma automática antes de llamarnos. No hicieron ningún intento de comunicarse de barco a barco por radio. Subí a cubierta a toda velocidad. Relevé a Earle al timón, envié a la guardia a orientarnos con cuidado. Orlando el Negro estaba preparado para descubrir nuestra arma automática fija, y sólo gracias a la intervención de pensamiento rápido de Otter Ransom, que gritó «¡No! ¡No!», nos salvamos de una andanada en respuesta, Otter Ransom había sido nombrado nuestro oficial de armas, y eso ya había provocado desacuerdos con los hermanos Furore, que se habían visto obligados a entregar las armas de fuego al arsenal, Otter Ransom ordenó a Orlando el Negro y a Babe que bajaran a la bodega, gritó por la escotilla que los dos convictos que habíamos rescatado con mi padre debían mantener a todo el mundo escondido. Apunto aquí que esos dos convictos no fueron elegidos ociosamente para desempeñar su parte en el rescate, sino que en una ocasión habían sido algunos de los mejores contrabandistas de Thord, un lapón llamado Skyeless y un hombrecito pardo a quien Orri llamaba Troll Alto.

El abuelo subió a la cubierta y tomó el mando. Izamos nuestra bandera sueca. Hizo que Israel subiera a Molly y a Cleopatra para que diésemos la apariencia de un crucero de placer; Guy subió sin permiso. El segundo guardacostas nos rodeó a alta velocidad y envió una estela que hizo escorar súbitamente nuestro barco, Guy agitó el puño. El abuelo dijo que nos relajáramos. Entonces ahuecó las manos sobre la boca y gritó con voz atronadora que éramos ciudadanos suecos que íbamos rumbo a las Américas. El guardacostas principal hizo centellear un foco a lo largo de nuestro barco, deteniéndose en la loneta que cubría el arma automática. Un oficial corpulento con una enorme chaqueta azul apareció con un megáfono y dio su nombre, su rango y la nacionalidad de su nave. Prosiguió, de manera cansada, y nos advirtió que no intentáramos desembarcar en tierras británicas, incluyendo las islas del Canal, y que todos los puertos británicos estaban cerrados a los «refugiados sin autorización», Guy gritó: «¿Autorización de quién?». El abuelo asintió dando su aprobación, y ahogó el

ruido del mar condenando la herencia del oficial, su armada, su país, cualquier hombre que se atreviera a apoyar semejante política que lo excluía a él y a su barco. Exigió saber qué derecho tenía la Armada Británica a abrir fuego sobre un barco sueco en aguas internacionales.

El oficial, en apariencia disgustado con su misión, pero en todo momento un buen marino, dijo una palabra:

—Cólera.

Perdimos a los británicos cuando abandonamos el estrecho de Dover, pero pronto avistamos unos guardacostas franceses hacia el sudoeste. No quisimos arriesgarnos a su puntería en nuestra proa, y nos mantuvimos bien al norte de la bahía del Sena al tiempo que nos esforzábamos por evitar más patrullas británicas. Nuestra tarea era agotadora, ya que también luchábamos con el viento y la corriente del oeste. Fue un angustioso cruce del Canal. Había noches en que veíamos fuego hacia el nordeste, de barcos o de la costa inglesa. Y Wild Drumrul, que tenía los mejores ojos a bordo, juró que había visto una explosión que desgarró el horizonte con llamaradas rojas y amarillas en dirección a Cherburgo. Cada amanecer oíamos los truenos, que ahora tenemos motivos para suponer eran producidos por armas de fuego. Había muchos restos de naufragios y manchas de aceite que se convertían en lagos negros que cubrían nuestra proa con grasientas algas marinas. Al sur de Plymouth, Guy y Orri, de guardia en la cubierta, dijeron que habían visto restos de un naufragio con gente aferrada a ellos. En aquel mar ondulante resultaba imposible mantener un puesto de observación. Poco después, un viento repentino y feroz se levantó de pronto del sudoeste —nuestro quinto contratiempo desde el Skaggerak, pero nuestra primera prueba sería como marineros— y nos vimos demasiado apremiados manejando las bombas, arriando las velas, entrando en un mar pesado durante cuatro días como para preocuparnos por alguien a la deriva allí afuera.

El poco tiempo del que disponíamos, entre la lucha contra el mar y dormir mal en ese mareante subir y bajar, lo empleábamos en discutir el significado de lo que habíamos visto. Coincidíamos en que todo el norte de Europa parecía temer los trastornos de los refugiados bálticos tanto como le había sucedido a Estocolmo. Suponíamos que, dado el pánico, hacían falta ciertas precauciones. Habíamos visto suficientes barcos de arrastre sobrecargados, viejas fragatas con cubiertas atestadas de tiendas y restos de barcos como para imaginarnos la confusión mortal de las poblaciones que huían de manera desordenada.

Lo que no nos resultó obvio fue el alcance de la exclusión. No se trataba de ninguna política simple o local, era algo mucho más virulento. No lo veíamos, al menos como lo planteaba el abuelo. Nos habían dejado pasar ilesos. Creíamos que nuestro destino era el común. Fue suerte. No tengo ahora un conocimiento cierto de cuántos fueron los barcos que se fueron a pique por accidente, por tripulaciones mercenarias, o cuántos fueron hundidos por esos cúters. Adivino una vergüenza paneuropea.

Lo que nos engañó, lo que dejamos que nos engañara, fue que no había nada abrumadoramente fuera de lo normal en la radio, ni en la de los barcos ni en la internacional, que indicara la existencia de una trama organizada. En un concilio. Lazarus nos explicó que cuanto más grande fuera la conspiración más atroces serían sus consecuencias y más probable sería que se mantuviera en silencio, indirecta, burocrática, mundana.

—Una negativa no parece una amenaza —dijo Lazarus—, pero cuando todo el mundo dice que no, puede ser una sentencia de muerte.

Cleopatra se ofendió al oír eso. Me sorprendió, ya que había creído que Lazarus lo único que hacía era expresar sus opiniones.

—Estamos a finales del siglo veinte, Lazarus —dijo—; no hay villanos.

El abuelo estaba encorvado en la galera; me habló tan pronto como Gizur tradujo lo que había dicho Cleopatra.

—La oscuridad, Grim. Satanás sonríe.

Entramos en las rutas principales al sur de Lizard Point, luchando aún con los mares pesados mientras avanzábamos hacia el golfo de Vizcaya. Nuestra intención era realizar el cruce atlántico con los vientos alisios del nordeste desde las islas de Cabo Verde. Avistamos numerosos cargueros relucientes que hacían sus travesías como siempre. Otra ráfaga de viento que venía de Ushant nos envió mar adentro, alejándonos de una fragata de aspecto maltrecho que, desde la distancia, parecía desarbolada. Estuvimos varios días luchando contra la tormenta, y creo que fue algo bueno, pues esos fuertes ventarrones del Atlántico mejoraron nuestra pericia en la navegación, nos obligaron a aprender a trabajar juntos, nos prepararon para los sufrimientos que nos esperaban. No fue hasta finales de noviembre que nos topamos por casualidad con la primera prueba inequívoca de violencia.

Al amanecer estábamos al este del cabo Finisterre. Lo recuerdo claramente porque Earle me había animado a subir al palo mayor para mirar un banco de peces fosforescentes que pasaba por debajo de nosotros, Wild Drumrul ya estaba por encima de mí, cerca de la punta. Desde allí vio un navío pequeño a la deriva, contra el viento, hacia el oeste. También estaba en llamas, pues a los pocos minutos un humo cada vez más denso señaló el sitio, y todos lo vimos desde la cubierta. El abuelo nos dio varias órdenes y avanzamos despacio hacia la embarcación. Nos sobresaltó ver, media hora más tarde, que una pequeña lancha motora salía a toda velocidad del barco abandonado y ponía rumbo a la costa justo en el momento en que una explosión desgarraba el casco de proa. Alguien había conseguido botar un esquite que no vino hacia nosotros sino que flotó sin rumbo fijo. Había diez cuerpos en el bote, ocho muertos por asfixia y quemaduras, un niño muerto por causas desconocidas y un décimo, un hombre pequeño, que se estaba muriendo debido a mutilaciones en el torso. El mar a nuestro alrededor estaba salpicado de cadáveres, Troll Alto, que tenía un fastidioso talento para pensar con claridad en medio de tanto crimen, calculó que había unos cien cuerpos, la mayoría niños. Nos preocupaba la

posibilidad de infección. El oficial había dicho «cólera». Sin un acuerdo unánime, subimos al superviviente a bordo. Respondió a tres preguntas antes de morir.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó Lazarus.

—¡Querían oro! ¡No tenemos oro! ¡Tenemos niños! ¡Necesitamos agua! ¡Nos mataron por oro!

—¿De dónde vienes? —preguntó Lazarus.

—¡De la flota de los malditos! —repuso.

Israel oyó la traducción de Lazarus, se apartó, me miró con expresión lúgubre, como si hubiera recibido un disparo, y dijo:

—No es posible. No. Ahora no.

—¿Hacia dónde ibais? —preguntó Lazarus.

—¡Agua! ¡No nos quisieron dar agua! ¡Querían oro! ¡Llevad a los niños a América! ¡Tengo primos allí!

El abuelo lo sostuvo con ternura, rezó sobre él con voz lo suficientemente alta como para protegernos de sus gritos. La última pregunta el hombre la contestó muerto. No era del Báltico ni del norte de Europa. No era español, marroquí, ni africano negro. Era musulmán, dijo Lazarus, con toda probabilidad descendiente de gente que originalmente procedía de lo que entonces era la República Islámica de Pakistán. Hablaba portugués, Lazarus suponía que era un refugiado de la República Popular de Angola.

«La flota de los malditos», comentamos entre nosotros, Lazarus dijo que se trataba de una traducción tosca y que también podía significar «barcos de los maldecidos» o «naves de demonios», Wild Drumrul dijo que habría sido lo mismo en turco. Orlando el Negro añadió que era lo mismo en español, Guy dijo que era igual en francés. Yo sabía que era lo mismo en noruego antiguo, sueco y alemán. Sólo en inglés sonaba ampuloso, fantástico, alucinante, Israel dijo que se trataba de la peor clase de humor, del tipo de broma más detestable... completamente contagiosa. También explicó que en todos los idiomas se acercaba a lo indecible.

Intentamos no hablar del tema mientras avanzábamos a la mayor velocidad posible con los vientos alisios portugueses por la costa ibérica. Dormíamos mal, ya que establecimos guardias adicionales y militares de veinticuatro horas, Otter Ransom impartió lecciones de armamento; Troll Alto y Skyeless trazaron planes para enfrentarnos a posibles abordajes, Wild Drumrul vivía en el palo mayor, los ojos fijos en el este en busca de lanchas motoras. Por la noche apagábamos todas las luces y durante el día nos manteníamos bastante alejados, mar adentro, de las rutas navieras. Seguimos dominados por ese pánico hasta que dejamos bien atrás el cabo San Vicente, cuando sentimos la razonable seguridad de estar fuera del alcance de los barcos con bases costeras.

Orri perturbó nuestra cena una noche al confesarle en voz alta a Thord nuestra peor fantasía, y todos lo oímos:

—Pero ¿piratas? ¿De Portugal?



Thord le pidió que callara, Guy dijo que no era posible, que era imprudente que gente con tan poca información como nosotros pensase que esos pakistaníes habían sido asesinados por piratas que operaban a plena luz del día en la ruta marítima más recorrida de Europa, desde Ushant a Gibraltar. El abuelo, sentado cerca, leyendo la Biblia Fiddle, escuchó la traducción de Gizur y luego miró acusadoramente a Guy. Guy le devolvió la mirada y dijo:

—Fue un hecho anormal.

Más tarde, Lazarus nos llevó a Israel, a Guy y a mí aparte y nos explicó cómo había reelaborado su anterior tesis; dijo que Europa era muy capaz de organizar una conspiración de indiferencia. Sonrió con esa mueca de suficiencia, altivo, arrogante; añadió que si se tomaba en consideración la violencia del clima, el mar, la enfermedad y a esos chacales de la lancha, tal conspiración de indiferencia podía significar el asesinato a escala masiva de todos los desvalidos, sin una nación, una costa, una isla, una roca a la que aferrarse.

Divisamos Porto Santo, la pequeña isla al nordeste de Madeira, al amanecer de mi vigésimo segundo cumpleaños. No estábamos con ánimo de festejo. Peregrine me dijo:

—Haremos una fiesta cuando llegemos a Baja California. —Israel lo oyó y no ocultó su suspiro. Necesitábamos agua, descanso. El mar estaba oscuro y el cielo se cerró a nuestro alrededor mientras marchábamos tediosamente al oeste y avistábamos las montañas centrales de Madeira, cubiertas por una niebla densa. Teníamos la intención de acercarnos por el sur de Madeira para anclar en Funchal al anochecer. Yo estaba contento conmigo mismo, no por mi cumpleaños, sino porque mejoraba rápidamente como navegante del abuelo. Puse el rumbo correcto. Pero no iba a ser posible. Un guardacostas portugués apareció desde el lado de sotavento de Madeira y nos interceptó con inconfundible malevolencia, Earle llevó rápidamente a Molly abajo. El abuelo dio una orden y viramos hacia el sudoeste. En concilio aquella noche, Israel y Guy tardaron más de una hora en llegar a la misma decisión que el abuelo ya había tomado sobre nuestro rumbo de navegación. Me molestó que hicieran tal exhibición de su autoridad en el mando del barco. Pero parecía importante para ellos poder decirle al abuelo lo que tenía que hacer. Le ordenaron que siguiera hacia el sudoeste.

Durante la semana siguiente decidimos usar sólo dos tercios de las raciones hasta llegar a las Islas Canarias. Ésa era nuestra primera derrota, y sugería malos cambios. Nos desconcertaban los vientos suaves, la quietud, densos charcos de légamo gris que parecían flotar siguiendo la marejada hacia el noroeste. Evitamos con cautela todo tráfico. Estábamos a un día de Tenerife, la isla principal de las Canarias y nuestro destino, cuando divisamos una gran masa de peces muertos, incluyendo a varias docenas de delfines, con el vientre hacia arriba, medio podridos, flotando sobre la cresta de una mancha multicolor frente a nosotros. Un viento favorable nos ahorró el olor, pero no las dudas, Lazarus, a través de Gizur, le preguntó al abuelo si esto era

algo raro. El abuelo contestó:

—Es muy viejo. —Israel intentó iniciar una discusión con el abuelo, condenando su negro fatalismo. El abuelo se encogió de hombros. Me dolía ver a esos dos menospreciarse mutuamente, en especial porque, en el océano, el abuelo aventajaba a Israel.

En Tenerife fue igual que en Madeira, con la diferencia de que uno de los dos guardacostas españoles que nos persiguió se acercó lo suficiente como para gritarnos que podíamos amarrar en el malecón del puerto a cambio de oro. Estipularon una cantidad astronómica y especificaron que debía ser oro, no gemas ni billetes.

Alimentados por malas raciones, salvo Molly y Peregrine, fuimos hacia la última recalada viable antes de cruzar el Atlántico, las islas de Cabo Verde, situadas a una semana al sudoeste. Ojo Saltón fue el primero en enfermarse, Hallverd, el joven Espía del Rey (o Brigadista Evangélico) al que habíamos llevado con nosotros —y que no había sido capaz de bajar a tierra—, poco después cayó con una fiebre similar, y nos confundió, ya que suponíamos que el historial de mala salud de Ojo Saltón lo hacía excepcionalmente propenso a las infecciones. Seguimos hirviendo el agua, lo que rebajó aún más nuestra reserva. Sosteníamos que el problema podía radicar en los peces que atrapábamos, o en los peces voladores que quedaban atrapados solos. Navegábamos con el viento y temiendo los microbios. Si se trataba de cólera, estábamos acabados; así que supusimos otra cosa, y nadie más enfermó. Ya no nos quedaba margen, Israel y Guy declararon en un concilio que ya no deberíamos eludir a ningún guardacostas portugués sin plantarle batalla. Nos preparamos para una lucha que no se presentó, por lo menos no como nosotros habíamos anticipado. A media mañana divisamos Sal, la isla del nordeste del archipiélago de Cabo Verde, y viramos para navegar bien lejos por el día, y pasamos Boa Vista y Maio con cautela. No había nada más que niebla, mar oscuro, calma. Nos deslizamos en Puerto Praia, en la costa de sotavento de la isla principal, São Tiago, al anochecer.

El silencio era característico. La ciudad estaba en cenizas. La reacción espontánea de Lazarus ante la visión de los humeantes muelles —para provecho de Cleopatra, pero yo lo oí— fue que había habido otra revolución fracasada que se había consumido a sí misma por su ansia de sangre. Dijo que había oído hablar de una «lucha de liberación» que había tenido lugar en los años 80 y que éste debía de ser su último estallido. Su presunción no encajaba con los hechos. La ruina era total. Estudiando São Tiago en esa atmósfera densa, bajo los perfiles iluminados por la luna de esas cimas volcánicas, me resultó claro que siempre había habido hambre y agitación en la isla, incluso en los años buenos. Me resultó tan obvio que sólo un hombre podría haber reducido todo de manera tan malévolamente. Las pocas víctimas que vimos acampadas en la orilla escaparon como sabandijas. La atmósfera sofocante nos ponía nerviosos. La costa cercana estaba esparcida de bultos oscuros que eran mordidos y picoteados por perros y aves. La brisa nocturna que venía de la isla, al cambiar de dirección nos inundó con el hedor, el olor dulce, pegadizo y mareante de

la muerte. Dos veces nos movimos para evitar el hedor, y por último echamos el ancla a cien metros de un muelle intacto. Trazamos nuestro plan rápidamente: los hermanos Furore, Otter Ransom, Troll Alto, Skyeless y yo, más *Iceberg* como exploradora, iríamos a tierra en el esquife por turnos. Necesitábamos agua, comida, información. Esperé en la cubierta a que me tocara salir en el bote, no hablé con Israel y Guy, que estaban detrás a mis espaldas mascullando algo, ni reconocí la presencia de Earle cuando fue a ponerse detrás del arma automática. Entonces consideré mi conducta como una impertinencia apropiada, que expresaba mi ira hacia ellos por no prestar atención al consejo del abuelo de navegar hacia América por una ruta norte. Ahora veo que fue más francamente una expresión de deslealtad a mi familia.

Cuando llegué a la costa, envié a *Iceberg* por delante. Ninguno de nosotros fue lo suficientemente temerario como para detenerse bajo el estandarte que algún oficial desesperado había ensartado como una mortaja sobre el pilote principal del muelle, que decía, en portugués, PELIGRO CUARENTENA. Habíamos jurado que no retrocederíamos ante los hombres, y eso también significaba las enfermedades de los hombres, Lazarus descubrió la otra advertencia, después que salimos del muelle y formamos un frente de batalla, bajo las órdenes de Otter Ransom, para entrar en la ciudad. Pintado con alquitrán negro sobre un rompeolas de cemento había una inscripción siniestra en portugués; Lazarus tradujo literalmente: «Entrad en la desesperación». En inglés, explicó, significaría «Abandonad la esperanza».

Di las gracias al Señor del abuelo por que fuera de noche, ahorrándonos ver la mayor parte de lo que un clima tropical —estábamos a quince grados al norte del ecuador— le hace a una masacre, pues eso es lo que encontramos. *Iceberg* gruñía constantemente, el pelo erizado, mostrando los dientes, el sentido de la sangre alerta. Empapamos pañuelos en la petaca de *whisky* de Otter Ransom y nos los llevamos a la cara, repelimos a las moscas lo mejor que pudimos.

Había supervivientes, los que estaban demasiado enfermos o demasiado agotados para huir. Nos quedamos en la calle principal, abriéndonos paso a la luz de la luna, escuchando los gritos, débiles y no necesariamente humanos. *Iceberg* marcaba las ratas con los ladridos. Encontramos rastros de una batalla cerca de la plaza central, partes humanas insepultas, vehículos calcinados. No examinamos el montículo que había junto al ayuntamiento; a cambio, nos desviamos cuando vimos que el pozo principal de agua estaba envenenado por los cadáveres. Nos llevó cierto tiempo localizar un pozo profundo en una calle lateral, agua que probó Troll Alto y declaró potable. Mientras llenábamos los barriles, un hombre salió de una de las cabañas directamente hacia nosotros. Era viejo, estaba consumido y borracho. Varios ancianos más lo siguieron, y se agruparon para observarnos, Lazarus inició una conversación con ellos. Yo no presté atención hasta que nuestra tarea quedó concluida y estuvimos preparados para partir. El informador principal no dijo cómo se llamaba, parecía más viejo que los cadáveres que habíamos visto. Me habló al acercarme; Lazarus tradujo

casi simultáneamente:

—Éste es mi fantasma. Yo estoy muerto y enterrado.

El anciano también contestó preguntas:

—Vinieron aullando. Había muchos, muchos, como hormigas. Los vencimos. Luego la enfermedad. Se llevaron nuestra comida. Vinieron de nuevo. Se llevaron todo. ¡La mierda! No podían comer nuestra comida. La comieron y murieron. ¿Qué hombres no pueden comer comida? Mi hijo me dijo que eran demonios. Eso es lo que dijo el sacerdote. Que el Infierno estaba lleno. Satanás los ha devuelto a la tierra. Desde hace mucho tiempo, dicen los sacerdotes, los peores pecadores, Poncio Pilatos y Judas. Eran pequeños. Estaban hambrientos. Venían del Infierno. Ésa es la razón por la que no podían comer nuestra comida. Dijo el sacerdote. Les suplicamos que nos dejaran. Murieron. ¡Ardió! Fue Satanás. Madre de Dios, nuestra catedral ardió como un establo. Sólo la mierda no ardió. ¿Qué clase de mierda es ésa? ¡Se mueve!

Regresamos al *Ángel de la Muerte* corriendo, a tanta velocidad como me apresuro a cerrar este episodio. Me resulta difícil, incluso ahora, recordar las primeras conmociones de aquellos tiempos. Además, no quiero extenderme mucho en Puerto Praia, pues no fue algo extraordinario. Supongo que hay relatos de cosas peores en otras partes del Atlántico a los que no tengo acceso; si lo tuviera, diría cosas que harían parecer piadosa a esta isla. Recogimos nuestra agua. Puerto Praia no recogió nada.

Ojo Saltón murió mientras estábamos en tierra. Se cayó de la litera y se derretía de fiebre, Wild Drumrul vino a la barandilla a contármelo. Miré a Israel en busca de guía; Israel se desentendió y abrazó a Molly. Peregrine y Charity no me servían para nada, pues seguían acurrucados abajo. Subimos a bordo los barriles de agua y luego deambulamos por la cubierta. Hablábamos a borbotones, yo a Guy, Otter Ransom a Thord, Lazarus a Cleopatra; luego guardamos un silencio a tono con la noche. El amanecer me sorprendió, con una niebla espesa que tapaba el sol, y la brisa que soplaba hacia tierra agitó los rescoldos de las ruinas convirtiéndolos en nuevos fuegos. Parecía como si una fuerza maligna atravesara corriendo Puerto Praia con una antorcha. Ese lugar nos quitó de todo deseo. Si no fuera por el abuelo, podríamos haber seguido anclados hasta que la autocompasión hubiera acabado con nosotros. Es un pesado tipo de agotamiento. Uno no puede comer ni beber ni pensar de un modo razonable. Quizá sea por eso que el abuelo pudo actuar con tanta eficacia. Su pensamiento no era razonable, parte se hallaba en el presente y parte en el Sinaí, o en Palestina o en Babilonia, allí donde hubiera un espacio y tiempo que inspiraran lo profético. Mientras nosotros gimoteábamos hablando del cólera, la disentería, el cementerio que era Puerto Praia, el abuelo ejercía su ministerio. Fue abajo, envolvió el cuerpo de Ojo Saltón en una manta, le puso un peso, rezó sonora y prolongadamente sobre él, luego lo tiró por la borda con un salmo (el 131 de la Biblia Fiddle): «Mi corazón, Señor, no es altanero, ni mis ojos altivos. No voy tras lo grandioso, ni tras lo prodigioso, que me excede, mas allano y aquieto mis deseos

como un niño destetado con su madre: como el niño destetado, así conmigo mis deseos. Tu esperanza, Israel, en el Señor, desde ahora, para siempre».

Se oyó un golpe contra el agua. El abuelo sollozó, se irguió, se volvió hacia nosotros y entonces soltó una vigorosa reprimenda:

—¡Estáis vivos! ¡Pecadores, vosotros vivís! —Fue a zancadas de proa a popa, gritando—: ¡Alabemos al Señor porque vivimos mientras que uno de sus hijos, uno de los más mansos entre todos nosotros, no vive! ¡Si todos morimos ahora, habremos recibido infinitamente más que lo que esa pobre criatura jamás tuvo! ¿Es que sois tontos desagradecidos? ¡Despejad la cubierta! ¡Todos a sus puestos! ¡Pasajeros abajo! ¡Preparad los cabos! ¡Levad el ancla! ¡Y alabemos al Señor! ¡Alabémoslo!

Me lancé al palo mayor y tiré de los cabos como un poseso. Quería herirme, cualquier cosa que me hiciera sentir vivo, que me hiciera olvidar la historia de aquel viejo, de aquel fantasma, que me impidiera ver lo que probablemente había venido a mí, una visión verdadera, cuando aquel anciano había dicho: «El Infierno estaba lleno». Así que trabajé, grité órdenes, ayudé a Wild Drumrul con el ancla. Todos anduvimos confundidos por el *Ángel de la Muerte*, alimentándonos de la energía que era el abuelo. Dejamos el puerto aturdidos. El mar estaba alto, y nos vimos sacudidos duramente por olas traicioneras. El aire eléctricamente cargado se tensó; hubo unos estampidos graves hacia el oeste, pero esta vez no fueron disparos sino truenos sobre el mar. Supimos que nos encaminábamos hacia una tormenta. La deseábamos. Teníamos que limpiarnos de Puerto Praia. Queríamos el mal tiempo para desprendernos de parte de esa podredumbre. Comprendo ahora que tenía una especie de fiebre mental —otra insinuación del cambio de forma que me abrumaría más adelante en la vida— de la que no salí hasta que no me detuve a ponerme el equipo para el mal tiempo. Mientras me hallaba en la pasarela, Cleopatra apareció de repente por detrás. Tenía los ojos rojos, la cara le brillaba con una belleza y un miedo que ahora recuerdo como su propia naturaleza. Ciertamente, fue una de las cosas que me hicieron amarla. La verdad, dice Grim Fiddle, es que ella era mi ídolo. Me detuve ante ella como un pagano. Empecé a llorar: por Ojo Saltón, por Puerto Praia, por nosotros. Es el primer ejemplo que puedo recordar en el que compartimos un pensamiento íntimo, aunque más no fuera para reconocer que éramos demasiado jóvenes, y que había cosas en el cielo y en la tierra que nunca habíamos imaginado. Ella rompió el hechizo, preguntando:

—Lazarus no quiere decirlo, no puede. ¿Qué encontrasteis?

—Yo tampoco puedo. Sencillamente, no puedo.

—Es importante, Grim. Cuéntame qué visteis. ¿Quién hizo eso? Tú lo sabes. ¿Qué pasa? ¿Qué problema hay? ¿Por qué no me lo quieres contar?

—¿Qué quieres que haga... que te describa eso? ¿Quién lo hizo? ¡No me lo pidas, no me lo vuelvas a pedir! —Me levanté. Levanté la mano. ¿Y por qué? Earle debió de haber estado observándonos; al instante se plantó allí, interponiéndose entre nosotros, apartándola, bloqueándome con la misma espalda enorme que me había

proporcionado intimidad durante mi concepción. Una ola sacudió el barco, tirándome a la cubierta. Rodé y me quedé allí tendido, todo el día, absorbiendo los sonidos de la tormenta creciente y del humor similar al del abuelo. Fue estimulante, rejuvenecedor, y allí arriba lamenté mi transgresión. Estaba avergonzado de cómo me había comportado con Cleopatra, porque comprendí que cuando me había aprestado a atacarla, a atacar sus imperiosas exigencias, no había sido a ella a quien había querido silenciar, sino a mi propio prodigio. Había sentido pánico en vez de enfrentar lo que vi con claridad en el momento en que ella me obligó a pensar. Vi que Puerto Praia había sido destruido por los desterrados y refugiados que se llaman a sí mismos la flota de los malditos.

Sólo la metáfora del abuelo es adecuada para la tempestad que nos engulló al sudoeste de Puerto Praia. Entramos en valles oceánicos de la sombra de la muerte. Soportamos la fuerza de varios ventarrones sobre la cubierta y fuimos levantados y llevados sobre las crestas de las olas como si fuéramos una ramita; si nos hubiéramos desviado sólo un poco de nuestro rumbo habríamos volcado. Recuerdo un momento que me abrumó: luchaba al timón para mantener el barco contra el viento cuando de repente alcé la mirada y vi lo que me parecieron cielos despejados en el este. Llamé a gritos al abuelo y a los demás, diciéndoles que estábamos salvados, que la tormenta se había acabado. El abuelo saltó a la cabina, se limpió la sal endurecida de los ojos y miró hacia donde yo señalaba. Se irguió con elegancia y, alzando los brazos, gritó:

—¡Una buena burla, Satanás!

Comprendí mi error. Lo que había creído eran nubes blancas marcando una ruptura en la tormenta, era en realidad la cresta blanca de la pared de un acantilado de agua. El *Ángel de la Muerte* subió por esa pared, se zambulló con violencia desde la cima, luego volvió a lanzarse al centro del mar. Hubo veces, mientras subíamos y bajábamos por esos desfiladeros, en que anhelé un fin, un solaz, una liberación de esa vasta sepultura de agua salada. Mantuve mi puesto, me aferré a la vida con un poder que, supe, me soltaría siempre y cuando él lo quisiera. El abuelo me dijo que esa tormenta era una señal del Señor. Me pregunto ahora si no habrá sido una bienvenida a nuestro tiempo en el desierto.

El segundo día, que era la Navidad de 1995, casi perdimos a Skyeless cuando una ola canalla se abatió sobre nosotros, mientras él y Orri estaban en la botavara; sólo la suerte y un cabo de seguridad lo salvaron, medio enloquecido por haber sido arrancado de la tumba, con una pierna destrozada. Sí perdimos a Hallverd, el Espía del Rey, el quinto día: delirando a causa de la fiebre, atravesó corriendo la cubierta y se tiró por la popa; una ola lo atrapó en el aire y lo empujó devolviéndolo a medias hacia el barco antes de hundirlo. El séptimo día perdimos la parte superior del palo de trinquete. El mar todavía remolineaba mientras el cielo rugía, lanzando rayos que parecían garras y que saltaban sobre las crestas y entre las crestas de las olas... una ilusión magnífica y terrible. Al llegar el noveno día, el primer día de 1996, no podíamos incorporarnos a nuestros puestos en la cubierta de proa. El abuelo se ató al timón, y ordenó a los miembros más pesados de la tripulación que se alternaran sujetándole las piernas para poder hacer palanca. Nos entregamos al destino. El abuelo no durmió; rezó, cantó salmos, discutió con su Señor:

—¡No deberías abandonarnos aquí! ¡No hemos empezado a sufrir! Somos pecadores vanos. ¿Qué objeto tiene mi trabajo si éste es el final? Debo librarlo de sus acciones. ¡No puede llevarme Satanás! ¡Siento que tu mano me acuna! ¡Pruébame, rómpeme! ¡No cederé!

Cuando la tormenta cedió, atravesábamos el ecuador, aproximadamente a mil

millas de África y a un poco menos de Sudamérica. Las olas nos arrojaron como desechos a un calor terrible. Con la ayuda de Babe, desaté al abuelo y lo llevé abajo, Cleopatra me ayudó a desvestirlo, a lavarlo y a acostarlo para que durmiera. Estábamos demasiado cansados para hablar y nos derrumbamos sobre las literas. No sé cuántos días nos llevó recuperarnos, mientras el *Ángel de la Muerte* iba a la deriva en esa calma húmeda.

Fue Wild Drumrul, dormido en la cubierta para evitar el bochorno de abajo, el que primero olió el humo; o quizá *Iceberg y Goldberg* y sus cachorros, que también estaban arriba para escapar del calor, le lamieron la cara y le dieran la alarma, Wild Drumrul me despertó, gritando en un alemán chapurreado:

—¡El fuego! ¡El mar está ardiendo!

Despertamos a Guy, a Israel y a Thord, y los cinco nos quedamos horrorizados en popa. Era media mañana, y el mar próximo parecía cristal verde. En lo alto, el cielo era de un azul blancuzco debido al calor. Y delante de nosotros, a una gran distancia al oeste, había una trémula línea de fuego, que subtendía un ángulo de noventa grados. Un humo tenue abrazó el agua a una corta distancia, y mientras mirábamos se rizó sobre el mar y cayó sobre nosotros acompañando la ligera brisa que hacía ondear nuestra única vela, y luego desapareció. La calma era completa. El paisaje no resultaba convincente, era otra ilusión, y uno tenía que apartar la cara y mirar de nuevo, varias veces, para entender el tiempo y el espacio. Había allí una línea de fuego, como un mellado cristal rojo, entre el océano azul verdoso y el cielo azul pálido.

Fuimos a la deriva en la fuerte corriente del oeste hacia el mar ardiente. Al crepúsculo, sin señal de viento de ninguna parte, todos nosotros, salvo Peregrine, Charity y el abuelo, nos reunimos en la cubierta a mirar esa terrible belleza.

—El agua no puede arder —me dijo Wild Drumrul.

—¿Es la costa? —preguntó Israel.

—No creo que podamos ver tan lejos —repuse.

—El agua no puede arder —le dijo Wild Drumrul a Israel.

La noche cerrada resaltaba arriba las Nubes de Magallanes y abajo un espectacular paisaje marino, con el fuego muy nítido. Aún estábamos aturdidos por la tormenta, así que supongo que más dispuestos al hipnotismo. No se nos ocurrió pensar en el peligro. No hubo ni una sola palabra hosca en todo el día. Fue el abuelo, que apareció después de la medianoche, arrogante y fuerte de nuevo, quien nos perturbó, en especial a mí. Fue y vino por la cubierta; luego me llevó a popa para otra conferencia privada.

—¡Groenlandia! No te has decidido —dijo.

—No puedo hacerlo, por favor, has de comprenderlo —expliqué.

—¿Sabiendo que lo que he dicho es verdad? Quizá tengamos una oportunidad.

—Ésta es mi familia. Tú eres mi familia. Dijiste que luchar por lo que es mío no es malo.



—El Señor está más enfadado de que lo que yo había pensado —dijo.

—¿Sabes qué es eso? —pregunté, señalando hacia el fuego.

—¡Tú lo sabes! —atronó, saltando al palo mayor para predicar—. ¡Todos vosotros sabéis qué es eso! Hijos míos, ¿por cuánto tiempo no querréis ver? Estáis ahí derrotados, mientras os engulle el remolino.

—¡Una tormenta de fuego! —exclamó Israel, levantándose excitado cuando traduje la alocución del abuelo—. Es eso. Viejo, estás loco, pero sí que ves las cosas. ¿No entiendes, Guy? Grim dice que estamos en las calmas ecuatoriales. La región de vientos variables. Es donde se reúne la basura, ¿correcto? Es una enorme laguna estancada, entre los vientos y las corrientes del Atlántico Norte y el Atlántico Sur. Esa basura se ha convertido en una tormenta de fuego alimentada por los residuos.

—Es muy improbable —dijo Guy.

—También lo eran los piratas. Y también Praia —indicó Israel.

Gizur le contó al abuelo lo que habían dicho; el abuelo recorrió con pasos pesados la cubierta.

—Vuestra ciencia atea y vuestras perversiones os han cegado. Mirad de nuevo, y luego rezad por nuestro rescate de semejante mal.

—Es Satanás —dijo Gizur, que había caído bajo el hechizo del abuelo más que ninguno de nosotros, su mente debilitada, ahora desmoronándose.

—Esas tonterías no ayudan a nadie, Gizur —dijo Israel.

—¡Maldito judío! —dijo el abuelo.

—Basta —intervino Thord, acercándose para proteger al pobre Gizur.

—¡Sodomita impenitente! —exclamó el abuelo—. ¡Haced caso al muchacho! ¡Satanás ha irrumpido en el mundo! ¡Satanás ha desgarrado la creación! ¡Ahí está la herida! ¡Perdición!

Guy, Israel y Thord se reunieron en la proa para conferenciar. Sentí su disgusto con el abuelo. Se lo merecía. De nuevo había abandonado la decencia, dejando que su genio para la persuasión metafórica —que sustentaba su resolución sobrehumana en una crisis— se distorsionara en la quietud, empujándolo a la crueldad, a la histeria. Era la misma distorsión que lo había llevado desde el golfo de Botnia hasta el púlpito de la Estatua de Sal y hasta muy cerca de la dictadura del Norte. Vi eso, e intenté lo imposible: dar mi lealtad a dos grupos irreconciliables.

—Sea lo que fuere —comencé—, debe alimentarse del viento. Si tratamos de alcanzar los vientos alisios y dirigirnos al Caribe, nos arriesgamos a ser arrastrados al interior de eso. Bloquea nuestro camino. No deberíamos regresar ahí.

—Es Satanás, Grim —dijo el abuelo.

—Cállate, viejo, o te juro... —amenazó Israel.

—Actuad, por el amor de Dios, actuad —intervino Cleopatra—. ¿De qué sirve vuestra charla?

Cuando Gizur le tradujo las palabras, el abuelo batió las palmas, muy complacido con Cleopatra. Nos quedamos allí inmovilizados por la fría y evidente verdad de ella.

O encontrábamos el viento y salíamos de esa calma, o la succión de la tormenta de fuego nos arrastraría al interior del mar en llamas. Teníamos menos salidas que las que yo había presentado.

El abuelo atronó el salmo 100: «Aclamad al Señor, toda la tierra, adoradle en alegría, entrad con gozo festivo en su presencia. ¡Sabed bien que él es Dios!», entre estallido y estallido se detenía para ordenarnos soltar el *Grulla Negra* y el esquife, tomar los remos en grupos y, en las palabras del abuelo, remolcar el *Ángel de la Muerte* «fuera de los vapores del Infierno».

—¡Remad, hijos míos! —gritó el abuelo desde la proa—. ¡Remad hasta que veáis la perdición y la conozcáis! ¡Remad hasta que temáis más la maldición que la muerte y más la muerte que el dolor!

Y recuerdo esto: mientras iba a cumplir con mi turno y Lazarus regresaba del suyo, lo oí por casualidad hablando con Cleopatra; ella señaló hacia el mar en llamas y preguntó:

—¿Puede haber habido una guerra? —Era una idea que no se me había ocurrido, pues desconocía la así llamada ciencia política de Lazarus. Aguardé a oír su respuesta —: No es algo tan fácil; es algo más descabellado, que no tiene explicación, ninguna —y en ese momento se desplomó sobre ella.

Encontramos el viento después de tres días de remar, que nos dejaron sin fuerzas y dañaron la salud de Earle. El abuelo proclamó en seguida su propio consejo. El Infierno quedaba atrás, dijo, y no regresaría, y como patrón del *Ángel de la Muerte* no correría el riesgo de ir al este o al oeste, hacia los vientos alisios, sin intentar una recalada para reparar el palo de trinquete y otros daños menores que empeorarían con otro viento fuerte. En nuestro concilio hubo una amarga discusión sobre la aptitud del abuelo para continuar como capitán del barco. Yo desplegué mis mapas para ayudarlos a tomar la decisión, Guy quería volver, sosteniendo que el fuego se acabaría; Israel se mostraba cauteloso: temía otra calma, y también otra tormenta. Les dije que estábamos tres grados al sur del ecuador. Si íbamos a proseguir sin hacer reparaciones, nuestras opciones eran: buscar los vientos alisios del sudeste y aprovechar la corriente de Benguela hasta un puerto africano del golfo de Guinea, arriesgándonos a toparnos con piratas y cúters, o atravesar con los vientos alisios el Atlántico para alcanzar la Corriente de Brasil y, evitando los puertos americanos por la misma razón por la que deberíamos evitar África, tratar de pasar al Pacífico por el estrecho de Magallanes, la legendaria tumba de todos los barcos mal equipados y mal tripulados. Insistí en que ir hacia el sudoeste parecía lo más seguro, y reparar nuestro palo de trinquete de antemano, lo más prudente. La preferencia del abuelo de una recalada en mitad del océano tenía dos posibilidades: o bien la isla Sao Paulo a nuestro noreste, una desolación deshabitada, o la isla Ascensión al sudeste, un puesto naval británico que podía resultar tan hostil como lo habían sido las Islas Británicas.

Israel y Guy escucharon y estudiaron, luego dieron un consentimiento limitado a favor de Ascensión para las reparaciones, diciendo que sólo entonces decidirían si

íbamos al oeste, al este o volvíamos al norte.

No estaba mal esa precaución; tuvimos mala suerte. El viaje hacia Ascensión fue otro fracaso. No sé bien si había mejores opciones; sin embargo, quizá hubiera alguna otra ruta que yo no fui capaz de formular, algún otro camino que yo no vi, que nos hubiera llevado de regreso al seno de la civilización. Lo subrayo; no es una exageración. Sabíamos que estábamos en total peligro, aunque nos engañábamos, aunque lo habíamos sabido desde la primera vez que oímos la palabra cólera. Era algo que resultaba demasiado fuerte para compartir durante las comidas. ¿Cómo se dice «Creo que estamos perdidos»? Podía situarnos en la realidad. No obstante, estábamos perdidos. De algún modo, en algún punto, por una razón que aún no comprendo (un misterio que obliga a esta historia), los que íbamos a bordo del *Ángel de la Muerte* habíamos pasado del seno de la civilización, la razón, la decencia, el privilegio, el sentido común y la seguridad, al exterior de la civilización, donde no había sensatez, sólo terror, silencio, peor sobre peor. ¿Sucedió en el puerto de Estocolmo cuando liberamos a Peregrine? ¿Sucedió cuando obedecimos la exclusión de los guardacostas y huimos? ¿Sucedió cuando pasamos por alto la masacre de niños en las costas de Portugal? ¿Sucedió cuando atravesamos Puerto Praia rodeados por una pesadilla? ¿Sucedió cuando sobrevivimos a una tempestad que nos habría destruido de no ser por las bravatas del abuelo y por nuestra suerte? ¿Habíamos fracasado y estábamos condenados, nos habíamos atrevido y estábamos atrapados o habíamos tropezado y estábamos siendo tentados? Fue esto: habíamos perdido lo que habíamos tenido, por afortunado derecho de nacimiento, allá en Suecia y en Estados Unidos; y se hacía necesario encontrar una nueva vida exterior, una vida diferente, increíble. Si había un Bien mayor, ya no era para nosotros.

Una semana de navegación borrascosa nos llevó a barlovento de la isla Ascensión. Un clima denso se había cerrado en torno a nosotros, y las lluvias caían en capas, solucionando nuestro problema de agua fresca pero manteniéndonos ocupados con las bombas. Remamos duramente hacia donde debería haber estado Ascensión. Una ráfaga de viento recogió y nos empujó hacia el sur. Yo aún no era un navegante seguro, pero sí lo bastante bueno como para decirle al abuelo que a menos que yo estuviera confundido, Ascensión debería quedar por el este cuando amainara el temporal. No estaba allí, sino que había más niebla y lluvia. Viramos, prestamos atención tratando de oír una sirena, miramos si había luces. Rehíce mis cálculos. Había llegado el crepúsculo, y subí a la cubierta para reconocer de nuevo mis errores de cálculo cuando, simultáneamente, Wild Drumrul gritó:

—¡Tierra a babor! —Y oímos los gritos.

¿Oímos algo? ¿Vimos algo? Debo explicar que dábamos por sentado que habíamos perdido Ascensión durante la noche. Culpé a la ráfaga de empujarnos más al sur que lo que yo había sido capaz de determinar: nuestros instrumentos eran antiguos, y sin las estrellas para confirmar el curso (incluso con ellas, pues los cielos australes eran nuevos para mí y para el abuelo), en la mayoría de los casos sólo hacía

conjeturas. Cuando Wild Drumrul gritó «¡Tierra a babor!», rápidamente supuse que la tierra que había avistado no era Ascensión, sino que se trataba de formaciones volcánicas deshabitadas, del tipo de las que sobresalen de la cordillera submarina en medio del Atlántico, traicioneras para marineros desinformados como nosotros.

Los gritos nos dejaron perplejos. La media luna daba suficiente luz como para arriesgamos a pasar cerca de sotavento del pico visible más grande, Wild Drumrul volvió a gritar, esta vez una nueva sorpresa:

—¡Luz a babor! —Identificó la fuente como un barco anclado a una milla de las rocas. Nos apresuramos a fijar un nuevo rumbo que nos llevara hacia la luz. Al virar, se oyeron más gritos. Esforzamos los ojos en la oscuridad. Distinguimos un puerto natural, formado por dos crestas de sílex negro que se hundían oblicuamente en el mar. En esa cala apareció un montón de cosas hechas por el hombre: botes, barcas, balsas, fragatas. Las olas las empujaban unas contra otras, produciendo crujidos, golpes, chirridos, y algunas se rompían, otras se hundían en el agua. Miramos con atención los escollos en busca de señales de las tripulaciones y los pasajeros. Las rocas estaban desnudas de vegetación. No había fogatas. Le pedí a Wild Drumrul que buscara señales de vida. No había ninguna. Se oyeron más gritos.

—Quizá sea el viento entre las rocas —dijo Israel.

—Di tus mentiras ciegas, judío —dijo el abuelo, ordenándonos que arrizáramos las velas.

—¡Los veo! —gritó Gizur a Orri, señalando con la mano hacia las rocas.

No había nada que ver. Eso es cierto. Sin embargo, cuando bajé del trinquete, vi algo. Interrogué a Babe con un encogimiento de hombros. Aunque era sordo, dijo que sí con la cabeza. Pregunté a Little Dede Gone, que corrió en busca de su hermano. Volví junto al abuelo. El *Ángel de la Muerte* recibió la fuerza del viento y se inclinó, Cleopatra subió con Lazarus. Discutían. Giré hacia ellos justo cuando nos sobresaltó otro grito, una andanada de gritos, un coro de dolor.

—¿Qué es? —preguntó Cleopatra, más a mí que a Lazarus.

—El puerto de los malditos —dijo Lazarus. Estaba enfadado. Ahora entiendo que tenía celos de mí.

—No te lo crees —le dije a Lazarus—. Son sólo barcos abandonados apilados ahí por las tormentas.

—Y tú no te crees eso —dijo él.

Orlando el Negro bajó y se acercó a nosotros. Tenía una expresión severa. Habló en un tono paciente:

—Veo tres crestas afiladas que forman una cima. El océano y las nubes sobre la luna. Restos y desechos. Eso es todo.

El abuelo nos ordenó ocupar nuestros puestos; viramos una vez más, Otter Ransom y Troll Alto se aprestaron al combate. Decidimos no hablar más de esos gritos, de esas formas y figuras en esas rocas, que ninguno de nosotros veía, que sólo creíamos ver, que sentíamos. Los antiguos escandinavos aseguraban que un cadáver

insepulto, en especial si la muerte le sobrevino por accidente o por asesinato, puede buscar a los vivos, puede caminar, hablar y gritar, y pedir justo castigo y arrepentimiento. ¿Vimos a los muertos? Estábamos agotados, asustados, perdidos. Fue el viento. Vimos la luz de aquel barco solitario.

Dijeron que eran misioneros. Su barco era un carguero muy destartado de casi un siglo de antigüedad, con casco de madera, cuatro mástiles, envejecidos motores diesel añadidos en algún punto en una restauración provisional. Se llamaba *La Gracia de Dios* y procedía de Luanda que, me informó Lazarus, era la capital de la República Popular de Angola. En nuestra primera pasada, varios de los misioneros aparecieron en el castillo de proa, enfundados en túnicas, exaltados, y nos recibieron con saluciones en inglés y en portugués, sosteniendo en alto una tosca cruz de madera, gritando «¡Aleluya!». Decidimos echar el ancla frente a una pequeña formación rocosa, a una buena distancia de la popa del carguero, pensando en la marea y en los invisibles dientes rocosos. Una vez que hubimos anclado, con la cadena de cuarenta pies, el tiempo se despejó lo suficiente como para que yo volviera a calcular nuestra posición. No recuerdo ningún sobresalto especial al descubrir que la tierra que teníamos a nuestras espaldas era en verdad la isla Ascensión, que según mis mapas estaba habitada por cuatrocientas personas.

—Jamás lo dudé —dijo el abuelo cuando se lo conté.

Yo no fui en el esquife con nuestro grupo de vanguardia compuesto por Israel, Guy y los Furore. Los hermanos Furore regresaron a la hora con un humor lúgubre, Lazarus dijo que los misioneros parecían mendicantes católicos, una orden laica, posiblemente una orden de delincuentes. Nos ofrecieron ayuda y los suministros que tenían, Lazarus también dijo que se comportaban de una forma extraña, como si nada de lo que estábamos presenciando resultara fuera de lo corriente, Lazarus dijo que Israel quería que el abuelo, Otter Ransom, Troll Alto, Wild Drumrul y yo nos acercáramos en el *Grulla Negra* lo más pronto posible.

Los Furore trajeron con ellos a dos misioneros: un viejo delgado, mestizo, el padre Hospital, y un negro ágil, de edad mediana y piel muy oscura, el padre Novo Pedro. Hablaban portugués, y un poco de inglés británico corrupto y verosímil, llevaban túnicas pesadas y casquetes en la cabeza, y unos vistosos crucifijos. Lo primero que hicieron fue anunciar que estaban preparados para oír nuestras confesiones como preludeo para ofrecernos la Sagrada Comunión. El padre Hospital me preguntó si alguien necesitaba los últimos sacramentos. Le traduje todo eso al abuelo.

—¡No quiero nada de eso en mi barco! —exclamó el abuelo.

—¿Necesitas la absolución, hijo mío? —preguntó el padre Hospital al abuelo. El abuelo lo miró ceñudo y lo apartó con un ademán mientras daba órdenes para botar el *Grulla Negra*. Expliqué a los padres que casi ninguno de nosotros profesaba una religión, pero que mi abuelo era pastor de la Iglesia Luterana Sueca. Sonrieron

agradablemente. Entendí qué había querido decir Lazarus con eso de que eran raros.

Pregunté al padre Hospital:

—¿Qué le pasó a Ascensión?

—Estamos haciendo la obra de Cristo —dijo, y de repente bajó de la cubierta. Fui tras él, y lo encontré saludando a Charity y a Peregrine. Parecía inocente, cándido.

Peregrine le sonrió, me miró y dijo:

—Ten cuidado.

El padre Hospital y yo subimos de nuevo, y nos acercamos a Lazarus, que le estaba explicando a Cleopatra lo que pensaba de *La Gracia de Dios*. Ella llamó al padre Hospital y al padre Novo Pedro y trató de interrogarlos: cuánto tiempo hacía que estaban aquí, de dónde habían venido, qué planes tenían. Contestaron con evasivas de tono místico, hasta que el padre Hospital agarró de la mano a Cleopatra y le preguntó cuánto hacía que no se confesaba, Cleopatra contestó rotundamente:

—Cinco años —y bajó la cabeza y añadió—, y un mes.

No se me había ocurrido que ella había sido educada en la fe católica. En ese momento me di cuenta de que había hecho su última confesión antes del asesinato de su padre.

Antes de bajar al *Grulla Negra*, Lazarus me llevó aparte. Me complació que pareciera confiar en mí; no había querido contarle todo a Cleopatra, pero necesitaba decírselo a alguien.

—Aquello apesta —comenzó—. Esa gente, quizá refugiados, está allá abajo. No nos acercamos a las escotillas. Hay algo que no va bien.

Noté que Lazarus estaba muy perturbado, una mezcla de miedo y repugnancia, y lo toqué en señal de simpatía. Me apartó. Me di cuenta de que también el abuelo estaba nervioso. Hizo que los dos misioneros se sentaran frente a él en el *Grulla Negra* y les dijo a través de Gizur que no hablaran con su tripulación. Al apartarnos del barco le dije a Lazarus que no entendía bien qué podría haber impulsado a Israel a pedir la presencia del abuelo.

La respuesta fue que *La Gracia de Dios* era una tumba abierta. Hedía a desperdicios humanos y a putrefacción. Subimos a bordo usando una red de carga que nos arrojaron desde una plancha. Nos recibieron otros misioneros, con más cortesías e invitaciones, en particular para ir a una capilla levantada sobre la cubierta de proa. El abuelo los desairó con una maldición iracunda. Encontramos a Israel y a Guy en el alcázar; estaban pálidos, y parecían aturdidos, aterrados, Israel dijo que él y Guy acababan de regresar del camarote del capitán, donde se habían entrevistado con el líder de los misioneros, el padre Saint Stephen.

—Están todos locos —dijo Israel.

—Rezan por ellos —comentó Guy—. Deberíais ver cómo es allá abajo. ¡Hay cientos de personas! ¡Y alimentos! En cajas de madera, cualquier cosa que deseéis: medicinas, herramientas, granos. ¡Están ahí, pudriéndose, para las ratas! Rezan por ellos. Algunas de esas criaturas de ahí abajo han roto las cajas. ¡Y no se hace nada!

¡Les preguntas por qué no las alimentan, y nada!

—Dicen que están haciendo la obra de Cristo —señalé.

Entonces, el abuelo se volvió hacia Otter Ransom y dijo:

—Atraca el *Grulla Negra*. Despeja la cubierta de esos sacerdotes. Que ninguno se acerque a tus hombres. Tú y Troll Alto bajad y separad las cosas que aún estén en buen estado. Comprueba esa grúa. —Hubo una pausa, y Otter Ransom miró a Israel para ver si éste se mostraba de acuerdo, Guy dijo, en débil protesta por la presunción del abuelo, que el padre Saint Stephen nos había ofrecido lo que quisiéramos. El abuelo no hizo caso a Israel y a Guy, señaló el mástil que había detrás de nosotros, y dijo a Orlando el Negro—: Busca un hacha y córtalo. Quiero los doce metros de la parte superior.

—¡No puedes hacer eso! —le dijo Israel directamente al abuelo en sueco.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —preguntó el abuelo.

—No lo dijeron —repuso Israel, en inglés y dirigiéndose a mí.

—Este barco jamás abandonará este fondeadero —dijo el abuelo.

—Razona con él —me pidió Israel. Me esforcé por traducir sus preocupaciones.

—¿Dónde está ese sacerdote que os ha asustado, niños? —preguntó el abuelo, Israel se contuvo, afanándose por entender el sueco antiguo del abuelo, que siguió hablando—: Crees que está tan loco como yo, ¿verdad, judío? Ahora me necesitas. No porque hayas abandonado tu país y vivido donde no eras querido, no porque me hayas obligado a salvar a un demonio que merecía el acero. ¡Nada de eso! Me necesitas porque ves la oscuridad ante la que te has encogido durante décadas, y empiezas a ver a dónde ha llegado. ¡A esto! No es mi intención levantarte. Y no te ayudaría ni a ti ni a tus sodomitas si no fuera porque has llenado a mi Grim con una necesidad infantil por ti, y lo usas en mi contra. Observa con mucha atención, judío. Este barco no es Babilonia. Como mucho, es un agujero para Balaam. Tú eres un hombre pequeño, débil, cobarde, impenitente, impío. Muéstrame a ese sacerdote al que temes. Yo te mostraré lo que él es, y que está tan cuerdo como yo, ¡y más que tú!

Israel estaba rígido de ira, Guy trató de calmarlo. El abuelo le rugió a Orlando el Negro sobre cómo cortar el mástil para usarlo en el *Ángel de la Muerte*. Era una exhibición patente de su falta de límites, de su crueldad. Nos aturdía. Trastabillamos a su alrededor: Guy rogándome que lo hiciera callar; Lazarus y Orlando el Negro conferenciando en secreto en oposición a todo el mundo. Apareció el padre Novo Pedro y nos ahorró más desdicha, diciendo que su hermano, el padre Saint Stephen, suplicaba una entrevista con «el luterano». Cuando se lo conté, el abuelo batió las manos, me dijo que lo siguiera y desapareció con el padre Novo Pedro. Miré a Guy, quien me dijo que podía ir, que él se haría cargo de la cubierta. Comenté que ni siquiera yo podía manejar al abuelo cuando estaba así, Lazarus me sorprendió anunciando que me acompañaría, llevándose la mano al cinturón con gesto amenazador, Israel hizo a un lado a Guy, nos miró a mí y a Lazarus, desdeñoso de nuestra preocupación por él, y dijo:

—¡No le temo a ese fanfarrón! Tengo más determinación que un fanático.

Israel nos condujo a Lazarus y a mí a la pasarela. Se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí, a la defensiva, tenso. Sentí que estaba compitiendo por mí, y ello me produjo tristeza. Me contó que había cometido un gran error, debido a un arrebato, cuando invitó al abuelo a venir, que sólo la conmoción de lo que habían encontrado podía explicar su estupidez. Dijo que el abuelo era un hombre salvaje, capaz de cualquier crimen. Se sentía responsable de proteger de él a esta gente patética. El propio Israel se hallaba en un estado de ánimo asesino. Lo había visto deteriorarse desde Estocolmo. Me avergüenzo ahora de haber depositado más confianza en la brutalidad patriarcal del abuelo que en la culta humanidad de Israel. Para ser justo con Israel, el embarazo de Molly era un hecho incapacitador. Israel parecía sufrir más que ella ante cada nuevo peligro que aparecía. Varias veces lo vi bajo cubierta sentado con Peregrine y Charity; estaba pálido, lloroso, retraído, en apariencia inconsolable. Yo había intentado ocultar que cada vez sospechaba más de sus opiniones. No era el único que titubeaba ante las debilidades de Israel. En nuestros concilios, Guy y Lazarus lo desafiaban abiertamente; y hasta Earle —cuya delicada salud socavaba la confianza de Guy del mismo modo que la apatía de Molly socavaba la de Israel— se pronunciaba en contra de las opiniones de Israel.

Antes de Puerto Praia, Israel me dijo que lo que él creía que nos estaba pasando —lo que he descrito como caer del interior al exterior— no tenía sentido, que ni era un juicio sobre nosotros ni algo inevitable. Dijo que no odiaba al abuelo, ni lo culpaba de nuestra situación; dijo que estaba seguro de que la oposición que había encontrado toda su vida no era organizada, ni monolítica, ni tenía rostro. También se negó a hablar de la suerte. Dijo: —Yo sigo adelante, todos seguimos, porque creo que somos personas decentes y justas y honestas. No habrá protección para nosotros si perdemos esa convicción. Eso sería el fin.

Pienso ahora en ese hombre, Israel Elfers, que me amó desde aquel primer momento en que estuve en brazos de Earle en el CLUB DEL RATÓN MICKEY, que me ayudó a crecer feliz y que me enseñó aquello en lo que él creía por encima de todas las cosas —la decencia— y desempeñó el papel de amable tío conmigo con tanta facilidad que no fue hasta mi quinto año de exilio en Vexbeggar que aprecié el don que es tener semejante cuidado paternal: siempre paciente, siempre fervoroso, jamás pesado o de mano dura, Israel me habló continuamente a medida que crecía. Me empapó de inteligencia, sabiduría y diversión. Cuando ahora pienso en él, pienso en un hombre en movimiento, las manos activas, los ojos rápidos, un torrente de conversación... un monólogo interminable, Israel hablaba con más facilidad cuando meditaba en voz alta. Y antes que cualquier otro tipo de retrato, se describía como un judío. La idea que alberga un hombre de sí mismo tiene peso. La idea de Israel era que primero, siempre, por último, era un judío. También decía que se sentía al mismo tiempo profundamente aliviado y profundamente preocupado por su herencia. Jugaba con la palabra elegido, en el sentido de que los judíos eran el pueblo elegido de Dios.



Por alguna peculiaridad que jamás entendí, Israel se reía cada vez que decía que Dios había elegido a los judíos. Supongo que veía ahí una ironía que prefería ilustrar con esas historias románticas, melodramáticas, en ocasiones operísticas que contaba sobre las luchas de los judíos desde que, como decía él, Dios los expulsó del Edén, y abandonó a Adán y a Eva ante las tentaciones.

En realidad, muchas de las mejores historias que recuerdo de la infancia son las parábolas de Israel acerca de las fantásticas dificultades de los judíos, de los desplazamientos épicos de los judíos, de las bestiales persecuciones de los judíos, que sospecho que gran parte de mi habilidad para enfrentarme al dolor en mi propia historia deriva no sólo del saber escandinavo sino también de lo que tomé prestado y lo que innové sobre lo que Israel me contó de la historia judía.

Sin embargo, hay más que contar sobre él, y tenía más misterio que lo que fuere que finalmente pretendiera comunicar con la idea de la naturaleza judía. Era inteligente, astuto, de corazón generoso, político, evasivo, maternal, infantil, todo eso con los que él amaba, y amaba a todos los que podía tomar el pelo y que apreciaban, incluso agradecían, sus bromas. Siempre estaban esas bromas: juegos de palabras ridículos, retruécanos absurdos, excitadas exhibiciones de farsa en la que estaban involucrados disfraces, pelucas, máscaras. Así era Israel la mayor parte del tiempo que lo conocí, el bromista, el hombre que siempre podía hacerme reír. Más allá de eso, no comprendí, hasta después de que lo hube perdido para siempre, que sus travesuras y sus bromas y su maestría en los juegos eran su modo de luchar contra la desesperanza que lo amenazaba como exiliado y que había arrastrado a Peregrine a cometer su crimen. En una ocasión Israel me dijo que consideraba que la tragedia era demasiado fácil para ser una sabiduría profunda, que todo lo que uno tenía que hacer era acercar una silla y gemir sobre la traición, el odio, las matanzas, y hacer que el público llorara ante la insensatez de la inocencia asesinada. Era la comedia, declaró, lo que representaba un esfuerzo sublime; conseguir que ese mismo público se riera de la derrota o de sus propios miedos, ése sí que era un desafío que merecía la pena, Israel me dijo: «Si logras la risa, Grim, logras la razón».

Israel dejó de reírse en Puerto Praia. Lo que lo perdió fueron sus lágrimas por el desamparo de Molly y su incapacidad de amarla a ella y a sí mismo de forma que recuperaran sus fuerzas. Había pasado la vida riéndose y haciendo reír. Su debilidad consistía en que no había aprendido a llorar y, al mismo tiempo, permanecer equilibrado y decidido. Entiendo por qué; me apresuro a disculparme. Su vida había sido una adversidad interminable. Se había visto obligado a recurrir una y otra vez a la risa, esforzándose por sonreír, consumiendo su humor. Se había quedado vacío de sonrisas. Su copa estaba llena de lágrimas. Y no quería bebería. Pensaba que era veneno. Tenía razón. No obstante, he aprendido que uno ha de arriesgarse a bebería, a poner a prueba la resistencia, Israel debió de haberlo intuido, pero no pudo obligarse a aceptar el dolor como un tema significativo. Perdido en la oscuridad, negaba la oscuridad. Quizá eso explique su frustración y su ira ante el abuelo, que podía parecer

el promotor de la misma oscuridad sobre la que el abuelo nos advertía. Quizá esto explique de manera más completa la ira de Israel hacia el abuelo... debía de parecerle espantoso que el abuelo pudiera dar la impresión de que me estaba ganando para su manera de ver las cosas, Israel debió de pensar que tenía que mostrarme, y mostrarse a sí mismo, que estaba en lo correcto al creer en la risa, y que el abuelo se equivocaba al cantarle a la desgracia.

Ésa era la causa por la que seguí tan de cerca a Israel en la pasarela. Estaba sanguinariamente decidido a refutar, a anular al abuelo. Nos equivocamos en una curva, en otra, perdimos algunos minutos orientándonos. Por último tuvimos que seguir el sonido de la voz del abuelo.

Había risas. Abrí la puerta del camarote y agaché la cabeza y entré en un escenario austero, oscuro, con media docena de hombres con túnicas ennegrecidas sentados alrededor de una mesa desnuda, y entre ellos estaba el abuelo, dándome la espalda, las manos extendidas ante él como si gesticulara en una conversación. La luz procedía de un grupo de velas. El olor era de incienso, que apenas ocultaba el hedor de abajo. El abuelo seguía hablando directamente a un hombre que no era tan viejo, ni tan calvo, ni tan delgado, ni tan desesperado como yo creí que iba a ser. El padre Saint Stephen parecía, en su suave piedad, una versión justa y sugestivamente anónima del tipo de sacerdote que la Iglesia Católica Romana, en mis lecturas, prefería como voz y autoridad. Sin embargo, no era un religioso corriente. En realidad, puedo ahora conjeturar con cierta seguridad de que se trataba de un inglés: los modales, el acento, la pasión artificial. Ciertamente, no era lo contrario del abuelo. Compartían discipulados egoístas, llevaban sus cargas con arrogancia e impiedad. Era el padre Saint Stephen a quien habíamos oído reír, acompañado de sus hermanos; consideraban el luteranismo del abuelo una diversión.

—¿Y qué hay de sus imperios? —preguntó el abuelo en alemán, y no parecía ofendido por las risas porque, supongo ahora, también él los consideraba merecedores de condescendencia.

—Ése es el premio, ¿verdad, reverendo Fiddle? —dijo el padre Saint Stephen, hablando un esmerado alemán, alzando la mirada para darnos la bienvenida con una sonrisa. Con un gesto indicó que se nos hiciera un hueco en el banco a la mesa.

Israel se adelantó y dijo, en inglés, aunque su alemán era adecuado para comunicarse:

—Tomaremos lo que necesitemos y nos marcharemos.

—Dígale al judío lo que me ha contado —pidió el abuelo.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó el padre Saint Stephen en un excelente y aristocrático inglés británico. Hablaba con el cuidado, el tacto y la falta de pasión de un perfecto intelectual. También ahora puedo conjeturar que nunca en su vida había sido pobre; era perfecto como mendicante, lo cual considero que indicaba que estaba interpretando un papel que había elegido, no un papel en el que había caído. El padre Saint Stephen se comportaba como un cuadro: original, frío, sincero, calculado.

Israel contestó de manera directa:

—A México.

El padre Saint Stephen continuó:

—Hemos oído historias sobre los caribeños. Las pobres almas hablaban de su revolución. Se dice que los norteamericanos se han vengado por completo. ¿Es usted norteamericano? No se lo reprocho. Hicieron esclavos para construir sus torres de Babel. Ahora que las ciudades se levantan sobre las llanuras, no sé si purpúreas o doradas, tienen menos necesidad de esclavos. No los condeno. Ocurre lo mismo en el este que en el oeste. ¿Es esto una novedad para usted? Éstos son los últimos días.

Israel reaccionó de forma extraña al oír eso; parecía estar hablando consigo mismo cuando dijo:

—No sé qué son ustedes.

—Hijo mío, somos servidores de Dios —dijo el padre Saint Stephen.

—No sé qué son ustedes —repitió Israel.

El abuelo interrumpió para decir que el judío era un tonto; que no valía la pena contarle nada. Añadió que quedaría agradecido si el padre Saint Stephen explicaba la misión de *La Gracia de Dios* a su nieto. Me presentó. El padre Saint Stephen empezó a hablar en alemán. Dije que no con la cabeza y continuó en inglés.

—Tu abuelo me ha encomendado una tarea difícil. Me presento como lo hizo el evangelista Juan: «Soy la voz del que clama en el desierto: “Enderezad el camino del Señor”». —El padre Saint Stephen prosiguió con la voz mesurada y sonora de un predicador en el púlpito—: Cuando Nuestro Señor regresó del Jordán, fue llevado por el Espíritu al desierto para permanecer allí cuarenta días, donde fue tentado tres veces por Satanás, Jesús no llevaba comida. El hambre lo volvió débil y colérico y temeroso. Satanás desafió a Jesús a demostrar su poder convirtiendo una piedra en pan, Jesús no se sintió tentado, pues amaba su vida. Hizo acopio de valor y le dijo a Satanás que jamás estaría tan hambriento como para seguir una sugerencia hecha por Satanás.

»Satanás vio que Jesús era un adversario obstinado, guerrero. Conjuró un reino en el desierto, de máximo esplendor y poder en la tierra, y Satanás puso a prueba a Jesús diciéndole que si le juraba una mínima lealtad, quizá aplastando a un insecto como esta criatura de aquí —el padre Saint Stephen recogió una cucaracha—. Satanás convertiría a Jesús en el rey de ese brillante reino, Jesús estudió las torres y gemas y cuerpos hermosos, y no se sintió nada tentado, pues era hijo de un hombre pobre y había habido pocos placeres en su vida, pues ambicionaba más que lo que había tenido como carpintero y peregrino, Jesús hizo acopio de valor y le dijo a Satanás que sólo tenía que adorar a Dios y nada más que a Dios, y entonces disfrutaría de un reino como el que jamás se había visto en la tierra.

»Satanás vio que Jesús era astuto, y también sabio y devoto, y que confiaba en el futuro como muy pocos hombres lo hacen en tiempos de catástrofe. Satanás tomó a Jesús de la mano y lo llevó hasta un precipicio que nosotros podemos suponer daba a

la sima del Infierno. Satanás desafió a Jesús a saltar al abismo pues, dijo Satanás, si Jesús era el hijo de Dios entonces seguro que su Padre enviaría ángeles para recogerlo mientras caía, y seguro que los ángeles obedecerían por miedo a que un pelo del cuerpo de Jesús —el padre Saint Stephen se chamuscó el dorso de la muñeca con una vela— resultara dañado.

»Jesús miró hacia el abismo. En esta ocasión se sintió muy tentado, más que cuando estaba hambriento, pues era joven y saludable y tenía confianza en su fortaleza física, y mucho más que cuando Satanás le ofreció el reinado de palacios de placer, pues Jesús tenía fe y sabía que el reino que había venido a establecer hacía que la obra de Satanás pareciera cuevas de arenisca. La tercera vez Jesús se vio tentado hasta el límite, pues él mismo quería saber si Dios, su Padre, lo amaba tanto como le habían dicho, pues quería saber si los ángeles eran veloces, pues quería saber si él no podía caer aunque se arrojara deliberadamente a la sima del Infierno. Jesús se acercó al borde y alzó los brazos, preparado para tirarse. Y entonces hizo acopio de valor y se rió. Sin mirar hacia atrás a Satanás, Jesús dijo que no necesitaba poner más a prueba a Dios, su Padre, y luego se sintió avergonzado de haber puesto a prueba a Dios incluso hasta ese punto, Jesús dijo: “He estado cuarenta días contigo, Satanás, sin comida ni armas ni seguridad, y aún quiero vivir. Tú eres el mal encarnado, sin embargo yo aún soy capaz de reír y de jugar”. Jesús agitó los brazos como un niño que imita a un pájaro. Satanás se apartó de Jesús para esperar su oportunidad».

El padre Saint Stephen se puso de pie, fue hasta la puerta del camarote, la abrió y señaló hacia la pasarela que, supuse, conducía a la bodega. Esperó mientras yo resumía apresuradamente al abuelo lo que él había dicho. El abuelo asintió con un gesto de aprobación.

De repente Israel me agarró del brazo y me pidió que saliera inmediatamente de allí con él. No le contesté. Confieso que estaba demasiado hambriento de conocimiento de Dios y del hombre como para marcharme en ese momento, como debería haber hecho. Estaba tentado por la historia del padre Saint Stephen y quería más, y también quería poner a prueba mi fe en Dios y en el abuelo y en Israel y en mi propio sentido de la decencia. No pensé entonces, y ciertamente no lo pienso ahora, que el padre Saint Stephen fuera un diablo. Ni tampoco era un hombre malvado. Era débil, a su manera. Había leído los Evangelios para sus propios propósitos, del modo en que los hombres buenos y malos lo han hecho desde Pablo, y aunque las interpretaciones (o malas interpretaciones; presentaré esa negra, negra exégesis lo mejor que la recuerdo) del padre Saint Stephen lo habían llevado a él y a sus hermanos a unos juicios vertiginosamente erróneos, las opiniones del padre Saint Stephen aún estaban basadas en una parábola precisa, la tentación de Jesús en el desierto. En aquel sofocante y bamboleante camarote a bordo de *La Gracia de Dios*, en medio del océano Atlántico, el sermón del padre Saint Stephen fue para mí una cruda revelación de lo que habíamos encontrado en el mundo.

El padre Saint Stephen continuó, hablándome a mí:

—Eso es lo que sucedió en aquellos cuarenta días, hijo mío. Ten muy en cuenta que Satanás se retiró cuando no logró tentar a Jesús, pero también se dice que Satanás se quedó esperando su oportunidad.

Me explicó que desde aquel día en el desierto, veinte siglos de críticos blasfemos habían atacado el valor de Jesús. Esos críticos habían declarado que la humanidad adoraría cualquier cosa, ave, estrella o máquina por pan, poder y seguridad. Los críticos decían que Jesús carecía de piedad, que con arrogancia supuso que la humanidad era tan fuerte como él. Los críticos decían que la humanidad estaba desesperadamente ansiosa por forjar incluso un reino en la arena para garantizar la paz y la prosperidad, y que Jesús fue irresponsable y vanidoso al rechazar el reino ofrecido por Satanás, pues entonces Jesús podría haber proporcionado, sin importar lo incompleta que fuera, una cierta dosis de amor y salud a la humanidad.

El padre Saint Stephen identificó a los peores críticos, los rusos, los alemanes, los ingleses y los norteamericanos, que dijo eran «los debiluchos del norte, impacientes y temerarios». Éstos en particular afirmaban que había tan poca bondad en el mundo, que el mundo se había vuelto tan inhumano, que un salto al Infierno podría ser la única forma de probar si Dios aún vivía. Afirmaban que si Jesús tenía suficientes dudas como para acompañar a Satanás hasta el precipicio, entonces, ¿quiénes éramos nosotros, tristes pecadores, para suponer que Dios nos ama?

A finales del siglo veinte, esos críticos habían empleado sus ataques para usurpar el poder de Jesús. El padre Saint Stephen dijo que ellos habían anunciado que podían nutrir a la humanidad mejor que lo que Jesús lo había hecho jamás. Habían establecido vastos imperios terrenales que se habían enlazado en un solo reino, lleno de torres de Babel, ofreciendo alimento y armas de seguridad a las multitudes. Y los gobernantes de este reino blasfemo habían dicho a los servidores de Dios que la humanidad ya no necesitaba a Dios ni el conocimiento de Dios. Dicen que Dios es una hipótesis que ha demostrado ser innecesaria.

El padre Saint Stephen dijo que lo «obvio» había sucedido. Dijo que Satanás había esperado su oportunidad y seguido tentando a los hombres y, por último, a finales del siglo veinte, había triunfado. El reino blasfemo había caído bajo el control de Satanás a cambio de alimento, poder, seguridad. Satanás no se conformaba con eso. Satanás vilipendiaba a todo hombre que siguiera teniendo más hambre que el del pan, que siguiera apartándose del poder terrenal en busca de obediencia a una riqueza celestial, que continuara negándose a poner a prueba a Dios y a sus ángeles. Dijo que a esa gente que Satanás vilipendiaba la había expulsado del reino blasfemo. Dijo que esos proscritos eran fáciles de identificar, que eran «obviamente» los más mansos, los más desdichados, los esclavos, aquellos por los que Dios envió a Jesús.

—Preguntas qué sucedió en la isla Ascensión —dijo el padre Saint Stephen—. Lo mismo que ha sucedido en el Caribe, que arde con una guerra racial, o en el Pacífico, donde hay hambre, tiranía, masacres. Satanás aniquila a los fieles. No le basta con expulsarlos: ahora los tienta llevándolos a la perdición, y ellos, muertos de hambre,

brutalizados, vaciados de confianza, pecan desesperados. Huyen. ¿Cómo puede alguien esconderse de Satanás?

»¿Y qué hay que hacer? —preguntó el padre Saint Stephen—. Henos aquí, en un barco que adquirimos suplicando, lleno de bienes que conseguimos rogando, porque creímos que podríamos alimentar a estos proscritos hasta devolverlos al recto sendero del Señor. No somos el único barco, ni el único intento. Es una historia antigua. Y en nuestra agonía de buenas obras nos vimos abrumados y agotados. ¡Si hubieras visto lo que pasó aquí! ¡Miles! ¡Rezamos pidiendo una guía! ¡Y entonces surgió la revelación y el misterio!

»Jesús ha venido a nuestros corazones —dijo el padre Saint Stephen, sonriendo, suspirando, gesticulando— para informarnos de que él ha amado firmemente a sus hijos durante veinte siglos. No ha olvidado su promesa de llevarnos al Reino de los Cielos. Sin embargo, sabía que si nos llevaba directamente al amor de Dios antes de que hubiéramos sufrido un tiempo en el desierto, como él había hecho, entonces jamás comprenderíamos cuán magnífico es el Reino de los Cielos, Jesús nos ha permitido sufrir, con nuestro libre albedrío, apartarnos de él e ir hacia Satanás. ¿Por qué? Porque quería que sus hijos descubrieran la verdad de que aunque los hombres vivieran por entero para el alimento, el poder, la seguridad... ¡nada de esto sería jamás satisfactorio! Los niños anhelarán la justicia, aunque vivan en palacios y disfruten casi de la inmortalidad y no conozcan nunca el miedo».

El padre Saint Stephen hizo otra pausa. Vi que estaba complacido con su sermón. Preguntó si nos gustaría recorrer la bodega. ¿Queríamos ver qué había traído la libertad y el conocimiento de la humanidad? Israel bajó la cabeza para no encontrar la mirada del hombre, que brillaba con una temeridad etérea.

—Mis hermanos y yo hemos descubierto —dijo el padre Saint Stephen— que la obediencia más suprema a Nuestro Señor Jesucristo no es la de alimentar a los hombres, ayudar a los hombres a establecer el orden, auxiliar a los hombres cuando tropiezan. Hemos descubierto que las mercancías que hay en nuestra bodega, el conocimiento que hay en nuestras mentes, los sacramentos que podemos ofrecer para bautizar, o casar, u ordenar a los hombres que continúen con sus vidas... que todo eso ha dejado de ser justo. Hemos descubierto que Jesús está en nuestros corazones diciéndonos que es el momento, ahora, de inmediato, estos últimos días, de ayudar a los hijos de la manera más afectuosa. Se ha revelado el recto sendero del Señor. Es la muerte para este mundo pecaminoso. ¡Celebramos el viaje humano más valeroso, el del paso al Reino de los Cielos!

—La gracia de Dios —dijo Lazarus.

Concluí para el abuelo el resumen de lo que había dicho el padre Saint Stephen. Luego añadí lo que Lazarus —de pie y alerta detrás de Israel— había comentado con voz firme y nada sorprendida. Pregunté a Lazarus qué quería decir. El abuelo contestó por él.

—Porque la paga del pecado es muerte —dijo el abuelo, citando la Biblia Fiddle,

la carta de Pablo a los romanos—, mientras la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.

—Dios te bendiga —me dijo el padre Saint Stephen, tocándome la mano—, y que el amor de Nuestro Señor recaiga rápidamente en ti.

—¡Apártate! —exclamó el abuelo a mi lado, cerrándole el paso al padre Saint Stephen.

—Están locos, completamente locos, Grim, los dos, ¿lo ves? —dijo Israel, poniéndose delante de mí, meneando la cabeza, ya tranquilo, seguro.

—Éste es un barco de muerte —dije—. Y eso es lo que quieren que sea.

—Sufrimos los estragos del fuego del infierno —dijo el padre Saint Stephen— porque debemos permanecer atrás mientras las pequeñas almas van a la gloria.

—Abuelo, ¿quieres que le crea? —Hablé en sueco, pues no quería que el padre Saint Stephen se diera cuenta de lo perturbado que estaba—. No puedo hacerlo, por nada. Creo que Israel tiene razón. Ese hombre está loco.

—No eso, Grim, piensa por ti mismo —dijo el abuelo.

—¡Deberíamos pararlos! ¡No es correcto rendirse! Podemos luchar contra cualquier cosa a la que le tengan miedo... ¡los británicos, los norteamericanos, cualquiera! ¿Es que Jesús no luchó? ¡Debió hacerlo! ¡Es una tontería renunciar! Este barco es un suicidio, ¡y eso es una locura!

El abuelo le habló al padre Saint Stephen en alemán.

—Mi nieto quiere pararlo.

Ante esas palabras, los dos se pusieron a reír. Los demás misioneros se echaron a reír también. Qué loca parecía esa risa. Me sentí humillado. Sentí rabia, Israel me brindó toda la comprensión que pudo, un rápido gesto de asentimiento con la cabeza. No fue un gran consuelo.

El abuelo notó mi irritación y se volvió hacia mí:

—No están locos, Grim. Muestra tu desacuerdo con ellos, pero no los rechaces. Así como Dios Nuestro Señor es mi maestro y mi juez, digo que están equivocados, no locos, ¡equivocados! Debes aprender la diferencia, y la lección. Ellos y sus obras. Eso los hace equivocarse de nuevo. Adoran sus obras, Grim. Y cuando no pueden comprar su camino al Cielo, culpan al Señor, y se debilitan, y se quiebran. Sí, Grim, ¡lucha! Pero debes ver que tu enemigo es Satanás. El sacerdote no es el enemigo. ¡El sacerdote está equivocado!

El padre Saint Stephen se aprestó como para iniciar otra apología. Ahora supongo que lo que entretenía a esos dos era su oportunidad de debatir la Reforma de nuevo: obras, fe, justificación, sacramentos, Martín Lutero, y la incansable retórica. Cuán revelador de ellos, y de sus confesiones de fe, que estuvieran tan ansiosos por discutir abstracciones, como si se hallaran en un tribunal eclesiástico, mientras cientos de personas agonizaban en la bodega. Estaban de acuerdo en ajustar las palabras. No estaban de acuerdo en el proceder: el sacerdote católico creía que había que ayudar a los demás para ayudarse a uno mismo, y el pastor luterano creía que había que

ayudarse a uno mismo para ayudar a los demás.

Fue la acción lo que acabó con la confrontación. El padre Saint Stephen se excedió, y precipitó su propio final. Puede que honestamente creyera que Satanás gobernaba la tierra... tan consumidos como debían de estar esos hombres tratando de auxiliar a la así llamada flota de los malditos, podían haber alucinado cualquier cosa. Pero el padre Saint Stephen había decidido pasar por alto que éstos eran seres humanos, no ideas teológicas, a los que veía morir en la bodega del barco, a quienes veía morir loca o equivocadamente, ¿qué importa? Y un competente hermano de esas personas se hallaba presente y se adelantó a destruir las inteligentes palabras del padre Saint Stephen con considerable violencia. Me refiero a Lazarus Furore, un justo representante de esos críticos de finales del siglo veinte que habían intentado establecer un reino en el desierto sin necesidad de palabras divinas ni de Dios, Lazarus se lanzó —exactamente como un ave de presa— a través del camarote y se arrojó contra el padre Saint Stephen. Los dos cayeron sobre la mesa y rodaron contra el tabique. No vi el cuchillo de Lazarus, Israel gritó: —¡Así no!

Lazarus lanzó un chillido ininteligible, y luego desgarró. Fue un crimen de precisión. ¿Valdrá la pena describirlo? Hay un punto delicado en la base de la garganta, Lazarus lo encontró. Se apartó del cadáver con la misma brusquedad con que lo había atacado. Trastabilló hacia atrás, no miró a nadie, limpió el acero en las ropas, localizó la puerta del camarote tanteando con la mano y desapareció.

Yo me agazapé a la defensiva, Israel se apartó retrocediendo. El abuelo avanzó hacia el cadáver y dijo:

—Que el Señor los perdone.

Los misioneros reaccionaron con lentitud. El padre Hospital me miró con una expresión que bien podría ser de condena o de compasión. Los demás alzaron el cadáver y lo colocaron sobre la mesa. Comenzaron una plegaria en muchos idiomas, algunos hablando en latín. Observo ahora que el efecto fue un parloteo incomprensible. Un instante más tarde actuaban como si no estuviéramos allí.

El abuelo no me dejó hablar. Ordenó a Israel que me sacara de allí, Israel obedeció al instante. Subimos a cubierta a toda velocidad, Guy salió a nuestro encuentro, reclamando información, diciendo que Lazarus estaba acurrucado en el *Grulla Negra*, ensangrentado y delirando, Israel relató a grandes rasgos el asesinato. Los tres nos quedamos paralizados en el alcázar; luego nos sumamos a la tripulación que cargaba el *Grulla Negra*. Hice varios viajes a la bodega en busca de cajas, y reconozco que no tengo recuerdo de lo que vi. Me negué a ver lo que había ahí abajo. Transcurrió una hora, o varias horas —el tiempo no funciona cuando uno sufre esa clase de conmociones— antes de que el abuelo apareciera en la cubierta. Miró más allá de Israel, hacia Otter Ransom y Orlando el Negro, y declaró: —Quiero ese mástil de inmediato.



Después de esa derrota, el abuelo obtuvo el control efectivo de sus pasajeros igual que el mando absoluto de su *Ángel de la Muerte*. De nuevo negoció conmigo: llevaría a mi familia a México si yo me iba después con él. No estuve de acuerdo, no me negué, fue un compromiso pasivo de obediencia que entendí como un último acto de deslealtad a Israel. Yo no hablaba en contra del abuelo en nuestros concilios que, para nuestro descrédito, se convirtieron en una oportunidad para aburridos intercambios entre las facciones que había a bordo, unidas sólo por el miedo al abuelo: Earle acosando a Thord; Israel haciendo callar a gritos a Guy; Peregrine y Charity obtusamente callados, Lazarus recuperó su compostura pero se distanció de todos, incluida Cleopatra; se volvió dogmático, y decía que la «revolución» había llegado y que estábamos atrapados en una lucha mundial. Puede que no haya sido la intención del abuelo, pero nos llegó a gobernar del mismo modo en que una vez había dominado al Norte, mediante la división, el sometimiento, el rechazo.

El abuelo declaró que nuestro rumbo era hacia el sudoeste, hacia el estrecho de Magallanes. Dijo que no regresaría atravesando «las llamas de la perdición» del ecuador, ni se arriesgaría con «las legiones de Satanás» del Caribe. No era una mala estrategia, aunque estuviera basada en una metáfora pomposa. Yo me puse del lado del abuelo; los turcos me acompañaron; los Furore no se comprometieron con nadie; mi familia se disolvió en dudas. Prevaleció la voluntad del abuelo. Navegamos por la zona de calmas tropicales, marchamos por la corriente de Brasil durante semanas; nuestro avance era cauto y errático, nos manteníamos alejados de la costa y, después de que un convoy de cargueros nos disparó, también de las rutas marítimas. Sufrimos rachas de vientos, calores horribles, vimos innumerables naufragios y cadáveres en balsas; fuimos testigos de por lo menos una gran batalla naval frente a Río de Janeiro: destellos de cañones y truenos profundos dos noches seguidas; poco después fuimos perseguidos por dos pequeñas embarcaciones que salieron retumbando del borde del crepúsculo. Ya no vacilábamos cuando veíamos barcos abandonados o en peligro. Escuchábamos las ondas de radio y encontrábamos el mismo silencio que habíamos descubierto en Europa. Vimos un penacho de fuego en la desembocadura del Río de la Plata; quizá exista constancia de una catástrofe en Montevideo. Dimos por hecho que en esa costa sólo había desastres.

El abuelo reconsideró su intención de no volver a detenerse. Sopesó una nueva idea de hacer una recalada en alguna parte de las islas Malvinas, un archipiélago escarpado situado a varios días de difícil navegación al este de Tierra del Fuego y el estrecho de Magallanes. Estaba preocupado por el palo de trinquete montado a toda prisa y el daño en la proa. Peor aún, una ráfaga que venía del cabo Tres Puntas nos hizo carenar hacia el Atlántico Sur, y el esfuerzo de regresar al oeste nos desgarró las mejores velas. Alenté la reconsideración de mi abuelo porque estaba preocupado por nuestra salud: todos nos sentíamos deprimidos; y por lo menos uno de nosotros,

Gizur, no estaba bien de la cabeza (no es que no me diera cuenta del lúgubre estado de ánimo de Lazarus, sino que estaba insensible); y teníamos infecciones, malnutrición, el dolor de espalda de Earle, la apatía de Molly. El abuelo y yo consultamos los mapas y tomamos una decisión. El abuelo no informó a Israel, a Guy ni a Thord de nuestro nuevo rumbo. Yo estaba demasiado avergonzado de mi confabulación con él como para hacer algo más que mencionar que realizaríamos una parada antes de dirigirnos al Pacífico. El abuelo impartió las órdenes de navegación. Todos le obedecieron.

Bordeamos una de las dos islas más grandes, Soledad, manteniéndonos bien apartados de la costa en medio de una inesperada tormenta de finales de verano, de lluvia muy sucia y mar gruesa. Al anochecer, anclamos frente a donde yo calculaba que tenía que estar la capital del archipiélago, Puerto Stanley. Estábamos lo suficientemente cerca como para que Wild Drumrul pudiera informar de grandes concentraciones de fogatas en las laderas de las colinas. Al amanecer, una niebla desconcertante nos envolvió y de nuevo salimos al mar, oyendo estampidos muy lejanos hacia el sur que esperábamos fueran truenos. A la puesta del sol, la niebla se levantó lo suficiente como para que viésemos a lo lejos, por babor, varios cúters que iban hacia Puerto Stanley. Viramos al sur y nos metimos de nuevo en los bancos de niebla. Al salir la luna pasamos por donde yo situaba la costa meridional de Soledad, y decidí arriesgarme a ir a una de las islas exteriores. Elegí Mead's Kiss, que en mi mapa aparecía a varias millas de los riscos meridionales. Yo ya empezaba a preocuparme, pues mis cartas de navegación eran demasiado imprecisas; era ahora muy consciente de que una de las cosas que más necesitábamos para ir a Tierra del Fuego era mejor información para navegar. Rodeamos la costa de sotavento de Mead's Kiss, luchando con vientos contrarios y otra tormenta súbita. Había fogatas en varios sitios de la costa norte, así que elegí lo que parecía una cala profunda en la costa austral, y al amanecer, al abrirse la niebla, salí en el esquife con un grupo de reconocimiento. Encontré una estación meteorológica en ruinas y una choza de piedra de un cazador de focas. A mi señal, el abuelo introdujo el *Ángel de la Muerte* en la cala. Esa mañana comimos por primera vez en tierra en más de tres meses.

Dedicamos los primeros días al reconocimiento, la seguridad y el descanso, Mead's Kiss era un triángulo de seis kilómetros de lado, de páramos sin árboles, criaderos de pingüinos y focas y acantilados golpeados por las olas. Nos pareció un sitio pastoral, más olvidado que desolado, una impresión confundida por los muchos esqueletos de ovejas que encontramos y por una capa inusual de hollín acumulada por el viento en las grietas de las rocas. Las fogatas de la costa norte de Mead's Kiss eran obra de dos grupos grandes de refugiados. Evitamos el contacto. Cuando alguno de ellos nos espiaba, blandíamos nuestras armas y mostrábamos nuestros perros y huían corriendo de vuelta a su parte de la isla. Resulta triste suponer que estaban más asustados de nosotros que de su situación. Sus barcos ya no servían.

Después de establecer nuestra defensa, trabajamos en nuestra rehabilitación y en

la del *Ángel de la Muerte*. Arreglamos la choza del cazador de focas preparándola contra el viento incesante y las lluvias sucias. Fabricamos un improvisado dique seco para reparar la proa, quitamos el palo de trinquete roto y lo reparamos añadiéndole el palo de mesana robado de *La Gracia de Dios*. Bajo la dirección de Gizur, reparamos las velas; siguiendo las órdenes del abuelo, reacondicionamos y limpiamos el *Ángel de la Muerte*.

El abuelo era contundente en que deberíamos partir antes de las tormentas que comenzarían en marzo. A las dos semanas estuvimos listos, salvo por dos cosas importantes: nos hallábamos muy escasos de comida fresca y carecíamos de información sobre las condiciones del Estrecho. En un concilio, se propuso, se debatió y se votó afirmativamente un reconocimiento de la isla Soledad. Yo iba a dirigir el grupo. El abuelo discrepó de manera implacable. Había sido destronado de su autoridad sobre nosotros en el momento en que pisamos tierra, y él lo sabía y, sin embargo, no era capaz de reconocerlo. No denunciaba de forma directa a Israel y a Guy. Hablaba por mi intermedio. Dijo que nuestras dos semanas en Mead's Kiss nos habían sido concedidas «por la gracia del Señor», y que éramos unos tontos si nos dividíamos. Añadió:

—Se opusieron a mí cuando decidí desembarcar aquí. Se oponen a mí cuando quiero que partamos. ¡Son ovejas! Como esos huesos que hay por ahí, no hacen caso a su pastor. ¡Digo, malditos sean, malditos sean todos los hombres que tienen ojos y oídos y corazón pero no quieren ver ni oír ni entender el juicio del Señor sobre los pecados de los incrédulos!

Israel y Guy se mofaron del consejo del abuelo; ciertamente, los prejuicios del abuelo hacia ellos parecieron reforzar su opinión. Yo estaba más perturbado por la pelea que cualquiera de las dos partes. Ellos se sentían cómodos en su mutuo desprecio.

Recuerdo que, poco después del concilio, desafié a Cleopatra con la declaración del abuelo de que no debíamos separarnos. Se la repetí palabra por palabra. ¿Y por qué? Supongo que quería abordarla para probarme contra su mente. Sólo quería atraer su atención. Y me asombró. No se mostró indiferente a la advertencia del abuelo. Habló seriamente de él y de lo que ella llamaba «el alcance escandinavo». Me sentí orgulloso. Sin darse cuenta, ella había empleado la manera que tenía yo de pensar de mí mismo. Era como si admirara mi pericia en la navegación; más aún, pues parecía mostrar aprecio por mi herencia. En realidad, no era intención de Cleopatra que sus comentarios sonaran de esa forma. Quería dar a entender casi lo opuesto, añadiendo:

—Tú y él sois toscos, prototípicos de alguna forma que es nueva para mí. Obtenéis lo que queréis persiguiendo fines sin mostrar ninguna duda. Siento curiosidad por saber si se trata de que no podéis reconocer mi mundo o yo el vuestro. ¿Cómo puedes tener tanta certidumbre? Te he estudiado. No titubeas, ni retrocedes ni das marcha atrás. Haces esto o aquello porque dices que hay que hacerlo, y entonces lo llevas a cabo. ¿Tienes algún pensamiento abstracto? ¿Tienes imaginación? ¿Te

sientes feliz o triste o atemorizado? Lazarus y yo hablamos sobre qué será lo que tienes o sabes que te convierte en algo parecido a esos lobos tuyos. Tus perros viven a la sombra de tu existencia. Dormirían sobre ese fuego si quisieras, porque creen por completo en ti. ¿En qué crees tú? ¿O es que eres totalmente primitivo? ¿Irrumpir en cada experiencia es lo que haces, todo lo que sabes hacer, o yo, de manera inoportuna, te estoy imponiendo un patrón? ¿Cometo el error de la antropología, dando por sentado que tienes razones cuando sólo tienes reacciones? El «Señor» de tu abuelo parece significar algo para él. ¿Qué? Él no es ningún teólogo. Es una potencia. Tú eres una potencia. Eso me fascina. Si tú me desearas, por ningún motivo especial, sólo porque yo estuviera ahí disponible, dudo que se te lo pudiera impedir. ¿Se podría? ¿Qué te detendría? Si nosotros para ti, para tu abuelo, somos ovejas, ¿eso te convierte en lobo? ¿Quién podría ser tu pastor? ¿Sabes a qué me refiero? Mi madre dice que ese hombre, tu padre, no sabe de lo que eres capaz. Ha estado asustado de ti durante años. No asustado, en realidad, eso sería demasiado. Mejor sería decir bajo tu poder. El poder del bárbaro. ¿Ves cómo os tratan los demás a ti y a tu abuelo? Cuando los miras con esa cara, se apartan de tu camino. Lo vi en Vexbeggar. Me dejó pasmada, Israel dice que me viste en la gala de los premios Nobel. ¿Es de ahí de donde yo recuerdo tu rostro? Tu cara puede parecer la cara de una pesadilla. Te burlas de la civilización cuando pones esa expresión. Es algo que no puedo resolver. ¿Qué buscas? ¿Adónde quieres llegar?

Este discurso probablemente sea una combinación de muchos comentarios que Cleopatra me hizo durante el viaje; no obstante, de ser así, toca los temas que reiteré aquella noche. No pude contestarle. Me sentí humillado. Qué cruel fue. Un hombre habla mejor de sus perros. Aún me duele recordar la implacable apreciación que hizo de mí, como si yo fuera un espécimen en una jaula. Me gustaría poder declarar ahora que estaba equivocada. No tenía razón.

En ese momento, la referencia de Cleopatra al supuesto miedo que sentía Peregrine de mí me avergonzó mucho... hablaba de la clase de hijo que yo había sido a bordo del *Ángel de la Muerte*. Fue ese remordimiento, por defectos que ahora veo que no eran míos sino producto del destino, mezclados con mi adoración juvenil por la inteligencia de Cleopatra, lo que me trastornó de nuevo. Quise mostrarle que era capaz de actuar de un modo razonable y útil. (Tenía el Nuevo Benthamismo en la cabeza, aunque no como ahora, pues no era lo suficientemente osado como para desafiarla recordándole los prodigios de su madre y lo ruinosos que parecían para los parias con que nos habíamos encontrado en el Atlántico, sacrificados de manera espantosa por la idea que tenía alguien del bien mayor para el mayor número de personas). Quería mostrarle a Cleopatra que podía pensar en abstracto, que podía imaginar, que podía elegir.

Fui un tonto al enredarme de nuevo en una carrera entre el abuelo e Israel. Habiendo sido desleal con Israel después del descubrimiento de *La Gracia de Dios*, estaba dispuesto también a ser desleal con el abuelo. Debí haber tenido presente al

abuelo. Me decía lo que yo mismo creía. Fuimos afortunados en Mead's Kiss. No debimos haber pedido más. Me aturdí. Había buenas razones, razones utilitarias, para acatar el voto del concilio y emprender un reconocimiento de las Malvinas. Molly necesitaba verduras. Yo necesitaba mapas. Existía la idea razonable de que estábamos siendo excesivamente cautos, que los malvinenses no nos recibirían como a refugiados sino como a un barco en apuros. Ahora sé que toda la razón que hay en todos los libros no puede cambiar el destino, o proporcionar un destello de la sabiduría que uno adquiere si escucha una voz profética como la del abuelo.

Ahora comprendo que aquellas dos semanas de suerte escandinava en Mead's Kiss nos habían adormecido, de modo que las inexplicables atrocidades que vimos en nuestra travesía del Atlántico ya no pesaban en nosotros. Fue un gran error nuestro no concentrarnos en lo que habíamos aprendido allí afuera, en lo que teníamos delante de nuestros ojos: esa lluvia sucia y esos depósitos de ceniza y esos graves y resonantes estampidos que venían del sur. Es mi experiencia ahora, como no lo era entonces, que la tragedia —me refiero al drama de la catástrofe a escala global, como la Troya de los griegos, la Roma de los romanos, la Sajonia de los luteranos— es como una cosa viva, con génesis, personalidad, talentos, especialmente en épocas en que la desesperanza parece haberse acabado. En ese aparente respiro es donde fracasa el indeciso. Nos derrotan al apartarnos de temas establecidos y explicados. Cuando nos atacan, siempre estamos en peligro, incluso durante los momentos de calma. Seré específico. Se podía reconsiderar nuestro viaje desde el puerto de Estocolmo de tal manera que nuestra huida de los Espías del Rey, del «lobo» alemán, de los guardacostas británicos, franceses, españoles y portugueses, de la masacre de Puerto Praia, de la tempestad, del mar en llamas, del padre Saint Stephen, no fueron simplemente fracasos, sino también victorias... que éramos afortunados, dichosos, muy, muy afortunados de haber llegado a Mead's Kiss. Sin embargo, eso no significaba que la tragedia hubiese terminado. Todavía estábamos en peligro. Todavía estábamos perdidos, fuera, exiliados. Fue una estupidez bajar nuestra guardia. En verdad, si Israel, Guy y Thord y los Furore tenían un defecto en común, no era que no pudieran creer en el bien, sino que eran incapaces de creer en el mal irredimible e irracional, Cleopatra se equivocaba. Hay villanos, Israel se equivocaba. Hay oscuridad. A pesar de todos sus descarados excesos, el abuelo podía mirar a esos villanos y esa oscuridad y resistir; más aún, podía seguir luchando por lo suyo. Los demás miraban la oscuridad y suplicaban una tregua, rogaban por una paz que no existía.

Partí en el *Grulla Negra* al anochecer. Llevé conmigo a los turcos, a Otter Ransom, Lazarus y Orlando el Negro, y a *Iceberg*, que había resistido la travesía tropical mejor que *Goldberg* y los dos cachorros. La advertencia final que me hizo el abuelo fue clara: me llevó detrás de la choza del cazador de focas, me puso contra una roca enorme que sobresalía de la ladera de la colina y me dio un sermón con una

intensidad que era una mezcla de su terror, sabiduría, decisión, fuerza y amor. Me dijo que si había problemas y yo no podía regresar a Mead's Kiss, o si él se veía obligado a retirarse de Mead's Kiss, debía llevar el *Grulla Negra* hacia el sur por el meridiano sesenta, y que él me encontraría sin importar el tiempo que le llevase, «lo juro como que el Señor es mi testigo y juez». Ojalá pudiera informar de intercambios igual de expresivos entre yo y Peregrine, Israel, Guy, Earle, Thord, Orri, Gizur, Molly, incluso Charity. Mi despedida fue muy callada. Era demasiado supersticioso para decir adiós. Cuánto lo lamento ahora.

Las islas Soledad y Gran Malvina son como dos cangrejos que están espalda contra espalda, separadas por un embudo de agua de ciento sesenta kilómetros de largo y dieciséis de ancho, rodeadas de islas exteriores que son como excrementos, en especial al oeste de Gran Malvina. El archipiélago se encuentra a unos seiscientos kilómetros de Tierra del Fuego, en una parte del lecho oceánico llamado Meseta de las Malvinas. Lo que yo sabía sobre las Malvinas por aquel entonces era conciso: viento, lluvia, aves, focas y una humedad que te escarchaba la barba. Me acerqué con cautela, pensando dar la vuelta a Soledad en tres días; mi plan original era avanzar hacia el este a través del estrecho de San Carlos y virar desde el noroeste hacia Puerto Stanley, en el extremo oriental de Soledad.

Atravesamos sin incidentes pero con dificultad el llamado Paso de las Águilas entre las islas George y Soledad; el mar estaba lodoso, y los bancos de niebla y el viento constante hacían peligrar el torpe *Grulla Negra*. Las islas exteriores mostraban concentraciones de fuegos y restos de naufragios que probablemente pertenecían a otros navíos abandonados, apilados contra las rocas. Soledad mostraba campamentos tierra adentro, Lazarus tuvo razón al decir que parecía que había más fuegos que los habitantes que supuestamente vivían en las Malvinas. Y dónde estaban los rebaños, pregunté; se suponía que las islas estaban cubiertas de ranchos de ovejas. Evité los primeros poblados que avistamos en Soledad mientras entrábamos en el Estrecho, más por la incertidumbre de las mareas que por preocupación. A medianoche sentimos más de esos retumbos muy graves que venían del sudoeste, Wild Drumrul usó una palabra turca que, según descubrí más tarde, significaba terremoto.

Cuando Wild Drumrul divisó varias lanchas cargadas de hombres y remeros que venían hacia nosotros desde Soledad, debíamos de estar unos cuarenta kilómetros dentro del Estrecho. Mi tripulación reaccionó bien, sin alarma, con manos firmes. Nos costaba evitar los islotes y las rocas del centro del Estrecho, ya que las aguas estaban picadas y la marea nos arrastraba hacia el oeste. Me esforcé por mantener nuestra proa apuntando a la amenaza. Las lanchas pasaron a nuestro lado como si no estuviéramos allí. Conté cuatro embarcaciones, muy cargadas y hundidas en el agua, remando con prisa hacia Gran Malvina, en el noroeste. Me gustó su aspecto. Qué extraña explicación para una elección que significaría todo para mi destino. Es así; me gustó el aire de propósito que las rodeaba: decididas, seguras, resueltas, bien hechas. Hice girar el *Grulla Negra* y me puse a seguirlas. No podíamos mantener la

misma velocidad con el viento en contra, así que arrié la vela y continuamos a remo. Poco después, oímos explosiones lejos, hacia el este; Otter Ransom estuvo de acuerdo con Orlando el Negro en que se trataba de una descarga de artillería. Nos salimos de la fuerza centrífuga de la marea y volvimos a navegar con la vela.

Al amanecer, habíamos perdido las lanchas, pero habíamos encontrado una atractiva cala en Gran Malvina con lo que parecía una aldea destartalada en el extremo norte, desparramada entre riscos y ondulados páramos. Pasamos junto a muelles apartados, vimos agujeros que parecían cráteres producidos por impactos. Eran las primeras horas de la mañana cuando dejamos atrás los bancos de arena, arriamos la vela y remamos para entrar en la cala. Pasamos junto a dos viejos que trabajaban en unas velas en la playa pedregosa. En el muelle más interior había un reducto de sacos de arena y un mástil en el que ondeaba una bandera celeste y blanca que mostraba un sol amarillo. Ninguno de nosotros reconoció que era la bandera de la República Argentina. Lo que vimos parecía tranquilo, no peligroso: una profunda pobreza. Mi explicación para el hecho de que no nos hicieran caso es que varios otros barcos entraron en la cala detrás de nosotros, y había más atracados allí. Se respiraba un aire festivo. Cuando empezaron a repicar desde el poblado las campanas de una iglesia, tomé la decisión de desembarcar. Atracamos, y Lazarus, Otter Ransom y yo partimos hacia el pueblo. Nos vimos arrastrados por un torrente de hombres y niños que venían de chozas en la playa, y fuimos llevados hasta la plaza de la aldea: agujeros fangosos, abundancia de perros, varios vehículos oxidados, una iglesia y una hilera de chozas de piedra. Las campanas callaron cuando un pelotón de soldados harapientos con uniformes verdes de lana salió por las puertas de la iglesia. Rápidamente entendí la escena. Iba a haber una ejecución por un pelotón de fusilamiento. Aunque éramos forasteros, había muchos que no eran del poblado, y con la excitación nos pasaron por alto. Nos deslizamos hacia el costado de la plaza donde estaba la iglesia, cerca de varias monjas de aspecto antiguo... a las que consideré fuera de lugar, dado que la iglesia era protestante como lo atestiguaba la piedra angular: la Primera Iglesia Presbiteriana de Gran Malvina. Allí también había un patíbulo. Cuento esto sobre el patíbulo: había ruedas de carreta levantadas sobre la plataforma; atados sobre esas ruedas había cadáveres descompuestos. La multitud se animó, expectante, cuando los soldados sacaron a una docena de prisioneros encadenados de a tres.

Lazarus tradujo el discurso que el comandante ofreció a la multitud, a la que llamó «los vigilantes centinelas del liberado pueblo de 2 de Diciembre». Sus palabras incluyeron suficientes referencias a la invasión, la sedición, el sabotaje y la contrarrevolución como para que sacáramos la conclusión de que el archipiélago de las Malvinas —doscientas islas de pastores y pescadores, sin árboles y azotadas por el viento— estaba metido en una guerra civil, Lazarus dijo que los soldados eran argentinos, aunque el oficial también empleó la palabra patagones, dando a entender que procedían de esa región de la Argentina. Pertenecían a lo que llamaban «*El*

*Ejército de Tierra del Fuego*», que en sentido figurado significa El Ejército del Fin de la Tierra.

—Esto ya lo he visto, y he leído cosas sobre el tema toda mi vida —dijo Lazarus—. Es demasiado conocido. Es rutina. Este poblado es el frente de batalla, o lo fue hasta hace poco. Una buena suposición es que cayó en manos de estas tropas en diciembre pasado, en una campaña de finales de primavera. Estos campesinos son la milicia. Por como habla, el comandante pertenece al ejército regular, y es un borracho. Probablemente le asignaron que organizara a la gente del pueblo. Qué guerra es ésta, y quién es el enemigo, bueno, creo que lo adivino.

Lazarus se vio interrumpido por las ejecuciones, que se realizaron de manera rutinaria. El primer trío, un negro y dos hombrecitos cenicientos, tuvo una muerte cruel. La pistola del subalterno falló al disparar el tiro de gracia. El comandante estaba furioso por la ineptitud de sus hombres. Su malhumor parecía divertir a la multitud. Y una vez que se hubieron llevado los cadáveres, la muchedumbre se relajó de manera visible. Mujeres y niños salieron de las chozas de piedra. En conjunto, los lugareños parecían tan condenados como los prisioneros: vencidos, hambrientos, tristes. La idea de la política en semejante lugar era ridícula; el abuelo habría dicho que se trataba de una broma de Satanás. La forma más elevada de civilización en 2 de Diciembre era el pelotón de fusilamiento. El segundo trío de prisioneros fue arrastrado hasta los postes.

Las mujeres que había detrás de nosotros dejaron escapar un sollozo. Entonces me di cuenta de que no eran monjas, sino viejas vestidas de negro. Una vieja regordeta atravesó el patio, se arrodilló ante el poste de uno de los condenados, un hombre blanco, flaco, de apariencia infantil, con un brazo mutilado. El subalterno intentó apartarla. El muchacho se aflojó ante ella, sostenido únicamente por las cuerdas. La exhibición pareció avergonzar al comandante. Por la puerta del cementerio apareció un hombre robusto, de barba negra. Llevaba sombrero de ala ancha y alzacuello, como el de un pastor que visita a sus feligreses; curiosamente, también calzaba unas excelentes botas de marinero de color marrón, Barbanegra se acercó a la vieja. Llevaba una pala, y se me ocurrió que era tanto pastor como enterrador. Se movía con un peso y una destreza que me atrajo: más vivo que toda la congregación. Levantó a la vieja, la llevó de vuelta a los escalones del patíbulo y la consoló como un hijo preocupado. Fue una escena grotesca, pero también triste. Supongo que eso explica por qué el comandante no se mostró alarmado. El subalterno ordenó a sus hombres que prosiguieran. Barbanegra gritó algo al subalterno en español, luego se dirigió hacia el comandante, se volvió a la multitud y comenzó un discurso en inglés:

—¡No tiene perdón lo que habéis hecho! ¡Ella crió a ese muchacho después de que sus padres fueran asesinados por vuestros carniceros! ¡Lo torturasteis hasta enloquecerlo! ¡Quiero que sepáis, es importante para mí que sepáis, que no le veo final a esto! ¡No quiero que tenga un final! ¡Vuestra República es una ladrona! ¡Lo



que es nuestro es nuestro por derecho!

El soliloquio era un ardid, y Barbanegra también era una mascarada, ni pastor ni enterrador. Era el enemigo. Su discurso distrajo a la multitud, sorprendió a los soldados, indicó el ataque. Se arqueó hacia atrás y bajó con fuerza la pala, derribando al comandante. De repente la plaza se inundó de balas que rebotaban. Las explosiones destrozaron el campanario de la iglesia y las segundas plantas de los dos únicos edificios verdaderos del pueblo. El cadalso recibió un impacto directo de mortero y se derrumbó en pedazos. Los tres echamos a correr hacia la cala, pero nos detuvieron los disparos y la muchedumbre histérica. Otter Ransom nos arrastró a mí y a Lazarus detrás del abrevadero de un pozo de agua.

La intención del ataque era realizar un rescate y fracasó. Los condenados murieron con sus secuestradores. El subalterno señaló el almacén que había risco abajo, el origen del fuego más pesado, y reunió a los hombres que pudo para una carga que no carecía de coraje. Entonces, dos grupos pequeños de hombres que disparaban pistolas y rifles asaltaron la plaza desde el norte con el fin de desbordar a la milicia. El combate fue cuerpo a cuerpo, fanático. De nuevo tuvimos que escabullimos, acompañados por *Iceberg*, y nos metimos en la iglesia destrozada, entre maderas que caían, saltamos por encima del portón de hierro y entramos en el cementerio. Fuimos de lápida en lápida hasta un cobertizo de piedra. Nos estábamos alejando del *Grulla Negra*. Detrás del cobertizo había un descampado que bajaba y, más allá, montecillos y páramos sin árboles. Mientras descansábamos, Lazarus dijo que esperaba que Orlando el Negro se hubiera marchado del desembarcadero. Yo señalé que eso nos convertiría en muertos. Repuso que yo era un cobarde, que ésta era «la revolución». Ahora veo que estaba tan asustado como yo, que su dogma era pánico disfrazado. En ese momento lo maldije, nos maldijimos mutuamente, por encima de los disparos y las explosiones.

Sin embargo, no hicimos más que gritarnos, demasiado aterrados para actuar. Era una histeria infantil. Comprendo ahora que yo no despreciaba a Lazarus, como creía entonces, porque era fanfarrón y presuntuoso, o porque no entendía por qué había asesinado a aquel sacerdote patético; lo odiaba porque era mi rival ante Cleopatra. Sabía que me consideraba una bestia estúpida; yo lo creía un tramposo taimado. Más aún, tenía motivos —incidentes a bordo del *Ángel de la Muerte* que he pasado por alto— para creer que él y Cleopatra eran amantes. Ésta parece una revelación tan inapropiada aquí como entonces fue un interludio inapropiado. Estábamos atrapados por la masacre. Sin embargo, me había engañado durante meses respecto a ellos dos. Ella me había mostrado su condescendencia la noche anterior. Le eché la culpa a Lazarus. Yo era joven. Tenía fantasías ingenuas. Las tengo aun ahora, sin la juventud. Supongo que he postergado hasta aquí hablar de mis deseos y de mis celos porque todavía no he aceptado del todo nuestro funesto y jamás resuelto triángulo.

Interrumpió nuestra pelea la segunda aparición en mi vida del mismo marinero audaz, elegante, de ojos tristes que antes había anunciado la batalla con una pala.

Debe haber alguna otra forma narrativa para presentar a Germanicus. No se me ocurre. El propio Germanicus Frazer, de complexión robusta, barba negra, corazón orgulloso, dotado de un determinismo de hierro tan fuerte como lo que el abuelo sentía por su inefable Señor, entró en ese momento por la puerta trasera del cementerio. Llevaba al muchacho del brazo mutilado sobre los hombros, y a la vieja regordeta pisándole los talones. Nos vio antes que nosotros a él, se agachó, apretó los dientes y blandió una pistola negra para mantenernos a raya mientras sopesaba sus posibilidades.

Comenzó lentamente:

—Soy Frazer, de los Voluntarios de Georgia del Sur. Necesito vuestra ayuda. Dadla, o la tomaré. Ella está malherida. Te necesito —me señaló a mí— para que la lleses. Hemos de subir hasta allí arriba.

—No es nuestra lucha —me dijo Otter Ransom en sueco.

—Tenemos gente abajo —le expliqué a Germanicus.

—Ya están muertos o se han ido. Venid conmigo o que el diablo os lleve —dijo, acomodando al muchacho sobre los hombros.

Eso no era una elección. Cargué a la mujer y emprendimos la carrera. Subimos alejándonos del pueblo, escabulléndonos, atravesando los riscos, Germanicus no nos parecía sospechoso, aunque dudo que hubiéramos podido vencerlo. Tenía el aura del indomable; si uno se ha encontrado con una persona así, sabe que el efecto es absoluto. Descansamos en un sitio alto desde donde se veía la cala. El *Grulla Negra* no estaba. A través de la neblina, divisamos a una patrulla que nos perseguía, disparándonos desde muy lejos. Subimos hasta la cima de los riscos y nos lanzamos a nuestro destino. Los últimos cincuenta metros bajamos deslizándonos hasta una playa llena de cantos rodados. Había cuatro lanchas en las aguas poco profundas, las mismas que había seguido la noche anterior. Maldije mi suerte. Todo sucedió deprisa. Los tres estábamos sin resuello hasta el delirio a causa de la huida, aferrándonos el uno al otro, perdidos, Germanicus se hallaba alerta e incansable, ordenando a los hombres de las lanchas que entraran en acción. Entregamos al muchacho y a la vieja a una barca ya atestada de heridos. Su ataque había fracasado hasta tal punto que sólo quedaban hombres suficientes como para manejar tres de las lanchas, Germanicus era el segundo en la cadena de mando; su capitán estaba gravemente herido. La compañía, andrajosa, envuelta en pieles de ovejas, armada hasta los dientes era, como descubriría más adelante, un grupo guerrillero procedente de la isla Georgia del Sur, y que se hacía llamar los Voluntarios de Georgia del Sur.

Germanicus se acercó a su capitán; luego volvió a nuestro lado.

—¿Sois bestias? —preguntó. No le entendí. (Bestias era como llamaban a los refugiados sin refugio, a los restos arrojados por el mar de la así llamada flota de los malditos). Le dije que teníamos gente en la cala y también hacia el sur, que debíamos regresar a buscarla. Dijo—: Te entiendo, de verdad. Y te doy las gracias por tu ayuda. Pero has de saber que tu gente está muerta. Yo os necesito más, nos faltan cuatro

remeros en mi lancha, Frazer dice la verdad de Dios. No hay duda de que los patties tienen cañoneras más abajo, en el Estrecho, y vienen hacia aquí.

—Nosotros subimos anoche por el Estrecho —protesté—. Desde Mead's Kiss.

—¡Basta! —exclamó, con un gesto que zanjaba el tema. Yo le sacaba una cabeza; no obstante, me igualaba. Su ira no estaba dirigida a nada en particular; tenía más que ver con sus hombres aniquilados que con nuestra derrota. Nos miró a los tres y dijo —: Quedáis reclutados para los Voluntarios. Fusilamos a los desertores. Subid al barco, muchachos.

—Debemos regresar —insistí. Lazarus y Otter Ransom se agruparon a mi espalda.

Germanicus se ablandó.

—Si están vivos, irán hacia el este, a Stanley. Vosotros también podéis ir. No os quiero muertos. ¿Sois buenos cristianos? —No contesté—. Gracias a Dios que llegasteis hasta aquí. Ayudad a los que lo necesitan.

Lo que decía era muy razonable. Nos convenció para subir a la barca de Germanicus. Salimos al Estrecho, y con el viento en contra remamos duramente hacia el norte para escapar de la acción de la marea, buscando la protección de la niebla. Había muchos heridos en la barca. Un hombre que había recibido un disparo en la garganta no paraba de tironearme frenéticamente de los pies. En más de una ocasión, el sargento de Germanicus, un hombre carnoso y tosco llamado Motherwell, pidió aligerar el barco tirando a los muertos, Germanicus no dijo nada hasta que, en un momento en que nos vimos atacados por un molesto fuego de artillería desde la costa de Gran Malvina, reprendió a Motherwell:

—¡Todo el mundo regresa conmigo! —La tercera lancha, con el capitán herido, iba con demasiada poca tripulación como para mantener nuestro ritmo, Germanicus tuvo que reducir la marcha, pero el capitán le indicó por señas que continuáramos a toda velocidad. Vimos cómo la tercera lancha se rezagaba, hasta que se perdió en la niebla. Con señales se nos informó desde la costa oriental que por el Estrecho se acercaba una cañonera para interceptarnos, Germanicus nos acercó más a la costa de Soledad, riñéndonos—: ¡Remad, muchachos, no nos daremos por vencidos! —Remamos, vomitamos, remamos, sangramos y lloramos y remamos. Yo tenía las manos deshechas; los calambres en la espalda y las piernas eran tan dolorosos que sólo podía aliviarlos remando con más fuerza. A última hora de la tarde, dejamos el Estrecho y nos metimos en una cala de la isla Soledad que se bifurcaba hacia el sur y hacia las montañas. No sé cómo llegamos a la costa. Fuimos recibidos por más guerrilleros en un muelle quemado delante de una hilera de chozas de piedra. Nos ayudaron a subir por la ladera hasta una meseta fangosa con un reducto construido con sacos de arena desde donde se veía el Estrecho. También había un hospital cubierto con una lona encerada, donde nos derrumbamos.

Desperté con calambres en las piernas y me acuclillé para aliviar el dolor. Al hacerlo, me fijé en un hombre alto, encorvado, flaco como un palo que caminaba

entre los supervivientes del 2 de Diciembre. Era casi deforme a causa de esa postura torcida. Nos ofreció trozos pequeños de fruta y un poco de *whisky* de una taza; luego nos contó con una voz hermosa y cansada, más persuasiva que el viento, que era el capellán: Longfaeroe, dijo. Entonces comenzó a cantar por encima de los gemidos y los estertores de muerte.

—Escucha, oh Dios, mi queja, atiende a mi plegaria. Del extremo de la tierra clamo a ti, mi corazón desfallecido: condúceme a la roca que me es inaccesible. Tú eres, en efecto, mi refugio, una torre maciza frente al enemigo. De tu tienda he de ser yo huésped para siempre, refugiándome en el escondrijo de tus alas, pues tú acoges mis votos y me otorgas la herencia de aquellos que te temen. A los días del rey añades días, ¡presérvalo, presérvalo!

Se interrumpió con un jadeo, luego continuó, terminando lo que es el Salmo 61. Me pregunté a qué «rey» se refería. Me dolía demasiado el cuerpo como para pensar con lucidez. Pero alegró mi corazón, Lazarus rodó hasta ponerse a mi lado y masculló:

—El extremo de la tierra, ¿lo oíste? Sean lo que sean, son duros.

Otter Ransom escuchó mi traducción del salmo y sonrió. *Iceberg* me lamió la cara y, a su estilo de niñera, nos consoló a los tres. Debí haberme quedado dormido. Estaba oscuro cuando Germanicus me despertó.

—Ya estáis libres de nosotros. Volvimos a buscar a mi capitán. No permitiré que esos diablos lo aten a sus ruedas. Me apena vuestra gente. Si consigue llegar a Stanley, el puerto aún será nuestro. Id por ese camino, hacia el este, son unos ciento veinte kilómetros. Las montañas estarán llenas de bestias. Mi consejo es que partáis por la mañana con la columna.

—¿Puedes darnos una lancha, o llevarnos contigo, cuando estemos recuperados?

Se ajustó las cartucheras y dijo con rotundidad:

—Este lugar está acabado.

—Podemos volver andando —aventuré.

—Eso dices tú, Frazer dice que lo que hay al sur de aquí, a ambas orillas del Estrecho, son *patties*. Tu única posibilidad es ir hacia el este. Si tenéis problemas, diles a los Voluntarios que servisteis a Germanicus Frazer, hijo de Elephant Frazer. Que él está en deuda con vosotros por vuestra ayuda y vuestra fe.

Me ofreció la mano; nos las estrechamos como pudimos, carne viva con carne viva.

—Éstos son Lazarus Furore y Otter Ransom, de Estados Unidos y Suecia —presenté—. E *Iceberg*. Yo soy Grim Fiddle, hijo de Peregrine Ide.

—Suerte entonces, Grim Fiddle —dijo, y se marchó. Es crucial señalar que el capitán de Germanicus, a quien jamás encontró, era su hermano mayor, el legendario y amado Samson Frazer, a quien se refería el capellán, Longfaeroe, cuando cantó «¡Presérvalo, presérvalo!».

A pesar de la promesa de Germanicus de que éramos libres para seguir nuestro

propio camino, nos reclutaron como porteadores en la columna hospital que partía a la mañana siguiente hacia Puerto Stanley. Nos enteramos un poco de la lucha de las guerrillas mientras aguardábamos para partir. Los Voluntarios de Georgia del Sur, y lo que quedaba de los Irregulares de las Falkland, se hallaban en plena retirada de una masacre en Goose Green, en el canal de Choiseul, de isla Soledad, el día anterior al ataque de Germanicus sobre 2 de Diciembre (cuyo nombre británico era Puerto Howard). Nada de esto debería parecer grandiosamente militar. Como mucho, del lado de Germanicus había involucrados mil hombres y muchachos: pescadores, pastores, cazadores de focas, cazadores furtivos de ballenas. Como querían hacernos entender los guerrilleros, éstas eran las vocaciones de los discípulos de Jesús. Sospecho que este detalle les había sido impuesto por predicadores como Longfaeroe, para incentivar su lucha. Pero no era una guerra santa, aunque los guerrilleros lo vieran de esa manera. Era ante todo una cuestión de enemistad entre quienes hablaban español y quienes hablaban inglés, una lucha por el territorio y por venganza, a lo que se refería Germanicus cuando rugió: «¡Lo que es nuestro es nuestro por derecho!».

Cuando tuvo algunos hechos para añadir a su intuición y conocimiento de la historia de Sudamérica, Lazarus insistió en que ésta era menos una guerra civil que los coletazos de un conflicto imperial. En el siglo diecinueve, Gran Bretaña había usado su flota para adquirir el archipiélago de las Falkland, convirtiéndolo en el componente principal de lo que por entonces era la tierra prometida de los cazadores de focas y de ballenas, llamado las Posesiones Británicas de las islas Falkland, que incluía las Falkland, Georgia del Sur, las Sandwich del Sur, las Orcadas del Sur y las Shetland del Sur, el archipiélago Palmer y la Tierra de Graham, también conocida como Península Palmer de la Antártida. El derecho británico siempre fue disputado por la República Argentina, que presentó una contraquerella sobre todas las Posesiones de las Falkland, y en especial de las islas Falkland, a las que llamó islas Malvinas. Describo esto con mucho detalle siguiendo la información de la que puedo estar seguro, pero que demuestra la mente ideológica de Lazarus, y se relaciona con lo que me sucedió a mí allí. Para exponerlo de manera directa, los habitantes de las Falkland, que en su mayoría eran de ascendencia británica, odiaban a los pocos sudamericanos establecidos entre ellos... un fanatismo racial y religioso. A finales del siglo veinte, las revoluciones y las reacciones en el continente habían perturbado el delicado equilibrio político en las Posesiones de las Falkland. Ciertamente, la República Argentina fue la primera promotora del invasor Ejército del Fin de la Tierra, cuyos integrantes, que Germanicus llamaba «patties», procedían en su mayoría de las estepas de la Patagonia argentina.

Para esto tengo un corazón débil. Registrarlo ahora parece tan simple y desgraciado como fue vivirlo entonces. En todas las tierras, para todos los pueblos, las heridas más viejas se abren con tanta facilidad como las más nuevas. Quién fue el primer transgresor en las Malvinas, y por qué, y dónde, para mí se pierde en el cielo

de las mentiras; lo que Israel me enseñó fue la política de la falsedad. Sé que Germanicus me dijo que los patties golpearon primero. Imagino que un pattie diría todo lo contrario. ¿Qué importa ahora? El patriotismo, el separatismo, el imperialismo, el colonialismo, el aventurerismo... son todas palabras bonitas, todas representan tumbas y ruina, el norte bajo el fuego, el ecuador bajo la tempestad, el sur bajo el hielo. Como me dijo el abuelo, no había ningún refugio, no había ningún santuario, no había paz. Como yo había visto, sólo había huida y exilio y desamparo y resistencia hasta que uno ya no podía soportar más, luego era luchar o morir... quizá dando primero lo que uno tenía. Hay mucho más en la política y la ruina del extremo de la tierra, pero eso debe esperar acontecimientos posteriores en esta crónica, sin cuya explicación, me doy cuenta ahora cabal y plenamente, lo que nos sucedió a mí y a los míos seguiría siendo increíble, inaceptable, en apariencia menos historia que fantasía: algo tan oscuro que hasta temo que la luz que para mí representa este escrito no sería capaz de mostrar la verdad.

Me anticipo demasiado. Hubo un peligro específico para nosotros en aquella columna hospital que se retiraba por los altos páramos de la isla Soledad. Se decía que el Ejército del Fin de la Tierra —a partir de aquí lo llamaré como lo hacían los habitantes de Georgia del Sur: patagones o patties— se había visto reforzado por una compañía de soldados profesionales con armas pesadas en Gran Malvina, se decía que iba a cargar para aniquilar a la así llamada resistencia leal (los Irregulares de las Falkland, los Voluntarios de Georgia del Sur) antes de que los vientos de otoño obstaculizaran las líneas de suministros desde el continente. Los leales no tenían esperanza contra la artillería de apoyo de las cañoneras. Peor aún, los desesperados refugiados, arrojados sobre las Malvinas —como había sucedido a los tripulantes del *Ángel de la Muerte*, a quienes ellos llamaban bestias—, erraban por las islas, matando y muriendo. Los patties usaban a los bestias como fuerza de trabajo, a veces como fuerzas paramilitares, ya que muchos de ellos originalmente venían de las Américas. Los leales, entonces, tenían tres tipos de adversarios que estaban cerrando sus garras en torno a ellos: los malvinenses nativos de habla hispana; el Ejército del Fin de la Tierra procedente de la Patagonia y de Tierra del Fuego, y los bestias que venían de todas partes. Y cuánto me disgustaba entonces la idea de llamar a esa pobre gente bestias, incluso ahora hago una mueca de dolor al escribir la palabra bestias; así los llamaban ellos, así es como llegué a llamarlos yo, y no debería ocultar esa vergüenza.

La columna hospital que había recibido la orden de atravesar la Tierra de Nadie de la isla Soledad estaba al mando de un capitán de los Irregulares, un sobrino del comandante de las Falkland, Brackenbury. Era un carnicero que alentaba a sus hombres a disparar a voluntad contra los bestias que aparecían en nuestro camino. Esa actitud me parecía horrible, y también estúpida. Había menos de una docena de hombres sanos en la columna; la mayoría estaban heridos, y las mujeres y los niños cuidaban de un rebaño de ovejas que hacíamos marchar delante de nosotros. Los

páramos pelados dejaban a nuestro grupo desvalidamente al descubierto. Marchábamos y disparábamos todo el día, subiendo por los cenagosos caminos de las ovejas hacia las laderas de la cordillera central, de cimas grisverdoso y cubiertas de nieve. Sólo nos obstaculizaban la línea de visión los pliegues del terreno y una irregular niebla a ras del suelo. Pregunté a un soldado si nuestra táctica —disparar a los bestias— no era una manera de buscar problemas con ellos, ya que los veíamos acampados en grandes cantidades allá abajo, a lo largo de la costa norte de la isla. Debido a esa conversación, más tarde el mismo día el carnicero puso en duda mi lealtad y nos privó a Otter Ransom, a Lazarus y a mí de nuestras armas.

Después de eso, nos usaron como bestias de carga tirando de los carros, todo dolor, subiendo y bajando por los senderos ondulantes, dejando las estribaciones para dirigirnos a las grandes montañas del este. El segundo día, cruzamos un yermo rocoso plagado de marismas y montones de esqueletos de ovejas. El olor de la batalla flotaba hasta nosotros desde el sur, y nos desviamos de un desfiladero y pusimos rumbo a un sendero que había al norte de la cadena montañosa. Al anochecer, vimos cientos de fogatas debajo, encima y alrededor de nosotros. A los tres nos asignaron tareas de enterrador. Cuando acabamos, nos expulsaron enviándonos a los descargados carros del hospital y nos dieron raciones exiguas. Nos tapamos con pieles de ovejas empapadas en sangre para protegernos de los vientos aullantes.

Los bestias atacaron antes del amanecer. *Iceberg* me despertó con la pata. Al principio el viento ocultó los disparos y los gritos. La batalla se centró en los carros de comida que habían sido emplazados en el centro del campamento principal, a cincuenta metros de nosotros. Los bestias bajaban en oleadas por la ladera, hombres y niños y mujeres, sucios y de andar lento, con pocas armas, en su mayoría garrotes y puños. La reyerta fue salvaje, con ruidos terribles: gruñidos, rugidos y gemidos. Los tres nos metimos debajo de un carro vacío con *Iceberg*. Vimos cómo el carnicero ordenaba a sus hombres que formaran un círculo alrededor de la lona encerada, donde estaban tendidos los heridos. Vimos una marea de carne que chocaba contra un muro de carne. Era algo que helaba la sangre, el viento y los moribundos, esos ruidos animales.

Longfaeroe apareció de la oscuridad. Llevaba una antorcha, conducía a varios niños y mujeres de la mano. Debió de haber visto centellear los ojos de *Iceberg* con el reflejo de la antorcha, pues nos indicó por señas que nos acercásemos a él. Hizo que las mujeres apilaran unas cajas de madera, que aplastó con el pie y encendió para hacer una fogata. Eso, mientras los demás continuaban la pelea. Nosotros permanecemos bajo el carro. No había nada entre nosotros y la masacre salvo el páramo, el viento y Longfaeroe, que organizaba a la gente próxima al fuego, quizá a diez metros de nosotros. Les decía que agacharan las cabezas. Se llenó los pulmones de aire y se puso a hablar con voz fuerte y clara, y mientras, primero yo, luego Otter Ransom y Lazarus, nos acercamos a gatas para escuchar su oración: «¡Líbrame, oh, Jehová, de mis enemigos! ¡Defiéndeme de quienes contra mí se han levantado!

¡Líbrame de los que obran injusticias, sálvame de los hombres sanguinarios! ¡Pues mira cómo acechan a mi vida, conspiran contra mí los salvajes! ¡No hay en mí crimen, no hay en mí pecado! Oh, Jehová, sin culpa mía se abalanzan y acometen...».

Pasaron por encima de nosotros; por lo menos, nos dejaron con vida. Nos acurrucamos allí, rezando con Longfaeroe mientras el cielo se aclaraba por el este. Alimentamos el fuego y lloramos. Estábamos conmocionados, y poco a poco respondimos a los gritos de los heridos. No tengo explicación de por qué no nos mataron. Pienso en el salmo de Longfaeroe, el 59 en la Biblia Fiddle, que concluye con una celebración «cuando llega la mañana» y llama a Jehová «la torre fuerte». Supuse entonces que Longfaeroe se veía a sí mismo también como una torre fuerte. Se sentó allí, resuelto, azotado por el viento, y se enfrentó a aquella matanza. Lo respeté más por eso.

Pensando en ese salmo, me pregunto qué fue lo que me protegió. Ciertamente, no era verdad que yo estuviera libre de crimen o de culpa, pues es probable que hubiera matado a aquel desconocido en Vexbeggar. Quizá la lección que entonces más aprendí en aquel páramo fue que era vano para mí tratar de hacer cuadrar la inocencia y la culpa, el bien y el mal, el placer y el dolor en una fórmula que pudiera explicar por qué algunos hombres mueren de forma horrible, desgarrados y aplastados, y otros atraviesan la matanza ilesos. Vi que había una justicia divina que dicta sentencias que escapan a mi intelecto. Entonces, igual que ahora, el nórdico que hay en mí ofreció la suerte como prueba. Aunque eso puede parecer inadecuado, es todo lo que sé para poder explicar el misterio de cómo sobreviví a aquella columna hospital.

Longfaeroe tomó el mando de los supervivientes. Tirábamos de un único carro. Las mujeres conducían a los niños. No era correcto dejar a los muertos sin enterrar. Tuvimos que huir, bajando a la hondonada y subiendo con el sol hacia otra montaña. Hay un aspecto más de ese episodio que debo registrar, pues para mí significó el comienzo de mi comprensión de Lazarus, y de mí mismo. Llegó de nuevo la noche antes de que Lazarus, Otter Ransom y yo pudiéramos hablar inteligentemente. Encendimos el fuego, atendimos a los más heridos, realizamos nuestra guardia escuchando a Longfaeroe que cantaba salmos para que los niños se durmieran.

Lazarus dijo:

—No sabía que iba a ser así. No puedo entenderlo. Ese demente, Saint Stephen, estoy seguro de que él es el enemigo. Ellos y sus palabras hipócritas y vacías en catedrales construidas con sangre, haciendo el «trabajo de Dios», recaudando dinero, mientras los coroneles y los mercaderes de muerte roban a los niños toda oportunidad... pensé que matarlos era lo correcto. ¡Eso era lo que ese loco estaba haciendo, Grim, lo juro, bendecirlos mientras eran torturados! ¡Luanda! ¿Sabes lo que han hecho en Luanda? Yo no. ¿Qué eran esas cosas anoche? ¿Eran personas? ¿Cómo ha podido empeorar tanto? De verdad eran bestias.

—Eran hombres, como nosotros —dije. Otter Ransom me pidió que explicara lo que decía Lazarus. Lo hice, mirando cómo Lazarus avivaba el fuego, los ojos



vidriosos, como si la masacre aún estuviera allí y fuera visible.

—No eran hombres, estás equivocado, Grim Fiddle —me dijo Otter Ransom—. Yo he visto matanzas, más que ninguno de vosotros. El pueblo de mi madre desapareció en mil novecientos cuarenta y uno. Jamás fueron así.

Recordando el portento de Lamba Ladrona de Tiempo, me incliné hacia delante y le dije al fuego:

—Eran medio hombres, ¿verdad? —Deseché el pensamiento con una sonrisa que no era de humor. Desterré el portento, esperando todo el tiempo que mi resistencia a la profecía durara. Sabía que necesitaba al abuelo.

Puerto Stanley era una fortaleza humeante. El pueblo estaba apilado sobre la orilla sur de una cala de dieciséis kilómetros de extensión que tenía la forma de unas tijeras abiertas entre riscos que subían hasta la segunda cima más alta de Soledad. Los restos del puesto naval se hallaban diseminados en el extremo sudeste de la cala; columnas de humo negro señalaban varios kilómetros de puerto. Cañoneras patties hacían incursiones cada noche para lanzar bombas incendiarias y se marchaban antes de que las baterías costeras de las plataformas de los riscos situadas al norte y al sur de la cala pudieran localizarlas y responder. Al oeste y al norte del cordón leal había campamentos de bestias, demasiado desesperados por comida para que los leales los pudieran mantener alejados con amenazas.

La nuestra no fue la única columna hospital que llegó aquella tarde, tres días después de mi proyectado regreso al *Ángel de la Muerte* con alimentos, noticias, esperanza, Longfaeroe nos reunió mientras esperábamos a que se nos permitiera pasar por el primer cordón hacia los campos húmedos del exterior de los reductos leales, donde había un hospital de campaña. La forma más moderna de medicina que vi fue la amputación. Entregamos a nuestros heridos y nos pusimos en una cola para recibir un plato de gachas calientes con grasa de ballena. Hicimos nuestras camas al lado de la cocina de campaña y un corral de ovejas, y dormimos al sol de la tarde. Cuando desperté, era la hora del crepúsculo y Longfaeroe no estaba. Intercambiamos ideas los tres, y acordamos que deberíamos tratar de entrar en las fortificaciones leales y buscar el *Grulla Negra*, quizá apoderarnos de una embarcación y escapar. No había optimismo en nuestra conspiración. Los centinelas nos dejaron pasar a Otter Ransom y a mí sin ningún problema, e impidieron la entrada a Lazarus debido a su piel cobriza. Yo me encrespé; un centinela me hizo retroceder de un culatazo y apuntó con el rifle a Otter Ransom, Lazarus gritó:

—¡Asesinos cabrones, no sois mejores que los argentinos!

Nos obligaron a ponernos de rodillas y llamaron a un oficial, que nos echó un vistazo y dijo:

—Cumplid con vuestro deber.

Uno debe entender lo extenuados que estábamos; eso explica nuestro descuido, y nuestro cambio de suerte. Empleé el nombre de Germanicus, invoqué su nombre,

gritando cómo los tres habíamos rescatado a Germanicus y a su hermano, Samson, de la ejecución en 2 de Diciembre. También dije que habíamos rescatado al reverendo Longfaeroe de la rueda y de los bestias. Eso no los convenció, los confundió. Nos ataron y arrastraron por los pies, nos metieron por la puerta y nos arrojaron a un agujero cubierto con alambres que debían de usar para quemar los restos de ovejas. Quedamos allí tendidos en un fango fétido y lleno de gusanos durante una larga noche de bolas de fuego que subían sobre los riscos. Los gritos sonaban lejanos. Puerto Stanley era un puesto avanzado del reino del fuego; nos habíamos acostumbrado, así que nos quedamos allí echados, escuchando el viento que corría hacia el vacío del fuego, oliendo la miasma de gasolina. Cuando vinieron a buscarnos al amanecer, estábamos resignados. Mi último consuelo era que *Iceberg* había protegido nuestro agujero toda la noche. Nos vendaron los ojos, fuimos arrastrados escalones arriba, tirados escalones abajo y empujados contra un muro de piedra. Creí que era mi final y no estaba preparado; ni estaba preparado para la sorpresa cuando nos quitaron las vendas y nos encontramos en una cueva iluminada por lámparas en la cara del risco que daba al puerto, el cuartel general de los mandos combinados de las Posesiones de las Falkland. Olía a aceite de ballena y a derrota: radios que crepitaban, mapas como tramas de tumbas. Hubo una larga pausa durante la que parecieron olvidarnos; luego, un hombre bajo y gris, de brazos y piernas gruesos, enorme cabeza peluda, viejo y muy cansado pero erguido dentro de un gran abrigo de piel de foca, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Sois vosotros los que rescatasteis a los hijos de Frazer de los patties? —Me miró a los ojos y vio mi media verdad. Su cara se tensó hasta convertirse en piedra—. ¿Qué sabes de mis hijos? —prosiguió Elephant Frazer.

Contesté la verdad completa, rápido y sin titubear; luego empecé a suplicar perdón. Él dio media vuelta y ordenó al sargento que nos sacara de allí.

—¡No! —Pateé al sargento, gritándole a Elephant Frazer—: Perdí a mis amigos y mi barco en ese ataque. No estuvo bien mentir, y lo siento. Pero nos permitió seguir con vida. Sí ayudamos a Germanicus, y puede que hayamos salvado la vida de un muchacho. Germanicus dijo que si mis amigos estaban vivos, vendrían aquí. Tengo que encontrarlos. Necesito un barco para regresar junto a mi familia en Mead's Kiss.

—¿Tu familia? —dijo Elephant Frazer, volviéndose hacia mí—. ¿No tenemos todos familia? ¿Qué significa la tuya para mí? ¿Qué significa la mía para ti? Hay miles de familias ahí afuera que puedo nombrar, tres veces las que jamás conocí. ¿Qué ayuda, qué barco, cuando vengan los patties?

—Es todo lo que tengo, señor, por favor —dije.

—¡Marchaos! ¡Ha sido el destino del mendigo que no os hayamos fusilado!

—Germanicus Frazer me dijo que le diera las gracias a Dios por llegar hasta aquí, y que ayudara a aquellos que lo necesitan. Necesito su ayuda.

Al decir eso Elephant Frazer se relajó. Luego me enteraría de que había citado sus propias palabras.

—¿Es la verdad de Dios lo que dijo el pastor? ¿Que él rezaba y los bestias os dejaron en paz? —Le contesté que sí—. ¿Y fuiste tú quien dijo que nosotros los Voluntarios no éramos mejores que los patties?

—Lo dije yo —intervino Lazarus.

—Tú no eres un pattie —señaló Elephant Frazer.

—Soy un ciudadano norteamericano —dijo Lazarus.

—Eres un bestia o eres un Voluntario, muchacho. Dile a Frazer que lo que dijiste no es verdad.

—Vosotros estáis dispuestos a asesinar a hombres porque tienen la piel morena, y a esos bestias porque tienen hambre. Vosotros los convertís en bestias. Es la verdad, y no hay nada que usted pueda hacerme que cambie eso.

En ese momento me gustó Lazarus Furore; lo amé por sus palabras, y en especial porque no se molestó en defenderse. Podía ser jactancioso, pero también era osado y, si se lo escuchaba con atención, resultaba evidente que creía en lo que decía. En ese momento también me gustó Elephant Frazer. Tampoco él se defendió. Se desafiaron mutuamente con un silencio amargo. Ninguno cedió. Elephant Frazer dijo:

—No puedo odiarte, muchacho. —Entonces se volvió hacia mí—. Germanicus os convirtió en Voluntarios, eso es lo que os mantiene con vida, no yo ni vuestras palabras. Si encuentras a tus amigos, no te ayudaré en nada más que esto. Sois Voluntarios hasta el final, entonces la supervivencia dependerá de cada hombre, de cada familia. Si escapáis antes, os fusilaremos como a bestias. ¡Adelante! Estáis destinados al destacamento de bomberos. Y si veis al pastor, decidle que siga cantando hasta que llegue el reino de los cielos.

Desenterramos cadáveres carbonizados durante dos semanas brutales: nos quemamos las manos, nos dañamos las espaldas, y probamos un hollín denso y no las raciones. *Iceberg* nos distinguió porque era una experta en olfatear a los vivos de entre los muertos. Uno de esos vivos, a quien encontramos bajo un edificio derrumbado, era Christmas Muir, un cazador de focas; había llegado a las Malvinas para ayudar a la familia de su hermano, había perdido al hermano a manos de los patties y a la viuda y a dos niños por causa de una bola de fuego. No encontramos el *Grulla Negra*, ni la manera de volver al *Ángel de la Muerte*. Habíamos ganado la fortaleza y perdido la libertad.

No recuerdo si el cólera apareció antes de que los patties lanzaran su último ataque, o si el torrente de bestias huyendo del azote de los patties trajo el cólera, o si todo sucedió al mismo tiempo, Christmas Muir, que dijo que era capaz de reconocer un mal viento de un viento fatal, anunció que Puerto Stanley ya estaba sentenciado. La muerte por cólera es bastante regular, no tan aterradora como la plaga que mata como el fuego, ni tan lenta como el escorbuto, con una cura muy simple pero imposible en el mar o en el hielo. No obstante, el cólera acaba con sus víctimas. La gente se derrumba, no puede comer, y al excretar parece que se le escapan las

entrañas, luego vuela de fiebre. Llegué a apreciar por qué el miedo a la enfermedad había paralizado, y después desmantelado la Commonwealth británica, contribuyendo al abandono de las Posesiones de las Falkland. Hay una vacuna, y nosotros los leales la teníamos; es una clemencia transitoria, y fijó una fecha de partida de los leales de Puerto Stanley antes de que el cólera hiciera el trabajo que los patties quizá no hubieran conseguido hacer antes del invierno.

La evacuación comenzó con varios barcos saliendo en convoy cada noche, arriesgándose con el bloqueo para ir hacia el sudeste y recorrer las ochocientas millas que nos separaban de Georgia del Sur. El mando hizo retroceder a los defensores a medida que el puerto ardía y se vaciaba. Los patties también debieron de haber padecido el cólera, pues sus ataques eran fortuitos. Los vientos de otoño trajeron granizadas, mares encrespados, nubes densas y negras que corrían desde el oeste. Y luego vinieron los maremotos que retumbaban de manera creciente debajo de nosotros, y por Christmas Muir nos enteramos de que eran el resultado de enormes erupciones volcánicas hacia el sur, más allá del mar del Scotia, en la península de la Antártida y frente a la costa de la Antártida en las islas Shetland del Sur. Registro aquí la primera vez que oí hablar del Trono de Satanás.

—Yo estaba cazando frente a la isla Coronación aquel primer verano que ocurrió —dijo Christmas Muir una noche en el refugio—, y fue terrible, el destino del cazador de focas. Pedazos de témpanos de hielo giraban como peonzas y el mar se sacudía, esa isla de hielo que hay a sotavento estalló como una tarta. Nosotros estábamos al alcance de la onda expansiva. Nos zarandéo como quiso, te lo aseguro, pues esa marejada recogía los témpanos de hielo y los arrojaba. El hielo de ahí abajo ahora está negro, quebrado, retorcido. Se está derritiendo el hielo en la Tierra de Graham. Y así es como lo llaman: el Trono de Satanás. Es tan grande como el Infierno; caliente, no lo dudes. Yo jamás lo vi, y no tengo ganas de verlo. Lo más cerca que he estado es en las Orcadas del Sur, y aquello ya no es lo mismo desde que comenzaron los temblores. Reconozco que facilita la captura de ballenas y de focas, las deja como aturdidas, no huyen de ti. Las islas de hielo negro son espantosas, pedazos del Infierno de quince kilómetros de largo. El Trono de Satanás.

Otter Ransom escuchó mi traducción, y luego dijo que él había visto un volcán en Spitzbergen en la década de los 80 y aunque había cerrado las minas y asustado mucho a los rusos, no había afectado al glaciar. Suponía que si el Trono de Satanás era lo suficientemente caliente como para derretir el hielo, debía de ser parte de una cadena de erupciones.

—Tal vez —dijo Christmas Muir, sonriendo—, montones de tronos de demonios pequeñitos, ¡una reunión sindical en el Infierno!

Nos pareció una excelente broma, y eso le agradó a Christmas Muir, un hombrecito mugriento, con cuarenta años de vida, treinta de ellos cazando focas. Le caíamos bien porque le habíamos salvado el pellejo y porque los demás Voluntarios también lo trataban como a uno de afuera, ya que había dejado de luchar después de

rescatar a su hermano de una rueda. Le gustaba hechizarnos con historias de cacerías de focas —historias inmensas, imaginarias, diez veces más grandes que la verdad— y a la mañana siguiente siguió hablando del Trono de Satanás.

—Lo peor es esto. Yo no lo vi, me lo contaron pero tomadlo como la verdad de un cazador de focas. Dicen que hay humaredas negras que salen del Trono de Satanás, y cuando los vientos (que no son como los de aquí: ¡aquéllos sí que son vientos!) soplan de cierto modo, arrastrado ese hielo de la meseta como un fuego blanco, entonces la nube negra encima del Trono de Satanás cobra la forma de una figura gigantesca. No se sabe bien qué es. Un camarada mío, un marinero noruego, dijo que veía la cara de un hombre con patillas, como cuentan algunos que era su viejo dios Odín. ¿Odín? Era un tipo bastante fantasioso, mi camarada, no podías confiar en él. Otros contaban que veían lo que querían. Creedme, más de uno dijo que veía una cara. Los que más me gustaban eran los que decían que veían la cabeza de un carnero. Hocico contundente, grandes cuernos retorcidos hacia atrás. Hay más. Por la noche —y la noche allí es oscura, camarada, larga y oscura, seis meses largos y oscuros, que entristecen a un hombre y lo llenan de recuerdos, una noche así de larga y oscura— esa cara del carnero gigantesco y negro brilla. Se enciende cuando el mar se sacude y las islas de hielo se resquebrajan, ¡bang!, ¡bang!, y las aves manchadas de ceniza se dispersan levantando vuelo desde los témpanos. Un albatros enorme, negro, atontado, cae a plomo. La cara de ese carnero gigante y negro brilla. Dicen que esa cara sonrío. ¿Os dais cuenta? Se siente feliz. Yo no soy un buen cristiano. No tengo tiempo. Pero aun así no me gusta. ¿Qué es lo que le parece tan gracioso al Diablo?

Las últimas dos semanas en Puerto Stanley son un episodio único y oscuro para mí. El ataque la primera semana vino del oeste: los patties enviaron bestias armados a nuestros reductos de vanguardia. El mando nos hizo retroceder a un perímetro interior, apoyados por una batería situada en la meseta del risco, encima de la costa, al norte de la cala, mientras dos muelles de cemento que se internaban en el mar protegían una estrecha playa rocosa sobre el Atlántico, y la iglesia presbiteriana de piedra protegía el camino del muelle. Los Irregulares de las Falkland formaron un equipo de rescate para traer a los que habían quedado aislados en las montañas del sur; ninguno regresó. La segunda semana comenzó con los patties realizando un desembarco anfibio sobre la parte norte de la tijera de la cala, aislando a los Voluntarios que controlaban las cuevas del cuartel general encima del puerto. Los patties establecieron puestos de fuego en nuestros reductos abandonados. Intercambiamos fuego pesado al día siguiente, y miramos mientras los patties levantaban ruedas con Voluntarios e Irregulares vivos atados a ellas, sobre el espigón en la boca del puerto. Los tres, junto con Christmas Muir, habíamos sido relevados del destacamento de bomberos. Nos dieron armas y nos destinaron al cementerio de la iglesia presbiteriana, que tenía la parte superior del alto muro rematada con vidrios dentados. Corrían rumores de que Elephant Frazer, el nuevo comandante en jefe,

junto con los demás oficiales de alto rango muertos o heridos en las cuevas, había rechazado una exigencia de rendición. También circulaba la noticia de que se estaban presentando Voluntarios rezagados, que uno de los hijos de Frazer había llegado en barco al extremo sur de la cala.

Durante la cena vino un oficial Irregular a decirnos que Puerto Stanley había caído. Teníamos que decidir si quedarnos o aceptar que nos evacuaran en lanchas. Los seis Irregulares eligieron luchar, recogieron sus raciones y volvieron junto al muro. A los Voluntarios nos distribuyeron en grupos de cuatro, indicándonos cómo seríamos sacados de allí: Otter Ransom y Lazarus irían en el segundo turno; Christmas Muir y yo en el tercero.

No recuerdo haber tenido ningún sentimiento sombrío aquella noche mientras esperábamos un ataque masivo que no se produjo. Estaba hambriento, me asustaba mucho la muerte, me sentía muy cansado y tenía curiosidad por saber si quien había llegado era Germanicus o Samson Frazer. Pensé mucho en cómo me habría juzgado el abuelo durante mis semanas entre los Voluntarios. Recé mientras me acurrucaba protegiéndome del viento y la lluvia. Estoy seguro de que no tenía sentimientos de venganza, que no tenía más necesidad de matar a mi enemigo que de abandonar todo aquello.

La gran tormenta que se inició durante la noche frenó el ataque pattie y nuestra retirada al día siguiente. El Atlántico se alzaba furioso, empequeñeciendo cualquier violencia que pudiéramos cometer nosotros, los hombres. El grupo número uno se marchó, y en las primeras horas de la tarde llamaron al número dos. Ninguno de los tres hablamos al separarnos: Otter Ransom sonrió, Lazarus agachó la cabeza. Me senté junto a Christmas Muir, puse a *Iceberg* en el medio, y miramos cómo corrían. Poco después nos llegó la noticia a la iglesia presbiteriana de que los evacuados estaban inmovilizados en la playa de embarque más por la naturaleza que por las descargas homicidas que brotaban de la ladera de la montaña. Entonces Elephant Frazer casi perdió el control de los Voluntarios —no podíamos quedar más de doscientos—, porque la idea de emprender un viaje de ochocientas millas en una embarcación abierta con semejante tormenta apenas era menos aterradora que enfrentarse a las ruedas de los patties. Algunos voluntarios regresaron a la iglesia. Oímos que uno era fusilado por amotinarse.

A Christmas Muir y a mí nos llamaron a la hora del crepúsculo. Esquivamos el fuego de los francotiradores mientras corríamos por el campo abierto; en nuestro camino, hasta el semicírculo de la playa de embarque del Atlántico, al este del asentamiento, se amontonaban los cadáveres. Encontramos a Voluntarios tan pegados a la cara del acantilado a lo largo de la playa que parecían parte de la roca, mientras las olas golpeaban casi hasta cubrirlos. Había charcos de gasolina en llamas procedente de las bolas de fuego de los patties que flotaban sobre las crestas de las olas, y ante cada nuevo embate del mar las llamas amenazaban con abrasar a los hombres. Hacia la izquierda, vi los barcos de evacuación que eran introducidos uno

por vez bordeando la punta del muelle, arriesgándose a los bombardeos de los patties desde el oeste.

Bajé a la playa y se me asignó un puesto en la fila. Subí a *Iceberg* sobre los hombros para mantenerla alejada de las olas. Fue en ese momento —mientras giraba y me retorció apartándome del agua fría— cuando divisé el *Grulla Negra*. Lo estaban metiendo por el extremo del muelle, al abrigo del rompeolas, hacia la playa. Lo tripulaban Voluntarios, y no se veían rastros de Orlando el Negro ni de los turcos. Se lo mostré a Christmas Muir.

—¡Es mi barco! —grité.

Christmas Muir siguió rápidamente mi gesto y dijo:

—No, camarada. Quédate en la fila, quédate en la fila. No, si vas allí será amotinamiento.

No pude controlarme. Bajé a *Iceberg* y los dos corrimos hacia el *Grulla Negra*, fuera de turno, contra toda disciplina. Con la misma precipitación, Orlando el Negro y Lazarus salieron de la cara del acantilado que tenía delante; agitaban los brazos y me señalaban. Todos fuimos empujados por una ola contra el acantilado, y cuando el mar se retiró descubriendo playa por donde seguir corriendo, me esforcé de nuevo por llegar al *Grulla Negra*. Orlando el Negro dijo con un vozarrón:

—Vuelve. ¡No!

Marché con dificultad por el agua. Orlando y Lazarus me empujaron contra la roca cuando una ola nueva cayó sobre nosotros. Empezaron a reírse de alivio por habernos encontrado, pero su júbilo desapareció cuando se dieron cuenta de cuál era mi intención.

—Tengo que llegar hasta él. ¡Es mi barco! —exclamé.

—¡Germanicus Frazer nos trajo de vuelta, Grim! ¡No lo hagas! ¡Espera tu turno! —suplicó Orlando el Negro—. ¡Estamos juntos! Little Dede Gone ha muerto a causa de la fiebre. ¡Pero Germanicus nos salvó a mí y a Wild Drumrul! ¡Te matará si lo intentas! ¡El barco ahora es de ellos!

Lo empujé a un lado mientras el oleaje nos golpeaba de nuevo, Lazarus trató de contenerme, no pudo, y gritó:

—¡Piensa, Grim, es inútil! No les ayudará ahora. ¡Se han ido!

—¡El abuelo no me abandonaría! —repliqué—. ¡Jamás!

Me liberé de ellos y emprendí la carrera antes de que llegara otra ola, sin pensar en el peligro que corría como amotinado, ni en la deuda que tenía con Germanicus por rescatar a Orlando el Negro y a Wild Drumrul, pensando sólo en el *Grulla Negra* y en lo que ese barco representaba: mi familia. No tenía ningún plan. Quería el barco. Orlando el Negro y Lazarus me persiguieron. Y allá adelante, bajando por la playa para interceptarme, venían Germanicus y Motherwell.

Me metí en el agua, Germanicus, con la pistola desenfundada, gritó:

—¡Grim Fiddle, no me obligues! ¡Te ordeno que regreses!

Todas sus súplicas se vieron ahogadas en ese momento por una nueva descarga de

bolas de fuego que atravesaron el agua hacia la playa. *Iceberg* me mordisqueó la pierna. Luché contra las olas con todas mis fuerzas. Vi el *Grulla Negra* ante mí, a veinte metros, menos; no vi a los Voluntarios al timón ni en los remos. En su lugar, tuve una visión: vi a Peregrine y a Israel y a Cleopatra; vi al abuelo de pie, señalándome. Lo vi tronar:

—¡Malditos sean todos los hombres que tienen ojos y oídos y corazones pero no quieren ver ni oír y no quieren entender el juicio del Señor sobre los pecados de los incrédulos!

Me detuve. Di media vuelta. Oí que Germanicus gritaba:

—¡Que el diablo te lleve!

Vi a Orlando el Negro que alzaba los brazos para zambullirse. *Iceberg* me hizo caer contra una oleada tirándome del cuello. Una bola de fuego cayó directamente sobre el *Grulla Negra*.

Recuerdo haberme levantado, ahogándome, viendo al *Grulla Negra* arrancado violentamente del agua y partido en dos y arrojado en pedazos contra los riscos. Recuerdo la onda de calor. Recuerdo cuerpos flotando en el oleaje. Recuerdo a Germanicus y a Motherwell sacándome de las aguas en llamas. Recuerdo a Christmas Muir declarando que yo no era un amotinado, que intentaba salvar el barco, que el «cabeza de cobre» estaba muy mal herido, que el «negro» estaba destrozado y que el lobo estaba roto. Recuerdo a Wild Drumrul acuclillado a mi lado, diciendo: «Fuego, sé frío con mi hermano». Recuerdo haber sentido la cara caliente y tirante, la barba desaparecida, lo mismo que el pelo, y un desgarró en la garganta por el que podía meter un dedo. Recuerdo a Germanicus diciéndome que me habría disparado. Y recuerdo haberle dicho:

—No hay un Dios del Amor. Es una mentira. Ningún Dios que ama haría esto, obligarnos a luchar y a morir porque queremos volver a casa. Arrebatarnos todo. Abandonarnos. Matarnos. No hay un Dios del Amor. Peregrine luchó toda su vida sólo para volver a casa. Dios lo arruinó, lo dejó pecar y morir solo. Le envió a Charity Bentham para atormentarlo, luego se la quitó, le quitó lo poco que era suyo. Y cuando tratamos de ayudarlo, fue peor. Se dejó morir a Peregrine y a Israel y a Guy y a Earle. ¿Morir para qué? No hay un Dios del Amor. Dios es un monstruo. Es un Dios del Odio. Lo denuncié como igual que Satanás, a quien expulsó del cielo por orgullo. ¡Qué mentira! ¿Qué cosa hay más arrogante que poner a Charity delante de Peregrine, poner el *Grulla Negra* ante nosotros, y luego quitárnoslos? Es cruel y odioso e insensato. Es orgullo y estupidez. Odio al Señor. Eso es lo que él entiende. Odio y muerte y tortura. ¡Lo odio!

Después de eso, Grim Fiddle no recuerda. Hubo una fantasía negra, una pesadilla horrible, y yo era la cara dentro de la pesadilla, pero no la recuerdo con la suficiente precisión como para registrarla aquí. Declaro categóricamente que no recuerdo lo que hice. Tengo una oscura laguna. Me han contado qué hice. Agarré un arma y regresé a la iglesia presbiteriana. Asesiné a bestias toda la noche, agarré una de las pesadas



armas automáticas y defendí el cementerio. Conduje a los Irregulares contra un puesto de fuego y asesiné patties y bestias con las manos.

Nadie me contó cómo llegué desde la iglesia presbiteriana hasta las últimas barricadas de los muelles de cemento al día siguiente, pues ninguno de los hombres con los que luché en aquel cementerio sobrevivió para narrarlo. Se dice que maldije a todo hombre que me ordenó retroceder. Lancé un golpe a Longfaeroe cuando trató de tapar con salmos mis horribles palabras dirigidas contra el enemigo, el mar, el «Dios del Odio». Cuando la última lancha estuvo preparada y Germanicus me rogó que lo siguiera, dicen que me apoderé de un arma y atacé de nuevo por el camino del muelle, solo, Germanicus y Motherwell me persiguieron. Nos aislaron los bestias. Arremetí contra su posición, que por accidente me llevó de vuelta a los muelles. Dicen que profané los cadáveres con un cuchillo, que Germanicus me disparó con una pistola para detenerme. Dicen que destrocé a los muertos y a los moribundos. Dicen que comí a los muertos. Finalmente, Motherwell y media docena más me dominaron con engaños cuando me lancé contra los Voluntarios. Me creyeron muerto, y el motivo por el que me sacaron de Soledad fue que Germanicus no quería abandonar lo que él consideraba mi cadáver para las ruedas de los patties. Y dicen que Longfaeroe rezó ante mi cuerpo en la lancha mientras nos alejábamos de las rompientes, pidiéndole a Jehová que me perdonara por «las palabras más negras jamás pronunciadas, la boca de serpiente».

Me enteré de todo esto mucho más adelante, y de manera incompleta; hay algunas cosas que hice allí que nadie me quiso contar nunca. No está en mí declarar ahora qué es verdad y qué son palabras de un cazador de focas. Sí está en mí declarar que el peso de mi vergonzosa y perversa conducta fue algo que me agobió en los años de remordimientos que siguieron. Llegué a sentir miedo de mí mismo. Llegué a entender que había una parte de mí que era furia sin sentido de la proporción ni de los límites. Al acabar lo de Puerto Stanley me enteré de que era el hombre más vilipendiado por los nórdicos cristianos y el más reverenciado por los nórdicos paganos: un mutador de forma. De esa manera peculiar, la magia de mi madre había pasado a mí. No puedo decir ahora qué parte de mi naturaleza derivaba también de la ira de Peregrine que se reveló cuando asesinó a Cesare Furore, ni cuánta correspondía a la crueldad del abuelo que se reveló cuando permitió la destrucción del Norte. Ahora declaro esto: Grim Fiddle enfrentaba el desamparo con total abandono. La pura verdad era que Grim Fiddle no era una sencilla alma cristiana. En la batalla, en la angustia más profunda, en el destierro sin esperanza, Grim Fiddle cargaba con la maldición de poseer la fuerza de una docena de hombres, la ferocidad y la voracidad de una manada de lobos, el hecho de que no se lo puede matar utilizando medios normales y mortales, Grim Fiddle era un *berserker*. Yo soy un *berserker*.

## El reino del hielo

Pastores y sus llamadas y las mías • Éxodo • Mi albatros • Mi abuelo • Mi reina • Navidad de 2037 d. de C.



El Dios del Amor son palabras bonitas. Yo no era racional cuando lo negué en Puerto Stanley. El tema es racional. Me siento obligado aquí a responder al Grim Fiddle que, mientras maldecía, se jactó de un «Dios del Odio». Salió el Grim Fiddle pagano y ahogó al Grim Fiddle cristiano, y tuvo que mentir para ocultar su vergüenza ante la duda y el asesinato. Siento esa vergüenza ahora por lo que él (yo) dijo, y debo mostrar que comprendo en este momento que la oscuridad anidaba en mi boca, que estaba equivocado, equivocado.

El Dios del Amor es el Dios cristiano. Era el Padre de Jesús. Según leí en la Biblia Fiddle, Jesús hablaba de un Padre que proveía en la escasez, en la debilidad, en la duda, que recibía a los arrepentidos y en especial a los mansos en el Reino de los Cielos. El Padre de Jesús era bueno, paciente, justo, generoso, clemente. Más que juzgar, negociaba. Amaba tanto a sus hijos que permitió un trato muy costoso: que los injustos arrestaran a su hijo, lo juzgaran y lo ejecutaran, para que con ese ejemplo, y creyendo en la sabiduría de Jesús, el hijo mortal de un padre amante, los hijos de la tierra pudieran alcanzar la revelación y la redención. Ésta es una historia sublime, llena de trampas y misterios, que posteriores apologistas han vuelto mucho más confusa por motivos que me parecen sospechosos: credos que buscan el poder, juicios por herejía para hacerse propaganda, ortodoxia para lograr una inventada unanimidad. No comprendo mucho la teología cristiana debido a la pereza mental y a la escasa educación. La idea de la Santísima Trinidad se me escapa. Lo que recibo de la historia de Jesús es alegría, pues como me dijo Molly en una ocasión: «en cierto modo ganan los buenos». Es maravilloso pensar que el Dios del Amor envió a la brecha a su hijo no para salvar a los fuertes sino a los débiles, no a los devotos sino a los más impíos. También es maravilloso pensar que Jesús se burló de la idea de que él era un rey de la guerra, se puso una corona de espinas en vez de una de oro, y sufrió su humillación sin un solo pensamiento de venganza. Fue un hombre valiente; su valentía era el perdón. También encuentro en la historia del Evangelio un irritante cuadro: que de algún modo, por el hambre o la lujuria o la duda (las mismas tentaciones contra las que Jesús tuvo el valor de luchar en el desierto), los hijos de Dios habían perdido la salvación de la que disfrutaban por la gracia de Dios, que los sacó de Egipto y los llevó a la tierra prometida de leche y miel, y que el Dios del Amor exigía un sacrificio humano para preservar y adelantar su plan. Lo que me irrita es esto: lo que sucede una vez, reinar para arruinar, sucede con más facilidad y peor cuando ocurre de nuevo: caída, éxodo, salvación, caída.

¿Por qué he sacado este tema? No es una pregunta retórica. Es algo que me exijo. Sé que digo que mi blasfemia en Puerto Stanley me obliga a demostrar mi lectura y comprensión del Dios del Amor, el verdadero Dios, que fue el Padre de Jesús. Ahora sé que hay algo más en esta introducción. Siento que frena mi narración un presentimiento de algo siniestro que me ha acosado durante muchos años. Siento que

estoy obligado aquí a declarar mi comprensión de Jesús para mostrar que tengo la certeza de que Grim Fiddle no fue un salvador.

Esta declaración de nuevo se adelanta al futuro, demasiado al futuro como para explicar mi frustración aquí. Primero debo relatar mis seis años en Georgia del Sur antes de poder empezar a hablar de los perdidos y los salvados. No obstante, me abruma la necesidad de interrumpir la continuidad en mi historia para declarar que sé que el Dios del Odio de Grim Fiddle era una mentira, que sé que las palabras de Grim Fiddle como salvador eran una mentira. Cuando durante mi juicio hablaron de mí como una especie de Jesús, paladín de los caídos, los perdidos, los exiliados, los impenitentes, distorsionaron las cosas para su propio beneficio y utilizaron la política de la falsedad.

¿Qué juicio? Me doy cuenta de que insinúo cosas que no he preparado. Eso me confunde. Debo estar muy perturbado por la narración de la pérdida del *Grulla Negra*, del abandono del *Ángel de la Muerte* y de mi oscuridad. He de esperar, y especificar, y explorar el sentido de los acontecimientos de mi vida antes de poder hablar de mi juicio. Baste decir aquí que ciertos hombres que no me conocían, que eran del campo enemigo, que dijeron hablar en mi defensa, sacaron provecho de mi así llamado nacimiento virginal, mi así llamada invasión del templo, mi así llamada reunión de discípulos en la isla de Anvers. Qué distorsiones y necesidades amontonaron, y para sus propios propósitos, en absoluto para mi defensa, confundiendo solapadamente la historia sombría de Grim Fiddle —bastardo, fugitivo, señor de la guerra— con la historia compasiva de Jesús, hijo del Dios del Amor, predicador problemático, rey de los mansos. Esos distorsionadores emplearon un truco trillado que ha sido usado por muchos apologistas de muchos proscritos que se habían dedicado al crimen, pero que entonces disfrutaron de una indebida recompensa en el mito como héroes revolucionarios. No daré a esos manipuladores de la lengua más peso hablando de la ruina causada por todos esos falsos mesías. Mi juicio fue el mismo tipo de falsedad. Cuando llegue a él, quedará claro que el tiempo que pasé en la isla de Anvers no fue un trabajo de salvación, fue la venganza de un tonto furioso, criminal, caído, pagano. Ya he registrado lo suficiente como para revelar la mentira de esas dos primeras afirmaciones retorcidas. He confesado los hechos de Grim Fiddle para enterrar lo que podría haberse convertido en otro mito engañoso: que Grim Fiddle era como Jesús. Escribo que no, que decididamente no. Lamba era virgen; el mío no fue un nacimiento virginal; hubo sangre. Mi padre no era un espíritu, era Peregrine Ide, metido en una cabina de teléfono, un hombre lloroso, borracho y colérico. Entré en el palacio de un rey a la edad de diecisiete años, no de manera grandiosa y recta, sino como sirviente de sirvientes, y no para enfrentarme a hombres y mujeres de saber terrenal, sino para ayudar a mi familia. No seguiré con esto. Quizá me esté excediendo. Presiento lo que podría haber hecho la política de falsedad con la mentira de que Grim era el mesías de los abandonados en el hielo. Ha pasado tanto tiempo, las mentiras pueden parecer tan fértiles como la verdad,

ciertamente pueden producir una cosecha podrida... alimento para hombres locuaces que, a pesar de todo, tienen malos motivos. No sé éstos qué habrán hecho, qué hicieron, después de mi juicio y encarcelamiento, y no puedo realizar esta confesión para demostrar que eran falsos testigos. Posiblemente no pasó nada. Yo merezco, la infamia merece, el olvido. Sin embargo, leo las historias de los infames en la Biblia Fiddle, y parece haber otros finales: lo que hicieron fue largo tiempo recordado en lamentaciones poéticas. Basta de esto. Me hundieron la rabia y la pérdida en Puerto Stanley. He flotado a la deriva alejándome de mi línea temporal. Me he aferrado a la desgracia, y ahora retiraré la mano, la dejaré ir, por miedo a que esa preocupación artificial pueda convertirse en algo autorealizable. Hay magia en el mundo; la magia mala puede funcionar de esa manera. Me sermonean tantas voces, todas muertas, todas apremiantes y valiosas, que seguiré mi propio consejo y continuaré mi marcha. Recalco, aunque parece un pretexto sólo necesario porque en mi estilo nórdico veo lo peor posible como lo más probable, que soy un hombre, que mis hielistos en la isla de Anvers eran humanos, que nos equivocamos y fracasamos y nos arruinamos como tontos orgullosos, como víctimas que cayeron en el delito, como falsos discípulos de falsos dioses, como desgraciados elegidos por nadie nada más que para el asesinato.

En Georgia del Sur, durante seis años, hubo una distorsión más inmediatamente perturbadora para mí que todas esas habladurías sobre el salvador, que son muy posteriores. Se dijo que yo era un nuevo David. Lo dijo Longfaeroe, Longfaeroe sostenía que yo era un nuevo David para su rebaño de Georgia del Sur y para los perdidos a manos de los patties en las Malvinas, Longfaeroe me visitaba, como mi pastor, en mi choza de pastor en las tierras de pastoreo talladas por el viento que había sobre el poblado principal de la bahía de Cumberland. Allí me habían asentado los Frazer, quienes se apiadaron del pobre, loco y huérfano Grim Fiddle, Longfaeroe subía a verme, me cantaba salmos, me decía que me conocía, que me había conocido cuando salí arrastrándome de debajo del carromato para ir a su lado durante la masacre en el páramo de Soledad, que me había conocido cuando me vio luchar contra los patties y los bestias, y que lo que él sabía era que yo le había sido enviado por Jehová como un «David en pequeño».

Longfaeroe se refería a David el hebreo, el hijo más joven de Isaí de Belén, que fue llamado al lado del rey Saúl como arpista, y que ascendió, por virtuosismo y suerte, hasta convertirse él mismo en rey de Israel y de Judá. El prodigio de Longfaeroe requiere una breve explicación sobre el docto reverendo Sharon Longfaeroe. Nació en las tierras altas de Escocia, criado entre los Wee Kirk de Escocia, un grupo de calvinistas sin imaginación, y además severos, orgullosos, vigilantes, hambrientos de inspiración. Era el hijo más joven de un sargento mayor que terminó muriendo en un desastre imperial en Egipto, y de una judía huérfana criada por monjas en Palestina, donde se convirtió al cristianismo y donde se casó con el sargento mayor. Era la segunda esposa del sargento, y crió a una segunda

familia tan pronto como se trasladó a vivir con la madre del sargento mayor a Escocia. La educación de Longfaeroe estuvo tan cargada de religión como la mía. Siendo el «niño» de un clan intratable y de una judía independiente, Longfaeroe, mediante un terco procedimiento empírico, se abrió camino hasta la universidad, donde se graduó en teología. Habría necesitado mucha sabiduría para saber bien qué significaban las peleas entre su madre y su abuela. Luego respondió a una llamada no muy distinta de la de su padre, la de ser soldado, en esta ocasión de Cristo. Como misionero de los Wee Kirk, soportó campamentos de refugiados en África, el Oriente Medio y en el sur de Asia, hasta que lo enviaron de vuelta a Escocia con malaria y lo que él llamó «frío del alma». Se había casado en el Oriente Medio con una belleza, una armenia cristiana, y trató de instalarlas a ella y a sus dos pequeñas hijas en una comunidad de las tierras altas de Escocia que tiene una agria paciencia con los extraños. Hubo problemas; una hija se ahogó en un accidente por el que Longfaeroe se culpaba, como siempre sucede con los calvinistas inflexibles: lo que sale mal es culpa de ellos, lo que sale bien es obra de Dios, Longfaeroe se encargó de que lo mandaran lejos, muy lejos, a Georgia del Sur, con la ayuda de uno de los compañeros de armas de su padre, el sargento mayor Balthazar Frazer, hermano mayor de Elephant Frazer. Eso fue a principios de la década de los 80. Longfaeroe fue con su esposa y su hija superviviente y un sentido de misión inverosímil: llevar a Cristo a los escoceses-irlandeses y nórdicos de las Falkland, a los rudos pescadores, a los misántropos pastores y cazadores de focas. Primero tenía que reunirlos en la iglesia. La guerra de las Malvinas lo elevó de blanco de escarnios a uno de los pilares de la resistencia. Ya he dicho que se veía a sí mismo como una torre fuerte. Perdió a su esposa, que se ahogó en los primeros días de la guerra, otro accidente. Me dijo que no lo había afectado como la pérdida de la hija. Era un hombre apasionado; había muchas viudas en Georgia del Sur. Y a lo que ellas, y todo el mundo, llegaron a responder fue a un hombre que era un libro. La mente de Longfaeroe era el Libro de los Salmos. Era un pastor inconstante, reservado, un predicador confuso y no muy cautivador. Su don residía en esa voz hermosamente áspera. Cuando alzaba la cabeza sobre ese cuerpo encorvado para cantar un salmo, resultaba inspirador y sublime. El embate del mar era su coro, él era el solista. Y Longfaeroe no hacía sonar los salmos como el abuelo: llenos de terror, de advertencias lúgubres, de últimos gritos, Longfaeroe los hacía sonar como una acción de gracias, llenos de esperanza y de promesa. Fue la promesa de los salmos la que pareció haberlo llevado a una conclusión visionaria. Se decía que el primero que había cantado sus salmos era el rey David, Longfaeroe llegó a creer que su rebaño de Georgia del Sur, diseminado en más de medio millón de millas cuadradas de violento océano en su vocación de matar ballenas y focas, vendría a Cristo y a su redención si lo reunía un único e inspirado líder, como David había reunido a Israel y a Judá.

Longfaeroe había alentado a otro como «pequeño David» desde su llegada a Georgia del Sur y la explosión de odio que había traído la guerra, Longfaeroe había

elegido a Samson Frazer, hijo mayor de Elephant Frazer y Dolly Frazer, heredero de las grandes propiedades de los Frazer en ovejas y focas. Se dice que Samson había sido el ojo más veloz y la mano más segura de Georgia del Sur: el material del que están hechos los héroes perfectos. Había sido héroe en una importante batalla en Gran Malvina a principios de la guerra, y se convirtió en leyenda por haber rescatado la tripulación de Luff Gaunt después de que el comandante superior de los Voluntarios fracasara en romper el bloqueo patie en Puerto Stanley y muriera por su causa, Samson debió haber sido un buen hombre, fuerte, feroz, valiente, Samson también había sido marido de la hija de Longfaeroe, Abigail, y padre de las posesiones más amadas de Longfaeroe después de su Libro de los Salmos: dos nietos.

He contado la historia de la muerte, de la presunta muerte, de Samson. Había desaparecido de Longfaeroe y Georgia del Sur casi cuando llegué yo, Longfaeroe dijo que había vuelto a despertar de su dolor por Samson, que estaba más convencido de su visión que nunca. Dijo que Samson había servido para prepararme el camino, que Samson me había encontrado, llevando esas cuatro lanchas de remos por el estrecho de San Carlos. Esta especie de justificación del accidente y de la tragedia puede llegar a ser cruel. Lastimó a Abigail cuando se enteró, Longfaeroe insistió, dijo a todo el mundo quién era yo, dijo que me había conocido al verme. Eso era poco sincero: me había interrogado detenidamente antes de aceptarme como su nuevo candidato. No fue una tarea fácil; yo estaba muy herido cuando me desembarcaron en Georgia del Sur, balbuceaba como un loco mientras me reponía, y pasé los dos primeros años allí o bien mudo o farfullando confusas tonterías a las ovejas y a las neblinosas sombras. Tardé mucho en recuperarme de mi primer episodio de oscuridad, y tenía un aspecto horrible: encogido, sin pelo, sucio, apenas apto como compañía de *Iceberg*. Sin embargo, la idea que tenía Longfaeroe de mí se vio reforzada por mi aspecto y mi aturdimiento; mi carácter repulsivo lo atraía como la armonía al arpa.

Longfaeroe no era el abuelo, en absoluto; no era cruel, ni estaba lleno de sí mismo, ni carecía de límites, ni era furioso, ni inspirado, Longfaeroe era más débil, y por eso mismo más fuerte, supongo. Quizá resulte más fácil entenderlo si pensamos que Longfaeroe desempeñó el papel de profeta menor del Jeremías del abuelo. No obstante, era un hombre que demostraba una peculiar y expresiva resolución. Podía doblegar una voluntad, incluso una voluntad tan poco atenta como la mía. El truco más hábil que empleó conmigo —cuando yo apenas podía hablar con frases completas— fue el de enseñarme largos pasajes de los libros de Samuel (que contienen la historia de David) sustituyendo en mi mente la repetición mecánica por la razón. Aún puedo repetir gran parte sin tener que consultar la Biblia Fiddle, como las palabras del pacto del Señor con David: «Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel», le dijo Dios al rey David, «He estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra». Recuerdo ahora cómo pensó David contestarle, preguntándole en



realidad: «¿Cumples tus promesas?». David estaba preocupado, y con razón, por las garantías entre partes con desiguales derechos. Es mi experiencia que la siempre peligrosa relación entre señor y súbdito por lo general marcha mal —convierte a uno en tirano y al otro en esclavo— porque no hay garantía de intercambio de razón y decencia mutuamente que pueda sobrevivir al desastre natural y al crimen humano: Lazarus tenía su constitución escrita; yo tenía mi fe en el abuelo. Ninguna de las dos fue garantía suficiente, pero hablaré de eso más adelante.

Durante tres años, recuperé la mayor parte de mis facultades, y también mi peso y fuerza y conducta, aunque mi pelo jamás volvió a crecer del todo: casi era calvo, con largos mechones sobre los ojos. La naturaleza también me devolvió la agudeza, que se unió a mi escepticismo nórdico para resistir los martillazos que daba Longfaeroe a mi identidad. Yo sostenía que eso de que yo fuera davídico no tenía sentido, que salía de algo irracional en Longfaeroe, alguna triste necesidad que lo llevaba a apartarse del mundo llenándolo con una conocida ilusión que en apariencia tenía autoridad porque estaba basada en el canon bíblico. No lo expuse de esa forma, ya que entonces carecía de los medios; eso era lo que pensaba, aunque no pudiese articularlo bien. Longfaeroe cometió el error de los cultistas: investir a un objeto encontrado con poderes mágicos que parecen tangibles porque en realidad son el anhelo del investidor de obtener una verdad reconocible. No es mi intención difamarlo. Fue bueno conmigo, a pesar de que también me confundía; a su manera, entreno mi mente atacándola. Longfaeroe era manipulador, entusiasta, latoso, astuto, juguetón, hosco. Yo lo escuchaba, porque era mi amigo y quería caerle bien. Me defendía, porque tenía que pasar la mayor parte del tiempo solo y quería saber con quién estaba.

Aduje que la única similitud que admitiría entre David y yo era el pastoreo. Dije que yo era un pésimo pastor. Tenía recaídas, hablaba a las laderas de las montañas cuando debía estar contando ovejas, era inepto para esquilar a pesar de las pacientes lecciones de Germanicus. De no ser por *Iceberg* (estaba preñada de uno de los cachorros de *Goldberg* cuando desembarcamos, recuperada de la herida de parir a cinco lobos), habría perdido mis rebaños durante las tormentas de invierno; ella, la loba, se entrenó a sí misma y a sus cachorros, y a las camadas de collies-lobos mestizos que siguieron, para ir contra la naturaleza y cuidar las ovejas, lo hizo por lealtad y amor a mí, y tomé eso entonces, y lo tomo todavía, como un profundo ejemplo de lo que pueden conseguir la fe y la bondad: civilizar a la bestia.

Volví a objetar ante Longfaeroe que yo no era el hijo menor de un pastor de Belén, sino el hijo único, y además bastardo, de un asesino exiliado que había nacido en la Selva Negra de Alemania, Longfaeroe no se desanimó, y aplicó su imaginación. Volvió a elaborar mi vida, cambiando la historia de cómo Cleopatra me había ido a buscar para entregarme al abuelo en Estocolmo —lo cual, dijo, había apartado al abuelo de su despotismo— para mostrar que era igual que cuando Saúl, rey de los hebreos, había caído en estados melancólicos mientras guerreaba contra los filisteos, y que sólo cuando David el arpista fue llevado a la tienda de Saúl para cantarle

canciones volvió Saúl a acatar el plan de Jehová. Esto es típico de la libertad que Longfaeroe estaba dispuesto a tomarse con la verdad para cumplir su plan.

Puedo repasar esta cuestión con más frialdad que el tema del salvador, pues comenzó y terminó con Longfaeroe, y los problemas que causó los dejé atrás en Georgia del Sur. Tal como lo recuerdo, veo que el motivo por el que las ideas de Longfaeroe me molestan es porque quizá tuvieran cierto peso en su fijación por verme como un «pequeño David». Tiene su lado sombrío y perverso que me haya insistido en que David no adoraba a un Dios del Amor sino, al contrario, a un Dios más enérgico, más apropiado para los afanes de los hebreos, un Dios del Miedo y el Temblor, Longfaeroe dijo que éste era el mismo al que yo había llamado «Dios del Odio» en Puerto Stanley. Se equivocaba; entonces yo era pagano, y más que reformular la identidad de Dios, la negaba. En aquel momento, yo no estaba demasiado informado de mi yo pagano, y las maquinaciones de Longfaeroe me confundieron. Ahora puedo rechazarlas como ejemplo del daño que los visionarios demasiado ansiosos pueden hacer a sus estudiantes. Sin embargo, la obsesión de Longfaeroe también introdujo en mí un pensamiento revelador, que después me acompañó y que todavía me fastidia porque entiendo a qué apunta, Longfaeroe me insistió en que la historia de David era más interesante que cualquier otra de la Biblia porque David era un héroe dañado, cometió muchos errores, estaba lleno de remordimientos, atormentado por la culpa en su vejez, cuando vio cómo sus hijos arruinaban su obra con pependencias y traiciones, Longfaeroe decía que, como yo, David procedía de un origen humilde, sobresalió primero en la lucha contra el campeón de los filisteos, Goliat, tal como yo había surgido de las filas de los Voluntarios para matar a los patagones y los bestias. (Quizá la coincidencia más desgraciada entre David y yo —coincidencia que Longfaeroe jamás descubrió porque siempre le oculté mis deseos— era la que tenía que ver con el hecho de desear a la mujer de otro hombre: David tenía a su Betsabé, Grim tenía a su Cleopatra).

No digo que yo fuera davídico. Digo que Longfaeroe me proporcionó una historia de un rey que revela la mayoría de las lecciones y perdiciones del reinado. He dicho hasta qué punto desconocía la ciencia política de Lazarus, Longfaeroe me dio un curso de política que me parece incomparable. Todo está allí, en los dos libros de Samuel, y mientras leo la Biblia Fiddle asiento con tristeza. Yo fui un rey de la guerra, como David, pero no de una tierra de leche y de miel, sino de una tierra de hielo y desgracia. Las diferencias que nos separan son profundas y totales, David era diestro, osado, jactancioso, leal, sagaz, arrogante, astuto, débil de carne y fuerte de espíritu, generoso con su pueblo e inmovible ante sus enemigos, estadista sabio y juez paciente, visionario y constructor, sobre todo un hombre que adoraba a su Dios, el Dios verdadero, con humildad y celo, Grim Fiddle no era nada de eso. Podría haberlo sido. No lo fue, Grim Fiddle perdió y luchó por la venganza y perdió más todavía, Grim Fiddle traicionó, huyó, sucumbió a todas las tentaciones, dio la espalda a todos los amigos, codició el poder, asesinó a multitudes, está condenado como el

más oscuro de los príncipes, un monstruo.

Luego hay una consideración filosófica final, ya que de manera fortuita y no intencionada he permitido que esto se convierta en una discusión de mi identidad. Es idea mía, y de nadie más, aunque fue Abigail, hija de Longfaeroe y viuda del apesadumbrado Samson, quien me la presentó de pasada. No representa una amenaza para mí, como ocurrió con la idea del salvador y la de David; en realidad, me atrae.

Era mi tercer verano en Georgia del Sur. Fue por la época de la visita del buque de guerra británico... no, eso fue antes. Fue por la época en que se hundió el barco de la plaga. Desde luego, fue por los tiempos en que Abigail y yo nos hicimos amantes, Abigail había sido la encargada de supervisar mi atención después de que me desembarcaron en Georgia del Sur y me llevaron al campamento Frazer. No volví a verla durante un año, la vi con poca frecuencia cuando bajaba al campamento Frazer por cuestiones de pastoreo. De lo primero que me habló fue de un cordero que quería como mascota para uno de sus hijos. La vi lacónica, muy triste, reservada, delgada como su padre y dura como los Frazer. Entonces, un día de principios de verano, con el sol que derramaba oro sobre el paisaje gris de los altos páramos, fue hasta mi cabaña con el hijo mayor y otros tres de la prole de los Frazer. Dijo que iban de excursión. Los albergué en la cabaña mientras yo vagaba por afuera, cohibido por mi aspecto, tímido ante cualquier persona que no fuera Longfaeroe o Germanicus. Temía sufrir otro de mis ataques, empezar a balbucear o a divagar. Se me acercó y me preguntó por qué miraba hacia el oeste, hacia uno de los áridos desfiladeros que atravesaban las montañas circundantes. Yo no me había dado cuenta de que miraba hacia allí, y cuando pensé que era para mí una rutina mirar al oeste, la dirección hacia donde yo había abandonado a mi familia, aparté los ojos para llorar. Yo era patético, un pastor enorme, lloroso, torpe; quizá fue eso lo que la hizo volver al día siguiente, sola.

El incidente en el que estoy pensando ocurrió más adelante aquel verano, Abigail estaba cocinando para mí en el fuego de la chimenea que Germanicus me había ayudado a construir en la cabaña, Abigail era buena cocinera, y mejor oyente: una mujer alta, ágil, de cabello corto como el de un muchacho, pechos pequeños y muy serena, que movía los brazos delgados atendiendo las ollas. Recuerdo haber dicho que su padre me había visitado el día anterior, que había prometido volver ese día. Le insinué que tenía dificultades con él y con su historia de David. Había tenido la precaución de no quejarme de su padre, pues no sabía qué opinión tenía de él, y suponía que no recibiría bien mis críticas, que me consideraría un ingrato. Entonces Abigail me sorprendió, me sonsacó a qué se debía mi queja y luego perdió los estribos.

—Eso otra vez, no, Grim. Ésa es la enfermedad de papá. Él y sus visiones sagradas en los riscos. Mató a mamá con ellas. Mamá fue a buscarlo y se cayó.

Dije que era yo quien tenía las visiones. Veía al abuelo buscándome sin cesar.

Veía a Cleopatra encadenada. Veía a Peregrine muerto.

—Hazme caso, papá te está usando para crecer él. Le hizo eso al querido Samson, y Samson le creyó. Todos le creyeron. No me digas que los Frazer se salieron con la suya. Los Frazer son de mentes débiles. Ellos y sus Voluntarios. Fue la oportunidad de un necio y despojó a esta isla de sus jóvenes y nos dejó a nosotras, las mujeres, ¿para qué? Los culpo a ellos, culpo en especial a papá. Él lo sabe. Le dije cuando partieron que si no me traía de vuelta a mi Samson no sería mi padre. Ésa es la razón por la que no sube a verte cuando sabe que yo estoy aquí. Lucha contra él, con tu mente, Samson era un buen hombre, cariñoso cuando quería, pero. ¡Señor!, no era inteligente. Tú sí lo eres, bueno y cariñoso e inteligente. Tú tienes educación, suficiente, y tienes a ese Israel amigo de tu padre. Aférrate a eso. No le des nunca a papá nada de donde agarrarse. No dejes que yo te vea jamás con un arpa. Ah, Grim, esto no es gracioso. No cambies, sigue siendo dulce y triste. Sé más reacio que Moisés. Come.

Para ella era sólo una imagen: «más reacio que Moisés». Nunca más mencionó a Moisés. Yo he guardado eso en mi corazón, junto con recuerdos de ella, Abigail estaba tan llena de imágenes como de pasión, una dulce amante; no, eso no es exacto, una mujer voraz. Ella me devoró, ese cuerpo ágil y esos dientes afilados, recorriendo toda mi piel en la choza, en el viento, satisfecha con mis perros y mi melancolía. Decía que el acto sexual era quizá la única forma de ternura que la gente como nosotros disfrutaba en su vida, y que estaba en nosotros ser tan duros en el desastre como «terriblemente ardientes» en el amor. Jamás la vi desnuda; era por el frío, y por su temperamento, pues decía que quería que yo supiera que había una parte necesaria en ella que sólo era para mí, para que yo la tocara y oliera y recordara, pero no para los pecados de los ojos. Ésa era su alma presbiteriana en conflicto con su naturaleza fogosa. Decía que quería amarme lejos de Germanicus y de Longfaeroe; decía que no quería conservarme; decía que no quería perderme. Veo la paradoja, y también ella la veía, y la alimentaba. Decía que un hombre quizá no tenía tiempo para matarse si su mujer le mantenía la cara pegada a la de ella, lo mantenía bien alimentado y ocupado arreglando la casa, cuidando el rebaño, aguardando que ella se subiera la falda. Creía en el Jehová de su padre, pero no de manera decisiva. Había algo íntimo en ella que parecía querer convertir incluso a Dios en un observador, no en un juez o un buen compañero, de lo que ella era capaz de hacer, de su estilo de vida. Tenía a sus hijos, sus recuerdos, y lo que ella llamaba «mis elevados sueños». Sí, ahora puedo especular sobre cuánto llegó a usarme en el sentido en que, aseguraba, Longfaeroe y los Frazer me usaban, cuánto de lo que era su necesidad por mí era en realidad su lucha con el marido muerto que ella se culpaba de no haber podido conservar, con su amor, de la autodestrucción. Esto no significa que yo sospeche de lo que me hizo, de lo que hizo por mí. Me gustó mucho. Fue mi amiga. La amé. Quise casarme con ella. Sin embargo, no me dejaba hablar de matrimonio, y así nuestro amor se vio impedido de volverse más profundo. No obstante, fue un amor fuerte, tan mutuo y cariñoso y

sincero como nunca lo fue mi amor por Cleopatra. Lo que le impidió llegar a la perfección fue su rabia hacia el destino y hacia su padre. Ella no lo expresaba de esa manera, y decía con tristeza que una mujer sólo debía tener un marido, y que ella ya había tenido el suyo. Lo más triste es que con un poco más de tiempo quizá se hubiera ablandado.

Es la mención de Moisés por Abigail lo que me toca ahora (así como pienso en ella tocándome, y en sus mordiscos: arrancaba la carne). Ésta es la primera vez que le he dado vueltas a Moisés en la cabeza. Es una reflexión totalmente mía, mucho tiempo después, inofensiva, que nada tiene que ver con la propia exaltación, pero que se relaciona con la terminación de mi búsqueda aquí, en esta pausa de mi narración, del significado de lo que he hecho.

No hay paralelismos históricos entre lo que hizo Moisés y lo que hice yo. Declaro que no veo ninguno. Me siento atraído por Moisés como personaje. Leyendo la Biblia Fiddle encuentro diferentes tipos de Moisés: el primero es renuente, los demás son milagrosos, sufrientes, proféticos. Es el Moisés reacio el que yo aprecio. Era de origen humilde. Su madre lo lanzó a su destino en aquella cesta de juncos. Su ascenso como joven aristócrata en la corte del faraón fue suerte. Luego asesinó por orgullo, también por frustración, pues tenía un temperamento irascible, se sentía perdido ante el destino. Fugitivo, huyó al desierto, se convirtió en pastor por casualidad y tomó una esposa que lo amó y le enseñó la religión de su padre, la del Dios que moraba en una montaña. Fue en esa montaña que un día Dios, llamado Jehová, apareció como una zarza en llamas, un fuego que asustó a Moisés, Jehová le dijo a Moisés qué se le pedía. Moisés se resistió.

—¿Por qué? ¿Quién soy yo? No hablo bien, no soy un tramposo, no soy un general.

Fue una queja que Moisés repitió varias veces a lo largo de su penosa experiencia en la corte del nuevo faraón —siempre hay un nuevo faraón, cuán bien lo sé—, en el desierto, en el monte Sinaí, en las aguas rocosas de Meribah donde hizo algo peor: habló imprudentemente con Jehová. Creo que la renuencia de Moisés fue el motivo por el que Jehová no le permitió entrar en la tierra prometida, Moisés siguió siendo su propio dueño; a Jehová eso no le gustó, Moisés era imprudente, contestaba a Jehová, acusaba a Jehová cuando las cosas iban mal, por ejemplo: «¿Fui yo quien sacó a esta gente de Egipto, donde era desgraciada, y la metió en el desierto, donde es todavía más desgraciada y también rebelde?». Moisés deseaba tan poco como yo el trabajo de conducir multitudes. Por lo menos esto es verdad hasta que dejé que la oscuridad creciera y arrebaté el poder en la isla de Anvers. La actitud de Moisés contrastaba mucho con el modo en que David intrigó para conseguir el trono y cómo Jesús aceptó su manto sin mucha resistencia. ¿Moisés habría dado serenatas a Saúl para obtener favores? ¿Habría Moisés provocado a los sacerdotes y resistido a Satán sin queja? No, Dios ordenaba y Moisés retrocedía; Dios salvaba y Moisés se compadecía de sí mismo.

No digo que Grim Fiddle fuera como Moisés, Dios nunca me habló; jamás convertí báculos en serpientes, un río en sangre, o garanticé la venganza del Ángel de la Muerte. No hice que ningún mar se abriera ante mí, no subí a ninguna montaña. Es verdad que Lamba Ladrona de Tiempo me golpeó con un báculo, que la Liga del abuelo convirtió el puerto de Estocolmo en un río de sangre, que me vengué de mi pérdida del *Angel de la Muerte* del abuelo, que el hielo se abrió ante mí a causa de los volcanes, que intenté subir a la cima de un volcán para consultar a una ilusión; pero nada de eso viene al caso, es una falsa coincidencia, y lo menciono aquí para mostrar que es una insensatez seguir semejante fantasía. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que me sentía como Moisés en el desierto cuando luché con mi destino en la isla de Anvers. No lo pensé entonces; se me ocurre ahora. No quería lo que se me había impuesto, lo que tomé cuando juré venganza. En este sentido admito que era como Moisés. Mis errores como rey de la guerra se debían a mi orgullo y a mi abandono del deber cuando tuve el éxito al alcance de la mano. Mostraré la verdad de esto más adelante. De momento, busco una disculpa para mí mismo. Que esté condenado como criminal y monstruo es justicia. Lo odio; no lo eludo. No obstante, me pregunto si no se podría sostener, con algunos ligeros cambios, que la renuencia y la resistencia, la imprudencia y la ira de Moisés llevaron gran sufrimiento al mismo pueblo que él sacó de Egipto. ¿No se podría decir que hoy Moisés sería condenado por los hijos de Aarón debido a su interferencia y a su crueldad si no fuera porque Jehová puso orden a los excesos de Moisés y siguió interviniendo en favor de los hebreos?

Dudo del silencio. Quizá no debiera disculparme. No quise disculpas de otros en mi juicio, no las quise de Longfaeroe en mi choza, no debería ahora volcarme a la especulación y la vanidad en una obra que pretendo sea una autoacusación, Moisés no fue un criminal como yo; no mató a multitudes. Ésa fue mi conducta, y sería poco sincero tratar, como Longfaeroe, de cubrir mi vergüenza con una excéntrica exégesis.

Creo ahora que este rodeo ha valido la pena. Veo aquí algo que no advertí antes de narrar mi lectura y comprensión de Jesús y David y Moisés. Ésos fueron tres reyes para tres pueblos muy distintos: los oprimidos galileos, los acosados israelitas y los esclavizados hebreos, Grim Fiddle fue un gobernante de personas que compartieron una cosa segura con el pueblo elegido de Dios: eran proscriptos, estaban perdidos, no eran amados, Grim Fiddle fue un mal gobernante, y no quiero ocultar esa verdad declarando aquí, de paso, que quizá no sea posible asumir un reinado en este mundo carente de refugio, santuario, paz, sin aceptar también la maldición del orgullo que, eventualmente, provocará la caída. Esta fórmula sólo parece ser evitable si uno le presta atención a la lección de Jesús y asume una corona de espinos como servidor sufriente en vez de una corona de hierro como un insufrible amo. Yo no seguí esa sabiduría. Yo fui el más grande de los tiranos: caprichoso, sigiloso, sangriento, vano, corrupto. Sin embargo, veo ahora que hasta en los peores monarcas terrenales, como yo, hay elementos de Jesús, David, Moisés, así como hasta en los peores pueblos terrenales, como mis hielistos y los esclavos de los campamentos, hay elementos de

los galileos, los israelitas y los hebreos. Esto parece todo un descubrimiento. Por lo tanto, puede que sea crucial. Quizá ayude a explicar la génesis de todas las falsas palabras sobre mi así llamado nacimiento virginal, y todas las palabras infladas de Longfaeroe sobre mis así llamados asesinatos de todos los Goliat, y mis propias y sueltas palabras sobre mí mismo como un pastor renuente; surge de un profundo anhelo en los hombres por demostrar un patronazgo celestial y predeterminado de lo que los hombres hacen terrenal y blasfemamente. Quizá ésta sea la razón por la que deba ser más clemente con los locuaces apologistas en mi juicio, y con el excesivamente ansioso Longfaeroe en Georgia del Sur, y conmigo mismo mientras reflexiono. Puede que sea una antigua necesidad de autoridad, de certidumbre en los actos de uno analizados en retrospectiva, de justificación de lo que uno al mismo tiempo lamenta. Debería ser generoso. No debería seguir protestando contra la necesidad de los buscadores. Era una señal de su hambre de amor divino. Me disculpo, entonces, con aquellos manipuladores de la palabra en mi juicio, y con Longfaeroe por mis malhumoradas sospechas. ¿Qué pueden hacerme ahora sus distorsiones? Yo sólo fui un descubrimiento transitorio y falso en su búsqueda de un gobernante terrenal que estuviese bendecido con la autoridad celestial. Entonces terminó en silencio, y seguirá siendo nada.

Grim Fiddle también era un vikingo embrujado. Soy el hijo de Lamba, y ella era una bruja. Fue Longfaeroe quien primero reunió las pistas para sostener que Lamba Fiddle era Lamba Ladrona de Tiempo. Supongo que lo que lo llevó a tan confusa deducción fue la competencia que mantenía con Abigail. Veía, en mi tercer verano y al comienzo de mi amor por Abigail, que estaba perdiendo mi atención, de modo que se aferraba a pruebas cada vez más descabelladas para apoyar su visión. Reunió todo lo que yo le conté de la historia de Israel acerca de la chica rubia en la cabina de teléfono, lo que le conté de la historia de Thord sobre cómo Anders Horshead había sospechado que la comadrona que atendió mi nacimiento, Astra, había sido más de lo que aparentaba, y lo que le conté de la sibila calva y la bruja en la fiesta de Ojos Astutos, y encajó todo eso hasta tener lo obvio, y algún misterio más. Con el tiempo me sonsacó todo, desde el nombre de Skallagrim Strider pronunciado en éxtasis en el momento de mi concepción hasta la leyenda de Skallagrim Strider, hasta la profecía de Lamba sobre Skallagrim Destructor del Hielo, Longfaeroe se aferró a eso como si el don de sibila de Lamba fuera una especie de llamada profética. Hay una gran confusión en los libros de Samuel de la Biblia Fiddle en cuanto a qué es lo que constituye una llamada a la profecía, pero no tanta como para que Longfaeroe no supiera entonces, como yo sé ahora, que asegurar que Lamba había sido llamada a cumplir su misión era algo perverso. Sin embargo, Longfaeroe dejó a un lado la razón y me desafió:

—¡Ella concibió al niño! ¡Ella le puso un nombre! ¡Ella lo cuidó! ¡Quería que fueras un rey!

No recuerdo ninguna sorpresa excesiva ante la revelación de Longfaeroe de que Lamba Ladrona de Tiempo era mi madre. Sí considero desgraciado que Lamba fuera una madre oportunista, que lo que había comenzado de manera tan rara sólo pudiera empeorar, Longfaeroe no se mostró compasivo, dijo que muchos habían soportado a madres bastante especiales; él, por ejemplo. Sólo estaba dispuesto a aceptar que yo había disfrutado más que la mayoría de los huérfanos, en el sentido de que mi madre había dado pasos, pasos dolorosos, para darme a entender claramente qué era lo que ella esperaba, Longfaeroe cargaba todo esto de sentido, y usó mi azoramiento para sonsacarme más material peligroso, por ejemplo mis sueños. Yo soñaba cosas extrañas en mi choza de pastor: masacres, naufragios, dragones voladores, cabezas de carneros, flotas de barcos blancos que navegaban por mares de caras ennegrecidas con lenguas arrugadas. Entonces nada de eso me parecía valioso, rechacé las toscas interpretaciones de Longfaeroe. Él creía que mis sueños aludían a su Georgia del Sur y a las Malvinas. A mí me asustaba que significaran que mi familia estaba muerta. ¿Creía haber oído al fantasma de Skallagrim Strider susurrándome en sueños? ¿Creía que tenía algún valor lo que Lamba Ladrona de Tiempo, mi madre, me había dicho de Skallagrim Destructor del Hielo, Rey del Sur? ¿Creía haber perdido para siempre al abuelo? No creía nada de eso, lo cual, entiendo ahora, es lo mismo que creerlo todo.

Abigail me ayudó a rechazar tanto las interpretaciones de Longfaeroe como mi propio sueño de la vida. Me decía que era natural rechazar dormido lo que aún no había sido capaz de aceptar despierto: que me sentía engañado, sin objetivos, abandonado. Decía que era sólo melancolía, y que no debería intentar explicar las fantasías.

—Te susurro mientras dormimos —dijo Abigail sonriendo—, y no es algo que debas oír ahora, dulce Grim. Lo que sueñas es tuyo. No me cuentes que se trata de un bruto muerto hace mil años. No le des tus sueños a papá. Ahorra tu aliento para enfriar las gachas. ¿Y si tu madre fuera despiadada y fría? Mi abuela era un perfecto risco escarpado en cuanto a sentimientos. Mi bisabuela habría sido humana por ser bruja. Tu madre era muy joven cuando te tuvo. Míralo desde su lado. Estaba asustada de ese padre, y se inventó historias para ocultar su temor.

¿Un rey de qué dijo? ¿De semihombres negros y heridos? Por Dios, podría haber probado con príncipes elfos y ogros asquerosos. ¿Qué hay dentro de ti? No olvides lo que hay dentro de mí. Tú eres especial para mí, no para algún vikingo muerto. Yo tengo mis sueños elevados. Tú tienes los tuyos. No hables de ellos.

Mis sueños procedían de esa parte de mí que me asusta, el *berserker* mutador de forma que no puede ser vencido, el asesino implacable y vengativo. No es mi intención sugerir que culpo de mis crímenes a mi paganismo, como tampoco atribuyo a la devoción el bien que pueda haber hecho. Nunca fue servido con tanta claridad. Lo que me alimentaba también me envenenaba. Se coció todo junto, y revolvieron la olla Lamba, Peregrine, Israel, el abuelo, y la suerte. Suerte pagana, suerte sagrada, ¿quién puede saberlo y qué importa? Grim Fiddle se dio un banquete, y se lo



comieron. La metáfora lo explica todo lo bien que puede explicarse: sí, que ahorre mi aliento para enfriar las gachas, Abigail, dulce Abigail.

Tuve suerte. Fue suerte que los Frazer me incorporaran a su familia, Germanicus me trató como a un amigo de toda la vida; más, me hizo sentir como si fuera su hermano mayor, que yo tomaba como una muestra de amabilidad, y de tristeza cuando a veces veía que se olvidaba y me llamaba Samson, Elephant Frazer, que asumió el cargo de gobernador general de Georgia del Sur en ausencia del colonialismo británico, y con la muerte de Luff Gaunt padre, me brindó su amplia protección y un trabajo, Abigail Longfaeroe Frazer me dio todo menos sus secretos. Los demás Frazer —era una familia grande, de primos primeros, segundos y terceros que se casaban y reproducían entre sí— dieron a mis hermanos del *Grulla Negra* tanto ayuda como ambición. Fue una suerte que Lazarus, que había resultado gravemente quemado por la explosión del *Grulla Negra*, se curara con el tiempo, fuera acogido por los Gaunt (parientes políticos de los Frazer), y fuera recompensado por su cultura con un puesto de enseñanza en la escuela de la isla y, finalmente, con la mano de una de las hijas viudas de los Gaunt, Violante, quien, al poco tiempo, dio a Lazarus una hija, Cleo. Christmas Muir y su mejor amigo, Martín Peggs, cuidaron a Wild Drumrul y Otter Ransom, les enseñaron a cazar focas y ballenas, me enviaron dientes de tiburón para mis runas, mi pasatiempo después de que se me fue la oscuridad. Orlando el Negro consiguió lo mejor de todos nosotros: se recuperó rápidamente de las heridas, se casó con una de las mujeres hispanobritánicas evacuadas de Gran Malvina, tuvo tres hijas en tres años, fue nombrado oficial de los reorganizados Voluntarios de Georgia del Sur y lo hicieron responsable de Shagrock, el pequeño asentamiento de la costa nordeste.

Y fue una suerte, por cierto, que a finales de la primavera de mi cuarto año en Georgia del Sur (diciembre de 1999), Abigail me diera un hijo. Hubo muy pocas palabras duras al respecto, teniendo en cuenta que el niño era bastardo y que Abigail había arriesgado su autoridad en la isla negándose a casarse conmigo cuando todo el mundo sabía que yo era el padre, Longfaeroe meditó cuál debía ser su respuesta, dio la noticia de que como a mí nunca me habían bautizado, y como ese niño necesitaba el bautismo, celebrarían una ceremonia conjunta inmediatamente después de Navidad. Fue la primera vez que consiguió que entrara en su iglesia, y entonces comprendí la tortuosidad del hombre. Debido a la posibilidad de escándalo y escarnio, también aquel domingo llenó la iglesia; todo el que tenía un poco de autoridad estaba presente o bien representado: los Frazer, los Gaunt, los Rose, los Brackenbury, incluso el Hospidar. Longfaeroe sermoneó sobre los pecados de la carne, sobre los caminos misteriosos del espíritu, sobre la necesidad de los hombres de estar preparados para la revelación y el milagro. Luego me bautizó a mí, Grim Fiddle, y a mi hijo, Sam. Sam también era nieto de Longfaeroe; eso no le bastaba a Longfaeroe, que quería darle un apellido. ¿Debería ser Fiddle? ¿Longfaeroe? ¿Frazer? No se tomó ninguna decisión; se le había puesto Sam por Samson, lo que dejó satisfecha a la mayoría.

Yo me senté en el primer banco con Christmas Muir y Otter Ransom, mientras que Abigail se sentaba en el otro extremo con su suegra y dos hijos de Samson. Pudo haber sido fastidioso, sólo se hizo difícil para mí en un momento, cuando Longfaeroe me miró desde el púlpito y dijo:

—Jehová vela el camino de los justos, pero el camino de los perversos es un traspíe interminable.

Abigail se levantó y dijo por encima del lloriqueo del bebé:

—Eso es más para otros que para él, papá. —Después Abigail se abrió paso entre la gente que parloteaba y vino a mi lado, llorosa, todavía hinchada por haber dado a luz—. Tenemos este día. Tenemos un hijo. No nos quitarán el uno ni el otro, nunca.

Entonces, del brazo, fuimos a la fiesta que se celebraba en la contigua casa del pastor, algo grande, al estilo Frazer, con los hombres enfundados en los uniformes de Voluntarios, las mujeres al mando. Había señales de la enemistad de entonces, y vi a los Harrah y a los Lindfir intrigando con el Hospidar, y a Trip Gaunt desairar a Longfaeroe; pronto hablaré de eso. Fue ante todo un día para Abbie, y ella le dio su alegría. Orlando el Negro envió una nota felicitándome, Christmas Muir y Peggs le regalaron a Sam un arpón en miniatura, y Lazarus pronunció un discurso, sentimental, esperanzado, que me sorprendió por su tono optimista:

—Habéis oído que yo vengo de Norteamérica, y que Grim Fiddle, el ahora bautizado Grim Fiddle, es principalmente norteamericano. Quiero que sepáis que eso no es una maldición. Entre los aquí presentes he descubierto que hay caminos justos para el amor, y los consigue todo hombre que tenga la suficiente fortaleza como para aceptar su lugar. Yo me siento feliz de ser vuestro maestro, y Grim Fiddle se sienta a contar las ovejas Frazer. Es una buena vida, mientras la tenemos, y si de vez en cuando surgen desavenencias, eso es beneficioso. Ahora, con mi Cleo y con el Sam de Grim, Norteamérica ha desembarcado en Georgia del Sur para quedarse.

Recuerdo los brindis, a los hombres diciendo que Sam llegaría a ser un campeón como su padre, pues yo me había convertido en una leyenda para los Voluntarios por lo que había hecho en la iglesia presbiteriana en Puerto Stanley. Recuerdo a Lazarus bailando con su alta mujer, Violante, y luego con Abigail, y con la joven prometida de Germanicus, Jane Gaunt. Recuerdo a Elephant Frazer agarrándome por la cintura, haciendo que el fotógrafo retrocediera para que saliera mi cabeza en la foto, y luego a Dolly Frazer llevándome a un lado para asegurarme en voz baja que no descansaría hasta convencer a Abigail de que se casara conmigo. Recuerdo a los Voluntarios reunidos en torno a un mapa de las posesiones de las Falkland trazando la ruta que se suponía iba a seguir Germanicus en su segundo reconocimiento de las Malvinas. Recuerdo a Lazarus despidiéndose de mí.

—¿Los echas de menos? Yo pienso en ella. Creí que ponerle su nombre a mi hija mejoraría la situación. Supongo que así ha sido. Quiero que entiendas que yo estaba equivocado con respecto a ti. Hiciste lo que había que hacer. No hubieras podido intentar ninguna otra cosa. Orlando y yo hablamos de ti la Navidad pasada cuando él

estaba convaleciente. Tú aún estabas enfermo. Ellos no habrían podido conseguirlo. Sucedió, y no veo qué es lo que hubiéramos podido hacer nosotros. Queremos que sepas que, decidas lo que decidas, estamos contigo. Quédate aquí ahora. Ésta es buena gente. Al infierno con ese mundo de ahí afuera.

Y recuerdo haber llorado aquella noche, lejos de Abigail, mientras limpiábamos después de la fiesta, hasta que ella me descubrió y me hizo confesar:

—Por primera vez, empiezo a ver qué es lo que me ha sucedido. Es doloroso.

Hablo de mi suerte. Los antiguos escandinavos tenían una sabiduría que se aplicó a mí en Georgia del Sur, y la adapto aquí, parafraseándola: tanto la buena como la mala suerte, y mucho de ambas, debe sufrirse en una vida pasada en este mundo atribulado. Mi bautismo pareció la línea que atravesé una vez más de la buena a la mala suerte, y para peligro de todos. Poco después Germanicus regresó con noticias calamitosas. Ése era su segundo viaje alrededor de las Malvinas. Durante mi tercer verano había realizado el primero, llevando la goleta con la que los Frazer cazaban focas, *Rey Jacobo*, en un gran arco a través del Atlántico austral, trayendo de vuelta noticias incompletas de una imponente calma en el territorio continental de América del Sur, y se enteró de que los bestias habían arrebatado Gran Malvina a los patties. Después de su regreso, a principios del otoño que completaba mi tercer año en la isla, un barco se había ido a pique en la costa nordeste, frente a Shagrock, el asentamiento que comandaba Orlando el Negro, y los restos que flotaron hasta la costa sugerían que procedía de África y que o bien había estado huyendo de la plaga o había sido un barco de plaga expulsado de un puerto de Sudáfrica. El mando de Georgia del Sur mantuvo esa amenaza en secreto, Germanicus recibió la orden de realizar un reconocimiento más militar en mi cuarto verano, razón por la que no acudió a la fiesta de bautismo. Su misión era múltiple: tenía ante todo que investigar la posibilidad de una plaga, ya que cualquier amenaza de ese tipo con toda probabilidad nos afectaría desde el oeste; en parte tenía que evaluar el estado de las Malvinas; en parte buscar noticias de Samson, o sus restos; y en parte inspeccionar Mead's Kiss. Por petición apremiante de Abigail, esto último no me lo contó en aquella época, pues ella temía que me provocara una recaída, Germanicus realizó un peligroso desembarco en Gran Malvina, y una marcha hasta 2 de Diciembre, Otter Ransom, por entonces primer oficial de la *Rey Jacobo*, y Wild Drumrul, marinero, fueron en esa marcha, y los dos vinieron a visitarme a mi cabaña a principios del otoño.

—Los patties han dividido las islas en zonas —dijo Otter Ransom, nervioso, distraído. Se lo consideraba un hombre atractivo en el pueblo, y yo suponía que era feliz. Continuó—: Hay más bestias en las costas septentrionales, y es allí donde están enfermos. Yo nunca lo vi. He oído hablar. Encontramos cuerpos en una zanja fuera del poblado. Medio enterrados, dos o tres. Tenían un color negro azulado, y estaban picoteados por las aves. Les vi esos forúnculos. Supe lo que era. Tomamos precauciones al regresar. Inspeccionamos el barco de proa a popa. Ninguno de

nosotros se contagi6.

Le pregunt6 si estaba seguro de que era la plaga; pod6a tratarse de docenas de enfermedades, incluyendo una simple infecci6n.

—¿C6mo podemos saberlo si no nos contagiamos? —repuso enfadado.

Pregunt6 a Wild Drumrul si Germanicus sab6a, o si el mando adivinaba, de d6nde proced6a.

—*Die Ratten!* —exclam6 Wild Drumrul, gesticulando al estilo musulm6n, maldiciendo la tierra. Era su manera de decir que la plaga ven6a de todas partes. Se hab6a convertido en un hombre cauto, firme, con una barba hermosa, felino. Dijo que de ni6o hab6a visto la plaga en Asia. Dijo que era siempre igual. Mor6an las ratas. Luego mor6an las personas. Todo el mundo mor6a, porque los que no perec6an por los for6nculos o la fiebre o la deshidrataci6n, poni6ndose negroazulados y desmoron6ndose en la desesperaci6n, luego eran muertos por los de fuera, temerosos de la contaminaci6n. Discutimos el asunto y llegamos a una triste conclusi6n. Pod6a ser la plaga. Pod6a no serlo. Y apunto aqu6 que nunca llegamos a saberlo con certeza. Lo que entonces resultaba decisivo era que si andaba por all6 afuera, estaba en los puertos donde los bestias, los par6as, los exiliados, los autoproclamados malditos se amontonaban y arañaban en busca de comida compitiendo con el principal depredador de los detritos humanos, la rata, la rata que portaba la pulga que a su vez portaba la bacteria que era la plaga. Bub6nica o neum6nica o septic6mica, conozco ahora la diferencia y no tiene importancia, como no la tuvo entonces; la plaga era la plaga, horrible y segura, el resultado final del colapso de la civilizaci6n, lo que el abuelo llamaba la oscuridad. Si estaba all6, fue la amarga opini6n de Otter Ransom, s6lo ser6a cuesti6n de tiempo y de accidente que llegara a Georgia del Sur.

El mando no pod6a mantener el descubrimiento de Germanicus en secreto. Durante el a6o siguiente la precauci6n y el p6nico producido por el rumor de la plaga da6n6 la vida de la isla. Los georgianos del sur hab6an soportado la derrota, la masacre, el hambre, los inviernos cada vez m6s brutales a medida que la masa de hielo parec6a deslizarse m6s hacia el norte cada a6o que pasaba, e incluso el c6lera que expuls6 a los Voluntarios de Puerto Stanley. Para ellos la plaga resultaba profundamente diferente. Era un enemigo antediluviano, despiadado, repentino. Tambi6n era una maldici6n b6blica. Los georgianos del sur eran un pueblo marino, que disfrutaba de la generosidad y del contraste del clima y el mar, una combinaci6n vol6til de estoicos temerosos de Dios y de esc6pticos blasfemos. Conoc6an su Biblia. Se hallaban en extremos elementales. La plaga, el rumor de la plaga, era algo que se explicaba menos con las palabras de Lazarus sobre las consecuencias de la tiran6a pol6tica en tierras excesivamente pobladas, desgarradas por miedos raciales y religiosos y econ6micos, y m6s sencilla y terriblemente como un juicio del Jehov6 de Longfaeroe. Hasta esc6pticos como los cazadores de focas, entre ellos Christmas Muir, que dec6an que no ten6an tiempo para ser cristianos, se vieron tocados por la sombra de la plaga. Era algo tan terrible y evidente que no pod6an bloquearlo con la

inflexibilidad mental. Podían combatir los patties con sangre. Podían combatir el cólera con medidas sanitarias. Podían combatir el frío con la experiencia. Podían combatir el hambre con el racionamiento e incursiones estivales a África en busca de grano, verduras, fruta. Pero la plaga, el rumor de la plaga, los perturbaba. Sabían que se podía combatir, pero se les metió en la mente mucho antes que en el cuerpo, y allí causó más estragos a la razón que los que podría haber causado a la salud, allí hizo que los insolentes se sintieran perdidos, allí les hizo abandonar la decencia y tomar decisiones crueles. No digo que fueran las personas más duras que alguna vez dominaran la tierra o surcaran los mares, pero eran herederos de esa clase de gente, y no les bastó.

Georgia del Sur es una roca aguamarina de doscientos kilómetros de largo, montañosa, llena de páramos, sin árboles, azotada por los vientos, golpeada por los mares gris piedra que los cazadores de focas llamaban de los «asquerosos cincuenta». Puede parecer un sitio desolado. Lo es, pero también es asombroso, perturbador: cimas azules rodeadas de niebla y cubiertas todo el año de nieve, páramos desiertos adornados con dedos verdes de agua fresca. Nunca tiene más de quince kilómetros de ancho, excepto en el grueso extremo austral, el cabo Desengaño. Está situada en un arco de navegación entre el cabo de Hornos, a mil millas en dirección contraria al viento, y el cabo de Buena Esperanza, a unas dos mil quinientas millas a favor del viento. En verano la sacuden fuertes vientos, está empapada, húmeda, a la vez tocada por el sol y coronada de nubes. En invierno es mortalmente fría, de un gris oscuro, por lo general a varios cientos de millas del límite de la masa de hielo. En primavera y otoño, disfruta de violentos cambios de clima, la arañan fragmentos de témpanos y, en la primavera, el ocasional paso de una enorme isla de hielo desprendida de la cornisa antártica. Por lo menos eso fue lo que ocurrió durante mis primeros cinco años allí. El clima de Georgia del Sur está generalmente determinado por el hecho de que la isla se asienta sobre la cordillera del Scotia que rodea el mar del Scotia, un caldero sin fondo atestado de hielo y adecuado para las ballenas y las tormentas y poco más. Como dijo Christmas Muir, es el tipo de mar que uno podía entender que Dios concediese a los escoceses.

La espina dorsal de Georgia del Sur es una cordillera montañosa de sílex de cimas afiladas y cortada intermitentemente por desfiladeros escarpados, agujereados por cuevas a través de las cuales el viento sopla todo el año. Esa isla podía cantar; también podía gritar. El asentamiento principal, Grytviken, se hallaba en la costa de sotavento, en la enorme bahía de Cumberland, y consistía en piedras y césped y casas importadas de madera desordenadamente amontonadas una encima de otra, una suave meseta que era el mercado, varios muelles y muchos almacenes rodeando la factoría ballenera, que era la industria principal de la isla, y más abajo, en la bahía, un dique para submarinos a medio construir que se remontaba a la segunda guerra mundial.

Grytviken creció de modo rápido y desproporcionado después de que la derrota

en las Malvinas llevó a varios miles de exiliados a la isla. Al nuevo pueblo se lo rebautizó Gaunttown en honor al fallecido Luff Gaunt padre, que había sido el patriarca de la isla. Estaba rodeado de puestos de cañones y de una serie de torres de guardia en las laderas de los riscos. Mi choza de pastor estaba sobre un sendero, a unos pocos kilómetros, en un anfiteatro natural que daba hacia las montañas golpeadas por el mar de la costa occidental. Los otros asentamientos se encontraban en la costa austral en el cabo Desengaño, en su mayoría habitados por agrios pescadores y viejos cazadores de ballenas y de focas, y en la costa nororiental estaba Shagrock, donde Orlando el Negro comandaba a un pequeño grupo de cazadores de focas y evacuados de las Malvinas.

Después del rumor de la plaga, el mando dividió la isla en distritos, distribuyéndolos según las prioridades para la defensa y la continuidad de la pesca y el pastoreo. Todos los hombres y niños sanos fueron reclutados como Voluntarios. Después de mi bautismo, se me consideró recuperado de la enfermedad, y se me nombró oficial de los Voluntarios, como supuestamente le correspondía a mi rango de huérfano Frazer, como candidato davídico de Longfaeroe, como amante de Abigail y en especial por lo que llamaban «el héroe de la Iglesia presbiteriana». Se me asignó la responsabilidad de parte de la costa sudoeste, una zona importante porque si venía algún barco de plaga lo más probable era que lo hiciera por el oeste de Sudamérica. Tampoco quiero que esto suene a grandioso militarismo. Los Voluntarios y los Irregulares de las Falklands en el exilio jamás sumaron más de varios cientos de hombres y niños, comprometidos a defender por todos lados, y de la naturaleza, a una isla de cinco mil kilómetros cuadrados, en su mayoría inhabitables.

Sin excusa debo informar que el mando determinó a partir de ese momento detener a cualquier grupo que quisiera desembarcar en Georgia del Sur. Sin embargo, hay excusas que merecen mi atención. La más profunda podría ser que los supervivientes, como lo éramos todos en Georgia del Sur, están condenados para siempre por el destino que les ha permitido sobrevivir. Esto parece abstracto, y necesita ser detallado.

Poco a poco descubrí, una vez que salí de mi cabaña y bajé a mezclarme con los georgianos del sur, lo que había pasado allí afuera en el Atlántico desde que yo me había enfermado. La así llamada flota de los malditos había crecido rápidamente durante unos cuantos años; los bestias habían llegado a Georgia del Sur como habían llegado a las Malvinas, no en grandes cantidades, pues el Atlántico era enorme y violento y los puertos africanos se hallaban a favor del viento. Los bestias que lo consiguieron o bien murieron poco después o fueron llevados a Gaunttown, algunos a Shagrock, unos pocos al cabo Desengaño. Luego, sin explicación, la flota había desaparecido en nuestra parte del océano. Las noticias que recibíamos por la radio (un aparato poco digno de confianza tan lejos en el mar) mencionaban una «crisis de refugiados», decían que poderosos consejos de las naciones trataban de solucionar el dilema. Un buque de guerra británico atracó en Gaunttown durante mi segundo

verano en la isla. El capitán explicó poco, dijo que se hallaba en una «misión para averiguar los hechos» para las comisiones especiales establecidas en Europa con el fin de resolver la «crisis de los refugiados». Uso su jerga adrede, para demostrar que lo que sucedía allá, fuera lo que fuese, estaba siendo tratado como un secreto por las mismas personas, en Europa y en las Américas, que deberían estar más informadas. Nosotros, en Georgia del Sur, sin recursos, parecíamos saber más que ellos. El capitán británico no había puesto ninguna objeción a Elephant Frazer cuando éste se presentó como gobernador general de Georgia del Sur (antes de la guerra había habido sólo un gobernador general para las posesiones de las Falklands, con base en Puerto Stanley), y había presentado a Simon Brackenbury, un feroz odiador de patties, como el gobernador general del gobierno de las Falklands en el exilio. El comandante de los Voluntarios, un hombre duro, taimado y enigmático llamado Gordon Hospidar, a quien todos llamaban «el Hospidar», planteó algunas exigencias acerca de los almacenes y el arsenal del capitán, y fue complacido sin comentarios. El capitán actuaba como si despreciara su despiadada tarea, como si odiara el papel en que lo había metido su gobierno: el de embajador ante los osarios. El capitán dijo que él no podía hacer nada para ayudar a los evacuados de las Falklands, que no podía prometer ni alimentos ni el envío de un escuadrón británico a Georgia del Sur. El mensaje era claro: Georgia del Sur dependía de sí misma. El capitán hizo un comentario airado que se convirtió en el foco de bromas amargas en la isla. Dijo, prometiendo regresar, cosa que no hizo: «No ha habido guerra. Ha habido un maldito reacomodo».

Eso describe lo que el mando de Georgia del Sur inauguró después del rumor de la plaga, durante mi quinto invierno allí. Desde la derrota hasta la visita del capitán británico, habían alimentado pensamientos de venganza contra los patties, y tramado posibles ataques a Puerto Stanley; desde la visita del capitán hasta el rumor de la plaga, habían transformado la isla en una fortaleza contra la anarquía; después del regreso de Germanicus, de nuevo transformaron la isla, esta vez de una fortaleza a un maldito reacomodo. Pensaban como perdedores, y actuaban en consecuencia. La razón dio paso a la mezquindad de espíritu y a cosas peores. Hubo discusiones violentas, acaparamiento de comida, suicidios, un notable aumento de las muertes entre los ancianos y los muy jóvenes. El correspondiente aumento de funerales situó de nuevo a Longfaeroe a la cabeza de la comunidad como cantor de salmos. Había otros pastores en Gaunttown, en su mayoría evacuados de las Falkland; Longfaeroe era su jefe. Se unían para predicar sermones que fomentaban el endurecimiento del corazón de todos.

La principal polémica, lo que inició el hundimiento de la naciente buena voluntad que había ayudado a Georgia del Sur a superar sus privaciones, no vino de afuera, de la plaga o de los patties o del protectorado británico, sino de dentro. Tuvo que ver con los mil y pico de bestias que habían recibido refugio antes y después de la derrota en Puerto Stanley, en su mayor parte como trabajadores de subsistencia, como pupilos

directos de los georgianos del sur. Tres cuartas partes procedían de Sudamérica, el resto de África, las Malvinas, y unas pocas familias de un carguero que había salido de Italia. Con la reorganización inspirada por el miedo a los barcos de plaga, el mando Voluntario recomendó al gobernador general, Elephant Frazer, que los bestias fueran encerrados en un único campamento, en un barranco que había a poca distancia de Gaunttown. El campamento fue construido aquel otoño; los bestias fueron trasladados allí en el invierno, donde fueron obligados a habitar en viviendas comunales, se les impuso el toque de queda y un severo racionamiento. Los hombres y muchachos fueron alistados en grupos de trabajo para construir puestos de vigilancia sobre la costa occidental y para sellar los pasos que atravesaban el centro de la isla, de oeste a este. Las mujeres y muchachas fueron obligadas a trabajar en la factoría ballenera que suministraba a la isla lo necesario para la iluminación y la calefacción. A unos pocos se les permitía navegar con la pequeña flota ballenera que nos quedaba. En el fondo, eso era esclavitud, Longfaeroe se atrevió a llamarlo «comunismo cristiano». Debo decir que nadie en Georgia del Sur vivió mucho mejor que los bestias en el campamento aquel invierno; muchos de los escoltas Voluntarios y los que estaban en Shagrock lo pasaron peor.

Sin embargo, había una crueldad abyecta hacia esa gente triste, desvalida, perdida. Debería explicar que durante años, después de la derrota, había habido indecisas y efímeras oposiciones a las diversas intrigas de los Voluntarios, de común acuerdo con Elephant Frazer, ya que Georgia del Sur se había acercado a una dictadura militar. Lo que le impedía llegar a la opresión era la imparcialidad de Elephant Frazer y el hecho de que la homogeneidad de la isla —unión de primos con primos con parientes políticos— disponía a la gente a la cooperación. La detención y esclavización de los bestias fue demasiado, Lazarus, que para entonces se había convertido en el director de la escuela y a menudo había criticado a Elephant Frazer y a los Voluntarios por sus tácticas, lideró la oposición por el tratamiento dado a los bestias, lo que él llamaba ilegalidad marcial. Obtuvo la solidaridad de sus maestros, de la gente que se había casado con miembros de familias bestias y entre las personas más educadas del campamento bestia, en especial los Zulema. Al poco tiempo Lazarus denunciaba a Longfaeroe como un «alborotador hipócrita», a los Voluntarios como una «policía secreta» y a Elephant Frazer como «nuestro déspota».

Lazarus realizó sus peores ataques en la Asamblea de Gaunttown, un cuerpo carente de poder pensado ante todo como ámbito donde airear quejas contra los vecinos y que carecía de autoridad para desafiar o dar órdenes al gobernador general, Lazarus era un buen orador público, se aprovechaba de los celos entre las familias, y cuanto más difamaba a Elephant Frazer y al Hospidar más público reunía, Elephant Frazer se lo tomó a mal, y le dijo al nuevo patriarca de los Gaunt, Luff Gaunt III, al que llamaban Trip Gaunt, que debería controlar a su pariente político, ya que Lazarus se había casado con una viuda Gaunt, Violante, Trip Gaunt no simpatizaba con Lazarus, pero codiciaba el puesto de Elephant Frazer —que habría sido de Luff



Gaunt si viviera— y se aprovechó. Los Gaunt parecieron romper con los Frazer, que en términos de Georgia del Sur era como si la mano derecha hubiera denunciado a la mano izquierda. Compartían la propiedad de la goleta *Rey Jacobo*, y aquella primavera se habló de que los Gaunt habían incautado el barco cuando Germanicus regresó de pescar y de una incursión a África en busca de provisiones, Gaunttown se sintió obligada a elegir entre la autoridad Frazer y el orgullo Gaunt. Los exiliados de las Falkland bajo el mando de Simon Brackenbury estaban en contra de todos los bestias y a favor de los extremistas que creían que el campamento mimaba demasiado a los bestias, Lazarus atacó más, realizó un discurso en el Salón de la Asamblea (la antigua Casa de Reunión de la Sociedad de Amigos) en el que acusó al cuerpo de oficiales de los Voluntarios de urdir los rumores de la plaga para tiranizar más a Georgia del Sur.

—¿Dónde está esa terrible enfermedad? —preguntó Lazarus. (Yo no estaba presente, pues me hallaba ocupado en mi distrito construyendo torres de guardia, Abigail, quien me lo contó más tarde, permaneció en todo momento del lado de Lazarus, igual que la prometida de Germanicus, Jane Gaunt). Prosiguió—: ¿Ha demostrado alguien su existencia? ¿Han hablado de ella en la radio? ¿Es verdad? Los Voluntarios envían un barco a las Malvinas, a riesgo de la embarcación y de sus hombres, para aplacar a los Brackenbury y a sus incitadores al odio, y luego nos cuentan que hay una plaga. ¿Qué pruebas ofrecen? ¡Ninguna! Amigos, amigos, hay una plaga. Lo reconozco. Es la enfermedad de su ilegalidad. Encarcelan a hombres y mujeres inocentes y dicen que está bien. Sacan a niños de sus casas y los obligan a llenar sacos de arena. ¡Ésa es la enfermedad! ¿Dónde está esa plaga? No en nosotros. ¡Está en ellos! ¿Y qué es? No es una plaga en algún puerto de por ahí. Es una plaga que está en sus mentes, ¡y esa plaga es la tiranía!

En esa misma semana, hubo una pelea con cuchillos en los muelles debajo de la Calle Mayor, entre un chico Gaunt y uno de los chicos bestias que, huérfano como yo, había sido acogido por los Frazer. El muchacho Gaunt perdió un ojo, y el Frazer resultó gravemente herido en el estómago. El chico Frazer había sido uno de los mejores estudiantes de la escuela, un prodigio de las matemáticas, y que se involucrara en la violencia fue bastante revelador de la tensión que se vivía en la isla. La tensión aumentó mucho más cuando uno de los presbíteros de Longfaeroe, un maniático taimado llamado Fergus Moog, declaró en el oficio religioso del domingo que el que de verdad manejaba el cuchillo era Lazarus, a quien llamó «serpiente de cabeza cobriza».

Los acontecimientos se precipitaron a partir de ese momento. Jane Gaunt, una de las maestras de Lazarus, fue acusada de envenenar las mentes de los chicos más jóvenes contra los Voluntarios. Y cuando Jane se presentó en el hospital para cuidar a los dos chicos heridos, en la puerta le impidieron la entrada unas mujeres viejas y algunos de los chicos salvajes que vivían bajo la factoría ballenera. Ella trató de entrar a la fuerza y fue apedreada. Esos golpes dejaron cicatrices peores que

cicatrices físicas. Cuando Germanicus regresó de África y encontró a Jane aún convaleciente de las heridas, perdió el control. Denunció tanto a los Frazer como a los Gaunt. Hizo algo que no era habitual en él: una noche bebió demasiado en la taberna de los cazadores de focas, SOL DE NOCHE, y cuestionó la reticencia de su padre a seguir el consejo de la Asamblea de Gaunttown; dijo que su padre temía a Lazarus como nunca había temido a los patties. Las palabras de Germanicus hicieron mella entre los Voluntarios, pues estaba considerado el paladín de los oficiales jóvenes, unos cuarenta en total. Se recordó que Lazarus en una ocasión había dicho que los Voluntarios no eran mejores que los patties. Y se formuló la pregunta: ¿Germanicus estaba ahora de acuerdo con eso?

Al día siguiente Germanicus se sintió avergonzado de lo que había hecho, irreflexivamente, en venganza por la lapidación de Jane, y comprendió que se había buscado el dilema de debilitar la cadena de mando de los Voluntarios o ver cómo Georgia del Sur se astillaba en facciones. Al tratar de corregir su error, tropezó aún más, pidiendo una reunión de emergencia de la Asamblea (que hasta entonces sólo se celebraba dos veces por estación) para aclarar las dudas. La reunión fue obstaculizada a último momento por el Hospidar, que dijo que era una invitación a la sedición. El Hospidar actuó de manera inteligente, sabiendo que su intervención manchaba el patriotismo de Germanicus. Eso implicaba una afrenta a todos los oficiales jóvenes al igual que a los Frazer y, a través de Jane Gaunt, a los Gaunt. Se habló de duelo, también de corte marcial, también se mencionó una solución más drástica: destinar a Germanicus a cabo Desengaño para proteger a los ermitaños.

Germanicus había sido humillado, no intentó protegerse, se disculpó con su padre y con el Hospidar públicamente, y ofreció la dimisión de su cargo. El Hospidar vio su victoria, fue generoso en el triunfo y dijo que la contrición de Germanicus no era suficiente pero que los brazos de Germanicus eran necesarios, lo mismo que los brazos de todas las personas leales de Georgia del Sur, Simon Brackenbury estaba presente aquel día, y añadió que prometía que ninguno de los suyos cuestionaría jamás a Elephant Frazer y a los Voluntarios mientras no fueran vengadas las Falkland. De ese modo, el Hospidar y Brackenbury se unieron para no satisfacer a nadie y para mejorar su propia causa. Las facciones quedaron resentidas, y no les faltaban armas. Quizá hubieran llegado inmediatamente al asesinato de no haber sido por la conmoción que produjo un crimen verdadero cometido contra la isla.

En diciembre —a principios del verano— alguien prendió fuego a la escuela. Recuerdo con claridad el incidente porque estaba cenando con Abigail en la cabaña, había salido a buscar agua y vi el resplandor por encima del cerro, Abigail había dejado a Sam al cuidado de las mujeres Frazer para venir a celebrar mi vigésimo séptimo cumpleaños. Me explicó las chispas de la disputa mientras observábamos cómo el fuego crecía rápidamente avivado por el viento. Fue patético; Georgia del Sur tenía tan poco..., y encima perdió la escuela.

Me doy cuenta de que esto se ha vuelto demasiado pormenorizado. Supongo que

lo registro como una manera de hacerme recordar a mí mismo que pasé seis años allí —aunque sólo puedo recordar el último con nitidez— y también como una manera de sentirme de nuevo próximo a esa gente que me amaba y a la que yo amaba. No era el pueblo más generoso, rápido para montar en cólera, implacable, odioso con los forasteros, en especial si su color de piel o religión o costumbres no eran las de ellos. Estoy seguro de que las palabras de Lazarus habrían parecido sabias si no se hubiese parecido a los patties, y me pregunto si Lazarus habría sido más paciente si no hubiera llegado con demasiada facilidad a la conclusión de que sus enemigos eran fanáticos en vez de maridos y esposas asustados. En general, sin embargo, los georgianos del sur se mostraban equitativos —nos habían acogido a mí y a los míos y a mil bestias— y se esforzaban por mantenerse optimistas y bondadosos, si se tiene en cuenta lo cruel que era la naturaleza con ellos. Además, he recalcado aquí sus miedos y debilidades y enemistades, pero no he hecho justicia a su decencia. Escribo sobre una isla situada a mil leguas de agua de la desesperación, exactamente diez grados al norte de la cornisa permanente de hielo, donde no hay nada más que trabajo agobiante y mar salvaje. Resulta natural, entonces, que se encaminaran hacia el salvajismo para resolver sus disputas. También reconozco que quizá haya mezclado los detalles que llevaron al incendio de la escuela; y he dejado fuera u olvidado muchas cosas importantes, como las partes de los Lindfir, los Harrah, los Rose, los Moog, los Johansen y la familia bestia que gobernaba el campamento, los Zulema. La esclavitud, el apedreamiento, los suicidios, los partos con el feto muerto, un robo de la fortaleza de los Voluntarios en el faro sito en el lugar de la cala que no he consignado, y la difamación que hizo el Hospidar de Germanicus son una triste cronología. Pero hubo detalles incluso más terribles que sólo oí como rumores, y hubo una tristeza más (que pronto describiré) que penetró, antes de la derrota, en la raíz de la vulnerabilidad de los georgianos del sur. Eran personas pobres, cazadores de alto riesgo de ballenas y focas, mal pertrechados para continuar en un mundo de buques de guerra electrónicos. Registro en esta obra mi desagrado por lo que llamo la Era del Exilio, finales del siglo veinte y comienzos del siglo veintiuno; sin embargo, apunto que los georgianos del sur eran el resultado del gusto que tenía una época anterior por degradar y expulsar y abandonar a los hombres y las mujeres. Uno no puede creer que el pueblo escocés, el irlandés y el escandinavo, a los que pertenecían las familias de Georgia del Sur, habían elegido arriesgarse por propia voluntad a surcar el océano Atlántico y a malvivir en riscos de sílex córnea. Habían sobrevivido allí sin ayuda de nadie, sin siquiera la siniestra caridad que yo identifico como el origen de la llamada flota de los malditos. No pedían favores, no hacían favores, luchaban y resistían y luchaban, Georgia del Sur era su hogar, y creo que ellos sabían que no era refugio, ni santuario, ni paz. Era una oportunidad, y la aceptaron como tal.

Las mujeres de Georgia del Sur fueron mucho más decisivas de lo que he reconocido para la lucha que relato: Abigail y Jane Gaunt, Violante Furore y Santa Bianca Furore, Dolly Frazer y Frances Gaunt, y muchas más. Ellas organizaban,

alimentaban, parían, hacían la paz, eran tan sólidas como los riscos. En esos días las mujeres resistieron mejor que los hombres. Parecían saber que la guerra, el abandono británico, la plaga, eran amenazas pasajeras, pero que la pérdida de la escuela era una seria emergencia. Respondieron al unísono, escandalizadas con sus hombres por adoptar posturas mientras sus hijos se quedaban sin lo que era de ellos. Había tantos sospechosos del incendio premeditado que no costaba llegar a la conclusión de que todos eran culpables, Dolly Frazer le tiró de la barba de Elephant Frazer, le dijo que actuara, y pronto, o podría gobernar todo sin una cama donde dormir. Las mujeres Gaunt y Rose, y la hermana del Hospidar, Victoria, la imitaron de inmediato. Los Voluntarios sólo podían quejarse en sus borracheras. No fue gracioso. El arma fue el desprecio, y las mujeres la usaron. Se formó una nueva opinión: que el tipo de gobierno que podía librar una guerra y suprimir a los bestias no era necesariamente el tipo de gobierno que podía cuidar sus hogares. Callada pero seriamente, la revolución flotaba en el aire. La conmoción del incendio llevó poco después, en la semana de Navidad, a Germanicus a mi cabaña, y con él a Jane Gaunt y a Otter Ransom, Abigail y Wild Drumrul ya estaban conmigo. Era una noche húmeda, con una gran tormenta que venía del oeste, y nos reunimos alrededor del fuego de la chimenea comiendo carnero, muy tristes pero, a nuestra manera, jóvenes y esperanzados.

—Lazarus dice que deberíamos forzar una elección para presidente de la Asamblea —dijo Abigail—. Yo estoy de acuerdo. Tenemos derecho a participar. Debemos expresar lo que pensamos, Lazarus dice que debería haber una constitución, y voto popular.

—Eso es lo que dice Lazarus —comentó Germanicus—. Mi padre no puede estar de acuerdo.

—No sería para gobernador general —señaló Abigail—. Sería para un presidente que hablara por nosotros, la gente pequeña, Elephant Frazer habla por los mayores. Mi padre habla por los clérigos y todas esas gallinas piadosas. El Hospidar habla por los Voluntarios, Brackenbury lo hace por los habitantes de las Falkland. Y los bestias tienen a Toro Zulema para exponer lo suyo. ¿Quién habla por mí, por Jane y los que son como nosotras?

—Por Dios, no, mujer —dijo Germanicus—. Los bestias y los patties no son ahora el problema. ¡Los Voluntarios! El Hospidar tiene nuestra lealtad jurada. Yo lo seguiría hasta la tumba. Si mi padre intentara formar un gobierno de presidentes y cosas así, el Hospidar diría: «rebelión», y tomaría el mando. Tus palabras no tienen sentido.

—¿Así que ahora tenemos miedo al Hospidar? —preguntó Jane Gaunt, una mujer redonda y rosada de diecinueve años, valiente, aguda, competitiva con Germanicus, orgullosa.

—No es eso, Janey —dijo Germanicus que, me pareció, tenía buenas razones—. Lazarus se encargaría de ser elegido presidente en poco tiempo. Hablaría por sí mismo, de acuerdo, y contra el Hospidar y Brackenbury. Mi padre quedaría atrapado

como un chorlito.

Jane sugirió que Germanicus estaba celoso de la popularidad de Lazarus entre los jóvenes, Germanicus resopló, y no contestó. Era verdad que había llegado a desconfiar de Lazarus, como lo había hecho yo una vez a causa de su arrogancia y su despótico intelectualismo. También era cierto que si hubiera una elección Lazarus ganaría con facilidad; las madres lo votarían en bloque. Él era su director de escuela, carismático, inteligente, quizá el único hombre de la isla que se preocupaba de mostrar que quería a los niños.

—¿Y si Lazarus se retirara? —me preguntó Otter Ransom en sueco. No se decidía a participar, no sólo por su pobre inglés, sino también porque Germanicus era su capitán y él era un marinero agradecido y leal. Lo alenté a hablar en inglés, y le ayudé con las palabras y los modismos. Les hablé de Suecia, de cuando el gobierno del Rey se había hecho a un lado para dar paso a los sacerdotes que hablaban en nombre del pueblo común. Sin darse cuenta mezcló los hechos, hizo que la revolución del abuelo pareciera más sensata de lo que había sido. Me quedé asombrado de cómo otro hombre, quince años mayor que yo, y en otro tiempo un proscrito buscado en Suecia, recordaba la crisis padecida allí. La hacía parecer lógica, justa, salvadora.

Abigail escuchó y sacudió la cabeza, dijo que Lazarus no se haría a un lado calladamente.

—Quemaron su escuela —añadió.

—Oh, sí, ¿ahora es su escuela? Es una pena que sea tan pendenciero con su tinta y con sus libros —dijo Germanicus—. Yo me equivoqué al hablar contra mi padre, pero ni la mitad de lo que se equivocó Lazarus al agitar al pueblo. Está muy engreído para ser un extraño aquí entre quienes lo alimentan. Quemamos su escuela, ¿no es así? Creo que es nuestra escuela, ¿y qué dice Lazarus al respecto? Yo asistí a esa escuela diez años, y todavía seguiría allí si no fuera por la lengua de Lazarus.

—Como es un Frazer, Lazarus no importa, ¿verdad? —dijo Jane Gaunt—. ¿O es porque está casado con una Gaunt?

—No es un Frazer —repuso Germanicus. Los dos se separaron.

—¿Por qué se retiraría? —preguntó Abigail a Otter Ransom.

—En el Norte —comenzó Otter Ransom— hay una historia de una asamblea que se reunía una vez al año, al comienzo del verano, donde los clanes se encontraban para hablar y exponer sus quejas. Había sacerdotes, que hablaban por la paz en nombre de la gente común, Grim Fiddle lo sabe.

Explicué que lo que Otter Ransom estaba recordando era el Althing, la asamblea legislativa y judicial de la Islandia medieval. Hablé despacio, pues descubrí, al escuchar a mis amigos más íntimos de Georgia del Sur, que eran mejores para pelear que para pensar en sus peleas. Sabía que yo era un intelectual débil en comparación con Lazarus, pero entonces vi que lo poco que había absorbido de escuchar a Israel y a Peregrine discutiendo de política, y leyendo las obras de Charity Bentham y estudiando las ideas de Longfaeroe acerca de la monarquía y del gobierno justo en los

libros de Samuel, me convertía en su maestro en términos de ciencia política, de gobierno razonable. Conocía muy bien la diferencia entre autoridad y tiranía. Por lo tanto, les describí con cuidado el Althing, contándoles que era una asamblea anual pensada para actuar como árbitro de las enemistades entre las familias. Presidían el Althing treinta y nueve sacerdotes, hombres elegidos entre las familias más importantes de comienzos de la historia de Islandia y cuyos puestos después se volvieron hereditarios. Se consideraba que los sacerdotes estaban por encima del soborno y la influencia de la sangre. Fue lo más próximo que llegó a estar el Norte medieval de la democracia, y considero justo decir que el Althing no era menos tolerante que las tan celebradas asambleas griegas que fueron responsables de palabras como *democracia*, *despotismo*. Les conté que el Althing había sido creado porque Islandia era un refugio para proscritos de los reinos del mar del Norte, hombres que odiaban la monarquía pero que, sin embargo, tenían que acordar cómo vivir en armonía.

—Las decisiones del Althing eran terminantes —concluí—. El hombre que disentía era desterrado. Y ése era el peor castigo del Althing para un delito: el exilio. Como Islandia era ya un refugio para proscritos, el exilio de Islandia equivalía a una sentencia de muerte.

—Ése es tu Skallagrim Strider, ¿verdad? —dijo Abigail.

—Por lo que dices —intervino Jane—. Lazarus no sería adecuado para la presidencia, pues está casado con una Gaunt. Necesitamos a alguien que no pertenezca a las grandes familias, pero que pueda complacer a las familias, a los Voluntarios, al reverendo Longfaeroe y a Lazarus, y también a los Zulema y a los bestias. El Hospidar no se atrevería a ir en contra de un presidente así. Estaría libre de todos, incluyendo a Elephant Frazer. Un portavoz del pueblo.

—Alguien que tuviese la lengua de Lazarus —dijo Germanicus.

—Una buena educación. A algunos no les vendría nada mal —replicó Jane.

—Yo tengo mis costumbres —repuso Germanicus.

—Los Frazer tienen sus costumbres —dijo Jane—. No nos sirven si viene una plaga, o más bestias, Lazarus dice que una tiranía tiene menos posibilidades que una oligarquía, y una oligarquía menos posibilidades que una democracia. Necesitamos una asamblea constitucional.

—¡Si Lazarus dice que mi padre es un tirano, miente!

Todos hablamos a la vez, tratando de calmar a Germanicus, tratando de pacificar a esos dos amantes obstinados. Jane amaba a Germanicus: ¿quién no?; sin embargo, también amaba el conocimiento y también era una Gaunt. No estaba dispuesta a permitir que el malhumor de Germanicus la distrajera de su resumen.

—Si podemos proponer a un candidato que una a las familias, a un candidato de unión —dijo Jane—, tu padre vería el sentido de una elección. Entonces podremos tener una constitución. Lazarus dice que un gobierno de hombres es un gobierno sin leyes, que un gobierno de la ley es una roca.

—¿Qué dices, muchacha? —preguntó Abigail, vacilante.

—Tú serías una buena candidata, Abbie —repuso Jane.

—Soy una Longfaeroe y una Frazer y madre de un bastardo —dijo Abigail. Por sus propios motivos, Jane y Abigail se rieron.

—Tiene que ser un hombre —dijo Germanicus, contundente.

—¡No! Cállate, Germanicus Frazer —exclamó Abigail.

—Grim Fiddle —dijo Jane.

Yo no había pensado que Wild Drumrul entendiera lo que se decía, pero en ese momento se puso de pie y dijo en inglés:

—¡En nombre de Alá el Compasivo, el Misericordioso, Grim Fiddle!

Supe que era el prefacio a sus oraciones musulmanas, un modo de anunciar lo profundo. Apoyó las manos sobre mis hombros y me miró a los ojos. Me hizo recordar la promesa que le había hecho a su hermano muerto, Dede Gone, en Vexbeggar. ¿Qué tal había sido yo como guardián de mi hermano? Ojo Saltón murió en Puerto Praia, Little Dede Gone murió tratando de devolverme el *Grulla Negra*. Wild Drumrul estaba en una isla más alejada de sus raíces en el sentido espiritual que en el físico. Y a pesar de eso era valeroso, un marinero del *Rey Jacobo*, un Voluntario para un pueblo al que apenas comprendía. ¿Qué derecho tenía yo para que me siguieran eximiendo de la lucha por el hecho de ser huérfano, estar triste, avergonzado de mi naturaleza *berserker*? Qué tenía Wild Drumrul y, sin embargo, se comprometía con el destino. Y ahora pedía mi ayuda.

Hice un vano intento de protestar contra ese plan. Oía lo que decía: señal, dijo en una ocasión Israel, de que un hombre no cree sus propias palabras. Yo no era sabio; era sano. No hablaba bien; podía abrir el corazón a los demás. No era humilde; conocía algunos de mis límites. No era un buen cristiano; amaba y conocía el amor. No reunía las condiciones necesarias para obtener la confianza de nadie; era un hombre joven, serio, que respetaba la verdad. Y ahora me llamaban para que resolviera problemas diciendo la verdad. Me agradó, tanto a mi vanidad como a mi coraje. Imaginé que habría agradado a Peregrine y al abuelo. Imaginé que también Skallagrim Strider se habría sentido avergonzado por haber desperdiciado la vida en sus propias preocupaciones; sin embargo, había respondido al llamado de sus hombres cuando los desterraron de Islandia para siempre. Observé a Abigail mientras yo discutía acerca de mi capacidad con Germanicus y Jane. Los ojos de ella estaban húmedos; no sonreía, no fruncía el ceño. Junté el rostro de Abigail y las palabras de los demás y me sentí más fuerte. Para ellos yo era una idea.

Llevaron la idea de Grim Fiddle, pacificador, candidato de unión, a Gaunttown, a Elephant Frazer y al Hospidar, a Lazarus y a los Zulema y, lo que era más importante, a Dolly Frazer, Violante Furore, Frances Gaunt, Amanda Rose, Beatrice Harrah, Victoria Hospidar y Bonnie Moog. Longfaeroe recogió la idea como si fuera un regalo de Jehová. El debate fue rápido, demasiado rápido para que hubiera sido constructivo, como si se deseara más llegar a una conciliación que ofrecer

concesiones mutuas. El primer domingo del año nuevo, 2001, el primer domingo de un nuevo siglo y un nuevo milenio, Longfaeroe tuvo la alegría de proclamar y predicar y cantar sobre el ascenso de David de la multitud de Belén al trono de los hebreos, un sermón —me contaron, ya que Lazarus me aconsejó mantenerme al margen de la campaña— que hizo llorar a las mujeres de Gaunttown y encendió y decidió a los hombres. Mis partidarios hicieron correr el rumor de que la cena de carnero en mi cabaña había congregado a los espíritus más nobles de Georgia del Sur, un Frazer y una Gaunt, una Longfaeroe y un bestia y un proscrito, que invocaron la guía de Jehová, Jehová había enviado un mensaje en aquella tormenta que se abatió sobre mi cabaña mientras comíamos y hablábamos: Grim Fiddle era la esperanza de Georgia del Sur. ¿Me llamaron salvador? Algunos sí. Otros dijeron usurpador.

El debate dio vueltas durante todo el verano. El tema primero de los bestias esclavizados parecía olvidado, Lazarus decía que el tema había pasado a ser: ¿lealtad con representación o sin ella? Era necesario que todas las partes hicieran concesiones. El veredicto alcanzado fue que no se permitiría la votación popular para elegir al presidente de la Asamblea de Gaunttown; a cambio, se elegiría al presidente por voto de los cabeza de familia. Además, el presidente sería el organizador y portavoz de la Asamblea de Gaunttown, nada más, y el poder de la Asamblea quedaría sin definir, pendiente de un nuevo debate. Las esperanzas de una constitución y una democracia populares quedaron, como dijo pensativo Lazarus, sobre las mesas de las tabernas.

Los georgianos del sur estaban dominados por los escoceses presbiterianos, un pueblo que sospecha de las monarquías pero que también desconfía de dejar que los plebeyos —el hombre corriente— tengan voz en asuntos de propiedad y autoridad familiar, Lazarus aconsejó que tanto él como los jóvenes debían ser pacientes. Me explicó que Georgia del Sur lo fascinaba como fenómeno político donde, debido al aislamiento físico y ahora económico, el tiempo en apariencia se había detenido, o vuelto atrás, hasta algo muy cercano a lo que había sido Norteamérica en su nacimiento como nación. El deseo era la libertad, algo por lo que había que luchar a cualquier precio; sin embargo, y paradójicamente, esa libertad se creía tan amenazada por el sufragio universal como por el despotismo. Los georgianos del sur querían vivir libres, pero sabían que debían tener algún tipo de gobierno, y así llegaron a la conclusión de que cuanto menos gobierno tuvieran, mejor estarían, Lazarus llegó a la conclusión de que eran inmaduros, y sonrió de esa manera expectante, confiada y reservada tan característica en él. Aceptó, a finales del verano, la proposición de los jefes de permitir una elección condicionada de un presidente limitado de una Asamblea ambiguamente definida. Inmediatamente después se puso a hacer campaña a favor de lo que él llamaba una verdadera república para Georgia del Sur —leyes escritas, sufragio universal, funcionarios elegidos, coexistencia de las ramas ejecutiva, legislativa y judicial de gobierno—, diciendo que «fructificaría» (también empleó la palabra *forjaría*) tan pronto como me tuviera de presidente para convocar la Asamblea de Gaunttown no sólo como «voz del pueblo», sino también como



«asamblea constitucional».

Lazarus, al contrario que yo, vio el desafío, y se preparó, con libros y retórica, para la batalla que se avecinaba.

Abigail vino en persona a comunicarme el resultado de la votación de los mayores. Era a finales del verano, estaba fresco y neblinoso. La elección no fue unánime. El candidato del Hospidar, Christian Rose, y el candidato de los Gaunt, Kevin Gaunt, se llevaron más de la mitad de todos los votos. Yo era presidente por pluralidad, no por mayoría, un resultado que entonces no percibí como algo que auguraba contrariedades. El resultado inmediato era que yo quedaba libre de un rebaño, de cabezas lanudas, y prometido a otro, de cabezas confusas y tercas; también me relevaron de mis deberes como Voluntario, y se me pidió que me mudase a las habitaciones encima del Salón de la Asamblea.

Abigail estaba dolorida. Se quedó en la puerta mientras me contaba cómo su padre la había abrazado después del voto, le había dado las gracias por ayudarme a ganar mi «papel divino». Dijo que era la primera vez que su padre la había tocado desde la infancia. Ésa no era la causa de su melancolía, Lazarus le había dicho que debía andar con cuidado conmigo durante un tiempo, para que las otras facciones no me acusaran de libertinaje, y ella exageró ese consejo. Dijo que debíamos terminar con nuestra relación; que había venido a despedirse. Sabía que estaba poniendo a prueba mi entrega.

—Tú les perteneces —dijo—. Lazarus dice que estás cambiado. Tú eres el único funcionario elegido de la isla. Ya no eres el hombre que amé, ya no eres el padre de Sam, mi hombre. Le hicieron lo mismo a Samson. Lo convirtieron en su maldito capitán y también él cambió. Aunque hubiera regresado a mí, yo lo había perdido a manos de ellos. Que Dios me perdone, te amé antes cuando eras un chico huesudo y triste, y todavía te amo. No puedo ayudarte en esto. Ellos son los culpables. Te han arrebatado de mí. Ya no puedo salvarte. Sálvate tú mismo.

—¿Qué puede pasar? —protesté—. Lazarus dice que soy una figura decorativa.

—Como la proa de un barco, a la que siempre apuntan —repuso Abigail.

—Abbie, yo no soy Samson —dijo con voz suave—. Tampoco David.

Quería alegrarle el corazón. Era una broma nuestra. Sonrió, pero si alguna vez hubo una sonrisa de desdicha, fue la de ella.

—Qué necios somos —dijo—. Querido Grim, hazme caso, sálvate.

Y entonces se acercó y me besó, y me tomó. Yo era de ellos, me dijo; me tomó como si fuera suyo. No recuerdo con nitidez su olor, o sus caricias; todavía la oigo gritar, apasionada. Gritaba con fuerza. Me gustó. Después, traté de convencerla de que nuestras vidas mejorarían, que tan pronto como pasaran los problemas podríamos vivir juntos, podríamos casarnos, dar a sus hijos y a nuestro Sam un hogar adecuado. Traté de convencerla con mis deseos, y con las ideas de Lazarus, y con la fuerza de Germanicus. Traté de demostrarle que no habíamos cambiado, que sólo éramos más sabios. Dijo que le gustaría creerme, que temía casarse con otro y perder de nuevo.

Apoyó la cabeza en mi pecho y no lloró. Entonces comprendí, abrazando a la dulce, tenaz y angustiada Abigail, que habíamos cambiado, que yo había cambiado. A sus ojos, yo era un hombre al que perdería. Alejé esa sombra y la abracé con más fuerza para protegerla de sus dudas. En las semanas siguientes continué seduciendo a Abigail aunque mi nueva posición me apartaba de ella. Sin embargo, cuando nos cercó el otoño, todas mis apasionadas palabras, todos nuestros nobles sueños, todo lo que nosotros como hombres y mujeres libres podíamos hacer, fue destruido por una catástrofe natural.

## ÉXODO

He hablado de la furia del mar del Scotia, barrido por los vientos del oeste y agitado por la corriente de las Malvinas, lo que los cazadores de focas llamaban el hogar de las madres de las olas gigantescas, enormes como montañas rodantes, que con frecuencia empequeñecen incluso a aquella monstruosa que arrojó al *Ángel de la Muerte* al medio del Atlántico, y que a menudo está envuelto en una densa niebla que enturbiaba el límite entre el mar y el cielo. Los cazadores de focas contaban otra historia del mar del Scotia, una historia que eclipsaba el terror de esas cordilleras de aguas saladas. Contaban de los trece inviernos consecutivos en que la masa compacta de hielo que se extendía cada invierno desde la Antártida avanzó hasta envolver a Georgia del Sur en un aullante desierto blanco. Se decía que había ocurrido en el siglo diecinueve, cuando sólo los cazadores de ballenas y de focas se aventuraban al sur del paralelo cincuenta y cinco, cuando sólo los cazadores de focas locos se atrevían a cruzar el paralelo sesenta en busca de la riqueza de los criaderos de las Orcadas del Sur y las Shetland del Sur. Era una historia exagerada, palabras de cazadores de focas que Christmas Muir me describió como «cebo de banqueros», dando a entender que probablemente era más una excusa para justificar la falta de éxito —ante los bancos que financiaban las expediciones de caza de focas— que auténtica oceanología. La idea de que el mar de Weddell, que cubre la Antártida desde la Tierra de la Reina Maud hasta la Tierra de Graham, podía extender su capa de hielo más de setecientas millas fuera del círculo Antártico es fantástica.

Yo vi cómo sucedía en mayo y junio de mi sexto año en Georgia del Sur. Cada mañana despejada, una de cada cuatro en aquella época del año, salía de mis habitaciones del Salón de la Asamblea y subía hasta el alto brezal y me quedaba allí pasmado mientras el horizonte del sudeste se iluminaba con lo que llamaban resplandor del hielo. La vanguardia de la masa compacta se acercaba en una línea a través de la faz de la tierra. Era una operación militar. Icebergs tabulares desprendidos de la capa de hielo permanente de la Antártida precedían a la masa compacta como si fueran tropas de asalto, algunos de un kilómetro y medio de largo y unos pocos cientos de metros de ancho, volcándose de repente cuando la marea los sacudía, otros de decenas de kilómetros de largo y de ancho, islas de hielo a la deriva de varios centenares de metros de alto, escarpadas y multicolores. El mar también estaba salpicado de fragmentos de témpanos desgajados de las islas de hielo y de trozos de hielo quebradizo y de láminas de hielo independientes de la masa compacta principal. La propia masa avanzaba tanto bajo el resplandor del hielo como bajo el asombroso fenómeno óptico de los espejismos de islas proyectadas en posición invertida contra el cielo azul acero. A veces daba la impresión de que una monstruosa boca gris abría las fauces hacia Georgia del Sur, dientes serrados compuestos por blancas islas de hielo abajo y arriba: relucientes, de un rojo sangre en el crepúsculo, furiosos.

Christmas Muir, Peggs y Wild Drumrul a veces subían conmigo, Peggs, un hombre nada fanfarrón que recordaba historias de los siete mares del mundo y el hielo de los dos polos, nos describió cómo se producía la masa de hielo. Después de todo este tiempo, todavía me produce satisfacción conocer los procesos naturales que nos sepultaron a mí y a los míos. El agua del mar se congela a dos grados centígrados bajo cero. No fue muy preciso en cuanto a la ciencia involucrada, y por lo que recuerdo, la temperatura del aire es independiente de la temperatura en el nivel del mar. Primero, se forman cristales en el agua, como aguanieve con agua aceitosa encima. Luego, a medida que la temperatura desciende a causa del viento y de la corriente, el hielo granizado se transforma en una capa lodosa llamada grasa de hielo. Por último, con el descenso de la temperatura, las capas independientes, llamadas hojas de hielo, se congelan en un hielo nuevo que, cuando se espesa hasta tres metros, pierde su contenido de sal y se libera del agua. Ese nuevo hielo se desintegra y se estratifica cuando el mar abajo, o una tormenta arriba, arroja una capa flotante contra otra, amontonándolas o adosándolas. La acumulación y la yuxtaposición combinan hielos nuevos hasta formar paredes escarpadas y altas que pueden crecer hasta convertirse en barreras de más de diez metros de alto, la avanzada de reductos de millones de kilómetros cuadrados de un infatigable ejército de cristal.

Me divierte la aparente placidez del proceso. Observarlo la primera vez fue terrible. Sentí como si el mar estuviera muriéndose, como si toda vida se estuviese retardando hasta convertirse en una nada omnipresente. Mientras la masa de hielo junta fuerzas, enfriando la temperatura del aire que tiene delante, arroja un hielo nuevo que es como unas garras que se retuercen volviendo hacia la masa y saltando otra vez como una saeta hacia afuera para apoderarse de mar virgen o para anclarse a las islas de hielo que cumplen la función de una escuadra de vanguardia. La masa siempre estaba en movimiento, siempre era violenta. Carecía de plan, era más bien una condición; sin embargo, como crecía hora tras hora, parecía sublimemente viva. En realidad era la antítesis de la vida.

¿He hablado del ruido? Georgia del Sur era viento y lluvia, el mar que rompía contra los riscos, la espuma que se arqueaba sobre los despeñaderos, el caos elemental que crecía hasta convertirse en interminables aullidos. Ese mismo viento incesante que atravesaba la masa de hielo se transformaba en un grito omnipresente. La masa ondeaba con las mareas que, siempre cambiantes, producían explosiones crepitantes que seguían una línea, y el hielo temblaba mientras una ola corría por debajo de la masa. Cuando un gigantesco témpano chocaba contra otro se producían crestas de presión, enormes pedazos de hielo salían disparados al aire como salvas de cañón. Las islas de hielo se desintegraban continuamente bajo el calor del sol, y gemían retorciéndose, rugiendo cada vez que una grieta las recorría a lo largo, mientras les caían por las caras, en cascada, unos ríos fangosos. Siempre que el mar abierto se abría paso entre ellas, recogía cristales de hielo y los lanzaba contra los frentes produciendo estruendos, crujidos, chasquidos. Y el hielo firme, el que se

adhiera a las masas de tierra, rozaba a Georgia del Sur y las rocas externas, chillando cuando la masa de hielo subía hacia el norte, siempre hacia el norte, para sustituir la vanguardia derretida por las corrientes cálidas del trópico.

La masa pasó por encima de Georgia del Sur. No sé bien qué era más aterrador, si sentarse en el risco con el mar cubierto por la niebla y escuchar los rugidos y gemidos, o quedarse bajo cielos despejados y grises a ver crecer la masa, cientos y cientos de lenguas de hielo que lamían las olas grises. Los contrastes eran hipnotizadores, y llegué a esperarlos: un mediodía en el que el sol asomaba en el cielo bajo del nordeste como la luz de una antorcha, no cálido pero tranquilizadamente presente, la masa era compacta hacia el oeste, pero al este había un mar abierto salpicado de crestas de olas, rociado de hielo quebradizo, con algunos témpanos que chocaban entre sí. Al día siguiente la masa estaba en todas partes, chata, resplandeciente, azotada por el viento, islas heladas en el cielo; después, unas horas más tarde, las capas de hielo flotante se separaban y creaban un canal que parecía una costura, por donde entraba el mar formando un lago en el hielo, mientras quizá una tormenta arrojaba nubes negras y niebla sobre la zona. Pues debajo de la masa estaba el caldero del mar del Scotia, empujando hacia arriba, contra el hielo, incalculables miles de millones de toneladas de agua.

—Para mí es la belleza —dijo Christmas Muir—. Más de una vez yo estuve cercado por el hielo allí. Peggs en una ocasión caminó sobre la masa compacta, de ninguna parte a ninguna parte, para botar un barco. Ahí afuera el hombre olvida cosas. Hasta que el hielo avanza hacia ti o te estruja el barco hasta convertirlo en astillas. Y aparecen las asesinas, olfateando, con esos ojos de cerdo te miran como si fueras su cena.

Wild Drumrul preguntó qué asesinas, Christmas Muir se rió, complacido de habernos asustado, y habló de las ballenas asesinas de diez metros de largo, realmente delfines grandes, que atacan en grupos a cualquier cosa viva o muerta encima o debajo de la masa de hielo; eso era en el Círculo Antártico, dijo, y no tenía que preocuparnos a nosotros en Georgia del Sur.

Wild Drumrul dijo lo que yo pensaba, al preguntar qué se sentía estando allí, Christmas Muir empezó a bromear, y dejó que Peggs contestara en serio.

—Hace que un hombre tenga ganas de sentarse y rendirse. Simplemente rendirse.

La masa de hielo tuvo el mismo efecto sobre Georgia del Sur. Los habitantes de Gaunttown se cerraron en sí mismos. Parecía que el único calor que había era el del propio corazón, pero hasta las pulsaciones descenden en el hielo y la oscuridad, como si los cristales se estuvieran formando en la sangre. Antes había una sensación de monotonía; ahora, con el hielo que nos aislaba del mar abierto, lo que se sentía era depresión. A mediados de julio, con el invierno ya encima, el asedio fue completo, un desierto blanco por lo menos ciento sesenta kilómetros hacia el noroeste, quizá ochenta hacia el nordeste. Los barcos en la bahía de Cumberland estaban en constante peligro de las islas de hielo que pasaban girando. Si una de ellas se hubiera desviado

llevada por la corriente y se hubiera acercado a Gaunttown, podría haber aplastado todo cuanto estaba a flote, quizá más. Una isla de hielo, de setenta kilómetros de largo y ocho de ancho, golpeó violentamente la costa de barlovento a unos sesenta kilómetros al norte de Gaunttown, haciendo retumbar los riscos cada vez que la corriente la levantaba contra las rocas submarinas. Era sólo una fantasía imaginar, aunque hubo algunos que lo hicieron, una flota de esos monstruos rodeando a Georgia del Sur, con cuernos en la punta y ciento cincuenta kilómetros de largo, arrancando nuestra arca de sílex.

La melancolía de estar rodeados por el hielo afectó menos a los cazadores de focas, como Christmas Muir y Peggs, y más a las familias, Elephant Frazer ordenó un racionamiento estricto, confiscó varias reservas privadas de alimentos, arrestó y encarceló a algunos vendedores del mercado negro, por temor a que la masa de hielo no se retirara por completo con el calor del próximo verano y pudiera regresar durante los siguientes doce años como en la historia de los cazadores de focas. Eso no resultaba creíble, tampoco las islas de hielo negro que emergieron de la masa compacta en julio.

—Lo sabía, lo sabía —dijo Christmas Muir—. Es el Trono de Satán. Te lo dije, camarada. Aún se los oye gruñir si tienes oídos como los míos, bajo el agua, a esos gigantes negros, como cosas salidas del Infierno, te lo aseguro, y no te olvides de la cabeza del carnero. Tiene malas ideas, muy malas.

Poco después acompañé a Germanicus en una marcha hacia el norte para inspeccionar el fuerte que se había construido con el fin de guardar el desfiladero principal que atraviesa la isla, a cuarenta y cinco kilómetros al noroeste de Gaunttown, Germanicus lamentaba las excesivas precauciones que exigían los Voluntarios contra los bestias, la plaga, lo invisible, y por lo general lo desconsolaba el futuro. Acampamos en la joroba de una loma al oeste de la cordillera montañosa central, en la cabaña de un pastor que, gracias al desfiladero, nos proporcionó una buena vista hacia el sudoeste. En la primera mañana despejada, nos tomamos un descanso del trabajo para echar un vistazo al hielo negro, en realidad más coloreado por el hollín, con vetas grises y témpanos negros desprendidos. Estábamos demasiado lejos de donde debían haberse originado —a unas mil millas— para que hubieran sido de un negro intenso contra el blanco.

—No hago mucho caso a todo eso que dicen del volcán —comentó Germanicus—. El océano austral está tan lleno de historias descabelladas como de ballenas. Crecí con él. Recuerdo de niño oír a mi padre contarle a Samson de dónde venía la Antártida. Mi padre decía que una vez, hace mucho tiempo, antes de Jesús, existía un gran reino en el Polo Sur. Por ese entonces no había ningún manto de hielo, sólo el frío y la imponencia. El reino estaba gobernado por tres reyes, Beach, Lunach y Maletour. Estaba lleno de elefantes peludos y diamantes negros. El pueblo vivía del mar y adoraba a Jehová, como nosotros. El rey Beach, el más solitario de los tres reyes, amaba a un albatros y tuvo una hija con el ave. Esa princesa no era hermosa, ni

inteligente, ni buena. Quería vivir con aves del hielo, y odiaba a los hombres, casi siempre, salvo cuando le hacían el amor. A eso lo llamaba «vuelo». Se burlaba de todos los jóvenes que podía porque ellos no podían volar. En especial se burlaba del hijo del rey Lunach y del hijo del rey Maletour. Bueno, también debió de haber jugado con ellos, ya que en poco tiempo tuvo ese bebé, un niño. Su padre se sintió humillado y la encerró en un palacio, un palacio hecho de diamantes negros y huesos de ballenas. No sabía quién era el padre de su heredero. Pensó en su rencor y decidió celebrar un banquete. Hizo que al niño lo cortaran en pedazos y lo convirtieran en pasteles de carne, y sirvió esos pasteles a los hombres que él creía que habían mancillado a su hija y el honor de su reino. Los hombres comieron con ganas y salieron a dar un paseo por un glaciar, tal como era su costumbre cuando tenían el estómago lleno. Allí fuera el rey Beach les contó lo que había hecho. Los hombres se pusieron furiosos. No porque él les hubiera hecho comer al niño en pasteles. En tiempos de hambre era su costumbre comerse a los pequeños y a los débiles. Se enfadaron porque él sospechaba de todos ellos cuando sólo uno era el culpable. Y le gritaron: «Loco, loco, el maldito hombre está loco». Y eso no fue todo. Sucedió que ninguno de ellos admitía ser el padre del niño, ya que todos habían estado con la princesa, volando y cosas así. Estaban disgustados consigo mismos. Se fueron excitando y mataron al rey Beach y se ofrecieron a la princesa para casarse con ella. Comprendían que el hombre al que la princesa eligiera sería el culpable de provocar todo ese alboroto molesto y que debía ser asesinado. La princesa los maldijo por haberse comido a su niño y matado a su padre. Pensó en su rencor y un día los llamó a todos juntos y los nombró a todos como su futuro esposo. Eso fue una necedad y ellos se rieron de tan estúpida venganza. La princesa regresó a su palacio de diamantes negros y huesos blancos e invocó a Jehová para que la vengara, Jehová se enfadó por la desgracia que habían causado esos hombres, y concedió lo que se pedía en la plegaria de la princesa, aunque ella nunca antes había rezado. Destruyó los tres reinos con fuego y azufre. Supongo que con volcanes, Jehová cubrió las ruinas con una capa de hielo para toda la eternidad. Entonces Jehová pensó en su sentencia y en lo que había hecho, convertir un reino frío y grandioso en una ruina helada, y lo lamentó. Prometió que jamás volvería a enviar el fuego y el hielo para castigar la maldad. A los hombres supervivientes los convirtió en focas, a las mujeres en aves marinas, a los niños en pingüinos y a los elefantes peludos en ballenas. Y es de ahí de donde viene la Antártida. Mi padre dijo que los elefantes marinos eran los marineros.

—¿Cómo se llamaba la princesa? —pregunté.

Germanicus se rió, dándose palmadas en los costados, y dijo:

—Es un cuento de cazadores de focas, Grim. Te lo conté para mostrarte lo que has de sacar de lo que ellos te digan. En el hielo, un hombre ve cosas. Piensa de un modo raro. Esa historia del volcán, el Trono de Satán, es un pasatiempo de los cazadores de focas.

—Pero el hielo negro —comenté—, si hay una cadena volcánica, si esa cadena

está derritiendo el hielo, quizá sea la explicación de por qué la masa de hielo llega tan lejos.

—Hielo negro, plaga negra, yo no me trago el anzuelo. Son los corazones negros los que nos destruyen. Seguiremos temiéndolos por lo que ocurra. Debemos temerlos. Es un hecho que Samson murió. Es un hecho que perdimos las Falkland. Es un hecho que vino el hielo. Será lo que el Todopoderoso quiera. Será lo que nosotros como hombres podamos hacer. Ya no podemos conocer los caminos del Todopoderoso ni entenderlos. Lo que sí podemos hacer es conocer los caminos de los hombres, y entenderlos, y mantenerlos rectos.

—¿Te refieres a los Voluntarios?

—A todos los hombres enfadados: Brackenbury, el Hospidar, Christian Rose y ese Lazarus. Como en el cuento de la Antártida que contaba mi padre. Actúan disgustados consigo mismos por lo que ha sucedido. El pastor les dice que el Todopoderoso nos castigará por abandonar las Falkland. Dice que el hielo es una sentencia. Yo no me lo trago. Se parece demasiado a un cuento de cazadores de focas. El hielo es un hecho. No es que sepa qué puede llegar a pasar; pero afectará a mi padre. El Hospidar es muy duro.

—Lazarus dice que cuando terminemos de redactar la constitución ningún hombre solo podrá amenazar nuestro bienestar, Georgia del Sur será una república.

—Eso dice Lazarus, Janey habla como si fuera su eco. Mayoría de las voluntades para el bien de la mayoría, y caridad para toda la gente pequeña. ¿Verdad?

—Es la mente de su madrastra —le expliqué—. Dice que el recuerdo de ella exige su esfuerzo, Lazarus está avergonzado de lo que ha hecho. Mató a un sacerdote, te lo conté, y lo lamenta. Dice que quiere quitarle el cuchillo al asesino, y la mejor forma de conseguirlo es hacer que todo el mundo se convierta al mismo tiempo en el asesino y el asesinado. Es un asunto complicado, que involucra a Suecia y a Estados Unidos.

—Tierras ricas y formas sinceras —dijo Germanicus—. Esta república que promete Lazarus durará tanto como un hombre en esas aguas si diez hombres malos, o un hombre débil, toman el mando. Mi padre es lo único que se interpone entre la mezquindad que llevamos adentro y el asesinato, Lazarus tiene conocimientos, conocimientos para tierras ricas, no para aquí. Un Dios, una tierra, un hombre, un camino.

—Respeto lo que dices —repuse.

—Es el camino de la Biblia —afirmó Germanicus.

—Abbie odia eso. Dice que su padre tergiversa las cosas.

—Tiene motivos para decirlo —aseguró Germanicus—. Mi hermano era un buen hombre. Habría sido un hombre grande. Ella amaba parte de él. Ama una parte tuya. No la culpo por eso. —Empecé a protestar por la confusión entre Samson y yo—. Tú eres tú. Eres más fuerte de lo que muestras, y eres bueno y duro. Te vi cuando quisiste ir a buscar a tu gente y cuando quisiste venganza. Te veo ahora cuando mi



gente quiere que los conduzcas para sacarlos de este problema. Mi padre necesita a Grim Fiddle. No lo reconoce. Yo digo que te necesita.

—¿Qué puedo hacer? —No dije que era una figura decorativa; habría sido un insulto para Germanicus, que me quería como a un hermano.

—Confía en mi padre —dijo—. Espera tu oportunidad.

—No me gusta la dimensión de lo que estás diciendo. El amigo de mi padre, Israel, también me contó historias. En Norteamérica había un soldado llamado Nixon. Era un buen hombre, de California, de origen pobre y que luchó para abrirse paso hasta la universidad. Regresó de la segunda guerra mundial con sueños nobles, queriendo servir a su pueblo. ¿Conoces a Nixon? No importa. Fue elegido para la asamblea norteamericana, y luego, porque era joven y osado, fue elegido por un gran general norteamericano para ser presidente de la asamblea y segundo al mando de la República, Nixon confió en el general y esperó su oportunidad. Cuando se presentó al puesto del general años más tarde, fue vencido, pero por muy poco, por otro soldado del otro extremo del país, Nixon quedó amargado por su derrota. También estaba enfadado por cómo funcionaban las cosas en su país: una guerra en Asia, discriminación contra los negros, que eran sus bestias, y otros asuntos de dinero, Nixon dijo que Norteamérica estaba perdiendo su grandeza. Los norteamericanos se rieron de él, le dijeron que estaba viejo y cansado. Por razones que no comprendo, Nixon aguardó muchos años más y fue elegido presidente. Para entonces, en verdad estaba viejo y cansado, y no creía en nada salvo en sí mismo. Trató de convertir a Norteamérica en lo que él había querido que fuera siendo joven. Pasó por alto las leyes de la República y degradó la política de la democracia como gobierno de la mayoría. Destruyó a la gente joven que quería servir al país con sueños nobles en su tiempo y a su manera, Nixon obligó a que hombres como mi padre e Israel se exiliaran. Era duro, y estaba lleno de venganza. Eso lo debilitó. Si hubiera confiado en su propio pueblo, y confiado en las leyes de la República, quizá yo no estaría ahora aquí.

—¿No confías en mi padre? —preguntó Germanicus, que no demostró que le importara mucho mi historia de Nixon el tirano. Contarla me había puesto triste al pensar en Israel.

Suspiré.

—A tu padre le debo todo. No se trata de confianza, Lazarus dice que yo soy el servidor del pueblo, no su señor, y tampoco lo es tu padre.

—¿Y qué eres tú si te pedimos que seas nuestro señor?

—Eso sería más para ti que para mí, Germanicus.

—No, no, yo tengo lo mío. Ahí afuera, en el mar, eso es para mí. Tú tienes los conocimientos y la fuerza, y ellos te aman.

No me dominó su hechizo. Me burlé diciendo que él era el heredero Frazer y que si estaba en el destino de alguien gobernar Georgia del Sur, era en el suyo, Germanicus se mantuvo firme. No quería discutir, así que añadí:

—Estamos en desacuerdo. Necesito tu ayuda para que la constitución de Lazarus se acepte. De ese modo todos los hombres y mujeres podrán expresar lo que quieren. Confía en la ley, como dice Lazarus, no en los hombres.

Germanicus señaló las islas de hielo negro y pronunció las últimas palabras aquel día:

—Confío en lo que puedo ver y oír. No puedo ver ese volcán. Y no puedo oír la ley. Confiaré en un hombre, y además en un hombre que conozca, y mi consejo es que tú hagas lo mismo. Confía en tu señor. Las palabras son como el hielo, las derrite la ira.

Medité en las palabras de Germanicus. Tenía tan poca fe en el republicanismo como el Hospidar. Todos creían en lo que los libros de Lazarus llamaban absolutismo, «un Dios, una tierra, un hombre, un camino», lo que realmente es la monarquía sin la responsabilidad de la primogenitura. La desavenencia crucial entre los patriotas de Georgia del Sur no radicaba en la forma de gobierno, sino en quién sucedería a Elephant Frazer, Germanicus me había dicho claramente que él y sus jóvenes camaradas me querían a mí como su próximo conductor. El Hospidar se quería a sí mismo. Ésta no era una ciencia política sofisticada. Era tosca, anticuada, vulnerable y derrotista a su manera. Yo la apoyaba. Era producto de su desilusión y de su valentía. Los georgianos del sur se veían a sí mismos atrapados entre el fracaso de los estados republicanos modernos para mantener la ilustración frente a las catástrofes provocadas por el hombre (hambre, guerra, rebelión) y su propio fracaso inminente de mantener una existencia marginal como una colonia abandonada frente a las catástrofes naturales. ¿Cómo esperar razonablemente que abrazaran otro plan republicano cuando el Parlamento británico les había fallado por completo? Su deseo de absolutismo era anacrónico, un insulto a la razón. Sin embargo, para ellos el republicanismo era torpe e indigno de confianza, un insulto al sentido común de su instinto de supervivencia. Los jóvenes patriotas estaban dispuestos a acomodar su deseo aspirando a un nuevo conductor que era de fuera de su comunidad y que estaba dotado con lo que ellos creían poderes extraordinarios: Grim Fiddle. Me sentía atrapado por mi discernimiento; no sabía bien si Germanicus y sus camaradas eran pragmáticos o ingenuos.

Una noche de aquel invierno pedí a Lazarus que me ayudara a entender a los georgianos del sur. Fue poco después de que suspendiéramos otra Asamblea reñida y con escasos asistentes en la que se debatieron los artículos del borrador de la constitución de Lazarus. Nos sentamos juntos detrás del podio en una estancia poco iluminada y vacía, mientras el viento soplaba afuera como un coro lastimero.

—Los esclavos son testarudos —dijo Lazarus, agitando la pluma y salpicando tinta de calamar. Había envejecido, ganado peso, tenía profundas arrugas en la parte sin cicatrices de la cara cobriza que le hacían parecer menos herrumbrado que curtido, como un hierro en el mar. El matrimonio y la paternidad lo habían templado, también lo habían vuelto mordazmente serio. Tenía treinta años, era orgulloso,

imperturbable, capaz, rápido—. La condición de la esclavitud lo vuelve a uno intrínsecamente conservador. No cambies, piensas, porque eso empeoraría las cosas. Esta gente ha heredado los restos del ruinoso sistema imperial británico que los mantuvo como esclavos durante generaciones: propietarios de tierras que no habitan en ellas, explotación mercantil, aquello de que lo que Irlanda, las Américas, la India, África y Australia se deshicieron en el siglo veinte. Como están vivos, creen que el sistema era estable. Intentan imitarlo con un gobierno despótico y silencio oligárquico. Nosotros sabemos que no es así. Lo que ahora tienen es entrópico y está condenado. Aparte de los bestias aislados en el campamento, el viejo Frazer es un déspota benévolo. Sus intenciones son buenas, sigue cometiendo desaciertos, su autoridad se debilita cada vez que debe juzgar entre facciones. Su principal debilidad es que no puede tomar recaudos sensatos para su sucesión. Ellos no lo ven. Esperan que mágicamente surja otro héroe que los conduzca. Es lo que piensan que eres tú. Las cosas no ocurren de esa manera. La historia del despotismo es clara: la herencia de un gobernante fuerte es un gobernante débil. El déspota débil dejará detrás a uno fuerte, pero la transición será caótica y sangrienta. El mejor modo de romper el ciclo —tiranía, anarquía, tiranía— es proporcionar a la gente un medio con el que pueda determinar su propio destino. Es lo que estamos haciendo nosotros, Grim, nivelando las alturas del despotismo benévolo, elevando las simas del raterío draconiano, mientras la gente como tú y Germanicus adquiere confianza para gobernar mediante la democracia, la asamblea, el comité, el debate, el consenso.

Dije a Lazarus que me gustaba lo científico que lo hacía sonar. También le pregunté por qué lo que había dicho no había funcionado en Suecia y Estados Unidos; añadí que Israel me había contado que el republicanismo en manos de rufianes —los diez hombres malos de Germanicus— se convierte en subsistencia mediocre para el pueblo corriente y en lujo sin límites para la clase gobernante, y que siempre que un grupo disidente desafiaba a los gobernantes, era aislado y corrompido, y si no podía ser corrompido, era destruido.

—Puede parecer así —contestó Lazarus—. Tu Israel tenía una mente aguda. Lo llevaba a conclusiones erróneas. Lo que decía es verdad únicamente si el pueblo participa en su propia degradación. Suecia y Estados Unidos son dos modelos gigantescos. Quizá distorsionen lo que digo. Intentaré explicarlo, Platón, que te he leído, pensaba que un buen estado tenía límites de tamaño, Georgia del Sur se aproxima a su nuevo estado ideal, Magnesia, en que es íntimo, modesto, moralista, no poético, aislado: en el sentido de que está libre de una invasión accidental. Nosotros tenemos problemas, pero son solucionables. Aquí es posible la virtud. Quizá lo fuera alguna vez en Estados Unidos. Ya no. La República norteamericana fracasó no porque la filosofía del republicanismo sea defectuosa, sino porque los hombres blancos que redactaron la constitución tenían defectos y miedo de la voluntad del pueblo al que su obra le concedía derechos políticos. Crearon un hombre nuevo, libre, ambicioso, científico, y luego llegaron a verlo como si fuera un monstruo. Soltaron

una verdad —que todas las personas son iguales de nacimiento— y luego vieron que no podían contenerla. La República prosperó debido a esa verdad indómita. Sin embargo, sin embargo, el constante anhelo de un sufragio universal, cuando se combinó con el hecho de que la población del país era cada vez menos blanca, llevó a los amos blancos a la conclusión de que estaban maldecidos por el genio accidental, filosófico, de sus propios antepasados. Querían seguir siendo más que iguales en un país en el que se habían convertido en clara minoría. Entonces, los amos blancos, la clase gobernante de Israel, le quitó al pueblo el poder de reunirse y votar. Se consigue con facilidad: intimidando a la prensa libre, diciéndole al pueblo que es impotente para cambiar su destino, confundiendo a la oposición con el circo de la política de partido, Norteamérica se convirtió en una república sólo de nombre. En realidad, era, es, una forma de despotismo, en la que el presidente es elegido con menos que la mayoría de todos los que votan, cuyo número siempre fue en sí mismo menos que la mayoría de aquellos capacitados para votar. El presidente hablaba en su nombre y en el de su grupo, y aun así de manera excéntrica. Carecía de un mandato de mayoría y lo sabía, así que se comportaba como un príncipe astuto, apelaba a la divinidad, al destino manifiesto, a los sueños, al agresor Rojo. Ése era tu Nixon. No mucho más que lo que tenemos en el viejo Frazer: un déspota nombrado.

Hice una pausa, vi algo, luego hablé, más para complacer a Lazarus que a mí mismo.

—Entonces Norteamérica fracasó como república porque no podía confiar en los bestias que había atraído y emancipado. ¿Emancipado?

—Es una simplificación, pero sirve —dijo Lazarus, serio. Había dejado de cambiar de expresión; la cara de un joven colérico había desaparecido, y en su lugar había una máscara de inhibición, placidez y una mirada que parecía lejana. Las cicatrices de las quemaduras le cubrían el lado derecho del cuerpo pero sólo un tercio del rostro, piel púrpura y oscura que le subía como dedos desde el cuello hasta la mejilla. Lo cohibía la parte retorcida de la cara, sabía que al sonreír o fruncir el ceño hacía que las cicatrices parecieran peores. Tenía la costumbre de darse golpecitos en la cicatriz, y lo hizo mientras proseguía—: Es el pueblo el que es fuerte, Grim, y el pueblo más fuerte es el que tú llamas bestias. Por el simple hecho de la cantidad, los bestias son los más fuertes. Tienen más posibilidades de conseguir enderezar el futuro. Lo sé, porque soy un bestia. Grim Fiddle es un bestia.

—Pero creo que no somos lo suficientemente fuertes —dije—. ¿Qué otra cosa explica lo que encontramos, la flota de los malditos?

—Un acontecimiento pasajero. Una función de la anarquía. El producto de un estado en el que la ley y la moralidad se han quebrado temporalmente y, no obstante, la idea de la soberanía nacional ha impedido que las naciones constituidas legalmente intervinieran. La idea de la ley puede, de manera momentánea, proteger la anarquía. La flota de los malditos —en realidad un nombre supersticioso, que lleva a engaños—, ese éxodo de refugiados, también fue un ejemplo del caos que aparece entre

tiranías sucesivas en el ciclo del despotismo. Se puede detener con rigor y, sí, con estómagos fuertes. Podemos detenerlo aquí, dismantelar ese campamento, hacer que Toro Zulema sea elegido como portavoz de su pueblo, y todo con una república. Una república popular.

—¿Qué impide que el gobierno de la mayoría (esta república popular) se convierta en una mafia? —pregunté—. ¿O en una tiranía como Estados Unidos en la época de Vietnam? ¿Y no es verdad que una mayoría puede echar fuera a una minoría? ¿No es lo que sucedió ahí afuera, y en Suecia y en Norteamérica con mi padre? ¿Qué impide a la gente asustada actuar sin decencia? Leí los libros de Charity Bentham. Decía que la caridad es una función del egoísmo. Nunca explica de modo satisfactorio cómo detener a un grupo de naciones (y no tiranías, todas ellas repúblicas) de actuar, cada una en favor de sus supuestos mejores intereses, como asesinas.

—Una respuesta a tu problema es reformular tu pregunta —contestó Lazarus—. El exilio es un resultado de la obcecación de los esclavos, como Germanicus. Facciones como la que representaba tu padre, la de los que protestaban contra la guerra de Vietnam, no eran republicanas. A su manera, los que disentían como tu padre eran absolutistas, y enloquecidos, y autodestructivos, los típicos misántropos románticos, hombres blancos que se quejaban de que el mundo no era lo suficientemente blanco. Decían paz o nada. Recibieron lo que pedían.

—No creo que Peregrine e Israel pidieran el exilio, ni que Guy y Earle pidieran Saigón —dije—. Y no creo que los bestias pidieran la isla Ascensión. A veces, Lazarus, tú y Platón sonáis más peligrosos que los déspotas.

—No es posible o deseable gobernar con inocencia —repuso Lazarus, una hipótesis que a menudo me recitó después, y cuya verdad y ruina he comprobado—. Recuérdalo. El pueblo tiene una voluntad. Se le debe mostrar cómo usarla. Y si es necesario, obligarlo a emplearla. Hazme caso. Podemos hacerles ver que aquí nosotros somos el futuro, y el derecho, y su última oportunidad. Lo que necesitamos es tiempo y voluntad.

—¿Y suerte? —aventuré, finalizando nuestro debate aquella noche con lo que pretendía ser una frivolidad.

Entonces yo intentaba amar a Lazarus, tal como él intentaba amar al pueblo de Georgia del Sur. Era más inteligente que cualquiera en la isla (él y Orlando el Negro y Longfaeroe eran nuestros únicos graduados universitarios), y había que disculpar su arrogancia por su esfuerzo de traducir lo que pensaba a lo que creía que nosotros podíamos entender. En Georgia del Sur, su mente estaba en algún punto entre el dogma y la praxis. Aún no estaba preparado para actuar con tanta violencia como era capaz de expresar con palabras. Era más que un republicano radical sin patria, por supuesto; por ejemplo, aunque amaba a Violante y a su pequeña, Cleo, no ocultaba su dolor por Cleopatra. Me alentaba a hablar de Cleopatra, me sonsacaba sobre mi permanente fascinación por ella como un modo, creo, de poner a prueba su propia

devoción hacia su recuerdo. Compartíamos un icono. No compartíamos una mente. Él creía que el benthamismo revisado en la isla protegería a Georgia del Sur de lo que yo ahora veo como una espantosa distorsión del benthamismo tal como se manifestó en el océano Atlántico. Me resistía a comprometerme con él, como también me resistía a comprometerme con Germanicus, Lazarus siguió insistiendo, pues era minucioso, detallista, hábil en la retórica, carente de humildad o paciencia. Sí tenía remordimientos.

He mencionado su pesar por el asesinato del padre Saint Stephen. Me habló del tema sólo una vez, aunque lo rozaba a menudo, de manera oblicua, metafórica. Fue una charla larga, lo que ahora entiendo como una confesión hecha al único hombre que él consideraba todavía vivo y que era testigo de lo que él había hecho. Dijo que no sabía quién era su padre natural, sólo que era de las Antillas, un isleño, y que probablemente estaba muerto. Sabía que su madre había estado en un monasterio cubano, bien como estudiante o como sirvienta. O había muerto o había huido, o se había convertido en una monja. De niño, Lazarus había sido dejado en un orfanato en Cuba y luego trasladado por medios misteriosos a otro orfanato en el estado norteamericano de Florida. A través de los auspicios de la Iglesia Católica Romana, había sido adoptado a la edad de cuatro años por los Furore, junto con Orlando el Negro y Babe, quienes residían en el mismo orfanato, Lazarus se educó con sacerdotes dominicanos en Chicago, en una escuela privada, exclusiva, en la que casi no había más que blancos a excepción de él y sus nuevos hermanos. Allí, contó, aprendió a sentir repugnancia hacia la Iglesia Católica Romana, por lo que él llamaba «las cadenas sagradas». Lo dijo sólo una vez; no era típico de su sentido del humor. ¿Tenía Lazarus sentido del humor? Sí, lo divertía fácilmente la hipocresía; la suya propia y la de todo el mundo.

Concluyó su confesión diciendo que, cuando atacó al padre Saint Stephen, había estado fuera de sí y lleno de asco por lo que éste dijo sobre el bandolerismo piadoso de la Iglesia que había aplastado a su madre, y a la que muy probablemente había humillado para que diera a su hijo bastardo a extraños.

Luego, pareció reformular y clarificar esa mente, machacando, forjando:

—Lo maté porque tuve ganas. Fue algo estúpido, un desperdicio intelectual. ¿Qué sentido tiene silenciar a un loco? Me hizo más daño a mí que a él. Él no estaba en sus cabales, y dejé que me sacara a mí de los míos. Fue asqueroso perder el control de esa manera. Lo que tú cuentas de cuando enloqueciste en Stanley suena muy parecido a lo que yo sentí. ¡Estaba furioso! Y actué de una manera que desprecio y rechazo. Fue como la bestia que llevo dentro o... es terrible, Grim, terrible de recordar. ¿Sabía lo que hacía? Sí, lo sabía. ¿Y qué diferencia hay entre un asesino que sabe por qué mata y uno que no lo sabe? Ninguna. Tenía razones para matar y lo hice. Siguió siendo estúpido. Pienso en mi padre. ¿Supo él qué lo mató, o por qué, o por qué nos abandonó a mi madre y a mí? Yo sé por qué. Eso es importante. Lo que yo tengo, por accidente, es el medio para actuar de acuerdo con mi entendimiento. Tengo una

educación excelente, a pesar de todos esos artificios sobre los misterios del espíritu, y tengo un sentido de la historia que es completamente moderno. Lo que Longfaeroe diría que es una visión de la historia. No es magia, como la de tu madre. No es xenofobia, como la de tu abuelo. Es algo lógico e informado, y justo. Y aquí, ahora, tengo un sitio donde aplicar mis dones. Está en mí hacerlo o fracasar. Debo tener éxito. Pienso en un revolucionario norteamericano, John Adams (un amo blanco, sí, pero no obstante un republicano, llevado por la verdad de la justicia igualitaria) y cómo se sintió cuando fue elegido para el ilegalizado Congreso Continental, que ante los tiranos lo señaló para la horca, Adams escribió: «Vago solo y medito. Taciturno, medito, rumio. No tenemos hombres adecuados para los tiempos que vivimos. Tenemos déficit de genios, de educación, de tesón, de fortuna, de todo. Siento una indecible angustia». Eso es lo que siempre se siente cuando se lucha contra la tiranía y por la justicia. Ésa es la causa por la que te sientes inadecuado, aturdido. Debemos ser adecuados para nuestros tiempos, Grim. Cuando maté a aquel loco, no era adecuado. Cuando tú mataste en Stanley, no eras adecuado. Ahora sí lo somos. Lo afirmo. Debemos construir. Cualquier campesino puede matar. Debemos tener éxito. ¿Y si no? No hay un si no. La muerte, en cualquier forma, sería menos terrible.

No pensé en decirle a Lazarus en aquel entonces que había explicado su crimen casi con las mismas palabras que Peregrine empleó para explicar su asesinato de Cesare Furore, «porque quería» y «porque tuve ganas». Me pregunto ahora si Lazarus lo sabía. Me parece que hay una profunda diferencia entre matar a una cantidad de seres humanos y asesinar a un hombre íntimamente. Yo he hecho ambas cosas, muchas veces, y creo que así como matar a muchos —la guerra— a menudo es la consecuencia de los acontecimientos, una decisión táctica, inmoral, pero a menudo con un propósito, el asesinato de un hombre es un acto de blasfemia premeditada. Hay disculpas sofistas para el que mata de manera masiva; no existe ningún bálsamo para el asesino. Un solo crimen, llamémoslo asesinato, corroe la voluntad que lo engendra. Corrompe. Los escandinavos tienen otra manera de decirlo: «El hombre muerto vive en la cara del asesino». Eso significa que el conflicto que impulsó a uno a asesinar no se resuelve con la muerte física. El asesinato transformó a Lazarus, lo contaminó, lo cargó con la naturaleza del padre Saint Stephen. Los escandinavos habrían dicho que Lazarus estaba acosado por el fantasma del padre Saint Stephen, Lazarus parecía empujado a crear una república popular con el fin de demostrarse a sí mismo que un hombre que se ha liberado de las «cadenas sagradas» tiene razón, y que otro, como el padre Saint Stephen, que celebra la muerte humana como el viaje humano más valeroso está equivocado, Lazarus había tomado a pecho el veredicto del abuelo sobre el padre Saint Stephen: el sacerdote no sólo estaba loco sino también equivocado. Me atrae la idea de que mi abuelo también haya influido en Lazarus. No digo que viera al abuelo o al padre Saint Stephen en la cara de Lazarus pero, por otra parte, sí los veía.

Sugiero que Lazarus, un hombre que tachaba la religión ortodoxa de irracional, y

que incluso denunciaba el arte como antirracional, era un hombre profundamente religioso en su entrega a la teoría revolucionaria que tomaba del espíritu republicano de los griegos, los romanos, los italianos, los franceses, los alemanes, los rusos, incluso de los amos blancos de la primitiva Norteamérica. Hablaba mucho de un hombre llamado Tom Paine, a quien yo conocía demasiado poco como para relacionarlo con lo que hacía Lazarus. Adoraba el republicanismo como un peregrino incansable. Tenía sueños; los llamaba ideas. ¿Era un fanático? Sí, pero «fanático» parece una palabra injusta para un hombre como él, que actuaba con tanta frialdad, decisión, racionalidad, Israel me enseñó que no hay ninguna escuela que carezca de un poco de prestidigitación, de embustes místicos. Eso en cuanto a Lazarus y sus escuelas republicanas. Sugiero que en la confesión que me hizo, el momento en que confirmó su visión con la declaración «Lo afirmo», estaba introduciendo en el debate una cuestión de fe más allá de la razón. El abuelo y el padre Saint Stephen, hombres claramente apasionados, creían en el advenimiento del Reino de los Cielos, Lazarus creía en la inminente revolución. Lo que hacía a Lazarus cualitativamente distinto del abuelo y del padre Saint Stephen era que su idea utópica, su milenarismo (en el nacimiento de un nuevo milenio) estaba moldeado por su creencia específica, terrenal, demostrable, en la idea de la República de Georgia del Sur.

Lazarus era un soñador y un constructor. Hago una pausa para maravillarme de que al decir esto describo a un huérfano, un bastardo, un bestia, un revolucionario que casi era una combinación teórica de su madrastra la soñadora y de su padrastro el constructor. El padre Saint Stephen había querido enriquecer el futuro a través del suicidio en masa, Lazarus quería enriquecer el futuro a través de la concesión en masa de derechos políticos y de sufragio. He mostrado que los dos usaron la historia —lo que Lazarus a veces llamaba «la agenda de la historia»— para justificar su conducta. El padre Saint Stephen había fracasado porque estaba equivocado, Lazarus quizá no hubiera fracasado en Georgia del Sur. Lo que necesitaba era tiempo y voluntad y hombres adecuados para los tiempos. Al final, nosotros, Lazarus y yo, éramos hombres adecuados para nuestros tiempos. Que Dios me ayude, pero la verdad es que Grim Fiddle era adecuado para su tiempo. Jamás hubo tiempo suficiente en Georgia del Sur.

Nuestro destino quedó fijado en la época en que Germanicus, Lazarus y yo tuvimos nuestras conversaciones acerca del futuro de Georgia del Sur. Los acontecimientos que nos destruyeron ahora parecen tristemente triviales, una enemistad prolongada, y sin embargo la situación mostró la sombra que no podía iluminarse, Lazarus y yo, a pesar de todos nuestros conocimientos y nuestra magia, éramos bestias para los georgianos del sur, y cualquiera que estuviera de nuestra parte, que nos amara, también se convertía en bestia.

Comenzó con el apedreamiento de Jane Gaunt, cuando trató de visitar a los dos chicos heridos en el hospital. Los que la apedrearon eran niños salvajes y viejas, en su



mayoría viudas de cazadores de focas. Los Gaunt buscaron justicia, Kevin Gaunt, el hermano mayor de Jane, un hombre de mal genio, buscó la justicia de la sangre, Elephant Frazer no podía concederla, pues las cabecillas de los atacantes eran patéticamente viejas, más allá de todo castigo, y sus motivos habían estado nublados por la histeria. Después de su recuperación, Jane Gaunt habló en la iglesia, perdonando a sus agresores. La mayoría se sintió orgullosa de ella, y todos dieron por sentado que las heridas estaban curadas. No hay que olvidar los problemas que eso causó a Germanicus, y cómo el incidente llevó de manera indirecta a mi elección como presidente de la Asamblea. También quedó grabado en los corazones de los culpables.

Al año siguiente, en pleno invierno, cuando el hielo nos congelaba los corazones, una de las más mansas del grupo, Lena Rose, hermanastra menor del predilecto del Hospidar, Christian Rose, fue atacada en el alto páramo mientras iba a alimentar a sus aves favoritas, las crías de albatros. El ataque fue el acto de un trastornado, un apuñalamiento y una posible violación, y la chica perdió la razón. Quizá la torturaron. No pudo nombrar al criminal.

Fue especialmente triste porque Lena había nacido ingenua y deforme. También era una de las favoritas de las ancianas de Gaunttown, algunas de las cuales eran las viejas que habían atacado a Jane Gaunt. Todavía más, a menudo se veía a Lena en compañía del otro disminuido de Gaunttown, Robby Oldmizzen. A las ancianas jamás les había gustado eso; las viejas entre ellas llamaban a Robby sucio y «apestado por el demonio», Robby Oldmizzen era el mismo joven a quien Germanicus rescató en 2 de Diciembre. A través de su bisabuela (aquella anciana a quien cargué hasta la lancha, que había muerto en Puerto Stanley), estaba emparentado con los Frazer, Robby había sido torturado por los patties y había perdido el juicio cuando se vio obligado a mirar cómo quebraban a su tío en una de las ruedas. Eso era importante, ya que las ancianas creían, y también otros que no deberían haber sido tan tontos, que Robby no era un disminuido mental, que en realidad era un perro rabioso y peligroso. Tenía ataques en que se ponía a gritar, parecidos a los que yo sufrí en mi primer año en Georgia del Sur; desgraciadamente, Robby tenía los suyos en Gaunttown, no estaba protegido como yo por Longfaeroe y los Frazer, y los suyos empeoraban a medida que crecía. También se creía que era él quien, durante mi tercer año en la isla, había atado a una oveja a una rueda y la había torturado con un arpón.

Lena había nacido con una cabeza excesivamente grande, extremidades torcidas y una pronunciada cojera. La cojera de Robby se debía a la parálisis producida por la tortura. Daban paseos cojeando juntos. Compartían sus mentes débiles. Habían corrido vulgares rumores de un romance entre ellos. Era ridículo, Lena parecía una criatura tan inocente como jamás he conocido, un cordero, Robby parecía demasiado absorto en sus pesadillas como para haber sido capaz de concentrarse eróticamente. No obstante, la sospecha existía, y no puedo negar que Robby amaba a Lena a su

manera, y ella a él. Para muchos de nosotros eran una delicia, y a menudo lamenté no haber encontrado más tiempo para ellos cuando, siendo pastor, había visitado la plaza del mercado donde ellos jugaban, Robby y Lena también estaban, por lo general, entre los pocos que asistían a las asambleas que Lazarus y yo convocábamos para redactar el borrador de la constitución. Y Robby era uno de los compañeros de juego favoritos de *Iceberg*, con la mano buena talló en una ocasión el perfil de ella en piedra y yo bauticé a una de las bisnietas de mi perra con el nombre de él.

Longfaeroe convocó un oficio de oraciones para cantar por la recuperación de Lena, Fergus Moog, el viejo chiflado que había acusado a Lazarus de ser responsable de la primera pelea con cuchillos, se levantó para decir que ningún hombre en sus cabales habría «cortado» a la pobre Lena. Su insinuación era clara, y no fue el único que se levantó para pedir justicia. Algunos de los jóvenes Rose ya habían arrastrado a Robby junto al lecho de Lena en el hospital. Se decía que la habían despertado, que había mirado a Robby y se había puesto a gritar, Robby también gritó y trató de huir. Llamaron a Christian Rose, que llevó a Robby al campamento Rose, como él dijo, «en nombre de los Voluntarios», Elephant Frazer se enteró de eso por Jane Gaunt, y envió un mensaje al Hospidar, comandante de los Voluntarios, pidiéndole que interviniera. El Hospidar no le contestó. A la mañana siguiente Elephant Frazer reunió a unos cuantos Voluntarios y se dirigió al campamento Rose y arrestó a Robby «en nombre del gobernador general», Motherwell acompañó a Elephant Frazer y tuvo que derribar a uno de los Rose. Hubo palabras duras antes de que Christian Rose cediera. Al día siguiente, todos los habitantes de Gaunttown conocían varias versiones del enfrentamiento. Los Rose, para salvar su reputación, exigieron venganza de sangre.

Elephant Frazer me ordenó que convocara una Asamblea. Entonces la naturaleza intentó ayudarnos a calmar los ánimos mandándonos una tormenta terrible que retrasó la reunión varios días. La Asamblea no se celebró hasta una semana después del ataque. Por ese entonces, ya se habían formado facciones y contrafacciones. La reunión fue un caos; todas las angustias de la derrota, la plaga, la masa de hielo y el racionamiento de comida se juntaron para volcarse en esta tragedia concreta: la profanación de Lena, Elephant Frazer se negó a entrar en el salón mientras yo no hubiera conseguido imponer orden. Mientras tanto, aquella noche, hizo que Motherwell sacara a Robby de la oficina del gobernador general situada encima del *pub* EL KELPER, donde se lo había mantenido por temor a que el hospital fuera un lugar vulnerable a un ataque, y lo llevara al campamento Frazer. Está en mi memoria que ningún hombre con sentido común creyó a Robby culpable en aquella Asamblea. Aparentemente no tenía nada que ver. Había un eclipse de razón. La reunión se convirtió en una turba, y se presentó una moción para obligar a Elephant Frazer a entregar a Robby para que respondiera a las acusaciones, Lazarus criticó esa decisión, a la que llamó una «violación de los derechos civiles», terrible elección de palabras, Lazarus y yo fuimos abucheados desde el podio; se inició una batalla entre los chicos

Rose y los Gaunt, que estaban divididos entre Christian Rose y Elephant Frazer. Peor aún, una de las viejas, la misma, me contó Jane, que se había plantado sobre ella y le había pateado el estómago, irrumpió en el salón para anunciar, falsamente, que Lena estaba muerta, que los Frazer habían escondido el cadáver y que el fantasma de Lena se le había aparecido para exigir «ojo por ojo». Entonces Jane y Abigail subieron al podio y denunciaron a la Asamblea como una «ignominia pattie».

—¡Vergüenza! —exclamó Jane, furiosa—. Lena está viva. Yo la vi esta misma noche. ¡Vergüenza! El pobre Robby luchó por nosotros, fue un Voluntario valiente. No tenéis pruebas contra él. Os preocupan más vuestras bajas costumbres que la desgraciada Lena, Robby está ahí arriba, terriblemente apenado, creyendo que su Lena se muere. ¡Y no es así! ¡Vergüenza! Id a casa y rezad pidiendo perdón, como yo haré; rezad por la pobre Lena y por el hombre, quienquiera que sea, que cometió ese vil acto.

Abigail estaba más furiosa que Jane. Recordó que Robby había sido golpeado por los Rose; usó la palabra tortura. Dijo que Robby quedaría a su cuidado hasta que ese asunto se arreglara a su satisfacción, y mejor sería que fuera de forma pacífica, y que cualquier bravucón que apareciera encontraría en ella a una adversaria más dura que un disminuido cojo. Demasiado tendenciosamente, añadió:

—No seré yo quien nombre al atacante de Lena. Sí puedo nombrar al de Robby. Robby ahora está muy enfermo, con la cara hinchada y desgarrada, a pesar de que ha transcurrido una semana. Que sean Christian Rose y sus valientes hermanos quienes respondan por la situación de Robby.

Durante las semanas siguientes, el pueblo de Gaunttown, agitado por los humillados Rose y el tolerante Hospidar, se volvió contra Elephant Frazer. Donde antes había culpado a los patties, a los bestias, a los británicos, al «demonio del frío», responsabilizaba a Elephant Frazer, y por cosas grandes y pequeñas, por todo aquello que puede fallar en épocas de largo asedio: agua mala, ovejas perdidas, abortos y una epidemia de neumonía en el campamento bestia que se extendió a Gaunttown. La mayor parte del tiempo, la disensión estaba demasiado mezclada con sentidas peticiones de justicia para Lena como para que uno estuviera seguro de quién era sedicioso y quién estaba indignado, Elephant Frazer carecía de recursos para realizar el trabajo de investigación. Se esperaba que el verdadero criminal confesara o que Lena nombrara a su atacante.

Mientras tanto, Robby Oldmizzen permaneció en el campamento Frazer, donde se tornó hosco y reservado, muy dependiente de Abigail. Ella lo cuidaba maternalmente, como si fuera uno de sus hijos, de modo que jugaba con los dos hijos de Samson, Gabe y Adam, y acunaba a mi Sam. Yo iba de visita cuando podía, aunque apenas disponía de tiempo, Lazarus nos empujaba a terminar el borrador de la constitución para la primavera; me mandó a ver a las familias con copias del borrador, como un evangelista ambulante. Por lo general no era bien recibido, y pasaba la mayor parte del tiempo discutiendo en las cocinas con las mujeres y los viejos sobre los bestias,

los Frazer, los Gaunt, los Rose y, por encima de todo, Robby. Nadie se atrevía a decir abiertamente que Robby era culpable. Estaban furiosos y recelosos debido a que Elephant Frazer seguía protegiéndolo del interrogatorio. Un anciano, un Lindfir, me sorprendió al usar el vocabulario de Lazarus, diciendo que era «la maldita voluntad del pueblo» que Robby fuera acusado.

El invierno menguó, el hielo se aflojó, Lena se recuperó lo suficiente como para dejar el hospital y fue llevada a continuar la convalecencia con su tía abuela que, significativamente, era una de las ancianas que vivía en una de las casas comunes de la plaza del mercado.

—Esas brujas la envenenan —me dijo Jane poco después—. La pobre no sabe qué le pasó. La importunan con un niño. No está embarazada, te lo aseguro, Abbie y yo nos cercioramos. No dejan que Abbie o yo nos acerquemos, le tiraron barro a Abbie cuando fue a verla. Hacen que esa niña crea que ha hecho algo malo. Esas brujas... Debes hacer algo.

Me resistí. Pregunté qué podía hacer yo con las viejas y los chismes.

—Toma el mando —dijo Jane, mientras el sentido del republicanismo se le derretía como el hielo—, tú, señor presidente, toma el mando y endereza las cosas.

Le dije que Elephant Frazer había hecho más concesiones al Hospidar, entre ellas enviar a los bestias adoptados por los Frazer a vivir con los Zulema en el campamento bestia.

—Veremos al mismísimo San Pedro en la Calle Mayor antes de que estos dos se aclaren la mente. Tú y Germanicus, tomad el poder ahora.

Elephant Frazer, desde que había sido apartado por los jefes de Gaunttown, que estaban resentidos por lo de Robby, nos consultaba cada vez más a Germanicus y a mí, incluso a Lazarus. Esas reuniones, entre padre e hijo e hijo adoptivo, incomodaban a Germanicus. Creía que iba a parecerse a un gobierno Frazer. A pesar de toda su simpatía instintiva hacia el absolutismo —el gobierno de los fuertes—. Germanicus no era insensible al peligro de lo que Lazarus llamaba «criptorrealeza». Y algo que preocupaba todavía más a Germanicus que esa insinuación de dictadura Frazer, era que la solución de Lazarus para el dilema de Robby consistiera en comenzar a abogar por la formación de un «tribunal revolucionario» para resolver las disputas mientras nosotros esperábamos que la constitución fuera aceptada y se colocase en el lugar del tribunal un poder judicial. No era mala idea. Era demasiado para los Frazer, en especial desde que el Hospidar se había aferrado al rumor de que Lazarus pensaba hacer una campaña contra su meta evidente: un estado Voluntario, un gobierno militar.

Nos enteramos de lo que esperamos que fuese un sabio proceder durante una de nuestras conversaciones nocturnas en EL KELPER. Germanicus, que acababa de volver en el *Rey Jacobo* de explorar la desintegración del hielo y de cazar unas cuantas ballenas, reconoció que había retrasado su matrimonio demasiado tiempo, aunque por buenos motivos: la guerra, el clima, la catástrofe. Prometió no esperar hasta el verano

y casarse con Jane en la primavera, Lazarus brindó por la idea, y fuimos arriba a contársela a Elephant Frazer, que aquella noche trabajaba con el capataz de la factoría preparando el racionamiento. Quedó encantado. Ninguno de nosotros consideró educado decir en voz alta que la principal razón por la que era tan buena idea era que ayudaría mucho a cerrar la grieta abierta entre los Frazer y los Gaunt, y con eso todas las familias importantes podrían hacer las paces en la ceremonia. A Jane se le informó con retraso. Pasó por la Sala de la Asamblea unos días después para encararse conmigo y con Lazarus. Dijo que se mostraba de acuerdo con la táctica; también que la consideraba artificial.

—No hay harina para hacer una tarta apropiada —dijo—. Ésa es vuestra verdadera amenaza, no los Rose ni ese Simon Brackenbury. Vosotros, los hombres, conseguídnos harina y dejad que nos curemos a nosotras mismas. Ninguna gala superaría a un cargamento de fruta y trigo.

El día de la boda fue húmedo y angustioso. Había icebergs hollinosos en el horizonte noroccidental. El pueblo de Gaunttown se presentó con sus mejores galas grises. La novia, de veinte años, lucía de blanco, el vestido de Abigail, que había sido de su bisabuela, con un velo proporcionado por Frances Gaunt, la voluble viuda de Luff Gaunt padre, quien recientemente se había visto arrebatada por un amor primaveral y había anunciado su intención de casarse con Simon Brackenbury al llegar el verano. Yo era el padrino, Abigail era la madrina. Las niñas de las flores eran Frazer y Gaunt, aunque no teníamos flores y en su lugar empleamos hierba del brezal y velas, Trip Gaunt, el tío de Jane, la entregaba. El Hospidar, Christian Rose, Simon Brackenbury y Kevin Gaunt se mantuvieron en el último banco de la iglesia en representación de los Voluntarios y de los Irregulares de las Falkland. Los Rose, McHugh, Lindfir, Harrah, Moog, Oates, Macklemurray y más llenaban la capilla, una familia junto a otra, los jóvenes entremezclándose como querían, pues los años pasados desde la guerra habían sido testigos de la llegada de una nueva generación de patriotas taciturnos. Los Zulema se sentaron del lado Frazer de la capilla con los bestias adoptados; Lazarus y Violante se sentaron a ambos lados del prodigio bestia que había sido apuñalado al principio, Longfaeroe pronunció antes de la ceremonia un sermón largo y sentimental, improvisado, acerca de la primavera de la esperanza, y lo cerró con un salmo que hizo llorar a Abigail. Yo estaba nervioso, pero lo suficientemente sereno como para rebotar de orgullo por mis conciudadanos de Georgia del Sur, que eran suficientemente fuertes como para reconocer que sus debilidades necesitaban una mediación celestial, y un poco de diversión. Al llegar el momento del intercambio de anillos, me había relajado, y me fijé en las niñas Frazer y Gaunt y en que parecía haber un sitio vacante entre las niñas de las flores, seis a la derecha y cinco a la izquierda. El novio besó a la novia, y ella le devolvió el beso, cálido y prolongado, y todos desfilamos hasta la Sala de la Asamblea, decorada para el baile y el banquete. Allí tuve mi primera oportunidad de hablar con Orlando el

Negro, que había llegado desde Shagrock con sus hombres en busca de suministros y se había quedado para la ceremonia.

Mi recuerdo es que Orlando el Negro, Lazarus y yo estábamos rememorando cosas del *Angel de la Muerte* torpe y dolorosamente —apenas faltaba una semana para que se cumplieran seis años de nuestra partida de Estocolmo— cuando a alguien se le cayó una bandeja con estómago de carnero relleno. No se produjo un alboroto nada extraordinario, apenas se notó por encima de la música del gaitero que estaba del otro lado de la puerta, lanzando melodías alegres a través de Gaunttown. Alcé la mirada y encontré la cara de Abigail en el otro extremo del salón. Estaba tensa, con una expresión sombría; vino directamente hacia mí, me apartó a un lado y dijo:

—Es Lena, Grim, oh, Grim, ve a verlo. Querido y dulce Jesús, ¿por qué, por qué? —Me rodeó con los brazos, sin sollozar—. Estaré en mi casa. Ven tan pronto como puedas.

El baile y la música continuaron. Motherwell y yo bajamos a la Calle Mayor, donde se nos unió Wild Drumrul, que nos llevó hasta el muelle cercano que daba a la parte trasera de la iglesia. Allí vimos a Christmas Muir y a Peggs y a varios otros viejos cazadores de focas que usaban unas pértigas para sacar un cuerpo del agua. Corrimos al ver la escena, invadidos por el frío interior, y para cuando llegamos al muelle Christmas Muir estaba envolviendo a una niña de las flores en una mortaja.

—Se ahogó ella misma —dijo Christmas Muir—. Petey la vio y no pudo llegar a tiempo. Había sesenta centímetros de agua. Quizá fuera el *shock*, el agua está infernalmente fría, quizá. —Escupió—. Fue el frío del demonio.

¿Por qué lo hizo? La gente no saca conclusiones lógicas, y no está obligada a hacerlo; entonces tal vez sea superfluo por mi parte exagerar mi pregunta. Atribuyamos aquel día, todo aquel día, al poder de lo irracional, al misterio del espíritu. Se me ocurre ahora que hay algo revelador en lo que luego Dolly Frazer nos dijo a mí y a Motherwell. Habíamos llevado el cadáver de Lena a la funeraria, Dolly entró con otras matronas con la intención de lavar a Lena y ponerle un vestido negro limpio. Me dijo que me marchara, pero luego me agarró del brazo, calló un instante, y comentó:

—Fue la boda de Janey. Murió por eso. ¿Por qué vosotros, los hombres, no comprendéis a la gente pequeña? Os pavoneáis con frivolidad. Fue el amor, el anhelo de amor, lo que mató a esa criatura.

Insisto ahora en que fue un inútil acto de evasión. Insisto en que no fue obra del Diablo, no, abuelo, sea cual sea la idea que tienes de Satanás, aseguro que la oscuridad no puede tocar mentes tan dulces como las de Lena. Aseguro que lo hicieron los hombres, en este caso esas viejas que molestaron a Lena hasta el punto de hacerle creer que estaba tan sucia como decían que lo estaba Robby, y todos los mayores de la comunidad que usaron el crimen y el miedo de Robby para fomentar sus propios planes, olvidando o no teniendo en cuenta que Lena y Robby eran niños incapaces de conocer la diferencia entre lo que hacían y lo que se decía que hacían. Y

aseguro que si fue la boda, también pudo haber sido cualquier otra cosa lo que hizo que Lena sintiera que había perdido para siempre sus nobles sueños de amor y familia. El nacimiento de los corderos en primavera, un bautismo, incluso un beso público, podía haber provocado en Lena el anhelo de librarse de su degradación. ¿Parece esto como si estuviera disculpando a Germanicus, a Lazarus y a mí por maquinar nuestra solución a la enemistad —la boda— en vez de enfrentar abiertamente el hecho de que era, en Georgia del Sur, la gente con los mejores motivos la que podía realizar los peores actos? No es así. Soy consciente de lo que hicimos. Admito la culpa, pero no toda, sólo la que me corresponde.

Aquel día el dolor arrasó a Gaunttown, como un fuego, alimentado frenéticamente por el anhelo que horas antes había alegrado la aparente reconciliación de los Frazer y los Gaunt. Nuestros corazones estaban desgarrados. La irrevocabilidad de lo que había pasado nos atormentaba, Elephant Frazer quedó atónito; lo sé porque yo fui el primero en contarle lo que había pasado. Vi cómo apartaba el pelo congelado de la cara de Lena. No podía hablar, y no se limpió las lágrimas del rostro. La fiesta de bodas se vio consumida por el mismo dolor, con los asistentes que corrían a sus casas. Acompañé a Germanicus y a Jane a su cuarto nupcial en la posada que había detrás de EL KELPER. En el *pub*, la gente tomó en silencio. Al anochecer un grupo de Rose y sus primos se habían apoderado de EL KELPER, participando en un ebrio velatorio de Lena. Me contaron que en la taberna de los cazadores de focas, SOL DE NOCHE, se inició una reunión más violenta, en la que los hombres lanzaron terribles maldiciones contra la única cosa viva que de verdad creían había maldecido a Lena y, a través de Lena, a ellos mismos y a Georgia del Sur: Robby Oldmizzen.

Recuerdo que el cielo se despejó a la puesta del sol, un gris rosáceo sobre las cimas con enormes nubes sobre la cordillera de sílex, un espectáculo normalmente alegre desde el balcón de mis habitaciones en la Sala de la Asamblea. Había ido a casa agotado de correr desde la funeraria a la iglesia y a EL KELPER, tratando de encontrarle sentido a la tristeza. Recuerdo que no cené porque tenía la idea de que más tarde subiría hasta el campamento Frazer y comería con Abigail. La noche pasó con rapidez, y muy tarde aún estaba en mis habitaciones con Motherwell. Se nos habían unido Wild Drumrul, Otter Ransom y Peggs. No recuerdo que estuviera allí Christmas Muir. Discutimos de cosas sin importancia, como el hielo, los cachorros de *Iceberg*. A mi reloj le faltaba cuerda, y me dediqué torpemente a dársela. Fumamos el tabaco de Peggs, que había sido un regalo de bodas, un gran tesoro: tabaco negro y africano. ¿Qué hacía yo en aquel momento? Creo que estaba dando cuerda al reloj con una llave torcida, con dificultad ya que no conseguía que mis dedos funcionaran de forma adecuada. Temblaba. Qué delicado era.

Lazarus entró por la puerta. Di media vuelta y percibí que había problemas. No

tendría que haber estado allí tan tarde. No era su estilo. Me pidió que me sentara a su lado. Noté que Orlando el Negro y Violante estaban en el vestíbulo, del otro lado de la puerta. Hizo que me sentara.

—Han matado a Elephant Frazer —anunció.

—Lo sabía, lo sabía —dijo Peggs.

—Hace media hora, Elephant Frazer entró en el SOL DE NOCHE y le clavó un arpón a Christian Rose —dijo Lazarus—. Saul Rose se lo quitó y con él atravesó el corazón del viejo Frazer. Han sacado a Germanicus de la cama y lo han esposado. El Hospidar se ha declarado gobernador general. Escúchame. Kevin Gaunt y Toddy McHugh están abajo con diez Voluntarios. Tú y yo estamos arrestados por cobijar a un sospechoso de asesinato.

—Tranquilo, muchacho, repítelo —dijo Motherwell, de pie, alargando el brazo para levantar el arpón que había sobre la chimenea.

—¿Elephant Frazer está muerto? ¿Elephant Frazer mató a Christian Rose? —dije.

—No, el viejo Rose no está muerto —repuso Lazarus—. Dicen que Frazer le asestó un golpe para castrarlo. Davey Gaunt vino a buscarme a la escuela y le dijo a Vi que Frazer jamás fallaba un tiro, Kevin Gaunt pidió que tú y yo nos rindiéramos sin oponer resistencia. También os quieren a ti, sargento Motherwell, y a ti y a ti. — Señaló a Wild Drumrul y a Otter Ransom—. No han dicho nada de Orlando, supongo que tienen miedo a sus hombres, Gaunt no quiere más muertes. Y en esta ocasión estoy de acuerdo.

—Lazarus, ¿por qué lo hizo? —pregunté.

Estaba aturdido. Me llevé las manos a los oídos, pero no pude amortiguar la voz de mi cabeza. Lo supe en cuanto Lazarus dijo:

—Por Abbie. Oh, María y José, perdonadlos, perdonadlos.

Entonces lancé un grito, arqueé el cuerpo hacia atrás y me levanté del sillón con un aullido. Quizá hubiera hecho algo más si no fuera por Motherwell, que con destreza me dejó sin sentido con la culata del arpón. Golpeó para matar. Más tarde me dijo que me quería muerto pero que no pudo usar la punta, que estaba oxidada y se habría roto. Me había visto encajar la bala de Germanicus en Stanley y en realidad no se creía capaz de matarme. Lo intentó, en parte debido a lo que yo pudiera hacer, *berserker* entre los dominados por el pánico, en parte debido a que era un cazador y conocía la compasión para los mortalmente heridos. Su intención era salvarme.

Habían quemado el campamento Frazer. Hablo de una pandilla de una docena de muchachos hinchados de bebida y de los negros pensamientos de sus mayores. Habían tomado por asalto la casa principal del campamento, una casa de dos plantas construida con piedra y pino entre cabañas y corrales, y derribado la puerta, Robby, que era el único hombre en el campamento, los enfrentó. Por algún extraño giro, encontró momentáneamente la valentía que había perdido hacía largo tiempo en las Malvinas; pero cuando trataron de agarrarlo, exigiendo que justificara dónde había estado ese día, diciéndole mientras tanto que Lena estaba muerta, Robby se sintió



abrumado. Huyó al interior de la casa, despertando a los que estaban arriba, Abigail, Meg y Dorothy, las dos hermanas de Germanicus, ya estaban despiertas a causa de los ladridos de los perros, Dolly Frazer aún se hallaba con el cadáver de Lena y con las ancianas en el pueblo, Abigail se hizo cargo de la situación y bajó. Debió de haber consolado a Robby, llevándolo con ella al vestíbulo para rechazar la amenaza. Sobre esto los informes son incompletos. Siguió una discusión, y la orden de Abigail: «Largaos de inmediato antes de que vuelvan nuestros hombres». Los muchachos estaban dispuestos a huir, Robby comenzó a gritarles y fue a buscar un arpón. Hubo una lucha en los escalones principales, y Robby fue derribado. Los perros se pusieron a aullar. Se dice que luego fue Abigail quien primero disparó con una escopeta de cazador de focas, de doble cañón, cargada con perdigones, arrancando la cara de Ian Brackenbury e hiriendo a dos de los otros chicos, un Rose y un Lindfir. Los muchachos devolvieron los disparos mientras huían, una andanada a ciegas que hirió a Abigail. Ella no quedó muerta, quizá mortalmente herida, quizá sólo atontada.

Alguien tiró una antorcha, o quizá se había caído una antorcha en la pelea. Con ese viento, el fuego prende rápido en las maderas secas de una casa, Meg y Dorothy (Meg muy grávida de su marido, que se hallaba lejos en el norte) sacó a los niños más pequeños, entre ellos a mi Sam. Todos resultaron dañados por el humo, y tuvo que haber una gran histeria para que el trabajo de rescate resultara tan inepto. No se explicó por qué los muchachos que no habían sido heridos no volvieron para ayudar.

El número de víctimas fue insoportable: ocho de la casa Frazer muertos, incluyendo a cinco niños de menos de doce años: Gabe, Adam, Michael, Louise, Augustina, la cocinera, la criada y Abigail. Mi Sam no murió; fue ingresado en el hospital, donde Jane Gaunt no se movió de su lado, respirando por él cuando no podía hacer funcionar los pulmones obstruidos por el humo. Los muertos, incluyendo a Meg Frazer a la mañana siguiente, fueron enterrados dos días después en una ceremonia masiva, junto con Elephant Frazer, Ian Brackenbury y Lena Rose.

A los arrestados no se nos permitió asistir al funeral, una precaución del Hospidar que era crueldad lisa y llana. A Germanicus, a Lazarus y a mí nos pusieron en celdas separadas, Otter Ransom, Wild Drumrul y Motherwell estaban en la misma celda en el fuerte de los Voluntarios que rodea el faro en la bahía de Cumberland. Podíamos conversar por el suelo de la mazmorra, pero al principio no lo hicimos. La noche después del funeral Longfaeroe vino a cantar salmos. Yo aún me sentía débil por el golpe de Motherwell y por mi dolor, y escuché sin interés hasta que se detuvo delante de mi celda y cantó el salmo 19: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz...».

Me molestó la presencia de Longfaeroe. No parecía dolido por la pérdida de su hija y de dos de sus nietos. Su rostro era indescifrable; sus palabras, no. Cantó con

astucia. Puede que yo estuviera equivocado entonces, pero en su salmo oí la llamada a un héroe, a mí, para que se rebelara y se apoderara de Georgia del Sur: «Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; y éste, como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos; y nada hay que se esconda de su calor...».

También pensé entonces que quizá estuviera invocando a Germanicus. Yo no tenía paciencia para Longfaeroe, lo consideraba tan culpable como otros a los que podría nombrar. Nos visitó varias veces más durante la semana siguiente, para cantar y transmitirnos mensajes de Orlando el Negro y Dolly Frazer, ni una palabra de Jane, Germanicus no hablaba con él, y ésa era la única señal que mostraba de su furia, Germanicus me dijo que su padre querría que nos mantuviéramos serenos, que guardáramos nuestras fuerzas para cuando llegara el momento, Germanicus me parecía el mismo de antes: duro, fatalista, ingenioso, las cualidades que me habían atraído desde el principio en 2 de Diciembre. No había nada distinto. Lo nuevo era que se centraba en la venganza. Yo no podía ni quería oponerme, Lazarus no desaconsejaba el desquite violento; dejó claro que consideraba que el Hospidar nos tendría que juzgar, y que no deberíamos actuar de antemano.

Si soy impreciso con respecto a los acontecimientos que tuvieron lugar inmediatamente después del suicidio de Lena es porque jamás me contaron la historia completa, y también porque no quiero tratar de recordar con demasiada exactitud, por miedo a todo lo que he olvidado. Esto recuerdo: no les perdoné sus ofensas, y ellos no perdonaron las mías. Sé que ahora, tanto tiempo después, estando todos ellos rotos y muertos, debería perdonarlos; no puedo. No, eso no es correcto.

Veo ahora que el motivo por el que no pude perdonarlos era que no podía perdonarme a mí. Hubo vergüenza y deshonor para todos. No estoy seguro ahora de qué podría haberse hecho para detener la enemistad, como no he estado seguro de qué podía haberse hecho para redimir la enemistad de Peregrine. Me he esforzado por explicar las profundidades de los miedos, por qué esa pobre gente de Georgia del Sur pudo haber caído en un extremo tan, tan perverso. No puedo ser tan cruel como para repetir las disculpas por ellos. Sé que para odiar hace falta que nos enseñen. Ellos aprendieron de expertos brutales que operaban en el Atlántico bajo todas las banderas, en especial la Union Jack. Y esos bandidos temerarios que irrumpieron en el hogar de los Frazer, que también eran niños patéticos, aprendieron de sus padres y mayores a odiar lo que no podían entender, como a los bestias del campamento, como la mente dañada en el cuerpo deforme de Robby Oldmizzen. Miedo, odio, venganza, engaño, fueran los que fuesen los resentimientos que se acumularon en las familias de Georgia del Sur, no puede y no debería haber ninguna excusa final para lo que nos hicimos los unos a los otros sin piedad, Lena Rose murió por vergüenza, Elephant Frazer murió por venganza, Ian Brackenbury murió por odio, Abigail murió por engañarse a sí misma de que podía hacer frente a la oscuridad, Christian Rose duró

una semana, atormentado por la castración, y luego se quitó la propia vida una noche con un cuchillo que le proporcionó su hermano, Saul Rose, en presencia de sus dos hijos, que se mostraban de acuerdo, Dolly Frazer descendió a un duelo que era una tumba, Gaunttown se tambaleaba de espanto, Davey Gaunt, el hermano menor de Jane, retó a Horace Oates, un primo de los Rose, a una pelea con cuchillo por una cuestión de honor, lo hirió de gravedad, y fue encerrado con nosotros por intento de asesinato.

—No nos someterán a ningún juicio —dijo Davey mientras dábamos vueltas alrededor del patio del fuerte durante la hora de ejercicio diaria. Tenía informes de las facciones de Gaunttown que preocuparon a Germanicus y a Lazarus—. No nos pueden dejar en libertad. Ahora somos menos que bestias.

—Tú y yo y Motherwell somos Voluntarios, nos deben un juicio —aseguró Germanicus.

—Los Voluntarios están de parte del Hospidar —dijo Motherwell.

—Puede que tengas razón —intervino Lazarus—. Si Christian Rose estuviera vivo, él y Trip Gaunt quizá se hubieran podido enfrentar al Hospidar. Ahora las tres familias importantes involucradas en el asunto están desunidas. ¡Si tuviéramos ley! Pero ya no hay más ley que la del Hospidar. Hasta Brackenbury, por poco que hubiera servido, está disminuido por el crimen de su hijo. Creí que yo sería capaz de sacarnos de esta situación con palabras. Pero ahora ya no veo cómo puedo conseguir que dejéis la necesidad del ojo por ojo; ni siquiera los bestias luchan así.

—Está la verdad —aventuré. Sonó como un razonamiento metálico, afectado—. Yo soy el presidente de la Asamblea.

—Hubo una Asamblea, y tú fuiste su presidente mientras Elephant Frazer dijo que lo eras —corrigió Lazarus.

—Habrà justicia —aseguró Germanicus—. Lo que es correcto. Recuperaremos lo que nos han arrebatado. Lo que yo digo, cuando yo lo diga.

—¿Cuándo vas a entenderlos? —preguntó Lazarus—. Sin ley escrita, la verdad es lo que ellos dicen, ¡la justicia es lo que ellos hacen! Mi constitución es lo único que podría haber salvado a los Frazer, lo único que podría habernos salvado a nosotros y a esta isla.

—¿No es por voluntad del pueblo que nos encontramos aquí? —pregunté.

—No, Grim —contestó Lazarus—. Las ovejas siguen a los tontos, y a los lobos disfrazados, a veces incluso a los lobos. Tenemos una pequeña posibilidad. Quizá el Hospidar no sea capaz de desenredar este lío. No puede dejarnos aislados, y no puede fusilarnos sin un juicio. Quizá se equivoque y nos dé una oportunidad de hablar en nuestra defensa.

—Tendremos nuestro momento —dijo Germanicus— y no para hablar.

Hubo un juicio. Fue para Robby Oldmizzen. El Hospidar fue más inteligente que todos nosotros, incluso que Lazarus, que había visto el fin pero no los medios. El pueblo, la garantía mística de Lazarus, no fue invitado. Los jueces, el jurado y los

fiscales fueron las mismas personas, y el Hospidar tuvo cuidado de estar presente sin tener voz en el proceso, Robby fue obligado a estar de pie durante todo el juicio con su uniforme de Voluntario, un honor que era una crueldad porque jamás había podido mantener bien el equilibrio con el lado tullido, y porque tampoco se había curado de la herida de escopeta que había recibido en el campamento Frazer ni de la paliza que le habían dado cuando lo persiguieron por el alto páramo después del incendio, Longfaeroe actuó como el consejero defensor de Robby, y fue gracias a él que nos enteramos de los detalles, Longfaeroe instó a Robby a contar la verdad, a obedecer a sus oficiales superiores y a confiar en el Todopoderoso, Robby no reconoció nada del ataque original a Lena, el apuñalamiento y la violación. No podía recordar que hubiera sido atacada, dijo saber que le había pasado algo malo, y que esa era la causa por la que lo mantenían apartado de ella. El momento crucial llegó cuando le pidieron que contara dónde había estado el día de la boda. No le dijeron dónde había muerto Lena, Robby lloró al pensar en la muerte de Lena, y dijo: «Estaba en la casa de Dios». No reconoció que hubiera estado en el muelle. Nadie lo había visto allí. No llamaron al viejo cazador de focas, Petey, que según me había contado Christmas Muir había visto a Lena meterse en el agua, Robby no pudo recordar cómo había llegado a la iglesia —si eso es lo que quería dar a entender con la «casa de Dios»— o a dónde había ido después. Cuando le preguntaron por qué había huido del campamento Frazer si era inocente, dijo que creía que le iban a echar la culpa del fuego. Le preguntaron si había iniciado el incendio, Robby contestó: «Lo hizo el diablo».

Por lo tanto, Robby Oldmizzen fue encontrado culpable de violar a Lena Rose y de ahogar a Lena Rose. También se lo encontró culpable de incendiar el campamento Frazer y de matar a nueve personas más. Se lo sentenció a morir ante un pelotón de fusilamiento debido a que aún era un Voluntario.

—Brillantes en su estilo determinista —dijo Lazarus después de que Longfaeroe hubiera venido a informarnos. Dio la impresión de que admiraba al Hospidar. Lo critiqué por eso entonces, y aún lo critico.

—No tienen vergüenza —dije—. Estoy de acuerdo con Germanicus. Ya ha pasado el momento de hablar.

—Es la voluntad del Todopoderoso. Aceptadla —dijo Longfaeroe, Lazarus soltó un bufido y suspiró, Longfaeroe prosiguió—: Escucha las palabras de la cautiva Sión, Grim: «Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajenjo y de la hiel; lo tendré aún en memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí; esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré. Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad». Y escúchame, Grim, «Porque el Señor no desecha para siempre; antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres». Tú, Grim, sabes lo que digo. Éste es el tiempo de los afligidos y los

pacientes. Es tu tiempo.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté exasperado. Consideraba las palabras de Longfaeroe magníficas y apremiantes. Las palabras de la Biblia (y también las de Beowulf) son el único arte que he tenido en mi vida. Me dan gran consuelo, pero también me confunden. Ésa era mi situación allí ante la cita de Longfaeroe, que ahora sé que fue extraída del Libro de las Lamentaciones: Sión en el exilio la desgracia. Me sentía frustrado por el poder de la poesía para hacerme reaccionar, para hacerme sentir reconciliado con la historia, hasta cuando era atroz. Junté todo mi dolor y desafié a Longfaeroe con los detalles del crimen desprovistos de metáforas—. Ahora nada de David, reverendo, estamos en la guarida del león. ¡Y Abigail está muerta! ¡Asesinada junto con Adam y Gabe! Robby no estuvo en la iglesia. ¡Jamás! ¡No tienen pruebas! ¿De verdad crees que es la voluntad de Dios que una mentira deba enterrar a Abigail? ¿De verdad crees, ¡tú!, no Dios ni nadie más, ¡tú!, que Robby mató a Lena? ¿Y que provocó el incendio?

—Abigail se ha ido al lado de un padre sublime —dijo Longfaeroe, tratando de ser el hombre frío que no era; pues su frialdad tapaba su miedo a enfrentarse a los inexplicables accidentes que le habían arrebatado a su mujer, a dos hijas, a dos nietos y estaban a punto de quitarle la dignidad si insistía en justificar la muerte del inocente Robby. Siento compasión por él ahora, no la sentí entonces cuando prosiguió—: Abigail era una criatura obstinada, pecó al blandir esa escopeta. Creo que el Todopoderoso tiene un propósito para lo que ha hecho el pequeño Robby. Tú eres ese propósito, Grim Fiddle.

—¿Oyes lo que dice, Grim? Dice sublime —intervino Lazarus.

—Grim está conmigo —dijo Germanicus.

—Lucha contra el Hospidar —dijo Motherwell.

—Mata a los Rose —dijo Davey Gaunt.

Wild Drumrul y Otter Ransom hicieron un gesto de aprobación.

—¡Me estáis imponiendo vuestros deseos! —exploté. Los miré, me miré, dije—: ¡Grim Fiddle está con Grim Fiddle!

Al día siguiente llevaron a nuestra mazmorra a Robby Oldmizzen. Nos entregaron nuestros uniformes de Voluntarios, excepto a Lazarus. Esperábamos lo peor. Durante las comidas intentamos consolar a Robby, y nos vimos arrastrados por sus cambios alternativos de histeria a apatía, Robby tenía momentos de lucidez. Me suplicó que le perdonara lo de Abigail. Yo no quise oírlo, esperé que olvidara el tema. Pero luego, durante la cena de la noche anterior a la ejecución prevista, intentó darme su comida. Dijo que sí, que había matado a Abigail, que había matado a Lena. Le dije que se callara, Germanicus y Lazarus nos observaban sin compasión en la mirada. Le dije a Robby que era inocente, Robby contestó preguntando por qué había huido del fuego si era inocente. Lo habían envuelto en sus mentiras, y era el único consuelo que él tenía, así que se refugiaba en ellas, Robby se postró ante mí, aferrándose a mis botas;

traté de levantarlo. A través de las lágrimas dijo:

—Ella le dijo a Rob que fuera a buscar a los niños, señor. Dijo, pobre Rob, busca a los niños y avísale a Grim. Yo tuve miedo, señor. No pude hacerlo. El Diablo estaba allí. El Diablo asustó a Rob para que huyera. Las llamas eran como el Infierno. Y esa horquilla que me pinchaba, aquí, mira, éstos son agujeros hechos por esa horquilla.

—¿Qué te pidió que me dijeras? —pregunté.

Respondió que no podía recordar. Dijo que el «Diablo» había matado a Abigail y a los niños.

La ejecución se retrasó tres días más. Veo ahora que el Hospidar quería que nos desgastara la condición en que se hallaba Robby. Así pareció funcionar. La tristeza que se había apoderado de Germanicus también me afectó a mí. Sin embargo, no era la oscuridad del *berserker*, sino una especie de opresión en el pecho, una dificultad para respirar bien. La muerte de Abigail se tornó peor para mí a medida que se alejaba en la historia. Y tener que contemplar las fantasías de Robby fue una dura prueba. No había ninguna lección que aprender de todo eso; era la nada de todos los finales, Germanicus, Lazarus y yo nos separamos. Cuando nos hicieron marchar fuera aquella mañana fría de noviembre, nosotros, los condenados, estábamos divididos por la ira y el miedo. No obstante, nuestros enemigos habían subestimado lo que pueden hacer los hombres cuando se ven enfrentados a la oscuridad y con cuentas que ajustar. Yo no esperaba un mundo mejor después de la muerte, ni al «padre sublime» de Longfaeroe. Esperaba a Peregrine y al abuelo, y a Abigail, y tendría algunos sueños nobles que contarles, y cómo su Grim había pisoteado la sabiduría que su abuelo había expresado en el momento de su nacimiento: «¡Hijo mío, teme al Señor y enriquece tu espíritu, pero no tengas nada que ver con los hombres de posición!».

El presidente de la Asamblea de Gaunttown estaba en el patio frente al gobernador general de Georgia del Sur. El Hospidar era ancho, de ojos azules, melena canosa, una piedra baja de ojos carnívoros y lengua afilada. Yo lo dominaba con mi estatura; él me miraba con condescendencia. Llevaron a Robby hasta el muro del patio, Saul Rose, entonces coronel al mando de los Voluntarios, leyó los cargos y la sentencia del tribunal militar. Yo aparté la mirada. Oí las oraciones de Longfaeroe, las órdenes de prepararse, la descarga. Entonces me pregunté para qué Germanicus, Samson y yo habíamos salvado a Robby en 2 de Diciembre. ¿Para esto, para otra descarga de fuego, esta vez de su propio pueblo? Entonces pensé qué terrible riesgo es intervenir en el destino de otro, cuán retorcidos pueden ser los resultados. Pienso ahora, penitente curioso, que la decencia siempre vale el riesgo, no importa cuales sean los resultados.

Saul Rose se me acercó, me ofreció su pistola, por la culata, y me ordenó disparar el tiro de gracia.

No respondí. Se lo pidió a Germanicus.

—No, por Rob no dispararía —dijo Germanicus.

—¿Y quién ofrecerá una pistola para dispararte en la cabeza cuando llegue el

momento? —preguntó Lazarus.

Saul Rose sonrió, ofreció el arma a Motherwell, a Otter Ransom y a Wild Drumrul, ninguno de los cuales respondió, Burl Lindfir hizo el trabajo. —Sois culpables de insubordinación en tiempos de guerra —declaró Saul Rose, y en ese momento se volvió para mirar a Germanicus y añadió con brutalidad, dirigiéndose al hombre a cuyo padre había clavado un arpón—, y también de cobardía. —El Hospidar finalmente había conseguido eludir la tradición de un juicio; ahora se nos podía fusilar en el acto, Saul Rose prosiguió—: Encomiendo vuestro destino a mi gobernador general.

El Hospidar se nos acercó, inspeccionando nuestras caras, y yo también lo estudié mientras caminaba delante de nosotros con pasos cortos. No parecía decidido. Se me ocurrió que quizá no sabía qué iba a hacer con nosotros. Vi el peso de su cargo, la tensión de su ambición ejercida durante tanto tiempo, y comprendí que era tan agotadora para él como lo era para nosotros nuestra división. Lo tomé como una lección; como predicaba Lazarus, no era posible, o deseable, gobernar con inocencia. En el mes transcurrido desde nuestro arresto y su encumbramiento a déspota, el Hospidar se había agotado, vacilaba. Sé que esto puede parecer simple, pero comprendí entonces, y todavía lo creo ahora, que él nos temía más a nosotros que nosotros a él. Y a pesar de la convicción de Lazarus de que no había otra ley o justicia en Georgia del Sur que no fueran las del Hospidar, afirmo ahora que había una verdad en lo que había pasado, en lo que Germanicus, Lazarus y yo representábamos, que frenó la mano del Hospidar: la verdad se puede manchar, se puede enterrar, pero quizá no se pueda borrar.

—Pensáis que soy la famosa serpiente, ¿eh, muchachos? —comenzó—. Vamos, preguntadme, ¿qué se podía hacer? Ese chico tonto corrió el riesgo, recibió el castigo. Maldita sea esta isla si estaba dispuesto a dejarlo en libertad, el asesino de Lena sin identificar. Ahora asumo yo el riesgo, yo y los míos y, sí, director de escuela, recibiremos el castigo si es necesario. ¿Quién sabe qué vendrá ahora que el hielo ha desaparecido? ¿Tú, Germanicus Frazer? ¿Lo sabía tu padre? Sí, era un hombre valiente. No le quito eso. ¡Pero ahora culpadlo! Nos dejó, nos olvidó, se dejó llevar por el encono como un hombre y no como un gobernador general. No digo que yo hubiera actuado de manera diferente. Le ocurrió a él. Yo debo ser más osado, y debo juzgar a los débiles, como no hizo Frazer. Yo debo oír los cargos que se me imputen, como no hizo Frazer. Y vosotros también, muchachos. Si os dejara libres, me mataríais o pereceríais en el intento. Tú, Germanicus Frazer, ahora cabeza de tu clan, me arrancarías las entrañas, y a Saul Rose antes que a mí. Tú, director de escuela, divulgarías tus mentiras de nuevo entre las mujeres, apartando al marido de la mujer, al hijo de la novia. ¿Dónde podríais estar libres en esta isla? ¿En Shagrock con los negros, o en el Cabo? No, pues ellos no os quieren allí. ¿Con los bestias? No, pues ellos no os quieren como nosotros no los queremos a ellos. Y tú, Grim Fiddle, el hombre más duro que jamás vi en una pelea, que ni diez de mis hombres podrían

estar a tu altura. ¿Cómo darte la espalda, menos aún con los tuyos a tu lado? Por Dios, Grim Fiddle, tú eres al que más culpo, porque tú reclamabas mi puesto. ¿Acaso estás capacitado para él? ¿Hiciste algo cuando pidieron al violador de Lena? ¿Hiciste algo cuando se te ordenó acabar con el chico tonto? Eso era, un tonto y un asesino. ¡No hiciste nada! Pensaste en tus propias costumbres, y no en las de la isla. Tú no eres un hombre para este puesto. Yo soy más fuerte que tú, porque estoy dispuesto a hacer lo necesario para mantenerme en él, dar lo necesario cuando me lo piden. Y digo que tengo razón porque he sido audaz y tú estás equivocado pues no has sido audaz.

Intenté hablar, un arrepentimiento vacilante, pues tomé sus palabras en serio; no eran verdad, pero tampoco mentiras.

—Guarda tu lengua —gritó él—. Te castigaría por atreverte a juzgarme. No lo haré ahora. No serviría para nada. Eres culpable de negarle a esta isla su derecho. Mi intención era ofreceros una elección. Ese paredón o vuestra partida. No habrá elección. ¡Vuestros negros corazones pudrirían lo que habéis tocado, vivo o muerto! Mi veredicto es que tú y los tuyos, y todo hombre o mujer que no os repudie, sean expulsados de Georgia del Sur. Mis últimas palabras. ¡Malditos seáis!

¿Qué saco de todo esto? Me permito ahora, tanto tiempo después, contestar con humor: la comedia humana que contiene. De a dos nos hicieron marchar a bordo del *Rey Jacobo*, a mis amigos y a mis perros, y a más, incluyendo a los Zulema y a otros bestias que representaban una amenaza para el Hospidar. Supongo que el hecho de que se nos concediera el *Rey Jacobo* puede parecer un acto de misericordia; no lo fue, ya que ningún hombre de Georgia del Sur se habría atrevido a desafiar la superstición de navegar en la goleta Frazer. El Hospidar había acusado a Germanicus de dividir a las familias; él lo superó: separó al hijo del padre, a la hija de la madre. Los Frazer y sus primos fueron divididos con un cuchillo; aquellos que no hablaron abiertamente contra Elephant Frazer y Germanicus fueron sentenciados al exilio. Los viejos cazadores de focas también tuvieron que pasar la prueba; Christmas Muir y Peggs fueron señalados junto con muchos de sus tercios camaradas, Ugly Leghorn y Ensign Ewart. También los inadaptados y los delincuentes de Gaunttown que no tenían lazos familiares fueron agrupados con nosotros: ladrones, acaparadores, borrachos, cazadores furtivos de ovejas, incluso los holgazanes y los codiciosos. Recibimos a algunas de las viejas y a dos de los chicos salvajes que habían estado entre la turba en el campamento Frazer. Lo más sorprendente —no para mí sino para el Hospidar— fueron aquellos que se ofrecieron voluntariamente a venir con nosotros aunque no se los obligó a pasar la prueba de fidelidad: Longfaeroe, sin pronunciar una sola palabra amarga, diciendo que pretendía seguir a Grim Fiddle a la «gloria», y Annabel Donne y su hermano, ella una comadrona y viuda de un habitante de las Malvinas que estaba enamorada de Longfaeroe; y el hermano de Jane Gaunt, Davey, que dijo que serviría a la misma muerte antes que a los verdugos de Robby; y el hosco segundo marido de



Meg Frazer, Medio-Rojo Harrah (una pérdida para los Voluntarios, ya que era uno de los mejores cazadores de ballenas de la isla). El *Rey Jacobo* se llenó hasta rebosar, y un segundo barco para la caza de focas, el *Paquebote Candelaria*, fue atiborrado de bestias e indigentes, capitaneado por Sean Malody, un mestizo malvinense enemistado con los Brackenbury. En total, Georgia del Sur se limpió, Georgia del Sur se manchó.

Para mí lo peor fue Orlando el Negro. Vino a vernos a Lazarus y a mí a nuestras celdas para confesar que había hablado mal de mí y de los Frazer, que había suplicado al Hospidar que le permitiera seguir siendo comandante de Shagrock. Dijo que se había humillado ante el Hospidar con un objetivo: proteger a su familia. Dijo que esperaba que entendiéramos y que le perdonáramos pero, si no fuera así, no cambiaría de rumbo. No lloró ante Lazarus, su hermano, y Lazarus siguió sentado con cara inexpresiva. Luego hablamos de mi Sam, quien jamás habría sobrevivido a un viaje por mar. Tomamos una rápida decisión. ¿Me equivoqué? No puedo detenerme aquí. Orlando el Negro me aferró la mano. Era un hombre tranquilo, sensato, nada teatral. Por carácter aceptaba lo que le daban y lo aprovechaba al máximo; no aspiraba a nada más que lo que recibía. Me apretó la mano y dijo:

—Uno de nosotros se queda aquí. Ninguno de ellos me sobrevivirá. Se han deshecho de los Frazer. Ahora tienen a los Rose y a los Lindfir. No me olvidéis. Id con Dios. Yo tendré a Sam. Él sabrá. Vivirá y sabrá. Lo juro.

¿Por qué insisto en la comedia humana? Fue la poesía. Allí estábamos, hombres y mujeres que habíamos sido abandonados por el siglo veinte y que, debido a la masacre de los mansos, estábamos condenados como algunas de las primeras víctimas del siglo veintiuno; y, sin embargo, luchábamos con problemas planteados por los griegos veinticinco siglos antes en islas bañadas por un tipo de caldero profundamente distinto del mar del Scotia. Los problemas tienen nombres: tiranía y democracia, despotismo y draconismo, tragedia y comedia. Son palabras griegas. Repito lo que me dijo Israel, que los griegos consideraban más profunda la comedia que la tragedia. Lo dijo Aristóteles. La humanidad lo demostró. La tragedia era historia. La comedia era arte. La comedia podía humillar a los dioses. Me han contado que los griegos se reían con las obras sobre tiranos, pensaban que era hilarante cuando un mendigo pedía justicia y recibía una bofetada por su insolencia. Esos griegos debían de tener mentes fuertes y estómagos aún más fuertes. He reído ante el caos, he sonreído ante los crímenes; no es la clase de humor que me llena de alegría.

En una ocasión compartí la opinión de Israel con Longfaeroe, que asintió, luego sacudió la cabeza, no en muestra de desacuerdo, sino para dar vueltas a la idea en la mente. Más tarde, Jane me contó que Longfaeroe había predicado el sermón más extraño, usando como texto el tercer libro del Génesis, la tentación y la caída de Adán y Eva, Longfaeroe había dicho a su congregación que cuando Jehová castigó al hombre por su orgullo desterrando a Adán y a Eva de su isla jardín y condenándolos

a ser esclavos y perecer en el exilio, había creado la primera comedia sacada de la historia trágica, Longfaeroe añadió que Jehová había subrayado su mañoso juicio cargando y maldiciendo a Adán y a Eva con el conocimiento de todos los opuestos: hombre y mujer, amor y odio, bien y mal, comedia y tragedia. Jane había comentado que sabía qué se le había metido en la cabeza a Longfaeroe, y me preguntó si yo entendía algo. Entonces suspiré, como suspiro ahora. Si Israel tenía razón acerca de los griegos, si Longfaeroe tenía razón acerca del Edén, ¿dónde está el progreso?

La parte de la comedia más difícil para mí vino el día de la partida. Estaba en el alcázar del *Rey Jacobo* observando las dolorosas escenas en los muelles, las familias atormentadas; jamás el sabor de la guerra civil había sido tan fuerte, mientras flotaba en el aire el olor del mar y la melancolía insoluble. No me reí. El joven Grim Fiddle no tenía el estómago que tuvo después, que tiene ahora. Si es que había comedia, aquel día faltó el humor. También hubo una revelación. De pie allí, viendo cómo Jane Gaunt se despedía de la madre con un beso, sin lágrimas, con ira en los ojos, el odio mezclado con un remordimiento imposible, comprendí por fin qué era lo que los que íbamos en el *Angel de la Muerte* habíamos descubierto en el Báltico, en el mar del Norte, en el Atlántico. Comprendí que era así como había empezado la atrocidad en todos los puertos, en todos los archipiélagos, en todos los continentes. La catástrofe y el miedo y los enconos habían entregado a pueblos que ya no podían vivir juntos. La solución, podrían decir los sofistas, es aprender a vivir juntos. Yo digo que eso es ser exageradamente optimistas, una idea que merece la pena pero que no es rigurosa, porque hay veces y lugares en los que resulta imposible. Aquel día, en Georgia del Sur, comprendí que el Hospidar era fuerte y audaz y que tenía razón. No podía permitirnos a mí y a los míos quedarnos en Georgia del Sur. Había que enviarnos a otra parte. Comprendí la claridad del asunto. Comprendí de inmediato lo que es tener razón y lo que es estar equivocado. Comprendí el riesgo y el castigo, porque, mientras yo y los míos éramos libres de intentar no ser consumidos por el odio, el Hospidar y su gente siempre cargarían con el peso de su crueldad hacia nosotros. Para nosotros, el Hospidar era un monstruo, pero ¿no era también una víctima? Para su pueblo, el Hospidar era un salvador, pero ¿nuestro recuerdo, nuestros fantasmas, no harían llegar maldiciones generación tras generación? Levamos anclas y pusimos rumbo al nordeste, hacia África. ¿Quién les quitaría alguna vez nuestro peso en aquella costa? Y una cosa más que comprendí aquel día. Vi lo que era convertirse en lo que éramos, las velas hinchadas, las proas enfiladas hacia el amanecer: nuevos miembros de la flota de los malditos.

## MI ALBATROS

Debo hacer una pausa para mi Sam. Andará por encima de los treinta años, mayor que yo cuando lo dejé. No puedo saber si sobrevivió al fuego y al abandono. Me agrada suponer que sí. Tenía pelo rojo al nacer, y ojos castaños, iguales que los de Abigail. Lo que pude saber de cuanto tenía de Grim Fiddle lo determiné comparándolo con Gabe y Adam, los dos hijos de Abigail con Samson. Mi Sam era de extremidades más largas, no delgado, más grueso, con orejas en forma de corazón. Ésas eran las orejas de Peregrine. Y esa mata de pelo rojo... supongo que Sam la había heredado de Jane, la madre de Peregrine. Casi tenía dos años la última vez que lo vi, el día anterior a la boda de Germanicus. Era grande, agresivo, corría tanto como caminaba, tenía un vocabulario que era una extraña mezcla: inglés-escocés, sueco y unas pocas palabras hebreas que había introducido Longfaeroe cuando visitaba el campamento Frazer sabiendo que Abigail estaba en el pueblo visitándome a mí. Debería tener más detalles de él, y que no los tenga indica qué padre descuidado fui: casi siempre en la Sala de la Asamblea, o amargándome con Germanicus, o paseando por el alto brezal con Christmas Muir y Wild Drumrul. En ese tiempo justificaba mis ausencias pensando que eran provocadas por la tensa relación entre Abigail y yo; me decía que sería un padre mejor en cuanto Abigail se casara conmigo. Era un engaño. Por consiguiente, no resulta creíble que Sam, si vivió, tenga mucho recuerdo de mí. Tendrá las historias de Dolly Frazer, si vivió, sobre Abigail y los Frazer; y tendrá las historias de Orlando el Negro, si vivió, sobre América, Suecia y las Malvinas. Como mucho, tendrá piezas del rompecabezas de su padre, no las suficientes para entender por qué lo abandoné a su suerte. Sí lo abandoné, y ningún argumento, por imaginativo que sea, quitará mi vergüenza. Si pudiera hablar con él, quizá conseguiría explicárselo. Pero eso es imposible. He aquí esta obra de confesión; si pudiera hacérsela llegar... pero ni siquiera yo puedo conocer su final. Existe una esperanza. No es racional. La registro por consuelo. Así como yo heredé algo de la magia de Lamba, tal vez Sam heredó algún sentido extraordinario. Quizá mi fantasma, en ese sentido, pueda buscarlo y susurrarle algo. O quizá Sam pueda ver en el pasado, separar la historia del mito, y saber lo que yo fui y lo que él debería ser. Y una cosa más, aunque debería vacilar en mencionarla porque parece descabellada, desesperada. No la eludiré, pues esa cosa se volvió crucial para mi propia historia mientras el *Rey Jacobo* y el *Paquebote Candelaria* navegaban con los vientos del oeste hacia el cabo de Buena Esperanza. Mi Sam, si alguna vez lees esta confesión, que es más para ti que para cualquier otro ser humano que pueda nombrar, ¿será posible que también tú una vez hayas conversado con un albatros pálido capaz de danzar en las gélidas y grises ráfagas de viento?

Marchábamos despacio bajo gavia entre fragmentos de témpanos de hielo, con el

*Paquebote Candelaria* bien lejos por popa, el segundo o tercer día desde la salida de Gaunttown, Germanicus era un capitán capaz, y se esforzó por organizar a la tripulación y a los pasajeros de inmediato (con Motherwell al mando de nuestros Voluntarios) para que las condiciones en la bodega fueran tolerables y el racionamiento sensato. Calculamos que teníamos comida y agua para llegar al océano Pacífico. Suponíamos que podríamos explorar África para realizar una recalada, y si éramos rechazados podíamos poner rumbo a Australia. Si también eso fallaba, carecíamos de un plan mejor. Encomendamos nuestro destino al viento y a la corriente. El *Rey Jacobo* era una goleta robusta construida para una tripulación de veinticuatro personas; a bordo teníamos a más de ciento cincuenta, contando a los niños.

El clima se presentó amenazador por el noroeste, el océano pasó de verde a un gris pizarra, e intercambiamos señales con el *Paquebote Candelaria* para que se preparara para un mar pesado. Teníamos radios de barco a barco; llevábamos un receptor para las ondas de radio internacionales. La tormenta que se acercaba nos preocupó todo el día, pero pareció detenerse, Germanicus vino a verme al alcázar para informar que todo estaba listo. Parecía decidido y muy, muy cansado; nuestro encarcelamiento, y su fracaso en vengar a su padre, habían desgastado su orgullo, Germanicus no era un hombre complicado; reconocía una dirección, hacia adelante, y no le gustaba la ironía. Entonces me sorprendió, pues allí de pie, los brazos cruzados, habló con voz ronca y tono de derrota:

—No aguantaremos esa embestida de viento. Quiero que lo sepas, Janey me ha insistido en que nos reconciliemos, tú y yo. No he sido un buen amigo. Tú has sido un hermano tan leal como puede tener un hombre.

No sabía qué era lo que lo preocupaba, le ofrecí comprensión y disculpas por mi egoísmo desde la ejecución de Robby.

—Escúchame. Nunca llegará el día en que culpe a un hombre por seguir su propio camino. Por Dios, es probable que todos estemos ahogados antes de la medianoche. Quiero que recibas mis disculpas. Te he ocultado algo importante. Tuve motivos para hacerlo. Temí que nos dejaras cuando no podríamos haberlo soportado. Escúchame, no era mi intención ocultártelo. Seré claro. Cuando desembarqué en las Malvinas hace dos años, atravesé el Estrecho y paré en tu Mead's Kiss.

—¿Había alguna tumba? —pregunté.

—Ni hombre ni bestia ni tumba. Había una señal, una gran piedra como señal, con palabras. Ponía «Fiddle», y una fecha. Verano del noventa y ocho.

Me aparté de Germanicus y me acerqué a la barandilla. Me quedé allí toda la noche, con la vieja *Iceberg* como incondicional niñera, mientras esa tormenta se abría sobre nosotros, mares encrespados y vientos aullantes. Lo había visto antes, a bordo del *Ángel de la Muerte*, y no me conmovió. Germanicus y Medio-Rojo Harrah gritaron, treparon y se arriesgaron, hicieron todo lo que los hombres pueden hacer ante la naturaleza desencadenada; y entonces supe que no habría importado si Dios

no nos hubiera perdonado. Esa tormenta era una repetición para mí, una tempestad que presagiaba otra temporada en el desierto, y cuando dos días después amainó un poco, me di cuenta de que la tempestad que llevaba dentro desde hacía seis años era lo que me volvía indiferente a esa embestida. El propio Grim Fiddle era un torbellino. ¿Por qué era incapaz de establecer un rumbo? ¿Por qué esperaba a que los hombres y las catástrofes me guiaran? Yo era el indiscutido comandante de esa flotilla de barcos descartados. Sabía que esa gente me obedecería, por derecho y por elección. Yo había reconocido que el Hospidar tenía razón, que había tomado el control y luego se había centrado en la conducta correcta. ¿Por qué yo no podía hacer lo mismo? ¿Qué otra obligación necesitaba aparte de la que el abuelo había establecido para mí en aquella señal cuatro años antes, dos años después de que yo lo dejara en Mead's Kiss?

La tormenta amainó. Violante me trajo comida al alcázar. Dijo que Lazarus estaba muy mareado allá abajo, al igual que muchos. Me preguntó qué posibilidades teníamos de llegar a África o a Australia si una tormenta a sólo unos días de Gaunttown casi había acabado con nosotros. No le contesté. Mujer rápida, desafiante, que hablaba un inglés con mucho acento, exigía atención.

—Si tienes miedo —dijo—, guárdatelo para ti. Hay muchos que tienen miedo. A ti no te está permitido el miedo ni la ira ni, como a Lazarus, las disculpas. Sé valiente, por nosotros, no por ti. Si yo fuera un hombre, tomaría tu lugar. Sería valiente.

Me quedé ante la barandilla. Violante me había clavado allí. Tenía miedo y estaba furioso y lleno de disculpas. Y no parecía importar que lo admitiera. Eso todavía me impedía tomar el mando. No había visto otra cosa que cambios de rumbo, fracasos, esperanzas abandonadas, atrocidades humanas... ¿y qué había importado que los hombres o las mujeres fuesen valientes o cobardes o indiferentes? No hagas nada y perecerás; lucha como una manada de lobos y perecerás. Una vez me había preguntado cuándo debería levantarme y luchar. Luego me levanté y luché, y todo había terminado en eso, otra derrota, más ambigüedad. Podía echarle la culpa a mi suerte, o a la oscuridad, o a mi propia oscuridad —esos primeros años en blanco en Georgia del Sur—, mas ningún descubrimiento de un defecto podía liberarme. Si había nacido con un objetivo, lo desconocía y lo temía por igual. ¡Voces! ¿Si oía voces cuando dormía? Las oía constantemente, y no tenían nada de sentido. Necesitaba un intérprete.

Germanicus y su tripulación se mantuvieron apartados de mí, Longfaeroe intentó acercárame e *Iceberg* lo alejó con los gruñidos. Permanecí allí durante varios días después de la tormenta, hablando conmigo mismo, maldiciendo el cielo y al Señor del abuelo, burlándome de las nubes de tormenta que nos seguían. No puedo hacer una narración detallada de lo que pasaba en mi mente. Tengo este recuerdo. Lo registro sabiendo que será una explicación insuficiente de mi conducta futura. Es lo que tengo.

De ese cielo remolineante y gris, de las bandadas de petreles y albatros errantes, salió un único y pálido albatros que me llamó la atención. Sabía lo que Germanicus

me había contado del albatros errante cuando les espiábamos los nidos en nuestras caminatas por Georgia del Sur. Para los cazadores de focas, están cargados de superstición, y creo que Germanicus me contó la ciencia de ellos como otra manera de ejemplificar la diferencia entre las palabras de los cazadores de focas y las palabras comunes. El albatros va a tierra una sola vez al año, para poner huevos; el resto de su vida lo dedica a dar vueltas por el océano austral solo o en bandadas. Parece un animal creado por Dios para una única cosa, un vuelo magnífico en todos los climas, ora deslizándose sobre las olas, ora subiendo y volando en círculos, casi nunca necesitando batir las alas mientras se ladea para aquí o para allá y utiliza una ráfaga de viento para elevarse. Parece un señor del océano del aire. El pico estrecho es rosa, el torso robusto es blanco, las alas largas son negras con plumas grises, las patas membranosas se mantienen plegadas excepto cuando desciende al agua para pescar. Más aún, el albatros errante no parece de este mundo, y bien es un refugiado de otro tipo de creación o bien una criatura verdaderamente libre que debería compadecerse de nosotros, hombres tambaleantes y sin gracia.

Ese albatros pálido en particular pasó sobre el *Paquebote Candelaria*, rozando casi el bao después de los estragos de la tormenta, y luego bajó en línea recta sobre las crestas de las olas hacia donde yo estaba, delante de la barandilla, viró hacia arriba plegando un ala y describió un círculo y descendió de nuevo hacia mí, flotando, navegando. El ave repitió la limpia maniobra varias veces, añadiéndole innovaciones, como un giro rápido sobre las olas pequeñas. Observé toda la actuación y poco a poco, como pude, recordé otro tipo de actuación —también una danza— que había mirado desde lejos hacía mucho tiempo. Acelerando, girando y deslizándose, el albatros pareció mágico. *Iceberg* levantó las orejas, pero no en alerta, sino complacida. Yo me reí, me sobresalté, volví a reír y luego grité al pájaro cuando lo tuve delante, quizá a unos tres metros por debajo de la altura de los ojos.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Tú sabes quién soy —contestó el albatros con voz de mujer. No me disculpo por esto. Ese pájaro me habló.

—Me recuerdas a la sibila —dije.

—Soy lo que tú quieras que sea —explicó.

—Si eres la sibila, yo mismo me di cuenta. Lo adiviné. El reverendo Longfaeroe ayudó, pero lo hice yo. Lo adiviné hace mucho tiempo. Intenté contárselo a Israel. El abuelo no hablaba de ti. Dijo que eras una bruja, Abigail me creyó. Dijo que eras fría y cruel, y que temías al abuelo. ¿Tengo razón? Tú me golpeaste en la cabeza en la fiesta de Ojos Astutos. Lo sé. Eres Lamba Fiddle. Eres mi madre.

—Una madre muy decepcionada —dijo.

—Peregrine está muerto. El abuelo probablemente también esté muerto. Y Cleopatra y Abigail, ¿sabes de ellas, y de Sam?

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy tu hijo, Grim Fiddle.

—No eres hijo mío. Mi hijo tenía un nombre verdadero —repuso.

—¿Te refieres a aquellas palabras sobre Skallagrim Destructor del Hielo?

—¿Sí? Destructor del Hielo, Tallador de Runas, Hombre Lobo, Rey del Sur. ¿Sí?

—A lo más cerca que llegué fue a presidente de Georgia del Sur. Me echaron. Estoy casi calvo. Tienes motivos para sentirte decepcionada.

—Un rey primero es rey de sí mismo —dijo ella.

—No sé qué quiero ser, si te refieres a eso. Hablas muy parecido a Israel. Decía que él era maternal. Quieren que los salve. No me importa.

—¿Hay algo que te importe? —preguntó.

—No. ¿Por qué tendría que haber? ¿Quién se preocupa por mí ahora?

—Tu madre se preocupa por ti. ¿No hay nada por lo que tú te preocupes?

—Sí, lo hay. Por abuelo. Tu padre —contesté.

—Es una desgracia para los dos —dijo ella.

—¿Está vivo? ¡Tú debes saber que sí!

—Sé más que eso. ¿Qué sabes tú? —preguntó.

—Supongo que sé que tú eres mi madre, y que Peregrine está muerto, y que si pudiera pedir un deseo, me gustaría recuperar al abuelo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —dijo.

—¡Espera! —exclamé, pues en ese momento el pálido albatros hizo una pirueta sobre la cresta de una ola y ascendió por encima del palo mayor del *Rey Jacobo*, circunnavegó el *Paquebote Candelaria* y viró, alejándose hacia el oeste hasta que fue una raya en el cielo gris, confundándose con la curvatura de la tierra. Tomé especial nota, ya que ese albatros había volado hacia el viento.

Debió transcurrir cierto tiempo desde mi confrontación con el albatros y mi reunión con Germanicus, Motherwell, Lazarus, Longfaeroe, Wild Drumrul, Medio-Rojo Harrah, Otter Ransom, Jane, Violante, Annabel Donne y Toro Zulema, líder de los bestias a bordo. Mi recuerdo es que fueron horas; puede que hayan sido días. Vinieron a verme como podrían haber ido a ver a su señor y amo unos hombres de armas. Parecían cautos, previsores, me miraban como amedrentados, como si esperaran lo peor, como si ante mi temperamento estuvieran indefensos. Había visto antes esa mirada, no dirigida a mí sino al abuelo, a Elephant Frazer, al Hospidar. Era la mirada del discípulo. Vacilaban, esperaron mi reacción. Ya no se me pedía que me explicara o justificara ante ellos. Querían algo más peligroso. Querían un rey.

Germanicus, su portavoz, me explicó con voz fuerte y contrita que había hablado apresuradamente del *Rey Jacobo*. Su pánico se había debido a la extenuación. No volvería a suceder. Sean Malody había informado de moral baja pero ningún problema importante a bordo del *Paquebote Candelaria*. Germanicus dijo que había solucionado sus problemas de personal, que el *Rey Jacobo* estaba atestado pero a salvo, y que él y Sean Malody tenían tripulaciones que seguirían funcionando. Dijo que podríamos salir de una docena de tempestades como la que habíamos tenido, aunque no de una que fuera una docena de veces más fuerte. Le dije que no había

tempestades tan poderosas, que la naturaleza tenía sus límites, igual que los hombres. Sonrió, actuando conmigo de una manera nueva en él: con deferencia. No me temía. Era un hombre orgulloso, que me daba su orgullo pero quedándose con la cantidad necesaria. Lo mismo ocurrió con los demás; se quedaron todos juntos allí en el alcázar, como mi corte, cada uno en una postura diferente, Lazarus era el menos formal, el más manipulador. Aún tenía náuseas, no giraba la cabeza, conversaba conmigo entre jadeos y suspiros. Logró preguntarme qué hacía yo allí arriba, solo, aullando como un perro. ¿Estaba desconcertado? Se expresó con palabras medidas, y resultó un cambio crucial, como si mi salud fuera su bienestar; yo podía estar preocupado, pero no enfermo, Lazarus dijo que la gente estaba deprimida y angustiada, Motherwell y Medio-Rojo Harrah (un hombre redondo, robusto, de dedos gordos y buenas manos) dijeron que Lazarus hablaba como una mujer. Toro Zulema me llamó padrone y dijo que sus hombres no tenían miedo, que sacaban sus fuerzas de las mías. Hablaban entre ellos de lo confiados que estaban, esperaban mi aprobación. Por último Longfaeroe los hizo callar con un ademán y se tornó sombrío. Parecía el más seguro de lo que tenía que hacer, y el que más seguro estaba de mí. Me preguntó qué decisiones había tomado en soledad, pues no le cabía duda de que yo había estado hablando con el Todopoderoso.

—No es así; no lo entenderías —repuse lacónicamente, con una voz más parecida a la del abuelo que a la mía. La probé de nuevo—. Ningún zarzal en llamas, tampoco ningún Ángel del Señor.

—El Todopoderoso entró en el corazón de David —dijo.

—Es verdad. Pero era David. Yo tengo otra manera de funcionar —dije; luego añadí despacio—: Habrá un cambio de rumbo. Iremos hacia el viento.

—¿Adónde, Grim? —preguntó Germanicus.

—Envíale una señal a Malody —dije—. Vamos a virar hacia las Malvinas.

Soy consciente ahora de que mi conversión de aprendiz de pastor a pastor, de seguidor a señor, no se puede explicar con este cuento de hadas nórdico de una sibila que ha cambiado de forma, convirtiéndose en un albatros parlante. No perturbé a mis hombres y mujeres —pues en eso se habían convertido, en mi pueblo— con la escena, y no es sin titubeos que la relato aquí. Es un secreto largo tiempo guardado, roto una vez y nunca más hasta este momento. Si da la impresión de ser un invento, no es ésa la intención. No oculto, no eludo, no engaño. Creo con todo el alma que ese albatros era Lamba Ladrona de Tiempo. Seguí conmocionado por ese hecho después, y aún lo estoy. No puedo demostrar ahora que ella, ese pájaro, era mi madre. Hay mucho acerca de esa mujer tímida y misteriosa que era mi madre que ya he registrado y que no soy capaz de probar como hecho verificado... es decir, verificado por otros observadores. Por ejemplo, he dicho que Lamba me observó por primera vez en su mágico espejo de mano la noche del equinoccio de primavera de 1973. Ésa no es una opinión ajena. Se trata de una conjetura mía, basada en pruebas circunstanciales. Sí tenía un mágico espejo de mano. Se lo vi en el cinturón aquella noche en la fiesta de



Ojos Astutos; Israel dijo que se lo vio en el cinturón la noche que se enfrentó con Peregrine. También sé que las sibilas escandinavas usaban esos espejos como otras tradiciones paganas usaban las bolas de cristal para ver el futuro. Además, no sé por qué se sintió impulsada a pronunciar el nombre de Skallagrim Strider durante mi concepción, ni por qué insistió con esa leyenda veintidós años más tarde en la fiesta de Ojos Astutos. No había ninguna relación significativa entre los Fiddle escandinavos y los escandinavos proscritos en Islandia. Parecen tan alejados entre sí como un león marino y un lobo nórdico. Entonces, ¿qué habrá llevado a Lamba a cargarme con un portentoso tan arcano y fantástico? No parece haber una respuesta... a menos, desde luego, que uno acepte a las brujas y a los fantasmas, las maldiciones y la magia como lo que podrían ser: parte de la historia. En otras palabras, Lamba sí era una sibila, podía robar tiempo, me contó la verdad.

Y mientras me formulo estas preguntas incontestables, ¿por qué Lamba eligió a Peregrine? (Me detengo para meditar en eso, y veo ahora algo que nunca había visto: ¿tuvo Lamba entonces presciencia de que llevaba dentro la forma de un ave, y vio algo rapaz y característico de las aves en Peregrine<sup>[2]</sup>? Peregrine era un hombre en vuelo furioso, desesperado. ¿O la broma podría ser que Lamba oyó decir a Israel el nombre de Peregrine en el CLUB DEL RATÓN MICKEY y se arrojó sobre él, albatros sobre halcón? Si esta especulación parece burlarse de Lamba, que así sea; ella se burló de mí a su manera egoísta, espectral, presuntuosa, jamás dijo que me quería, como yo nunca dije que la quería a ella, ni puedo todavía).

Para ser más serios, muy serios, ¿por qué Lamba se maldijo a sí misma con ese papel de bruja? Abigail dijo que había sido por miedo a su padre. Los sabios podrían sugerir que tenía que ver con el abandono de Zoe, el modo retorcido de Lamba tanto de emular como de desafiar al sermoneador de su padre. Reconozco que resulta creíble. Afirmo ahora, sencillamente, que Lamba se eligió a sí misma, sin importar el porqué. Dijo, yo soy esto, sé esto, tenga las consecuencias que tenga. Ese comportamiento es arrogante, peligroso, pero no se me ocurre una manera más rica de lanzarse a la historia.

Quizá sea ésta la explicación más profunda de mi transformación en déspota de quienes iban a bordo del *Rey Jacobo* y del *Paquebote Candelaria*. Yo sabía quién era, y de dónde venía, y conocía las caras de la gente que me había criado saludable y simpático. Tenía suficientes conocimientos como para considerar a este hombre justo, a aquél menos justo. Confiaba en mi propio corazón, y en los deseos de mi corazón. Sí, podría haber sabido más, mucho más; me faltaba educación, genio, tesón, fortuna, todo, como a los hombres que Lazarus me había contado se habían atrevido a conducir a la primitiva Norteamérica a la rebelión y al republicanismo. Sin embargo, hubo un momento, en el alcázar del *Rey Jacobo*, en que me dije: ahora, Grim Fiddle, ahora, tienes lo que tienes, toma el mando, asume, asciende, conduce. Me sentí obligado. Me sentí mágico. Me elegí a mí mismo. Y que creí que ese momento había coincidido con la llegada del albatros. Salí al pequeño escenario de mi destino y

pronuncié mis primeras líneas verdaderamente humorísticas en la comedia. Mi madre me contestó, ocurrencia por ocurrencia, que emprendiera la búsqueda.

Quizá lo más notable era que tal vez no tuviera importancia qué elegía para mí; podría haber votado por un pescador, un peregrino, un ermitaño. Elegí conducir. Elegí conducir como rey. O lo eligieron por mí, o sucedió y permitió que otro dijera que no había sido así. Afirmando: así como Lamba decía que era una sibila, así como Lamba comprometió su ser y a su único hijo, Grim Fiddle, a una búsqueda de esa portentosa fantasía suya, Skallagrim Strider, también Grim Fiddle dijo que era el señor de aquellos exiliados, también Grim Fiddle se comprometió a sí mismo y a sus protegidos a buscar al abuelo, y lo que pudiese venir. Reclamé mis derechos; recogí lo que me correspondía; me lancé a la historia, siguiendo a mi albatros, obedeciendo a mi albatros.

## MI ABUELO

He releído el relato de mi autoelección y veo que le falta claridad. No es que como déspota con una meta tangible —mi abuelo— estuviera libre de dudas. Mi madre quizá fuera capaz de cambiar de forma; sin embargo, no había magia en la tierra, ni en el Cielo de Longfaeroe, ni en los recintos de los dioses nórdicos que pudiera quitar la preocupación de mi mente. Como aquel revolucionario norteamericano del que me habló Lazarus, yo estaba lleno de una indecible ansiedad. Y así la mantuve, no expresada, para mí. A partir de ese momento, oculté mis pérdidas de confianza, mis quijotescas ambivalencias. Como dirían los nórdicos, guardé mi tesoro de palabras.

Eso no era lo mismo que una indiferencia imperial. Lo que sucede es que me esforzaba por conducir como si no vacilara. No era una política inhumana, sino muy humana. Está en la naturaleza humana, como he podido observar, que un pueblo muy angustiado —me refiero a un pánico producido por el peligro de muerte, en extremos elementales— no sólo sigue a un hombre despiadado, fuerte, audaz y, sí, cruel, sino que también exige que ese hombre gobierne de manera absoluta, cada vez más como si fuera el profeta de Dios. El presbiterianismo que Longfaeroe predicaba, y que los georgianos del sur seguían sin poner en tela de juicio, interpretaba la práctica de esa clase de despotismo como si estuviera decretado desde antes del propio comienzo de los tiempos; lo llamaban predestinación. No es ésta una teoría razonable, y contiene elementos que deben ser considerados como formas de derrotismo. No obstante, aunque indica una mente casi abrumada por el caos, también puede verse como un intento de orden. Implica locura y también valor; semejante contradicción siempre entraña un alto riesgo.

Mi experimento con el despotismo también contenía riesgos para mí, pues también sé por experiencia que un pueblo inmerso en un peligro final intenta controlar a su líder, no mediante la sedición y la insurrección, sino con sentimientos más insidiosos: obligando a su caudillo a imponer un sistema de gobierno que es una evidente tiranía. Este intercambio, de inexcusable crueldad por parte de un hombre por obediencia a un firme absolutismo de la masa, se convierte en una dínamo de carne. Todo lo demás parece fluir con ella y alimentarla. Es un falso sistema de gobierno —Israel me lo había enseñado, y Lazarus se había apresurado a recordármelo—, ya que en su interior alberga las condiciones de su propio fracaso: el Hombre no es Dios, no puede conocer los designios de Dios; la Profecía es una arrogancia fugaz; la renuncia a la Libertad es el desprecio de la razón. Pero mientras funciona, o parece funcionar, es una maravilla que hay que celebrar, ya que celebra la voluntad del hombre de vencer la violencia de la naturaleza. Cuando deja de funcionar, resulta imposible separar la brutalidad del hombre del hombre mismo. Entonces se convierte en lo que siempre fue: no una imagen poética de una dínamo de carne, sino una degradación de la civilización, una blasfemia, un engañoso pacto

con la oscuridad.

Exagero el caso, y me disculpo, es el resultado de tallar runas; soy demasiado veloz para las palabras bonitas, demasiado lento para filosofar con rigor. Veo ahora mi propósito. Busco una explicación de mi abuelo, como lo buscaba a él entonces mandando el *Rey Jacobo* y el *Paquebote Candelaria*. Él era el hombre en el que yo me estaba convirtiendo. Lo sabía vagamente en esa época, lo sé por completo ahora. Él no era un modesto determinista presbiteriano. Era un hombre vengativo, despectivo y autónomo de un inefable Señor. Entonces yo creía que había una solución para mi situación. No sabía cuál era. Sin embargo, sí creía que encontrar al abuelo, quizá sólo el esfuerzo de encontrarlo, me proporcionaría la revelación que me llevaría al objetivo de solucionar mi destino y el de los míos. En mi mente, en mi tesoro de palabras, el abuelo era enorme, misterioso y potente; él me proporcionaba la analogía más próxima que poseía de la más pavorosa imagen de la Biblia Fiddle: la de Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra.

¿Era mi búsqueda entonces un intento de justificación o era un vuelo de liberación? ¿Es necesario elegir entre la redención o la huida? Aún no estoy seguro. Por eso hice lo que hice. Repasando mi vida en el alcázar del *Rey Jacobo*, vi que desde la pérdida del *Grulla Negra* yo había sido lastimoso, distraído, egoísta, insensato, terco. El giro negativo de quedar atrapado con los Voluntarios en Puerto Stanley, el giro positivo de ser adoptado por los Frazer, el giro negativo de ser maldecido por el Hospidar, el giro positivo de enterarme del descubrimiento de Germanicus en Mead's Kiss, todos esos accidentes inexplicables, toda esa suerte, buena y mala, me llevaron hacia un deseo sumario. Le conté al albatros que era mi deseo del alma. El abuelo era eso y más. Era mi tesoro, Beowulf, Rey de los Weather Geats, matador de Grendel y su madre, muerto al final mientras liquidaba al dragón sin nombre que guardaba otro tipo de tesoro, me habría entendido, Grim Fiddle no se sentía desamparado, maldecido o perdido siempre y cuando se pudiera encontrar a su abuelo.

No conté a los que iban a bordo del *Rey Jacobo* que el abuelo era el único motivo por el que poníamos proa al viento, con dificultad, virando hacia las zonas de calmas tropicales para acercarnos a las Malvinas desde el nornordeste. Les dejé suponer que tenía un plan para reasentarnos en Gran Malvina, Toro Zulema creía que las Malvinas debían de estar maduras para ser colonizadas después de seis años de mal gobierno pattie; Medio-Rojo Harrah y los cazadores de focas guardaban la necesidad de venganza contra el Hospidar, y se jactaron de que irían a cualquier parte en el océano Austral a establecer una base para una invasión de Georgia del Sur; Jane y Violante y Annabel Donne alimentaban a las mujeres con cuentos de un nuevo comienzo en Puerto Stanley. Yo las oí por casualidad y decidí no intervenir. No creo que a Germanicus lo embaucara mi silencio; él conocía la señal del abuelo, parecía avergonzado de haberme engañado y estaba dispuesto a no poner en tela de juicio mi voluntad. Yo había seguido a su padre hasta el final, Germanicus me debía la misma

confianza.

A dos días de las Malvinas el mar apareció salpicado de barcos en apuros. Había muchas señales de un éxodo deliberado y ominoso. Habíamos divisado navíos solitarios más mar adentro. Los barcos en la ruta marítima iban en grupos apretados, navegando en sincronía, como con un propósito. Me cercioré de que todo el mundo con autoridad a bordo se fijara bien, hasta donde lo permitía el mal clima. Quería que el miedo se apoderara de sus corazones y quería que ese miedo fuera tangible. Reconocí a la flota de los malditos. Ya no me resistía a llamarla de ese modo. Nosotros pertenecíamos a ella.

Aquella noche una ráfaga súbita barrió a las embarcaciones más pequeñas y cubrió de restos las aguas más cercanas. A la mañana siguiente viramos de cara al viento para superar las ráfagas y vimos varios cargueros grandes bien lejos a estribor que nos resultaron especialmente desconcertantes, ya que no llevaban banderas ni emitían señales de radio. Aquel día la flota siguió apareciendo y desvaneciéndose en las densas masas de niebla que el viento reunía y luego dispersaba. Entendía tan poco la razón final de la flota como seis años antes —de dónde había salido, adónde iba—, pero sí supe mantener la cabeza y no dejar que esa atrocidad me asombrara. La flota era un hecho que provocaba la guerra en la mente de uno, y el capitán prudente negaba la desesperación resultante y sin reparar en nada seguía adelante. Hice que Germanicus comunicara por señales a Malody que navegásemos más despacio a medida que la noche se cerraba sobre nosotros, e hice que Germanicus repartiera pertrechos y armas a la tripulación. Les dejé creer que previa todo. No calculé que el *Paquebote Candelaria* rompería la formación antes del amanecer, de modo que cuando salió el sol se hallaba bien lejos, a nuestra popa, avanzando perezosamente con vientos contrarios... no era rival para un esbelto guardacostas que salió de la niebla desde el sudoeste. Estábamos a medio día de Puerto Stanley. Sabía que el guardacostas era pirata y que se alimentaba de los mejores barcos. La pericia de Germanicus salvó a Malody, pues llevó el *Rey Jacobo* contra el viento para interceptar la retirada del pirata, de modo que el barco intruso puso rumbo al norte en busca de otra presa. Ordené a Germanicus que rompiera el silencio de la radio (tan cerca había parecido mejor dar la impresión de desvalidez) y preguntara a Malody por qué se había rezagado. Apunté el catalejo a la cubierta del *Paquebote Candelaria*, y tuve la respuesta y el veredicto antes de que Germanicus confirmara lo peor. Sean Malody se había encontrado con refugiados a la deriva en una embarcación abierta durante la noche, por accidente los había embestido y en vez de proseguir como tenía ordenado se detuvo ante sus gritos de socorro. La flota de los malditos había perturbado su juicio.

No vacilé y dije:

—Indícale a Malody que se deshaga de ellos.

Germanicus vaciló. Se lo expliqué; él consintió. Pero no nos obedecieron, o si lo

hicieron ya era demasiado tarde. Para cuando al anochecer divisamos la costa de Soledad —un horizonte oscuro de cientos y cientos y cientos de hogueras—, la señal de Malody incluyó un informe de un niño enfermo con fiebre a bordo. Había medicinas. No había defensa.

Nuestro concilio aquella noche fue corrosivo. Puse a mi corte a prueba, cerciorándome de que las mujeres expresaran sin reservas su opinión, pues en Georgia del Sur había visto lo vitales que eran para la moral y el sentido común, Germanicus habló por mí, otra técnica que había aprendido del abuelo y del Hospidar, hacer que el subordinado principal perorara hasta que las facciones pudieran ofrecer un consenso. También era una idea que aprendí de los nórdicos antiguos, aquellas discusiones prolongadas en los recintos de Asgard: Thor del Trueno contra Loki el Furtivo contra Friga la Reina, y el terrible Odín agudo y en silencio. Nuestro debate fue tumultuoso, como tenía que ser, Germanicus afirmó que el *Paquebote Candelaria* estaba acabado a menos que a bordo se organizara una cuarentena y los enfermos fueran puestos en un bote; también les dijo que Sean Malody había cometido un error y que no había nada que nosotros pudiéramos hacer para repararlo. Lazarus y Jane desafiaron a Germanicus. Tomé nota de que el poder de Lazarus había disminuido mientras estábamos en el mar; sus verbosos conocimientos no pudieron derrotar la sosegada militancia de Germanicus, Jane dijo que yo era desconsiderado, Lazarus usó la palabra monstruoso, pero no apoyó la exigencia de Jane de que comprobara lo de la fiebre. Nuestra principal asistente médico, Annabel Donne, y Magda Zulema dijeron que jamás estarían de acuerdo con una cuarentena similar en el *Rey Jacobo*. Toro Zulema titubeó, un detalle importante, ya que la mayoría de los que iban a bordo del *Paquebote Candelaria* eran de su campamento. El concilio se cerró sin un acuerdo. Yo no hablé. A la mañana siguiente, Malody informó de otro caso de fiebre, a pesar de la cuarentena.

Nos rodearon vientos desconcertantes y una niebla densa. Hice que Germanicus transmitiera por radio a Malody instrucciones muy precisas, también un rumbo de navegación bien alejado del estrecho de la Fortuna que nos permitiría un punto de encuentro con él a lo largo de una trayectoria de cincuenta millas. Entonces el *Rey Jacobo* se dirigió hacia Mead's Kiss en un mar agitado que presagiaba otra fuerte ráfaga de viento. Varias veces nos topamos con cargueros que nos doblaban en tamaño y que navegaban con rumbo sur, Germanicus no tenía explicación para el obvio aumento de actividad al sur de las Malvinas, y dijo que en su incursión de dos años atrás había visto muchas embarcaciones bestias, todas pequeñas y dispersas. Ahora parecía haber una manada, y un objetivo, y urgencia. También se oían incesantes disparos de cañones, o truenos, o sirenas de voz grave. Vivíamos en estado de alerta. Nuestros enemigos inmediatos eran la histeria y la superstición. Entrar en un panorama tan lóbrego no me conmocionó. El miedo a bordo del *Rey Jacobo* estuvo a punto de hacerlo. Luché contra él con magia nórdica, exigiendo de mí mismo algo que no estaba seguro de poder hacer: mostrarme, como dirían los

nórdicos, dotado de atributos élficos.

Esto introduce un importante desarrollo para mí a bordo del *Rey Jacobo*; me encontré recurriendo cada vez más a mi apreciación de cómo mis antepasados nórdicos podrían haberse enfrentado a semejante peligro. Mi elección de imágenes cambió en consecuencia. Pasó de la poesía del Libro de los Salmos de Longfaeroe a la poesía de la mitología escandinava. Bruscamente, Beowulf sustituyó a la Biblia, pero no del todo, sólo lo suficiente como para aliviarme ante un desafío que habría sido más fácil para guerreros del mar que para hombres que montan guardia en las torres de vigilancia de Jerusalén. Como dirían los nórdicos, comí una dieta de certidumbre. Me quedé vigilando mientras fui capaz de soportar la fatiga y el hambre, como habría hecho un nórdico; descansé sólo brevemente en una estera que coloqué bajo el sistema de gobierno interior del barco, dejando a *Iceberg* en mi sitio del alcázar, mi icono, como habría hecho un nórdico; me concentré en la postura, el pensamiento adecuado, el pensamiento claro, el gobierno despótico y firme, como habría hecho un nórdico. Con fatalismo escandinavo me dije que los acontecimientos o confirmarían o no confirmarían mis suposiciones, y debatirse de antemano era muestra de terquedad y debilidad. En resumen, intenté ser como creí que podría haber sido Beowulf en la cubierta de su rompeolas. Por supuesto, también traté de ser alguien más conocido en la cubierta de su *Ángel de la Muerte*: imposiblemente distante, huraño, visionario, seguro, con manos de hierro, más grande que la vida y — cuando llegaba el momento de mandar— atronador.

Salimos del tiempo borrascoso al anochecer, encontramos un mar desierto y pobre visibilidad. Nos acercamos a la costa durante la noche y botamos una lancha antes del amanecer, Motherwell condujo mi grupo de desembarque. En la orilla de Mead's Kiss había restos de naufragio y un pesquero de arrastre estropeado, aún apto para navegar, sin guardia y con agujeros de bala en la timonera. Había restos de docenas de embarcaciones pequeñas, desmanteladas para hacer leña de la madera, Motherwell le dio el «quién vive» a una figura pequeña que salió de un armazón herrumbrado y la figura desapareció en las sombras. Subimos hasta la estación meteorológica. Yo sabía a qué señal de piedra se refería Germanicus, y conocía el camino, Davey Gaunt y Wild Drumrul marcharon por delante en reconocimiento, nos informaron que había un campamento allí con muchos cuerpos durmiendo bajo cobertizos, Motherwell mandó hacer un registro de armas, aunque nos angustiaba menos el combate que ser contaminados por ellos.

(Escribo *ellos*. Eso es inexacto. Los he llamado refugiados sin refugio. Peregrine se hacía llamar exiliado. Ellos se hacían llamar malditos. Los georgianos del sur los llamaban bestias. Sin embargo, yo me resisto a eso. Ninguna de esas palabras es adecuada para esas caras vacías, vientres hinchados, caras sucias, ojos aterrados, llagas abiertas, cuerpos enjutos y encorvados, acuclillados en el polvo y en el barro, silenciosos, más allá del llanto, aunque era verdad que gritaban al morir. Ahora siento

que no he sido riguroso al caracterizarlos. Es importante corregir eso ahora mismo, al comienzo de mi temporada entre ellos. Tengo un conflicto: no sé si llamarlos personas o seguir dándoles el nombre de lo que parecían ser: medio hombres quebrados, descartados, hambrientos, enfermos, enloquecidos. Veo algo, un pensamiento nuevo. Los nórdicos tenían una palabra para llamar a los indios norteamericanos que descubrieron en sus viajes más allá de Groenlandia; los llamaban Skraelings, que significa desgraciados. En la Biblia Fiddle se habla mucho de los desgraciados; Jesús no vino por los dichosos sino por los desgraciados; Moisés condujo a los hebreos fuera de Egipto, y por lo que Israel me contó una vez, la palabra hebreo podría haber significado desgraciados para el faraón. También recuerdo que en algún punto durante nuestro éxodo a bordo del *Rey Jacobo* empecé a pensar en la gente de ahí fuera, en el océano, como desgraciados. Puede que esto parezca una insignificancia, pero se me ocurre que en el *Rey Jacobo* yo me esforzaba por describirme en qué yo y los míos diferíamos de la gente que hallamos en el mar, en Mead's Kiss y después. Entiendo ahora que yo era como ellos, y en este momento debería tener la voluntad de llamarme lo que quiera. Me llamo desdichado. Los llamo desgraciados, no desesperados, no vencidos, no malditos: desgraciados).

Mi encuentro con esos desgraciados en la estación meteorológica en ruinas de Mead's Kiss fue una revelación horrible. No habían puesto vallas. Había más de cuarenta, en grupos, con unas pocas mujeres, ningún niño. Los rodeamos, Motherwell ladró una orden.

—¡No, no! —gritó un hombre en un inglés chapurreado. En portugués instó a sus compatriotas a quedarse quietos; las mujeres se juntaron a un costado. Dijo—: ¡No oro! ¡No armas! Allí, oro y armas, ¿sí?

El hombre alto de cara roja siguió balbuceando mientras nosotros registrábamos; tenían rifles, pistolas y munición, Motherwell lo obligó a echarse boca abajo en el barro, Wild Drumrul me indicó con un gesto que me acercara a él; señaló hacia una pendiente que había detrás de la pared de la estación meteorológica. El olor dijo lo que las sombras no mostraban. Pregunté si era un cementerio, Wild Drumrul dijo que no, que era una masacre en la que también había niños, Motherwell informó que el hombre alto decía que era un médico francés, una evidente mentira, y que nos creía ingleses por lo grandes que éramos. Había otro francés, por lo menos en parte, que decía ser sacerdote, otra probable mentira. Un tercer hombre, un negro correoso, dijo que era el primer oficial del pesquero de arrastre. Apartamos a esos tres del resto, Otter Ransom salió de la estación meteorológica escupiendo, furioso, conmocionado, y dijo que ahí dentro habían cortado a algunas mujeres.

—Piratas, piratas asesinos —dijo Motherwell.

Le ordené que desplegara exploradores colina arriba para averiguar qué había del otro lado; le dije a Indigo Zulema que llevara a los tres cabecillas hasta la pared para interrogarlos.

Contaron que habían estado en el mar más de seis semanas, que habían



embarcado en las Antillas Mayores, en Haití o, según otra versión, en las Antillas Menores. Nos esforzamos con las palabras, pues no sabíamos francés ni portugués, y ellos utilizaban un mal inglés, así que empleamos un tosco español. El francés, que se hacía llamar *Monsieur le Docteur*, dijo que su grupo había estado compuesto por el doble de personas; que el mal clima y los piratas los habían obligado repetidamente a desembarcar en la costa continental, donde algunos se habían fugado y otros habían muerto a causa de las heridas. Enfatizó que estaban libres de enfermedades, que no habían perdido a nadie por *le choléra*. Dijo que en el norte de Brasil se libraba una guerra con aviones, *Monsieur le Docteur* tenía una cierta educación, no era ningún doctor universitario, quizá un mestizo que había trabajado en una clínica. Era astuto, parecía bien alimentado, llevaba botas buenas y ropas sucias, y tenía una risa confusa. Nos preguntó si éramos sudafricanos.

El falso sacerdote, Raúl, probablemente fugitivo de un monasterio, dijo que él y algunos feligreses habían sido expulsados de Fort-de-France por unos piratas, que habían pagado para subir a un barco y que el capitán los había abandonado. Luego dijo que había huido de una epidemia. Estaba a punto de admitir que era la plaga cuando recibió un codazo de *Monsieur le Docteur*, y añadió que habían visto la plaga en Brasil y que se habían mantenido alejados. Cuando vieron que nos resistimos a esa versión, *Monsieur le Docteur* se puso a contar detalles, relatando bloqueos, cuarentenas, muertes en masa, buques de guerra que pasaban entre los barcos de refugiados hundiendo cualquier embarcación que tuviera la enfermedad. Curiosamente, Raúl estaba muy asustado de Wild Drumrul, lo llamaba *le Maure*, y cuando lo interrogamos al respecto dijo que había oído hablar de que los musulmanes estaban aniquilando a los cristianos de África. Ninguno de ellos mencionó Norteamérica. Cuando les preguntamos, bajaron la cabeza y dijeron que los norteamericanos eran un gran pueblo, ¿éramos nosotros norteamericanos?

En resumen, los dos franceses estaban llenos de mentiras, y cuando no mentían de forma deliberada, confundían lo que habían visto con lo que creían que nosotros queríamos oír. Poseían desarrolladas facultades para decir y hacer lo que fuera necesario con el fin de mantenerse con vida. Eran desgraciados, probablemente asesinos, pero luchaban. Querían que los lleváramos con nosotros. Les preguntamos si a todos ellos, *Monsieur le Docteur* contestó que no, sólo a aquellos lo bastante fuertes como para seguir. Ésa fue nuestra primera pista de que tenían un destino.

—¿Adónde vais? —preguntó Indigo Zulema en español.

*Monsieur le Docteur* se puso tenso, contestó en francés y luego en inglés:

—A los campamentos de socorro.

—Los campamentos de la iglesia —dijo Raúl en español.

El negro pidió otro cigarrillo, lo hizo en portugués, haciendo señas, Motherwell se lo dio y le dijo que hablara claro.

—Al sur —repuso en español, señalando con la mano.

Nos sobresaltamos y nos miramos el uno al otro. Ante eso, *Monsieur le Docteur* y

Raúl se abrieron y comenzaron a divagar, como si nuestra incredulidad amenazara su inestable pero brillante esperanza y tuvieran que convertirnos de inmediato y por completo a su fantasía. Se superpusieron entre sí en francés, portugués, español y un inglés chapurreado. Lo que salió de sus palabras fue una historia irracional y convincente: campamentos de socorro, campamentos de la iglesia, comida, ropas, americanos, europeos, centros de reasentamiento, barcos de auxilio, restablecimiento en Australia, América, Alaska. Recalaron una y otra vez que no se referían al *arctique*, sino a islas frente a la costa de la Antártida.

—Están mintiendo, sin ninguna duda —dijo Motherwell.

—¿Dónde lo habrán oído? —preguntó Davey Gaunt.

—Mata a uno, y lo contarán —señaló Motherwell.

Indigo Zulema comentó que el gordo, Raúl, decía que los sacerdotes conocían la existencia de los campamentos y que los padres de Fort-de-France lo habían sabido, y que la iglesia salvaría a aquellos que lograran pasar entre los piratas y la plaga.

—Es una mentira —aseguré.

—Dirían que el Infierno se ha congelado para salvar los pellejos —repuso Motherwell.

—No mienten —dije.

Hice que Indigo Zulema los interrogara de nuevo, desde dónde habían embarcado —esta vez fue en Brasil— hasta sus recaladas en el continente, los piratas, las redadas, las tormentas, su desembarco en Mead's Kiss después de que fueran repelidos de Soledad por cañoneras. Decían que no sabían nada de los cuerpos que había en el barranco o de los cadáveres en la estación meteorológica. De nuevo escuchamos la visión que tenían de los campamentos de socorro, «*les camps de secours*», repitió Raúl, «*les camps catholiques*», también añadió «*les camps glacés*», o los campamentos del hielo. Retrataron una escena cada vez más atractiva: residencias, clínicas, transporte a nuevos países que recibían a los refugiados. Por entonces creían que desconocíamos la existencia de los campamentos y que queríamos unirnos al éxodo, de modo que intentaron convertirlo en lo más atractivo posible, con la esperanza de que los llevaríamos con nosotros. Así, a medida que formulábamos más preguntas, más se alejaban de lo que sabían, patéticamente, y más nos alejamos nosotros de descubrir dónde podrían haber oído semejantes historias. Lo que decían sonaba fabuloso. Sin embargo, en sus bocas y en sus ojos parecía tangible, una liberación verdadera. Hacían proselitismo de un cielo en la tierra.

Me alejé. Era su miedo lo que los tornaba convincentes. Aspiré el hedor de los cuerpos, los cadáveres, el barro. Volví la cara hacia el viento. Recuperé mi equilibrio y mi propósito. Encontré la señal del abuelo, aquella misma roca gris, convexa, desgastada por el viento, contra la que él me había apoyado antes de dejarlo hacia casi seis años. Daba a la parte de atrás de la estación meteorológica. Una mujer pequeña estaba acucillada allí, y cayó cuando trataba de huir de mí. Alargué el brazo para ayudarla, lo pensé mejor y la espanté. La piedra del abuelo era como su

temperamento, una gigantesca lápida. La recordaba libre de marcas; ahora estaba cubierta de deplorables inscripciones: nombres, iniciales, fechas arañadas en muchas lenguas, arañadas con cuchillos, piedras, corazones: todo lo que quedaba para contar la historia de los miles que habían muerto allí.

En el centro, a la altura de mis ojos, había unas letras gruesas y bien talladas. El mensaje: «FIDDLE FEBRERO 98».

Toqué las letras, no sentí nada. No, me sentí muy cansado. Al alzar la mirada descubrí unas letras más pequeñas encima, no evidentes al principio sino algo que uno sólo percibía por accidente, o por suerte. Levanté el brazo todo lo que pude, limpié el polvo negro —precipitaciones de los volcanes— y encontré «M FIDDLE 11/96 60 O».

Por ese entonces empezaba a aclarar. Se oyeron unos disparos en la ladera, allá arriba. En la sorpresa, uno de los piratas consiguió una pistola y le disparó a uno de mis hombres. Indigo Zulema disparó frenéticamente en defensa, *Monsieur le Docteur* y Raúl, convencidos de que los mataríamos, trataron de controlar a sus hombres y fueron por eso abatidos. Hubo más disparos desde el cerro, un ataque de otro campamento. Escapamos corriendo. El negro huyó con nosotros. En la orilla, mientras Davey Gaunt prendía fuego al pesquero y Motherwell nos cubría, el negro enloqueció, arrastrándose y suplicando en español:

—¡Salvadme! ¡Conozco el camino!

En la niebla del amanecer la refriega terminó en empate. Podrían habernos atrapado; la ausencia de un comandante enemigo nos salvó, ya que los piratas se vieron obligados a luchar para salvar su barco en vez de perseguirnos. Cuando metimos nuestro bote en el oleaje miré al negro suplicante y tomé una decisión. Luego me alegré de haberlo hecho. Por lo que el negro le contó a Indigo Zulema en la playa, y por lo que le contó a Lazarus y a una de nuestras parejas de habla portuguesa a bordo del *Rey Jacobo*, aprendí mucho de la situación de la flota de los malditos, los desgraciados, en el océano Austral.

Se llamaba Xique. Había sido marinero en un barco de carga costero que habían echado a pique en el norte de Brasil, en Recife, hacía un año. Dijo que había escapado por tierra, luchado como guerrillero, trabajado para el ejército como enterrador, y luego dirigido una banda de desertores que bajaron por un río grande hasta que lo capturó el ejército, escapó, se embarcó en una fragata que primero funcionó como transporte de tropas y luego como buque corsario sobre la costa, y en una ocasión como burlador mercenario del bloqueo para evacuar soldados desde la Costa de Oro africana. Ese barco fue hundido por una cañonera en Río de Janeiro, y de nuevo volvió a escapar en una embarcación abierta con un grupo de marineros que pronto consiguieron obligar que los subieran a bordo de un pesquero de arrastre procedente del Caribe... el mismo que había incendiado Davey Gaunt. Era allí donde había conocido a los dos franceses. Eran asesinos, habían matado a su capitán y los

habían encadenado por motín, y sólo la intervención de Xique y sus camaradas los salvaron. Ya dueños del pesquero, habían atracado en varios puertos pequeños costa abajo, vendiendo pasaje a los refugiados. Una vez en el mar, arrojaban a sus víctimas por la borda y volvían a atracar en un puerto.

Descartando sus fantasías y engaños, lo más importante para mí de lo que contó fue el tiempo que había pasado en el barco de carga costero antes de que lo hundieran en Recife. Su buque había sido contratado muchas veces para viajar en convoyes al sur, a los campamentos de socorro que había en las islas frente a la costa de la Antártida. Describió lo que para mis cazadores de focas eran las islas de Shetland del Sur. Cuando le exigimos detalles, dijo que recordaba una isla llamada «Elephant». Eso había sido hacía cuatro años. Los dos franceses también habían vendido pasaje a un brasileño y su familia, a quienes habían ahogado, pero no antes de que el hombre le contara a Xique que los campamentos de socorro estaban reasentando a refugiados, que él había estado allí como marinero y lo había visto el año anterior.

En ese punto, Xique se contradijo por completo y degradó su historia, afirmando que había estado en los campamentos el año anterior, que había sido soldado y no pirata, Xique dijo que el mar estaba atestado de piratas y barcos de plaga y buques de guerra, que deberíamos temer especialmente los barcos que hacían incursiones desde África porque allí era donde peor estaba la enfermedad.

Xique dijo que podía llevarnos a los campamentos de socorro. En portugués los llamó campamentos de hielo. Dijo que un barco tan bueno como el nuestro seguramente sería bien recibido por los sacerdotes y los soldados. El detalle más extraño y triste fue que no dejaba de hablar de «enfermeras inglesas».

Mi recuerdo es que el día siguiente era domingo. Quizá no sea verdad, puede que hayan pasado unos días, ya que nos llevó tiempo y destreza encontrar al *Paquebote Candelaria*, donde las condiciones habían seguido empeorando. En el oficio religioso de Longfaeroe aquella mañana, se anunció que yo había prohibido que cualquiera se trasladase de manera voluntaria al *Paquebote Candelaria*. El sermón de Longfaeroe fue furioso y contundente acerca de la firmeza y valentía de David de Jerusalén; añadió una lección de las escrituras del Evangelio de Lucas, las palabras de Jesús en el sentido de que «Quien no está por mí, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama».

Yo gobernaba una casa dividida. Hice que Germanicus anunciara nuestro curso de navegación, que yo había decidido solo. La reacción no fue pronunciada —eran duros y pragmáticos—, sino algo escéptica, cauta. Terminó el oficio religioso de Longfaeroe y comenzó el debate.

—¡Más de lo mismo! —exclamó Lazarus—. ¡La cara del rufián! ¿Qué campamentos de socorro? ¿Qué pruebas hay? ¿Las mentiras de un asesino? ¡Y muéstrame la plaga! Cólera, sí; tifus, sí; pero ¿dónde está esa plaga que nos persigue? Demuéstrame que no podemos desembarcar en la Patagonia. Demuéstrame que no podemos poner rumbo a Norteamérica. Deja que sea Grim Fiddle quien me conteste.

¡Nos está usando, y todo para buscar a un hombre, a un monstruo, su abuelo, que está muerto, muerto! Te conozco, Grim Fiddle. ¡Conozco tu mente!

—¿En qué nos hemos convertido? —preguntó Jane—. ¿Qué nos diferencia del Hospidar si dejamos que esa pobre gente del *Paquebote Candelaria* muera? ¿Y si la enfermedad empieza aquí? ¿Arrojaremos a los niños al mar? Tenemos medicinas. ¡Podemos combatirla!

—Mi gente tiene miedo —dijo Toro Zulema—. No somos marineros. No puedo saber si ese hombre es sincero. Tenemos miedo a la enfermedad y a los piratas. Queremos ir a casa. No puedo saber si esos campamentos, o los sacerdotes, nos ayudarán. No quiero hablar en contra de Grim Fiddle. Mi gente necesita ayuda.

—Yo he visto las Shetland del Sur, y tenéis que saber lo que hay allí —dijo Christmas Muir—. Hielo y más hielo. No digo que no haya campamentos. No digo que no iré. No digo que no esté asustado del Trono de Satanás. No digo que tenga respuestas. Allí habrá hielo, y más hielo.

La charla no influyó en el ánimo de los Voluntarios al mando de Motherwell o en la tripulación al mando de Germanicus; tampoco los dejó indiferentes. Hay mucho más que podría escribir sobre el disenso. Por ahora lo dejo a un lado. Mi mente estaba decidida, quizá desde un punto que no soy capaz de encontrar, y es engañoso detallar la controversia, más aún porque Lazarus tenía razón.

La verdad es que no me importaban los motivos para ir o dejar de ir al sur. Confiaba en mi suerte. Éste fue más o menos mi razonamiento: si el abuelo había desembarcado en Soledad o en Gran Malvina, estaba muerto; si había desembarcado en el continente, estaba perdido; si se había ido a pique, no había esperanza. Sin embargo, había ido a alguna parte entre noviembre de 1996 y febrero de 1998, a alguna parte que le permitió regresar a Mead's Kiss. En mi cabeza sólo había una posibilidad. Los campamentos de socorro podrían haber sido una fantasía. Los casé, una unión que no podía revelar a mi gente porque no habría podido resistir la luz.

¿Era acertado lanzarlos al hielo? ¿Era acertado ir en busca del abuelo sacrificando la decencia? Quiero ser tan duro conmigo mismo como entonces lo fui con esa gente. Me equivoqué. Muchas veces me he enfrentado mentalmente a ese rompecabezas; me he dicho que sabía que estábamos perdidos, que sabía que podría haber dado a Germanicus instrucciones de navegación para cualquier punto de la brújula y el fin habría sido el mismo, o peor. Sigo sin convencerme de esta racionalización porque se basa en un hecho y una decisión que carecían de lógica. Antepuse mi deseo a los nobles sueños que les quedaban a esos ciento cincuenta que iban a bordo del *Rey Jacobo* y a los cien a bordo del *Paquebote Candelaria*. Tomé una decisión temeraria por el bien mayor del menor número. Yo no era Beowulf, y lo sabía entonces —qué romanticismo vano—, ni era David de Jerusalén, aunque dejé que Longfaeroe predicara esas imágenes para reforzar mi gobierno. Quizá yo estuviera sentenciado; condené a esa gente. Quizá estuviera en mi destino oír los susurros de un proscrito muerto hacía mil años, conversar con un pálido albatros, descorazonarme en una

lucha despiadada por la justificación. Eso no me da motivos ahora, ni me los dio entonces, para arrastrar, no lanzar, para arrastrar a mi gente a mis crímenes. Me equivoqué.

Me instalé en el alcázar, y eso significaba que daba la espalda a mi gente. El orgullo y la ira que llevaba dentro duplicaban ese cielo tumultuoso de nubes negras y grises sobre el mar más violento de la tierra, una marejada constante con olas de diez metros que nos embestía en grupos de cinco, de modo que sólo cuando el *Rey Jacobo* subía a la cresta de la última era posible estudiar el horizonte. El clima parecía cambiar cada hora, a una calma seguía un chubasco de lluvia helada, de manera que Germanicus tenía que mantenernos proa al viento para librarnos del hielo, luego salía repentinamente el sol y transformaba el color del mar de gris a ultramarino con vetas rojas, casi púrpuras a la puesta del sol. Y a mi alrededor, miles de aves marinas, de meaucas y albatros que se alimentaban de los desechos flotantes, buscando restos más importantes. No estábamos solos. Había barcos grandes al este, barcos pequeños al oeste, algunos navegando con velas y solos, otros con el motor y escorándose mucho en la marejada, bien por falta de pericia de los tripulantes o porque iban muy cargados.

Los desgraciados se arrojaban al mar del Scotia. Las lanchas y los restos de naufragios resultaban indistinguibles de los trozos de hielo y de los pequeños témpanos flotantes lanzados como bolas por las montañas de agua que se movían en diversas direcciones formando cordilleras momentáneas. Al anoecer de uno de los primeros días al sur del cabo de Hornos una súbita ráfaga de viento dispersó a las embarcaciones pequeñas y nos empujó hacia el este, en dirección de los barcos grandes. Hasta donde fue posible mantuvimos a Malody a la vista, luego le transmitimos por radio puntos de encuentro a lo largo de nuestro curso de navegación, al sur del meridiano sesenta. A la mañana siguiente, todos los ojos se dedicaron a buscar el *Paquebote Candelaria*, pero no lo encontramos hasta que pasamos lo que se llama la convergencia antártica, lo que los cazadores de focas llamaban «ya no puedo», lo cual significa que el clima se ve tan dominado por el viento procedente de la Antártida que a uno le resulta imposible predecir la navegación del día siguiente. El viento se endureció, de los constantes treinta nudos de los «asquerosos cincuenta» a bastante más de cuarenta nudos. Navegamos con gavia, estábamos muy preocupados por mantener la proa de cara al mar y los mástiles libres de hielo. Una densa y súbita nevada nos cubrió de copos grandes y sucios y mantuvo a la tripulación ocupada limpiando la cubierta; continuó al día siguiente, aflojando hasta convertirse en un torrencial aguanieve.

Por lo menos, ése es mi recuerdo, aunque no puedo estar seguro ahora del orden exacto de los chubascos, los vendavales, las calmas, los témpanos de hielo y las tormentas de nieve. No sufrimos ninguna ráfaga mortal, una eventualidad remota pero no imposible a comienzos del verano. Lo importante es que hubo más días de

calma que días malos, a veces incluso un mar cristalino, magenta, besado por el sol. Recuerdo que pasamos el día de Navidad luchando con crestas de quince metros y vientos contrarios, de modo que Longfaeroe tuvo que celebrar su oficio religioso en la bodega, y la mayoría estaban demasiado mareados como para poder cantar. Tardamos otra semana en terminar la travesía porque tuvimos que volver atrás para buscar a Malody y porque Germanicus y yo nos tornamos cada vez más cautelosos con los grandes barcos que pasaban por el este. Escuchábamos sus transmisiones de radio, oímos muchos idiomas, códigos extraños, pocas cosas de importancia. Parecían barcos de carga; por lo menos uno era un buque de guerra.

Siento que estoy haciendo que ese viaje parezca razonable. Fue de un terror elemental. El clima no intimidaba a Germanicus; él y los cazadores de focas habían atravesado el mar del Scotia a lo largo y a lo ancho durante toda su vida adulta. Sin embargo, las ráfagas heladas mezcladas con los barcos dispersos de los desgraciados eran demasiado. Nos rendimos a nuestras peores expectativas, y con razón.

—Ahí está, ¿lo oyes? —preguntó Christmas Muir, un incidente que recuerdo porque fue mi primera experiencia con el continente de hielo. Oímos un ruido sordo por encima del viento aullante y del bravo embate del mar—. Te lo dije, mis oídos, yo y las ballenas lo oímos. ¡Mira allí el cielo, señor!

El cielo se oscureció, un clima húmedo, un frío desapacible y devastador y un dosel de nubes cenicientas mezcladas con las densas masas de niebla. Perdimos el sol. Los ruidos aumentaron hasta convertirse en un retumbo grave y seco. Nos balanceábamos hacia un mar grasiento de hielo quebradizo salpicado de negra escoria volcánica. Por la mañana se despejó, y me preparé para forzar los ojos mirando hacia el sur. No fue necesario. A babor, a cincuenta millas de distancia, asomaban las gigantescas montañas de la isla Elephant, cubiertas en la base por una niebla densa que se extendía millas mar adentro. Haces de luz solar se reflejaban en los glaciares que envolvían el centro de la isla y por encima de todo salía un delgado y regular penacho de humo negro de la punta de un volcán activo. A consecuencia de eso, el hielo y la nieve estaban sucios, grises, negros en algunas partes. El volcán parecía tener un gemelo —a menos que se tratara de otro cráter del mismo— encima y por detrás, más pequeño pero más humeante; los dos parecían pirámides negras en aquella cordillera envuelta en niebla.

Ninguno de ellos era el Trono de Satanás; más bien, aquella cadena de islas que había ante nosotros, las Shetland del Sur, eran una cadena volcánica, parte del volátil Arco del Scotia que se extiende desde la península de la Antártida (la Tierra de Graham) hacia el noreste pasando por el archipiélago Palmer, las Shetland del Sur, las Orcadas del Sur y las islas Sandwich del Sur, y luego gira volviendo por el noroeste, por Georgia del Sur y las Malvinas hasta la cola de la cordillera de los Andes en Tierra del Fuego. Descubrimos que las historias de los cazadores de focas sobre el Trono de Satanás (que sí existía) habían pasado por alto toda una cadena de erupciones. Los volcanes de las Shetland del Sur habían despertado de nuevo. Todas

las montañas más importantes y algunas de sus satélites parecían hallarse en diversas fases de erupción; temblores, maremotos, salidas de vapor, bancos de ceniza y venenos sulfurosos, lava que borboteaba saliendo por las fisuras de los cráteres. No era un cataclismo de fuego sobre el hielo, sino una lenta ruptura de la tierra, que se sacudía, temblaba, se desintegraba. No puedo ahora decir cuán completa era dicha ruptura, si lo que daba la impresión de ser una descarga general era en realidad sólo dos o tres volcanes soltando vapor y ceniza por las grietas de las montañas, como si algún ser fantástico estuviera cavando su madriguera. Más aún, carezco de conocimientos científicos para informar por qué ocurría, y cuánto tiempo hacía que estaba ocurriendo. Sólo puedo informar de lo que vi entonces y durante los siguientes veinte años.

El primer día bajo aquella atronadora penumbra —el hedor del sulfuro, el azote de las olas cenicientas— estuvo lleno de sorpresas. La revelación más importante no fue los volcanes, sino que el mar estaba salpicado de barcos que llegaban desde el nordeste y el noroeste. Hice un cuidadoso inventario, ayudado por el hecho de que la visibilidad en el Antártico puede variar de repente, pasando de la nada a una claridad sorprendente: cien millas pueden parecer al alcance de la mano. En medio de los bancos de ceniza y vapor vi que las pequeñas flotillas de los desgraciados eran interceptadas por pequeños guardacostas blancos. Uno se dirigió hacia nosotros. Nos hizo señales en el código internacional. Quería que nos pusiéramos al paio para ser abordados. No amenazó con acciones hostiles. Apunté con el catalejo a su costado, y no vacilé; ordené a Germanicus que le mandara señales a Malody para virar al oeste. El guardacostas blanco nos persiguió pero finalmente se desvió hacia una fragata solitaria con el palo mayor roto. Salimos al mar en busca de la protección de un banco de niebla. Al día siguiente, eludimos a otro guardacostas blanco poniendo rumbo al dosel de vapor que rodeaba a King George, la isla más grande y más cargada de presagios de las Shetland del Sur. Ordené a Germanicus que siguiera avanzando despacio hacia el meridiano sesenta.

No es mi intención que el misterio torne confusa esta narración. Acerté con buena parte de lo que encontramos aquellos primeros dos días, y con las respuestas de Xique me di cuenta de más cosas, aunque me faltaba bastante para llegar a la verdad. Los guardacostas blancos, con el emblema de la cruz roja de socorro internacional, eran parte de la flota de lo que se llamaba, de lo que yo llamé, la Cruz de Hielo. Se los enviaba a acorralar en fondeaderos protegidos a los desgraciados que arribaban estropeados y en tropel. Había campamentos de socorro en esos fondeaderos, Xique sólo pudo confirmarme entonces que había un gran campamento en la costa de sotavento de la isla Elephant. Suministró algunos detalles del campamento, pero esa información tenía cuatro años de antigüedad. Más aún, reconocí que los cargueros grandes formaban parte del esfuerzo de ayuda, llevando comida y pertrechos a medida que llegaban más desgraciados. Sólo daré algunos detalles. Esos campamentos no eran de socorro; esos barcos de misericordia nada tenían que ver



con la misericordia. Descubriría todo eso después. Cuando nos alejamos de la isla Rey Jorge e íbamos hacia la isla Roberts, di por hecho que mi magia había funcionado, que mi suerte se había mantenido. Llegué a la conclusión de que había ido en busca de una fantasía para descubrir un mundo de hielo y ceniza y, sí, de caridad.

Hay más cosas que no quiero que se confundan: los portentos que Lamba obró sobre Skallagrim Strider y sobre mí. ¿Estaba conmigo el fantasma de ese proscrito? Es una distorsión decir que sí, estuvo junto a mi oído mientras el *Rey Jacobo* iba de Mead's Kiss a la isla Elephant. Sin embargo, experimenté el fenómeno de visto-dos-veces. Soy consciente de que visto-dos-veces puede ser una explicación inadecuada, ya que puede dar a entender alguna forma de reencarnación, como si uno hubiera vivido la experiencia antes en una vida previa. No realizo semejante afirmación, no obstante insisto en que hubo algo extraño, consecuente con las costumbres nórdicas. El fantasma de Skallagrim Strider pareció susurrarme, pareció darme la impresión de que yo había visto antes esas crestas de treinta metros y ese mar purpúreo y esos miles de petreles chillones. Yo no era Skallagrim Strider resucitado. Yo era la presencia por primera vez de Grim Fiddle, de algún modo con el recuerdo de un hombre que había estado allí. También rechazo la naturaleza irracional de mis palabras. Pero ¿de qué otra forma podría explicarme a mí mismo que cuando la niebla o la nieve rodeaban al *Rey Jacobo*, sabía lo que vería al salir de ellas? Era un poder exacto: me miraba las manos que aferraban la barandilla entre toda aquella humedad, olía el agua del mar y saboreaba el clima, y creía que había sabido lo que era estar ahí. Yo no era un alma intemporal. Eso no es nórdico. En palabras filosóficas, yo era precognitivo. Las inhóspitas cumbres de la isla Elephant eran terribles, pero mientras las estudiaba comprendí que temía a algo que me resultaba profundamente conocido. También tenía un sentido del rumbo que no debería haber sido mío: supe antes de que Germanicus me lo contara las dimensiones de la isla Rey Jorge, el curso de navegación hacia la isla de Greenwich, los peligros del canal entre las islas Roberts y Greenwich. Y lo más extraño para mí a bordo del *Rey Jacobo*: creí sentir cómo era estar en tierra sobre esas islas, sabía dónde se reunían los leones marinos, dónde se congregaban los pingüinos y los cormoranes, sabía que Germanicus debía mantener una estrecha vigilancia de las ballenas que se entrecruzaban en nuestro camino.

Este poder, mi familiaridad espectral, no fue tan útil como se podría suponer. Embotó mi sentido de la autodefensa, me dio un falso sentido de omnisciencia. También agudizó inmediatamente mi percepción de los detalles físicos y me hizo descuidar la interpretación del significado de los desgraciados. Y como sentía que estaba informado, como si hubiera estado allí antes, y como sentía que los portentos de Lamba podían tener un mérito que iba más allá de la precognición hasta alcanzar una forma personal de invulnerabilidad, me aparté de la gente de la cual era más responsable. Antes les había vuelto la espalda; ahora los rechazaba por completo. Como yo me había elegido para lo extraordinario, condescendí a gobernar su

normalidad. Así como me desafiaba a mí mismo, escupía a otros, Grim Fiddle se estaba convirtiendo en un desconocido para la razón y la decencia.

La cuarta noche después de salir de las Shetland del Sur celebramos un agotador concilio. Estábamos frente a la costa de Greenwich, una isla de tres precipicios, por uno de los cuales salía vapor, encajada entre la isla Roberts, más pequeña, y Livingston, grande y con forma de W. Significativamente, Greenwich estaba cortada por el meridiano sesenta. Nos reunimos en la sala de operaciones, Lazarus estaba inquieto, no tan perturbado como los demás; pronunció un largo discurso sin importancia, luego añadió:

—No opinaré. Pero ¿teníamos que venir a un sitio así? ¿No existía otro camino?

Jane y Violante informaron sobre las raciones, Annabel Donne sobre la salud de los pasajeros, todo con voces quebradas por la angustia. Lloraron. Entonces me di cuenta de lo vencidas que estaban. Los cazadores de focas dijeron que no compartían lo de las Shetland del Sur pero que irían si se les ordenaba. Dijeron que habían cazado allí en su tiempo, y que Ugly Leghorn y algunos otros habían pasado inviernos allí. Estaban obsesionados por los volcanes, y hablaron fuera de turno, Germanicus estaba abatido por el barco y la tripulación, dijo que los informes de Malody hacían imperativo que se le permitiera mandar a tierra a su gente de inmediato.

—Por su bien, Grim —dijo Germanicus—, deberíamos permitir que esos guardacostas nos escolten.

Todos consideraban que los campamentos de socorro nos ayudarían y que mi resistencia a ese proceder se debía bien a una mala información o bien a un trastorno mental.

Les dije que quería seguir con el reconocimiento un día más, quizá dos, antes de tomar una decisión sobre los campamentos. No mencioné al abuelo ni al *Ángel de la Muerte*. No estuvieron de acuerdo, no se rebelaron. Viramos, con el *Paquebote Candelaria* avanzando pesadamente detrás, y entramos despacio en la niebla que llenaba el canal entre las islas Roberts y Greenwich. Estudié las costas lo mejor que pude: focas, pingüinos, miles de aves anidando y volando en círculos; los graznidos entorpecían nuestras conversaciones. Las laderas más bajas de las dos islas estaban libres de hielo, enmarañadas de líquenes y de musgo, cosa que según me dijo Peggs no era inusual en verano. Aparte de la falta de brezales, esas islas tenían el mismo aspecto que Georgia del Sur: riscos, peñascos, mesetas, una soledad sobrenatural. Los cazadores de focas señalaron los pulidos riscos más altos, preocupados de que los volcanes estuvieran derritiendo el hielo. Christmas Muir echó la culpa de todos los problemas ese día al Trono de Satanás, que según él estaba al sudoeste, en la península Antártica.

Fuimos atacados al finalizar el día, cuando dejamos la marea revuelta después de la isla Roberts y entrábamos en el estrecho de Bransfield, girando hacia estribor sobre

la costa de sotavento de Greenwich. Yo estaba en cubierta, distraído. Dos pequeños guardacostas, de un solo mástil, salieron a toda velocidad de la niebla y abrieron fuego con armas automáticas de gran calibre. No presencié toda la acción, obligado a mantenerme agachado por las descargas, de modo que no puedo contar detalles. Nos destrozaron. El primero en ser abatido fue nuestro timonel, Davey Gaunt se arrastró al timón y mantuvo el rumbo hasta que las heridas lo vencieron, y luego Ferraro, un joven malvinense, ocupó su lugar hasta que fue despedazado por astillas voladoras. Nuestra respuesta armada resultó ineficaz. Nos quedamos en la cubierta y esperamos la muerte. Al principio nos ayudó la mar gruesa, y las fuertes ráfagas de viento nos mantenían por delante de nuestros atacantes, lanzándonos hacia rocas que nos podrían haber destrozado y no lo hicieron, sino que retuvieron a los atacantes. No había manera de ayudar al *Paquebote Candelaria*; recibió un fuego cruzado, perdió el palo de trinquete y se incendió. No sé cuánto tiempo estuvimos recibiendo disparos. En algún punto el fuego decayó y encontramos huéspedes en la cubierta, Motherwell y los Voluntarios lucharon mano a mano, Germanicus, Otter Ransom, Wild Drumrul y yo mantuvimos el alcázar, con Indigo Zulema y cinco malvinenses. Matamos a criaturas pequeñas, de caras oscuras, sucias y rápidas como los animales, sin contemplaciones o tácticas sensatas. Iban vestidos con pieles de focas, olían a rancio y a humo, como madera quemada, estaban armados de arpones, cuchillos, porras, pero no armas de fuego. Disparamos y disparamos y no dejaron de venir. Vi a uno que intentaba morderle la pierna a Indigo Zulema, como lo haría un lobo. Se inició un incendio en el lado de babor que no pudimos controlar. Se oyeron unos gritos desde abajo cuando los piratas entraron en el alcázar, Germanicus y yo luchamos codo a codo abriéndonos paso entre ellos; caían con facilidad y no se quedaban tendidos.

Nos rescataron. Ésa es la simple verdad, y a pesar de los ultrajes que luego descubriría había cometido la Cruz de Hielo, no quiero quitarle el mérito por haber salvado mi vida y la de los míos aquel día. Un enorme guardacostas blanco salió de la niebla y abrió fuego sobre nuestros atacantes. Nos pasó por el lado de estribor a toda marcha hacia el *Paquebote Candelaria*, echó botes al agua y embistió a la embarcación enemiga más pequeña. No puedo decir qué más se hizo, pues me encontraba demasiado ocupado en la cubierta del *Rey Jacobo*. El guardacostas blanco fulminó al enemigo. El atacante intacto dejó de combatir y huyó metiéndose en un banco de niebla hacia el sur. A esas alturas, el *Paquebote Candelaria* se estaba hundiendo. El guardacostas blanco recogió a los supervivientes; sin embargo, la gente de Malody no fue subida a bordo del guardacostas sino que quedó en las lanchas. Después de haber limpiado nuestras cubiertas (y anoto lo perplejo que quedé al descubrir que las criaturas de caras oscuras apenas parecían sangrar), ordené a Germanicus que intentara bajar uno de nuestros botes para ayudar en el rescate de la gente de Malody. El guardacostas blanco nos indicó por señales que nos quedáramos quietos, luego que los siguiéramos. Apareció otro guardacostas blanco, Germanicus informó que nuestra radio estaba llena de confusas órdenes en español que

intercambiaban los dos rescatadores. A la deriva, habíamos entrado bastante en el estrecho de Bransfield. Del otro lado, a unas cien millas al sur, se extendía el paisaje azul ennegrecido de la península Antártica, visible de vez en cuando a través de los danzantes bancos de niebla. Ése fue mi primer vistazo del continente. Estaba conmocionado, cubierto de sangre, y no me importó. Lo que sí me importó fue el informe de bajas: por lo menos una docena de muertos, incluyendo al bravo Ferraro y nuestra pérdida mayor, Toro Zulema. Había tantos heridos que no los contamos. Y en la bodega parecía haberse producido una carnicería, pues los atacantes se habían abierto paso a golpes de cuchillo entre las mujeres y los niños, Motherwell reunió a los Voluntarios junto al palo mayor e informó de los desaparecidos en acción, entre los que se incluían Peggs, Ensign Ewart, el pequeño arponero Khartoo y, lo peor de todo para mí, Wild Drumrul.

El sistema de navegación del *Rey Jacobo* estaba destruido. El barco ardía, pero con músculo y puro valor Germanicus y Medio-Rojo Harrah consiguieron hacernos virar, controlaron el incendio y siguieron a los guardacostas blancos al interior de la niebla que bordeaba la costa de Greenwich. En algún momento aquella noche (el sol no se pone en la Antártida en verano) anclamos en la bahía de Aurora, frente a la costa de sotavento de la isla Livingston, delante de los muelles y las dependencias de un campamento del hielo.

¿Qué fue lo primero que vi? Aparte de los otros barcos y de un pequeño buque de vapor que descargaba mercaderías, sobre la costa había estructuras largas y chatas, encajadas de manera inteligente en las hondonadas del lecho rocoso; allí estaban los dos guardacostas blancos que habíamos seguido; pero lo más sorprendente era la escarpada pared de piedra blancogrisácea que se levantaba desde el interior de la bahía y desaparecía allá arriba en la niebla. Esa pared de piedra temblaba cada vez que retumbaban los volcanes; llegaría a representar un reloj gigantesco, con nuevas grietas por cada nueva erupción, hendiduras de las que brotaban cristales de hielo cada vez que el viento trajese un vendaval del mar del Scotia.

Yo estaba herido, con huesos astillados y quemaduras, y fui vendado abajo. Los hombres de la Cruz de Hielo me esperaban en la cubierta. Había más de una docena, bien armados y enfundados en sucios abrigos blancos de piel con capucha, barbudos, curtidos, con la confianza de los veteranos y la postura del que siempre está agotado. Su líder era un alemán llamado Dietjagger o algo parecido. Me preguntó mi nombre y nuestro puerto de origen, Germanicus no quería hablar con él. Entendí que yo debía hacerlo. Contesté a su mal inglés con mi pobre alemán. Eso lo sorprendió y, creo, explica por qué fue tan comunicativo, algo que sé que no era corriente. Tenía un trabajo insufrible, frustrante, infame, y él lo sabía. Iba a juzgarnos, pidiendo detalles centrados en nuestra salud. Ése fue el tema crucial, el que determinó nuestro destino, Dietjagger insistió en que sus hombres inspeccionaran la bodega. Eso llevó tiempo, y mientras tanto Dietjagger dio algunas pistas sobre la situación. Utilizaba mucho lenguaje oscuro, y prefería el argot y las frases a medias. Fue por Dietjagger que me

enteré de la Cruz de Hielo. Hubo otros datos de la situación en la Antártida, la mayoría de los cuales no me sirvió en aquel momento. Ahora la conozco, mejor que cualquier hombre vivo, y puedo traducir la torpeza de Dietjagger. La Cruz de Hielo era una manera familiar de llamar al Comité Internacional del Colectivo de Ayuda Antártico de la Cruz Roja. Ésa era la madre misericordia en las Shetland del Sur; estaba patrocinada por muchos tipos de patriarcas, como por ejemplo la *Antarctique International* de París, lo mismo en Roma y en Munich y muchas otras ciudades de Europa, África, las Américas. Los hombres de la Cruz de Hielo conocían a sus patrocinadores por su miríada de acrónimos y apodos, como el que usó Dietjagger para referirse a sus jefes en Munich: *Der Eisvater*. No había ninguna comunidad internacional verdadera involucrada del todo en el asunto, sólo confederaciones fortuitas, fondos de aquí, pertrechos de allá, comida de gobiernos y consorcios industriales privados, y en especial de la Iglesia Católica Romana. En conjunto, no era otra cosa que caridad. La Cruz de Hielo era la encargada de administrar esa caridad. No tendría que haber funcionado tan bien como lo hizo, teniendo en su personal a voluntarios, convictos, peregrinos, verdaderos patriotas, santos aún más verdaderos y lo que llegó a ser una elite de los más crueles y duros mercenarios del mundo: soldados de fortuna, aunque prefiero llamarlos soldados de caridad.

Descubriría todo eso más tarde; Dietjagger me explicó las cosas de un modo ritualista, despótico. Dijo que el campamento que teníamos ante nosotros en la bahía de Aurora estaba administrado por una orden católica, los Hermanos del Perpetuo Testigo en el Gólgota. Dijo que una vez que habíamos puesto pie en tierra no tenía sobre nosotros jurisdicción ni interés. Su consejo fue que mantuviera unida a mi gente. Dijo que los Hermanos eran mejores que la mayoría, que tenían preocupaciones espirituales, que se comentaba que la comida era pasable. Apuntó al barco que estaban descargando como prueba de nuestro bienestar. Añadió con voz monótona, como si él mismo no lo creyera, que tan pronto como fuera posible yo debería buscar a un representante de una organización del tratado y solicitar un reasentamiento... no me acuerdo del acrónimo que empleó, probablemente SATORE, en aquel entonces la red de socorro con jurisdicción sobre las islas situadas frente a la costa africana. No explicó de qué forma podía yo buscar a ese mecenas.

Miré a Lazarus cuando Dietjagger terminó de hablar, y vi que decía que no con la cabeza. Ahora que nos hallábamos de nuevo cerca de la costa, Lazarus recuperaba su autoridad sobre mí. Cuestioné la falta de sinceridad de Dietjagger.

—Hice lo que pude —dijo Dietjagger, disgustado.

Sus hombres regresaron para informar que estábamos libres de enfermedades. No se habló de la plaga. Pregunté por el *Paquebote Candelaria*. Dietjagger no me contestó. Entonces comprendí que habíamos perdido a la gente de Malody, que sería enviada a otro campamento donde se recibía a los infectados, Dietjagger empezó a recitar de nuevo su dogma, diciendo que este campamento, Livingston Sudeste I, era nuestro destino. Cometió un desliz y usó la palabra de su argot para referirse al

campamento. Lo llamó «Gólgota».

Dietjagger había guardado la exigencia más amenazadora para el final. Se nos ordenó entregar las armas de fuego; se nos informó de que podíamos guardar los cuchillos, arpones y espadas. Se adelantó a cualquier posible resistencia, me dijo que no teníamos elección, que su capitán no vacilaría en hacer cumplir a la fuerza las obligaciones de Dietjagger.

—Tenéis agujeros en la línea de flotación. Vuestros aparejos están destrozados —dijo Dietjagger—. Tenéis muchos muertos y docenas de heridos. El Estrecho es la muerte desde aquí hasta la isla de Anvers, amigo. Éste es el final de vuestra lucha. Entregaos. Aceptad el futuro.

Comprendí lo que debía hacer. Me detengo para narrar nuestro concilio. Discutieron lo obvio. Extrañamente, fue Longfaeroe el más lúgubre, y estuvo más cerca que nunca de apartarse de mi guía. No quería desembarcar allí, y dijo:

—Gólgota no es sitio para la gente de Grim Fiddle. Es el lugar de las calaveras.

Después de cumplir las órdenes de Dietjagger, ocultando tantas armas como pudimos, sus hombres, un grupo internacional, en su mayoría de habla hispana, organizaron nuestro traslado a tierra, Dietjagger quería retirarse. Sentí que temía que le hiciera más preguntas. No estaba acostumbrado a los desafíos, sino a acorralar a gente demasiado hambrienta y consumida como para preocuparse por lo que le esperaba después. Su tarea era más servil de lo que parecía al principio. Mi reto lo obligó a pensar en lo que estaba haciendo, y eso lo deprimió, lo amargó, lo debilitó, y también lo hizo meditar. Subí y me acerqué a él, ante la barandilla de la borda, no para darle las gracias sino para saber qué pensaba. Debió creer que iba a insultarlo, pues giró a la defensiva y dijo:

—Descubrirás que la vida aquí no es distinta de la que has dejado. Ni tampoco de la que yo he dejado. ¿Eres del Norte? Escandinavo, ¿verdad? Yo también, de Prusia, Alemania del Este. Mi pueblo es socialista. Yo no soy nada. Los dos somos iguales. Descubrirás que aquí la muerte es diferente. Pero no estamos muertos, y ¿eso qué importa? Estas islas son reclamadas por muchas naciones. Hay comida, y algo de esperanza. Es mucho peor en otras partes, en el Pacífico. Mucho peor. Y he oído que en el Caribe los campamentos se han rebelado, y están dejando que las epidemias hagan el trabajo de la policía.

—No ha habido ninguna guerra —dije, repitiendo el juramento del capitán inglés en Gaunttown—, sólo un maldito desorden.

—Amigo mío —repuso con calma—, si tenemos suerte, los dos estaremos muertos antes de que termine. Adiós.

Dietjagger bajó a su bote, y siguió mirándome mientras lo llevaban de vuelta a su guardacostas. Me gritó algo en un tono colérico. Recitó lo que supuse que era un aforismo alemán; luego se lo repetí a Lazarus, que lo tradujo correctamente.

—Es de Nietzsche, hijo de un predicador luterano. Significa: «La locura es rara en los individuos, habitual en los grupos, los partidos, las naciones y las épocas».

No me gustó ese aforismo entonces, me gusta menos ahora. Los nórdicos habrían dicho que era obra de un bardo-parlanchín y un lengua-extraña. Es presuntuoso, no dice nada, pero lo hace con elegancia y astucia. Es un sofisma. Habla de la misma soberbia misántropa que el Nuevo Benthamismo, fingiendo describir la naturaleza de la humanidad mientras lo que hace en realidad es rechazar a la humanidad con cinismo decorativo y medias verdades calculadas.

He realizado un pobre trabajo narrando aquellos cuatro días desde nuestra llegada a las costas de la isla Elephant hasta nuestra rendición en la bahía de Aurora. Ahora no lo vivo como una pesadilla, sino como escenas demasiado atestadas de dolor e ignorancia como para que pueda recordarlas con resonancia. Estábamos privados de seguridad, comida, del *Paquebote Candelaria*. de Toro Zulema, de Wild Drumrul, de muchos más; y, principalmente, de información. Todos esos barcos de los desgraciados, ¿de dónde habían venido, qué esperaban, cuál era su fin? Resulta demasiado fácil decir, y sin embargo es todo lo que tengo que decir, que venían de las Américas o de África, que esperaban un santuario, que eran encerrados en esos campamentos, donde morían o escapaban o esperaban. ¿Esperaban qué? ¿Los nobles sueños? Me atrae la idea de Abigail. Creo que cada hombre y mujer, sea cual sea su situación o su suerte, tiene derecho a sueños nobles. Ejercer ese derecho implica costos. Uno paga con el corazón. No se trata de una cuenta sin fin. Se puede reponer lo que uno ha retirado —el sol, un poco de buena comida, algo de bondad humana— pero también se puede vaciar, y después de ese tipo de desesperación, no se me ocurre qué sentido puede tener la muerte. Insisto en que esos nobles sueños hablan todas las lenguas, llegan a los muy ancianos, a los criminales, a los muy jóvenes. Sueños nobles eran lo que unía al *Rey Jacobo* con los supervivientes del *Paquebote Candelaria*, con los desgraciados que vimos zozobrar en el mar del Scotia, con esas criaturas de caras oscuras que mataron a Toro Zulema, con Dietjagger y sus hombres brutales, con los más desgraciados de Gólgota. Y, sí, con los propios Hermanos, quienes a su manera dolorosa, piadosa, espiritual e ineficaz no sólo tenían sueños nobles, sino que hacían lo que podían, todo lo que sabían, para transmitirnos sus peculiares sueños nobles a nosotros, los desgraciados.

Me viene a la memoria un incidente que debería ayudar a ilustrar tanto mi sentido de los nobles sueños como la angustia que yo y los míos sufrimos al abandonar el *Rey Jacobo* para entrar en Gólgota, Cleo, la hija de cuatro años de Lazarus y Violante, tenía un muñeco, un perro pastor de trapo que le había hecho Charmane Gaunt, Cleo puso *Goldie* al muñeco por sus propios motivos. Como Cleo dormía con *Goldie*, con cierta regularidad el muñeco se aplanaba y apelmazaba, de modo que para rellenarlo yo le daba el pelo que se soltaba cuando cepillaba a *Iceberg*. Cleo aprendió a coser, y hacía ropa para *Goldie*, incluyendo un abrigo como los de piel de foca que llevábamos nosotros. Mientras avanzábamos por el mar del Scotia, enfundaba a *Goldie* en trajes cada vez más gruesos. También insistía en que *Goldie* compartiera

sus raciones, algo que Violante aceptaba en teoría. En una ocasión Cleo me pidió que le contara a *Goldie* cómo iba a ser nuestro nuevo hogar. Hablé de un rancho ganadero en una pradera verde, con una cocina enorme donde Cleo hornearía pan para alimentar a toda la gente hambrienta, con un gran rebaño de ovejas para que *Goldie* lo cuidara. Quizá se pueda entender por qué resultaba más duro mentirle a Cleo que meter el *Rey Jacobo* en esos mares, más aún mirando hacia atrás, pues la niña me creía totalmente, creía que si *Goldie* estaba feliz con su futuro, ella también.

La noche después del ataque, mientras nos trasladaban a tierra, vi a Cleo en la cubierta. Había envuelto los flancos de *Goldie* con un vendaje descartado, y llevaba al muñeco en cabestrillo del mismo modo en que nosotros llevábamos a nuestros heridos, Cleo lloraba, le hablaba a *Goldie* como una buena enfermera. Bajó a tierra antes que yo, y después me enteré de su enfrentamiento con los Hermanos. Los Hermanos eran hombres pequeños, extraños, que ayunaban dos de cada tres días y mantenían votos de silencio. Lazarus los consideraba fanáticos estúpidos, decía que si hubieran hablado habría sido para negar la vida misma. Yo no estuve de acuerdo, en especial porque cuando Cleo pasó por la cabaña de recepción con su madre, pidió que a *Goldie* se le diera una etiqueta de identificación como la suya para llevar alrededor del cuello. Uno de los Hermanos —y por entonces no sabíamos cómo distinguirlos de sus ayudantes, los Hermanos Pequeños, un difícil grupo de convictos— complació a Cleo. Esto provocó dificultades en los dormitorios. Nos vimos agrupados en unidades arbitrarias llamadas familias. No había camas, sólo mantas, y las familias se reunían en torno a hornillos que servían de calefacción y cocina. A cada hornillo se le asignaba un número de familias, lo que significaba tantos adultos, hombres y mujeres, y tantos niños. Debido a que *Goldie* tenía una etiqueta de identificación, un número, ocupaba el lugar de un niño y recibía las raciones de un niño. Sólo cuando trasladaron a mi gente, de los dormitorios que servían de alojamiento temporal a los recién llegados a las viviendas comunales del campamento principal, se descubrió y corrigió el error. Los Hermanos no eran guardianes rígidamente escrupulosos, pero el espacio era un problema crucial, *Goldie* perdió su etiqueta, Cleo quedó destrozada, perdió el ánimo, entró en un período de duelo, dijo que moriría con *Goldie*. No era una invención totalmente suya, pues había observado que cuando un interno moría le quitaban la etiqueta de identificación. Ésa era la manera que tenían los Hermanos de llevar la cuenta de las raciones. Violante se asustó por el estado de ánimo de Cleo, ya que el primer indicio de muerte en Gólgota era cuando una persona dejaba de luchar: las pulsaciones bajaban en picado, los ojos se ponían vidriosos, los movimientos se volvían perezosos, Cleo parecía inconsolable, llevó a *Goldie* a los altares de las casas comunales (toscamente contruidos pero, en general, muy parecidos a los de la catedral de Estocolmo) para bendecirlo antes de morir, Cleo le contó a Violante que nunca sentía calor al dormir porque *Goldie* estaba demasiado frío. Y por mucho que Violante la alimentara (nuestra dieta era pasta de pescado, arroz, judías, pulpa de algas marinas, complementados con carne de ave, de ballena y de foca), Cleo seguía



perdiendo peso, musculatura, viveza.

Al terminar enero y empeorar el clima, Violante tuvo la certeza de que Cleo se moría. Le cantábamos, hablábamos con ella, fingíamos alimentar a *Goldie*, acercábamos a *Goldie* a los hornillos; nada funcionaba, Otter Ransom salvó a Cleo. Le explicó en el inglés cantarín que había asimilado que *Goldie* estaba enfermo porque se encontraba fuera de lugar, *Goldie*, dijo, no debería estar con nosotros en las casas comunales, sino con los perros en las cabañas de servicio, donde *Iceberg* y *Beow* y el resto de la camada se ocuparían mejor de él que nosotros, Cleo lo meditó, lloró más; pero entonces, con poca ceremonia, entregó a *Goldie* a Lazarus para que se lo llevara a Grim Fiddle y éste, a su vez, lo llevara junto a *Iceberg* y *Beow*. Dio instrucciones sobre las heridas de *Goldie*, su dieta, su personalidad. Después de eso, Cleo durmió sin temblores porque, sostuve, había recuperado sus nobles sueños para ella misma y para *Goldie*.

Gólgota no era un lugar de calaveras. Estaba desamparado y mal construido, bañado en humos y temblando de manera constante, pero no era una tumba. Los nórdicos lo habrían llamado pantano miserable y lo habrían arreglado con piedras calentadas en enormes hogueras. Carecíamos de semejantes lujos, sin embargo nos arreglábamos, aterrados de lo que haría el invierno con unas cuevas fabricadas por el hombre. Lo descubrimos a medida que cavábamos. Debido al juramento de silencio de los Hermanos, nos enteramos de la historia de Gólgota por los Hermanos Pequeños, los custodios del campamento, que eran mentirosos y ladrones, todos convictos trasladados a las Shetland del Sur para esta tarea. El más antiguo, Mosquite, llevaba allí dos años. Lo que sí parecía cierto era que Gólgota tenía cinco años de antigüedad, que había sido levantado sobre los restos de una estación meteorológica, y que los primeros desgraciados habían arribado allí en un barco abandonado empujado por la tormenta y la locura a través del mar del Scotia. Ahora considero apócrifa esa historia ya que la oí varias veces referida a otros campamentos, y con toda probabilidad se aplicaba sólo al primero de ellos.

El torrente de desgraciados, sin importar cómo llegaron, abrumó la estación meteorológica. Los Hermanos Pequeños no podían explicar cómo había venido la Cruz de Hielo a las Shetland del Sur, no creían que la Cruz de Hielo requiriera una explicación: ellos eran esclavos, nosotros éramos esclavos, ¿a qué esclavo le importa de dónde procede su amo, o por qué? Tampoco podían explicar por qué los Hermanos del Perpetuo Testigo en el Gólgota, otra de las órdenes tramposas que florecieron en la Edad del Exilio, habían elegido la isla Livingston para su misión. Apunto que los Hermanos diferían profundamente del padre Saint Stephen y de *La Gracia de Dios*; eran bondadosos, confundidos y sufridos servidores de Jesús, en su mayoría europeos, y casi todos europeos del norte, letones y polacos. Resulta creíble que los desgraciados originales fueran dejados en Gólgota por un barco, o barcos, no muy distinto de lo que había sido *La Gracia de Dios* antes de que el padre Saint Stephen y

sus hombres se vieran agobiados por la perversión de su caridad y se derrumbaran ante sus peores pesadillas. Mucho de lo que los Hermanos Pequeños decían no era creíble: que la Iglesia estaba mandando miles de sacerdotes para convertir los campamentos; que algunos de los Hermanos Pequeños habían sido soldados capturados en una guerra en el Caribe (como Xique); que los campamentos estaban siendo atiborrados ahora con desgraciados transportados deliberadamente a las Shetland del Sur por gobiernos envueltos en guerras civiles. Áreas enteras quedaban sin explicación: cuán seguros eran los barcos de suministros; quién había proporcionado el equipo de extracción de tierra y construcción en las cabañas de servicio; dónde seríamos reasentados siempre y cuando llegara alguien para oír nuestras peticiones.

Durante el año que permanecí allí, Gólgota jamás albergó a más de cinco mil internados. Nos alojaron en docenas de casas comunales toscamente unidas entre sí y labradas en el lecho rocoso. Alguien había realizado toda esa extracción de tierra, y con equipos poderosos y sofisticados; jamás descubrimos quién había sido exactamente. El índice de mortalidad era difícil de medir; calculo que era de menos de diez por día. El frío peligrosamente húmedo, provocado por la humedad excesiva procedente de las costas antárticas, no mataba de manera directa. Debilitaba a los fuertes, destrozaba a los indigentes. Había por lo menos cincuenta Hermanos que imitaban el anonimato; y el doble de ese número de Hermanos Pequeños de todos los tipos: brutos, libertinos, campesinos. En conjunto no eran nuestros carceleros, necesitaban nuestra cooperación tanto como nosotros necesitábamos su acceso a la caótica autoridad de la Cruz de Hielo.

Dentro del campamento la sociedad humana mostraba sus vicios corrientes, como había dado a entender Dietjagger cuando dijo que aquello no era distinto de lo que ninguno de los dos habíamos dejado. Comida, calor y espacio eran las necesidades. Egoísmo, desesperación y accidentes eran las amenazas. Los Hermanos Pequeños eran los principales transgresores con abusos patéticos. Compraban mujeres, acaparaban comida, tenían armas de fuego que blandían groseramente. Había palizas, ahorcamientos, persecuciones, anarquía. El trueque era el valor corriente. Los Hermanos Pequeños, muchos internados y mi gente practicábamos la usura. Las raciones siempre eran insuficientes porque uno necesitaba trabajar o no dejar de moverse para mantener a raya la humedad; sin embargo, eso hacía que uno necesitara más comida. La calefacción era improvisada. Los que veníamos de climas más fríos, sabíamos cómo aislarnos, cómo soportar la crudeza del tiempo, e hicimos todo lo posible para enseñar a sobrevivir a los de climas ecuatoriales. Unos pocos aprendían, la mayoría no. Quemábamos el carbón que se nos daba, también la grasa de ballena que conseguíamos, lo que llenaba las casas comunales de un humo denso que nos ennegrecía la piel. Hay muchos trucos en el hielo: bañarse en orina, mantener las extremidades secas; es un juego duro, y se puede ganar, aunque no indefinidamente.

Un importante misterio al principio fue que los dormitorios tenían una fuente de

calefacción interna. Llegamos a la conclusión de que el calor debía venir de la montaña, que debieron emplazar allí el campamento a causa de las erupciones. Creo que a ese tipo de calor lo llaman geotérmico. Nosotros lo llamamos regalo del cielo. También había vapor caliente en las grietas de afuera, a lo largo de la hondonada, en el glaciar; y en dos de las casas comunales había un estanque de agua hirviente que resultó ser una maldición, pues muchos se habían bañado en ella, y perdido las grasas corporales, quedando sin defensas para la neumonía. Por lo que sé de la ciencia, y por lo que más adelante aprendí, es probable que las erupciones hubieran abierto grietas calientes a lo largo de las Shetland del Sur; se descubrió que una de esas grietas, en la isla Elephant, contenía un carbón muy duro, que era sacado por esclavos para esclavos.

Mi gente llegó a prosperar en Gólgota, si esa palabra, «prosperar», es tolerable. Éramos homogéneos, perseverantes y nuestros conocimientos nos llevaron a la cabeza de la comunidad. ¡Comunidad! No pretendo ser irónico; mis palabras no sirven para retratar los extremos que imperaban allí, hacen parecer como si Gólgota fuera igual que cualquier otra cultura humana. Eso es mentira. Me esfuerzo por aclararlo. Nosotros, los georgianos del sur, nos hicimos cargo del batallón de trabajo, dividimos nuestra labor entre apuntalar nuestro espacio y cazar en el exterior, en las laderas de Livingston y en lanchas. Eso pronto nos involucró en la seguridad del campamento. Los Hermanos Pequeños tenían un interés morboso en las criaturas de caras oscuras que ellos llamaban los hielistos. Decían que se había producido un ataque cada verano; nosotros adivinamos que eso significaba que cada verano había habido una masacre, mientras los Hermanos Pequeños abandonaban las defensas y se escondían en el interior. Poseíamos las pocas armas de fuego que habíamos ocultado de la Cruz de Hielo; los Hermanos Pequeños estaban armados y no querían darnos sus armas. Era evidente que lo que nos protegía era el azar. Llegué a la conclusión de que si algo mantenía alejadas a esas criaturas de caras oscuras era la Cruz de Hielo. Más próximo a la verdad era el hecho de que el nuestro era un campamento pequeño, que no merecía ataques regulares, y que los hielistos estaban muy mal organizados, que eran como nosotros, pero un peldaño más abajo: condenados, ineptos, maldecidos por el hielo, Lazarus solucionó el acertijo diciendo que hielistos significaba, figurativamente, hermanos del hielo.

Tengo motivos para presentar Gólgota como un sitio tolerable, justo. Fue nuestro refugio en la oscuridad. Jamás fue tan malo como podría haber sido, como sé que fueron otros campamentos. Hubo más continuidad que la que mi gente había disfrutado desde la partida de Georgia del Sur. Nuestros heridos murieron o vivieron; pasamos hambre e improvisamos: nada distinto de lo que habría sucedido en el mar. Estábamos mal situados, pero razonablemente mejor de lo que podría haber sido nuestra situación en una costa extraña enfrentando a chauvinistas como los patties o la enfermedad. Los Hermanos intentaban dividir los suministros de manera equitativa, apiadándose de los más necesitados, como los niños o los incapacitados.

Los Hermanos Pequeños hacían trampas, se los podía sobornar. Los temblores eran incesantes, con algunos hundimientos; sin embargo, eso no era peor que aquellos mares revueltos. Después de los dos primeros meses, mi gente se había adaptado astutamente, se había mezclado hábilmente con los internados. Los demás desgraciados consideraban Gólgota algo más que un refugio; lo estimaban, como si fuera un milagro. Eran víctimas de inenarrables guerras, catástrofes y ultrajes, y habían caído en la miseria absoluta, Lazarus, andrajoso y con ojos de lince, los estudiaba con perspicacia, y al principio pareció ganar prosélitos entre sus jefes hablando en español y en portugués. En realidad estaba haciendo propaganda, y no de lo que yo suponía, sino que se trataba de una estrategia más sutil. Había recuperado la salud —aunque no la ecuanimidad, algo que ninguno de nosotros volvería jamás a encontrar— y con ella un objetivo tan claro como el viento. Lo vi ir y venir, un misionero sombrío en recintos sombríos, y esperé una explicación, que recibí a finales del verano.

—Esto es el paraíso para los mendigos. Se echan y gimen como bestias apaleadas —dijo, señalando con ademanes el corredor que conducía de nuestros dormitorios al eje del campamento.

A esas alturas, habíamos negociado para conseguir lo mejor disponible —el bien mayor para el número menor— y dispensábamos nuestras dádivas por nuestro propio beneficio y por nada más; no por decencia, decididamente.

Me sentía con el ánimo por el suelo. Quizá tuviera que ver con algunos problemas de racionamiento; por otra parte, siempre estaba de mal humor en Gólgota. Miré a Lazarus y dije lo más groseramente posible:

—Imagino que éste sería un lugar adecuado para tu Platón.

—Te burlas de mí. Has cambiado. Yo he cambiado. Con motivo: el tiempo influye. Muerde, como el frío. Escucha con atención. Aquí no hace falta asustarse. Tenemos una sociedad posrevolucionaria. Estamos atrapados en la fase entre la anarquía y la tiranía. Los Hermanos son mencheviques, no malas personas sino tontos gimoteantes, ciegos, mudos. Cooperan neciamente con nuestros rufianes antisocialistas, Mosquite y su grupo, y con los imperialistas, la Cruz de Hielo. ¿Me comprenderías si te dijera que nuestro deber es adoptar el idioma de los bolcheviques? En Francia, fue el Directorio el que tuvo que ser aplastado por Bonaparte.

—Balbuceas cosas sin sentido. No me des ninguna lección de historia —repuse.

—Supongo que no —continuó Lazarus, los ojos negros clavados de nuevo en algo muy lejano, sugestivamente sobrenatural—. ¿Te das cuenta de que Silva y los Hermanos creen que han fundado una sociedad del Sermón de la Montaña? Los Hermanos buscan en el misticismo, en la vida futura en su Cielo, pruebas para su conducta. Dicen a los mendigos que esperen a Jesús, y ellos, milenaristas estúpidos, también lo hacen. Fíjate, Grim, migajas de pan y océanos de promesas. Existen elementos de disidencia. Las condiciones son abrumadoras. Están los hielistos. Me

pregunto si tienen gobierno; lo más probable es que tengan una confederación tribal. Son subracionales: lo peor del hombre. Bestias, Grim, azotadas y azotadas. Me pregunto si la Cruz de Hielo sabe que hay un punto, un momento perceptible, en que ya no puedes seguir azotando a una bestia. Ha perdido el instinto de supervivencia, y ataca. Esa bestia necesita un amo que la quiera, que la asuste, que la pueda usar.

Dije a Lazarus que dejara de mostrarse condescendiente conmigo. Lo veía en un estado casi alucinatorio: divagando, moviendo las manos en el aire. Era una señal de hipotermia. Debí haberlo consolado, no lo hice. Él era despiadado, le devolví lo mismo. Le dije que no necesitaba sus grandes conocimientos para saber que Gólgota era posible porque todas esas maravillosas repúblicas suyas se habían convertido en turbas sin conciencia, para no hablar de la justicia.

—La justicia es lo que uno dice que es —dijo. Me relajé, Lazarus estaba histérico. Prosiguió—: La ley es humana. Tiene límites y requiere continuas enmiendas. Te conozco, Grim Fiddle. Has absorbido ese antirracionalismo predicado por Mord Fiddle. ¡Luteranos! ¡Tú y tu abuelo! Arquitectos fantásticos, dividiendo todo en el Reino del Cielo y en el Reino de la Tierra, y luego aplicando vuestras dobles verdades, la ley humana y la ley divina. Vosotros, los luteranos, seguís con los peores excesos de la Iglesia romana que rechazasteis. Apartáis la cara de la Edad de la Razón que ayudasteis a nacer. Creéis que la razón es, ¿qué, «la ramera del Diablo»? Y vuestra heroica obstinación, vuestra delirante porfía os lleva a denunciar la ley porque no es infalible, porque puede ser quebrantada por los hombres que la hicieron. Anheláis la certidumbre absoluta. Al no encontrarla, os declaráis jueces absolutos. ¿Y cómo racionalizáis (perdona la palabra), cómo justificáis vuestras groserías y errores y crímenes? Recurrís al llamado misterio del divino perdón de los pecados, como si se tratara del truco de un alquimista. ¡Sshhh! ¡El hombre justo se salva! ¿Y el hombre injusto? El hombre injusto siempre ha estado condenado, ¡desde antes del nacimiento del tiempo! Y esa fe vuestra, incommovible, porque declaráis que es una fe en el Altísimo, en Dios Todopoderoso, que está más allá de toda demostración. Es, en realidad, fe en vuestra propia terquedad. Vosotros, los luteranos, sois tiranos natos. Pero útiles, obligados milagrosamente por vuestro sentido de la dignidad. No un rey de reyes, sino un tirano de tiranos. Ni siquiera los Evangelios, que vosotros los protestantes convertís en fetiches de la voluntad, os detienen. ¡Reconócelo! Ésa es la causa por la que tú, Grim, no soportas a los Hermanos. Denuncias el Sermón de la Montaña como una ley inapropiada para este mundo, como derrotista, porque se interpone entre tú y tu idea del gran juez, Dios Nuestro Señor. Denunciar, y condenar, y desaprobar y aporrear, ésa es tu naturaleza. Y bajo esa piedad marcial, aún está el vikingo, atacando la civilización porque para ti no es suficientemente segura. Y si yo me acerco a ti pidiendo un gobierno, un sistema para preservar la justicia sin necesidad de un tirano, te enfurruñas o acusas o intimidas. ¿Qué es lo que quieres para nosotros, niños débiles? ¿Ante qué no fruncirías el ceño? ¿Qué considerarías suficiente, Grim?

—Ni este lugar ni tu republicanismo. Mentiras —dije.

—Grim, Grim, mi virtuoso hermano Grim —dijo, la voz ronca por la humedad y la diatriba—, ¿sabes qué eres? Grim Fiddle es un buen hombre. No lo afecta la paradoja, ni siquiera el problema del mal. No le conmueve. Grim Fiddle dice la verdad que ve y señala las mentiras que ve, y luego se yergue recto y orgulloso. No es un hipócrita. Es bueno.

—Basta de trucos, habla claro —dije.

—Digo lo que pienso. Recuerda mis palabras, Grim Fiddle es un buen hombre que se está volviendo un hombre colérico. Crees en la justicia, en la justicia absoluta... lo que tú llamas rectitud, o devoción, o verdad. E impondrás esa creencia, y tu fe en ti mismo; impondrás eso de forma absoluta. Puede que entiendas esto: no hay animal vivo más peligroso que un ser humano que es bueno, que sabe lo que es la derrota y que se decide a luchar por la dignidad y luego se enfada. Un hombre así es un poseso, un monstruo moral, y carece de límites. —Lazarus suspiró ante su propio argumento, señaló de nuevo los pasillos, y añadió—: Quizá sea un paraíso para ellos. Les daré un dios al que temer.

—Lazarus —dije—, estoy cansado de ti.

Lazarus no sonrió, se frotó la cicatriz, tosió profundamente, se levantó e hizo una reverencia. Hizo una reverencia. Al realizar ese movimiento, vi lo holgadas que le quedaban las ropas. Estaba pasando hambre, y temblaba a causa de la humedad, y estaba derrotado y extenuado; sin embargo, prefería la filosofía a la melancolía, a menos que las dos sean lo mismo en el hielo.

La primera de las grandes tormentas de otoño arrojó témpanos contra la bahía de Aurora. La Cruz de Hielo realizó su última visita hasta la primavera para traer un carguero con suministros y tres pequeños barcos pequeños de desgraciados procedentes de África, seres deshidratados con bocas cavernosas. Los Hermanos rezaron por ellos, cantaron esos sonoros himnos... más que tristes, desapegados, postrados ante sus gigantescos crucifijos. Los africanos sabían que estaban acabados, pero aún suplicaban caridad. Se permitieron decisiones que no eran cristianas, que no eran justas, no importa cómo se las discuta. No debe haber excusa para nuestro comportamiento, ni siquiera el invierno que se cerró aullando sobre Gólgota. Los vientos del continente pueden alcanzar una fuerza inconmensurable e inimaginable, con temperaturas que descienden en picado muy por debajo de los cero grados, no importa cómo se las mida, si en centígrados o Fahrenheit. Se dice que hay lugares peores en el Norte, colonizados por norteños valientes. La península Antártica y las islas próximas no son anatema para el hombre; la temperatura en verano está por encima del nivel de congelación, y las peores temperaturas en pleno invierno están bastante lejos de las de Finlandia o las de Rusia al norte del Círculo Ártico, por dar ejemplos que me han contado. Declaro que el grado de severidad de la costa de la Antártida, de las Shetland del Sur, no es importante; lo que sí importa es lo que tales

condiciones hacen a la naturaleza de un ser humano atrapado y encerrado. Los aullidos se meten en la mente, la humedad hace que se sienta el corazón como un trozo de hielo; y luego está la negrura de abril.

¿De qué sirve detallar el invierno en Gólgota? Nos intimidaban enemigos naturales y sobrenaturales. El trabajo duro y el carácter severo permitieron a los georgianos del sur conservar la cordura, a pesar de que les fueron reducidas las raciones. Mi gente tenía más que otros; sabíamos lo que hacíamos, robábamos impudicamente. Andábamos por las casas comunales, contábamos historias, cantábamos con Longfaeroe, nos marchitábamos, volvíamos a empezar, esperando, recordando. También moríamos. Pensé que se me habían acabado las lágrimas. Ahora que escribo sobre Gólgota, que de nuevo estoy en Gólgota, descubro que aún puedo llorar. Me resisto al sentimentalismo, pero el sentimentalismo me cerca. Era tan triste... No importa cuántos planes hiciéramos para reparar el *Rey Jacobo* en la primavera, para entrenar a más desgraciados como cazadores, otra muerte sin sentido nos debilitaba el ánimo. Dudo que pueda comunicar lo que la negrura del invierno de la Antártida hace a la voluntad. Nosotros, los georgianos del sur, sabíamos lo que un solo chispazo del sol en el largo invierno hace a la firmeza, y los cazadores de focas habían vivido la experiencia del propio continente helado. Ninguna de nuestras experiencias bastaba. Estábamos siempre cansados, siempre hambrientos, siempre asustados. No queríamos morir. Todos, cada uno a su propia manera, y como pueblo temeroso de Dios, nos ceñíamos a lo que más deseábamos. He hablado de sueños nobles. Hay otro fenómeno que aparece con la larga noche del sur. Uno recuerda todo lo que ha hecho, visto, oído, soñado o probado alguna vez, lo recuerda todo con aparente exactitud. Los recuerdos llegan dando tumbos mientras uno trabaja, descansa o dormita. Puede uno estar conversando con otro, y justo cuando trata de señalar algo, el recuerdo de una conversación lejana brota y lo abruma, y uno pierde el hilo. En mi caso, los recuerdos de Abigail eran una bendición y un tormento, lo mismo que los de Peregrine, Israel... todas mis confusiones, todos mis fracasos, se me aparecían atropelladamente. En el hielo, todos oyen fantasmas, todos se encuentran con los muertos, y ver a un hombre o a una mujer hablar con la nada no significa ver la locura. Puede ser una catarsis; también puede ser un peligro extremo. Teníamos que atar con cuerdas a los que mostraban excesivas dificultades de percepción para impedir que se alejaran; teníamos que mantener los cuchillos e incluso las piedras fuera del alcance de los que empezaban a hablar de homicidio o suicidio. Y a aquellos que se negaban a levantarse, que se aletargaban y se les ponía vidriosa la mirada, teníamos que mantenerlos alerta, sacudirlos, empujarlos y gritarles, despertarles algún interés. Existe un arma contra semejante abatimiento que funciona mientras uno dispone de ella. Uno tiene que amar. Tiene que abrazar a los afligidos, cantarles, decirles que los necesita, que los bendice. Eso es lo que tiene la humanidad para luchar contra el hielo, para luchar contra el abandono y la crueldad y la derrota. Lo dijo mi madre por primera vez, y comprendí la verdad de sus palabras:

«Mientras seas amado», dijo aquella noche de la fiesta de Ojos Astutos, «estás a salvo de la vergüenza».

Fue terrible vivirlo, es terrible relatarlo. Había tenido la intención de hablar de Jane y de Violante y de Magda, de cómo mantuvieron a los niños despiertos con historias de la Biblia y de los Evangelios Apócrifos, en especial de Daniel, Ruth y David. No puedo. Duele pensar en su lucha, un niño menos cada semana, y en cómo casi perdimos a Jane a causa de las pesadillas cuando uno de los niños más pequeños sucumbió y ella no pudo creerlo, Longfaeroe cantaba y amaba; todos lo hacíamos. Cuántas veces tengo que decir que, no importa lo que fuéramos, o hiciéramos, o esperáramos, nada era suficiente.

Y el odio: a eso llegamos, yo y muchos más. Hay un punto en el que parece fracasar el amor, y uno se vuelca a la vergüenza del odio. Conocíamos nuestra necesidad de Dios, no podíamos soportar la idea de que el Cielo fuera lo único que nos quedaba; estábamos doloridos, no encontramos ningún consuelo en los granos de arroz ni en la congelación; tratábamos de ser amables, sólo teníamos tierra congelada donde ir a morir, y nos veíamos obligados a robar a los débiles para sobrevivir; estábamos hambrientos, no podíamos llenar los estómagos con esperanza; tratábamos de mostrar piedad a los más desgraciados, no conocíamos la piedad para nosotros mismos; nos esforzábamos por mantener puros nuestros corazones, pero no veíamos más que fantasmas y cadáveres y los carámbanos en las paredes; tratábamos de mantener la paz entre los internados y en nuestros propios corazones, y teníamos que enfrentarnos al suicidio y al asesinato, mientras los linchamientos y las estrangulaciones eran cosa de todos los días; fuimos condenados y perseguidos por haber defendido lo justo en Georgia del Sur, ¿y qué sentido tenía saber que el Reino del Cielo sería nuestro cuando el Reino de Hielo nos torturaba porque no lo queríamos abandonar?

Nos levantamos y luchamos con amor humano durante once meses. Me siento furioso ahora al recordarlo; a medida que escribo siento que vuelvo a experimentar la misma furia que sufrí entonces. Debería hablar más del coraje de mis georgianos del sur y de los Hermanos, incluso de los Hermanos Pequeños, en Gólgota. No lo haré. ¿De qué serviría decir que eran valientes, que eran buenos y humildes y débiles y resentidos? ¿Les daría paz? ¿Aliviaría mi frustración por el fracaso en encontrar algo valioso en lo que sucedió allí? Lazarus pretendía burlarse de mí cuando dijo que yo condenaba el Sermón de la Montaña como algo inapropiado para este mundo. Quizá tenía razón, y la sigue teniendo; quizá él conocía mi corazón, y el suyo. Confieso mi ceguera de aquel momento ante semejante sabiduría, que no he parafraseado ociosamente. Sí, sé que no existe justificación para hacer la guerra a los demás; y sí, sé que no soy yo quién para ejercer o autorizar la venganza; y sí, sé que el anhelo de libertad es común a todos los hombres y mujeres, sin distinción de clase, y ningún decreto específico, ninguna detallada petición de reparación, pueden usurpar la majestad de los que predicán el amor, el perdón y la paciencia por la justicia divina.



Pero no me arrepiento, porque lo que yo y los míos queríamos era un poco de comida, un poco de calor, un poco de liberación. Éramos esclavos. Éramos menos que esclavos, y se premiaba nuestra perseverancia con una muerte lenta. Ningún hombre, ningún grupo de naciones de hombres nos estaba matando. Moríamos sin motivo alguno. ¿Tiene algún sentido decir que seres humanos necesitados, apenados, apacibles, hambrientos, misericordiosos, puros de corazón, perseguidos, justos, fieles devotos pueden perecer sin motivo alguno? No lo aceptaré, no aceptaré ni en esta tierra ni en el Cielo ni en el Infierno, que nací, que nacieron mis seres amados, que nacieron esos desgraciados para ser asesinados y enterrados con el fin de que podamos encontrar la felicidad en la otra vida. Tampoco aceptaré que deberíamos haber estado satisfechos de aceptar la caridad. Ellos, todos los innumerables ellos, nos arrebataron la decencia y la esperanza y nos impusieron el castigo de la caridad. En mi vida he aprendido que un hombre o una mujer que recibe semejante trato recurrirá, y de manera salvaje, a la venganza.

Longfaeroe cantó: «¡Oh, alabado sea Jehová!». Si Wild Drumrul hubiera estado con nosotros en Gólgota, habría cantado «¡Alá es misericordioso y compasivo!». Yo lo creía, pues Dios había creado un mundo donde los hombres pueden conocer el renacimiento del regreso del sol. Y con el sol, lo que quedaba de mí en Gólgota salió de nuevo al hielo para cazar y hacer planes, Germanicus y Medio-Rojo Harrah se lanzaron al *Rey Jacobo*, y lo encontraron roto pero no destrozado por el hielo del invierno. Los cazadores de focas nos mostraron cómo desprendernos del cansancio del invierno, y de no haber sido por las sacudidas de los volcanes, creo que Christmas Muir y sus camaradas se habrían mostrado alegres con la primavera. El primer barco de suministros arribó con un convoy de guardacostas de la Cruz de Hielo cerca de mi vigésimo noveno cumpleaños. Había verde en las laderas; y Germanicus cazó una ballena que estaba tan desorientada por los temblores que no lo embistió. A esas alturas, mi gente había alcanzado el liderazgo en Gólgota, no sin los celos de los Hermanos Pequeños, una grieta para la que hicieron falta las habilidades dialécticas de Lazarus, Lazarus consiguió un documento del Hermano Silva que me permitía hablar en nombre del campamento junto con los líderes de los Hermanos Pequeños, Mosquite y Hardava. No me explayé con el comandante de la Cruz de Hielo, y sólo le dije a través de mi traductor: «¡Hosanna!»... sálvanos. El oficial de la Cruz de Hielo era un africano astuto, de habla francesa, sangre mestiza, sin duda un tipo del mercado negro, llamado Ariadne, cuyas contestaciones siempre iban precedidas por «*Quel cauchemar!*» («¡Qué pesadilla!»). En mal español, Ariadne dijo que era mejor que nos salváramos a nosotros mismos, y no sólo del hambre, sino también de los capitanes de los hielistos. Era la primera vez que oía hablar del infame Jaguaquara, y más, descubría lo suficiente como para saber que la Cruz de Hielo estaba en peligro. Tan lejos de perseguidores, la Cruz de Hielo se consideraba condenada a sí misma a combatir contra los omnipresentes y desgraciados proscritos, Ariadne se quejó, dijo

que las montañas encima de nosotros estaban llenas de hielistos, que los guardacostas blancos estaban siendo vencidos en las primeras batallas del deshielo. Tengo mucho que decir al respecto, y de manera más precisa; bastará comentar aquí que me di cuenta de que nuestro trabajo en el *Rey Jacobo* podía ser efímero. Nuestra arca podía ser una invitación al pillaje, Ariadne recomendó que lo quemáramos.

Compartí los temores de Ariadne con Lazarus y Germanicus, y con dos internados duros a los que habíamos dado nuestra confianza, el cazador de ballenas brasileño Cavalobranco y un refugiado ruso procedente de África oriental del que Otter Ransom se había hecho amigo, un gigante llamado Gleb el Picapedrero, Lazarus me aconsejó ordenar que se prosiguiera con el trabajo en el *Rey Jacobo*, y que debería hacer que mis cazadores de focas trazaran un plan para apoderarse de uno de los barcos de suministros para la fuga, Germanicus y los demás militares se mostraban incrédulos ante la idea de insurrección, decían que sería un suicidio: casi todos estábamos desarmados, debido al hambre apenas poseíamos energías suficientes para cazar, no podíamos enfrentarnos a las armas de la Cruz de Hielo. Sin embargo, me convencieron, y Lazarus se impuso con resultados sorprendentes. Como pretendía Lazarus, la fantasía de la fuga animó a mi gente y a los demás desgraciados de Gólgota que habían llegado a depender de nosotros. Los rumores se tornaron descabellados y efervescentes; sin embargo, con ellos, perversamente, vino el conflicto de quién iría y quién se quedaría, Lazarus me aseguró que bien valía el esfuerzo, que debíamos hacerlos más fuertes de lo que eran. Hubo peleas, sospechosos linchamientos, una súbita conversión de cientos a la futilidad sobrenatural de los Hermanos. Ahora comprendo que ésa es la naturaleza humana. Por artificiales y descabelladas que fuesen nuestras ambiciones, estaban llenas de esperanza; como si fueran pan, las tragamos con voracidad. También como si fueran pan, algunos las acapararon, y otros dieron lo que no era de ellos, y luego sucumbieron.

Mis lobos determinaron mi trabajo en Gólgota. Yo era el más informado sobre cómo manejar los animales de tiro de los trineos, y así organicé un sistema de transporte por el glaciar hasta los criaderos de pingüinos y de focas adonde se aventuraban mis cazadores. También es verdad que mis lobos determinaron mi destino. Este tipo de causalidad es muy nórdico. Se remonta hasta aquella noche de frío intenso en el castillo del Rey, cuando Earle Littlejohn depositó dos cachorros en mis brazos, y parece presentar una línea ininterrumpida a lo largo de doce años, que me llevó desde el descubrimiento del deseo del alma de mi padre hasta el descubrimiento del deseo del alma de mi abuelo, y del mío.

Yo no había renunciado a encontrar al abuelo. Lo que sucedía es que ya no me sentía libre de abandonar a mi pueblo como lo habría hecho en Mead's Kiss. Esa dinámica de carne me había cercado. Me daban poder y yo me deleitaba con su obediencia, y más, ya que Lazarus se encargaba de que todo Gólgota supiera del

poder mágico de Grim Fiddle. Estaba doblemente atrapado, y consideraba que no podía darles la espalda. Sí ambicionaba un programa secreto. Suponía que el abuelo, a quien de todo corazón creía vivo, tal como había dado a entender el albatros, estaba en uno de los campamentos de la isla Greenwich. Había investigado la posibilidad con Mosquite y preguntado a Ariadne si había una lista de los internados del campamento, Ariadne no se rió de mí, «*Quel cauchemar!*». Me contó que había venido a las Shetland del Sur buscando a la familia de su hermano, y que la había encontrado muerta. También me sorprendió diciendo que en realidad existía un plan de reasentamiento, que aquel verano se pensaba estudiar y trasladar Gólgota. Dijo que su nuevo comandante en jefe había ordenado que se reiniciara el programa de reasentamiento para mantener a raya los campamentos. Le pregunté si había alguna sublevación en los campamentos, Ariadne dijo que no con la cabeza. Explicó que el problema era el señor de la guerra de los hielistos, Jaguaquara. Eso sonó de un modo algo misterioso. Y sí, sí, hubo una revelación más. La recuerdo ahora mientras me veo en el muelle ante aquel monolítico muro de piedra, con Ariadne y sus hombres que transportaban nuevos desgraciados a tierra, Ariadne intentaba explicar en mal español por qué el programa de reasentamiento se podía retrasar. Me dio el nombre del nuevo comandante en jefe de la Cruz de Hielo; dijo:

—Lykantropovin primero quiere doblegar a los hielistos, y sólo después dedicarse a los campamentos.

(Los escandinavos decían que todos los nombres son nombres. No dudo del epigrama, sólo añado que algunos nombres son advertencias: Lykantropovin, la cara del lobo).

Gólgota tenía una docena de perros esquimales que habían llegado con el primer suministro de la Cruz de Hielo. Yo agregué a *Iceberg* y a su gran camada, tomé como aprendices a los que sabían manejar perros, especialmente Gleb el Picapedrero, que de niño, en Ucrania, había trabajado con ellos. Construimos trineos con los restos de los barcos, y organizamos rutas de transporte por el glaciar, hacia el norte y el sudoeste, hasta los mejores criaderos de pingüinos y focas.

Fue en uno de esos viajes en trineo, después de año nuevo, cuando debería haber descubierto una pista de mi deseo del alma, pero no lo hice. El día anterior había ocurrido un extraño suceso camino a la zona de los leones marinos de la costa austral. Uno de nuestros hombres había desaparecido. Pedí a Germanicus que pusiera más centinelas en la bahía de Aurora, Gleb el Picapedrero fue hasta allí y me envió el mensaje de que debería ir a echar un vistazo. Por error hice saber a Mosquite que saldría, Mosquite despreciaba y dependía al mismo tiempo de mi autoridad sobre los internados, e insistió en que uno de sus matones me acompañara como guardaespaldas. Destinó al pequeño que llamábamos Pistole, un asesino y presunto torturador, que me tenía miedo y no me preocupaba. Busqué un trineo y a cuatro hombres, y después de ciertos retrasos debido a los aludes localicé a Gleb el Picapedrero, mandé a sus perros de regreso y continué viaje hacia los criaderos,

donde había un grupo de mis cazadores de focas al mando de Ugly Leghorn registrando un terreno de caza casi agotado.

Era un día turbulento y gris, la luz del sol teñía de color naranja la niebla del mar, el viento soplaba desde el continente, los casquetes blancos cubrían el estrecho de Bransfield. El perro guía se desviaba todo el tiempo de la senda, perturbado por los temblores. *Iceberg* iba delante con su enorme hijo *Beow*, explorando el terreno. La montaña encima de nosotros estaba desprovista de hielo hasta una altura de casi cien metros debido a los aludes, y también estaba salpicada de cormoranes de ojos azules y de petreles que anidaban allí, protegidos del viento. Delante y encima de nosotros, volando en círculos, había págalos, los buitres de la Antártida, pues son halcones de presa, atacan a los hombres y en mi experiencia los asocio a las batallas en el hielo. La Cruz de Hielo decía que cuando se veía un págalo, se veían los ojos de los hielistos.

Estábamos a poco más de un kilómetro de la playa, en el borde del glaciar, cuando oímos a *Iceberg* lanzar un aullido. No había buena visibilidad y nos pusimos a la defensiva. Mis hombres iban armados con arpones y cuchillos, Pistole llevaba un arma automática, Gleb el Picapedrero y yo subimos corriendo, seguidos por Pistole a cierta distancia. Encontramos a *Iceberg* y a *Beow* con las patas muy plantadas en la grava, la cabeza echada hacia atrás, soltando ladridos agudos como si estuvieran hablando, explorando con los ojos la cara de la montaña. Ante ellos, casi enterrados en una grieta pequeña de una formación de hielo, había dos cadáveres, o lo que quedaba de ellos, ya que les habían cercenado los brazos y las piernas. Lo explicaré más adelante, pero ésa era la manera en que mataban los hielistos, algunos hielistos. Los muertos no eran de nuestro campamento. Pistole se dejó llevar por el pánico:

—¡Madre de Dios! ¡Vienen! ¡Madre de Dios! —Y huyó.

—*Ya nee guyeroo, comrade, no ploka, ochen ploka* —dijo Gleb el Picapedrero, dando a entender que sabía que eso era malo, *Beow* empezó a subir la montaña; con un ladrido *Iceberg* le ordenó que se detuviera, luego me lanzó un mordisco intencionado. Yo miré hacia una repisa que había más arriba, agarré el arpón y lo clavé en el hielo. Tenía cierta noción de que podía negociar con ellos. Escuché, oí el viento, el mar, el graznido de los págalos y nada más. Gleb el Picapedrero respiraba pesadamente. Es verdad que uno puede descubrir a los hombres por el olfato en la Antártida; el propio olor es imposible, pero el de un grupo de hombres es un olor agudo. Sacudió la cabeza, señaló hacia abajo, al criadero de pingüinos y focas, dando a entender que debíamos hacer venir a nuestros hombres. Con un gesto le pedí que esperara y miré con mucha atención el desfiladero. La Cruz de Hielo también decía que si puedes verlos, no son hielistos.

*Iceberg* me gruñó. Me equivoqué en no obedecerla. Yo había hecho caso a premoniciones menos tangibles. Descubrí mi error cuando regresé junto al grupo y Pistole nos ordenó a punta de pistola regresar al campamento. Abandonamos a los cazadores a su muerte.

Esa noche, un frenesí catastrófico inundó Gólgota, Pistole había contado a Mosquite que había visto hielistos, una mentira que despertó las pesadillas de los Hermanos Pequeños. Los Hermanos Pequeños parlotearon por radio pidiendo el socorro de la Cruz de Hielo. Yo celebré mi propio concilio, y decidí actuar con cautela. Suplicamos a Mosquite que nos diera armas de fuego. Hubo disturbios en la parte más desesperada del campamento —los recién llegados y un grupo de brasileños— y los Hermanos Pequeños dispararon hacia los dormitorios. La población de Gólgota se redujo a menos de tres mil después de las pérdidas del invierno, y dos tercios eran niños y moribundos. Como mucho, yo tenía doscientos hombres y mujeres capacitados para la lucha, Mosquite me mandó un mensaje diciéndome que sacara a mi mejor gente del campamento y que no regresáramos hasta después del ataque. Dijo que los hielistos querían comida, armas, reclutas, y que no nos perseguirían una vez que hubieran conseguido lo que deseaban del campamento. Luego, él y sus hermanos marcharon al interior, a unas cuevas a las que, supuse, siempre se habían retirado cuando venían los hielistos, Germanicus y Motherwell, con los hombres de Cavalobranco, hicieron lo que pudieron para establecer nuestras defensas. Había tantas maneras de encararlo que decidimos defender el eje del campamento y arriesgamos con las salidas de los flancos, Germanicus se ocupó de ocultar a Jane y a los niños dentro lo mejor posible. Llamamos a nuestros centinelas del *Rey Jacobo*. Fue una larga noche de decisiones derrotadas. No intervine en los detalles, sentía con creciente intensidad que estaba cometiendo, que había cometido, un profundo error de cálculo... que allí afuera, en el glaciar, había perdido mi oportunidad. Me consideraba responsable del peligro que corríamos. Cuando había mirado la cara de la montaña, había sentido que me miraban unos ojos, mis propios ojos.

La Cruz de Hielo no respondió a nuestras súplicas; aunque eso no era en sí mismo significativo, ya que la transmisión por radio en el Antártico es fortuita. El clima empeoró a medida que el sol avanzaba hacia el horizonte y las largas sombras azules atravesaban la bahía de Aurora. Rezamos por una tormenta de nieve con vientos fuertes que picara el mar y nos proporcionara un reducto natural. El viento aumentó, pero no lo suficiente, y mientras hacía mis rondas alrededor de las trincheras oí a los cazadores de focas que se daban instrucciones mutuamente como si fueran alabanzas. Había un rumor acerca de los hielistos que hasta los atormentaba a ellos: que se comían a los muertos.

Por supuesto, lo peor de todo era la espera. No quería hablar con Lazarus ni con Longfaeroe, y me sentía demasiado pesimista como para tratar de alentar a Germanicus en su tarea de vigilancia. Me alejé de todos ellos, seguido de mis dos guardaespaldas, y bajé por los túneles hasta la cabaña de servicio. Quería estar con mis amigos, mis lobos.

Quería sentarme con *Iceberg* y su camada hasta que sonara la alarma. La perrera era una estructura larga y chata, situada a medio kilómetro, península abajo, de la

entrada al campamento. Había desgraciados escondidos incluso allí, e hice que mis guardaespaldas salieran y me esperaran fuera, Grim Fiddle era absoluto en Gólgota. No mostraba piedad. No daba caridad salvo por interés propio. Mi cara era adecuada para mi público, lobos con la sangre encendida, que aullaban y lanzaban dentelladas. Estaban distribuidos en hileras entrecruzadas, atados con cuerdas cortas a estacas para mantenerlos alejados unos de otros. Avancé en cuclillas entre las estacas vacías. Los azucé con el arpón, incitándolos a una mayor ferocidad. Les grité tonterías, Grim Fiddle predicaba la furia a sus lobos. Luego me cansé de ese juego y me volví a *Iceberg*, y exigí saber si recordaba a su hermana. Le pregunté: ¿estaba *Goldberg* en el hielo? ¿Estaba *Goldberg* con Mord Fiddle? *Iceberg*, nada sentimental, soltó una dentellada, tiró de la cadena. Pensé, la última cosa viva que me liga a la infancia, a los de mi propia sangre, y era un animal que se había convertido en una fiera. Quería estar libre, todos querían, enloquecidos de verse encadenados e impedidos de seguir su instinto de correr. A los hombres podía confundirnos la amenaza, podíamos aferrarnos al orgullo. Mis lobos sabían que la muerte estaba delante de la puerta.

La alarma llegó finalmente, con lejanos disparos de cañones. Un mensajero bajó corriendo y mis guardias me alertaron de que Germanicus me necesitaba arriba, que habían cortado las amarras del *Rey Jacobo* y que estaba en llamas. Disgustado, grité:

—¡No hay arca, ninguna arca, ninguna arca! ¡Óyeme, abuelo, no tendremos arca!

Resulta difícil recrear la estupidez de mi autocompasión. Uno podría pensar que después de tantas instancias de peligro en doce años de oscuridad, Grim Fiddle tendría que haber estado preparado para semejante catástrofe, haber desarrollado cierta tolerancia de la comedia. En realidad, estaba completamente extenuado por la amargura, aplastado por el peso de su pretensión de gobernar, no servir sino gobernar a los desgraciados. Miré a esos tres hombres, consumidos, encorvados, que sacaban su poder del mío. Pensé: os desprecio, criaturas sin esperanza. Ahora me doy cuenta de que mi sentimiento era peor: odio hacia mí mismo. Les dije que se pusieran en marcha, que yo los seguiría. Me volví para dar un último y pomposo testimonio a mis lobos, pero lo pensé mejor. Abrí la escotilla exterior con el arpón, avancé por delante de las hileras con el cuchillo en la mano y los solté. Salieron corriendo hacia el hielo. Cuando llegué junto a *Iceberg*, pensé en matarla —el único tipo de misericordia que parecía quedarme—, pero le corté la cuerda y le dije adiós.

*Iceberg* tenía más corazón que Grim Fiddle: animal en parte, sí, pero también parte de mi suerte. Ocurría que su instinto de supervivencia estaba unido a su deseo por recuperar a los de su propia sangre; y ocurría por lo tanto que sus nobles sueños coincidían con los míos. Fue hasta la escotilla con *Beow*, se detuvo, volvió hacia mí, lanzando mordiscos y suplicando. Ésa era una loba nórdica con un objetivo. Me daba órdenes. Estudié la escotilla, también el túnel que llevaba hasta Germanicus. Es verdad que mi sed de sangre estaba a la misma altura que la de ella, lo mismo que mi miedo interesado, y que cuando más debí mantener mi responsabilidad ante mi pueblo, lo abandoné, y también a la razón, por la inspiración, o el portento, o el

simple egoísmo, Grim Fiddle fue maldecido en Puerto Stanley; Grim Fiddle fue reacio en Georgia del Sur; Grim Fiddle fue imprudente en el *Rey Jacobo*; Grim Fiddle se acobardó en Gólgota.

¿Y qué sentido tiene explorar mi cobardía? Corrí con la manada. Huí hacia mi destino a mi manera. ¿Oí a *Goldberg*? No. ¿Tenía un plan para llegar a la isla Greenwich y encontrar al abuelo? No. Era un vil cobarde, y nada más. Salí a la ladera escarpada y huí hacia la costa de barlovento de la península. El viento norte, que venía del mar del Scotia, esparcía hielo en el aire; era como una nevada con copos excesivamente grandes que remolineaban metiéndose en las grietas y en mis ojos. Los lobos se habían dispersado a derecha e izquierda, y algunos se perfilaban allá arriba. Los ladridos y los gritos me informaron de que los hielistos habían sido descubiertos, aunque yo no los veía. Subí por la loma más próxima para mirar la orilla del estrecho de Bransfield. Había varias embarcaciones pequeñas varadas de un modo ordenado, con fuegos encendidos delante de ellas y figuras pequeñas que corrían de modo ordenado. Esto me hizo reconsiderar la idea de que los hielistos eran piratas desorganizados sin táctica y sin disciplina. Fuera, en el Estrecho, se iba a librar una batalla naval. Dos guardacostas blancos avanzaban por el banco de niebla, dando un rodeo para evitar un témpano de color jade. Después de todo, habían venido nuestros rescatadores, y lo que les aguardaba era un escuadrón de lanchas repletas de hielistos, con el amanecer y la tormenta de nieve a sus espaldas, Gólgota había sido un cebo. Ahora las fauces se cerraban. ¿Había una rebelión? Allí estaba Jaguaquara.

Quería ver la cara de mi enemigo. Les grité, me burlé de ellos en todos mis idiomas: blasfemador políglota. Salté por la loma, maldiciendo a los desgraciados de la tierra. Encontré una cavidad adecuada y apoyé la espalda contra una formación rocosa; delante, el terreno estaba resbaladizo a causa de los líquenes y los excrementos de las aves. La niebla a ras del suelo hacía que mi paisaje se pareciera a una nube. Rugí y aullé, y cuando la voz se me quebró por el esfuerzo, me recliné y esperé. No quería morir. ¿Por qué había ido hasta allí? La respuesta era triste: porque me consideraba especial, y la recompensa que recibí por mi elección fue la falta de sentido. Me había destruido mi propio orgullo, y casi no me quedaban fuerzas para levantar el arpón. Pensé —qué extraño es que uno piense que ve con claridad en semejante estado de histeria— que era una sentencia justa que Grim Fiddle no terminara ni como héroe ni como *berserker*, sino como un débil, un lloroso, un desertor, un traidor. Empezaron a tirar piedras, salieron dando tumbos de los agujeros, criaturas inmundas sin armas de fuego que venían a lapidar a un hombre engañado. Vi el humor, no me reí. No me iba a quedar nada, ni siquiera el alarde de haber liberado a bestias serviles, pues en ese momento un lobo se lanzó desde una pendiente y aterrizó a mi lado. Era *Beow*, con la punta de una lanza clavada en el costado, el bravo *Beow* que venía a luchar al lado de un flojo. Y cuando por último nos cercaron desde todos lados, *Beow* luchó y murió como un héroe, y yo luché miserablemente y no morí. Perdí el arpón en uno, el cuchillo en otro, la dignidad con

el terror. Tengo el recuerdo de que antes de caer tuve a uno delante e intenté abrirle la cara, y descubrí los ojos de un niño, o de una mujer. Vi a mi enemigo y me sentí avergonzado mientras golpeaban hasta dejarme inmóvil.

No perdí el sentido, o quizá sí y sólo tengo la engañosa ilusión de que me arrastraron, desvalido, hasta la playa, una sensación no muy distinta de la que experimenté aquella noche en el castillo del Rey. Creía que merecía cualquier fin imaginable. Creía que Gólgota estaba derrotado. Me tiraron de bruces sobre un montículo delante de una de las hogueras. No me ataron, me mantuvieron boca abajo con la presión de arpones contra la espalda, contra la nuca. Sentía el sabor de mi propia sangre, y no me podía limpiar los ojos. Había hielistos muy cerca, murmurando excitados bien por celebración o bien por la expectativa. Poco después vomité, no podía respirar bien con las costillas rotas. El fuego me cocía un brazo, el viento arrojaba espuma helada que me entumecía las piernas. Lo que intento transmitir es que me sentía a la deriva en un mar de finales, sin duda conmocionado, también dominado por la lástima. Me daba lástima Grim Fiddle, no porque se había deshonrado, sino porque era estúpido. Empujaron aún más el arpón contra mi nuca y el dolor me aclaró los pensamientos. No recordaba ni una sola oración de perdón. Oía a hombres y autoridad. La espera parecía interminable, quizá sólo habían pasado minutos desde que me habían capturado. Se oyó una orden en español, y otra en alemán. El círculo a mi alrededor se abrió. Desde el fin de la tierra oí aquella voz, como un trueno lejano, muy mermada, vacilante. Dijo que me incorporaran. No consiguieron hacerlo, y sólo me dieron vuelta en el suelo. No lo veía con claridad. Dije:

—¿Es verdad, abuelo? —Eso, por lo menos, es lo que recuerdo. Quizá lo haya pensado, y ahora no sé muy bien qué quise decir. Él no contestó, aunque hubo una respuesta, los aullidos de un lobo blanco y de un lobo dorado dando vueltas entre los allí presentes y junto a un trineo primorosamente diseñado sobre el que, con el esplendor de un proscrito escandinavo, estaba Mord Fiddle, barba blanca, cara demasiado blanca, ojos azules.



Los hielistos llamaban a mi abuelo Barbablanca. Hablaban de él con temor. El abuelo no estaba al mando del ataque de los hielistos a Gólgota, pero era un supernumerario poderoso. El capitán de los hielistos era un sudamericano llamado Iacovella, un buen soldado a pesar de su reputación de Carnicero de la isla Desengaño, un hombre que luego alistaría cuando salté a señor de la guerra en la isla de Anvers, y que aun más tarde abandonaría a sus enemigos entre los hielistos. Aquel día en Gólgota, Iacovella nos perdonó a mí y a mis georgianos del sur. Esta vez no había venido ni en busca de comida ni de reclutas, sino más bien para acabar con la Cruz de Hielo, y una vez que lo consiguió —dos cúters blancos en llamas, las tripulaciones descuartizadas para los págalos, los peces y los hombres—. Iacovella retiró a sus fuerzas bajo la protección de una gran tormenta procedente del norte. El abuelo se quedó en Gólgota con sus cuatro docenas de guardaespaldas, y con una sorpresa: Wild Drumrul (sin varios dedos de los pies y de las manos, pero sano a pesar del año de cautiverio), ahora ascendido a segundo oficial en el reconstruido y bien armado *Ángel de la Muerte*, la robusta goleta del abuelo.

No hubo paz para mí en la entrega de Gólgota. El abuelo se estaba muriendo. Lo llevamos dentro del campamento y lo tendimos en una de las viviendas. Los Hermanos Pequeños ya no representaban una amenaza; con la ayuda de los hielistos hice que los desarmaran y los encadenaran. Los hielistos del abuelo estaban ansiosos por obedecerme. Me miraban con un temor reverencial que nacía de la veneración que sentían por el abuelo; además, temían mucho por la vida de su protector, Barbablanca. Su primer oficial, un cazador de ballenas ruso que se hacía llamar Kuressaare, nos suplicó que salváramos al abuelo. Explicó con exagerado detalle el peligro que le esperaba al *Ángel de la Muerte* si regresaba sin Barbablanca a la fortaleza de los hielistos en la isla de Anvers que, sabía, estaba en alguna parte del archipiélago de Palmer, a varios días de navegación por el estrecho de Bransfield. Sus hombres repitieron esos temores a mis cazadores de focas, se quejaron de Jaguaquara y figuras para mí desconocidas, como un tal Fives O' Birne y un tal Héctor el Gordo.

El abuelo dijo unas pocas palabras antes de derrumbarse debido al cansancio. Me aseguró que más adelante habría tiempo para esa preocupación. Dijo que el Señor me había devuelto a él y que debía rezar en soledad sus oraciones de agradecimiento. Dijo que le había llegado la hora de morir: no debía abandonarlo; no debía discrepar; no debía permitir que le alargaran la vida con medicinas. Se lo veía muy debilitado, consumido, con huesos rotos y mal curados, labios, orejas, nariz y párpados que eran sólo tejido cicatricial. No podía caminar, y sólo lográbamos darle un poco de caldo, Annabel Donne lo estudió mientras dormía y dijo que era un milagro, Kuressaare montaba guardia con *Goldberg*; me contó que el aspecto de Barbablanca no debía engañarnos: Barbablanca siempre se levantaba para vengarse.

Aquella primera noche me quedé sentado junto al abuelo mientras dormía, le

sostuve la mano, supe que Kuressaare estaba equivocado: Mord Fiddle jamás se levantaría. Vinieron Germanicus y algunos de los otros cazadores de focas más viejos, más para echar un vistazo de cerca al abuelo que para consultarme. Pronto todo el campamento se enteró, probablemente por obra de Lazarus, de que había una leyenda entre nosotros, aunque los hielistos del abuelo no tardaron en jactarse. Más tarde se acercó Longfaeroe, preguntando si podía ofrecer su agradecimiento por nuestra supervivencia. Mientras cantaba los salmos, el abuelo parecía sonreír en sueños. Con los ojos cerrados, era un cadáver. Sin embargo, por la mañana, casi como había asegurado Kuressaare, estaba despierto y, si no optimista, sí con una extraordinaria dosis de resolución. Esperó a que yo empezara. Lo hice con una pregunta:

—¿Están todos muertos?

Entonces, empezó a hablar, del Cielo y del Infierno, de la guerra de las sombras y de la «ramera de Babilonia», y con más detenimiento del Trono de Satanás y de los que eran de Satanás. Estuvo medio mes hablando y muriéndose. En ese tiempo, las metáforas del abuelo cayeron sobre mí y sufrí su peso, primero la confusión y por último la revelación. Buscando a Grim Fiddle, el abuelo había caminado por la oscuridad y había sobrevivido lo suficiente como para contar el cuento.

No obstante, si relatara francamente lo que el abuelo me contó en Gólgota —y lo recuerdo con tanta precisión como el frío—, minaría mi propósito. No quiero que esta narración se torne tan cargada de misterio como para que se pierda la verdad. Primero debo hablar claramente de los campamentos de hielo. Así que me aparto por poco tiempo de la historia del abuelo. Grim Fiddle tiene sus propias ideas.

Me cuesta concebir, a estas alturas, que un hombre o una mujer decente no sepan algo de los campamentos de hielo. También me preocupa que esa ignorancia selectiva sea aún posible, incluso que esté en boga, como se me contó que fue el caso de los crímenes contra la humanidad tanto en tiempos de mi padre como de mi abuelo, Israel me dijo en una ocasión que cuanto más grande era el crimen, más fácilmente se lo presentaba como algo inevitable, más fácilmente se lo recordaba y registraba no como un ultraje sino como destino. Recuerdo cómo lo expresó Israel, hablando de su pueblo, los judíos: «Mata a diez, y es asesinato. Haz que desaparezcan diez mil en la noche, y es un fenómeno. Barre a un millón, y es obra del Diablo. Recuérdales lo que se ha hecho, y te llaman conspirador, o peor aún, fabulador».

Grim Fiddle está preparado para ser tachado de conspirador, solo aquí en su vanidad, el último recitador de la destrozada república del hielo de Lazarus. Más aún, Grim Fiddle está preparado para ser tildado de fabulador, un charlatán de lenguas extrañas, como los sacerdotes que copiaron y volvieron a copiar la historia de la salvación de los hebreos, convirtiendo a una banda de cuarenta proscritos en un ejército de huestes que hacía la obra del Señor. No he exagerado los campamentos de hielo. Mi error es más molesto que la hipérbole; para no degradar la verdad, estoy

subestimando el horror de los campamentos, resistiéndome a especular sobre la política y las catástrofes que arrojaron a los desgraciados a las Shetland del Sur. Parece justo decir que los campamentos no fueron una causa, sino un producto de crímenes inenarrables cometidos por personas en todos los continentes. Tengo la presunción de que mis experiencias en Suecia, en el Atlántico, en las Malvinas y en Georgia del Sur ilustran todo lo que yo no puedo conocer del tema. Éste es mi testamento, y dejo a otros la tarea de recrear las circunstancias que los llevaron, como a mí y a los míos, al Círculo Antártico.

En este punto, lo que tengo para contar acerca del Sur ha de cruzarse con hechos y testimonios que deberían, deben, estar disponibles en el mundo moderno sobre los campamentos, su generación, su administración, su conclusión. Cuando menciono la isla Elephant y la isla de Anvers, no es posible que sea la primera vez que se las retrata en un escrito, ni mi referencia pasajera a la sima de Clarence West y al infierno de Anvers puede ser nueva. Sin embargo, no puedo suponer, y ciertamente no puedo estar seguro, de cuántos de los detalles han sido arreglados según las necesidades de otros. Considero imperativo, entonces, caracterizar los campamentos a mi propia manera, de acuerdo con mis propios propósitos. Elijo no empezar por cuántos cientos de miles se ahogaron, murieron de hambre, desaparecieron, porque sé que un informe así no resulta creíble si se lo presenta por escrito, y porque se desvía de mis intenciones: quiero explicar cómo fueron para nosotros los campamentos estando dentro de ellos, y por qué resultó posible para los míos y para mí hacer lo que hicimos. Por lo tanto, quiero empezar con una explicación de cómo he llegado a entenderlos. Me ha ayudado mi formación escandinava, y tengo que hacer una pausa para exponer con brevedad la cosmología escandinava y explicar así la imagen mental que tengo de los campamentos del hielo. Si esto es fabricar mitos, por lo menos lo confieso, y son míos. Me consuelan.

Los escandinavos antiguos decían que todo lo que existía estaba dividido en tres reinos: Asgard, Midgard y Niflheim. Uno ha de imaginarlos dispuestos como ruedas, una encima de otra, girando por debajo y dominados por el fresno eterno, Yggdrasil. Es el árbol guardián, el árbol de la vida, con raíces que llegan a los tres reinos, Yggdrasil es indestructible, se dice que sobrevivirá al cataclismo final, Ragnarok. Este concepto no tuvo sentido para mí hasta un día, cuando tenía doce años, que soñaba bajo un fresno grande y viejo en Vexbeggard y se acercó un nubarrón tormentoso desde el Báltico. Miré cómo se doblaban las ramas ante las fuertes ráfagas de viento, escuché la danza de las hojas y las primeras gotas gordas que estallaban contra el ramaje, y me di cuenta de que encima de mí había muchos pájaros e insectos protegiéndose como yo de la tormenta. Comprendí la majestuosidad de Yggdrasil; por supuesto que me sobrevivirá, y por supuesto que sus raíces mantienen unidas a todas las cosas vivas.

Asgard era el hogar de los dioses. Contenía subdivisiones, como el Valhalla,

recinto de los héroes muertos; Vanaheim, hogar de las diosas de la fertilidad, como Friga la Reina; y Alfheim, hogar de los elfos de la luz que eran orfebres mágicos. Los primeros ciudadanos de Asgard eran los dioses guerreros, como Odín el Terrible, o Thor el Tonto y Virtuoso. Los nórdicos celebraban más que adoraban a Asgard, pues se lo consideraba un lugar de locura épica: allí el hambre y la muerte eran desconocidos, aunque eran posibles el dolor y la melancolía. Siempre he pensado que Asgard es un sitio ingenuo y muy a menudo trivial, pero ése es el estilo mezquino de Grim Fiddle.

Más significativo para mí es Midgard, la tierra media, hogar de la humanidad mortal. Allí también vivían los gigantes en Jotunheim, y los elfos oscuros y los enanos en cuevas y madrigueras. Uno viajaba desde Asgard hasta Midgard por Bifrost, el camino tembloroso, Midgard estaba rodeada de un océano enorme e inhóspito donde estaba el monstruo Jormungand, que era tan largo que podía rodear el reino y morderse la propia cola, Midgard era el campo de batalla supremo, donde el hombre luchaba contra la naturaleza. Los nórdicos eran tan sentimentales como supersticiosos, y estudiaban las historias de Midgard para encontrar un equilibrio entre su misticismo y su fatalismo. En Midgard uno descubría respuestas: ¿Qué es la valentía? ¿Qué es la derrota? ¿Qué es la verdad? La enfermedad y la muerte eran corrientes, el arrojo estaba mejor visto que la cobardía en cualquier hombre que sacara la nariz al exterior, y allí ni siquiera los dioses podían cambiar el destino, o garantizar la felicidad, la bondad, la decencia.

Niflheim era el hogar de los muertos. Era un sitio de amargura, noche interminable, frío indescriptible. Los escandinavos sólo establecían una leve distinción entre los muertos honorables y los muertos malvados. Decían: «Los muertos muertos están», Niflheim estaba gobernado por una mujer patéticamente horrible, medio negra, medio blanca, llamada Hela, hija del traicionero Loki el Mutador de Forma; ella vivía en una mansión, Eljundir, cerca de la roca Precipicio a la Destrucción.

Repito: me he detenido a explicar la cosmología escandinava porque mi conocimiento de ella me ha ayudado a solucionar lo que creo que es el misterio más grande de los campamentos: ¿cuál era su lugar y sentido en el mundo? Soy un pensador pobre. No puedo sostener un discurso filosófico. Necesito retratos del mundo que me ayuden a recordarlo. Mi intención aquí es presentar un modelo que pueda retener en la mente y que refleje de qué manera todo lo que existió en la Era del Exilio llegó a influir en mí y en los míos en Gólgota y después. Entonces yo no veía las cosas de esta manera. Estaba cegado por el miedo y la venganza. Ahora veo cómo todo lo que existía pesaba sobre mí. Ésta es la cosmología de Grim Fiddle de aquellos días. Y si me apropio demasiado de otras ideas y distorsiono demasiado, mala suerte. A mí me resulta natural haber llegado a pensar de la Antártida en términos de mis costumbres nórdicas: El Norte interpreta al Sur.

Al principio del siglo veintiuno, todo lo que existía seguía dividido en tres reinos. Las proporciones se habían alterado de manera radical desde que mis primeros antepasados nórdicos soñaron bajo el gran fresno de la vida, Yggdrasil. Asgard, todavía el hogar de los dioses, había crecido hasta abarcar a todas las relucientes torres de Babel gobernadas por la magia de nuestros días, llamada positivismo lógico. Los dioses tenían caras y voces: americanas, europeas, asiáticas, africanas, señores y señoras de una abundante cosecha. Su política no importaba, pasar del capitalismo al socialismo al nihilismo; su religión no importaba, pasar del humanismo al misticismo al ateísmo. No había un único Odín, sino miles y miles de terribles, veleidosos, despiadados y tuertos que representaban más de lo mismo. No había una única Friga, sino millones de bien alimentadas, bien amadas y enriquecidas reinas, Charity Bentham y Cleopatra habían sido esa especie de reinas, como Cesare Furore había sido una especie de Odín, y los tres habían bajado desde Asgard para corromper y luego destruir a mi familia. Esta moderna Asgard no era ingenua sino, más bien, ilimitadamente avara, profundamente caritativa. Pocos morían de forma violenta. El hambre y la enfermedad habían caído en desuso. Los dioses seguían al sol. Era el reino de los Nuevos Benthamitas, que medían sus unidades de placer y dolor con el fin de determinar qué recinto de dioses debería estar más satisfecho, dónde debería celebrarse el siguiente festín. Los recintos estaban atiborrados de riquezas, que los dioses dispensaban con maliciosos propósitos. El cálculo hedónico era astuto, Asgard practicaba una benevolencia que los Nuevos Benthamitas llamaban el Factor Caridad. Los platillos de la balanza se equilibraban de un modo mezquino. Para proteger los banquetes, los dioses despachaban ejércitos de caridad para atender a los que por nacimiento, por azar y por muerte estaban lejos de la mesa. Fue en uno de esos momentos caritativos cuando Asgard envió a la Cruz de Hielo por el trémulo camino del Atlántico. Cuando el *Ángel de la Muerte* cruzó Bifrost, no había retorno.

Midgard, todavía el reino de la humanidad mortal, se había retirado a las ciénagas y zanjas y remansos de la desesperación. Allí, aferrada a rocas como Georgia del Sur, la humanidad sufría y moría, atrapada entre los caprichos caritativos de los dioses y la violencia de la naturaleza. Y cuando el hombre fue arrinconado contra la insuperable barrera del mar, lanzó golpes ineficaces sobre el monstruo marino Jormungand, que ahora era de acero y escupía fuego. El continente sobre el que estaba situada la ciénaga no importaba: un tugurio es un tugurio, sea asiático, africano o americano. Los colores de la piel y los pesares no importaban, los perdidos están perdidos. Todavía había monstruos y gigantes. Todavía había elfos oscuros y enanos encogidos de miedo en las cuevas húmedas de lugares como las Shetland del Sur.

De este modo, los campamentos del hielo eran el mismo confín de Midgard, la última oportunidad para los últimos supervivientes. Nosotros éramos elfos oscuros en los campamentos: las pieles se nos ponían negras de quemar aceite de foca y de ballena; y por lo general eran los más pequeños, los más parecidos a los enanos, los

que sobrevivían a esas condiciones. Echados de Asgard, o huyendo de los gigantes que cumplían las órdenes de los dioses, o simplemente privados de sentido por accidente, la mayoría de los desgraciados de Midgard fueron devorados por el metálico Jormungand. Los pocos que escaparon fueron barridos o lanzados al océano austral para que se estrellasen contra el hielo.

Israel siempre bromeaba con que los dioses llevaban varios juegos de libros. Comprendo mejor la agudeza de su ingenio aquí, pues eso debe explicar por qué me resulta imposible, sin fuentes, suministrar detalles de cuántos desgraciados llegaban a los campamentos cada semana, cuántos morían cada día, cuánto hacía falta para alimentarlos o matarlos de hambre. Sin embargo, imagino que quizá resulta imposible para alguien, incluso en Asgard, reconstruir una trama exacta en todo de los campamentos. He mencionado a algunos de los patrocinadores de la Cruz de Hielo. Advierto que la diversidad de los campamentos puede resultar engañosa. Tendían a ser administrados de manera directa por la Cruz de Hielo o a ser administrados por las sociedades religiosas, como Gólgota. Debido a que la Cruz de Hielo era internacional, había campamentos europeos, cinco campamentos enormes dirigidos por sudamericanos, por lo menos uno dirigido por sudafricanos y quizá media docena regidos por norteamericanos. También había campamentos pequeños administrados por organizaciones internacionales y varios que tenían lazos con bloques socialistas. Luego estaban los campamentos de la Iglesia católica, que iban desde los extremos del padre Saint Stephen hasta la Hermandad de Perpetuos Testigos del Gólgota. Resulta instructivo imaginar qué filosofía política pudo haber unido un sacrificio tan diverso. Ya he sugerido mi solución: el Factor Caridad de los Nuevos Benthamitas, benevolencia generalizada a escala mundial para garantizar la estabilidad entre los satisfechos al tiempo que hacía poco para consolar el dilema de los afligidos. Esta explicación debe ser insuficiente, desde luego, pues presupone que los campamentos del hielo fueron concebidos con visión y mantenidos con precisión.

La verdad era que el hielo era un verdugo imparcial; no había nadie al mando; la Cruz de Hielo y los fanáticos religiosos sufrían con los desgraciados. La mayor parte del trabajo lo hacían convictos como los Hermanos Pequeños que habían sido transportados a las Shetland del Sur. Eso impedía que la Cruz de Hielo ofreciera una asistencia real. Ni siquiera la elite de las Shetland del Sur, oficiales de la Cruz de Hielo como Dietjagger y Ariadne, estaban exentos; eran tristes itinerantes que habían saltado por encima de Bifrost por dinero pero no por beneficios. La Cruz de Hielo realizó un trabajo ruinoso, cometió atrocidades que jamás deberían olvidarse; no obstante, también es verdad que nunca dejó de luchar por la caridad, hasta el término de su mandato, hasta que Grim Fiddle le puso fin.

Pensemos en la dificultad de establecer orden en el hielo: una brigada internacional de aventureros, renegados y hasta alguno que otro santo, a los que se entregaban buques de guerra y el poder absoluto de la vida y la muerte, sueltos en un mar de hielo y refugiados. ¿A quién puede sorprender que la Cruz de Hielo terminara

mentalmente tullida? Lo que se le pedía a la Cruz de Hielo era absurdo. Nada bueno podía hacer. La única válvula de escape para la Cruz de Hielo era la traición, bien a la humanidad o bien a sí misma. Esto solo bastaría para explicar por qué los mejores capitanes de los hielistos eran tráfugas de la Cruz de Hielo.

Pensemos en la misión asumida por el mandato de caridad: incontables multitudes que peleaban desordenadamente en todo el mundo buscando un lugar bajo el sol, algunos cientos de miles arracimados en los campamentos del hielo, que debían ser desarmados, cobijados, alimentados, cuidados, y sólo entonces, si sobrevivían al invierno, a los terremotos, a la desesperación, reasentados en tierras ya inundadas de refugiados. El programa de reasentamiento sí existía. Se desplomó debido al abuso y a la contradicción, ahogado por el diluvio de carne. Y aunque hubiera funcionado tal como se planeó, ¿dónde poner a toda esa gente? ¿Qué utopía tenían? Ésa es la respuesta a la pregunta; no había ningún sitio. La promesa del reasentamiento se convirtió en un látigo con el que la Cruz de Hielo controlaba los campamentos. He explicado cómo al principio se me persuadió con la esperanza del reasentamiento. Para los menos afortunados, la idea de una nueva tierra, de un nuevo Edén, justificaba cualquier desgracia. Peor aún, el programa de reasentamiento pronto se convirtió en otro tipo de trampa: muchas naciones, en especial repúblicas de África y de Sudamérica, utilizaban la falsa promesa del reasentamiento para convencer a las poblaciones no deseadas a someterse a detenciones masivas, deportaciones y encarcelamiento final en el hielo.

No obstante, no es mi intención mostrar las Shetland del Sur como una cadena de campamentos de la muerte. Eso sería incorrecto. Sí, los campamentos eran un resultado del Nuevo Benthamismo o del viejo y conocido totalitarismo; es decir, de los defensores de la política de la mentira. Y sí, los campamentos también se convirtieron en el centro de un esfuerzo colosal de socorro, que exigió genio y compasión para atravesar Bifrost y llevar suministros al Antártico. La moderna Asgard —esas grandiosas repúblicas— no era ni sorda ni despiadada. Por cada Odín había muchos Thor y Balder, guardianes de hombres de buenas intenciones, gente capaz de mostrar decencia. Deben de haberse sacrificado mucho para hacernos llegar esa comida. Deben de haber provocado un escándalo que sacudió los pilares de los recintos de Odín. En ningún banquete pudo haber faltado un cantor de desgracias que les recordara a los dioses nuestra depravación. Deben de haber existido héroes y heroínas en cada nación dignos de mérito y no de la persecución que sin duda sufrieron. E imagino su frustración, reuniendo fondos, alquilando transportes y transportadores, repeliendo la competencia de los chauvinistas, atravesando Bifrost para salvar los campamentos del hielo, sólo para ver cómo la situación en el confín de Midgard empeoraba, descendía.

Pues había un aspecto del Sur que ningún dios, ningún héroe, ninguna maquinaria de la resplandeciente Asgard era capaz de vencer. Podría explicarlo con soltura utilizando el cínico comentario de Israel de que la única diferencia entre un hombre y

un perro es que el perro no muerde la mano que le da de comer. Pero no lo haré, porque ataño por completo a mi comportamiento en Anvers. Lo confieso francamente.

Los desgraciados del Sur, nosotros, no éramos del todo víctimas inocentes de alguna fabulosa conspiración para privar de derechos civiles a los corderos. Es este punto el que me muestra que mi fantástico modelo de un Asgard y un Midgard del siglo veintiuno ha distorsionado la verdad. Pues nosotros éramos el peor resto posible. Los mansos genuinos, los genuinamente agraviados, habían quedado muy atrás, muertos en los tugurios, en las playas, en el mar. Los que estábamos en los campamentos del hielo habíamos superado nuestras ordalías porque éramos más duros, más salvajes, más crueles que nuestros hermanos. Éramos los afortunados supervivientes. Éramos los desgraciados más violentos: piratas, asesinos, ladrones, locos y totalmente amargados. Teníamos sueños nobles, pero el odio los había distorsionado. Los que sobrevivimos llegamos a creer que sólo los más crueles podían soportar los campamentos del hielo. ¿Cuál era la cara de nuestro enemigo? No sólo eran los Odín de mentes corruptas, o los ilusos Thor, o la miserable Cruz de Hielo. El enemigo también era el reflejo en el hielo. ¿Cómo decir esto y convencer de golpe? Es cierto que bebíamos la sangre. Es cierto que comíamos a los muertos.

Releo la cosmología de Grim Fiddle y percibo que he exagerado; al hacerlo, me he adelantado demasiado, anticipando acontecimientos que no he explicado. Parece un problema inherente a los modelos y los hacedores de modelos. Lo vi con la obra de Charity Bentham. Mi cosmología ha separado de manera demasiado severa el mundo de los hombres, ha inventado más que descrito el significado de los campamentos.

La verdad es que el Sur estaba siempre cubierto por una penumbra, como las nieblas flotantes de la convergencia del Antártico. Corrijo mi exceso del mismo modo en que uno enfrentaba aquel clima, lanzándose a él. De momento dejaré a un lado mi mitología del Antártico y trataré de penetrar de manera específica en la historia perdida del Sur. Quizá con eso se pierda la visión de conjunto. Pero es lo único que puedo hacer. Espero que en alguna parte entre lo universal de arriba y lo que yo conozco de las atrocidades específicas de abajo aparezca la misma revelación que una vez experimenté... y que pueda entender algo de lo que hicimos allí.

Tengo también la esperanza de que esto, el último testamento de mi familia, transmita mi eterna furia por su asesinato. Ya he contado cómo el *Rey Jacobo* llegó al hielo. Nuestro éxodo llegó tarde. Volveré ahora a la saga que el abuelo me relató aquella quincena que pasó moribundo en Gólgota. Traduciré lo mejor que pueda la cosmología de Mord Fiddle. Pero sería una terquedad si sólo contara la historia de Mord Fiddle, y por eso entretejeré lo que ahora sé de la génesis de los campamentos del hielo y de los esfuerzos de mi familia. La historia del abuelo abarcó los siete años que me esperó y me buscó. Empezó con su respuesta a mi pregunta:



—¿Están todos muertos?

El abuelo dijo:

—No.

### *Isla Elephant*

El abuelo echó la culpa a Israel cuando no conseguí regresar en el *Grulla Negra*. Acalló las protestas de mi familia y eligió por ella: pasaría el invierno en Mead's Kiss. Disponía de suficientes provisiones; esto significa no tener en cuenta sus temores. El suceso más importante aquel invierno fue que Molly Rogers dio a luz a un niño, llamado Solomon por el padre muerto de Israel. A finales de la primavera (noviembre de 1996), el aumento del tráfico de refugiados, la disensión en mi familia, la amenaza de las cañoneras patties... todo eso obligó al abuelo a pronunciarse. Talló su nombre en la piedra, luego se hizo a la mar, hacia el sur del meridiano sesenta.

El abuelo mantuvo su plan de navegación durante más de un mes, yendo y viniendo entre las Malvinas y la convergencia del Antártico en busca del *Grulla Negra*. La tensión acumulativa de los vendavales finalmente destrozó el palo de trinquete del *Ángel de la Muerte*. El mar los arrastró al este, hacia las Oreadas del Sur. Justo en el límite de la masa de hielo fueron rescatados por un buque de guerra europeo —creo que ruso, quizá escolta de una flota ballenera—, precursor de la Cruz de Hielo que todavía no había nacido. Fueron llevados hasta la primera recalada, la bien construida estación naval británica en la costa sudoccidental de la isla Elephant, que luego serviría como punto de escala para las diversas repúblicas europeas del norte que establecían su derecho sobre la Antártida occidental. Por entonces no había ninguna red de campamentos, sólo tal vez unos pocos miles de desgraciados dispersos por el mar del Scotia desde las Orcadas del Sur. En ese momento los refugiados no eran la principal preocupación; en su lugar, varias repúblicas del Norte se hallaban en las primeras fases de enfrentamiento con repúblicas del Sur por cuestiones de territorio: mar, tierra y hielo.

Por entonces las erupciones volcánicas eran peores que cuando yo pasé el invierno en Gólgota, y aquel verano bloquearon un intento de evacuar a los desgraciados. Parecería que el pánico se había apoderado de las autoridades, como sucedió en Estocolmo, Puerto Praia y Puerto Stanley. También supongo que los aspectos más oscuros del Factor Caridad se afianzaron: ningún estado-nación, ninguna organización de tratado aceptaría prematuramente a los refugiados sin un acuerdo internacional por temor a que esa benevolencia pudiera convertirlos en rehenes de una población extranjera y disidente. En resumen, la desesperación hizo la política: piedad hasta cierto punto, nada de voluntarismo, Charity Bentham había descrito un sistema, el Nuevo Benthamismo, que consideraba la salvación total de los desgraciados como carente de utilidad, no el bien mayor para el mayor número y, así, el Factor Caridad se aplicó al máximo.

El invierno cercó a mi familia en la isla Elephant. Su situación era grave, aunque no tan mala como la que encontramos en Gólgota. Pero el terror es relativo. Los integrantes de mi familia estuvieron entre los primeros prisioneros del hielo. El abuelo no se daba por vencido. Tampoco Cleopatra. Los dos parecían haberse unido en voluntad y deseo aquel primer invierno en Mead's Kiss. El abuelo no se explayó sobre esas negociaciones; más adelante Cleopatra diría que sólo hizo lo que debía hacerse. Los dos sellaron un pacto irrevocable, Cleopatra prometió al abuelo que le ayudaría a conseguir lo que quería, alcanzar una posición desde la que pudiera continuar la búsqueda de Grim Fiddle. El abuelo prometió a Cleopatra que la ayudaría a hacer lo que fuera necesario para salvarse a ella misma y también a su madre. A la misma madre que había tratado de despreciar como traidora de Cesare Furore, Cleopatra la transformó en el motivo del total sacrificio de sus bendiciones. Luego tendré mucho más que decir acerca de este giro perverso, pues endureció el corazón de una mujer ya propensa a la frialdad imperial. De momento, baste decir que fue un martirio con tono de comedia, decir que la hija amó tanto a la madre que le dio su único tesoro, el orgullo, para proteger el único tesoro verdadero de esa madre, la hija.

Cleopatra se convirtió en la amante de uno de los oficiales más competentes de la estación naval de la isla Elephant, un colono africano llamado Peter Grootgibeon. Garantizó así el bienestar de su madre y de mi familia durante aquel invierno. Quizá hubiera podido sacarlos de allí el verano siguiente: Charity Bentham era una premio Nobel, a pesar de haber perdido todo el dinero que tenía en el mundo para recuperar a Peregrine. No les duró la suerte. En eso intervino una catástrofe provocada por el hombre. El abuelo decía que era una guerra de sombras. Eso describe bien lo que debió haber sido una escaramuza librada por buques de guerra de repúblicas del Norte y del Sur. La zona de guerra se extendía desde Tierra del Fuego hasta las Orcadas del Sur hasta la propia Antártida. Me han contado que los antagonistas dieron un nombre a la matanza: el Caso Inaccesible, por la isla de las Orcadas del Sur donde, se decía, abrieron fuego.

### *El nacimiento de la Cruz de Hielo*

¿Y qué había en juego en el Caso Inaccesible? Supongo que los Nuevos Benthamitas sostendrían con descaro que las repúblicas del Norte y del Sur mandaron buques de guerra para garantizar el placer del dominio supremo de varios millones de kilómetros cuadrados de hielo y ceniza volcánica, donde nada importante puede crecer, pero donde hay un mar generoso y donde podría haber generosas cuevas de minerales. Los Nuevos Benthamitas sostendrían que el dolor de no ocupar el hielo supera el dolor de ocuparlo. De forma más absurda, los Nuevos Benthamitas sostendrían que las repúblicas del Norte y del Sur libraron el Caso Inaccesible por el bien mayor de gobernar lo que los padres de la Iglesia una vez llamaron terra

*australis incognita*. Si uno descifra este Nuevo Benthamismo, se queda con el asombro de que los hombres fueron a la guerra por sus reclamos chauvinistas sobre lo desconocido. Esa guerra de sombras, ese Caso Inaccesible, era una disputa sangrienta, carente de razón, Israel me contó la verdad, y yo la he visto: los hombres van a la guerra por nada. En el Sur, fueron a la guerra por nada. Pelearon por pelear, nada más.

Sí, se habrá dicho que el rescate de los desgraciados que entonces llegaban a raudales al Atlántico Sur y al océano Austral también estaba en juego: las repúblicas del Norte habrán dicho que enviaban buques de guerra para administrar la caridad; las repúblicas del Sur habrán dicho que enviaban buques de guerra para determinar si se trataba de caridad o de imperialismo. Fue una farsa. Las víctimas de sus crímenes se convirtieron en una excusa para sus crímenes. Mi conjetura ahora es que las batallas en el mar del Scotia fueron un residuo de disputas más grandes que había tanto en Sudamérica como en África. Sin embargo, el tamaño de la zona de conflicto exigía más alarde que combates, en especial en el Antártico. Más aún, el clima violento en el mar del Scotia probablemente intimidó a todos los antagonistas, y cuando el peligro se combinó con la amenaza de la flota de los malditos, las naciones en guerra debieron darse cuenta de que estaban obligadas a pasar de la confrontación al subterfugio. Así es como resolvían los nórdicos sus disputas: si hay un empate, retírate y espera la llegada de la noche. En el Sur la oscuridad era casi completa.

Antes de fines del verano antártico (marzo de 1998), los antagonistas habían establecido un alto el fuego; se dijo que el Caso Inaccesible había terminado. Se negoció un acuerdo en las afueras de Ciudad del Cabo, Sudáfrica; de ahí que se llamara el Tratado de Buena Esperanza. Fue alrededor de la época en que el buque de guerra británico llegó a Georgia del Sur, y supongo que cuando el capitán dijo que no había habido una guerra, se mostró poco sincero, y derrotista.

También supongo que cuando el capitán dijo que sólo había habido un maldito desorden, estaba pensando en un aspecto del Tratado de Buena Esperanza, el que establecía una fuerza pacificadora que dirigiría el torrente de desgraciados al Sur. No sé con certeza si esa fuerza pacificadora y el Comité Internacional del Colectivo de Ayuda de la Cruz Roja de la Antártida eran lo mismo o unidades distintas de una estructura más grande a escala mundial. No tengo una biblioteca para certificar ninguna de mis especulaciones. No obstante, lo que conozco de aquellos días me indica que los Nuevos Benthamitas —sorprendidos por la dimensión de esa guerra de sombras y de sus víctimas— se rectificaron y una vez más aplicaron el Factor Caridad, en esta ocasión a todo el Antártico. Lo que había sido el reclamo antártico de las Posesiones Británicas de las islas Falkland (las Orcadas del Sur, las Shetland del Sur, el archipiélago de Palmer, la Tierra de Graham), se reconvirtió en una zona desmilitarizada que sería administrada por los voluntarios de la caridad.

Así nació la Cruz de Hielo.

No puede ser un accidente que el Tratado de Buena Esperanza, que se firmó

mientras yo pasaba mi tercer invierno en Georgia del Sur, anunciara orden entre los amos republicanos y caos entre los desgraciados. Se organizaron los campamentos en las Shetland del Sur. Se orquestaron las detenciones en masa, las deportaciones y los traslados del verano siguiente. Lo juro. Hubo un plan. No puedo demostrarlo, pero, por otra parte, jamás he descubierto algo que desmienta mi acusación. A pesar de los años que han pasado, me espanto de la monstruosidad de lo que se hizo. Los campamentos del hielo, ¿pudieron realmente ser política de hombres? ¿Quién podría haber dado semejante orden? ¿La habrán visto como la solución? Sin duda debe haber documentos. Yo no tengo pruebas.

Estoy seguro de que la estación naval británica en la isla Elephant fue transferida a la Cruz de Hielo. Rápidamente fue ampliada hasta convertirla en un enorme almacén de pertrechos y en una serie de campamentos interconectados que luego se llenaron de desgraciados provenientes de todo el Atlántico Sur, el mar del Scotia y el océano Austral. La Cruz de Hielo era la madre misericordia, y la isla de Elephant era su hogar.

### *Peter Grootgibeon*

En la isla Elephant, los esfuerzos de Cleopatra de nuevo parecieron haber garantizado literas para mi familia en un barco de reasentamiento, que partiría tan pronto como el hielo se abriera a finales de la primavera y se organizara transporte suficiente para los refugiados entrantes y salientes. Algo fatídico estropeó el plan. Los buenos oficios de Peter Grootgibeon fracasaron. El abuelo dijo que era una broma que Satanás le gastó al judío. Supongo, por eso, que Israel perdió los estribos, hizo algo vanidoso que puso en un aprieto a Grootgibeon. El resultado fue que castigaron a mi familia, Grootgibeon también renunció o fue expulsado de la Armada Británica. En cualquiera de los casos, pronto pasó a ser funcionario de la Cruz de Hielo.

Quizá se presentara como voluntario. Era un hombre alto, tranquilo, voluble, nacido en el sudoeste de África, criado en la marina mercante, un soldado de fortuna sin hogar. Parece que amaba a Cleopatra, con apasionada necedad, y que sabía que ella no lo amaba, ni lo amaría. El abuelo decía que era como San Andrés. Se trataba de un cumplido y de un juicio agudo: Andrés, el discípulo más sencillo y fornido, crucificado por los romanos en una cruz con forma de X, y santo patrón de Ruslandia y Escocia, por lo tanto un santo nórdico, Grootgibeon puede haber sido un héroe llano, osado, sincero, obediente; o puede haber sido un seguidor torpe, estúpido, impresionable, espontáneo. Parece representar la contradicción de los que aspiraban a la santidad en el Sur. Había muchos como él, rápidos para la lucha, lentos para pensar. Quizá fue Lazarus quien mejor describió la naturaleza de Grootgibeon cuando dijo que un buen hombre que decide luchar por la dignidad y luego se enfada se convertirá en un monstruo humano, en un poseso. ¿Carecía de límites Grootgibeon?

Eso lo determinó su suerte.

Grootgibeon fue puesto al servicio de la Cruz de Hielo, al mando de un cúter blanco, Cleopatra respetó su pacto con el abuelo y persuadió a Grootgibeon para que incluyera al abuelo, a Gizur Fabricante de Velas, a Skyeless y a Troll Alto en su tripulación. Esto indica que la imprudencia de Israel había contaminado a Guy, Earle y Peregrine, junto con Thord y Orri. A Grootgibeon se le asignó patrullar al este del Paso de Drake. Aquel verano, hasta entrado el otoño, surcó el mar del Scotia varias veces y fue a las Malvinas en una ocasión después de una batalla en Tierra del Fuego. Fue entonces cuando el abuelo desembarcó en Mead's Kiss y talló el segundo mensaje. Debido a los barcos de plaga, era todo lo que podía hacer.

Hasta ahora no he hecho mención de la plaga del puerto porque jamás la vi. Sí existió. He oído muchos informes procedentes de muchas fuentes distintas, en un extenso período de tiempo, como para que sólo hubiera sido un rumor. Creo que la amenaza de la plaga es lo que llevó a muchos desgraciados a arriesgarse en el mar del Scotia. La plaga, más que los volcanes, explicaría el pánico en la isla Elephant el primer verano que mi familia pasó allí; explicaría el crecimiento de los campamentos por todas las Shetland del Sur el segundo verano que pasaron allí, atrapados por la rebelión de Israel, separados de Grootgibeon y del abuelo por la guerra. Les habrán dicho a los desgraciados, o ellos se habrán enterado por los rumores, que no había plaga en los campamentos de hielo, donde se ofrecían cuidados médicos y comida para los arruinados y los mal alimentados. Más aún, estaba el atractivo de que, según se decía, los administraba la Iglesia. El abuelo contó una horrenda anécdota sobre la Iglesia y la plaga. Dijo que aquel verano vio una línea costera de mil millas de largo en cuarentena, y que también vio varios barcos comandados por sacerdotes como el padre Saint Stephen que atravesaron el bloqueo para adentrarse en la zona infectada. Sabían que no había regreso, y sin embargo tuvieron que dispararles para detenerlos.

A Grootgibeon se le ordenó que pasara el invierno con su barco en uno de los nuevos campamentos de la isla King George, y así se le impidió volver para ayudar a Cleopatra y a mi familia. El abuelo me hizo notar que él lo convenció para que pasase el invierno en la isla Greenwich, que está cortada por el meridiano sesenta, porque tenía la certeza de que algún día Grim Fiddle iría al sur por aquel rumbo. A esas alturas el abuelo se había convertido en el confesor de Grootgibeon; usaba su familiaridad con Cleopatra para doblegarlo. El abuelo no daba detalles de su relación con Grootgibeon; prefería hablar de lo que habían hecho. Pienso que el abuelo dio a Grootgibeon la fuerza mental de la que éste carecía, y que Grootgibeon le dio al abuelo la fuerza física de la que él carecía. Así como negociaba con Cleopatra, el abuelo llegó a hacerlo con quien fuera necesario. Escribo con piedad. Las armas del abuelo eran la voluntad y la voz mágica. Estaba preparado para forjar, y forjó, un pacto con la violenta naturaleza, con los hombres violentos, con la política desquiciada, con cualquier cosa que le ayudara a alcanzar el deseo del alma. Decía, sin embargo, que no pactaba con Satanás; me lo repetía como un sonsonete. ¿Lo

habría hecho? No lo hizo.

### *El nacimiento de los hielistas*

Aquel invierno, debido a los volcanes, las primeras islas de hielo negro llenaron el estrecho de Bransfield. Entonces las erupciones podían matar; había en el humo volcánico una toxina que yo llegaría a presenciar mucho más adelante. Ese veneno auguraba otra especie: llegaron corsarios al Sur.

Los corsarios surgieron porque las repúblicas del Sur que habían firmado el Tratado de Buena Esperanza en realidad no confiaban en la diplomacia de los Nuevos Benthamitas, pero no podían esperar equipararse al poderío de los buques de guerra del Norte. Por lo tanto contrataron a los piratas que ya estaban abusando de la flota de los malditos, les proporcionaron pertrechos y logística sofisticados y los mandaron por el Atlántico Sur para promover sus intereses chauvinistas. Desde luego, fue una locura para las repúblicas del Sur creer —y quizá no lo creyeron— que los piratas harían alguna otra cosa que no fuera continuar con el pillaje y los asesinatos, incluso con el apoyo clandestino de los estados-nación. En el Antártico, eso pronto significó que los corsarios se dedicaron a atacar a la Cruz de Hielo y a realizar incursiones contra los campamentos del hielo. ¿Y por qué? Por comida y suministros, sí, y también por la estrategia diabólica de los amos republicanos; pero también había tesoros. Muchos desgraciados llevaban consigo oro y joyas. Lo sé; en mi época he atiborrado cuevas con eso, tan inútil para mí como lo era para los corsarios.

La amenaza de los corsarios explica quizá por qué Grootgibeon pasó el invierno lejos de la isla Elephant: para defender el perímetro de los atacantes. También explica la transformación gradual de la Cruz de Hielo en 1998 y 1999 en una flota de guerra. Se decía que los corsarios habían sido los responsables de las primeras masacres en el hielo. (El abuelo decía que Gólgota había sido construido sobre las cenizas de un campamento cuáquero norteamericano). Y hay que tener en cuenta que los corsarios disponían de muchas bases en el océano Austral, desde la isla Bouvet hasta Thule en el grupo de las Sandwich del Sur y hasta el cabo Adare en el mar de Ross; no obstante, había un grupo de corsarios sudamericanos, y con el patrocinio de repúblicas de Sudamérica, cuyos barcos eran más grandes, cuyo poderío era mayor y cuyos comandantes eran más feroces que todos los demás del Sur. Su base principal estaba entre los restos de una estación meteorológica del archipiélago Palmer, en el extremo sur del estrecho de Bransfield, en Puerto Arthur de la infame isla de Anvers.

En la primavera siguiente (octubre de 1999), Grootgibeon fue nombrado uno de los comandantes de campo superiores en una campaña de la Cruz de Hielo lanzada contra los corsarios. Las órdenes de la Cruz de Hielo eran exterminar al enemigo, y la crueldad de ambos bandos fue desenfrenada, desde las Malvinas hasta el Campo de Hielo de Ross.

Al mismo tiempo, el empleo secreto de los corsarios por parte de algunos

firmantes del Tratado de Buena Esperanza —que había empezado como una táctica de hostigamiento y reconocimiento— se convirtió en una estrategia general de los Nuevos Benthamitas del Norte y del Sur. Muchos de los patrocinadores de la Cruz de Hielo también se convirtieron en patrocinadores de los corsarios. Contrataban a piratas para que representaran sus intereses en y contra la Cruz de Hielo a la que también patrocinaban. Enviaron una flota de guerra contra su propia flota de guerra.

Tampoco ahora tengo pruebas. El abuelo dijo que Grootgibeon estaba convencido, lo mismo que muchos de los comandantes de la Cruz de Hielo. Esa traición impidió que la Cruz de Hielo realizara su misión principal aquel verano: rescatar y reasentar a los desgraciados. Se decía que perecieron más en una estación que en todos los años anteriores. Ello explicaría por qué la flota de los malditos desapareció en las aguas alrededor de Georgia del Sur. Los corsarios la hundieron para retrasar el ataque de la Cruz de Hielo. El abuelo dijo: «Satanás cortaba las olas».

En el verano (enero de 2000), Grootgibeon participó en un asedio de la Cruz de Hielo a la fortaleza corsaria en la isla de Anvers. Lucharon en el mar, en el glaciar Mount Français, en las cuevas, Grootgibeon y sus comandantes subordinados atraparon al escuadrón corsario en una pinza entre las islas Joubin y el estrecho de Bismarck, para que no pudiesen escapar a los bancos de niebla de Bransfield o a la Tierra de Graham. La victoria de la Cruz de Hielo era inminente. El abuelo se mostraba inexacto con el siguiente episodio: Grootgibeon fue capturado o él mismo se rindió con su flotilla, o fue persuadido por los corsarios para negociar, o desertó de la Cruz de Hielo y se pasó al bando de los corsarios. Por lo que he sabido del hombre, y por la sensación que me inspira, esto último es de lo más probable. Debe de haber recuperado súbitamente el sentido de la propia dignidad. La traición de los firmantes del Tratado de Buena Esperanza fue demasiado para él. Sé también por experiencia que cuando un simple y obediente discípulo se considera traicionado por un maestro en quien confiaba, entonces ese discípulo, si puede, se dedicará a la destrucción del maestro con el mismo fervor. Como decía Lazarus, existe un momento tangible en que el látigo ya no intimida a la bestia. Para Grootgibeon, ese momento debió llegar cuando, privado de Cleopatra, privado de la protección de los mismos ideales a los que había jurado entregarse, ya no pudo seguir matando hombres pertrechados por los mismos que le pagaban a él. ¿Pudieron los corsarios haber comprado su deserción? Sí, pero no a menos que él ya hubiera tomado la decisión de traicionar. Treinta monedas de plata no compran a un santo; el santo cae, las recoge y luego se ríe.

La deserción de Grootgibeon en Anvers también se podría explicar por el hecho de que se hallaba bajo el hechizo del abuelo. El grado de corrupción en Anvers, el ambiente babilónico, podría haber fascinado al abuelo. Podría haber provocado su paganismo nórdico, ese temperamento transgresor que lo había impulsado en el Norte. Si el abuelo hubiera visto en la isla de Anvers que los corsarios eran más útiles que la Cruz de Hielo, que eran más asequibles a su poder y a sus fines, entonces no habría titubeado en pasarse a su bando y en llevarse con él a Grootgibeon. El abuelo

jamás había tenido fe en el bien mayor para el mayor número, ni siquiera en el bien mayor para el menor número. Decía, a su manera, que creía en un solo bien para un solo hombre: Grim Fiddle para Mord Fiddle.

También existen pruebas de que hubo muchos desertores de la Cruz de Hielo aquel verano, y que los corsarios los recibieron, ya que habían sido abandonados por sus patrocinadores. Parecería que los patrocinadores originales de los corsarios —las repúblicas sudamericanas— tenían ahora ciertas reservas acerca de los asesinatos que habían engendrado. En teoría, habían querido mostrar su tarjeta. En realidad, el amo había creado algo que no podía seguir controlando, y no sólo en el sur sino también en todo el Atlántico Sur, ataques homicidas desde La Habana hasta Buenos Aires, desde Tánger hasta Cape Town, saqueos tan al norte como el Mediterráneo, y cónclaves de jefes militares desde el Caribe hasta el océano Índico. Que Georgia del Sur se salvara de un ataque mortal de los corsarios sólo se puede explicar por la suerte.

Mi impresión es que los firmantes del Tratado de Buena Esperanza reconocieron aquel verano la amenaza de los corsarios e iniciaron negociaciones que culminarían en Cádiz en otro tratado de los Nuevos Benthamitas llamado La Paz de la Frontera. Estoy reuniendo los datos aportados por gran número de informantes con los que hablé mucho después de recibir la versión del abuelo, y soy consciente de que podría distorsionar la historia. Esto es lo que tengo, y lo apoyo con mi suposición de que la guerra secreta de los corsarios debió haber sido un gran gasto de recursos, que ya no eran muchos después del esfuerzo de alimentar a los desgraciados. Se dice que La Paz de la Frontera llegó a funcionar en climas más cálidos. No fue así en el Sur. La situación en el Antártico se deterioró durante el año siguiente hasta el punto de que cuando los Nuevos Benthamitas por fin le retiraron su ayuda a los corsarios, los corsarios no necesariamente se retiraron. Al no verse ya molestados por órdenes y estrategias de los amos republicanos, se quitaron el disfraz y se convirtieron en lo obvio: piratas. Sí, la mayoría de los piratas originales habían sido matados por el hielo y por los hombres, y sí, algunos de los piratas pusieron rumbo al Pacífico en busca de nuevos patrocinadores. Sin embargo, muchos en el Sur, y muchas clases distintas de piratas, decidieron quedarse.

Me interesa sugerir por qué. Quizá, como Grootgibeon, tenían cuentas que saldar. Y quizá la oscuridad había crecido tanto que ya no había más razones ni más fines; los medios eran todo. He explicado este pensamiento con la metáfora del abuelo: que no había paz, no había santuario, no había refugio, ni siquiera un arca. Quiero exponer esto aquí de nuevo, de forma más adecuada. Sostengo que los piratas del Sur, cuyas filas se alimentaron con renegados y luego se ampliaron con desgraciados a los que alistaban además de sanearlos, se vieron obligados a admitir que cuando no hay un refugio bajo el sol, lo que uno llama su propio lugar merece toda la voluntad y crueldad que uno pueda emplear. El Sur es un desierto blanco, una nada. Nada era todo lo que les quedaba a los piratas, y llegarían a luchar por ella como si fuera el



paraíso. Siempre ha sido igual con los Nuevos Mundos, y con los criminales, proscritos y exiliados que los adoptan como propios. Como había sido en el Norte sería ahora en el Sur.

Todavía hay una forma más oscura de decirlo. El Tratado de Buena Esperanza había instalado los campamentos del hielo para dar caridad a las masas de desgraciados que no se resignaban, y también había dotado a los desgraciados más fuertes de armas y un campo de batalla, el océano Austral, donde existir. Los hombres convertidos en piratas se habían visto empujados a probar la sangre humana y no los habían vilipendiado. Decían los nórdicos que cuando el lobo prueba tu carne, la consume o es consumido por ella. En la isla de Anvers, los corsarios abandonados se convirtieron en piratas sedientos de sangre, discípulos traicionados de la Cruz de Hielo, esclavizados reclutas del éxodo, todos unidos en el odio mutuo y en el odio hacia todos los hombres. Eran la manada de lobos. Eran la antítesis. Sus mentes estaban tan devastadas como el hielo. Se maldecían a sí mismos y al representante inmediato de su descenso a un estado de bestialidad: la Cruz de Hielo. ¿Qué sentido de la comedia pudo haber llevado a los capitanes en la isla de Anvers el verano siguiente (enero de 2001), cuando se firmó la Paz de la Frontera en Cádiz, a unirse en lo que ellos llamaron la Hermandad del Hielo? En lengua española, nacieron los hielistos.

### *La muerte de mi familia*

Debo escribir sobre la muerte de Peregrine. He sabido que se aproximaba durante estos largos años en que he estado realizando mi confesión. Ahora que estoy aquí, parece la obra de un maestro de acertijos nórdico. No resulta creíble. Sé que eso significa que no la he aceptado, y también sé que plasmarla en palabras es una manera de entender un poco mejor qué me ha sucedido a mí. Debo volver a matar a mi padre y a mi familia.

Sin la protección de Grootgibeon, y debido a la imprudencia de Israel, Cleopatra perdió poder para mantener a mi familia y a la suya apartada de los severos cambios producidos en la isla Elephant. Permanecían en la sección más antigua de la base, Elephant Main, y estaban libres de las privaciones sufridas por los desgraciados en los nuevos campamentos que crecían alrededor. Durante aquel invierno se redujeron las raciones, se desintegró la disciplina y se desplomaron la medicina y la sanidad. Varios funcionarios de la Cruz de Hielo abordaron a Cleopatra, o fueron abordados por ella, que se entregó a cambio de privilegios. El más poderoso era un chileno, Fives O’Birne. Lo conocí. Lo maté. Era la deshonra en persona, y mezquino.

Algo sucedió al finalizar el invierno (septiembre de 1999) que apartó a Fives O’Birne de Cleopatra o lo impulsó a dejarla. Quizá la vendió al burdel de oficiales de Elephant Main. Por ese entonces Cleopatra estaba embarazada de Grootgibeon, en estado muy avanzado. Por lo menos, yo creo que era el hijo de Grootgibeon, y

también él lo creía, Cleopatra jamás lo negó, y ésa siempre había sido su manera de decir sí. Al principio no dio la impresión de sentirse molesta con el embarazo, y tampoco los oficiales de la Cruz de Hielo. Una peculiaridad de la vida en los campamentos era que se veía el nacimiento como el epítome del erotismo. Pero entonces, al término del embarazo, Cleopatra sufrió un colapso nervioso. Quizá intentó suicidarse. Lo más probable es que un cambio interno le dio claridad y le permitió ver su destino. Perdió la alegría por completo y en su lugar sólo quedó rabia, que volcó contra sí misma. Dejó de cuidarse, perdió peso, la mirada se le puso vidriosa. Las condiciones tolerables del burdel no ayudaban. Poco después, Cleopatra o fue devuelta a su madre o ella misma regresó a su lado.

Cleopatra se estaba muriendo. Para mantenerla viva, Charity Bentham y Peregrine Ide se reanimaron y establecieron un pacto suicida. Conozco pocos de los hechos, ya que el único superviviente al que podía pedírselos aparte de Cleopatra era Babe, testigo mudo; el abuelo sólo se enteró de los detalles de segunda mano por boca de Orri antes de que éste muriera, Cleopatra me dijo: «Me alimentaron». Imagino que Charity y Peregrine pasaron hambre, obligando a Cleopatra a comer sus raciones. Sin embargo, eso no habría bastado si ella hubiera tenido la firme decisión de morir, y también debo suponer que Charity usó algún poder maternal sobre su hija. El abuelo dijo que Thord, Orri, Guy y Earle también trataron de compartir su comida pero Charity les impidió sacrificarse hasta ese extremo. Al final, la magnífica ambición de Charity Bentham se impuso y dirigió su propia destrucción y la de su amado Peregrine. El suyo no fue un final rápido, pues tuvieron que mantenerse vivos el tiempo suficiente para que Cleopatra y su bebé, un niño, pasaran la primavera y las privaciones exacerbadas por los ataques de los corsarios contra la Cruz de Hielo, Peregrine murió primero, alrededor de mi vigésimo sexto cumpleaños. Tenía cincuenta y un años.

Charity Bentham subsistió hasta principios del verano. Fue el último freno para Israel. Israel no sólo tuvo que ver cómo moría Peregrine sino también Molly y su hijo, Solomon, agostados por la parálisis, Charity y Molly murieron en la misma semana. El campamento siguió desmoronándose. Hubo una rebelión cerca de año nuevo. Orri le contó al abuelo que Israel estaba involucrado de manera periférica. Cleopatra le contó a Lazarus que Israel era un cabecilla.

No sé qué sucedió. Tampoco sé cómo Israel pudo ser tan estúpido de rebelarse contra la Cruz de Hielo. Se dijo que había habido una masacre en uno de los campamentos satélite. Fuera de eso, la historia no dice nada, Orri nunca pudo contarle al abuelo más que el hecho de que enviaron a Israel y a Earle al «campamento de la plaga». Así es como llamaban los desgraciados a Clarence West. ¿Cuándo murió Guy, y dónde? ¿Y qué le pasó a Thord? Orri quería a Thord más que a la vida. No hablaba de él, Cleopatra no sabía qué les había sucedido a los hombres, pues fue separada de ellos cuando Fives O'Birne regresó a Elephant Main a principios del verano (enero de 2000). La devolvieron al burdel, o volvió ella misma,

poco después de la muerte de Charity, llevándose consigo al hijo de Israel, Solomon, y al suyo, Cesare, y poniendo como condición el bienestar de todos ellos. También se le permitió un protector, Babe, que enterró a su madre y luego transfirió su heroica fidelidad a su hermana, Orri sobrevivió a la rebelión por accidente, y fue trasladado a la sección masculina del burdel.

No puedo penetrar más en la oscuridad y localizar las circunstancias del asesinato de mi familia. Ni siquiera puedo hacer suposiciones. Peregrine e Israel estaban vivos. Luego estuvieron muertos. No tengo más que decir. Quiero forzar a alguien, alguna fuente, y obligarlo a contarme los últimos pensamientos de Peregrine, los motivos de Israel para rebelarse, las últimas palabras de Guy y Thord... y Earle, ¿cómo pudieron asesinarlo? Comprendo que no soy el último en perder a todos los que ama. También comprendo que la búsqueda de una causa fácilmente se puede convertir en la justificación de la venganza. Sé que abundan ejemplos en la historia en que un pueblo, un modo de vida, fue barrido de la faz de la tierra de tal modo que nada quedó de él. Yo soy un legado insuficiente. Quiero que se levante una señal, más, un arco de triunfo sobre toda la isla Elephant, y en él quiero que se pongan las acusaciones de los asesinados, la defensa de los asesinos, el veredicto del Señor del abuelo. Sé que cientos de miles murieron en el hielo aquel año, madres y padres de niños a los que jamás se les concedió la suerte de la que yo disfruté. Eso no es ningún consuelo. Quiero que se recuerde a mi familia. Pensemos en lo patético que es quedarse sólo con lo que he contado: Peregrine y Charity se murieron de hambre; Israel, Guy, Earle y Thord fueron esclavizados y obligados a desaparecer porque se enfrentaron a la crueldad; Molly, la jovial y poética Molly, murió a pesar de todo lo que hizo Israel. Esto es todo lo que tengo. Sí, puedo envolverme en el fatalismo nórdico: los muertos muertos están, llóralos y sigue adelante. No se me permitió llorar. No hay tumbas. No hay testigos para contar la historia. Peregrine tenía cincuenta y un años. A esa edad, su propio padre, que también era mi abuelo, era un norteamericano satisfecho, con tres hijos, mis tíos, que seguramente estaban bien alimentados, arrepentidos del pródigo Peregrine. Por accidente, por mala suerte, la senda de Peregrine lo llevó a la penuria, al crimen, al exilio y al abandono. No digo que Peregrine fuera especial —aunque para mí lo era— o que mereciera algo mejor que la multitud de desgraciados nacidos en la pobreza y la desesperación a los que jamás he conocido. Digo que ese hombre, mi padre, nació siendo una de las criaturas más afortunadas de la tierra, el hijo mayor de un norteamericano, y sin embargo fue posible que desapareciera en una nada fría y silenciosa, sin dejar ninguna marca. Fue creado en la alegría y consumido en el odio. ¿Y por qué? ¿Cómo fue posible? ¿Quién tuvo la culpa? Mostrádmelo, mostrádmelos, y les haré pagar. Pero no hay nadie que me muestre, y no hay nada que mostrar. Llamo a la puerta del silencio.

*«La ramera de Babilonia»*

Mi familia desapareció, Cleopatra, Babe, Orri y los dos bebés sobrevivieron, Cleopatra se hizo cargo de su destino. Su transformación no fue completa. Era cauta, reservada, resultado del hambre padecida y de la recuperación; sabía que si no actuaba con eficacia podría perder de nuevo la voluntad. Estaba empezando a crear sus recursos: entendió que para sobrevivir tenía que volverse lo más despiadada posible, y actuar sin límites morales. Como primer paso, se convirtió en el centro de un inventivo grupo de mujeres y hombres del burdel, incluyendo a Orri. Babe convirtió a Cleopatra en algo especial, su fuerza armada. Lo que dio a esta camarilla una autoridad añadida fue que el burdel de la isla Elephant era menos una cámara de esclavos que un templo de esperanza: allí, el deseo era posible, y llegó a representar un poder místico para la Cruz de Hielo y los desgraciados.

No comprendo cómo Cleopatra soportaba a Fives O’Birne, un hombrecito grosero, malicioso y feo que podría haber sido un agente doble de una de las repúblicas sudamericanas. Me pregunto si Cleopatra habrá sido en verdad su amante, y no un arma que él encontró y usó. Él le permitía libertades inusuales en el burdel. La enviaba a otros funcionarios de la Cruz de Hielo como regalo. Y, sin embargo, codiciaba la fuerza de Cleopatra, y probablemente asesinó a varios funcionarios de la Cruz de Hielo que abusaron de ella, a menos que lo hiciera Babe siguiendo órdenes de Fives O’Birne. En algún momento, a principios de 2000, Cleopatra se convirtió en la consorte de uno de los nuevos comandantes superiores de la isla Elephant, Jaguaquara, un chileno astuto, hábil, muy experto. No puedo eludir mi sospecha de que también Fives O’Birne fue el artífice de este hecho, Jaguaquara, que se hacía llamar Islas Desolación, estaba considerado un brillante carnicero, veterano de varias campañas contra los piratas en el Atlántico y el Pacífico. También se lo consideraba uno de los hombres más misericordiosos y competentes de la Cruz de Hielo responsable de la reconstrucción de los campamentos destruidos por los piratas y de mejorar las condiciones en la isla Elephant.

Se me escapan los motivos que tuvo Cleopatra, en especial porque aquel otoño dejó la vivienda de Jaguaquara y regresó al burdel, mientras Grootgibeon y el abuelo desertaban en Anvers. Ese acto no parece haber sido un castigo.

Cleopatra sólo le dio algunos detalles a Lazarus; sabiendo que sentíamos curiosidad, racionaba los secretos, Cleopatra volvió de manera voluntaria al burdel porque ella y Fives O’Birne tenían una red de espías, soplones y agentes que requería su presencia en el centro de la red, Cleopatra también tenía a otros oficiales de la Cruz de Hielo cuyos nombres no recuerdo, y parece que desde el burdel era capaz de dispensarse a sí misma como un veneno, no para matar pero sí para esclavizar a los esclavizadores. Convirtió el burdel conscientemente en una institución, con muchos nacimientos, muchos embarazos, utilizando a los niños como sirvientes, concediendo privilegios a algunos y arrebatándoselos a otros, incluyendo el liderazgo entre los desgraciados en los campamentos. Había un sacerdote poderoso llamado Barracuedes que se oponía a su poder, que intentó volver contra ella a los comandantes de la Cruz

de Hielo. Pronto lo destinaron a Clarence West y desapareció dentro de la caridad. He oído muchas historias de las maquinaciones de Cleopatra, tantas que ahora comprendo que a ella se le atribuía todo lo lascivo y voluptuoso, como si fuera una diosa. ¿Una diosa de qué? De la fertilidad, sí, pero también del terror. Se acicalaba con un propósito claro. Era hermosa, educada, implacable y, creí en una ocasión, resuelta. Alguna vez creí que conservaba tantas puertas como le era posible porque una de ellas podía ser su escapatoria. Ahora me pregunto si no flaqueó, si la autoridad que ganó en la isla Elephant, la imperial corrupción de su poder, no se convirtió en su causa. Sus puertas eran asesinos. Su ruta era el asesinato. Pero ¿adónde creía que iba? ¿Qué buscaba? Se realizaba todo lo grandiosa, fantástica y mitológicamente que le era posible. Se describía como «la reina de los esclavos». El abuelo la llamaba «la ramera de Babilonia».

No quiero exagerar sus logros, Cleopatra sufrió por su prostitución. Si es verdad que el asesinato de su padre enterró su infancia y su fe en la bondad, entonces sea cierto también que el asesinato de su madre enterró su corazón, Cleopatra no era despiadada. Su dolor se congeló en la tumba de Charity. Fue precisamente la pérdida de esa tumba lo que la marcó de un modo siniestro que jamás pude entender. Sucedió más o menos un año después de la muerte de Charity. Cleopatra había pedido a Jaguaquara que enterrara a Charity en el cementerio reservado para los funcionarios de la Cruz de Hielo. Una serie de erupciones abrieron una fisura que avanzó por la plataforma durante semanas, luego destruyó varias viviendas y se tragó el cementerio, Cleopatra no lo consideró un accidente. Echó la culpa a la Cruz de Hielo. Quizá ésa sea la causa por la que envió un mensaje a la base recién constituida de los hielistos en la isla de Anvers, mensaje dirigido a Grootgibeon, que según le contó Fives O’Birne había desertado. Quizá sea una historia apócrifa, pues la fecha no es precisa. La fisura sí pareció abrir una brecha en la voluntad de Cleopatra. Perdió su control por un momento, y se volvió contra Jaguaquara, que trató de apaciguarla. La pérdida de la tumba de la madre también explica el temor obsesivo de Cleopatra por los terremotos en la isla de Anvers mucho tiempo después. En una ocasión me costó muy caro, ya que ella interrumpió una campaña para mudar sus cosas de mi casa a una suya, que según ella estaba fuera del alcance del Trono de Satanás. Sé que estos detalles son confusos. Lo que importa aquí es que Cleopatra tuvo un colapso nervioso en la isla Elephant cuando se encontraba en la cima del poder, cuando podría haber usado su autoridad para salir del Sur. Si pudiera decir que se volvió loca, entonces su comportamiento sería al mismo tiempo excusable e imposible de analizar. En cambio, ella, «reina de esclavos», «ramera de Babilonia», se volvió lógica y fríamente loca, astuta en sus caprichos, mortal en sus ataques de cólera.

Más crucial para su destino fue que se vio atormentada por el hijo bastardo, Cesare; por lo menos, eso puedo suponer por su conducta respecto al padre, Grootgibeon. Es posible que Grootgibeon no conociera la existencia de su hijo cuando se pasó a los hielistos. También es posible que el mensaje de Cleopatra (si

sucedió de esa manera) lo perturbara, lo volviera imprudente. No quiero apresurarme, he aprendido que no debo apresurarme, a descartar lo increíble en el Sur. El poder de Cleopatra me había parecido ser tan sobrenatural como la Antártida. Si alguien podía haber enviado un mensaje desde el burdel de la isla Elephant a través de más de quinientos kilómetros de hielo y ceniza, era ella. Los campamentos eran entonces coladores, por los que entraban y salían a montones los desgraciados; la Cruz de Hielo luchaba contra los hielistos, y los buques de transporte y los barcos mercantes eran desviados, atacados por piratas, traficados entre campamentos. Campamentos enteros eran exterminados por la naturaleza, y resucitados por la llegada de nuevos grupos.

Por último, en el verano del año 2001, Grootgibeon dirigió un asalto mortal contra la Cruz de Hielo en la isla Elephant. Llegó a capturar Elephant Main durante unas cuantas horas. El abuelo atribuyó a Grootgibeon el invento de la estrategia que yo perfeccioné más adelante, si ésta es la palabra: el combate mediante la masacre. El vencedor queda tan reducido como el vencido. Sin embargo, si uno manda a criaturas pequeñas y sucias, medio hombres que no luchan por ningún beneficio, uno puede perderlos en grandes cantidades para obtener un objetivo claro. El premio de Grootgibeon fue Cleopatra.

### *La isla de Anvers*

Debo hablar de lo peor posible, del tercer reino de la cosmología de Grim Fiddle. Así como había un nuevo y agrandado Asgard, hogar de los dioses silenciosos, así como había un nuevo y reducido Midgard, de quejumbrosos desgraciados, también había un nuevo Niflheim, reino de los muertos homicidas, Grootgibeon robó a Cleopatra del borde de Midgard y la llevó al foso de los hielistos, la isla de Anvers.

Los escandinavos no eran precisos cuando se referían a Niflheim, que significa Brumosa Hela, pues consideraban que era prohibida y no debía mencionarse. Recalco que los nórdicos no lo consideraban un castigo. No se lo veía como un equivalente del concepto cristiano de Infierno. No se hacía distinción entre la vida eterna de los que perecían justamente y los que morían como criminales. Los muertos muertos estaban, y se creía que el cadáver viajaba para morar en Niflheim por toda la eternidad. Sí, es verdad que los héroes muertos viajaban para morar en el Valhalla por toda la eternidad; sin embargo, eran un número tan pequeño y selecto que su muerte no significaba la condena de los que morían por accidente, enfermedad, vejez, y que moraban en Niflheim.

Se decía que Niflheim estaba a nueve días de viaje a caballo, bajando de Midgard hacia un frío reseco que apagaba la alegría. La isla de Anvers, un monstruo de sesenta por treinta kilómetros de imponentes glaciares, picos atronadores, conos humeantes, estaba a cuatro días de dura navegación a vela desde la isla Elephant, rumbo al sudoeste, del otro lado de un estrecho de Bransfield veteado de hielo, atravesando la

niebla gris del estrecho de Gerlache hasta la fortaleza construida originalmente por los corsarios en la costa sudoeste, en Puerto Arthur. Niflheim tenía una ciudadela llamada Hela por la mujer medio serpiente, negra y blanca, escamosa y triste, que gobernaba allí. La mansión de Hela, Eljundir, estaba construida detrás de la roca Precipicio a la Destrucción. La fortaleza de Puerto Arthur estaba empotrada en la cara rocosa alrededor de los restos de la estación meteorológica, y se extendía ante el tumultuoso filón principal de las erupciones, el Trono de Satanás, situado más atrás, en la península de la Tierra de Graham, a varios cientos de kilómetros hacia el sudoeste. Los nórdicos decían que los servidores de Hela eran un hombre, Ganglati, y una mujer, Ganglot, que reptaban tan despacio que parecían no moverse. La lava de la isla de Anvers tallaba grietas humeantes en los glaciares ennegrecidos. Los nórdicos llamaban al plato de Hela, Hambre, y al cuchillo de Hela, Escasez, y a su camastro, Lecho de Enfermo, sobre el que colgaban unos adornos llamados Desgracia Resplandeciente. Había muchos nombres oscuros para los hielistos en Anvers; y la causa por la que tantos de ellos eran pequeños se debía a que había tantos niños y mujeres como hombres: las mujeres comían menos, resistían el frío igual y eran tan brutales como los hombres. Y así como los hielistos de la isla de Anvers disponían de suministros casi inagotables —no sólo de robar a la Cruz de Hielo y a las sociedades religiosas, sino también de saquear a los barcos mercantes y, al principio, de recibir grandes envíos de las repúblicas del sur que patrocinaban a los corsarios—, no es una exageración decir que el plato de los hielistos era el hambre, su cuchillo la escasez y sus moradas en las cuevas un lecho de enfermo. Las cuevas de la isla de Anvers ciertamente sí estaban adornadas de desgracia resplandeciente, el botín de cientos de ataques a los campamentos.

Grootgibeon no era el caudillo de los hielistos. Al principio parece haber sido una estructura oligárquica, lo que Lazarus llamó una confederación tribal. Predominaban los hispanohablantes. El muy armado cúter de Grootgibeon, y los comandantes de su flotilla, lo convirtieron en un importante capitán. Su ataque mortal a la isla Elephant lo llevó al frente del mando. Después se estableció con sus hombres, además de Cleopatra y su burdel, que parecía una corte, en las zonas mejor construidas de la fortaleza. Tenían esclavos, así como ellos eran esclavos. El abuelo decía que en esa época la fortaleza, antes de que yo la reconstruyera, daba hacia el mar, pero entre los muros de rocas empinadas era vulnerable al bombardeo de los cúters que salían de Punta Bonaparte. Se la creía inexpugnable. No lo era. Sin embargo, así lo creyó la Cruz de Hielo aquel verano. O bien la Cruz de Hielo se hallaba por completo a la defensiva o bien la respuesta a por qué Grootgibeon y Cleopatra fueron capaces de establecerse con seguridad y empezar a reunir a los diversos señores de la guerra del Sur bajo su control fue que la isla de Anvers, para la Cruz de Hielo, al igual que Niflheim para los nórdicos, era considerada mágica: magia mala, magia maldita, sobrenatural. Era un yermo sulfuroso. Era un reino de piratas. Eso, combinado con la locura, la transformó para los hielistos y la Cruz de Hielo en un lugar de depravación.

Parecían monstruosos, así que actuaban monstruosamente. Esto último no debería sorprender ahora. He preparado el camino.

Así como los nórdicos hablaban del dragón inmortal, Nidhogg, que moraba en Fíflheim, royendo las raíces del árbol eterno, Yggdrasil, y chupando la sangre de los hombres y luego devorando sus cadáveres, también en la isla de Anvers estaba el espíritu de Nidhogg: el canibalismo. El abuelo dijo que Grootgibeon trató de contener lo peor, más quitando el mando a los peores corsarios y dándolo a los desertores de la Cruz de Hielo que prohibiendo a los hielistos comer a los muertos. Esto para mí no explica el fenómeno, pues cuando yo goberné, Nidhogg seguía siendo invulnerable. Descubrí que no había cantidad de comida, ni garantía de suministro continuo a lo largo de los negros inviernos que apartasen a algunos hombres y mujeres del canibalismo. Es como si formara parte de la bestialidad que sobrevive en los hombres desde tiempos antediluvianos; cuando el hambre y la desesperación y la rabia cobran poder, el durmiente Nidhogg despierta, hambriento.

### *Barbablanca*

En un sitio como ése, los que ganaban eran los crueles y los duros de corazón. Hablo aquí de Mord Fiddle. El abuelo interrumpía su historia con una defensa de su comportamiento que en realidad era una justificación interesada. Decía que creía que desde la partida de Estocolmo el Señor lo estaba castigando por su gran pecado de abandonarme al nacer, que ponía a prueba su decisión de enmendarse. Creía que al perderme en Mead's Kiss el Señor lo puso a prueba arrojándolo entre «los que eran de Satanás». El abuelo creía que todo lo que encontraba ponía a prueba su voluntad de no abandonarme de nuevo para que sufriese el mal y así volver a encontrarme y librarme de la oscuridad. Su devoción en buscarme era lo que él consideraba su armadura contra su Satanás.

Me parece revelador que el abuelo no hubiera participado en la carnicería. Fue un espectador pasivo; toleraba cualquier cosa; pero no mataba. Los capitanes de los hielistos no tomaban a mal la pasividad del abuelo, y lo respetaban con temor reverencial. Tenía un estilo espectral. Creía que estaba en el Infierno y se comportaba como si así fuera, con el aura de los condenados, Grootgibeon acataba sus opiniones, y ninguno de los otros se atrevía a desafiarlo. Más importante aún, Cleopatra siguió cumpliendo su pacto y dio al abuelo la protección de su corrupción. Después de la incursión a la isla Elephant, el abuelo reparó el *Ángel de la Muerte*, capturado en el ataque, y se dedicó a su misión. Se convirtió en un buscador. Los hielistos veían a Barbablanca como un amuleto. Según lo que me describió de las batallas, se quedaba atrás en el *Ángel de la Muerte* hasta que terminaba la carnicería, y entonces él y sus ayudantes inspeccionaban el paisaje, rezando y curioseando, mirando «en sus corazones». ¿Y qué buscaba? La respuesta obvia es Grim Fiddle. Creo que había algo más. Sugiero que también buscaba una señal, un mensaje de su Señor que le



confirmara que lo que Mord Fiddle hacía, y miraba, era tan malo como tendría que saberlo el Ministro del Fuego. Permitted que la búsqueda lo cegara. ¿De qué otro modo se explica que un hombre que había visto la oscuridad, mucho antes que cualquier hombre razonable hubiera sabido lo que se avecinaba, pudiera perderse en esa oscuridad?

La prueba de lo que digo es que cuando el abuelo me encontró se le cayó la venda de los ojos. Su autoengaño empezó a matarlo, Kuressaare dijo que Barbablanca ya se había derrumbado antes. La profunda diferencia en Gólgota fue que mientras me contaba lo que había hecho y visto durante esos siete años en la oscuridad, reconsideró su conducta, y eso lo consumió. Supongo ahora que ese marchitamiento había comenzado antes de nuestro encuentro en la playa, había comenzado cuando la noticia de la captura de un hombre que era Wild Drumrul llegó a oídos del abuelo en Anvers. Cuando por fin tuvo delante a Wild Drumrul (capturado en el ataque de los hielistos al *Rey Jacobo*) en la isla de Anvers, Wild Drumrul sólo le pudo contar que se me había visto por última vez en la costa de la isla Greenwich, pero eso había bastado para que el abuelo insistiera en su reconocimiento de los campamentos. Cuando sus hombres capturaron a Ugly Leghorn en el glaciar, el abuelo supo con exactitud dónde estaba yo. Yo no sabía todos los detalles de aquel día en el glaciar; él no había estado allí, sólo págalos y sus hielistos. A esas alturas ya estaba demasiado consumido para subir, y se había quedado frente a la costa en su *Ángel de la Muerte* mientras los capitanes de los hielistos cerraban su trampa sobre la Cruz de Hielo. Todo había estado al servicio del objetivo del abuelo: reducir el poder de la Cruz de Hielo en la zona mientras él entraba en Gólgota a buscarme. También me equivoqué en cuanto a los motivos por los que no había habido ataques de los hielistos. Desde el momento en que el abuelo supo que yo estaba en el Sur, Gólgota y varios otros campamentos de Roberts, Greenwich y Livingston habían estado bajo la total protección de Barbablanca.

### *La suerte de Cleopatra*

El ataque mortal de Grootgibeon a la isla Elephant destruyó la infraestructura de la Cruz de Hielo. Como resultado de aquella carnicería los hielistos establecieron bases en las islas Decepción, Smith y Livingston. En marzo de 2001, Jaguaquara fue nombrado comandante en jefe de la Cruz de Hielo en las Shetland del Sur, más por superviviente que por sus propios méritos. Se volvió cauto, midió el caos, reconstruyó la isla Elephant lo mejor que pudo, dirigió a la Cruz de Hielo para ayudar a los campamentos y eludir los cúters de los hielistos. Sus amos, los firmantes del Tratado de Buena Esperanza y de la Paz de la Frontera, desaprobaban sus actos por completo, y le ordenaron borrar la fortaleza de Anvers, Jaguaquara instó a sus amos a negociar con Grootgibeon y los capitanes de Anvers.

Fue la naturaleza la que dictó el siguiente ajuste. A principios de otoño (abril de

2001), los volcanes hicieron erupción con explosiones colosales, enterrando muchos campamentos, envenenando el estrecho de Bransfield, inmovilizando a ambos bandos en sus cuevas. Tanta escoria fue arrojada al cielo que se dijo que se puso negro. Eso bloqueó la luz del sol de modo preternaturalmente temprano, lo que parece haber agrandado la capa de hielo. Ése fue el invierno en que la capa envolvió a Georgia del Sur. En la Antártida, la masa de hielo arrasó con todo, en especial con el éxito de los hielistos. La naturaleza había hecho lo que la Cruz de Hielo no había podido hacer; los hielistos se comieron a sí mismos.

En la primavera siguiente (noviembre de 2001), cuando yo y los míos fuimos sacados de Georgia del Sur, un nuevo comandante en jefe, K. H. Lykantropovin, sustituyó a Jaguaguara en la isla Elephant. Nadie conocía su verdadero nombre; yo sigo sin conocerlo: se rumoreaba que Lykantropovin era un *nom de guerre* que él había elegido. Hubo muchos capitanes de los hielistos que lo veneraban, algunos incluso desertaron para unirse a él; eso se debía a su reputación de crueldad ilimitada, tan grande que podía parecer más una maldición que un hombre. Se decía que era nieto de un general ruso deportado en una ocasión por los soviéticos por sospechar que su lealtad estaba con Rusia y no con la revolución, que había sido resucitado para luchar contra los blasfemadores alemanes y luego enviado de nuevo al exilio, al norte del Círculo Ártico, a las minas de Vorkuta. Quizá esto sea un invento; es verdad que Vorkuta significa «el pueblo de los infiernos». El nieto, Lykantropovin, no era ni un demonio ruso ni un santo ruso. Creo ahora que quizá haya sido el rostro de la guerra. Sin duda era un mercenario asesino de masas. Me he enterado de que cuando llegó al Sur era un veterano de campañas criminales contra los desgraciados de África y del Lejano Oriente. La mejor manera de entenderlo es verlo como un recadero imperial, obediente, ingenioso, incorruptible aunque aparentemente corrompido del todo por la envidia y la ambición. Además, creo que Lykantropovin era un fanático sincero y hasta atormentado. Ningún hombre podría haber servido con lealtad en semejantes condiciones abismales si carecía de convicción. Parecía que su dios era el orden. Su puño era de hierro. Se decía que su cara era terrible: una herida del frío. Físicamente era pálido, esbelto y alto, comía pescado y sufría de insomnio. Jamás lo oí hablar. Fue hasta el fin un indomable hombre del norte con un nombre horrible y una sola misión: someter al enemigo. Si parezco mostrar aquí admiración, es porque la sentí y la sigo sintiendo; a su debido tiempo tendré mucho más que contar al respecto, porque entre los dos liquidamos a multitudes. De momento, declaro mi simpatía pues está en mi cara, Lykantropovin, como lo están todos los hombres, dicen los nórdicos, a quienes uno ha asesinado.

Lykantropovin se dio cuenta de que su oportunidad radicaba en iniciar el ataque de inmediato. Primero lanzó una campaña contra la naturaleza, renovando los campamentos más grandes con calefacción y suministros, destruyendo los glaciares que amenazaban los puertos de aguas profundas de Elephant, King George y Livingston. Sabía que tenía que dar seguridad a los desgraciados, no porque se

apiadara de ellos sino porque tenía que cambiar sus simpatías y sus corazones de los hielistos a la caridad de la Cruz de Hielo. También reconstruyó la isla Elephant, convirtiéndola en una fortaleza que dejaba pequeña la de Anvers. Luego lanzó una armada de rompehielos nuevos y recuperó las Shetland del Sur, desde la isla Clarence hasta la isla Decepción, Dietjagger, el oficial germano oriental de la Cruz de Hielo, debió de haber formado parte de aquella barrida. Y mientras los georgianos del sur nos amontonábamos en Gólgota, Lykantropovin envió una flota contra la isla de Anvers.

Fue entonces cuando la suerte de Cleopatra desdobló el dobladillo, como dicen los nórdicos. No puede haber sido un accidente que Jaguaquara, relevado del mando y esquivado como un carnicero menor, dirigiera el asalto principal contra Anvers. Quizá Lykantropovin no supiera cuán decisivo es que un comandante acompañe a sus fuerzas en el hielo: las lealtades pueden cambiar tan repentinamente como el clima. Sus rápidas victorias en las Shetland del Sur quizá lo hicieron confiar demasiado. Desde la fortaleza de la isla Elephant, Lykantropovin, utilizando medios tan poco fiables como los mensajeros y la radio, dirigió a Jaguaquara contra lo que él suponía era el corazón de la Hermandad del Hielo, Grootgibeon y los desertores de la Cruz de Hielo en Puerto Arthur.

El bombardeo de Jaguaquara fue hábil, desgarró la cara del risco de las cuevas, empujó a los hielistos hacia las montañas. La flota pirata también fue destruida, y Jaguaquara cerró la red con desembarcos en la playa. Los capitanes de los hielistos, conducidos por un tal Héctor el Gordo, estaban dispuestos a parar el combate y suplicaron a Grootgibeon que pidiera las condiciones para un alto el fuego, Jaguaquara envió a Fives O'Birne a la fortaleza con una bandera de tregua y la exigencia de Lykantropovin de una rendición incondicional, Fives O'Birne dijo a los capitanes que debían aceptar las cadenas, e insultó a Grootgibeon, pretendiendo separarlo de los piratas. Ante eso, los capitanes se dieron cuenta de que la intención de Lykantropovin era matarlos a todos. También sabían que no podían romper el asedio, Grootgibeon tuvo un gesto honorable, demasiado tarde, demasiado ingenuo, y se ofreció a viajar a la isla Elephant para negociar la rendición, Fives O'Birne se jactó de que la única parte de Grootgibeon que le llevaría a Lykantropovin sería la cabeza.

Lo que hacía falta para salir del punto muerto era un corazón que pudiera tolerar cualquier traición. Imagino que la homónima de Cleopatra podría haber abrazado a su amante y a su áspid contra el pecho y hundirse en una gloriosa derrota. Un nombre es un nombre, cierto, pero yo digo que algunos nombres son una advertencia. La rendición no estaba en el temperamento de Cleopatra Furore. Se levantó para intervenir en el concilio de los hielistos. Bajó de la fortaleza con Fives O'Birne, Babe y su guardia, y subió a bordo del buque insignia de Jaguaquara.

Algunos dijeron que permaneció allí un día, otros que desde la Tierra de Graham sopló un vendaval que enterró el asedio en una tumba de hielo. Nada se movió, salvo los págalos en el cielo y las lenguas en los mentirosos. El abuelo no estaba en la

fortaleza, estaba atrapado en la Tierra de Graham, y no era un testigo de fiar. Dijo que cada capitán de la fortaleza sabía que Cleopatra estaba dispuesta a vender a todo el mundo a todo el mundo, la «ramera de Babilonia» forjando un tratado babilónico, Cleopatra jamás aportó detalles. Se dijo que mandó a Jaguaquara a informar a Lykantropovin por radio que ella sólo negociaría con él y no antes de que le devolviera el cadáver de la madre. Si fue así, debió de saber que se trataba de una exigencia descabellada. ¿Y de verdad, como se me contó más adelante, besó a Grootgibeon cuando se levantó de la mesa del concilio?

El final fue metamórfico, todos derretidos y revueltos, Cleopatra, hija del Nuevo Benthamismo, reveló la raíz pagana del Factor Caridad; en términos cristianos, se llama a eso «palabras de Judas», Jaguaquara se rindió y rindió su flota ante Cleopatra, Cleopatra convirtió a Jaguaquara en el señor de la guerra de la isla de Anvers. Y como burla a la impotencia de la Cruz de Hielo para derrotar a la autoproclamada reina de los esclavos, se dijo que Cleopatra ordenó enviar un cúter a Lykantropovin, tripulado por los oficiales de la Cruz de Hielo que originalmente habían desertado con Grootgibeon, con los dedos cortados. El cadáver de Peter Grootgibeon fue clavado al mástil de botavara.

En Gólgota, los georgianos del sur se estremecieron al oír mi traducción de la historia del abuelo. Después de todo, no hablaba de ningún país lejano, sino de nuestro mundo: Grootgibeon llevaba muerto menos de un año. Y Lazarus se mostró tan ultrajado por la degradación de Cleopatra que trató de no creer lo que había escuchado. Dijo que el abuelo ofrecía dos retratos distorsionados e improbables de Cleopatra: o era una conspiradora que rivalizaba con una emperatriz mítica, o de lo contrario era el tesoro de los piratas. Dijo que mostrar a Cleopatra como una prostituta que había ascendido mediante la seducción hasta gobernar a través de los seducidos era la calumnia más obvia que podía contar el abuelo. Dijo que el abuelo mentía. Dijo que el abuelo estaba loco.

Tras dos semanas de confesión, el abuelo empezó a repetirse, a divagar y a balbucear. No creo que fuera un problema de pérdida de juicio, sino de concentración. Pensé en hacerle preguntas específicas y estratégicas sobre los hielistos, para beneficio mío y de mis cazadores de focas. Las respuestas hicieron que nuestra situación pareciera peor. Mis cazadores se resignaron; abrazaron un mórbido fatalismo. Abandonamos nuestros planes de fuga, como si fueran una locura. Los cazadores de focas decían que el Sur era una tumba para los que no luchaban, y que el rumbo que adoptásemos debía ser decisivo, Germanicus habló con franqueza, y dijo que sería mejor morir siendo piratas como los hielistos que esperar a morir de hambre o a manos de otros en Gólgota. No pude mostrarme en desacuerdo, y guardé silencio mientras el abuelo volvía a contar su historia con imágenes cada vez más violentas, amontonando crímenes y traiciones, describiendo la tortura y la carnicería y la desesperación en los campamentos, y en general modelando el paisaje del Sur

hasta convertirlo en una lucha fantástica y fantásticamente negra entre Lykantropovin y su Cruz de Hielo y Jaguaquara, sus hielistos y su reina de cabello oscuro.

Longfaeroe reconoció mi carga y se esforzó por meterse entre las desgracias de mis cazadores de focas y yo. Debe de haber respondido a un corazón gemelo en el abuelo, y pareció disfrutar de su oportunidad de consolar el alma de un fracasado guerrero de la Palabra, quizá esto sea una exageración. ¿Quién sabe lo que esos pastores del cristianismo ven cuando se enfrentan entre sí? Creo que Longfaeroe encontró en el abuelo los extremos que había fingido encontrar en Georgia del Sur, en África y en Asia pero se había quedado corto. No podían conversar, al carecer de una lengua en común, y siempre que yo estaba presente Longfaeroe evitaba encontrarse con la mirada del abuelo, y se movía con cautela por el cuarto mientras yo traducía las palabras del abuelo para él y para quien estuviera allí presente. Sí, quizá existiera allí envidia: el tipo de anhelo que esos hombres sagrados tienen por alguien que se ha enfrentado a su Satanás, que quizá incluso ha derrotado a su Satanás durante un momento. Pero también había un gran respeto, Longfaeroe cantaba salmos que no sólo reforzaron la arquitectura ilusoria del mundo del abuelo, sino que también celebraban una victoria del espíritu sobre la carne, Longfaeroe cantó: «Y aunque camine a través del valle tan oscuro como la muerte, no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo...».

Longfaeroe también se afanaba por contener mi dolor. Temía que de nuevo me apartara de la visión que tenía de mí. Se daba cuenta de que lo que más me perturbaba no era el mundo de la oscuridad sino el mundo sin el abuelo. Me cantó: «¿Qué es más doloroso que la muerte de un buen pastor? ¿Quién entre su rebaño no llorará? ¿Quién sobrevivirá si no deposita su fe en el pastor del pastor, oh, Jehová?».

No me sentí consolado, y cuando se puso demasiado insistente lo eché de mi lado. Si yo era el pastor de los georgianos del sur, entonces el abuelo era mi pastor. Y no había nada que pudiera protegerme del hecho de que mi abuelo, a quien yo consideraba un faro sólo un poco menos brillante que Dios, se estaba muriendo.

El abuelo entendió mi rostro. Me había perdido. Me había encontrado. Comprendió que ahora era Grim Fiddle quien debería perder a Mord Fiddle, para siempre. Así que se ocupó de mi bienestar. Debió de haber ensayado mentalmente durante años. Sin embargo, no pudo haber estado seguro hasta tenerme allí delante si su Señor le concedería el tiempo para cubrirme con la única defensa que es inexpugnable. El abuelo me vistió con el manto de la fantasía, un manto que él mismo había cosido, un manto que creía que me protegería de la oscuridad que lo había consumido a él. Eso explica por qué, mientras estaba allí agonizando, contó una historia tan deliberadamente metafórica de las luchas en la Antártida. Conocía mi corazón, porque era el suyo; conocía mi fuerza, porque era la suya. No estaba seguro de mi voluntad, porque creía que la podía debilitar la duda, como le había ocurrido una vez a Peregrine.

Por lo tanto, Mord Fiddle prodigó sus últimas fuerzas con el fin de pintarme un

retrato del Sur que era una mentira convincente en los detalles, tal como Lazarus había sospechado. El abuelo presentó a la Cruz de Hielo como exageradamente mala, a los hielistas como exageradamente justos y a Cleopatra como exageradamente caída y en peligro. Me dio un objetivo más allá de mi búsqueda del abuelo, un objetivo que, esperaba, me metería en un sendero que algún día podría liberarme. En vez de decirme qué hacer, algo que quizá jamás hubiera bastado, creó un paisaje fabuloso y me dio un papel de campeón. Ése era un arte en el que el abuelo había trabajado toda su vida, convirtiendo la lóbrega historia de la humanidad en el claro plan del Señor.

Sólo podía haber sido un plan del abuelo el que, si su nieto había de sobrevivir en los tres reinos que yo he llamado mi cosmología, entonces Grim Fiddle debería descender a Niflheim y allí aguardar el Ragnarok: el Crepúsculo de los Dioses o, para utilizar el tesoro de palabras del abuelo, el que Grim Fiddle debería caminar entre los más desgraciados y aguardar la segunda venida de Jesús, cuando el Señor juzgaría a los vivos y a los muertos, y acogería a los justos en el Reino de los Cielos.

¿Y cómo hizo Mord Fiddle, hombre de setenta y cuatro años y en las últimas, para vencer la historia y colorear también mi destino? Simplemente preparó el escenario y puso allí a los personajes durante sus dos semanas de conversación. El abuelo encendió el drama con una última chispa, predicando un sermón del que Grim Fiddle, hombre abandonado de veintinueve años, no se podía apartar.

—No eres ni el primero ni el último, Grim. Te lo he dicho, te lo he mostrado, lo hemos visto, no hay paz. Satanás está en el mundo. No hay refugio. Está mal buscar refugio, está mal esconderse de la perversidad que Satanás ha desatado. ¡Levántate, muévete, presta atención! No te apartes de la justicia. Ésa es tu espada. Ves la cosecha de Satanás. Rápido, Grim. Atento, Grim. No te asustes de la luz de esa montaña de maldad. Mírala. Muéstrale a Satanás que no le temes. El Señor sostiene tu brazo. El Señor te prepara para la lucha. Combate a Satanás. ¡Presta atención! Fue mi vida. Hazla tuya. ¡Adelante! Ve a ella.

Ése es mi recuerdo del último testimonio que oí del Ministro del Fuego. Estaba lejos, inspeccionando el *Ángel de la Muerte* con Kuressaare y Germanicus, cuando murió, Longfaeroe me lo contó cuando llegué. Me tenían miedo en ese momento, y con motivo. Intenté resucitarlo. Lo besé. Tenía los labios fríos, y duros. Lo toqué y no había nada del fuego que lo había dominado, sólo un hombre consumido, liberado.

Mucho hay en juego en el último y fuerte testimonio del abuelo. Uno de los acertijos más significativos es: ¿de verdad dijo: «Ve a ella»? Tengo la certeza de que no utilizó un nombre. ¿A quién se refería? ¿Podría haber sido a Lamba? ¿Podría haber sido a Zoe? Lo más preocupante para mí es que quizá no dijo: «Ve a ella». Quizá mi recuerdo, que a menudo me ha fallado a lo largo de esta obra, me haya engañado aquí. ¿Quise que dijera «Ve a ella»? ¿Imaginé todo el testimonio sólo para que anunciara «Ve a ella»?

Sugiero que la verdad del asunto puede ser que el propio abuelo revistió su último testimonio con el misterio que era Cleopatra. Sabía que tenía una deuda con

Cleopatra que él no podría pagar. Ella lo había protegido en la isla Elephant, y luego de nuevo en Anvers, le había permitido continuar buscándome. A cambio, el abuelo había prometido ayudar a Cleopatra a salvarse y a salvar a Charity. Algunos podrían decir que la deuda quedó cancelada cuando Cleopatra decidió entregarse a la corrupción en Anvers. Mi abuelo no habría estado de acuerdo, y no lo estuvo. Sin embargo, a medida que aumentaba su deuda con ella, aumentaba también su repugnancia hacia ella, Cleopatra le dio su caridad, y eso lo esclavizó, y él la denostaba por eso. No en balde la llamaba «la ramera de Babilonia». Tampoco en balde la presentaba como la protectora de la fertilidad. Supongo ahora que Mord Fiddle estaba atrapado en la misma posición paradójica que Cleopatra imponía a todos los que la amaban y la despreciaban. Respetada, calumniada, era siempre la misma. Entonces no comprendí la profundidad del problema del abuelo. Como Lazarus, sólo vi artificio en el retrato que el abuelo hizo de Cleopatra. Ahora he llegado a comprender que mi cosmología del Sur (el Norte de Grim Fiddle interpretando el Sur de Skallagrim Destructor del Hielo) puede desentrañar el papel de Cleopatra en el Sur. Me doy cuenta de que quizá no sea menos artificial que la creación del abuelo, pero es lo que tengo, y sigue consolándome. Sugiero que el abuelo se vio confundido porque tenía una deuda que no sabía cómo pagar con un ser humano que se había convertido en una media mujer despreciada por el destino y en una media serpiente que despreciaba el destino. No insistiré más en esto salvo para decir que Mord Fiddle ordenó a Grim Fiddle que asistiera a una reina de esclavos que era blanca y negra, escamosa y triste, que vivía en la mansión Eljundir y se llamaba Hela.

Mord Fiddle estaba muerto. Me gustaría que este hecho pudiera explicar o justificar más mi conducta. Supongo que el motivo por el que soy incapaz de recordar con exactitud el último testimonio del abuelo es que la muerte, que levantó las sombras del rostro de un déspota fracasado, dejó caer esas mismas sombras en el ojo de mi mente. Los nórdicos dirían: Grim Fiddle fue oscurecido por la muerte.

Germanicus intentó contenerme; Jane y Violante intentaron cuidarme; Longfaeroe trató de que expresara mi luto de una manera ceremonial. Sólo Lazarus me acompañó en silencio. Se dice que en un momento me derrumbé con los ojos apagados y febril, que en otro rechacé sus cuidados y ordené que llevaran a la cámara de mi abuelo a los desgraciados del campamento para que se inclinassen ante el cadáver de un héroe escandinavo. Se dice que mi histeria duró una semana, mientras el cadáver del abuelo se ennegrecía y descomponía. Se dice que finalmente presté atención a sus súplicas de decencia y que instrumenté el funeral del abuelo, lavándole el cuerpo, recortándole la barba, vistiéndolo con una túnica que saqué de los Hermanos, construyendo una pira sobre la bahía de Aurora. Cuando Mosquite intentó traicionar a los hielistas del abuelo entregándolos a la Cruz de Hielo que vino en busca de sus barcos perdidos, se dice que ordené que lo ahorcaran el día de la inmolación, y también que ordené a

Kuressaare y a sus hombres que masacraran a los Hermanos Pequeños. Se dice que luego levanté la antorcha. Despedí el cadáver de mi abuelo en un estado mental que a mi gente le pareció como un sueño.

Fue un sueño profundo, el sueño de un *berserker*. He dicho que cuando cambiaba de forma me convertía en un asesino bestial, encendido e impávido. Lo que no he dicho es que el cambio también actuaba sobre mi mente, de modo que no sólo Grim Fiddle cambiaba de forma sino que también a Grim Fiddle le parecía que las figuras, los acontecimientos y las palabras lo hacían. Cuando estaba embrujado, también veía mágicamente. He guardado esta revelación porque no parece que haya datos objetivos que la apoyen; nunca leí nada en la mitología o leyenda nórdicas que explicara qué era lo que experimentaba al encontrarme en estado *berserker*. Ciertamente, no existe una explicación racional para lo que quiero presentar. Debería aceptar otras opiniones. No puedo.

Es verdad que no hablé de mi sueño mientras era *berserker* en Puerto Stanley; lo perdí mientras gritaba a las montañas en el alto páramo de Georgia del Sur. Me desprendí de él de forma deliberada; el amor de Abigail me ayudó a eliminarlo por completo. El sueño que tuve después de la muerte del abuelo está grabado en mi mente. Aunque no sea una historia lógica, quiero intentar registrarla. Me he avergonzado tan a menudo durante esta confesión que ya no me queda ninguna delicadeza filosófica. Y además puedo confiar en el hecho de que una vez que mi sueño se acabó descubrí qué había sucedido realmente durante aquel año aproximado que duró la oscuridad de Grim Fiddle. Relataré en detalle lo que Germanicus, Lazarus, Longfaeroe, Wild Drumrul, Kuressaare y Cleopatra me contaron de mi conducta. Fue bastante sencillo: Grim Fiddle abandonó la responsabilidad que tenía para con sus georgianos del sur; Grim Fiddle llevó el *Ángel de la Muerte*, a sus mejores cazadores de focas y a los hielistos del abuelo a la isla de Anvers para matar y rescatar, y cuando se vio seducido por el crimen, y por la reina de cabello oscuro, Grim Fiddle se quedó para usurpar y vengarse.

Pero primero contaré la versión *berserker* de mis crímenes. ¿Por qué? Quiero compasión. Por lo menos, quiero comprensión. Quiero que algún otro ser humano vea como yo vi en mi sueño, en el que Grim Fiddle se transformó y de oscurecido por la muerte pasó a atracarse de venganza, en el que Grim Fiddle blandió la justicia como su lanza de batalla, y en el que Grim Fiddle, buen marino y ávido de lucha, golpeó y ayudó y pagó una deuda, y una cosa más, destruyó el hielo.

*Tengo cabeza de héroe. Mis compañeros de hogar me llaman Baluarte del Sur. Soy listo y poseo la clave del éxito en la guerra. Me gusta el clima de los arcos iris. Ocupo el trono en mi recinto tallado en el hielo y comparto la carne con mis perros de orejas largas. Mi séquito se reúne ante las mesas de vino a escuchar a los bardos que componen canciones sobre mis contiendas.*

*Los bardos cantan canciones de la estación en que el mar hervía con olas de*



fuego y las criaturas de la guerra que venían de las sombras del oeste manchaban las playas con los hijos de los hombres. Yo estaba en mi temprana virilidad. Recorría los senderos de sal en un sólido rompeolas de madera. Mi capitán era un gigante de barba blanca, con la sangre de las disputas en el pecho. Se llamaba Pescador Duro. Era un lóbrego espectáculo. Me codiciaba como si fuera suyo. Dejé la compañía de Pescador Duro para ir en busca de señales de un paso seguro entre las sombras del oeste. Conduje una banda guerrera. Mi vista nos llevó a la compañía de hombres capitaneados por un cazador de ballenas de barba negra. Se llamaba Hijo de Elefante. Los aceros se nos mellaron de tanto descoyuntar huesos. Huimos a una fortaleza donde nos atraparon en recintos ardientes. Necesitaba volver junto a Pescador Duro. Mi barco recién embreado fue destruido y no por mi culpa. Arremetí contra las criaturas de las sombras del oeste. Mi camisa de batalla estaba ansiosa. Mi precio de sangre fue una multitud. Mis heridas me produjeron sueño. Hijo de Elefante llevó mi cuerpo al este, a su casa, la Tierra de los Cazadores de Ballenas. Los bardos de voces agudas, en mi recinto rico de favores, cantan sobre mis estaciones entre los Cazadores de Ballenas. Llevaba traje de guardián y vivía entre los niños. Lloraba por mi necesidad de Pescador Duro. Pescador Duro era el padre de mi madre. Añoraba a El Que Se Preocupa De Dragones. Era mi padre. Mi maestro era un hombre de lengua amarga. Correspondí su saber con historias de mi juventud en la Tierra de los Sermones de Fuego. Pasé los días más felices en compañía de mujeres de brazos esbeltos. Una de ellas. Pobre Paciencia, me pidió que dejara a un lado mis costumbres guerreras. Dimos gracias a Dios por nuestro hijo. La claridad del Cielo no mostraba el fin de la lucha. El Rey de Los Cazadores de Ballenas ganaba fama. No estaba libre de culpa. Pasaba demasiado tiempo lejos de sus recintos, donde la bebida provocaba en los hombres desprecio por los esclavos. Se llamaba Elefante Padre. A su mesa, compañeros astutos que usaban los aceros en sus hermanos, hablaban contra Elefante Padre. Aseguraban que había un mal nuevo nacido de la derrota en las sombras del oeste. Decían que Elefante Padre había perdido su brillante filo. Los compañeros de recinto capturaban a niños y los encerraban en fortalezas. Elefante Padre llamaba malvados a los compañeros. Elefante Padre me llamó, fui con las ropas de guardián y el olor en el cuerpo de una mujer de brazos esbeltos, y me pidió que volviera a blandir mi lanza de batalla y que persiguiera a ese nuevo mal. Busqué el consejo de mi hermano, Coronado de Cobre, que poseía el secreto para llegar a la bestia que hay en los hombres. Las mujeres de brazos esbeltos nos dispensaron su atención. Pedimos ayuda a Dios, pues sin la Fuerza Eterna no puede haber victoria. Ante los compañeros de recinto dije que el nuevo mal no había nacido en las sombras del oeste. Les dije que el nuevo mal era un mal viejo que entra en los corazones de los hombres cuando el hambre cubre sus mesas. Luché contra el mal viejo que no tiene nombre, que se alimenta de la fe. El mal viejo acechaba la Tierra de los Cazadores de Ballenas, y rompió el sello de los recintos de madera de tilo y desgarró la carne de los niños. Protegí a muchos, pero

no a todos. Los compañeros de recinto culparon a Elefante Padre de mi fracaso y lo asesinaron en medio de su dolor. Los gritos de las mujeres de brazos esbeltos frenaron mi poder. Pobre Paciencia se debilitó hasta el día de su triste fin, y yo me paralicé. Los compañeros de recinto temían mi cólera. Nos capturaron a mí y a mis hermanos. Maldije a los compañeros como hermanos que hacen nidos de rencor para obtener ganancias crueles. Conduje a mis hermanos y a los niños a un barco profundo como un arca, donde dimos la espalda al mal de la Tierra de los Cazadores de Ballenas.

Los bardos de lenguas afiladas, en mi refinado recinto, cantan sobre mi estación en el mar abrumado de dolor. Llevé a mi barco profundo como un arca a una tormenta revuelta por bestias marinas. Conocí a una mutadora de forma. Se llamaba Ladrona de Tiempo. Era mi madre. Me recordó el encargo que me había hecho en mi juventud de seguir los residuos espectrales de un proscrito muerto hacía mil años. Me recordó el encargo de que debía ir a gobernar los semihombres negros y heridos del muro de las tormentas y los monstruos. Me avergonzó por dar tantas vueltas y perder el tiempo cubriéndome con la sangre de las disputas de otros hombres. Me dio las condiciones verdaderas para seguir lo que dictaba mi corazón. Ordené a mi compañía que comenzara mi anhelado viaje en busca de Pescador Duro. Navegamos hacia las sombras del oeste. Entre las islas de hielo y las montañas de fuego fuimos atacados por ingentes criaturas. Nos derrotaron. Aceptamos la guía de hombres en altos buques de guerra blancos. Nos llevaron a un refugio en una ciénaga humeante en una playa de piedra cubierta de esperanzas perdidas. Mi banda guerrera vaciló ante los estampidos de las montañas de fuego. Alimenté a mi compañía con mi paciencia. Me vestí de resistencia. Mi perra guerrera lanzó un aullido por su hermana perdida. Yo estaba grávido del recuerdo de antiguos consejos: «Cuando la necesidad es un crimen, soy un proscrito». Dios me dio valor y luego me dio a Pescador Duro. Pescador Duro había llegado al día de su fin. Tomó mis ojos y los hizo suyos, tomó mis oídos y los hizo nuestros, tomó mi dolor y lo convirtió en la alegría de un triunfo prometido. Dio a mi alma la necesidad de venganza contra los asesinos de mi padre y los que se comieron a los hermanos de mi padre. Pescador Duro escogía las palabras con la astucia que lo protegía. Me dejó sediento de búsqueda de una reina de cabello oscuro que estaba en las garras de la familia de Caín. Extendí los brazos, gruesos como robles, sobre la pira de Pescador Duro y pronuncié un juramento:

—Ninguna oscuridad, ninguna criatura de las sombras, ninguna garra del malvado me impedirán arrebatarme a la reina de cabello oscuro de la cárcel de aflicción y poner su libertad tan alta como la mía.

Los bardos de oídos agudos, en mis recintos profundos, cantan sobre mis estaciones con el rugido de la cólera contra una raza extraña. El alma de Pescador

Duro se había ido de esta tierra. La tristeza me quemaba la garganta. Anuncié a mi compañía que deberían comenzar sus plegarias por mi alma, pues yo estaba comprometido por juramento y no me apartaría de mi deber a menos que la muerte quebrara mis miembros. Mis valientes escuderos se pusieron a mi lado. Hijo de Elefante dijo:

—Tus huellas serán nuestros pasos. —Coronado de Cobre dijo—: La cervatilla de ojos negros, la reina de cabello oscuro, es mi hermana, y tú eres mi hermano.

Recibía mis barones en el barco de proa curva de Pescador Duro, donde nos unimos a los que habían seguido al buscador de barba blanca. Soltamos las amarras y nos alejamos de esas playas de piedra. No prestamos atención a los gritos de las mujeres de brazos esbeltos que dejamos allí y que no se convencían de nuestra promesa de regresar a su ciénaga humeante, que lanzaron un amargo presagio:

—Los que riñen rompen sus promesas como lanzas de batalla.

Hijo de Elefante nos puso el traje marino especial y atravesamos un océano encendido por el odio y cubierto de crepitantes islas de hielo. Mi barco era Cazador Feliz. Me quedé en la proa con mi lanza de batalla enfundada en la verdad. Ninguna bestia marina desvió nuestro curso. Ninguna vaharada del Infierno desvió mi cabeza. Mis barones dijeron que un herrero mágico había forjado mi poder. Maté el hielo y asolé costas consumidas por el hielo.

La sabiduría marina de Hijo de Elefante llevó a Cazador Feliz ante la mirada de la familia de Caín, que según me había contado Pescador Duro mantenía encadenada para su placer a la reina de cabello oscuro. La familia de Caín eran monstruos hinchados de comer la carne de los semihombres negros y heridos. Se agazapaban en una fortaleza sobre el risco construida por gigantes muertos hacía tiempo. No tenía nombre. Era la perfidia amurallada. Nadie me impidió llevar mi rompeolas de proa curva a la orilla envenenada. Salí a toda velocidad con mi armadura eslabonada por el honor. Salté sobre las rocas cubiertas de hielo. Estaba en el apogeo de mi poder. Estaba mentalmente listo para cumplir la misión.

No había ni mañana ni noche en la innominada fortaleza de los riscos. El crimen mataba el tiempo y la falsedad hacía que un día fuese tan largo como una estación. Llevé a mis barones por el sendero subterráneo. La oscuridad se espesó. Las piedras allí delante retumbaron bajo el paso de un monstruo que se acercaba. El monstruo arrastró su repugnante cuerpo hasta quedar ante mí. Dijo que se llamaba Hermano Crimen. Dijo que era el primero entre los últimos de la innominada fortaleza del risco que era la perfidia amurallada. Dijo que la reina de cabello oscuro era su consorte duramente ganada. Dijo que él era placer para la reina de cabello oscuro, a quien llamó Corazón Duro.

Enfrenté la traición del jactancioso monstruo. Su aliento no tenía cura. Sus ojos eran abismos. Besé mis recuerdos de Pescador Duro. No temía su lascivia. No sentía piedad hacia él. Ordené a mis barones que se quedaran bajo mi reflejo. Como hijo de El Que se Preocupa de Dragones, hablé:

—Soy el Campeón de la Tierra de los Sermones de Fuego.

Y habló él, el Primero de los Últimos:

—Eres el Tesoro que buscaba Pescador Duro. Tu llegada se predijo hace tiempo. Mi reina, Corazón Duro, me ha entretenido con historias de tus consumidos días de anhelo. Mi reina, Corazón Duro, que me da placer como yo le doy placer a ella, ha ordenado que compartas nuestra mesa de banquete. Te mataría antes de que te duermas. Mi consorte de brazos suaves ordena que primero debes sufrir el dolor que mata el sueño.

Hablé yo, Campeón de la Tierra de los Sermones de Fuego:

—Tus mentiras son tan claras como mi búsqueda. Ningún falso desprecio me engañará, ninguna carne rancia me enfermará, ningún sueño en este recinto de monstruos me tentará, pues vengo con un juramento pronunciado sobre una pira para liberar a la reina de cabello oscuro de tu abrazo. Soy la Semilla de la Semilla de Pescador Duro, y esgrimo una mente no menos afilada que mi lanza de batalla. Cuando ataque para cumplir mi deseo en esta fétida fortaleza reuniré en torno a mí a los esclavos de los que te alimentas y te mandaré a ti y a tus hermanos de Caín a que os reciban en el Infierno.

El Hermano Crimen se sumió en un silencio que contenía un vil aprendizaje. El Hermano Crimen encabezó la marcha y yo y mi banda guerrera lo seguimos por el sendero subterráneo hacia el recinto del asado, donde la familia de Caín se había reunido para el festín.

La docena de monstruos que allí gobernaba, a los que se unió el primero entre los últimos, se mostraban falsamente divertidos ante la larga mesa. Yo y mis compañeros de búsqueda caminamos entre ellos. Esforcé los ojos, pues ninguna luz penetraba en aquella ciénaga humeante. No pude vislumbrar a la reina de cabello oscuro cuyo hermoso cuerpo había venido a arrebatarse del lago de hielo, y dije a mis guerreros marinos que el deseo de mi búsqueda debía estar encerrado en la innominada fortaleza del risco.

—Aquí tenéis al Corazón del Corazón de Pescador Duro —anunció el Hermano Crimen a sus once hermanos de Caín—. No es ningún tonto. Es un guerrero privado del conocimiento de quién es el prisionero y quién el carcelero. Ha dicho que viene a liberar a nuestra reina, Corazón Duro, encadenada aquí por nuestras crueles órdenes.

Yo, hijo de El Que Se Preocupa De Dragones, hablé con afilada cólera:

—Guardad vuestras retorcidas palabras y mostrad vuestras lanzas de batalla desafiladas por los crímenes. ¡Os abatiré uno a uno a menos que me entreguéis a la reina de cabello oscuro, a quién torturáis para vuestro placer!

El Hermano Crimen estaba entre los otros once monstruos, que sisearon y se atragantaron al oír mis palabras, una risa de sombras y demonios. No aguardaría más falsas invitaciones. Agité la firme lanza de batalla por encima de la cabeza, más y más rápido, de modo que el aire oscuro del recinto se arremolinó hasta formar un

viento que levantó las sombras. A la cabecera de la mesa del festín estaba sentada la cervatilla encadenada, Corazón Duro.

—He estado aquí todo el tiempo, Pronunciador del Juramento de Pescador Duro —dijo ella, la reina de cabello oscuro.

Habló el Hermano Crimen, el Primero de los Últimos:

—Dile a nuestra reina, Corazón Duro, cómo tú, guerrero equivocado, has venido a cortar las ataduras que hemos puesto alrededor de su carne suave. —Tan grande fue su regocijo ante mi duda que no consiguió concluir su burlona petición.

Me dirigí a la reina de cabello oscuro:

—Estos pensamientos hirientes no pueden mancillar mi misión. Soy el Héroe Alto de Pescador Duro. Nací para gobernar a los semihombres negros y heridos del muro de las tormentas y los monstruos. Esta reunión no mella mi poderío forjado por herreros mágicos. No descargaré mi fuerza sobre estas sombras hasta que cumpla mi juramento ante la pira. Vengo a rescatarte, hermana de Coronado de Cobre, de tu destino doloroso, niña perdida.

Habló entonces la reina de cabello oscuro, el Placer del Hermano Crimen:

—¿Has venido al rescate? ¿Y cómo conseguirás esa obra tardía? ¿Puedes rescatar mi vida, que era de corazón gozoso y llena de promesas en reinos dorados, que me ha sido arrebatada y cambiada por el pesaroso fin de una bruja? ¿Qué es lo que has venido a rescatar, heredero de pies lentos? ¿Mi carne que no puede ser limpiada, mi mente que no puede vaciarse de temor, mi corazón que se ha tornado tan duro como la tierra de hielo? Éste es mi hogar y ésta es mi prisión y ésta es mi herencia. Lo que me retiene aquí no son estos glotones que me dan placer lo mismo que yo les doy placer. Lo que me encadena a mi trono en esta ciénaga de desesperación es mi odio hacia aquellos que me han abandonado y corrompido. Lo que me mantiene aquí, barón equivocado, es que mi dolor es mi objetivo es mi placer es mi dolor.

Sopesé las palabras de la reina de cabello oscuro y un nuevo dolor me invadió, hombre bendecido por la victoria. Comprendí que no alcanzaba con atravesar con mi lanza a la docena de monstruos. Para liberarla, mi amor perdido, de las cadenas en las que ella se envolvía en su dolor, debía romper los lazos de sus pensamientos, atados a días largo tiempo perdidos y largo tiempo recordados. Mi compasiva banda guerrera y yo nos arrodillamos ante ella y lloramos por sus luchas en la tierra destruida por el hielo. Nuestras sinceras lágrimas se convirtieron en un torrente que chocó violentamente contra los muros, de modo que un diluvio se elevó cada vez más, ahogando el desprecio que sentía la reina de cabello oscuro por agravios pasados, lavando el odio de su carne.

Yo, Corazón del Corazón de Pescador Duro, dije a la reina de cabello oscuro: «Búsqueda de mi búsqueda, Corazón Duro, levántate de esta mesa manchada por los defectos de una perversidad ajena a tu verdadero ser y libérate de tus recuerdos de días largo tiempo perdidos y largo tiempo recordados. Levántate libre, reina de mi

amor, y acepta tu verdadero nombre, Corazón Gozoso».

*Tengo cabeza de héroe. Mis compañeros de hogar me llaman Baluarte del Sur. Soy listo y poseo la clave del éxito en la guerra. Me gusta el clima de los arcos iris. Ocupo el trono en mi recinto tallado en el hielo y comparto la carne con mis perros de orejas largas. Mi séquito se reúne ante las mesas de vino a escuchar a los bardos que componen canciones sobre mis contiendas.*

*Mis bardos terminan la canción de mi búsqueda para liberar a la reina de cabello oscuro. Mis compañeros se alegran de las victorias duramente conseguidas que llaman la atención sobre mí como rey de los senderos salados atascados por el hielo mientras mi amor obtenía una suave victoria sobre la reina de cabello oscuro. Acepto las aclamaciones de mi fuerte y numerosa banda guerrera. Giro en mi trono para rozar el ruedo del centelleante vestido de mi reina, Corazón Gozoso. No hay placer en su rostro por las canciones de mis bardos. Le pregunto si no vuelve a sentirse feliz al oír de nuevo hablar de los días largo tiempo pasados cuando fui a rescatarla como el Acatador del Fantasma de Pescador Duro. Le pregunto si no me ama, príncipe de cabeza orgullosa, como yo la amo, princesa de cabeza orgullosa.*

*Mi reina de cabello oscuro, Corazón Gozoso, dice con voz apagada:*

*—No soy yo quien está perturbada. Eres tú quien tiene la palidez del enfermo y la fiebre del moribundo. Eres tú quien parece haber librado su última batalla en ese barco que se desliza sobre las olas, Cazador Feliz. Eres tú quien parece un hombre que ha llegado a su triste día final.*

*Y es verdad. Aunque disfruto del clima de los arcos iris, nubes grises atraviesan mi visión, tañidos de muerte resuenan en mis oídos, y pruebo mi sangre en los labios. Me desplomo a los pies de la reina de cabello oscuro. Mis valientes escuderos corren a mi lado y lloran al ver a su osado rey desvalido en el suelo de su recinto. Hijo de Elefante y Coronado de Cobre me apoyan las manos sobre la frente. Les grito. De mi garganta no sale ningún sonido valeroso.*

*Por fin, la vista perdida, el aliento incapaz de agitar una pluma, huelo la fragancia de amor de mi reina de cabello oscuro, Corazón Gozoso, y grito como un niño, el hijo de Ladrona de Tiempo Portadora del Portento:*

*—Perdóname, Corazón Gozoso, por no amarte a mi lado como merecías y por permitir que mis pensamientos volaran hacia Pobre Paciencia en su tumba y al hijo que hicimos en la Tierra de los Cazadores de Ballenas.*

*Siento que mi cuerpo cae dando tumbos desde un risco escarpado y entra girando en una lluvia cálida y suave. Oigo a Corazón Gozoso encima de mí, y está furiosa. Oigo a Corazón Gozoso que me llama con una voz dura que no se ajusta a la consorte de brazos suaves que creí alegrada por el amor, y esa voz nueva que es una voz vieja me dice:*

*—Iré al Infierno a recuperarte. La puerta de la muerte no puede dejarme afuera. Iré pues tu participación en mi venganza no ha terminado, y no hay otro como*

*Skallagrim Destructor del Hielo, Tallador de Runas y Hombre Lobo, Rey del Sur.*

Debo interrumpir esta obra triste. Hace mucho tiempo que estoy enfermo, y de nuevo he vuelto a escupir algo de sangre. No es ése mi dilema. Mi vida no corre peligro, no en ese sentido. Es mi objetivo el que se ve amenazado. Mis peores preocupaciones parecen resultar ciertas. Hay un súbito espectro de manipulación, degradación, mentiras nuevas donde yo había buscado viejas verdades. Es demasiado pedir. Siento que debería gritarle a Dios: «¡Ponme a prueba, ponme a prueba!». No puedo. Sólo soy capaz de plasmar estas palabras, lo que me hace sentir más fuerte. Confinado de este modo, a solas salvo por mi loba, toda conversación con mis guardianes prohibida excepto una vez al mes con el comandante, la escritura se ha convertido en mi intimidad. He pasado demasiado tiempo alejado del papel y de la pluma. Ahora me siento más firme. Continuaré esta vez tanto como dure mi concentración.

Ahora veo cuán ingenuo he sido al creer que podría concluir la obra antes de que mi suerte volviera a cambiar, y esos años de esfuerzo han quedado ahogados, Grim Fiddle es un hombre afortunado. Debí haber previsto que lo que comenzó con contratiempos, continuó con buena suerte, terminaría en fracaso. Mi intención, hombre codicioso y solitario, era abarcar más años de autobiografía. Tenía esperanzas de escribir un manuscrito que triplicara la extensión de éste, y más todavía, pues no tengo la necesidad de concluirlo antes de mi propio fin. Hay una intervención. Mi obra se detiene, inconclusa, y lo que he conseguido recordar y confesar quizá no sirva para nada si no obtengo el tiempo para explicarlo a fondo.

No debí haber mantenido mis circunstancias aisladas de mi confesión. Ahora debo confundir mi trabajo inconcluso con detalles que aparecen desde un ángulo extraño a mi narración. Supongo que al comenzar pensé que cualquiera que leyera esto podría saber algo de Grim Fiddle, y que los que no supieran no tendrían interés en verse confundidos por el empeño cotidiano del autor. Complicó esta presunción el hecho de que no hubiera ningún punto de comienzo para este trabajo, ninguna primera página o primer capítulo, sino historias que daban tumbos en mi cabeza, que exigían una redacción tras otra hasta que conseguí enseñarme lo poco que sé sobre el arte de contar una historia. Me avergüenza reconocer que hasta estos pocos cientos de páginas han agotado todas mis fuerzas... ¿y cuánto tiempo me han costado? No lo puedo decir con exactitud, doce años, más, pues comencé, paré, hice pausas de años y volví a empezar.

Supongo también que mantuve en secreto mi lugar en este mundo porque estuve y estoy avergonzado de lo que soy, y no quería manchar el espíritu sincero de mi obra. Escribo tanto por compañía como por otra razón, la de mi Sam. Este manuscrito ha sido mi más entrañable amigo, repleto de voces de mis seres amados, ¿y para qué habría servido cortarlo con la voz del diario de Grim Fiddle, autor y convicto?

La respuesta es que habría servido a la verdad: Grim Fiddle es un prisionero



convicto de crímenes contra la humanidad. Estoy condenado por conspiración para hacer la guerra, y de hacer la guerra, contra gobiernos y pueblos. Me llamaron tanto «implacable asesino de masas» como «el primer incalificable monstruo del siglo veintiuno». Su veredicto de culpabilidad fue menos interesante que la justificación que utilizaron para no ejecutarme. Mi tribunal decretó que la mejor lección que se podía extraer de la condena de un hombre como yo era negarse a quitarme la vida. Mis jueces dijeron: «Demasiados han muerto. Que esta misericordia avergüence a todos los que asesinan». Más aún, mis jueces opinaron que el castigo más adecuado que podían imaginar para mí era no liberarme de la carga de culpabilidad, sino mantenerme encerrado el resto de mi vida para que pudiera meditar sobre lo que había hecho. He de vivir en la infamia tanto como sea humanamente posible.

Eso fue hace casi tres décadas. Ahora Grim Fiddle ha envejecido. Eso es lo que es, un viejo que de vez en cuando se enferma pero que todavía es extraordinariamente animoso, sin indicios de que la muerte vaya a liberar pronto de su castigo. Mis jueces son polvo. Su justa cólera sigue viviendo en este sitio, mi prisión. Mis guardias la llaman la prisión del hielo, a pesar de las protestas del nuevo comandante, que ha sustituido a Joannes Diomedes Nestoraxes, el viejo soldado. Diomedes fue mi carcelero durante casi catorce años. Consideraba su trabajo con la misma seriedad que sus oraciones y sus libros. Obedecía la letra del veredicto legal sobre Grim Fiddle. No obstante, fue mi amigo, y me concedió mi loba, *Helen*, una cachorra cuando los guardias la encontraron en el glaciar. Fue Diomedes quien bautizó este sitio como la prisión del hielo, y a mí como el prisionero del hielo. Tanto la prisión como yo somos complejos hechos por el hombre, situados sobre el muelle, bajo el imponente borde sudeste del glaciar de jade. Ésta es la isla Elephant, la costa sudeste. El cuartel general de la Cruz de Hielo, donde Lykantropovin gobernó y murió, quedaba a un kilómetro y medio al oeste, bajo lo que ahora es una montaña nueva de roca volcánica. También es allí donde Peregrine y Charity y Molly están enterrados, bajo la montaña que fue mi aliada en la victoria sobre Lykantropovin hace casi treinta años. Celebré lo que habría sido el nonagésimo cumpleaños de Charity este invierno pasado, y espero celebrar el mismo de Peregrine el invierno próximo. No es que me vayan a permitir ir hasta allí. No he salido de esta prisión en casi veintinueve años.

Mi prisión del hielo es administrada por una organización que cambia de acrónimo con frecuencia. Pienso en las bromas de Diomedes, cuando me leía la acusación y la sentencia una vez al mes tal como disponía la ley, mezclando las palabras del cuerpo patrocinador en anagramas que yo debía descifrar. El comandante actual, un canadiense llamado Gardiner, a quien considero nuevo aunque lleva aquí cuatro años, no se molesta en mantenerme informado de los asuntos que suceden en el lugar que cuatro de los guardias, alemanes, llaman entre ellos, como he alcanzado a oír, «planeta Tierra». No se ríen al decirlo. Este puesto no es ningún honor. Da la impresión de que Gardiner cree que está desterrado aquí, por alguna causa no explicada, y ha traído consigo una mezquindad que ha desgastado la moral. Le falta

la sangre de poeta que hizo de esto un sitio de placer austero para Diomedes, Conmigo Gardiner se muestra brusco, duro, malhumorado. Creo que Gardiner era un hombre de acción que, momentáneamente, perdió la confianza en sí mismo, o el valor. Al principio era hostil, desconfiado, pero eso ha desaparecido. Mi presente persona no encaja con la leyenda que supongo tiene de mí. Cuando se le fue la cautela, apareció la curiosidad, el fisgoneo, sobre cómo paso mi tiempo. Venía aquí mientras yo estaba arriba haciendo ejercicio o tomando sol y tocaba los bloques y las piedras donde había tallado runas, hurgaba entre mis papeles y en una ocasión hasta se llevó partes de este manuscrito. Me preocupó que pudiera destruirlo, o confiscarlo todo o prohibir que me dieran más papel. Cuando lo devolvió y no mostró interés en llevarse más o en hacer un comentario, me preocupó qué pensaba. Mi pobreza incluye una escasez de críticos. Mis lectores, y no mis personajes, son imaginarios, Gardiner nunca ha respondido a mis preguntas, aunque debe verme una vez al mes para leerme el texto de la sentencia. Yo trato de interrumpirlo haciéndole preguntas sobre mi manuscrito: «¿Qué piensa de Israel?». Se pone tieso y sigue leyendo. En una época conocía tan bien ese pedazo de papel que él lee que podía cantarlo. Curiosamente, perdí ese truco, y todo el texto. Danza en mi cabeza, pero cuando intento escribirlo no logro concentrarme. Diomedes lo memorizó y llegó a dramatizarlo en inglés, francés y, mi favorito, en pareados de griego homérico, Gardiner no parece necesitar la parodia. Después de cuatro años, sin incluir los meses en que se va con permiso (cuando viaja a Ciudad del Cabo), no ha cambiado ni una nota, no ha hecho después ningún comentario informal, ha terminado siempre con: «¿Está todo en orden?». Mi respuesta es: «¡Todo está en orden!», en el tono más jovial.

Quizá ahora la conmoción de esta mañana sea más comprensible, al aparecer Gardiner con el cocinero que me traía la cena de Navidad. Se me concede fruta extra en mi cumpleaños, en Pascua y en la Navidad del cristianismo occidental, un legado de la devoción de Diomedes que Gardiner no ha alterado, aunque él es cínico y no cristiano. A Helen no le gusta, y gruñó cuando él se sentó en el banco. Me ha preocupado que llegara también a quitármela, así que la calmé rápidamente. Él se había sentado, la primera vez que lo hacía en mi presencia. Tenía un sobre en la mano, una carta. Parecía molesto e inquieto. Sabía que no debería estar allí, con una semana de antelación, fuera de la norma, transgrediendo las reglas. Yo estaba tan aturdido como él y me moví para acercarle una silla. Me dijo que me calmara, que volviera a meterme en la cama y que escuchara.

—Esta semana —dijo— he recibido un comunicado, por carta, de mi predecesor, el capitán de corbeta Nestoraxes de la Armada de la República Unida Griega, y después de analizar mi posición y de sopesar las consecuencias de esta confidencia en función de su condena, he venido a contarle las partes de la carta del capitán Nestoraxes que le conciernen.

Diomedes se ha retirado a la isla Naxos, en el Egeo. Al final decidió no entrar en

la iglesia, y en cambio ir a vivir de su jubilación al pueblo que hay al pie del monasterio. Veo todo, el Egeo azul, la brillante playa de color *beige*, el polvoriento pueblo blanco ordenado con precisión geométrica, las crestas verdes y pardas que suben hacia el monasterio de piedra y de madera contorsionándose por encima del meditabundo paisaje marino. Para mí, la imagen es voluptuosa, Diomedes la describía tan bien en las notas que ponía al margen de los libros que me prestaba — nuestro diálogo secreto— que siento que huelo las aceitunas y saboreo el queso de cabra. Imagino que Diomedes pasa sus días de manera no muy distinta de los míos, salvo por las profundas diferencias en el clima y la comida. Lee a sus filósofos, obras que me pasó de su biblioteca aquí, y escribe sus memorias: de joven recluta que combate contra los turcos hasta oficial de la marina destinado a una organización de tratado internacional encargada de hacer cumplir la ley sobre la faz de la tierra, Diomedes se hacía llamar vigilante profesional de treguas, y sólo circunstancialmente guerrero. Yo lo llamaba el viejo soldado. Era un estudioso, y un poeta, y un guardián, siempre alerta con las palabras y los hombres. Fue él quien me animó a hacer un manuscrito de mi confesión. Supongo que su trabajo ahora es tan exigente como el mío, pues sus aventuras no fueron menos dramáticas y tristes que las mías; él fue uno de los destinados a la cuenca del Pacífico durante aquellos tiempos que llamamos, entre nosotros, la Era del Exilio.

Diomedes cree que él, como griego, entiende por completo las ideas destierro, reparación y venganza. Decía que sus antepasados inventaron el exilio. Decía que Dios había dado a los griegos todas esas islas para que pudieran comprender, de repente, lo que es estar rodeado por lo desconocido, Diomedes también decía que los pensadores griegos podían ser tan temerarios y antagónicos porque la cultura isleña permitía a los déspotas deshacerse de la disensión actual sin deshacerse de la cualidad sobrenatural de la disensión de convertirse, como sucede con la magia, en un dogma futuro, Diomedes decía que un griego era un milagroso guardián para problemas como Grim Fiddle. Pensaba que la isla Elephant era un reto por el que hubiera estado dispuesto a dar la vida. Creo que se siente más cómodo en una roca rodeada por el océano. Armoniza con su mente, un guardián rodeado de olvido.

Diomedes me escribe, a través de Gardiner, que me echa de menos a mí y nuestra charla secreta, y que se siente maltratado sin hielo y viento que combatir. Pregunta por el Trono de Satanás, que permaneció mudo todo el tiempo que él estuvo aquí, algo de lo que se sentía disgustado, ya que lo privó de una experiencia parecida a la de los grandes volcanes que periódicamente hacían trizas y luego volvían a despertar la historia del Egeo. Su historia preferida, de todas las que yo le contaba, era la de las erupciones del Trono de Satanás. Creo que envidiaba mis recuerdos, que incluso sentía celos de mi relación con las catástrofes pasadas, Naxos, escribe, un calcinado yermo blanco de las islas Cícladas, es en comparación con el Antártico una cuna de bebé o un hogar de ancianos.

Lo más importante de todo, Diomedes escribe que ha dejado a un lado su propia

escritura para investigar aspectos de la historia que yo menciono con ignorancia en mi obra. Sabe que los muchos agujeros que he dejado debilitan mi proyecto, y es muy amable de su parte haberse decidido a instruirse para ayudarme. Me doy cuenta de que debe de haber estado planeando escribirme finalmente para ayudarme, e imagino que sabía que el obstáculo que debía superar era el de cómo llegar hasta mí. Una de las condiciones más crueles de mi condena es que no se me permite enviar ni recibir cartas. Supongo entonces que esos cuatro años que ha tardado en escribir habrán tenido que ver con su esfuerzo por descubrir algún modo de influir sobre Gardiner.

Durante sus investigaciones, Diomedes no sólo ha consultado registros enterrados en cámaras blindadas de la organización que sea que ahora representa los restos de la Cruz de Hielo, sino que también ha enviado cartas pidiendo información a Suecia y a Estados Unidos. No creo que se haya puesto en contacto con Cleopatra. No la menciona. Ello puede significar que está muerta, pero lo más probable es que no signifique nada. Pasa a toda velocidad por encima de estas cuestiones para llegar al punto crucial de mi crisis, Diomedes dice que su sorpresa no tuvo límites cuando recibió noticias (no una carta, sino una especie de comunicado mediante una tecnología que desconozco) de un periodista norteamericano que hablaba de mí, Grim Fiddle, como el centro de una controversia política en las Américas y en Europa... en el Norte.

Parece que una camarilla de cierto poder se ha apropiado de la historia de la Era del Exilio como un asunto que puede explotar para su propio engrandecimiento. Esto es sólo una suposición. Me opongo intrínsecamente. Se hacen llamar la Reunión del Mundo Único, también la Sociedad del Mundo Único, y también los Reunionistas. Tienen células en todas las principales ciudades del Norte. Su plataforma es amplia y monolítica, con un tema unificador que parece oponerse a la moda de la ciencia política de los últimos cien años, desde la segunda guerra mundial, que según ellos se ha caracterizado por el extremismo, el separatismo, el chauvinismo, el liberacionismo y polémicas cada vez más divisionistas que apoyaban la pureza racial, geográfica y religiosa. Los Reunionistas son rabiosos defensores de la heterogeneidad. Son revisionistas experimentados. Sostienen —y traduzco esto a mis propias palabras porque no estoy seguro de su lenguaje— que la política no es una ciencia sino una maldición de la Torre de Babilonia, un parloteo lleno de malentendidos. Los Reunionistas se han lanzado contra la hipótesis de que hay conceptos legítimos como el primer mundo, el segundo mundo, el tercer mundo, el mundo no alineado, el mundo desarrollado y subdesarrollado, el mundo cristiano y musulmán, el Este, el Oeste, el Norte y el Sur. Censuran lo que yo he llamado arquitectura fantástica. Dicen que la idea de una identidad aparte es un disparate, sostienen que una casa dividida no es una casa, afirman que no existe hombre ni mujer hoy día en la tierra que pertenezca sólo a un país, abolengo, religión o raza, y por eso la idea de que la gente de color, o la gente de un libro sagrado o la gente de la industria deba agruparse por separado es una locura. Aseguran que la fractura del mundo en una serie de

confederaciones mudas ha silenciado la razón, y que la reunión de la humanidad es la llamada del futuro. Su enemigo es lo que llaman el separatismo liberacionista. Su meta es la combinación, la síntesis y la metamorfosis. Dicen que son los paladines del mestizaje.

Reitero que Diomedes ha escrito de prisa, prometiendo otra carta pronto. Eso debe significar que ha encontrado la grieta en la puerta del corazón de Gardiner. Este puesto avanzado recibe una entrega por barco más o menos una vez al mes durante el verano, así que no puedo esperar más hasta finales de enero. Mientras tanto, debo padecer las implicaciones de los breves comentarios de Diomedes acerca de cómo los Reunionistas han tratado la historia de los que yo he llamado los desgraciados, lo que Diomedes y yo llamamos la Era del Exilio, y en particular la política de los campamentos del hielo, de la Cruz de Hielo y de todo lo demás, incluyendo la historia completa que aún no he contado del ascenso y caída del Reino de la Antártida, el nacimiento y calculado infanticidio de la República Popular de la Antártida. Me duele verme obligado a introducir estas últimas cuestiones de este modo apresurado y torpe. He sido tan cauto... Ahora debo hacer algunas acotaciones. Tengo motivos, Diomedes escribe que los Reunionistas están presionando a las organizaciones de América y Europa para que reabran el arresto, proceso, juicio, condena y encarcelamiento de Grim Fiddle, yo, caído señor de la guerra de la Antártida.

Los Reunionistas dicen que soy víctima de las mentiras y la confabulación, dicen que estoy injustamente condenado, obligado a soportar todo el peso de un período que permitió el asesinato de millones por hambre y desesperación. Imagino que si los Reunionistas conocieran lo que pienso, dirían que han contraatacado al Nuevo Benthamismo y contraacusado al Factor Caridad. Los Reunionistas declaran que mis veintinueve años de mudo confinamiento son un excesivo castigo humano, inapropiado para cualquier transgresión que haya podido cometer como proscrito, guerrillero, terrible vengador y señor de la guerra. En su carta Diomedes usa la frase «el muy agraviado y olvidado héroe de los muy olvidados y agraviados».

Éste es el resumen: la Reunión del Mundo Único está maniobrando para lograr la resurrección de lo que ellos consideran el envejecido chivo expiatorio Grim Fiddle.

Gardiner terminó su exposición sin un suspiro, bruscamente, como en mitad de una frase. No quiso mostrarme la carta. Tengo esperanzas de que lo haga, pues pareció conmovido por mi reacción. Lloré y temblé, Gardiner creyó que me regocijaba con la esperanza ofrecida por semejante aberración, y concluyó nuestro intercambio con falsa piedad. Dijo que no me había hablado de la carta en el momento de recibirla, aparentemente el día de mi cumpleaños la semana pasada, porque según él le preocupaba que mi edad y mi salud pudieran hacerme demasiado vulnerable a una falsa promesa. Eso era poco sincero, desde luego, ya que la razón principal de su retraso era que había estado evaluando qué podía ganar o qué podía perder en caso de violar la letra de la ley.

A pesar de su condescendencia, me conmovieron la piedad y la postura defensiva de Gardiner, y me pregunto ahora qué cambios podrá haber en el futuro de nuestra relación. En un sentido, estamos más cerca que si fuéramos amantes, carcelero y encarcelado: él decide sobre mí, mientras que yo represento su razón de ser. Dobló la carta de Diomedes, se incorporó y caminó un poco arrastrando los pies. Quizá esperaba para ver si me desmayaba o algo peor. El oficial médico sospecha de mi corazón, dice que es demasiado grande para un hombre sano. La pausa de Gardiner fue apropiada, pues se me aceleró el pulso, y me puse pálido y sudoroso. Conseguí controlar la respiración y traté de mostrarle que resistiría ofreciéndole parte de mis frutas de Navidad. Comprendí entonces que la lectura de la carta era el regalo de Navidad que me hacía Gardiner. Ahora conozco su secreto. Es un sentimental. Compartimos un punto débil. El severo y desconsolado capitán de la fortaleza del prisionero del hielo tiene una oculta compasión, Gardiner empezó a hablar en inglés, y musitó lo que parecía una plegaria, o un epigrama, en una lengua extraña. ¿Era en idioma indio norteamericano? ¿Es ésta una confianza más profunda? Es canadiense, oficial naval de carrera, vigilante profesional de treguas como Diomedes, y ha dicho a uno de los sargentos de la guardia —acerté a oírlo— que le gusta cazar en el hielo porque le recuerda a las islas Elizabeth. Mi mapa, escondido en la Biblia Fiddle, el único libro que se me permite en mi propia biblioteca, me muestra que las islas Elizabeth son parte de los Territorios del Noroeste de Canadá. Quizá Gardiner sea un mestizo como yo, parte esquimal o con sangre de algún superviviente de las fabulosas naciones iroquesas. Gardiner es ahora una nueva mente que debo explorar. Recompuso el expresivo rostro y dijo: —¿Está todo en orden?

Gardiner malinterpreta mi desconcierto. No todo está en orden. Me siento fracturado como el Sur desgarrado por las fallas, como los hijos de Dios desgarrados por el Nuevo Benthamismo. Me angustia la idea de una esperanza que es una maldición. Descubro que acabo de perder las fuerzas. Mañana explicaré más. Me deseo a mí y a *Helen* una feliz Navidad, y me pondré a leerle la Biblia Fiddle —el Evangelio de Mateo— a una loba vieja y paciente.

Este nuevo giro es peor que lo que podría haber imaginado. Mi fiebre volvió y me hizo meterme en cama hace cinco días, la noche de Navidad. Eso desencadenó pesadillas que me inundaron de pena. No he hablado de un fenómeno de la Antártida: cuando las condiciones empeoran físicamente, como en los campamentos del hielo o en la isla de Anvers, como en el caso de los que no están acostumbrados a los seis meses de aullante negrura del invierno, uno no tiene pesadillas. Tiene sueños grandiosos. Un ejemplo extremo podría ser el sueño *berserker* que recreé este invierno pasado para hablar de mi ascenso al trono, un pasaje que podría representar el último trabajo serio que lograré realizar en este manuscrito. Ha sido uno de mis castigos en esta prisión, donde físicamente estoy bien cuidado, que las pesadillas me inundan la memoria: nieblas terribles que no puedo reproducir en estado racional.

Esta nueva amenaza ha evocado espantosas imágenes creadas por la magia de la mano del destino. Siento el cuerpo vuelto del revés, como si un mago hubiera metido la mano en mi boca y sacado mi alma al exterior, con las palabras enroscadas en torno a mi ser, donde todos las pueden leer. Ésta seguramente debe de ser una rara transformación provocada por la carta de Diomedes, mi primera carta en veintinueve años de anatema, la primera comunicación destinada a mí desde que encontré la señal de piedra del abuelo en Mead's Kiss hace treinta y seis años. Las palabras de Diomedes han abrasado mis pensamientos y quemado mi carne.

He prometido que explicaría mi desconcierto por las noticias de los Reunionistas. Es algo sencillo. Me dan miedo. Las rechazo. Es lo mismo. He enterrado a tantos seres amados, y a tantos enemigos...; quizá todo mi amor esté en el suelo más frío. Me consideraba también acabado con toda seguridad, en la tierra congelada, enterrado. Y ahora esos extraños, que no me aman, a quienes jamás podré conocer, intentan desenterrar un cadáver. Sí, mi corazón se acelera y mi mente hace esta confesión. Estoy muerto para toda esa apostasía del «planeta Tierra». Estoy desterrado por la ley. Estoy condenado por la humanidad. Un tribunal justamente convocado me envió a la infamia. Acepto la sentencia con que me condenaron como un acto de genio. Merezco lo que se me ha hecho. Soy culpable de crímenes contra la humanidad. Hice la guerra, asesiné a incontables hijos de Dios. Veo y oigo cómo mueren una y otra vez. Es mi merecida penitencia. He cumplido mi pena aquí sin anhelar y sin rezar una sola vez por la libertad. Se ha querido que éste sea, que éste debe ser, mi fin.

¿Qué derecho tienen esos extraños, la Reunión del Mundo Único, a arañar una tumba de hielo y sacar los restos de un hombre torturado por su propia culpa y acosado por sus propios fantasmas? ¿Qué derecho tienen a arrastrar a un alma atormentada y llevarla de vuelta a un mundo que no tenía un sitio para él en 2009, que quizá ni siquiera había tenido un sitio para él en el momento de su nacimiento en 1973? ¿Qué derecho pueden arrogarse para aumentar mi castigo? Parece un peligro múltiple. Vuelven a juzgarme. La humanidad se ha librado de mí. Que el veredicto de la humanidad continúe en vigor. Dejadme en paz.

No quiero llevar a conclusiones erróneas. No creo que los Reunionistas estén haciendo trabajo de demonios, ni trabajo de ángeles. Son hombres y mujeres. Lo que los hombres han hecho mal, los hombres lo pueden hacer bien. Es una certidumbre que hay que abrazar de manera inexorable, una filosofía vigilante. Pero en este caso parecería que suponen, con arrogante orgullo, que lo que los hombres han hecho — mal o bien—, lo pueden volver a hacer, mal o bien. ¿Quiénes son esos Reunionistas? Su filosofía, sacada de los fragmentos proporcionados por Diomedes, parece tan presumida y superficial como la de los Nuevos Benthamitas. Más que revisionistas, parecen oportunistas, Grim Fiddle huele el hedor de la santurronería.

Me agoto. Sin embargo, me hace bien expulsar la bilis. Y el miedo. He encontrado los medios para esta explosión. Quizá cuente con recursos que he

subestimado durante mucho tiempo. Eso no significa que no confíe en mí mismo. He tomado una profunda decisión. Su irrevocabilidad me tranquiliza ahora, aunque sé que ese estado no durará. Me he detenido a explicar mi desprecio por los Reunionistas y su vacua campaña para resucitar a Grim Fiddle, porque los veo con la claridad que me da la ventaja de un curso fijado. Eso me repugna, pero menos que la idea de verme arrancado de la tumba para ser llevado a hombros del oportunismo como un héroe. Odio la mentira tanto como amo la verdad. Me atormenta verme ahora enfrentado a dos mentiras, ninguna más terrible que la otra. He elegido.

Me quitaré la propia vida. No sé cuándo. Basta si digo que será antes, Gardiner no ha vuelto desde la mañana de Navidad. No lo espero hasta la lectura de mi sentencia después de año nuevo. Luego está la responsabilidad del próximo barco de suministros que quizá, no, con seguridad, traerá otra carta de Diomedes acerca de los Reunionistas. Eso me da por lo menos dos semanas para alisarme la carne, para pacificar mi mente y dejar la prisión de mi corazón en orden. En ese instante me ocuparé de preparativos más específicos, cómo hacerlo, en qué momento: el amanecer y el crepúsculo son imposibles en la tierra del sol de medianoche. Ahora estoy seguro de una cosa: no dejaré que me utilicen. No me queda nada más que esto, mi vida. Quiero conservarla. No quiero morir. Sin embargo, no regatearé con el destino. Es mi vida a mi manera o de ningún otro modo. No me entregaré a mi inmortal enemigo, a las mentiras de los tiranos, a la política de la falsedad. Es una mentira quitarse la vida, lo sé, y el suicidio sin duda perjudicará mi juicio final. Eso es minimizar las cosas. Me arriesgaré a ese perjuicio antes que dar consuelo a mis enemigos. Esto huele a abnegación. Puede que haya algo de eso. Pienso ante todo en mí mismo. O me elimino yo o lo harán ellos.

Me doy cuenta de que siento pánico. También veo que quizá haya transformado la carta de Diomedes en un fantasma de persecución. Sin embargo, no dispongo de tiempo para la reconsideración paciente. Debo anticiparme, Diomedes se fue hace cuatro años. Es imposible saber cuánto tiempo tardó en escribirme acerca de los Reunionistas, o cuánto tiempo llevan los Reunionistas conspirando contra mí. En un conflicto es una buena táctica suponer lo peor. Por lo tanto, aunque acabo de enterarme del peligro que corro, doy por sentado que los Reunionistas están preparados para atacar mientras escribo. No tiene que haber retraso alguno. Hace mucho tiempo que aprendí a confiar en mi suerte. Como dijo Peregrine, si no existiera la desgracia no existiría la suerte. Ahora creo que mis veintinueve años de soledad y reflexión en este sitio han sido de suerte. Ahora creo que mi suerte se acabará si no actúo con decisión.

No me interesa seguir defendiendo mi decisión. Hay algo enloquecedor. No puedo y no debo ahora esperar que alguien lea alguna vez este manuscrito. Debo prepararme para destruirlo antes de destruirme a mí mismo, por miedo a que los Reunionistas, privados por mí de su falso chivo expiatorio, puedan apoderarse de mi confesión y tergiversarla para mostrar sus devotas túnicas. Qué amargura; no



obstante, quizá una comedia como ésta merezca la broma de no ser contada nunca.

Así, como prisionero liberado, puedo hacer lo que quiero. Podría elegir el miedo y la autocompasión y el sueño. No lo haré. Me apresuraré a terminar mi historia lo mejor posible. Escribiré a borbotones. Dispongo del tiempo hasta la próxima carta de Diomedes.

CAPÍTULO ÚLTIMO

# La República Popular de la Antártida

Mis crímenes • Mi caída del Trono de Satanás • Mi Sam

Goberné la isla de Anvers absolutamente durante seis años. No está tan clara la duración de mi dominio sobre lo que llamo el Reino del Hielo. Durante mi conversión en regente autoelegido, el Reino del Hielo fue sembrado por el éxodo de varios cientos de miles de desgraciados hacia el Antártico, que duró toda la década de ruina épica que cerró el siglo veinte; vivificado por mí y por mi compañía durante un invierno negro de corrupción y asesinato en la isla de Anvers; modelado y fortalecido por cinco años de piratería, ataques mortales y guerra abierta contra la Cruz de Hielo; elevado a una juvenil magnificencia durante otro invierno negro y alucinatorio manchado por la locura en los campamentos, las erupciones colosales a lo largo de la cadena de las Shetland del Sur y el colapso y la capitulación de la Cruz de Hielo; y finalmente derribado y desmembrado al concluir su sexto año, a comienzos del verano, no por una espada empuñada por sus enemigos sino por las lenguas de sus consejeros y, en particular, de su reina.

Debería dar la palabra a mis calumniadores, los que por último integraron el tribunal que me condenó. Algunos dijeron que la idea de mi Reino del Hielo, y el propio reino, era un ardid, dijeron que yo nunca había sido rey ya que mi estado-archipiélago nunca había sido soberano. Lo que sí se dijo es que fui señor de la guerra, guerrillero, un caudillo que se apropió del título de rey para engrandecer a su horda de proscritos y encadenar a su trono a la gente de los campamentos del hielo. Se dijo que fui un falso rey que deliberadamente se ascendió al cargo de regente de una geografía que no era una tierra sino un accidente del clima, y de masas que no eran pueblos sino refugiados camino a nuevos mundos. Se dijo que robé la paz, que asesiné la verdad, que enterré la decencia bajo el hielo y el caos.

No tengo fuerzas para contestar a mis calumniadores, por lo que me limito a enumerar sus acusaciones. Queda a otros, en la seguridad del futuro, preguntarse cuándo un estado no es una presunción. Cuándo un rey no es un simulador. Cuándo la guerra no es un crimen. Podría señalar el nacimiento de tantos reinos del Norte como modelo de los acontecimientos representados en el hielo del estrecho de Bransfield. Una torre fortificada se convierte en un ducado; un ducado se convierte en una oligarquía de guerreros; una banda de caudillos se convierte en una monarquía nacida de la necesidad en la batalla contra otra oligarquía; y luego el reino se convierte en una ruina después de una larga lucha para justificarse como imperio mediante la conquista y el robo. La evolución fluye con la misma facilidad con que fluye saliendo de mi pluma. Qué historia tan vieja, cansada y espléndida. Sí, simplifico las cosas. Pero me pregunto: ¿acaso no existe una tosca simplicidad en todo lo que hace la humanidad cuando empieza y termina empleando el asesinato?

Entonces, el Reino de la Antártida, mi reino negro en el hielo negro —se lo reconozca como una ilusión mía o como una auténtica catástrofe—, siempre fue una nueva versión de una historia vieja. Creo que esto es profundamente cierto, porque lo

que yo he llamado la Era del Exilio me parece, abandonado aquí en mi intemporal prisión de hielo para meditar y reflexionar, una repetición cruel de la Era Escandinava de la Migración. Eso es lo que los escritores llamaron al final del primer milenio *anno Domini*, sin ironía. Todo lo que debo conocer de la Era de la Migración, hace diez, once, doce siglos, y a media circunferencia del mundo hacia el norte, es la niebla, los gritos y el trascendente lenguaje del documento que brilla a través de aquella oscuridad: el libro sagrado de la Era de la Migración, *Beowulf*, Rey de los Weather-Geats, matador de Grendel y su madre, héroe de héroes. Pero puedo convencerme de que he vivido en esa misma oscuridad al final del *anno Domini* del segundo milenio. La flota de los malditos ha izado las velas sobre los océanos del tiempo.

Ahora ha desaparecido para mí el gozo de la poesía de los días de lucha contra el mal de Beowulf. Y no me parece una coincidencia que mi sueño *berserker* se parezca al libro de Beowulf. En cuanto al por qué, mi mente está dividida. Se puede argumentar que algún virus escandinavo se despertó en mi sangre, como una infección de ideas, cuando me lancé desde Gólgota al terror de la isla de Anvers, de modo que el lenguaje de Beowulf atravesó un milenio para inundar mi mente con imágenes horribles; o se puede sostener que la mente de Grim Fiddle se vio abrumada por la pérdida del abuelo, del padre, de la familia y de la razón de ser, y que por eso Grim Fiddle fue lanzado al pasado, a un lenguaje que él había estudiado con más atención que los propios latidos de su corazón cuando disfrutaba del calor y la seguridad de los seres amados.

No me inclino por ninguna de las posibilidades. Ambas son reveladoras. Y mi sueño no fue una pesadilla pasajera. Lo viví. Sí, el portento de mi madre, el robo del futuro, obró de la manera más rara: en mi sueño. Pero no sólo allí. Qué astuta fue Lamba Ladrona de Tiempo al no decir que Skallagrim Destructor del Hielo, Hombre Lobo y Tallador de Runas, rey de los semihombres negros y heridos del muro de las tormentas y los monstruos, seguidor del fantasma de un proscrito muerto hace mil años, se convertiría también, y al mismo tiempo, en el señor de la guerra de la Antártida. Qué humillante para mi suerte el descubrir que cuando una profecía se convierte en historia no atempera el aguijón de la verdad. El asesinato sigue siendo asesinato, el crimen sigue siendo crimen, y por caprichosamente que uno lo haya imaginado —la cabeza de un héroe o el Baluarte del Sur—, no hay retorno. Es un destino en un sueño del que uno despierta cubierto de verdadera infamia.

Mis crímenes fueron legión. El peor fue el orgullo. Pretendí ser más grande que aquellos desgraciados. En mi vanidad, pretendí conducir a los mansos hacia la gloria. No comprendí entonces que cuando un hombre falible toma sobre sí un trabajo que corresponde única y finalmente a Dios, debe fracasar, y fracasar de la peor manera posible. Yo no intenté ser Dios. Traté de hacer su trabajo. Eso sigue siendo arrogante, ruinoso e irrecusable.

Grim Fiddle provocó la muerte de Jane Gaunt, Violante Furore, Cleo Furore, Annabel Donne, Magda Zulema, que eran inocentes de asesinato, que fueron asesinadas por la Cruz de Hielo; en venganza, Grim Fiddle asesinó a la Cruz de Hielo, la aniquiló sin piedad, Grim Fiddle pasó por la espada a los oficiales y tripulación de las fragatas de la Cruz de Hielo *Rechazo*, *Clemencia de Coronación*, *Buena Esperanza*, *Ruiseñor*, *Úrsula* y *Cabo Agassiz* y a más, muchos más, Grim Fiddle fue también el asesino de Jaguaquara, que había asesinado a Grootgibeon, que había asesinado a Xavier Grumpa. Grim Fiddle fue el asesino de Héctor el Gordo, que había asesinado a Lalo el Carnicero de Puerto Stanley, quien había asesinado a Iacovella el Carnicero de la isla Decepción, Grim Fiddle fue el asesino de Fives O’Birne, que había asesinado a Cuellar Alcanfores, que había asesinado a Gumic Blades el Libertador. Y Grim Fiddle fue el asesino de los Hermanos Pequeños en Gólgota, fue el asesino de los Padres de la Agonía, la Misión de Socorro de los Dominicanos en las Orcadas del Sur, de la Comisión de la Merced del Santo Padre en la isla Elephant, Grim Fiddle asesinó los campamentos del hielo en la isla Livingston, en la isla King George, en la isla Smith, en la isla Elephant, en la isla Clarence.

Tres generaciones humanas fueron asesinadas por mí, abuelos y padres e hijos, abuelas y madres e hijas, Grim Fiddle las asesinó con su propia mano, Grim Fiddle las asesinó con su rango, Grim Fiddle las asesinó privándolas de comida y permitiendo que el hielo las cercara, Grim Fiddle las asesinó por venganza, por odio, por conquista, por estrategia y por poder: siempre por poder, para aumentar su autoridad y justificar su autoridad y obtener grandeza de esa autoridad. Lo hice. Di las órdenes. Miré cómo morían. Yo, Grim Fiddle, Carnicero de la isla de Anvers, asesiné a Lykantropovin, Carnicero de la isla Elephant.

Hay tantas historias oscuras sólo en estos crímenes..., y el tiempo me impide relatarlas de forma adecuada. Cada una de mis víctimas merece mi atención. No puedo brindársela. Ahora no hay espacio en mi futuro. Quizá no haya jamás suficiente papel para que yo pueda explicar lo que hice, y permití, y de lo que soy culpable. Quizá haya en esto una justicia reveladora. Tal vez sólo mi silencio ante lo que recuerdo pueda transmitir adecuadamente la monstruosidad de mis crímenes. Tantos muertos, asesinados por mí —no por el hambre, o por el hielo, o por el Factor Caridad—, por mí, Cleo Furore. La amaba. No dejé que Germanicus regresara a buscarla a ella y a los georgianos del sur durante mi primer invierno en la isla de Anvers. Lo mantuve a mi lado. La Cruz de Hielo la mató cuando arrasó Gólgota en 2004, en venganza por mi ataque como nuevo señor de la guerra de la isla de Anvers, durante su bloqueo de Puerto Arthur. Ni siquiera sé cómo murió, pues por accidente no se llevaron a Cleo cuando Jane y Violante sacaron a los supervivientes de mis georgianos del glaciar, donde Germanicus los rescató antes de que los acosaran las tormentas. ¿Fue por el frío, por un arma de fuego o por ahogamiento? ¿Atraparon a Cleo y la condenaron a Elephant Main o a Clarence West? La buscamos allí. Siempre la buscamos. Desapareció como si no hubiera existido nunca, igual que mi familia,

pero con una diferencia: yo la asesiné tan ciertamente como si la hubiera matado con mis manos.

Esto no debe convertirse en un falso testimonio. Siento cómo la confesión lleva en sí misma un alucinógeno de autocompasión. Me asquea la posibilidad de que en mi prisa por denunciarme pueda estar distorsionando mi culpabilidad. Mi depravación no fue total. Eso sería lo mismo que decir que no hubo depravación. Mi depravación fue selectiva. Sabía qué era lo bueno e hice lo peor. Comprendía qué era la verdad y mentí. Tuve el poder de la misericordia y casi siempre lo negué. Sabía en mi corazón lo que estaba bien y lo que estaba mal, incluso cuando la oscuridad me invadía la mente. En este punto debo aclarar algo de mi sueño *berserker* que me arrastró desde Gólgota a la isla de Anvers. Es verdad que fui poseído por una locura, que llevé el *Ángel de la Muerte* hasta Puerto Arthur y luego me abrí paso hasta la fortaleza de Anvers dominado por una fantasía. Yo no era Grim Fiddle, el que guardaba luto; era Grim Fiddle, el Pagador de Deudas y vengador del Pescador Duro: un *berserker* al que no se puede matar, con la fuerza de una docena de hombres, sin la conciencia o los límites de cualquier hombre. Estaba inmerso en una ilusión sangrienta, y seguí así durante más de un año, en cuyo transcurso ascendí al gobierno de los hielistos en la isla de Anvers.

Este sueño *berserker* podría sugerir que quizá no fuera responsable de lo que hice. Tonterías. La mentira de que Grim Fiddle tal vez no fuera culpable por causa de una momentánea pérdida de la razón. Recuerdo que esa misma clase de astucia argumental fue utilizada en el juicio de Peregrine por el asesinato de Cesare Furore. A pesar de lo quebrado y enfermo que estaba, Peregrine se burló del tribunal. Yo hice lo mismo, hago lo mismo. Informo que cuando mi tribunal me preguntó por qué había hecho eso, la guerra, las matanzas, hablé con más claridad que en cualquier otro momento del proceso. Cité a mi padre: «Porque quise».

Eso es un testimonio correcto. Testifiqué en contra de mí mismo. Si no estaba en mis cabales cuando asesiné a Jaguaquara aquel primer verano en Anvers y puse en marcha la carnicería que me hizo girar como un remolino de carne hasta llegar a convertirme en el capitán de los capitanes de los hielistos, el Rey del Sur, no dejaba de ser Grim Fiddle. ¿Quién era Grim Fiddle sino Grim Fiddle? Si no estaba en mis cabales cuando maté a los capitanes, a quienes llamo monstruos en mi sueño *berserker*, e hice mía a Cleopatra y la tomé, la tomé físicamente, la destrocé, le corté el cuerpo y le violé el cuerpo y le golpeé el cuerpo, no dejaba de ser Grim Fiddle. ¿Qué otro podía ser? La robé de sí misma. Ella no estuvo de acuerdo, no se resistió. Yo no pregunté. Ahora no sé bien con qué llenó mi mente *berserker* durante aquel largo y negro invierno en la isla de Anvers. Lo supongo: «¡Vénganos!». Estuve de acuerdo, Grim Fiddle dijo sí, desquítate con ellos; demente como estaba, lo hice. Y el verano siguiente (enero de 2004), después de mi primera victoria ante el bloqueo al que la Cruz de Hielo sometió a Anvers, y después de que los hielistos me celebraran como su carnicero de carniceros —porque yo era más rabioso y cruel, e iba incluso

más allá de su macabro sentido del asesinato—, después de todo eso, cuando me derrumbé al lado de Cleopatra y salí de mi sueño *berserker* como si me estuviera muriendo, no dejaba de ser Grim Fiddle. Desperté de aquel sueño debilitado, desorientado, enfermo por un tiempo, consternado por lo que había hecho, las mazmorras, las decapitaciones, el canibalismo, las cicatrices en la carne de Cleopatra. Pero entonces, cuando con certeza estuve en mi sano juicio, no abandoné mi autoridad criminal. La aumenté mientras usaba a mis consejeros, Lazarus, Germanicus, Cleopatra, para elevarme sobre los desgraciados. No dediqué entonces ni un solo pensamiento serio a renunciar a la venganza. Lo que yo había comenzado con una loca sed de sangre, lo continué con crueldad calculada. ¿Y por qué hizo eso Grim Fiddle? No por culpa de aquel elegante epigrama: «Cuando la necesidad es un crimen, yo soy un proscrito». No, no fue por eso no, no. Lo hice porque quise.

Debo darme prisa. He calculado que podría abreviar de esta manera mi año de peligroso consentimiento y mis años de gobierno sangriento para poder detenerme a relatar un crimen totalmente revelador. Esto dará a Grim Fiddle su terrible merecido. Ocurrió tres años después de mi sueño *berserker*. Estaba aproximadamente al mando estratégico de los hielistos desde la isla Adelaida hasta la isla Joinville; Lazarus era mi primer ministro; Cleopatra era mi reina; Germanicus y los cazadores de focas, mi guardia de palacio. Yo era mordaz y duro y estaba en guerra con Lykantropovin. Resulta imposible sostener que lo que hice fue porque no estaba en mis cabales. En nuestro primer encuentro el abuelo me dijo: «Haz el bien haciendo lo correcto. Lo que los hombres digan de ti no importa. Serás juzgado rápida y definitivamente por el Señor». Aquí hay pruebas de que Grim Fiddle no sólo hizo el mal haciendo lo incorrecto, sino también de que lo que he hecho sólo puede ser perdonado por un Dios cuya compasión es inefable. Por esto solo Grim Fiddle se condena a sí mismo.

Era a finales del verano, el hielo se deslizaba hacia las Shetland del Sur, los volcanes soltaban una nube sulfurosa tan hinchada en algunos sitios que parecía haber islas nuevas donde sólo había témpanos cubiertos de ceniza. Los págalos graznaban, y el cielo y el mar eran una ola de inminente olvido. Navegar hacia ese panorama atronador y putrescente era un riesgo descabellado. También era una estrategia brillante. Ningún barco, grande o pequeño, armado o atestado de criaturas sucias y pequeñas, era más capaz que otro si el verdadero adversario, la Antártida, no era combatido con eficacia. Ese clima aplastaba a los vivos y a los condenados. Ese clima era mi aliado, el motivo por el que mi pequeña, mal dirigida y pobremente armada fuerza guerrillera pudo vencer a la superior fuerza y disciplina de la Cruz de Hielo de Lykantropovin. No nos importaba si vivíamos o moríamos; sólo nos importaba la venganza.

Yo estaba escapando de una lamentable derrota frente a la isla de Gibbs, al sudoeste de la isla Elephant. Mis capitanes de los hielistos se habían extralimitado y habían sido atrapados por la flotilla interna de Lykantropovin. Mi buque insignia se

hundió debajo de mí. Salí en un bote con Davey Gaunt y veinte más. Nos alineamos con uno de nuestros cúters pequeños. Viramos en un esfuerzo por liberarnos de la marea que nos arrastraba mar adentro. El viento desarmó nuestra vela. El cúter, capitaneado por Coquito Blades, hermano de un hombre a quien yo había ejecutado por traición, nos tiró un cabo. Pusimos rumbo a la recalada más próxima, la isla Clarence. Al finalizar el día, con el sol que era una pequeña antorcha en el horizonte, anclamos en la cala, formada por un glaciar y un muro natural de bloques de piedra. Una enorme isla de hielo —verde y azul, tallada por el viento que había fabricado cuevas profundas donde se escondían pingüinos y focas— se había enganchado en las rocas submarinas y giraba empujando contra la playa, golpeando los barcos de la Cruz de Hielo anclados junto al muro. El mar se estremecía a nuestro alrededor azotado por un fuerte viento del oeste. Un carguero grande había zozobrado en el puerto y la encallada isla de hielo lo estaba haciendo volcar lentamente. Ordené que la mayoría bajara del cúter y del bote; elegí a los hombres que quedarían a bordo del cúter para capear la tormenta. Remamos a tierra y utilizamos una gruta en la isla de hielo como rampa de entrada. No hay manera de expresar lo que se siente dentro de una isla de hielo. Estábamos tan extenuados y desesperados que hubo hombres que quisieron quedarse allí en vez de correr el riesgo de llegar a la playa. Esperábamos ser aplastados de inmediato por el destacamento de la Cruz de Hielo del campamento que había en el risco de arriba, el célebre Clarence West.

El ataque no se produjo. Se izó una bandera blanca en el reducto que estaba en la fachada de la entrada principal del campamento del risco. No era una posición fortificada, sino más bien un granero grande, aplastado a medias por un alud de rocas, situado en la boca de la intrincada red de cuevas que llevaba a las viviendas del campamento. Teníamos tanto frío que no nos preocupó la posibilidad de una trampa, o la otra, una infección. Subimos a toda velocidad por el acantilado. Coquito Blades dirigió el asalto a la puerta. Debía haber significado nuestra masacre. En cambio, el comandante de la Cruz de Hielo se rindió y suplicó misericordia para él y sus hombres. Cuando llegué adentro, mis hielistas habían cumplido con su deber, dejando el comandante librado a mi decisión. Hice que lo interrogaran y luego que lo clavaran contra la entrada del campamento. A la hora me encontré al mando de la totalidad del campamento, con el personal auxiliar —más de doscientos de los Padres de la Agonía— en fila esperando el interrogatorio. Lo que descubrí no resultó tan inusual. Había habido una revuelta cuatro días antes de nuestra llegada, provocada por la avanzadilla de mi flota, y los desgraciados controlaban la mayor parte del campamento. La Cruz de Hielo había preferido rendirse a mí antes que a los reclusos y sus enfermedades.

Sólo nos preocupamos de nosotros, conseguimos ropas secas, comimos y descansamos, preparándonos para la partida tan pronto como amainara el vendaval, Davey Gaunt me despertó para informarme que los cabecillas de las viviendas se habían reunido en el túnel, y suplicaban encontrarse conmigo. No era sensato ir allí. Fui porque sentía que me había vuelto invulnerable después de habernos salvado



imprevisiblemente de la furia del mar. Los Padres de la Agonía formaron un cordón entre los líderes de las viviendas y yo. Los Padres eran otra de esas sospechosas órdenes de las que ya he hablado, con la importante diferencia de que sacaban a sus iniciados de los campamentos. Nosotros teníamos sacerdotes de verdad en la isla de Anvers que los denunciaron como sepultureros. Les concedo su valor, pues ninguna otra orden —ni siquiera los dominicos— quería ir a Clarence West, Coquito Blades quería matarlos. Eso no habría servido para nada; eran más duros de matar que los hielistos. Dije a los Padres que tenía intención de hacer daño a los reclusos. En la oscuridad del túnel oí que un hombre gritaba en español: —¡Lo sabemos! ¡Está predicho! ¡Grim el Grande ha venido a buscarnos!

El portento gobernaba Clarence West. Eso debería explicar la recepción que tuve: «¡Está predicho!». Yo era el centro de sus nobles sueños. Era como Lazarus lo había planeado. Él me enseñó que jamás podría luchar contra Lykantropovin con tanta eficacia como mi leyenda, Lazarus sostenía que la idea de mostrarme como un indestructible señor de la guerra, no sólo ayudaba a asustar a la Cruz de Hielo sino también a ganar la lealtad de los desgraciados de los campamentos al mando de Lykantropovin. La fórmula era sencilla. Lo que los desgraciados no tenían era esperanza, Lazarus me convirtió en la encarnación de su esperanza. A menudo eso tenía demasiado éxito, y movilizaba a los desgraciados a rebeliones prematuras. En todos los campamentos se hablaba de mí como si fuera inmortal, con la fuerza de cien Lykantropovins. Decían que estaba en todas partes al mismo tiempo, atacando por mar la isla de la Media Luna, atacando por tierra la isla King George. Skallagrim Destructor del Hielo era mi sueño. El de ellos se llamaba Grim el Grande.

Y por muchos desgraciados que aniquilasen mis hielistos mientras luchaban contra la Cruz de Hielo, por poca comida que mis hielistos pudieran dar a los campamentos que caían bajo mi control o por peor que se encontraran los desgraciados bajo mi protección que cuando habían estado bajo la Cruz de Hielo, siempre había una concurrencia y una celebración históricas de Grim el Grande, Lykantropovin les ofrecía el Factor Caridad y seguridad. Yo les ofrecía esperanza de un día mejor. Era una esperanza fantástica, una esperanza imposible, una esperanza falsa. Tenían que saberlo; en algún nivel, debían entender que si los patrocinadores de la Cruz de Hielo hubieran cortado los suministros todos habríamos perecido. No sucedió, Lykantropovin ni siquiera amenazó con dejar morir de hambre a los campamentos, a pesar de que se habían puesto de mi lado. Él les daba comida y yo les daba fantasía. ¿Y cómo se explica que odiasen a la Cruz de Hielo y me adorasen a mí? Lazarus lo dijo, y yo lo reafirmo: los desgraciados querían que fuera más que su benigno Jesús o su militante David o su visionario Moisés; querían que fuera un dios colérico.

Ésa es la causa por la que los desgraciados de Clarence West me llamaron a gritos durante toda aquella noche, hasta el día siguiente, y el siguiente, cuando por fin la tormenta amainó y tuvimos que largarnos antes de que la Cruz de Hielo viniera a

buscarnos, Davey Gaunt y Coquito Blades me prohibieron volver a bajar a los túneles. Temían las enfermedades, sí, pero más aún que los desgraciados pudieran haberme despedazado en su celebración. Los escuchamos entonar y cantar en muchas lenguas, siempre estribillos de «¡Grim el Grande!» y «¡Libertad!».

Sólo unos pocos miles lograron escapar para intentar llegar hasta mí. De algún modo, como si oyeran a través del hielo, supieron que me iba. Hubo una acometida por el túnel principal que superó el cordón de los Padres y llegó afuera, delante del reducto. Algunos de los cabecillas intentaban protegerlos del viento. El campamento estaba casi amotinado, y abajo había muchos miles más cantando y desfilando, aguardando noticias de cómo les iba a los de arriba. Quedé aislado de mi barco por una turba que esperaba que la salvara.

Recuerdo que estaba terminando el día. La tormenta había acabado, y así estaríamos nosotros si no nos largábamos. Entonces nos amenazaba algo más que la Cruz de Hielo, ya que la turba del interior trataba de forzar la puerta del reducto. Los Padres nos dijeron que no podían contenerlos. Hubo muertes, muchos niños fueron pisoteados. Los líderes me suplicaban que diera a la gente barcos, comida, ropas y medicinas, Davey Gaunt quería abrirse paso luchando. Coquito Blades dijo que no podríamos salir. Fue una locura hasta que subió uno de los Padres y me dio parte de la respuesta, diciendo:

—Ve a ellos. No te harán daño. Diles que son libres.

Lo hice, yo y no otro, Grim Fiddle dio la mentira a esas personas, aunque tenía la verdad. Salí a la playa y caminé entre ellos. Les dije que se tranquilizaran y esperaran. Podría haberles dicho que volvieran dentro y aguardaran otro día. Quizá no hubiera podido engañarlos. No lo intenté. Sabía que no estaba loco. Sabía que estaba equivocado, como había estado equivocado el padre Saint Stephen. Tres mil desgraciados se echaron ante mí como ovejas. Me escucharon cuando me subí a un témpano encallado y les prediqué que tenía el mando, les conté la historia de cómo venían mis barcos a salvarlos, a llevarlos, alimentados y calientes, al oeste y al norte, a tierras nuevas y vidas de abundancia. Tuve que gritar por encima del viento cuando el sol se fundió en el horizonte y la temperatura bajó en picado. Les di una serenata con mi orgullo corrupto. Esa clase de pastor era Grim Fiddle. Con la magnífica capa de piel de foca, con la capucha de piel de lobo, empuñando mi arpón y mi verdad, dije a esos desgraciados que durmiesen, porque cuando despertaran sería un nuevo día y estarían bajo la protección del invencible. Hice que encendieran fuegos a lo largo de la orilla, no por el calor sino para que me vieran perfilado allí contra el glaciar cuando cerraran los ojos. Esperé con ellos durante la noche que no era noche, que era una larga y aullante sombra del norte. Me negué a utilizar un refugio, y fui y vine entre ellos, amontonados en grupos como piedras. Y cuando todos estuvieron quietos —porque estaban muertos o, si no, muriéndose—, los abandoné.

Ésa es la clase de pastor negro que era yo. Me escabullí en la noche cenicienta, como un asesino escandinavo. Cometí mi crimen sobre gente que me amaba, en las

sombras, con engaño y traición. ¿Podía haber existido un crimen más infame? Los asesinó de la peor manera posible, violando cualquier ley concebida alguna vez, pagana o cristiana o de los Nuevos Benthamitas.

No, fue peor. Después de aquella noche oscura, nada de lo hecho por Grootgibeon, o Jaguaquara, o Fives O' Birne o Lykantropovin se podía comparar con mi obra. Ahora comprendo esa verdad. He denunciado a mis enemigos diciendo que eran atroces. Después de aquella noche, yo era igual. De nuevo cometí el crimen del Factor Caridad, justificando mi elección como el bien mayor para el número mayor, es decir, salvando a Grim Fiddle para su reino. Esa noche me convertí en el criminal más siniestro del Sur, en el vengador que de verdad merecía venganza. Me volvió el recuerdo de la guerra y borró mi intento de justificación. Me convertí en proscrito de mi propio corazón. Confieso ahora que asesinó a esos desgraciados como otro había asesinado a mi familia. Yo era ese asesino. Era como si Grim Fiddle hubiera llevado al hielo, a morir, a Peregrine, Israel, Guy, Earle, Thord, Orri, Gizur, Molly y Charity y les hubiera dicho en el último instante: «No hay un Dios del Amor. Hay un Dios del Odio. Yo soy su servidor. Mis crímenes son mi monumento».

Durante esos seis años en la isla de Anvers, Lazarus fue mi roca. Lazarus también fue mi traidor. Así como es una exageración decir que levanté mi reino sobre él, no resulta excesivo decir que su temperamento creó la idea de mi reino. También es exacto decir que su temperamento lo llevó a derrocarlo. Fue el hacedor del rey y el regicida, y estuvo orgulloso de ambas cosas.

—¡Lo que hemos hecho! —decía mientras salíamos hacia el hielo para iniciar otro combate de temporada. Y a menudo decía—: ¡Lo que he hecho!

Lazarus no interfirió en mi venganza sobre los capitanes de los hielistos, que fue sangrienta y espontánea. Asalté su fortaleza y ellos, previsivamente, se replegaron. Asesiné a su jefe, Jaguaquara, y me celebraron. Tomé a su reina, e inclinaron la cabeza ante mi espada y las espadas de mis cazadores de focas. Tampoco tuvo reparos Lazarus el verano siguiente (enero de 2004) cuando, para enviar una misión de rescate a Gólgota, dirigí el ataque que rompió el bloqueo de la Cruz de Hielo sobre la isla de Anvers: todo eso fue astucia y suerte de *berserker*. Entonces me derrumbé, debilitado por mi furia *berserker* para liberar a mi reina de cabello oscuro, de modo que permanecí insensible durante meses. Había dominado la isla de Anvers sólo para retirarme a mi recinto y acostarme. Fue en ese momento cuando Lazarus dio un paso adelante proclamándose como mi primer ministro. Precintó mi lecho de enfermo, colocó a Germanicus y a Kuressaare como mis protectores, a Cleopatra como mi sustituta, y luego gobernó a través de ella y, así, a través de la leyenda que me había fabricado. Me recuperé en cuestión de meses, pero después no hice nada más que amoldarme al sentido que tenía Lazarus de mi grandeza y poder. Era el rey que Lazarus había hecho de mí.

¿Y cómo fue que un hombre que hablaba con tanta elocuencia de una república basada en un sufragio universal y la ley escrita pudiera convertirse en los ojos y los oídos de un tirano? ¿Cómo pudo Lazarus Furore ser creador y destructor? La respuesta era el hombre; por lo menos, eso es todo lo que tengo, Lazarus decía que hizo lo que había que hacer. Yo digo que le hizo caso al corazón como yo le hice caso a mi albatros y a mi deseo del alma. No puedo mostrar el corazón de Lazarus de manera más reveladora que lo que permitían los acontecimientos. Puedo decir que Lazarus llevaba en el pecho una profunda contradicción que tendría que haber funcionado pero sí lo hizo: la del noble demócrata y el terrible demagogo.

Fue Lazarus el maestro demócrata, como en las historias que me contaba Diomedes de Aristóteles, el ateniense, instruyendo a los maestros del mundo helenístico, quien llegó a usar los seis meses negros de cada invierno, cuando los hielistos eran prisioneros del hielo en las cuevas de la isla de Anvers, como una academia para, en sus propias palabras, «la venganza de los justos». Al principio los hielistos se burlaban de Lazarus, lo llamaron sacerdote loco, pero cuando su reputación empezó a crecer con la mía, esos capitanes llegaron a temerlo. Su

programa era grandioso. Decía a los capitanes que era deber de ellos comprender su importancia histórica. Castigaba a cualquier capitán que se hiciera llamar pirata. Les hacía recitar en un cántico monótono que eran cruzados, soldados de la revolución y, lo más importante de todo, servidores de una certidumbre histórica. Decía que Lykantropovin no sólo era nuestro enemigo, sino el enemigo del futuro. Cada vez que combatíamos a Lykantropovin, decía, combatíamos a favor de la inminente libertad de toda la gente justa, así que debíamos luchar con ferocidad, pues éramos los paladines de miles de millones que sufrían esclavitud, Lazarus decía que éramos el futuro. A Lazarus le gustaba sobre todo decirnos que luchábamos por «toda la gente justa». Cada vez que empleaba esa frase, sabía que me dejaba a mí y a la muerte en las cuevas y respiraba el aire de una visión lejana de lo que él creía que llegaría a ser el mundo.

En esos trances, no se olvidaba de cómo debía dirigir a los hielistos y a los desgraciados de los campamentos, Lazarus podía predicar sobre utopías abrigadas y bien alimentadas; sin embargo, no perdía de vista la disciplina necesaria para llegar a ese fin. Esto retrata a Lazarus el estratega demagogo. Comandaba mis reuniones de consejo con esos ojos rápidos. Siempre estaba atento a la rebelión entre los capitanes y al motín entre los hielistos, siempre alerta a la intriga en la isla de Anvers. Sentenció a muerte a muchos en mi nombre por desobediencia, quizá sólo por deslealtad a la idea que Lazarus tenía de nuestra cruzada. Mandaba su guardia de espías como si fuera una policía secreta, y estaban en todas partes: siempre segundos en el mando de mis buques de guerra o segundos en el mando de mis batallones. Lazarus rara vez interfería en la planificación táctica de una incursión homicida. Decía que, como guerrilleros embarcados en una campaña prolongada, obtendríamos la victoria siempre que no nos rindiéramos nunca. Predicaba que mientras nosotros, los capitanes, sobreviviéramos a nuestras incursiones, Lykantropovin sería derrotado aunque controlara todo el estrecho de Bransfield. Lazarus presentaba este dogma con una metáfora curiosamente pintoresca: Grim Fiddle era la cabeza de una bestia indestructible con mil puños. Y el Grim Fiddle que era la cabeza no era el Grim Fiddle humano, sino el hombre que era la encarnación de la esperanza de los desgraciados, Lykantropovin podía cortar cien puños, decía Lazarus, pero no podría apagar la esperanza mientras yo viviera en la leyenda de Grim el Grande, Great Grim, Grimmagne, Der Gross Grim. Más aún, mientras Lazarus daba a los desgraciados Grim Fiddle como esperanza, daba a mis capitanes Grim Fiddle como objetivo, Lazarus predicaba que yo era el camino a la victoria porque yo era la victoria, y servirme a mí era servir al futuro. En una ocasión, Lazarus me llevó aparte; vi que tenía los ojos encendidos y que lo dominaba una de esas visiones lejanas. Me dijo:

—Se puede organizar el Infierno. Yo lo he organizado. No se puede matar al Demonio. A ti no te pueden matar. Pase lo que pase, no me dejes. Te necesito. Cumple tu venganza. Regresa a mí. Lo que hemos conseguido. Lo que he conseguido. ¡Lo que queda por hacer!

He hablado largamente sobre Lazarus con Diomedes, Diomedes decía que también él había luchado con hombres como Lazarus a lo largo de su carrera, Diomedes veía a Lazarus como un hombre dominado por una inagotable ambición de poder, pero que al mismo tiempo anhelaba justificar esa codicia demostrando intelectualmente que valía más que los hombres a los que gobernaba y conquistaba, Diomedes decía que Lazarus era un usurpador. Insistía en que no había que buscar más, Lazarus usurpó la familia Furore después de que Cesare fuera asesinado, Lazarus usurpó Georgia del Sur cuando fue aislada por la flota de los malditos; Lazarus usurpó mi puesto como presidente de la Asamblea para engrandecerse como redactor de la constitución; Lazarus usurpó a Germanicus en Gólgota predicando a los desgraciados que yo era un dios colérico sobre el que él tenía ascendiente; Lazarus usurpó mi autoridad en la isla de Anvers recluyéndome en mi lecho de enfermo y gobernando a través de Cleopatra; Lazarus usurpó mi posesión de Cleopatra de un modo que pronto relataré, y Lazarus usurpó mi reinado cuando hube derrotado a Lykantropovin.

Algo de esto es verdad, algo no lo es. No culpo a Diomedes, ya que su saber griego me ayudó mucho a comprender mejor a Lazarus. Quizá debería preguntar: ¿qué pensaba Lazarus de sí mismo? Se hacía llamar revolucionario. Supongo que, al final, no habría rechazado los aplausos por ser el héroe de su revolución. Hay mérito en su heroísmo, y sería vergonzoso que yo no hiciera resaltar al héroe, al amante, al amante heroico que fue Lazarus. Murió por su amor desinteresado. No tengo detalles, ni la certeza, sólo tengo el rumor de que lo mataron el año después de mi arresto, mientras ayudaba a rescatar un campamento del hielo de una erupción volcánica; también corrió el rumor de que lo mataron unos desgraciados presas de pánico que escapaban de esa misma erupción. En cualquiera de los casos, murió porque amaba sus ideas lo suficiente como para actuar de acuerdo con ellas.

¿Y cómo amaba? Lazarus quería llevar a la humanidad de la mano, como un amante, y no sólo conducirla hacia un documento sino también enseñarle a escribir sus nombres al final de ese documento —concebido por hombres, escrito por hombres, destinado a hombres—, que garantizaría la libertad y la justicia y, sí, la caridad para todos los justos. Esto plantea la principal diferencia entre Lazarus Furore y Grim Fiddle, y preferiría hablar de su amor por los desgraciados.

No, quizá no sea lo más adecuado. Tal vez debería hablar del sentido de la caridad de Lazarus, Lazarus veía la caridad como una forma de amor, Lazarus quería dar a los hombres, sin que nadie se lo pidiese, su voluntad y su ley. A menudo decía que si los desgraciados se resistían, los obligaría a aceptar su caridad. Hablaba de cómo «forjaría» a los hombres. Yo tomaba eso como una jactancia. Ahora podría verlo también como la bravata de un tirano. No parecía creer que los desgraciados pudieran construir su propio futuro. Creía que había que darles, imponerles, meterles a la fuerza el futuro. Esto podría significar que Lazarus no creía más que yo en la voluntad del pueblo, Lazarus intentó imponer ese documento de libertad, justicia y

caridad; y al final lo impuso. No es ésa la marca de un republicano compasivo. Es la marca de un hombre arrogante, siniestro, sanguinario. Es la marca de un manipulador.

No estoy de acuerdo con lo que acabo de decir, Lazarus sacrificó mucho por mí. Su dolor por la pérdida de Cleo en Gólgota fue total; no podía hablar de ella. Su dolor por Violante, que murió en el ataque criminal de la Cruz de Hielo contra la isla de Anvers durante nuestro cuarto verano allí, fue menos triste, más complejo. Ella se había deteriorado ante nuestros ojos en Anvers, igual que muchos de los supervivientes de Georgia del Sur, de modo que el pesar de Lazarus se vio mezclado con el que sentíamos por nosotros mismos. Sobre Violante, Lazarus le dijo a Cleopatra: «Era lo suficientemente dura». Con eso entendí que él no consideraba que esa muerte fuera un juicio sobre el carácter decidido de Violante, que murió sin ningún motivo, Lazarus me aconsejaba a menudo después de otra derrota en el hielo, y en especial me aconsejó después de mi asesinato de esos desgraciados en Clarence West; me dijo:

—No fue inútil, ni insensato, si nosotros no lo somos. No hables de lo que es. ¡Habla de lo que debe ser!

Puedo hablar de lo único que Lazarus favorecía más que sus máscaras de pedagogo, demagogo, hacedor de reyes y legislador, Lazarus Furore estaba enamorado de Cleopatra Furore. La amaba de una manera muy humana y lo tenía perplejo de una manera muy humana, y la odiaba muy humanamente. Fue ella, y no su propia «agenda de la historia», la que daba fuerzas a Lazarus. Era ella, no el hielo ni los insurrectos hielistos ni la dura Cruz de Hielo, quien podía debilitar a Lazarus, quebrar su voluntad.

He dicho —cuando escribí sobre aquel día en que conocí a Germanicus en 2 de Diciembre— que creía que Lazarus y Cleopatra eran amantes cuando llegaron a Estocolmo, y que creo que continuaron su pasión a bordo del *Angel de la Muerte*. Su unión era para mí un laberinto. Lo mismo su reunión en la isla de Anvers. Me arriesgo a la incoherencia si informo que: Lazarus dependía de Cleopatra mientras que ella toleraba la atención de él; Lazarus no hacía caso de Cleopatra mientras ella veneraba el genio de él; Lazarus hablaba contra Cleopatra mientras ella confiaba en el corazón de él. Él podía denunciarla delante de mi consejo como víctima del autoengaño, mofándose de la pretensión de Cleopatra de ser «reina de los esclavos». También podía adorarla abiertamente ante mi consejo como la guerrera más duradera y decidida de la fortaleza. No le mostraba ninguna piedad cuando ella desvariaba y lloraba por Charity o por Cesare; se mostró obsequioso con ella cuando Cleopatra se alejó de nosotros para cuidar a los niños.

Estaba el lado oscuro de su reunión, y me devano los sesos preguntándome si lo he pasado por alto adrede en mi valoración de Lazarus: Lazarus me tenía celos. Si él era conmigo un usurpador, yo también lo era con él. Yo tomé a su Cleopatra y la convertí en mi reina y en mi esclava, Lazarus podía temblar en silencio cada vez que

Cleopatra anunciaba que compartiría mi lecho, cosa que hacía cuando quería. Sin embargo, Lazarus también podía venir a mí con aire triste y pedirme que me acercase a ella porque Cleopatra necesitaba consuelo.

¿Eran esos dos lo que los filósofos llaman almas gemelas? No puedo responder. ¿Fui su idiota útil, o fui su hijo, o fui su víctima, o fui su campo de batalla? Los observé durante cinco años en la isla de Anvers —una vez que me vi aliviado de mi sueño *berserker*— y me parecían más próximos que cualquiera de las otras parejas que había conocido, incluidas la de Peregrine y Charity y la de Earle y Guy. ¿Es eso entonces lo que fue para ellos Grim Fiddle, un intruso, un adúltero?

Diga lo que quiera de Lazarus la roca y el traidor y de Cleopatra la «reina de los esclavos», quizá todo se reduzca a esto: que ellos me usaron y yo los usé. Había un hombre, Lazarus, que creía tener visión del futuro, y había una mujer, Cleopatra, que se creía encadenada al pasado que ella se encadenaba a sí misma, y que veía en Lazarus a un liberador. ¿Y qué pasó? Grim Fiddle los separó e hizo de uno su mano derecha y de otro su mano izquierda, convirtió a uno en su dolor y al otro en su placer. No es posible que esto sea todo lo que hay para decir. Tengo que ocuparme de Cleopatra.

Si Cleopatra gobernó a Lazarus como lo haría una reina, entonces me permito decir que Cleopatra, más que Lazarus, fue el trono imperial de mi corrupción como rey y señor de la guerra. Era de una pieza, Cleopatra la reina, Cleopatra la víctima de la venganza, Cleopatra el enigma. Me aparto de Lazarus, mi roca y mi traidor, para centrarme en Cleopatra, mi lujuria y mi cifra. Parece que hay patéticamente poco que decir, tanto como el tiempo que queda para decirlo. Digo la verdad: Grim Fiddle no amó a Cleopatra Furore. Ésa es la historia, comienzo y fin.

Pero mi adoración sin amor por ella, mi pasión posesiva por ella, parece un torrente de desgracias. He tratado de convencerme de que la amé desde el principio, en aquel salón de baile, entre el privilegio remolineante y el conocimiento indiferente, yo el lacayo zafio, ella la heredera elegante. ¿La amé entonces? He perdido esa idea. Si fue amor, no creció. Se quedó donde empezó, una obsesión inmadura por lo inalcanzable y lo inconocible. Quizá cuando aseguré amarla estaba simulando amor, apenas consciente de que eso era inútil. Había en la relación una falsa alegría, un irresoluto abandono. He escrito, en romántica hipérbole, que nuestro amor fue desde el principio tan desafortunado como desesperanzado. Tacho ese pensamiento ahora. Fue una ilusión. Si eso fue amor —lascivia colérica, cópula agresiva y vejatoria y retorcida, carnal, alucinante—, entonces, ¿qué fue mi inmovible amor por el abuelo, mi dulce amor por Abigail, mi perdurable amor por Sam?

Confieso mi fracaso en amar a Cleopatra. ¿Por qué continuar? Soy viejo. Ella no está. Parece un poco sórdido especular sobre cómo me veía ella. Que me atraiga es señal de lo lujuriosa que fue nuestra relación carnal. Entonces ella era hambre, pero



ahora es gula fétida. ¿Qué puedo decir ahora de su naturaleza que sea más sucintamente revelador que cómo la imaginé en mi sueño *berserker*? Era la reina de cabello oscuro, Corazón Duro. Cuando cambié de forma, vi en lo que se había convertido Cleopatra. Su dolor era su objetivo era su placer era su dolor. No confié en mi percepción, ni siquiera en la alucinación, y creí incorrectamente que su nombre había cambiado a Corazón Gozoso. Era un anhelo infantil, Cleopatra era Corazón Duro, y siguió siendo Corazón Duro, Cleopatra Furore era dura, y muy dura. ¿He dado alguna vez en mi descripción de ella algún motivo para considerarla gozosa?

¿Y por qué Dios endureció el corazón de Cleopatra? Dios tiene la respuesta. Lo que yo pienso parece interesado; es mi teoría. Con Cesare Furore, Cleopatra nació al lujo. Conmigo, heredó la degradación. Debe de haber odiado a muchos, y deseado vengarse sobre multitudes; pero debe de haberme odiado a mí por completo y deseado para mí una venganza total. Me gustaría poner esto como algo final, quizá lo sea. Retrocedo ante la profundidad de su llamada a odiar a Grim Fiddle. ¿Cómo pude llamarme su amante? Era su perseguidor. Era la estocada de su tormento. ¿Cómo la violaba? De la manera más vil. No te engañes, Grim. Mejor que ella pudiera odiarme antes que tener que examinar la crueldad de su destino. Debe de ser por eso que confieso que no la amé. Eso acrecienta mi deuda con ella. Pago y pago: nada de amor, todo oscuridad. Ningún amor verdadero podría nacer de semejante desdicha. Nuestro destino fue la calamidad compartida. Hasta el fin, buscamos esa ruina.

El recuerdo de Cleopatra me ha hecho daño. Siento tan pesadas las manos como el corazón. Me queda un episodio más que debo tratar de contar. Lo presento burlándome de mí. Me he apresurado a explicar el ascenso y caída de mi reinado como si tuviera que ser explicado por los motivos de los protagonistas. Eso es una estupidez. Preveo una crítica: ¿una cosa como el efecto sigue a una cosa como la causa, o no son todos los acontecimientos un efecto independiente de nada, un resultado de nada? Sé lúcido, Grim. Me pregunto qué diferencia habría habido si Grootgibeon, Jaguaquara o Fives O'Birne hubieran tomado el control en la isla de Anvers, y yo y los míos nos hubiéramos inclinado ante su voluntad o hubiéramos perecido en la desesperación. No veo ninguna. Aún así, cientos de miles habrían muerto abandonados y olvidados. El hogar de los dioses hubiera fingido ignorancia de nuestra difícil situación y disfrutado de sus frutos robados. Semihombres negros y heridos podrían haber hecho los campamentos como se los conoció, pero era la Antártida, ese muro de tormentas, la que determinaba lo que sucedía en los campamentos, o quizá no determinaba nada, sino que se mantenía indiferente e inmutable ante lo que los desgraciados padecíamos en sus costas gélidas. Más confuso todavía para mí es esta cuestión: ¿la historia que se percibe determina el futuro de la humanidad o la humanidad tiene autoridad para rehacer su propia historia cuando lo desea y de manera continua? Grim Fiddle reconoce aquí su consternación ante la paradoja del predeterminismo y el libre albedrío. Traduzco para la diminuta

escala mía y de los míos: ¿qué importancia habría tenido para los campamentos del hielo y para mi remo del hielo que Cleopatra no hubiera estado corrompida por su aborrecimiento, o que yo hubiera podido amarla y liberarla, o que Lazarus hubiera podido dejar a un lado sus dudas sobre mí, sobre Cleopatra, sobre él mismo, sobre la justicia, y haberse hecho cargo de nuestros destinos? Los destinos nuestros, no el destino de «toda la gente justa». Sugiero que una buena respuesta es que no habría tenido ninguna importancia. Los desgraciados seguirían muertos. Los dioses seguirían disfrutando.

Me doy cuenta de que todo esto es sospechoso, como si el Nuevo Benthamismo me hubiera atrapado la mente, me hubiera convencido de que el amor, el miedo, la decencia, el sacrificio, la venganza, la responsabilidad criminal, la libertad no importan, como si lo fundamental fuera el cálculo hedónico y la filosofía no sirviera para nada. No es éste el caso, pero creo que carezco de la sabiduría para discriminar con precisión. Los hombres y las mujeres piensan que lo que hacen y cómo lo hacen tiene importancia. Lo que han hecho es la historia. Cómo lo han hecho es la filosofía. No obstante, existen períodos tan impregnados de oscuridad que la voluntad y el corazón de los hombres y las mujeres, la historia y la filosofía, se pierden en la confusión.

Mi Reino del Hielo parece un buen ejemplo. Los desgraciados arrojamos nuestros nobles sueños y nuestra débil carne contra la Antártida. El hielo y los volcanes no cambiaron. ¿Qué es la acusación contra el hermano frente a una isla de hielo negro? ¿Qué es la masacre de decenas de miles frente a los humos que salían del Trono de Satanás? ¿Qué es la comida para un niño hinchado por el hambre frente a aquel invierno negro que borra nuestra compasión? Y luego, la escala. ¿Qué es la verdad y la falsedad frente a ese viento interminable que arrasa la meseta antártica y bate la roca y el mar hasta convertirlos en un mundo helado que no parece el planeta Tierra, que parece un lugar y un tiempo donde y cuando ningún ser humano podría aventurarse? Qué tonto es Grim Fiddle en preguntar. Qué pretencioso es Grim Fiddle en pensar que lo que él hizo en el Sur importa. La verdad es el corazón, afirmo. La Antártida no tiene corazón. Es cinco millones de millas cuadradas de casi absoluta falta de vida, donde sólo en los bordes puede algo que siente dolor aferrarse a la miseria para saber que todavía está vivo. La Antártida parece estar a sólo un paso del universo frío, negro y estallado que se derrama sobre mi prisión de hielo. El misterio más profundo para mí aquí en esta prisión, al levantar la mirada al cielo cada vez que puedo, no es por qué existe el universo, por qué ese aspecto del cosmos inhumano, la Antártida, existe, sino la extrañeza de que Dios haya creado a la humanidad, con toda seguridad un error atrapado entre el fuego absoluto y el frío absoluto de la creación, y haber hecho a la humanidad de tal forma que un pecador y penitente como Grim Fiddle pueda pensar que contó alguna vez como algo más que un microbio. La historia y la filosofía de Grim Fiddle, la historia y la filosofía de la humanidad, carecen de sentido. Son una risa.

Relato apresuradamente mis últimos días como rey de la Antártida. Era a principios del verano, seis años después de la muerte del abuelo y del asesinato de Jaguaguara, al comienzo de mi séptimo verano como señor de la guerra de la isla de Anvers. El estrecho de Bransfield estaba abierto con varias rutas entre los témpanos, Lykantropovin llevaba muerto siete meses, no por mi mano pero sí por mi intervención, Germanicus llevaba muerto dos meses, de las heridas y de la desesperación. El último invierno había desgarrado los campamentos del hielo tal como podría destripar uno a un león marino. Mis capitanes al mando de los campamentos enviaron cúters a Anvers suplicando que les diéramos comida, disciplina, esperanza. Otro cúter llegó desde las Malvinas trayendo a un enviado de los firmantes republicanos del Tratado de la Buena Esperanza y la Paz de la Frontera, que le presentó a Lazarus las condiciones para una tregua. Mis capitanes permanecieron en sus recintos a lo largo del archipiélago Palmer y las Shetland del Sur, esperando proseguir la guerra o morir. Derroté a la Cruz de Hielo; la Antártida, y una sed de sangre que finalmente había menguado, dejando melancolía, locura y hambre, derrotó a mi ejército. Yo también permanecí en mis recintos; me había recuperado de las heridas de la batalla de Elephant Main, pero seguía aún bajo el persistente control de mi propia oscuridad, Grim Fiddle, el *berserker* señor de la guerra, era cada vez más sólo eso. Sin embargo, eso era un engaño, pues había llegado a depender de mi furia para salir de mis recintos, subir a mi buque insignia e ir a hacer mi carnicería. Ahora que había regresado el verano, la enfermedad que es el crimen había corrompido tanto mis extremidades como mi corazón. Estaba enfermo de la sangre. Había matado a tantos que sólo pensaba y sentía y veía matanzas. Suponía lo peor en todos porque yo era lo peor de mí mismo.

Debo ser directo, aunque mi brevedad exige precisión. Una pesadilla más mortal que la de un mutador de forma había sustituido mi sueño *berserker* del ascenso al trono. Había abandonado la percepción de mí mismo como Skallagrim Destructor del Hielo, Mantenedor de la Promesa de Pescador Duro, en el océano del odio que había sido mi hogar durante seis años. Sin Lykantropovin pensaba que ya no había ningún objetivo, y si existía, no era para mí. Me veía en los sueños como un cobarde, un tramposo, un mentiroso, maldito en todo. Ésa era la abrumadora imagen. Me convencí de que era el servidor del Dios del Odio. No quedaba nadie para consolarme, Longfaeroe quizá hubiera podido contener mis delirios, pero nunca salió de un derrumbe producido en Anvers; los cazadores de focas habían desaparecido uno a uno en los combates contra la Cruz de Hielo o contra las ballenas; Otter Ransom y Wild Drumrul habían obedecido mis órdenes en Elephant Main y se habían ahogado. No tengo fuerzas para seguir con la lista. Habían desaparecido. Yo seguía en mis recintos. No daba órdenes. Me negaba a salir al sol, prefería envolverme con los muros de la cueva. Ahora veo con mucha claridad qué era lo que hacía entonces. Vaticiné los hechos, otro don mal empleado que había recibido de mi madre. Percibí

mi culpa, me sometí a juicio, me acusé de masacrar casi todo lo que alguna vez había amado y de no haber ganado nada con la venganza. Me juzgué criminal sin remordimientos y me sentencié a una prisión solitaria. Mi mente estaba en retirada prematura. Yo no quería respuestas, ni oportunidades ni esperanza. Recuerdo que pude ir muy lejos en mi autotortura, ya que traicioné mi memoria del abuelo.

Me convencí de que el servicio del abuelo a su Señor había sido un error, porque no había un Dios del Amor sino un Dios del Odio que había hecho desgraciada a la humanidad para poder jugar más con ella y torturar al pecador. No puedo recrear mi razonamiento; no era razonable. No obstante, a mí me parecía más real que el frío. Me gritaba a mí mismo, y rechazaba la comida y el sueño. No me molestaré en reproducir aquí mi blasfemia. Se centraba ante todo en mi ilusión recurrente del Dios del Odio. Aseguraba haber derrotado a Lykantropovin y a la Cruz de Hielo como servidor de un Dios del Odio, aseguraba que era tan buen servidor como el Príncipe Oscuro, Satanás, Grim Fiddle, el Príncipe Negro del hielo negro, se llenó como se llenaría un pozo de agua mala y pretendió incluso el poder de Satanás, el Satanás del abuelo. Me jacté de estar confabulado con Satanás, que él era mi hermano de armas. Juré entregarme a mi camarada, abrir el océano Austral como Satanás había abierto las calmas ecuatoriales. Estaba loco. Nada de esto tiene sentido. Estaba loco. Canté a mis propios esclavos:

—Satanás es mi aliado. Somos esclavos del Dios del Odio.

Lazarus vino a mí, y me atendió como un padre. Se echó la culpa de mi condición. Dijo que había pedido demasiado de mí, que estaba preparado para aliviarme de mi carga. Pronunció largos discursos, distorsionados por su mezcla de misticismo y pedagogía, pero concluyó con su sentido de lo práctico. Intentó sacarme de mis recintos con promesas. Dijo que la Cruz de Hielo quería rendirse ante mí a la primera oportunidad, que la Cruz de Hielo había garantizado la nueva entrega masiva de suministros a los campamentos y su inmediato reasentamiento, también había garantizado amnistía y rehabilitación de los hielistas, Lazarus también puso a prueba mi vanidad. Dijo que aunque yo era en ese momento un héroe para los hielistas y para los campamentos, pronto lo sería para todo el mundo; dijo que había demostrado que el Tratado de la Buena Esperanza y la Paz de la Frontera eran sentencias de muerte y que ahora el descrédito de la flota de los malditos se había conseguido y yo era un gran hombre.

—Por esto luchaste, Grim —me dijo; y más adelante—: Debes actuar ahora, Grim, todo depende de ti —y luego en tono aún más desesperado—: No podemos dejar que pase el verano, Grim; los campamentos no sobrevivirán a otro invierno —y—: Hemos ganado, tú has ganado, ¡éste es el momento!

Frené las súplicas de Lazarus con descripciones de las conjuras urdidas contra mí, cómo la Cruz de Hielo intentaba derrotarme con engaños, cómo ya no podía confiar más en mis capitanes o mis consejeros. Dije a Lazarus que él era una víctima de mis enemigos, le dije que era un derrotista, le dije, sí, que éste era el momento, el

momento para atacar. También hubo palabras disparatadas señalando que debíamos prepararnos para una campaña veraniega, que debíamos esconder a las mujeres y a los niños, en especial a mis georgianos del sur (que estaban todos muertos), pues declaré que Lykantropovin estaba vivo, que mis capitanes me habían traído una cabeza equivocada.

—¡Es imposible esconderse de mis enemigos! —le rugí a Lazarus y a mis consejeros—. ¡No puede haber paz! ¡Satanás es nuestro aliado! ¡Es el momento de atacar!

Cleopatra vino a mí más tarde, y con ella, su sombra, Babe. Esperaba más consejos de Lazarus, y comencé de nuevo con la conspiración que me amenazaba y que por lo tanto también la amenazaba a ella, Cleopatra se sentó a mi lado, Babe permaneció vigilante detrás de ella. Ya no era una belleza, con el cabello cortado al rape, los dientes picados, el cuerpo debilitado por el hambre, el frío, la falta de sol, el tipo de fatiga a la que el sueño no brinda alivio alguno. Por alguna causa que yo había olvidado —un accidente que ni siquiera Babe fue capaz de evitar—, estaba un poco paralizada. Tenía que mirar y hablar por un lado de la cara, tenía que emplear un brazo para levantar el otro. No la compadecí. Apelé a su duro corazón. Su corazón me contestó.

—Lo has comprendido —dijo.

—Estoy rodeado de enemigos —dije.

—Debes actuar —dijo.

—Satanás es mi aliado. Mis enemigos son sus enemigos. ¡Reuniré a mi ejército y atacaré!

—Hay más que eso. Debes hacer más —repuso.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Me lo dijo ella, tu albatros —contestó.

Me llena de sorpresa ahora, veintinueve años después, recordar la cara consumida de Cleopatra cuando dijo la mentira que mató el Reino de la Antártida mientras daba a luz, en el mismo instante, a la República Popular de la Antártida. Uno de los ojos de Cleopatra estaba húmedo de lágrimas porque necesitaba abrirlo y cerrarlo con la mano. Tenía los labios agrietados, la piel salpicada de llagas. Quizá hubiera querido cambiar de expresión para dar convicción a su engaño, pero no pudo, tal vez a causa de la parálisis, más probablemente debido a que, imitando a Lazarus, Cleopatra había abandonado las sonrisas, las muecas, las sorpresas. Su rostro era una fachada única. Sin duda habría engañado a un santo, que pensaría que veía a una víctima. Hasta dudo de que un espejo hubiera podido mostrar a Cleopatra con precisión. Sí, había allí desdicha, dolor, odio; pero lo más revelador era que había una «reina de esclavos» dispuesta a hacer lo último necesario para consolidar su destino. Ese rostro era firmeza. No la culpo. Supongo que estoy orgulloso de ella por su inteligencia, aún siento admiración. Poseía una confianza para usar en mi contra, pues sólo una vez había compartido mis secretos, y eso sucedió cuando violé a Cleopatra después de

haber matado a Jaguaquara. Le dije que había ido a buscarla porque era mi destino, y luego le hablé del abuelo, de Skallagrim Strider y de Lamba Ladrona de Tiempo, en especial de aquel albatros pálido.

También reconozco el papel de Lazarus, pues él debió de estar detrás del ardid de Cleopatra. Imagino que había ido a verla para discutir qué se podía hacer, bien para alistar mi ayuda en la preparación de una tregua con los amos republicanos o bien para concebir un plan para derrocarlos. Mis capitanes se vieron atrapados entre sus propios intereses y su lealtad hacia mí, no por amor, sino por miedo a lo que yo había hecho a todos los que habían flaqueado. Yo era su objetivo; también era su peligro. Luchaban por mí, o luchaban contra mí, Lazarus no podía negociar sin su cooperación, lo que significaba que debía tener mi autoridad. Comprendo su dilema. Comprendo la sabiduría de su traición. El rey estaba loco. Mi victoria sobre Lykantropovin era una derrota para cientos de miles a menos que los hielistas aceptaran la rendición de la Cruz de Hielo y la oferta de los amos republicanos de remediar las privaciones de los campamentos. Estaba claro lo que había que hacer. Lo que no estaba claro era cómo hacerlo y con qué arma, Lazarus necesitaba deshacerse de mí de tal modo que pudiera firmar la tregua sin desmembrar mi reino en docenas de cónclaves de piratas. Si me hubiera asesinado, se habría arriesgado a que mis capitanes nombraran a un nuevo señor de la guerra que no le debiera nada a él ni a sus planes. Por lo tanto, Lazarus tenía que mantenerme con vida y funcionando como amenaza para los capitanes, pero también tenía que mantenerme fuera de circulación hasta que la tregua entrara en vigor, Cleopatra le proporcionó a Lazarus un arma, una espada perfecta, una mentira que ella sabía que Grim Fiddle creería, Cleopatra recogió el poder de mi madre y me lo clavó en el corazón.

No recuerdo mucho del complicado debate que siguió a su mentira. Debí haberme arrodillado ante ella, creyendo que podría darme un verdadero consejo. Eso no significa que su misión fuera fácil. Me tenía, y tenía que manipularme. ¿Quién propuso la idea de una nueva búsqueda? ¿Quién planteó la posibilidad de que una peregrinación a Satanás me daría nuevas fuerzas para continuar con mi guerra? ¿Quién empezó a hablar de un viaje al Trono de Satanás para que Grim Fiddle pudiera conferenciar con su aliado? Recuerdo vagamente que casi todo el desvarío fue obra mía, que Cleopatra, más que señalar puntos concretos, confirmó mi lógica alucinatoria.

Hubo otra voz en nuestra conferencia, una voz verdaderamente atronadora. Mientras hablábamos en mi cueva helada, el Trono de Satanás rugía hacia el sur. Hizo que Cleopatra se agachara por miedo a fisuras repentinas. Hizo que yo replicara con la misma voz de trueno, una patética imitación de mi nacimiento, cuando canté la parte más aguda de aquel dúo Fiddle. Me convencí de que así como había contestado al abuelo, en ese momento tenía que contestar al Trono de Satanás; que así como había condenado a todos los que iban a bordo del *Rey Jacobo* y del *Paquebote Candelaria* a ir en busca de mi deseo del alma, en ese momento me condené a ir en

busca del deseo de mi alma negra, Satanás.

Cleopatra se retiró, Babe la siguió, lanzándome una mirada triste, dura, fértil. No hay palabras de despedida con ella para registrar. No he visto a Cleopatra desde entonces.

Por su parte, Lazarus vino a verme mientras yo preparaba mi peregrinación. Dijo que comprendía que mi decisión era terminante. Supongo que esto significa que incluso entonces, mientras él me veía preparar mi propio regicidio, tenía sus planes trazados con firmeza. Le dije que mi decisión era inspirada. Repuso que sí.

Puedo simpatizar con su traición. Yo había luchado por la venganza como furia, Lazarus había luchado por su idea de futuro como deber. La tregua con la Cruz de Hielo estaba al alcance de su mano. Imagino que también él sabía que a su alcance estaba un documento profundamente más importante, la declaración de una revolución popular que dio nacimiento a la República Popular de la Antártida.

No he visto el triunfo de Lazarus. Me lo han contado, mi tribunal y Diomedes. Se dice que está en una sola página. Se dice que se titula «La Constitución para la República Popular de la Antártida». Se dice que acusa a una tiranía y que declara al tirano, Grim Fiddle, derrocado. Se dice que anuncia que a partir de ese momento las gentes del sur son ciudadanos de una república en la que ningún hombre o mujer está por encima de otro, en la que no hay ni blanco ni negro, ni varón ni hembra, ni primero ni último.

Se dice que está escrita de puño y letra por Lazarus. ¿La firmó Cleopatra? Ésa es mi fantasía. No habría habido necesidad de firmas. Los amos republicanos habrían aceptado cualquier trozo de papel con el fin de ocultar sus crímenes y poner una cara nueva a su guerra con Grim Fiddle. Con ese documento, y con el poder para interpretarlo a su antojo, se convirtió a Grim Fiddle en el transgresor; a los campamentos del hielo, en las víctimas de Grim Fiddle, y a la Cruz de Hielo, en la asediada salvadora del Sur.

Lazarus no pudo haberse sorprendido cuando él, el traidor, pronto fue traicionado por sus enemigos, los benefactores sin rostro que patrocinaron la Cruz de Hielo. Me complace suponer que Lazarus haya previsto todo el desarrollo de su obra. Me sacrificó a mí y al reino que habíamos construido con la venganza para alumbrar una república popular de igualitarismo místico, y garantizar que esa república popular existiera sólo para ser desmontada de inmediato y sus ciudadanos reasentados a un mundo de distancia tan pronto como fuera posible.

¿Qué más hay sobre él? Los campamentos estaban condenados. Los hielistas eran incontrolables. La Cruz de Hielo estaba quebrada por el agotamiento. Sólo un golpe osado, una magnífica construcción filosófica, podría haber salvado algo. Lazarus sacó la pluma y escribió esas palabras: «La Constitución de la República Popular de la Antártida». La llamó república popular porque así era su mente. Por eso solo, valoro su genio.

Lazarus sabía que las repúblicas del Norte y del Sur que habían firmado el

Tratado de la Buena Esperanza y la Paz de la Frontera tratarían de corromper el gobierno que representaba a los victoriosos hielistos y a los campamentos del hielo que estaban bajo su control, Lazarus sabía que si iba ante esas repúblicas representando a un gobierno jerárquico —una monarquía, o monarquía parlamentaria o república legislativa—, los amos republicanos podrían manipular las negociaciones prometiendo la amnistía y el reasentamiento como si fueran sobornos, y ofrecerlos a los poderosos de los cónclaves de los hielistos y los campamentos del hielo, mientras los desgraciados eran de nuevo abandonados. Habría sido la manipulación más vieja y trillada: los victoriosos oprimidos seducidos para convertirse en opresores, Lazarus comprendió que sólo convirtiendo a cada ser humano de la Antártida en un igual inviolable podría garantizar el desmantelamiento inmediato y completo de los campamentos y el reasentamiento de los internados: fuera primero los más desgraciados, fuera último los más desgraciados. Y Lazarus sabía que el único modo de fomentar un deseo tan fabuloso era constituir a los hielistos y a los campamentos del hielo de tal modo que representaran una idea verdaderamente no terrenal: todos los hombres y mujeres son iguales. No creo que se trate de ningún accidente que el lenguaje que según me contaron figura en el documento de Lazarus se parezca a una descripción de otro sitio no terrenal, el Jardín del Edén.

Lazarus concibió el Reino de la Antártida para garantizar una libertad imposible, luego concibió la República Popular de la Antártida para garantizar una justicia imposible. Soy consciente de que ahora la historia muestra que el desafío de Lazarus fue un fracaso, que la disolución de los campamentos del hielo que tuvo lugar después de sus negociaciones en África y del establecimiento del estado del hielo con «La Constitución para la República Popular de la Antártida» fue casi tan horrible como si hubiera sido obra de dementes. Esto no significa para mí que la visión y el alcance del proyecto de Lazarus estén olvidados o que sean desechables. Repitiendo aquel bálsamo que me dio, no hables de lo que es, habla de lo que debe ser, Lazarus defendió con firmeza los ideales más elevados para él, un estado perfectamente igualitario, una república edénica. Fue un héroe. Si no pudo salvar a cientos de miles, sí salvó a decenas de miles, y lo consiguió haciendo un trato con hombres que él sabía que eran traidores. Era lo que había. Y si pronto se vieron abrumados por la dimensión de la tarea para reasentar a los desgraciados de los campamentos, eso no desmerece la obra de Lazarus, Lazarus se conocía a sí mismo, conocía a sus enemigos. Podría haberse quedado de brazos cruzados, podría haber inventado excusas y dado pretextos. En cambio, prefirió concentrar su razón y su inspiración y luego lanzarse de cabeza.

¿Y es sólo producto de mi mente excitada o hay una broma encantadora en el triunfo de Lazarus? ¿Acaso no me derrocó para construir lo que él consideraba el estado más perfecto que el hombre jamás conseguiría en el Reino de la Tierra? En la República Popular de la Antártida de Lazarus no había tiempo para los sectarismos, la sublevación, el cinismo, el odio de sangre y la degradación. Sólo había tiempo para



una sonrisa ante el grandioso concepto de un Edén rodeado de hielo. Y entonces todo eso desapareció, y los leales ciudadanos volvieron a los campos verdes y purpúreos. Para la República, el nacimiento fue la muerte.

Con la prisa, no he hecho justicia a ese gran hombre, Lazarus Furore. Lo conocí un día violento cuando yo casi tenía veintidós años, y me pareció un ideólogo de tez cobriza, un joven inteligente, rápido, colérico. Lo dejé un día todavía más violento, cuando yo tenía treinta y cinco años, y quedaba cubierto de cicatrices, encogido, dolorido y curtido, pero era también un líder brillante, un héroe espléndido que creía en la libertad, en días mejores, en la bondad de todas las personas justas. El mayor tributo de todos: Lazarus Furore creía que tenía razón y estaba dispuesto a dar todo lo que poseía —amor, vida, historia, honor— para hacer el bien, Lazarus era su propio monumento.

Me traicionó. Lo acuso de eso. Es culpable. No puedo creer que también planeara entregarme a la venganza de los amos republicanos. No podría haber pensado que regresaría de mi falsa búsqueda de Satanás, adentrándome trescientos kilómetros al sur en montañas jamás penetradas por hombre o animal y luego subiendo por las cenicientas cuestas de un volcán activo. Debe de haber pensado que cuando nos despedimos en la costa de la isla de Anvers yo era un hombre muerto. No volvimos a vernos. Eso fue casualidad, pues a la semana él se había ido a las Orcadas del Sur y luego a África para discursar sobre sus nobles sueños, la República Popular de la Antártida; y al año había partido hacia su Creador, donde imagino que sigue discursando a los mismísimos ángeles sobre nobles sueños, y quizá sobre una República Popular del Cielo.

—Suerte, Grim —me deseó en la playa.

—Se enterarán, ya verás —dije, con una loca sensación del inminente Crepúsculo de los Dioses nublando mi visión.

—Tú has hecho. Yo he hecho. Hemos hecho. ¡Lo que hemos hecho! —exclamó, y ése fue nuestro final, a menos, me doy cuenta, que mi memoria me engañe y en realidad dijera—: ¿Qué hemos hecho?

Mi viaje al Trono de Satanás no insumió mucho más tiempo que el de Lazarus a los campamentos de nuestros enemigos. Cargué quinientos kilos de suministros sobre el trineo. Era el mejor que yo sabía construir, ligado a mano, ligero, con cuerdas doblemente reforzadas. Enjaecé a nueve de los perros más duros con los que me podía arriesgar, todos esquimales, en parte lobos y en parte cualquier cosa, descendientes del grupo que había traído la Cruz de Hielo. Ese tipo de animal no es tranquilo a menos que esté muerto. El perro que iba inmediatamente delante del trineo era un veterano enorme, casi ciego por las peleas, de patas seguras; el perro guía era uno de los biznietos de *Iceberg* (*Iceberg* y *Goldberg* murieron con unas semanas de diferencia mientras dormían y, sí, de manera apacible), un cúmulo gris de tejido cicatricial y músculo que olfateaba las grietas como si fueran carne, podía abrir

camino sin que un hombre lo guiara y estaba bendecido con un feroz sentido de la lealtad: siempre hacía girar el trineo cuando yo estaba mal colocado, y lanzaba ladridos mortales al grupo de perros hasta que yo me enderezaba. El grupo estaba formado por perros mestizos y feroces, capaces de vivir de grasa de ballena y carne seca, y una vez que eso se acababa, vivir de promesas hasta que el hambre los convirtiera en asesinos.

Una vez desembarcados en el continente, di la orden y partimos a través del hielo, serpenteando entre las lomas, sobre campos agrietados con bloques irregulares, subiendo hacia el glaciar que elegí como primera etapa de mi camino hacia Satanás. Los perros no percibían mi estado. Corrían con las cabezas gachas, mejor cuando estaba húmedo y frío, los rabos alzados al viento como palos mayores izando velas. Cuando encontrábamos el sendero correcto, subíamos volando por el glaciar. Teníamos que avanzar en zigzag, a menudo desandando el camino cuando el sendero terminaba en una fisura. Recuerdo una sensación de apasionado entumecimiento. Mientras me duraban las fuerzas, yo iba eufórico, con el sol allí arriba, la luz, la nieve húmeda remolineando empujada por corrientes de aire que subían a derecha e izquierda. Cuanto más nos alejábamos de la costa más fácil era nuestra marcha, pues la nieve disminuía. Cae poca nieve en el propio continente, y las ventiscas están formadas por cristales que el viento recoge y lanza al aire. En el glaciar estaba protegido de los peores vientos costeros, y los primeros días tuve la sensación de subir a un mundo inexplorado de blanca e irresistible maravilla.

No podía durar. Mi viaje era una mentira. Y pienso que lo que me sucedió allí fue afortunado. Al dejar Anvers, que había convertido en mi tumba, también dejé la turbulencia de mi mente. La belleza de la Antártida iluminó mi corazón. He insistido en el terror del Sur. Si un hombre desconoce la muerte, si se desprende de la debilidad de la carne en el sentido que proponían el abuelo y Longfaeroe, y se aferra a la fuerza del espíritu, entonces puede dar un paso atrás y apreciar la creación de Dios. Dios hizo la Antártida con la misma seriedad con que hizo el Edén. Ante esas gigantescas montañas negroazuladas que se elevan hacia el cielo cubiertas con mantos de nubes rosas y azules sopladas por ventarrones, engrandecidas por dedos de glaciares que rizan la roca desnuda, ¿hay palabras adecuadas? Puede parecer un sueño.

La recompensa física es el dolor. El dolor me venció después de una semana de marcha. Se me fue la sensación de liviandad; un vértigo sordo se apoderó de mí. Presentía mi caída. El frío me entumecía los miembros, la soledad frenaba mi marcha. Alimenté a los perros, hice torpes esfuerzos por continuar. Los perros estaban listos; yo les fallé. Nos quedamos allí tres días esperando a que amainara el viento, permanecemos otros dos más arriba en el glaciar sin ningún motivo. Después de eso perdí el sentido y el interés por el tiempo. En la cima del glaciar me vi obligado a tomar una decisión inútil: bajar a un valle de sombras montañosas donde se amontonaba la nieve o ir por una cresta quizá demasiado difícil para los perros.

Vacilé, acampé en la cima, construí un refugio con bloques de piedra y nieve, hice una fogata grande y consumí demasiado carbón. Los perros se acostaron en sus agujeros, yo en el mío. Todos sabíamos que había renunciado.

Mi mausoleo de hielo estaba bien situado, una ventana natural hacia el sur, donde cadenas montañosas se entrecruzaban y subían cada vez más alto hacia la puerta que daba a la propia meseta de la Antártida. Eso estaba a varios cientos de kilómetros al sur. Había un espectáculo más inmediato: los escalones que rodeaban el gran coloso humeante, el Trono de Satanás. Dominaba el paisaje, amo de la Tierra de Graham, asomado sobre la Costa de Wilkins, entre el Campo de Hielo de Larsen y la isla Alexander, que tiene forma de ballena, y entre las que en los mapas se conocen como las Montañas de la Eternidad. Yo estaba a por lo menos ciento cincuenta kilómetros de la peor de las erupciones, y del lado de donde soplabla el viento; sin embargo, las venenosas nubes negras que salían del cráter habían salpicado los campos de nieve con retorcidos diseños geométricos. Parecía una obra maestra de un maestro del abstracto, el maestro hacedor de misterios. Los vientos despejaban las laderas de los volcanes, de oeste a este, de modo que desde donde yo estaba podía estudiar el ciclo. La tierra se estremecía; las piedras desprendidas y las crestas de hielo saltaban una vez y luego bajaban por las laderas en un alud que dejaba una estela blanca grisácea hasta los valles; entonces el cráter vomitaba chorros de humo cada vez más negro hacia el manto de nubes que lo cubrían; por último, los rugidos anunciaban un nuevo episodio, y entre los gases crecía un resplandor. Entonces, en vez de ser el Trono de Satanás el que escupía al cielo un fuego ceniciento, el que se abría era uno de los escalones, el trono de un demonio que tributaba un claro homenaje. Vi ese ciclo completo una vez, y vi que se repetía casi al punto de vomitar continuamente. Era algo hipnótico que me arrastraba, me humillaba, me hacía testigo de un preciso mecanismo de ceniza y de viento. Sentí, mientras alimentaba mi propio fuego y comía mis últimas raciones, que mi final contaba con el privilegio de conocer secretos de la creación. Me vi morir mientras veía temblar la tierra en un catastrófico renacer.

Fue la humildad ante ese esplendor lo que me devolvió el frío raciocinio. Mis ilusiones sobre conspiraciones, traiciones, inminentes guerras mundiales, me fueron pareciendo poco a poco triviales, mezquinas, producto de mi vanidad. Más relacionado con el hecho de estar acampado en aquel glaciar fue que mis desquiciadas ideas acerca de que Satanás era mi aliado empezaron a humillarme. Vi mi galimatías y sentí vergüenza. Me burlé de mí mismo, dije a mis perros que su amo era un tonto lastimoso y despiadado, que no merecía ni su fuerza ni su devoción. Hablé con mis lobos, pero no como un *berserker* ni como un loco sino, pensándolo bien, como un simple pecador, modesto y arrepentido, cuerdo e irónico.

—A ésa la llamamos el Trono de Satanás —dije al biznieto de *Iceberg*—. Eso engrandece más a Satanás que a la montaña. ¡Ningún demonio podría ser jamás tan magnífico! ¡Mira qué tamaño!

(Debería explicar esto: desde la isla de Anvers, en el humo que sale del Trono de Satanás podría verse una figura enorme, que una vez Christmas Muir me describió como la cabeza de un gran carnero, con cuernos y sonriente. Al principio lo había rechazado por considerarlo un invento de un cazador de focas; luego, como señor de la guerra criminal, lo adopté por considerarlo un adecuado juicio sobre las maldades de los hombres, como si Satanás gobernara los campamentos. Ahora la rechazaba de nuevo y para siempre como cháchara sin sentido. Era un volcán, grotesco y aterrador, y nada más. Era el mundo en movimiento, sólo eso, vomitando las riquezas de la naturaleza elemental. Si uno pudiera mirar en el interior de ese volcán no vería el Infierno ni el mal; vería los futuros campos de la abundancia. Y la nube que ondulaba y resplandecía encima de él era simplemente ceniza soplada por el viento, que no tenía otra forma que la de la metáfora).

—Llamé a mi amo Dios del Odio —dije al perro que tenía delante—. Israel me gruñiría, me llamaría crío. Dios, sí, Dios misericordioso. El odio es invento mío. Dios creó este mundo encantador. El hombre creó el odio, asqueado de su propia ingratitud. Y lo que el hombre ha hecho mal, puede hacerlo bien. El Dios del Amor, entiendo, Israel, es una lección tan sencilla...

Con el raciocinio recuperé también una de las mejores defensas que adornan al hombre, el miedo a la muerte. Comprendí que un buen indicio de cordura es la aceptación de ese miedo. Me vacié de locura mientras me llenaba de miedo. No quería morir. Tenía frío y estaba solo; sin embargo, quería más vida, aunque fuera un tormento. Vi mi final y lloré. Comprendí que ese viaje había sido suicida y lo lamenté. Más aún, me culpé por esa presunción de desafiar los límites conocibles de la naturaleza, por el orgullo de ser más que un hombre. De todos los pecados que he cometido, ése parece el peor. Dios me había agraciado con la vida; Lamba me había dado a luz; Peregrine, Israel, Guy, Earle, Thord, Orri y Molly me habían dado la infancia; el abuelo me había dado la oportunidad; los Furore y los georgianos del sur y los desgraciados de los campamentos me habían dado todo lo que tenían. ¿Qué derecho tenía yo a devolver esa confianza con una presuntuosa blasfemia? Mi miedo a la muerte se mezclaba con la rabia hacia mí mismo. Volqué sobre mí la furia que había prodigado al Factor Caridad.

—¡Hombre estúpido, extremista, cruel, lascivo, desleal, insignificante! —grité a los perros—. ¡Eso es lo que está aquí! ¡Tuve toda la vida a mi disposición! ¡Mirad a los cielos, mirad a la tierra, era para mí, todo podría haber sido para mí! ¡Egoísta, irreflexivo, desatinado Grim! ¡Vosotros, lobos, tenéis más dignidad en los dientes que la que yo he conocido en mi vida! ¿Habríais venido hasta aquí para renunciar? Ante vuestras sensatas necesidades mi conocimiento es basura. Sé por qué no me contestáis. ¿Qué le podríais decir a semejante ignorante? ¡Sois animales, y estáis felices de serlo! ¡Yo soy un hombre, y estoy triste de serlo! ¡Y no por una buena causa! ¡Todo por terquedad! ¡Ridículo, insignificante, vano, resentido, codicioso Grim! ¡Lo único decente que puedo hacer por vosotros ahora es entregarme como

vuestra última comida! ¿Qué es un hombre que se hace comer por los lobos? ¡Un estúpido inútil, carne rancia!

Recalco que aunque esto parece un desvarío, no lo fue. Tenía que gritar por encima del viento y de los ladridos. De lo contrario, es cierto, habría sido un intercambio íntimo, autoindulgente, pero se trataba de mi última comida y me permití un banquete de pesar. Actué en consecuencia. Estaba abatido, pero no en exceso. Me sentía estúpido, y también muy cuerdamente ridículo.

Mientras estaba allí, impaciente, hablando, el frío y la soledad se combinaron para provocarme ese fenómeno de la vida en la Antártida que podemos describir aquí como melancolía útil. Perdí la perspectiva. La ventana que daba al Trono de Satanás se cerró. Se abrió una nueva ventana a mi pasado. Los recuerdos me llamaban. Recorrí senderos olvidados y me encontré con conocidos olvidados. Pasé de hablar con mis lobos a conversar con mi historia. La misma experiencia que soporté entonces, reitero, es la que me ha hecho posible recordar tanto de mi historia aquí en la prisión de hielo, con una pequeña diferencia. Entonces yo era torpe para viajar por el museo de mi mente, y las imágenes se hacían borrosas, las escenas se derrumbaban saliendo de la cronología. Daba tumbos por la vida, tanto buscador como fugitivo. Eso en aquel momento no me llevó a la claridad, como puedo hacer que suceda ahora. Por consiguiente, sólo puedo informar de mi melancolía, excepto por una conversación que no fue ninguna reminiscencia sino una revelación presciente.

—Fuiste mi mejor amigo —dije.

—Nada de caras largas, Grim —advirtió Germanicus.

—Toda esa gente querida, nuestros georgianos del sur, ¿por qué tuvieron que morir de esa manera? —pregunté.

—Ninguno de nosotros lo comprende —repuso Germanicus.

—¿Son felices en el Cielo? —quise saber.

—Ah, sí, ten la certeza de que el pastor se ocupa de eso. Están liberados. Cede ahora, Grim, cuida de ti —dijo Germanicus.

—Abbie dijo lo mismo, ¿recuerdas? Sálvate a ti mismo, dijo. Siempre pensé que eso es lo que le había dicho a Robby. «Que se salve a sí mismo», le pidió a Robby que me dijera.

—Sí, bonitas palabras —aseguró Germanicus.

—He estropeado todo. Y si yo no pude salvarme, ¿quién querría hacerlo? —pregunté, apartando la cara de Germanicus y mirando la nieve.

Vi allí a Germanicus tal como había estado el invierno pasado en mi recinto, destrozado y pálido, muerto por las heridas, un hombre cansado y bueno que había sido liberado. Fue el último de los cazadores de focas en dejarme. Ninguna historia podría hacer justicia a su valor, en especial después del asesinato de Jane y de su hijo pequeño. Lamenté tanto su pérdida que había negado el dolor hasta ese momento en el glaciar. Qué feliz me sentí de poder levantar la mirada de la nieve y encontrar esa barba negra salpicada de hielo, esa sonrisa que me transmitía calor. No se me engañó.

Sabía que era un fantasma, o lo que se le quiera llamar: un recuerdo realizado. Aun así, me dio un gran consuelo. Alimenté el fuego con el trineo y con los recipientes de la comida, luego corté los arneses de los perros, manteniendo al biznieto de *Iceberg* atado cerca para refrenar el hambre de los demás perros hasta que esa hambre los dominase. Para ese entonces, yo ya no necesitaría protección.

Me acosté para morir. No hay ninguna sorpresa en cuanto al fracaso de esa presunción. Existe un misterio pequeño y final con respecto a mis últimos días como Rey de la Antártida. Quiero decir, caí, pero inmediatamente me levantaron y me llevaron de vuelta al destino. No fue exactamente así. Sin embargo, he esperado veintinueve años para comprender qué fue, y si no es la confusión más curiosa de mi narración, para mí sigue siendo la más extraña de las sorpresas inexplicables. ¿Qué pensaba ella? Ya he rechazado el único motivo que podría explicar semejante conducta. No puede haberme amado. Tiene que haberme odiado. Quizá hay cosas en el amor que nadie soportaría conocer. ¿Fue un secreto femenino en una escala que no puedo concebir lo que la llevó primero a incitarme a ir al Trono de Satanás y luego a rescatarme de allí? El amor o el odio, entonces, una pasión grande y perdurable del corazón humano, movió a Cleopatra Furore a rescatar a Grim Fiddle, movió a la reina a enviar a su criado para sacar al rey de su locuaz, mórbido y bello santuario. Lo cuento tal como ocurrió. Me acosté para morir y Babe Furore salió del viento. No pude interrogarlo, testigo mudo, así que por la emoción que aún me despierta cerraré esta confesión abreviada con una pregunta que procuraré hacer en la otra vida:

—¿Por qué, Cleopatra, por qué salvaste a Grim Fiddle?

No puedo asesinar a Grim Fiddle. Lo último que he escrito me ha mostrado en lo que me he convertido en mi prisión de hielo, en un peregrino viejo y curioso, ansioso por más, desbordante de recuerdos que abarrotan mi manuscrito. Han pasado seis semanas desde que anuncié mi inminente partida de esta vida. Renuncio a ese plan. En esta ocasión ningún Babe Furore tuvo que salir del viento. El alumbramiento de la historia de la República Popular de la Antártida me ha devuelto la salud. El paciente vuelve a ser paciente con su destino. Negar la vida que se me ha dado, por amor y accidente, sería el tipo de ingratitud más estúpido. Lo prohíbo. Hay algo más en mi decisión que no es tan filosóficamente abstracto. Recuerdo ahora de manera palpable el consejo de Abigail de que me salvara a mí mismo, y de la única y extraña ayuda que me prestó Cleopatra con ese mismo fin. Era hora de que Grim Fiddle se hiciera cargo de ese esfuerzo, que el salvado fuera su propio salvador.

Con eso no quiero decir que mi aprensión acerca de la carta de Diomedes no estuviera fundada. Por fin ha llegado una nueva carta, ayer, obligándome a concluir mi caída del Trono de Satanás sin detalles. Había esperado narrar mi arresto y mi juicio. Hubo algunos discursos buenos. Suprimo eso ahora, Diomedes anuncia más ruido inmediato. No me preocupa dar voz a la Reunión del Mundo Único en mi último testimonio. Para resumir, están empeñados, según Diomedes, en que Grim Fiddle renazca en la nueva historia. Los Reunionistas amenazan con mis peores previsiones. Junto con la carta de Diomedes, el barco de suministros —largo tiempo retrasado por afortunadas tormentas— le trajo una notificación a Gardiner para que preparara este lugar para su extinción. Todos esperan que los llamen en cualquier momento. La excitación que reina aquí es confusa, no me interesa, Grim Fiddle el lobo se convierte en Grim Fiddle el cordero; es lo mismo, una mentira.

¿Qué recurso me queda? Tengo la fortuna del genio. Hablé con Gardiner esta mañana. No pudo haberse mostrado más complaciente. Siento que mi vanidad tiñe esta historia. Debería reprenderme por engañar a un hombre tan bien intencionado y tan optimista. No lo haré. Le dije a Gardiner que quería la libertad del muelle; lo aceptó. Le dije que quería su promesa de que este manuscrito llegaría a Diomedes pase lo que pase conmigo o con mi nuevo despertar; lo prometió. Lo obligué a jurarlo; lo juró sobre la Biblia Fiddle.

La puerta de mi prisión está abierta. El camino de mi futuro está claro. Pienso fugarme. Tengo sesenta y cuatro años. Tengo una loba astuta y conozco el Antártico tan bien como el que mejor lo haya conocido jamás. La fortaleza de la isla de Anvers me llama. Allí fui criminalmente rey. Allí volveré a ser... no regente, sino hermano de fantasmas y de posibilidades. Los volcanes están callados. Yo mismo haré los truenos. Será mi paraíso. Ahora me doy cuenta de que también he hablado prematuramente de la muerte de la República Popular de la Antártida. Yo soy el último ciudadano, y la República sigue viviendo en mí, el tirano convertido en el

guardián de la llama.

Y si esto parece una fantasía arriesgada, señalo que los almacenes de Anvers jamás fueron destruidos, y los lodazales y las cuevas permanecen intactos. ¿De cuánto tiempo dispondré? Quizá de diez años en la carne; el abuelo vivió hasta los setenta y cuatro. Y quizá de la eternidad como fantasma; Skallagrim Strider sigue viviendo en este sitio, la isla Elephant, así que, ¿por qué no Grim Fiddle en la isla de Anvers? Como mejor respondo a cualquier preocupación sobre mi futuro es adaptando la sabiduría escandinava: la osadía es mejor que la cautela para el hombre que se adentra en el hielo, pues la duración de mi vida y el día de mi muerte fueron predichos hace mucho tiempo, y por alguien muy cercano que, imagino, observó a su hijo optimista y afortunado en el hielo cuando miró en aquel espejo de mano mágico a última hora de la noche del equinoccio de primavera de 1973. Me jacto entonces de estar predeterminado para regresar al muro de tormentas y monstruos. Tendré a mis lobos, los descendientes de *Iceberg* y de *Goldberg*, ya que el glaciar de la isla de Anvers es una guarida de lobos. Tendré mis tallas rúnicas, mis historias mágicas. He pensado en llevarme esta obra conmigo para continuar la crónica interrumpida. Mejor no hacerlo. Tengo una oscura premonición, como un susurro en el oído, de que estaré preocupado por un prolongado desvelo. Quizá ahora no quede un solo desgraciado en los campamentos del hielo. El mundo sigue lleno de vergüenza.

Queda un último detalle. Quiero creer que mi Sam sobrevivió, que algún día leerá la confesión de su padre, esta odisea de proverbial ruina. No tengo poder para robar tiempo, como mi madre. Me pregunto qué aspecto tendrá, y dónde vivirá. Me gusta pensar en él. Orlando el Negro no era derrotista. Era un Furore, por el que menos me interesé; es por lo tanto natural que le confiara a él mi Sam, mi permanente interés. Tengo mi noble sueño de que Sam prospera; más aún, que tiene hijos e hijas, y que ellos prosperan. He pedido a Diomedes, en una carta en la que le presento este manuscrito, que busque a Radar Fiddle, si es que vive, y solicite su ayuda para localizar a Sam. También instaría a Diomedes a buscar a la abuela de Sam, pero Diomedes es un griego debidamente supersticioso y jamás se arriesgaría a atrapar a un albatros pálido.

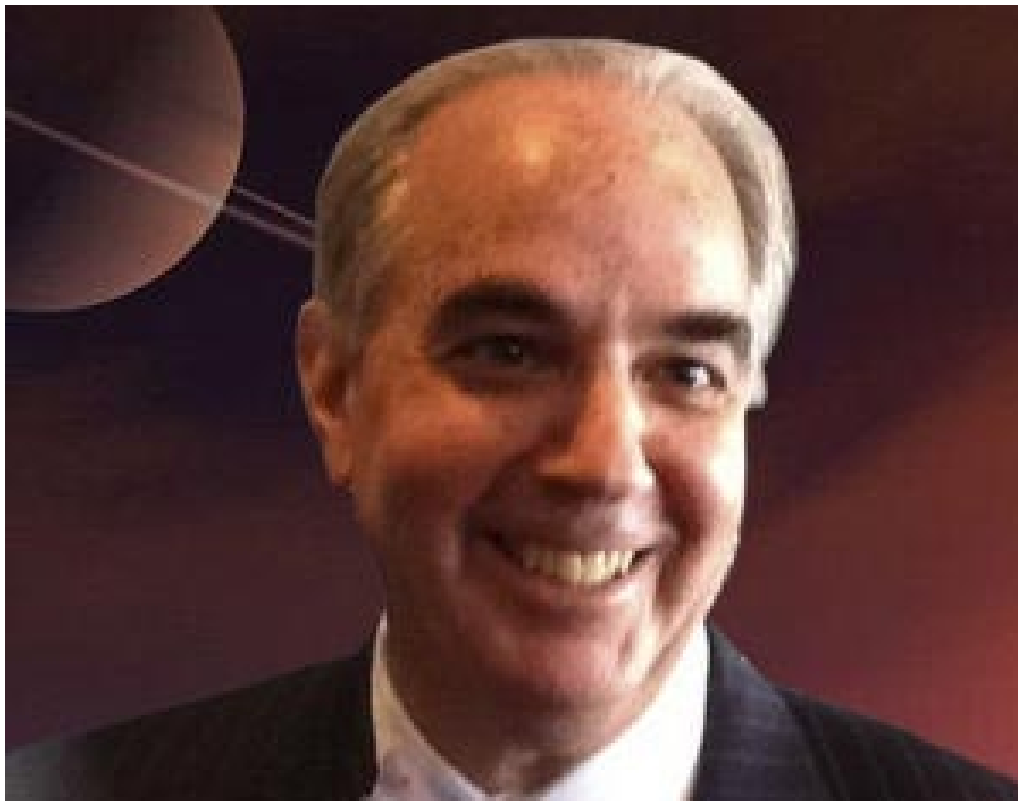
Cuando te encuentren, Sam, sabrás que eres mi hijo. Supongo que llevas las cicatrices de nuestra separación. Pienso en esas quemaduras como tus marcas de nacimiento. Perdóname por dártelas, perdóname por permitir que tu legado fuera el exilio y el abandono. No estás solo. Debería haber otros dos más o menos de tu edad a quienes te pido que busques y abracés: Cesare, hijo de Grootgibeon y Cleopatra, y Solomon, hijo de Israel y Molly. Comienza tu búsqueda en Estados Unidos. El hito es Cleopatra. Y cuando los encuentres, muéstrales lo que he escrito sobre vuestros nacimientos y sobre el nacimiento de la República Popular de la Antártida.

Haz algo más; diles que si no hay una única moraleja en mi historia —¿qué tipo de vida tiene un solo tema?—, sí hay esto: el camino a la verdad es ser justo; nunca te



coloques por encima de otro, y no podrás caer. El tesoro que descubrirás en este camino, como buen hombre, es que jamás deberás inclinarte ante un amo. Cuídate de la caridad. La caridad es la sonrisa de la esclavitud. Cualquier hombre en posición de dar caridad —no de compartir, no de distribuir equitativamente, sino de entregar sus dádivas con caridad— consiguió esa señorial posición convirtiéndose primero en un amo de la tierra, y de hombres, un amo de esclavos. Sé un hombre valiente y enfréntate a los amos. Mira a los reyes a la cara y diles que están condenados a caer. Ten la certeza de que sólo existe un país del que el exilio resulta insostenible. El nombre de ese país es Verdad del Corazón. Recuerda que eres el único hijo de Grim Fiddle, y el único nieto de Peregrine Ide, y el único biznieto de Mord Fiddle, por lo que tu herencia es tanto el éxodo como la búsqueda de la verdad.

Ésta es la verdad. Yo no fui un salvador. No fui un David. No fui un héroe. Fui un hombre que obró mal robando la confianza y apoderándose del poder, malicioso y criminalmente, y que se arrepintió y sigue arrepintiéndose de su arrogante conducta. Fui vanidoso, impaciente, colérico y vengativo. He aprendido a ser agradecido y paciente. Todavía abrigo esperanzas de ser sabio y de hacer el bien obrando correctamente. En resumen, no fui una leyenda, fui un hombre. Fui Grim Fiddle. No, debo más que eso al sentido del humor de Israel. Soy Grim Fiddle y tengo prisa, por lo que soy muy, muy afortunado.



JOHN CALVIN BATCHELOR (Bryn Mawr, Pennsylvania, 29 de abril de 1948). Se crió en Lower Merion Township, condado de Montgomery, Pennsylvania. Su padre era de Indiana y su madre —de origen iraní— nació en Yonkers. Se conocieron y casaron mientras servían en el Ejército de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Su padre también sirvió en la guerra de Corea y más adelante fue vendedor de máquinas de coser industriales.

John Calvin es el mayor de cinco hermanos, se graduó en la Universidad de Princeton y vivió durante 15 años en Nueva York. También se graduó en Teología en el *Union Theological Seminary* y es miembro del *National Book Critics Circle*. Conoció a su esposa en el seminario y se casaron en 1987. Se convirtió en pastor de la Iglesia Unida de Cristo y tiene dos hijos.

Desde 2001 sin ningún tipo de formación se inició como presentador de *The John Batchelor Show* un *magazine* semanal de radio de ámbito nacional de la cadena WABC que a partir de 2009 se convirtió en un programa diario.

Como John Calvin Batchelor publicó:

*The Further Adventures of Halley's Comet*, (1980).

El nacimiento de la República Popular de la Antártida (*The Birth of the People's Republic of Antarctica*, 1983).

*American Falls*, (1985).

*Thunder in the Dust: Classic Images of Western Movies*, (1987, con John R. Hamilton).

*Peter Nevsky and the True Story of the Russian Moon Landing*, (1993).

*Father's Day*, (1994).

*"Ain't You Glad You Joined the Republicans?": A Short History of the GOP*, (1996).

Como Tommy "Tip" Paine publicó:

*Gordon Liddy Is My Muse*, (1990).

*Walking the Cat*, (1991).

# Notas

[1] Finn en inglés significa «finlandés». <<

[2] *Peregrine*: halcón común. (N. del T.) <<